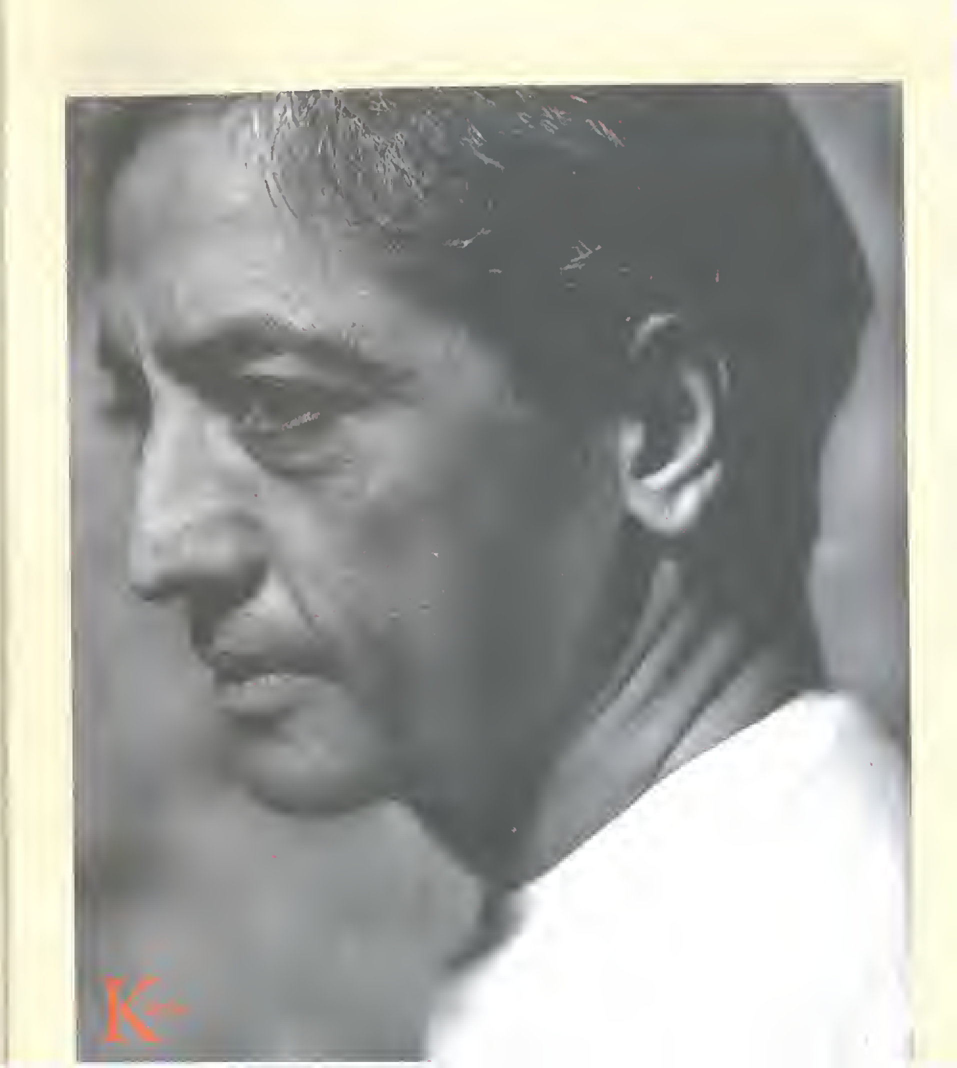
Krishnamurti

LIBERTAD TOTAL



Jiddu Krishnamurti

LIBERTAD TOTAL



PRÓLOGO

Grandes sabios de la historia no han recibido buen trato en cuanto a la conservación de su sabiduría. Los mejores de estos sabios y eruditos –antiguos hombres santos, hindúes y judíos, el Buda, Confucio, Sócrates, Jesucristo, el profeta Mahoma– dejaron pocos escritos significativos. Sus verdades se revelaron en profundos discursos y diálogos sutiles, exposiciones orales que nos fueron transmitidas en interpretaciones incompletas. Por eso, sólo algunas de las verdades se conocen; muchas se han perdido. Aquellos que buscan un sistema completo, tal como se presentó originalmente, tienen que depender de intermediarios poco confiables, tales como la fe, la interpretación, la interpolación y reconstrucción.

A medida que nos acercamos a nuestro tiempo, este problema se invierte. El conocimiento de alcance a la sabiduría, y la cultura cede ante la tecnología. Los registros son extensos, pero lo que se registra es a menudo de menor valor. Hay, al parecer, una escasez de auténticos sabios. Según revelan los números, abundan los proveedores de sabiduría y seudosabiduría, maestros que alegan poseer y suministrar trascendentes percepciones. Sin embargo, muy pocos de ellos sobreviven a las pruebas que, sin lugar a dudas, definen a un verdadero explorador espiritual: la habilidad para comunicar un mensaje universal y liberador, un mensaje que no discrimina, que está libre de odio y es capaz de generar un desinteresado enriquecimiento dementes y vidas; además, está al

alcance de todo el mundo. Según cualquiera de estos criterios, J. Krishnamurti fue verdaderamente un gran maestro moderno.

Toda la vida de Krishnamurti estuvo centrada en hacer realidad y explicar la búsqueda humana. Durante seis décadas, hasta su muerte en 1986 a la edad de noventa años, viajó por el mundo haciendo llegar su pensamiento a quienes quisieran escucharle. Millones lo hicieron. Su popularidad solía fluctuar, pero Krishnamurti persistió en sus esfuerzos para «hacer que el hombre fuera absoluta, incondicionalmente libre». Hacia el final de su vida, nuevas generaciones –los niños de nuestra era tecnológica– redescubrieron a Krishnamurti. En una época caracterizada por sectas violentas y estentóreas, religiones confusas, sermoneadores de púlpito, él retuvo el aura propia de un antiguo profeta. La modas filosóficas llegaron y se fueron; Krishnamurti perduró.

Existen dos razones para esta aparente intemporalidad. La más obvia es, desde luego, la personalidad de Krishnamurti. Su persona pública irradiaba una especie de carisma reservado, la atracción de una luminosa modestia. Añádase a esto una manera de hablar y un tono que solían evocar cierta intimidad personal incluso en medio de los más grandes auditorios. No es de sorprenderse que el escritor Aldous Huxley, nada reticente cuando arribaba a una observación crítica, declarara: «Era como escuchar un discurso de Buda; tal poder, tal intrínseca autoridad».

Sin embargo, la personalidad sola resulta, al fin y al cabo, una explicación poco satisfactoria. Muchos que no vieron ni escucharon a Krishnamurti, fueron y siguen siendo atraídos por su pensamiento. Para apreciar, pues, esta atracción, debemos acudir a la fuente filosófica, a las ideas por él enunciadas y a sus temas esenciales. Un examen cuidadoso de su obra revelará tanto consistencia como cambios. Mientras que ciertos conceptos centrales permanecen invariables en los fundamental, Krishnamurti no vacila en adaptarse a nuevas circunstancias históricas y a evolucionar de acuerdo con nuevas búsquedas espirituales.

Una y otra vez, Krishnamurti declaró que la gente no necesita ser guiada, que necesita despertar. Esta gran confianza en el

potencial humano, tenía sus raíces en el conocimiento de que el desarrollo de cada individuo no tiene límites si éste puede desprenderse de las adherencias culturales que agobian su ser: «Una teoría basada en la experiencia que otra persona ha tenido en cuestiones que conciernen a la psique y a la vida interior, no tiene en absoluto significado alguno... Debemos abandonarla por completo, porque hemos de permanecer solos». Al negar de este modo el carácter transferible de la experiencia y al rechazar toda guía espiritual, incluida la propia, Krishnamurti rompe con la mayoría de las religiones del mundo, todas las cuales tienen paradigmas e instructores espirituales cuyos ejemplos podemos emular. No era su propósito atacar otras creencias, pero previene frecuentemente contra el poder engañoso de las religiones, las instituciones, los rituales y, sobre todo, contra el poder divisivo del sectarismo.

A medida que pasaban los años, las membranas filosóficas e intelectuales de Krishnamurti se expandían más allá de los temas centrales que trataba. Vemos cómo, cada vez más, dirige su atención a los males del poder civil y religioso, a la ineficacia de las estructuras sociales existentes, a la inercia del conformismo y al fracaso de las reformas contemporizadoras. A mediados de los años 50, Krishnamurti había desarrollado nociones acerca de la educación, de las relaciones humanas, y comunica cosas que no se encuentran en sus primeras pláticas. El maestro también estaba aprendiendo; no sólo contestaba las preguntas de otros, sino que ampliaba sus propias preguntas. No obstante, el alcance de sus exposiciones crece para abarcar una cantidad de cuestiones nuevas: el nacionalismo, la guerra, el saqueo ecológico, el desempleo y el hambre. Con una sensibilidad casi contemporánea, los problemas sociales que alguna vez estuvieron en la periferia de sus percepciones, se acercan más al centro del escenario. Se vuelven más frecuentes las referencias a la importancia de la meditación. Empieza a emerger una nota de impaciencia, de urgencia, Krishnamurti siente el peligro de los tiempos y la apremiante exigencia de acción. Como para responder en estilo y esencia

a esto, sus pláticas se tornan más concentradas y sus diálogos menos elípticos. Con todo, el mensaje esencial permanece inalterado: «Cuando vemos la vida tal como es, cuando nos vemos a nosotros mismos tal como somos, únicamente a partir de allí, podemos proseguir».

De todos los sabios y de todas las figuras espirituales significativas de los tiempos modernos, es quien más largamente ha estado expuesto. Alrededor de sesenta y cinco años en el estrado de la excelsitud. Sin embargo, es difícil valorar su estatura histórica. Está demasiado cerca de nosotros y es demasiado pronto para conocer el efecto pleno de sus enseñanzas. Al fin y al cabo, durante varias décadas subsiguientes a la crucifixión de Jesucristo, hubo pocos indicios de que habría de dejar una huella importante en la historia. En el momento de sus muertes y por bastante tiempo después, ¿quién podría haber predicho la influencia a largo plazo de Buda, Confucio, o incluso de Carlos Marx? Si las ideas de Krishnamurti llegan a ser más ampliamente aceptadas en el futuro, será porque estarán en resonancia con los anhelos humanos –ya que hablan resueltamente a los individuos desilusionados de las macroideologías omniscientes y transformadoras de la sociedad–. Si esto ocurre, será porque las pláticas de Krishnamurti resuenan atravesando los límites de tiempo y lugar. Su voz es silenciosa, pero su mensaje jamás cesa de expresarse.

Ralph Buultjens, doctor en Filosofía
Profesor de Ciencias Sociales,
Universidad de Nueva York,
ex Profesor en la Universidad de Cambridge,
Reino Unido

PREFACIO

Desde oscuros comienzos en un pequeño poblado de la India, Krishnamurti emergió como un inflexible e inclasificable maestro, cuyas pláticas y escritos no estaban vinculados con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occidente, sino que eran para todo el mundo.

Durante unos sesenta años habló a vastos auditorios en palabras de vital, catalítica relevancia para cada individuo y cada sociedad. Sostuvo frecuentes discusiones esclarecedoras con escritores, filósofos, científicos, educadores y líderes nacionales. De manera extraordinariamente directa y franca, sin sistemas ni dependencias, tenía la capacidad de llegar al corazón mismo de los problemas que la humanidad ha tratado de resolver durante siglos.

Los libros de Krishnamurti se han publicado en todo el mundo y han sido traducidos a más de veinte idiomas. Sus obras son también asequibles en grabaciones de audio y vídeo, así como en discos electrónicos. Gran parte de este material es usado actualmente en más de 150 colegios y universidades.

Ante esta gran cantidad de material, hemos escogido una amplia gama de obras, parte de ellas ya publicadas anteriormente y otras inéditas, a fin de transmitir el sentido de profundidad y extensión que tiene la enseñanza de Krishnamurti. Desde luego, alentamos a los lectores a que, más allá de esta selección, acudan al cuerpo total de las pláticas y escritos de Krishnamurti.

El texto completo de «La Verdad es una Tierra sin caminos», plática que puso en movimiento su ruptura con la teosofía, se incluye aquí porque contiene el tema que inspiró la obra de toda su vida. El resto del libro se compone de cuatro partes más o menos cronológicamente ordenadas.

La parte I contiene material de pláticas ofrecidas en los años que siguieron a su desvinculación de la teosofía. La parte II ha sido extraída de informes acerca de sus conversaciones con distintos individuos, e incluye una primera obra sobre educación, así como los más íntimos *Diario II* y *El Último Diario.*

La parte III, basada en registros magnetofónieos de reuniones públicas, discusiones con estudiantes y conversaciones con miembros de la Fundación, denota la gran variedad de cuestiones que Krishnamurti abordó durante sus años de continuos viajes y reuniones con la gente.

La parte final se abre con la propia declaración de Krishnamurti sobre *La Esencia* de su enseñanza, la cual es seguida por pláticas de los últimos años; éstas exploran los temas de *La Esencia* y rememoran su antigua declaración de que la verdad, como tierra sin caminos, es libertad total, amor e inteligencia.

MARY CADOGAN, ALAN KISHBAUGH,
MARK LEE, RAY MCCOY

INTRODUCCIÓN

Cuando por primera vez tuve el privilegio de conocer a Krishnamurti, me impresionó profundamente la intensidad de su quietud. Esa intensidad revelaba una gran energía y su quietud expresaba una arraigada serenidad. Tal combinación es rara; en realidad, tan rara que al encontrarla nada puede darse por sentado.

Nuestro encuentro fue, por decirlo así, accidental. Ocurrió en un estudio de sonido. No le había visto antes ni había leído ninguno de sus libros. Sin embargo, asombrosamente, me invitó allí mismo a intentar un diálogo entre ambos a grabarse en vídeo. Parecía no preocuparle en lo más mínimo el hecho de no conocerme ni por asomo. Deduje que, o se trataba de un jugador muy arriesgado, o estaba tan afinado para el instante presente, que su acción era exacta, un modelo de oportunidad. Había algo profundamente impersonal en esa invitación, sin que él se mostrara reservado o indiferente.

El impacto siguiente llegó con su pregunta: «¿De qué le gustaría que habláramos?». Contesté: «¿Qué le parece acerca del escuchar y el ver?». Aceptó el tema gozosamente. Y así comenzó de inmediato, improvisada, una conversación sobre el escuchar y el ver internos. Dos años más tarde, otra vez de manera por completo inesperada, me invitó a emprender una serie de diálogos que abarcarían el meollo de su enseñanza. Aunque en años anteriores yo había participado en emisiones de radio –anuncios y transmisión de noticias– y por eso tenía cierto conocimiento pro-

fesional sobre programaciones radiales, nada de esa experiencia fue decisivo para el movimiento de los diálogos. Éstos se desarrollaron sin ningún ensayo o arreglo previo, sin dispositivos o transmisiones de ajuste. Tanto su serenidad como su intensidad de concentración eran asombrosas.

Krishnamurti era una exacta encarnación de su doctrina de «percepción alerta sin opciones». Aquí, las palabras «sin opciones» podrían sugerir sólo una forma de subjetividad. Por el contrario, la percepción alerta sin opciones, si bien reflejada en la persona, de ningún modo podía reducirse a ella y, por lo tanto, elude una reducción psicológica. El estado de no opción es el equivalente mental del silencio, a partir del cual surge la expresión inteligible de «ese vacío en el que las cosas de la mente pueden existir, pero las cosas no son la mente... ese vacío que no tiene centro y, en consecuencia, es capaz de un movimiento infinito. La creación se origina en este vacío, pero no es la creación del hombre que produce cosas. Esa creación del vacío es amor y muerte». Esta última frase señala directa e inmediatamente el carácter instantáneo tanto del despertar como de la comprensión individual. A menos que haya una muerte psicológica para nuestra autoidentificación con la memoria y, en el mismo momento, una comprensión total respecto de la necesidad, seguimos hundidos en el contenido del pensamiento, y una respuesta adecuada al instante, nos elude:

> «Cuando hay una comprensión total respecto de la necesidad, tanto externa como interna, el deseo no es una tortura. Entonces tiene un sentido por completo diferente, una significación que va mucho más allá del pensamiento y del sentimiento con sus emociones, ilusiones y mitos. Con la comprensión total de la necesidad, no de su mera cantidad o cualidad, el deseo es una llama y no una tortura. Sin esta llama, la vida misma está perdida. Ésta es la llama que consume la mezquindad del objeto del deseo, las fronteras, las defensas que le han sido impuestas a la mente. Entonces podemos dar-

le al deseo el nombre que queramos: amor, muerte, belleza. Ello está ahí, sin un propósito».

Algunos podrían considerar inconveniente comenzar una breve introducción a las obras de un sabio con una anécdota personal. Uno piensa en la reiterada advertencia de Krishnamurti a sus auditorios: «Quien les habla no tiene importancia». Luego está la declaración de Chuang Tzu: «El Perfecto no tiene "yo"; el Santo no tiene mérito; el Sabio no tiene fama». (Los tres son la misma cosa). Sin embargo, encontrar en tales palabras una invitación a ignorar la presencia personal de un gran maestro (ya sea vivo o recordado) delata una rapidez superficial para tratar de ir más allá de donde uno no ha comenzado aún. Krishnamurti nos advierte que «la meditación no es algo diferente de la vida cotidiana... es ver *lo que es* e ir más allá». Si uno no ha visto *lo que es*, ¿cómo puede ir más allá de *lo que es*?

Desafortunadamente, la práctica académica muestra poco acerca de «*ver lo que* es» o no lo comprende en el contexto de una genuina autoinvestigación. Antes bien, la vida académica es un viaje a través del bosque de las abstracciones. La ciencia experimental tiene la ventaja de requerir demostraciones de laboratorio para sus conclusiones teóricas. Aún así, este procedimiento se sigue dentro de la estructura dual del percibidor y lo percibido. La percepción sin el percibidor –como la que ocurre en la meditación– es desconocida.

> «Esta percepción meditativa es por completo diferente de ver un objeto sin que intervenga un observador, porque en la meditación no hay objeto y, por ende, no hay experiencia. ¿Qué sentido tiene una meditación semejante? No hay sentido; no hay utilidad. Pero esa meditación existe un movimiento de gran éxtasis. Este éxtasis es lo que da al ojo, al cerebro y al corazón la calidad de la inocencia. Sin ver la vida como algo totalmente nuevo, ésta es una rutina, un fastidio, un asunto carente de significación alguna. Así pues, la meditación es

de máxima importancia. Abre la puerta a lo que está más allá de todo cálculo, de toda medida».

Este indicador extático de Krishnamurti escapa de tal modo a nuestra condición mental contemporánea, que se torna prácticamente ininteligible. Sin embargo, es de una inteligencia suprema. ¿Cómo es eso? Porque implica una distinción radical entre la conciencia y el estado de percepción alerta. Actualmente, la filosofía y la psicología profunda han asignado un carácter virtualmente absoluto a la conciencia. No logran discernir que la conciencia no se rectifica a sí misma. ¿Cómo podría hacerlo, si está siempre sujeta a cambios? Sólo cuando la percepción tiene un objeto, entra en juego la conciencia. En sí misma, la percepción es tanto independiente de los objetos, como inmutable. En ese aspecto, es la puerta a lo incalculable, a lo inmensurable.

Krishnamurti nos invita a iniciar la más radical investigación en nosotros mismos, puesto que ella se despliega sobre el espacio infinito de la percepción alerta. La autoinvestigación comienza preguntándose, no qué soy yo, sino qué *no* soy. Una pregunta semejante torna innecesarias las estructuras teóricas, la parafernalia conceptual de nuestras psicologías profundas, las filosofías, teologías y los sistemas de creencias. La pregunta es asombrosa pero amedrentadoramente simple; es amedrentadora porque acarrea el más hondo sentido de soledad, ya que nadie sino uno mismo puede formular la pregunta así como contestarla. Sin embargo, con paciencia, valor y una radical confianza para permanecer en suspenso ahí sin huir de la pregunta, uno descubre la no solitaria soledad creativa de esa «meditación en la que no hay, en absoluto, esfuerzos ni logros ni pensamientos, en la que el cerebro está quieto, no aquietado por la voluntad, por la intención, por la conclusión y todo ese desatino; está quieto. Y, al estar quieto, tiene un espacio infinito».

En esta breve introducción, he evitado deliberadamente adoptar un enfoque académico con respecto a la enseñanza de Krishnamurti. De haberlo hecho, eso habría falsificado su espíritu y

habría errado el blanco en cuanto a su mensaje. Krishnamurti no se interesaba en la competición de las ideas y en la actual palabrería que, según se cree, expresa los más finos ejemplos de la vida mental. En su última plática (enero de 1986) expuso la cuestión de manera convincente y sucinta:

> «Sería inútil para ustedes y para quien les habla, que escucharan un montón de palabras, pero si pudiéramos emprender juntos un muy largo viaje, no desde el punto de vista del tiempo, de creencias, conclusiones o teorías, sino examinando muy cuidadosamente nuestra manera de vivir, el miedo, la incertidumbre, la inseguridad y todas las invenciones que el hombre ha producido, incluyendo las extraordinarias computadoras, si emprendemos un largo viaje en esto, surge la pregunta: ¿Dónde nos encontramos al cabo de dos millones de años? ¿Hacia dónde nos dirigimos, no según alguna teoría, no según lo que dice algún desdichado libro, por sagrado que sea, sino hacia dónde nos estamos dirigiendo todos? Y ¿dónde hemos comenzado? Ambas preguntas se relacionan entre sí: hacia dónde nos dirigimos, dónde comenzamos. El comienzo puede ser el final. No asientan. Descubran».

Muy lejano, uno escucha el clamor: «Cómo? ¿Cómo descubrirlo?». La palabra misma, *cómo*, delata una creencia en el poder del proceso y de los procedimientos para producir un efecto; y, en realidad, lo hacen en el orden material. Pero aquí, la consigna de descubrir se dirige a una esfera diferente, la esfera de la errónea relación que uno tiene consigo mismo. El intento de imponer sobre este desorden cualquier disciplina conforme a un modelo, sólo fortalece lo erróneo de la relación, atándola más aún al tiempo, a la creencia, a las conclusiones y teorías. No existe un «cómo» para realizar un acto puro de atención con respecto a lo que tenemos cerca. No hay nada misterioso en relación con esto. De hecho, en el curso normal del vivir cotidiano realizamos, quizás, unos cuantos de tales actos, pero rápidamente los

abandonamos. ¿Por qué? La respuesta a esa pregunta llega sólo mediante el examen de nosotros mismos, no basado en teorías del inconsciente o en eruditas disquisiciones sobre la naturaleza del hombre. El puro acto de atención es espontáneo y libre; el que escucha y lo escuchado, el percibidor y lo percibido se desprenden por sí solos y dejan únicamente el escuchar y el ver. «Sólo cuando la mente es dichosa, cuando está quieta, sin ningún movimiento propio, sin que se proyecte el pensamiento, ya sea consciente o inconsciente, sólo entonces, revela su existencia lo eterno».

Durante este siglo hemos recibido, junto con la leche materna, el deprimente dogma de que los sellos característicos de la naturaleza humana son la ansiedad (la angustia) y la desavenencia, una versión secularizada del dogma del pecado original. Pero gracias a la meditación, tal como Krishnamurti la reveló, y a la investigación en nosotros mismos, descubrimos nuestra naturaleza original, nuestra original inocencia y el estado natural del ser humano. ¿Es éste, entonces, el núcleo, el corazón de la enseñanza? Sí, puesto que la enseñanza es un asunto del corazón.

ALLAN W. ANDERSON
Profesor Emérito de Estudios Religiosos
Universidad de San Diego

LA VERDAD ES UNA TIERRA SIN CAMINOS

Disolución de la Orden de la Estrella

La Orden de la Estrella de Oriente fue fundada en 1911 para proclamar el advenimiento del Instructor del Mundo. Krishnamurti fue designado Jefe de la Orden. El 2 de agosto de 1929, día de apertura del Campamento Anual de la Estrella, celebrado en Omman, Holanda, Krishnamurti disolvió la Orden ante tres mil miembros. Éste es el texto completo de la plática que ofreció en esa ocasión.

Vamos a discutir esta mañana la disolución de la Orden de la Estrella. Muchos se alegrarán y otros se sentirán más bien tristes. Ésta no es una cuestión de regocijo ni de tristeza, porque es algo inevitable, como voy a explicarlo.

Quizá recuerden ustedes la historia de cómo el diablo y un amigo suyo estaban paseando por la calle cuando vieron delante de ellos a un hombre que levantaba algo del suelo y, después de mirarlo, se lo guardaba en el bolsillo. El amigo preguntó al diablo: «¿Qué recogió ese hombre?». «Recogió un trozo de la Verdad», contestó el diablo. «Ése es muy mal negocio para ti, entonces», dijo su amigo. «Oh, no, en absoluto», replicó el diablo, «voy a dejar que la organice».

Yo sostengo que la Verdad es una tierra sin caminos, y no es posible acercarse a ella por ningún sendero, por ninguna religión, por ninguna secta. Ése es mi punto de vista y me adhiero a él absoluta e incondicionalmente, La Verdad, al ser ilimitada, incondicionada, inabordable por ningún camino, no puede ser organizada; ni puede formarse organización alguna para conducir o forzar a la gente a lo largo de algún sendero en particular. Si desde el principio entienden eso, entonces verán cuán imposible es organizar una creencia. Una creencia es un asunto puramente individual, y no pueden ni deben organizarla. Si lo hacen, se torna en algo muerto, cristalizado; se convierte en un credo, una secta, una religión que ha de imponerse a los demás. Esto es lo que todo el mundo trata de hacer. La Verdad se empequeñece y se transforma en un juguete para los débiles, para los que están sólo momentáneamente descontentos. La Verdad no puede rebajarse; es más bien el individuo quien debe hacer el esfuerzo de elevarse hacia ella. Ustedes no pueden traer la cumbre de la montaña al valle. Si quieren llegar a la cima de la montaña, tienen que atravesar el valle y trepar por la cuestas sin temor a los peligrosos precipicios. Tienen que ascender hacia la Verdad, ésta no puede «descender» ni organizarse para ustedes. El interés en las ideas es sostenido principalmente por las organizaciones, pero las organizaciones sólo despiertan el interés desde afuera. El interés que no nace del amor a la Verdad por sí misma, sino que es despertado por una organización, no tiene valor alguno. La organización se convierte en una estructura dentro de la cual sus miembros pueden encajar convenientemente. Ellos no se esfuerzan más por alcanzar la Verdad o la cumbre de la montaña, sino que más bien tallan para sí mismos un nicho conveniente donde se colocan, o dejan que la organización los coloque, y consideran que, debido a eso, la organización ha de conducirlos hacia la Verdad.

De modo que ésta es la primera razón, desde mi punto de vista, por la que la Orden de la Estrella debe ser disuelta. A pesar de esto ustedes formarán probablemente otras órdenes, continuarán

perteneciendo a otras organizaciones que buscan la Verdad. Yo no quiero pertenecer a ninguna organización de tipo espiritual; por favor, comprendan esto. Yo haría uso de una organización que me llevara de aquí a Londres, por ejemplo; ésta es una clase por completo diferente de organización, meramente mecánica, como el correo o el telégrafo. Yo usaría un automóvil o un buque de vapor para viajar, éstos son sólo mecanismos físicos que nada tienen que ver con la espiritualidad. Por otra parte, sostengo que ninguna organización puede conducir al hombre a la espiritualidad.

Si se crea una organización para este propósito, ella se convierte en una muleta, en una debilidad, en una servidumbre que por fuerza mutila al individuo y le impide crecer, establecer su unicidad que descansa en el descubrimiento que haga, por sí mismo, de esta Verdad absoluta e incondicionada. Por lo tanto, ésa es otra de las razones por las que he decidido, ya que soy el Jefe de la Orden, disolverla. Nadie me ha persuadido para que tome esta decisión.

Ésta no es ninguna magnífica proeza, porque yo no deseo seguidores, y esto es lo que quiero significar. En el momento en que siguen a alguien, dejan de seguir a la Verdad. No me preocupa si prestan o no prestan atención a lo que digo. Deseo hacer cierta cosa en el mundo y voy a hacerla con resuelta concentración. Sólo estoy interesado en una cosa esencial: Hacer que el hombre sea libre. Deseo liberarlo de todas las jaulas, de todos los temores, y no fundar religiones, nuevas sectas, ni establecer nuevas teorías y nuevas filosofías. Entonces, como es natural, me preguntarán por qué recorro el mundo hablando continuamente. Les diré por qué lo hago. No es porque desee que me sigan ni porque desee un grupo especial de discípulos selectos. (¡Cómo gustan los hombres de ser diferentes de sus semejantes, por ridículas, absurdas o triviales que puedan ser sus distinciones! No quiero alentar ese absurdo.) No tengo discípulos ni apóstoles, ya sea en la Tierra o en el reino de la espiritualidad.

Tampoco es la tentación del dinero, ni es el deseo de vivir una vida cómoda lo que me atrae. ¡Si yo quisiera llevar una vida có-

moda no vendría a un Campamento ni viviría en un país húmedo! Estoy hablando francamente porque quiero que esto quede establecido de una vez por todas. No deseo que estas discusiones infantiles se repitan año tras año.

Un periodista que me ha entrevistado, consideraba un acto grandioso disolver una organización en la que había miles y miles de miembros. Para él esto era una gran acción, porque dijo: «Qué hará usted después, cómo vivirá? No tendrá seguidores, la gente no le escuchará». Con que sólo haya cinco personas que escuchen, que vivan, que tengan sus rostros vueltos hacia la eternidad, será suficiente. ¿De qué sirve tener miles que no comprenden, que están por completo embalsamados en sus prejuicios, que no desean lo nuevo, sino que más bien querrían traducir lo nuevo para que se acomode a sus propias personalidades estériles, estancadas? Si hablo enérgicamente no me entiendan mal, por favor, no es por falta de compasión. Si acuden a un cirujano para una operación, ¿no es bondad de su parte operar aunque les cause dolor? Así, de igual modo, si yo hablo francamente, no es por falta de verdadero afecto; al contrario.

Como he dicho, tengo solamente un propósito: hacer que el hombre sea libre, impulsarlo hacia la libertad, ayudarle a que rompa con todas sus limitaciones, porque sólo eso habrá de darle la felicidad eterna, la realización no condicionada del ser.

Porque soy libre, no condicionando, total –no una parte, no lo relativo, sino la Verdad total que es eterna–, deseo que aquellos que buscan comprenderme sean libres; que no me sigan, que no hagan de mí una jaula que se tornará en una religión, una secta. Más bien deberían liberarse de todos los miedos: del miedo de la religión, del miedo de la salvación, del miedo de la espiritualidad, del miedo del amor, del miedo de la muerte, del miedo de la vida misma. Así como un artista pinta un cuadro porque se deleita en esa pintura, porque ella es la expresión de su ser, su bienestar, su gloria, así hago yo esto, y no porque quiera nada de nadie.

Ustedes están acostumbrados a la autoridad, o a la atmósfera de autoridad, la cual creen que va a conducirlos a la espirituali-

dad. Creen y esperan que otro, por sus extraordinarios poderes –un milagro– podrá transportarlos a ese reino de libertad eterna que es la Felicidad. Toda la perspectiva que tienen de la vida está basada en esa autoridad.

Me han escuchado durante tres años sin que ningún cambio se operara en ustedes, salvo en algunos pocos. Ahora, analicen lo que estoy diciendo, sean críticos para que puedan alcanzar una comprensión profunda, fundamental. Cuando buscan una autoridad que los conduzca a lo espiritual, se obligan automáticamente a crear una organización alrededor de esa autoridad. Por la creación misma de esa organización que suponen ha de ayudar a esta autoridad para que les guíe hacia la vida espiritual, quedan presos en una jaula.

Si yo les hablo francamente, recuerden, por favor, que no lo hago así por dureza ni por crueldad ni a causa del entusiasmo por mi propósito, sino porque deseo que comprendan lo que estoy diciendo. Ésa es la razón por la que están aquí, y sería una pérdida de tiempo si yo no explicara claramente, decisivamente, mi punto de vista.

Durante dieciocho años se han estado preparando para este acontecimiento, para la Venida del Instructor del Mundo. Durante dieciocho años se han organizado, han esperado a alguien que viniera a dar un nuevo deleite a sus corazones y mentes, que transformara por completo sus vidas otorgándoles una nueva comprensión; a alguien que los elevara a un nuevo plano de existencia, que les diera un nuevo estímulo, que los hiciera libres, ¡y vean ahora lo que está sucediendo! Piensen, razonen consigo mismos y descubran de qué manera esa creencia los ha hecho diferentes, no con la superficial diferencia de llevar una insignia, lo cual es trivial, absurdo. ¿En qué forma una creencia así ha barrido con todas las cosas esenciales de la vida? Ésta es la única manera de juzgar: ¿En qué forma son más libres, más grandes, más peligrosos para toda Sociedad que esté basada en lo falso y en lo no esencial? ¿En que forma los miembros de esta organización de la Estrella han llegado a ser diferentes?

Como dije, ustedes se han estado preparando para mí durante dieciocho años. No me preocupa si creen o no creen que soy el Instructor del Mundo. Eso es de muy poca importancia. Puesto que pertenecen a la Organización de la Orden de la Estrella, han entregado su simpatía, su energía, aceptando que Krishnamurti es el Instructor del Mundo –parcial o totalmente; totalmente para aquellos que en verdad están buscando, sólo parcialmente para quienes están satisfechos con sus propias verdades a medias.

Se han estado preparando durante dieciocho años, y miren cuántas dificultades tienen ustedes en su camino hacia la comprensión, cuántas complicaciones, cuántas cosas triviales. Sus prejuicios, sus miedos, sus autoridades, sus iglesias nuevas y viejas... todas esas cosas, sostengo, son una barrera para la comprensión. No puedo ser más claro que esto. No quiero que estén de acuerdo conmigo, no quiero que me sigan, quiero que me comprendan lo que estoy diciendo.

Esta comprensión es necesaria porque la creencia de ustedes no los ha transformado, sino que sólo los ha complicado, y porque no están dispuestos a afrontar las cosas como son. Lo que desean es tener sus propios dioses, dioses nuevos en lugar de los viejos, religiones nuevas en lugar de las viejas, nuevas formas en vez de las viejas, todas cosas inútiles, barreras, limitaciones, muletas. En lugar de las viejas distinciones espirituales, tienen ustedes nuevas distinciones espirituales, en lugar de los viejos cultos, tienen cultos nuevos. Todos dependen de algún otro para su espiritualidad, para su felicidad, para su iluminación; y aunque se han estado preparando para mí durante dieciocho años, cuando yo digo que todas estas cosas son innecesarias, cuando digo que deben descartarlas todas y mirar dentro de sí mismos para la iluminación, para la gloria, para la purificación e incorruptibilidad del ser, ninguno de ustedes quiere hacerlo. Puede que haya unos pocos, pero son muy, muy pocos.

¿Para qué, pues, tener una organización?

¿Por qué personas falsas, hipócritas, me han seguido a mí, la encarnación de la Verdad? Recuerden, por favor, que no estoy di-

ciendo cosas duras o crueles, sino que hemos llegado a una situación en que deben ustedes enfrentarse a las cosas tal como son. El año pasado dije que no transigiría. Muy pocos me escucharon entonces. Este año he puesto eso absolutamente en claro. No sé cuántos miles en el mundo –miembros de la Orden– han estado preparándose para mí durante dieciocho años; sin embargo, ahora no están dispuestos a escuchar incondicionalmente, totalmente, lo que digo.

¿Para qué, pues, tener una organización?

Como dije antes, mi propósito es hacer que los hombres sean incondicionalmente libres, porque sostengo que la única espiritualidad es la incorruptibilidad del propio ser, que es eterno, que es la armonía entre la razón y el amor. Ésta es la absoluta incondicionada Verdad que es la Vida misma. Deseo, por lo tanto, que el hombre sea libre, que se regocije como el pájaro en el cielo claro; libre de toda carga, independiente, extático en esa libertad. Y yo, para quien ustedes se han estado preparando durante dieciocho años, digo ahora que deben liberarse de todas estas cosas, liberarse de sus complicaciones, de sus enredos. Para esto no necesitan tener una organización basada en la creencia espiritual. ¿Por qué tener una organización para cinco o diez personas en el mundo, que comprenden, que luchan, que han desechado todas las cosas triviales? Y para los débiles no puede haber organización alguna que les ayude a encontrar la Verdad, porque la Verdad está en cada uno de nosotros; no está lejos ni cerca; está eternamente ahí.

Las organizaciones no pueden hacerlos libres. Ningún hombre puede, desde afuera, hacerlos libres; ni un culto organizado ni la propia inmolación a una causa puede hacerlos libres. Ustedes utilizan una máquina de escribir para su correspondencia, pero no la ponen en un altar para adorarla. Sin embargo, eso es lo que están haciendo cuando las organizaciones se convierten en la principal preocupación de ustedes. «Cuántos miembros hay en ella». Ésta es la primera pregunta que me hacen todos los reporteros. «Cuántos seguidores tiene? Por su número juzgaremos si

lo que usted dice es verdadero o falso». Yo no sé cuántos son. No estoy interesado en eso. Aunque hubiera un solo hombre que haya podido liberarse, sería suficiente.

Además, tienen ustedes la idea de que sólo ciertas personas poseen la llave para entrar en el Reino de la Felicidad. Nadie la posee. Nadie tiene la autoridad para poseerla. Esa llave es el propio ser de cada uno, y sólo en el desarrollo y la purificación y la incorruptibilidad de ese ser, está el Reino de la Eternidad.

Verán, pues, cuán absurda es toda la estructura que han edificado buscando la ayuda externa, dependiendo de otros para el propio bienestar, para la propia felicidad, para la propia fortaleza. Estas cosas solamente pueden encontrarlas dentro de sí mismos.

¿Para qué, pues, tener una organización?

Se han acostumbrado a que se les diga cuánto han avanzado, cuál es el grado espiritual que poseen. ¡Qué niñería! ¿Quién sino ustedes mismos puede decir si son hermosos o feos por dentro? ¿Quién sino ustedes mismos puede decir si son incorruptibles? Ustedes no son serios en estas cosas.

¿Para qué, pues, tener una organización?

Pero aquellos que realmente deseen comprender, que traten de descubrir lo que es eterno, sin principio y sin fin, marcharán juntos con mayor intensidad y serán un peligro para todo lo que no es esencial, para las irrealidades, para las sombras. Y ellos se reunirán y se volverán la llama, porque habrán comprendido. Un cuerpo así es el que debemos crear y tal es mi propósito. Gracias a esa verdadera comprensión habrá una verdadera amistad. A causa de esa verdadera amistad –que al parecer ustedes no conoceen– habrá verdadera cooperación de parte de cada uno. Y esto no por motivo de la autoridad, ni por la salvación, ni por la inmolación a una causa, sino porque realmente han comprendido y, en consecuencia, son capaces de vivir en lo eterno. Esto es algo más grande que todo placer y que todo sacrificio.

Éstas son, pues, algunas de las razones por las que, después de haberlo considerado cuidadosamente durante dos años, he tomado esta decisión. No proviene de un impulso momentáneo. No he

sido persuadido a ello por nadie –no me dejo persuadir en tales cosas–. Durante dos años he estado pensando en esto, despacio, cuidadosamente, pacientemente, y he decidido ahora disolver la Orden, puesto que soy su Jefe. Pueden formar otras organizaciones y esperar por algún otro. Esto no me concierne, como tampoco me concierne crear nuevas jaulas y nuevas decoraciones para esas jaulas. Mi único interés es hacer que los hombres sean absolutamente, incondicionalmente libres.

PARTE I:

PRIMERAS OBRAS

Jiddu Krishnamurti nació en 1895, en el seno de un modesto hogar brahmínico, en Madanapalle, India. Su madre murió cuando él tenía diez años, y durante su infancia tuvo una salud delicada y estaba frecuentemente enfermo. Cuando su padre se retiró del empleo gubernamental, convino con Annie Besant, Presidenta de la Sociedad Internacional Teosófica, trabajar para esta organización, de la cual había sido miembro durante algunos años. Krishnamurti, que por entonces tenía catorce años, se trasladó, con tres de sus hermanos y su padre, a las oficinas centrales de la Sociedad Teosófica en Madrás.

Un vínculo profundamente afectivo se formó entre Mrs. Besant y Krishnamurti, y ella se convirtió en su tutora legal. Los teósofos habían estado aguardando el advenimiento de un «Instructor del Mundo», para cuya llegada habían constituido un grupo conocido como la Orden de la Estrella de Oriente, con Krishnamurti como su Jefe. En 1912, fue proclamado formalmente el Instructor del Mundo, pero en 1929 disolvió la Orden con su discurso espiritualmente radical: «La Verdad es una Tierra sin Caminos». Al hacerlo, rechazó bienes, dinero, poder y todos los derechos a la autoridad o a la condición de gurú.

Por el resto de su vida viajó extensamente, ofreciendo pláticas a todos quienes se interesaran por escuchar, en Europa, la India, los Estados Unidos, Sudamérica, Australia y Nueva Zelanda. Personas de toda condición venían de a miles para escucharle.

Esta parte contiene una selección de las pláticas pronunciadas a mediados de los años 30. Incluye una que ofreció en la Ciudad de México y una serie de las que dio, durante 1934, en Ojai, California, donde Krishnamurti pasó más tarde los años de la Segunda Guerra Mundial (1939 a 1945).

LO QUE DESEO HACER

Puede ser que me pregunten: «¿Qué es lo que usted desea hacer? Si no desea que ingresemos en ninguna Sociedad ni que aceptemos determinadas teorías, ¿qué es, entonces, lo que desea hacer?».

Lo que deseo hacer es ayudarlos, ayudar al individuo a cruzar la corriente del sufrimiento, de la confusión y el conflicto, mediante una realización completa y profunda. Esta realización no se encuentra en la egoísta expresión personal ni en la compulsión ni en la imitación. Tampoco en algún tipo de sentimientos y conclusiones fantásticas, sino que, gracias al claro pensar, a la acción inteligente, podremos cruzar esta corriente de la angustia y el dolor. Hay una realidad que puede ser comprendida sólo a través de una profunda y auténtica realización.

Antes de que podamos comprender la riqueza y belleza de la realización, la mente tiene que librarse del trasfondo de la tradición, del hábito y del prejuicio. Por ejemplo, si uno pertenece a un determinado partido, todas sus consideraciones políticas parten, naturalmente, del estrecho y limitado punto de vista de ese partido. Si a uno lo han criado, educado, condicionado, en cierta religión, mira la vida a través del velo del prejuicio y oscuridad de esa religión. Ese trasfondo de tradición impide la comprensión completa de la vida y, por lo tanto, ocasiona confusión y sufrimiento.

Les rogaría que escucharan lo que tengo que decir, liberándose –al menos durante esta hora– del trasfondo en el que han sido

educados, con sus tradiciones y prejuicios, y pensando de una manera simple y directa en los múltiples problemas humanos.

Ser auténticamente crítico no es estar en una actitud de oposición. La mayoría de nosotros ha sido educada para la oposición y no para el juicio crítico. Cuando un hombre meramente se opone ello indica, por lo general, que tiene algún interés creado que desea proteger, y eso no es discernimiento profundo mediante el examen crítico. El verdadero juicio crítico radica en tratar de comprender el pleno significado de los valores, sin el impedimento de las reacciones defensivas.

Vemos en todo el mundo extremos de pobreza y riqueza, abundancia y, al mismo tiempo, inanición; tenemos divisiones de clase y odios raciales, la estupidez del nacionalismo y la espantosa crueldad de la guerra. Hay explotación del hombre por el hombre; las religiones con sus intereses creados se han convertido en instrumentos de explotación que también separan a los hombres. Hay ansiedad, confusión, frustración, desesperanza.

Vemos todo esto; forma parte de nuestra vida cotidiana. Atrapados como están en la rueda del sufrimiento, si son algo reflexivos deben haberse preguntado cómo pueden resolverse estos problemas humanos. O bien son ustedes conscientes del estado caótico del mundo, o están completamente adormecidos viviendo en un mundo fantástico, en una ilusión. Si se dan cuenta de estos problemas, deben estar tratando de resolverlos. Al tratar de resolverlos, algunos acuden para esa solución a los expertos y siguen sus ideas y teorías. Gradualmente, ellos mismos terminan por formar parte de un cuerpo exclusivo y, de ese modo, entran en conflicto con otros expertos y sus grupos; y el individuo llega a ser una mera herramienta en manos del grupo o del experto. O tratan ustedes de resolver estos problemas siguiendo un sistema particular, el cual, si lo examinan cuidadosamente, ven que se vuelve tan sólo otro instrumento para explotar al individuo. O piensan que, para cambiar toda esta crueldad y este horror, tiene que haber un movimiento de masas, una acción colectiva.

Ahora bien, la idea de un movimiento de masas llega a ser tan sólo un lema si cada uno de ustedes, el individuo que forma parte de la masa, no comprende la verdadera función que le corresponde. La verdadera acción colectiva puede tener lugar sólo cuando uno mismo, el individuo, que también es la masa, está despierto y asume sin compulsión alguna, la plena responsabilidad de sus acciones.

Por favor, tengan presente que no les estoy dando ningún sistema de filosofía que puedan seguir ciegamente, sino que trato de despertar el deseo por la verdadera e inteligente realización, ya que sólo ésta puede generar un orden feliz y paz en el mundo.

Podrá haber un cambio fundamental y perdurable en el mundo, podrá haber amor e inteligente realización, sólo cuando ustedes despierten y comiencen a liberarse de la red de las ilusiones, de las múltiples ilusiones que, a causa del temor, han creado con respecto a sí mismos. Cuando la mente se libera de estos obstáculos, cuando existe ese profundo y espontáneo cambio interno, sólo entonces puede haber una genuina, duradera acción colectiva en la cual no hay posibilidad alguna de compulsión.

Tengan la bondad de entender que les hablo a ustedes como individuos, no hablo a un grupo colectivo o a un determinado partido. Si no despiertan a la plenitud de su responsabilidad, de su realización, entonces la función que, como seres humanos, tienen en la sociedad, ha de verse frustrada, limitada; y en eso hay dolor.

Así que la pregunta es: ¿Cómo puede ocurrir esta profunda revolución individual? Si hay una auténtica, espontánea revolución por parte del individuo, entonces crearán ustedes el medio apropiado para todos, sin distinción alguna de clase o de raza. Entonces el mundo será una sola unidad humana.

¿De qué modo van ustedes a despertar, como individuos, a esta revolución profunda? Lo que voy a decir ahora no es complicado, es simple; pero, a causa de su misma simplicidad, me temo que lo rechacen considerándolo poco positivo. Lo que ustedes llaman positivo es que les den un plan definido, que les digan exactamente lo que deben hacer. Pero si pueden comprender por

sí mismos cuáles son los obstáculos que se oponen a su profunda y auténtica realización, entonces no se volverán meros seguidores ni serán explotados. Todo seguimiento es nocivo paara la plenitud de la realización.

Para tener esta profunda revolución, deben volverse plenamente conscientes de la estructura que han creado respecto de sí mismos y en la que ahora se hallan presos. Es decir, ahora tenemos ciertos valores e ideales, ciertas creencias que actúan como una malla para sujetar a la mente; y al cuestionar y comprender todo lo que significan, nos daremos cuenta de cómo han surgido a la existencia. Antes de que puedan actuar de manera plena y auténtica, deben conocer la prisión en la que están viviendo, cómo ha sido creada; examinándola sin defensa alguna, descubrirán por sí mismos su verdadero significado, significado que ninguna otra persona puede transmitirles. Mediante su propio despertar de la inteligencia, mediante su propio sufrimiento, descubrirán la manera de realizarse plena y auténticamente.

Por medio de un pensar y una acción egoísta, cada uno de nosotros está buscando seguridad, certidumbre, tanto objetiva como subjetivamente. Si son conscientes de su propio pensamiento, verán que están persiguiendo, externa e internamente, la propia certidumbre y seguridad personal. En realidad, no hay una división absoluta de la vida, tal como el mundo objetivo y el mundo subjetivo; hago esta división sólo por conveniencia práctica.

Objetivamente, esta búsqueda de seguridad y certidumbre egoísta se expresa por medio de la familia, la cual se vuelve un centro de explotación basado en la codicia. Si lo examinan verán que, lo que llaman amor a la familia, es nada más que afán posesivo.

Esa búsqueda de seguridad se expresa asimismo mediante las divisiones de clase, las que desembocan en la estupidez del nacionalismo y el imperialismo, engendrando odios, antagonismos raciales y, finalmente, la crueldad de la guerra. Así, a causa de nuestros propios deseos egoístas, hemos creado un mundo de nacionalidades y gobiernos soberanos en conflicto, cuya función es

prepararse para la guerra y forzar al hombre a luchar contra el hombre.

Luego está la búsqueda de la seguridad y certidumbre egoístas, por intermedio de lo que llamamos religión. Crédulamente, nos gusta pensar que estas formas organizadas de creencia llamadas religiones, han sido creadas por seres divinos. Somos nosotros mismos los que las hemos creado para nuestra propia conveniencia; en el curso de los siglos, estas religiones han llegado a santificarse, y ahora nos hemos esclavizado a ellas. Jamás puede haber religiones ideales, así que no perdamos nuestro tiempo discutiéndolas. Las religiones ideales sólo pueden existir en teoría, no en la realidad. Examinemos cómo hemos creado las religiones y de qué manera nos hemos esclavizado a ellas. Si las examinan a fondo tal como son, verán que no representan sino el interés creado de una creencia organizada que sujeta, separa y explota al hombre. Tal como objetivamente buscan la seguridad, así también buscan subjetivamente una clase distinta de seguridad, de certidumbre a la que llaman inmortalidad. Más adelante, en mis pláticas, explicaré qué es para mí la verdadera inmortalidad.

En su búsqueda de seguridad, dan ustedes origen al miedo, y así se someten a quien les promete esa inmortalidad. A causa del miedo crean una autoridad espiritual, y para administrar esa autoridad hay sacerdotes que los explotan mediante la creencia, el dogma y el credo, mediante el espectáculo, la pompa, el boato; y eso es lo que llaman religión en todo el mundo. Se basa esencialmente en el miedo, aunque puedan llamarlo amor a Dios o a la verdad; y si lo examinan inteligentemente, verán que es tan sólo el resultado del miedo; debe, pues, convertirse por fuerza en uno de los recursos para explotar al hombre. A causa de su propio deseo de inmortalidad, de continuación egoísta, ustedes han desarrollado esta ilusión a la que llaman religión y, consciente o inconscientemente, están atrapados en ella. O quizá no pertenezcan a ninguna religión en particular, pero pueden pertenecer a alguna secta que sutilmente promete una recompensa, una sutil inflación del ego en el más allá. O tal vez no pertenezcan a ninguna sociedad o secta, pero puede

haber un íntimo deseo, oculto y encubierto, de buscar la propia inmortalidad. Mientras exista, en cualquiera de sus formas, el deseo de continuación personal, tiene que haber miedo, el cual no hace sino engendrar la autoridad, y de esto se derivan la sutil crueldad y la estupidez de someterse uno mismo a la explotación. Esta explotación es tan sutil, tan refinada, que uno llega a enamorarse de ella llamándola progreso espiritual y avance hacia la perfección.

Ahora bien, cada uno de ustedes, el individuo, debe estar consciente de toda esta intrincada estructura, consciente del origen del miedo, y debe estar dispuesto a erradicarlo, cualquiera que sea la consecuencia. Esto significa entrar individualmente en conflicto con los ideales y valores existentes; y cuando la mente se libera de lo falso, sólo entonces, puede haber creación del medio correcto para el conjunto de la humanidad.

Lo que primero les concierne es tomar conciencia de la prisión; entonces verán que es el propio pensamiento el que está tratando continuamente de evitar el conflicto con los valores de la prisión. Este escape crea ideales que, por hermosos que sean, no son sino ilusiones. Es uno de los trucos de la mente escapar hacia un ideal, porque si no escapa, tiene que entrar directamente en conflicto con la prisión, con el medio. O sea, la mente prefiere escapar hacia una ilusión antes que enfrentarse al sufrimiento que surgirá inevitablemente cuando comience a cuestionar los valores, la moralidad y las religiones de la prisión.

Lo importante, pues, es entrar en conflicto con las tradiciones y los valores de la sociedad y la religión en que están presos, y no escapar intelectualmente por medio de un ideal. Cuando comienzan a cuestionar estos valores, despiertan la verdadera inteligencia; esta inteligencia es lo único que puede resolver los innumerables problemas humanos.

Mientras la mente se encuentra atrapada en los valores falsos, no puede haber plenitud de realización. Sólo esa plenitud puede revelar la verdad, el movimiento de la vida eterna.

Ciudad de México, 20 de octubre de 1935

¿QUÉ ESTÁN USTEDES BUSCANDO?

Durante estas pláticas, mi propósito no es ofrecerles un sistema de pensamiento, sino más bien despertar el pensamiento, y para eso voy a hacer ciertas declaraciones, no dogmáticas, naturalmente, y espero que ustedes las consideren. Al considerarlas, surgirán muchas preguntas; si tienen la bondad de formulármelas, procuraré contestarlas y, de este modo, podremos discutir más ampliamente lo que tengo que decir.

Me pregunto por qué vienen aquí la mayoría de ustedes. Presumiblemente, están buscando algo. ¿Qué están buscando? Es natural, no pueden contestar esta pregunta porque la búsqueda de ustedes varía, varía el objeto de esa búsqueda; el objeto está cambiando constantemente, de manera que no saben con claridad lo que buscan, lo que desean. Pero, desafortunadamente, han establecido el hábito de ir de un supuesto maestro espiritual a otro, de ingresar en diversas organizaciones y sociedades, de seguir sistemas; en otras palabras, procuran descubrir qué les da más y más satisfacción y excitaciones.

A este proceso de ir de una escuela de pensamiento a otra, de un sistema de pensamiento a otro, de un maestro a otro, lo llaman «búsqueda de la verdad». Es decir, van de una idea a otra idea, de un sistema de pensamiento a otro, acumulando, esperando comprender la vida, desentrañar su significado, sus luchas; y cada vez declaran que han encontrado algo.

Y bien, espero que al final de mis pláticas no dirán que han encontrado algo, porque tan pronto han encontrado algo ya están perdidos; es un ancla a la que la mente se aferra. Por lo tanto, cesa ese movimiento eterno, esa búsqueda de la que voy a hablar. Casi todas las mentes buscan con un fin definido, se mueven con este definido deseo de encontrar y, una vez establecido este deseo, ustedes encontrarán algo. Pero no será algo vivo, será una cosa muerta la que encontrarán; por consiguiente, la desecharán para volverse hacia otra. Y a este proceso de escoger continuamente, de descartar continuamente, ustedes lo llaman adquisición de sabiduría, de experiencia, o búsqueda de la verdad.

Es probable que casi todos hayan venido aquí con esta actitud, consciente o inconscientemente; por eso dedican su pensamiento a la mera búsqueda de esquemas y confirmaciones, al deseo de afiliarse a un movimiento o formar grupos, sin la claridad de lo que es fundamental, sin tratar de comprender qué significan estas cosas esenciales de la vida. Por lo tanto, como dije, no estoy exponiendo un ideal para que lo imiten, una meta que deban encontrar, sino que mi propósito es más bien el de despertar ese pensamiento mediante el cual la mente pueda liberarse de estas cosas que hemos establecido, que hemos dado por hecho que son verdaderas.

Ahora bien, cada uno trata de inmortalizar el producto del medio; tratamos de hacer eterna esa cosa que es el resultado del medio en que vivimos. Es decir, los distintos temores, las esperanzas, los anhelos, los prejuicios, las preferencias, los puntos de vistas personales que glorificamos como nuestro temperamento, estas cosas son, después de todo, el resultado, el producto del medio; y el haz de estos recuerdos que son el resultado de las condiciones ambientales, el producto de nuestra reacción a estas condiciones, se convierte en esa conciencia que llamamos el «yo». ¿No es así? Toda la lucha es entre el resultado del medio con el que la mente se identifica y que se convierte en el «yo», y el medio mismo. Al fin y al cabo, el «yo», la conciencia con la cual la mente se identifica, es el resultado del medio. La lucha tiene lugar entre ese «yo» y el medio que cambia constantemente.

Uno está buscando todo el tiempo la inmortalidad para este «yo». En otras palabras, la falsedad trata de convertirse en lo real, en lo eterno. Cuando comprendemos el significado del medio, no hay reacción y, por ende, no hay conflicto entre la reacción, o sea, entre lo que llamamos el «yo», y el creador de la reacción, es decir, el medio. Esta búsqueda de inmortalidad, este anhelo de certidumbre, de perdurabilidad, es llamado el proceso de evolución, el proceso de alcanzar a Dios o la verdad o la comprensión de la vida. Y a cualquiera que nos ayuda a esto, que nos ayuda a inmortalizar la reacción que llamamos el «yo», lo convertimos en nuestro redentor, nuestro salvador, nuestro Maestro, nuestro instructor, y seguimos su sistema. Lo seguimos con toda la intención cuando pensamos que lo seguimos inteligentemente porque va a conducirnos a la inmortalidad, a la realización de ese éxtasis. Es decir, deseamos que otro inmortalice para nosotros esa reacción que es el resultado del medio, la cual en sí misma, es inherentemente falsa. Debido a este deseo de inmortalizar eso que es falso, creamos las religiones, los sistemas sociológicos con sus divisiones, los métodos políticos, las panaceas económicas y las normas morales. Así, gradualmente, en este proceso de desarrollar sistemas para hacer que el individuo sea inmortal, perdurable, que esté seguro, el individuo se pierde por completo y entra en conflicto con las creaciones de su propia búsqueda, con las creaciones nacidas de este anhelo de certidumbre al que él llama inmortalidad.

Después de todo, ¿por qué deberían existir las religiones? Las religiones, como divisiones del pensamiento, se han desarrollado, han sido glorificadas y alimentadas por conjuntos de creencias, a causa de que existe este deseo de realizar, de lograr la inmortalidad.

Por otra parte, las normas morales son tan sólo creaciones de la sociedad, establecidas a fin de que el individuo pueda permanecer sujeto dentro de su cautiverio. Para mí, la moralidad no puede estar sujeta a normas. No puede haber, al mismo tiempo, moralidad y normas. Sólo puede haber inteligencia que no está ni

puede estar sometida a normas. Pero investigaremos eso en mis pláticas posteriores.

Por eso existe esta continua búsqueda en la que está atrapado cada uno de nosotros, esta búsqueda de la felicidad, de la verdad, de la realidad, del bienestar –este continuo deseo de seguridad, de permanencia, que todos cultivamos–. Y, a causa de esa búsqueda de permanencia, tiene que haber conflicto, conflicto entre el resultado del medio, que es el «yo», y el medio mismo.

Entonces, si reflexionan sobre ello, ¿qué es el «yo»? Cuando ustedes hablan acerca del «yo», y de «lo mío»: mi casa, mi disfrute, mi esposa, mi hijo, mi amor, mi temperamento, ¿qué es eso? No es otra cosa que el resultado del medio, y hay conflicto entre ese resultado, el «yo» y el medio mismo. El conflicto sólo puede existir, y existe inevitablemente, entre lo falso y lo falso, no entre la verdad y lo falso. Pero puede haberlo y tiene que haberlo entre dos cosas falsas, entre grados de falsedad, entre opuestos.

No piensen, pues, que esta lucha entre uno mismo y el medio, que ustedes consideran verdadera, *es* verdadera. ¿Acaso no hay una lucha que tiene lugar, en cada uno, entre ustedes mismos y el medio en que viven, las circunstancias ambientales, la propia esposa, el marido, el hijo, el vecino, la sociedad, las organizaciones políticas? ¿No hay en marcha una constante batalla? Consideran que esa batalla es necesaria para que les ayude a realizar la felicidad, la verdad, la inmortalidad o el éxtasis. Para expresarlo de una manera diferente: lo que ustedes consideran verdadero no es sino la conciencia egocéntrica, el «yo» –el cual está todo el tiempo procurando volverse inmortal– y el medio, que es, a mi entender, el continuo movimiento de lo falso. Este movimiento de los falso se convierte en el medio siempre cambiante que los rodea, y a eso lo llaman ustedes progreso, evolución. Por lo tanto, considero que la felicidad, o la verdad, o Dios, no puede encontrarse como consecuencia del resultado del medio, o sea, del «yo», de las condiciones continuamente cambiantes.

Trataré de exponerlo otra vez de un modo diferente. Hay un conflicto, del cual cada uno de nosotros es consciente, conflicto

entre uno mismo y el medio, las condiciones ambientales. Entonces, uno dice: «Si puedo conquistar el medio, superarlo, dominarlo, descubriré, comprenderé»; por eso, tiene lugar esta continua batalla entre uno mismo y el medio.

Ahora bien, ¿qué es el «uno mismo»? No es sino el resultado, el producto del medio. ¿Qué es, entonces, lo que estamos haciendo? Combatimos una cosa falsa con otra cosa falsa, y el medio será falso hasta tanto no lo comprendamos. Por consiguiente, el medio está produciendo esa conciencia que ustedes llaman el «yo», la que continuamente trata de volverse inmortal. Y para hacerla inmortal es preciso que haya muchos modos, que haya métodos: en consecuencia, tienen ustedes religiones, sistemas, filosofías, todos los estorbos y las barreras que han creado. Debido a esto, tiene que haber conflicto entre el resultado del medio y el medio en sí; y, como dije, sólo puede haber conflicto entre lo falso y lo falso, jamás entre la verdad y lo falso. Pero en sus mentes existe esta idea firmemente establecida de que en esta lucha entre el resultado del medio, o sea, el «yo», y el medio mismo, residen el poder, la sabiduría, el sendero hacia la eternidad, hacia la realidad, hacia la verdad y la dicha.

Nuestro interés vital debería estar puesto en este medio que nos rodea, no en el conflicto, no en cómo superarlo, no en cómo escapar de él. Cuestionando el medio y procurando comprender su significado, descubriremos su verdadero valor. ¿No es así? Casi todos estamos enredados, atrapados en este proceso de intentar superar las circunstancias ambientales, el medio, de escapar de él; no tratamos de averiguar lo que significa, cuál es su causa, su sentido su valor. Cuando vemos el significado del medio, ello implica una acción drástica, un cataclismo tremendo en nuestra vida, un cambio completo, revolucionario, de ideas, en el cual no hay autoridad ni imitación alguna. Pero muy pocos están dispuestos a ver el significado del medio, porque ello implica un cambio, un cambio radical, revolucionario, y son poquísimos los que quieren eso. Por lo tanto, la mayoría, un vasto número de personas, se interesa en evadirse del medio; encubren eso o tra-

tan de hallar nuevas sustituciones, librándose de Jesucristo y erigiendo a un nuevo salvador, buscando nuevos maestros en lugar de los viejos, pero ni siquiera investigan si necesitan en absoluto guía alguno. Sólo esto ayudaría, sólo esto revelaría el verdadero significado de esa exigencia particular.

Así, donde hay una búsqueda de sustitución, tiene que haber autoridad, seguimiento de líderes; en consecuencia, el individuo llega a ser nada más que una pieza en la maquinaria religiosa y social de la vida. Si observan con mucha atención, verán que su búsqueda es tan sólo una búsqueda de bienestar, seguridad y escape; no es una búsqueda de comprensión, sino más bien de evasión y, por lo tanto, es una búsqueda para vencer todos los obstáculos; al fin y al cabo, toda conquista no es sino una sustitución, y en la sustitución no hay comprensión alguna.

Están los escapes por medio de las religiones con sus mandatos, sus normas morales, sus temores, sus autoridades, y están los escapes por medio de la expresión propia –lo que ustedes llaman expresión propia, lo que la inmensa mayoría de la gente llama expresión propia, no es sino la reacción contra el medio, el esfuerzo para expresarse uno mismo mediante la reacción a ese medio–, expresión propia a través del arte, de la ciencia, de múltiples formas de acción. No estoy incluyendo aquí las genuinas, espontáneas expresiones de la belleza, del arte, de la ciencia; éstas son completas en sí mismas. Hablo del hombre que busca estas cosas como un medio de expresarse a sí mismo. Un verdadero artista no habla de expresarse a sí mismo, él expresa aquello que siente con intensidad; pero hay tantos artistas espurios, igual que esas personas de espiritualidad espuria que están buscando todo el tiempo su expresión propia como un medio de obtener alguna cosa, alguna satisfacción que no pueden encontrar en el medio donde viven.

A causa de esta búsqueda de seguridad y permanencia, hemos establecido las religiones –con todas sus insensateces, sus divisiones y explotaciones– como medios de escape; y estos medios de escape se han vuelto tan vitales, tan importantes, porque abor-

dar el medio en que vivimos, o sea, las condiciones que nos rodean, requiere una acción tremenda, voluntaria, dinámica, y muy pocos están dispuestos a emprender esa acción. Por el contrario, ustedes están dispuestos a que el medio, las circunstancias los fuercen a actuar; es decir, si un hombre se vuelve sumamente moral y virtuoso a causa de la depresión, ustedes dicen: «¡Qué hombre tan fino es, cómo ha cambiado!». Para ese cambio dependen del medio, y mientras dependan del medio para una acción correcta, tiene que haber formas de escape, sustituciones, llámenlas religión o como quieran llamarlas. Mientras que, para el artista genuino que también es genuinamente espiritual, hay una expresión espontánea que en sí misma es suficiente, completa, total.

Entonces, ¿qué es lo que ustedes hacen? ¿Qué está sucediendo con cada uno de ustedes? ¿Qué están tratando de hacer en sus vidas? Están buscando. Y ¿qué es lo que buscan? Hay un conflicto entre ustedes mismos y el constante movimiento del medio en que viven. Están buscando una forma de superar ese medio, como la de perpetuar el propio «yo», el cual no es sino el resultado del medio; o, a causa de que tan a menudo han sido contrariados por el medio –lo cual les impide la expresión propia, como ustedes la llaman–, buscan un nuevo modo de expresarse a sí mismos mediante el servicio a la humanidad, mediante los ajustes económicos y todas esas cosas.

Cada uno tiene que averiguar qué es lo que está buscando; si no está buscando nada, entonces hay satisfacción y deterioro. Si hay conflicto, está el deseo de superar ese conflicto, de escapar de él, de dominarlo. Como he dicho, el conflicto puede existir solamente entre dos cosas falsas, entre esa supuesta realidad que ustedes llaman el «yo» –que para mí es nada más que el resultado del medio– y el medio mismo. En consecuencia, si nuestra mente se interesa tan sólo en superar esa lucha, entonces estamos perpetuando la falsedad y, por esto, hay más conflicto, más dolor. Pero si comprendemos el significado del medio, es decir, la riqueza, la pobreza, la explotación, la opresión, las nacionalidades,

las religiones y todas las insensateces de la vida social en la existencia moderna, no tratando de superar esas cosas, sino viendo su significado, entonces tiene que haber una acción individual y una revolución completa en las ideas y en el pensamiento. Entonces ya no hay una lucha, sino más bien una luz que disipa la oscuridad. No hay conflicto entre la luz y la oscuridad. No hay conflicto entre la verdad y aquello que es falso. El conflicto existe sólo donde hay opuestos.

Ojai, California, 16 de junio de 1934

EL SIGNIFICADO DEL MEDIO

Quizá recuerden ustedes que ayer estuve hablando del nacimiento del conflicto y de cómo la mente busca solucionarlo. Esta mañana quiero abordar toda la idea del conflicto y de la falta de armonía, y mostrar la absoluta inutilidad de que la mente trate de buscar una solución para el conflicto en sí. Cuando buscamos una solución, un modo de disolver el conflicto, sólo tratamos de sobreponernos o de sustituir eso poniendo en su lugar una nueva serie de ideas, un nuevo conjunto de teorías, o bien procuramos escapar por completo del conflicto. Cuando la gente desea una solución para su conflicto, lo que busca es eso.

Si observan bien verán que, cuando hay conflicto, ustedes buscan inmediatamente una solución. Quieren encontrar una manera de salir de ese conflicto y, por lo general, encuentran una salida; pero no han resuelto el conflicto, tan sólo lo han desplazado mediante la sustitución de unas circunstancias ambientales por otras, por una nueva condición, la cual a su vez producirá un conflicto ulterior. Investiguemos, pues, toda esta idea del conflicto, de dónde surge y qué podemos hacer con él.

Ahora bien, el conflicto es el resultado del medio, ¿no es así? Para expresarlo de un modo diferente: ¿Qué es el medio? ¿Cuándo están ustedes conscientes del medio que los rodea? Sólo cuando hay conflicto y una resistencia a ese medio. Por consiguiente, si observan, si examinan sus vidas, verán que éstas se hallan continuamente deformadas, falseadas, moldeadas

por el conflicto; y verán que la inteligencia, que es armonía perfecta de la mente y el corazón, no participa en absoluto de sus vidas. Es decir, el medio está formando, moldeando continuamente sus vidas en la acción, y es natural que de esa deformación constante, de ese moldeado y falseamiento de la vida, nazca el conflicto. Por lo tanto, donde existe este proceso constante de conflicto, no puede haber inteligencia. Y, sin embargo, pensamos que pasando continuamente por el conflicto daremos con esa inteligencia, esa integridad, esa plenitud del éxtasis. Pero mediante la acumulación del conflicto no podemos descubrir cómo vivir inteligentemente; podemos descubrirlo sólo cuando comprendemos el medio que da origen al conflicto; y la mera sustitución, esto es, la introducción de condiciones nuevas, no va a resolver el conflicto. No obstante, si observan, verán que cuando hay conflicto, la mente está buscando una sustitución. O bien decimos: «Es la herencia, son las condiciones económicas, las circunstancias ambientales del pasado», o afirmamos nuestra creencia en el karma, en la reencarnación, en la evolución; así, tratamos de dar excusas para el conflicto actual en el que la mente se halla atrapada, y no tratamos de averiguar cuál es la causa del conflicto en sí, lo cual implica investigar el significado del medio en que vivimos.

El conflicto puede, pues, existir sólo entre el medio –siendo el medio las condiciones económicas y sociales, la dominación política, los vecinos– y el resultado de ese medio, o sea, el «yo»; puede existir sólo mientras hay reacción a ese medio que da origen al «yo», al sí mismo. La mayoría de la gente no tiene conciencia de este conflicto, el conflicto entre el propio «yo» que no es sino el resultado del medio, y el medio mismo. Muy pocos son conscientes de esta batalla continua. Sólo a través del sufrimiento, uno se vuelve consciente de ese conflicto, de esa falta de armonía, de esa lucha entre la falsa creación del medio, la cual es el «yo», y el medio mismo. ¿No es así? Sólo gracias a la intensidad del sufrimiento, a la agudeza del dolor, a la agudeza de la falta de armonía, nos volvemos conscientes del conflicto.

¿Qué ocurre cuando tomamos conciencia del conflicto? ¿Qué ocurre cuando en la intensidad del sufrimiento nos volvemos totalmente conscientes de la batalla, de la lucha que se está desarrollando? Casi todos deseamos un alivio inmediato, una respuesta inmediata. Deseamos protegernos de ese sufrimiento y, para eso, encontramos distintos modos de escapar que he mencionado ayer, tales como las religiones, las excitaciones, las insensateces y las numerosas vías de escape que hemos creado a causa de nuestro deseo de protegernos contra esa lucha. El sufrimiento lo torna a uno consciente de este conflicto; sin embargo, el sufrimiento no conducirá al hombre hacia esa integridad, esa riqueza, esa plenitud, ese éxtasis de la vida porque, al fin y al cabo, el sufrimiento sólo puede despertar en la mente una gran intensidad. Y cuando la mente es aguda, comienza a cuestionar el medio, las condiciones, y en ese cuestionamiento funciona la inteligencia; sólo esa inteligencia conducirá al hombre a la integridad de la vida y al descubrimiento del significado que tiene el dolor. La inteligencia comienza a funcionar en el momento de agudeza del sufrimiento, cuando la mente y el corazón ya no escapan a través de las numerosas vías de escape que tan hábilmente nos hemos creado y que, en apariencia, son razonables, factuales, legítimas. Si observan atentamente, sin prejuicios, verán que mientras sigue habiendo un escape, no están afrontando ni resolviendo el conflicto; por lo tanto, el sufrimiento de ustedes es tan sólo la acumulación de ignorancia. Es decir, cuando uno deja de escapar a través de los canales conocidos, entonces, en esa agudeza del sufrimiento, comienza a funcionar la inteligencia.

Por favor, no quiero darles ejemplos y símiles, porque deseo que ustedes piensen sobre esto y, si les doy ejemplos, yo soy el que piensa y ustedes meramente escuchan. Mientras que si comienzan a reflexionar sobre lo que estoy diciendo, verán, observarán por sí mismos cómo la mente, acostumbrada a tantas sustituciones, autoridades, escapes, jamás llega a ese nivel de agudeza del sufrimiento que es indispensable para que la inteligencia entre a funcionar. Y sólo cuando la inteligencia está funcionando

plenamente, puede haber una disolución total de la causa del conflicto.

Cada vez que hace falta comprensión respecto del medio, tiene que haber conflicto. El medio da nacimiento al conflicto y, mientras no comprendamos el medio, las condiciones ambientales, y nos limitemos a buscar sustitutos para esas condiciones, estamos evadiendo un conflicto y topándonos con otro. Pero en esa agudeza de sufrimiento que revela el conflicto en su plenitud, si en ese estado comenzamos a cuestionar el medio en que vivimos, comprenderemos el verdadero valor de ese medio, y entonces la inteligencia funcionará de manera natural. Hasta ahora, la mente se ha identificado con el conflicto, con el medio, con las evasiones y, por ende, con el sufrimiento –o sea, decimos «yo sufro»–. Mientras que, en ese estado de agudeza del sufrimiento, en esa intensidad del sufrimiento en la que ya no hay escapes, la mente misma se vuelve inteligencia.

Veámoslo otra vez de una manera diferente. En tanto estemos buscando soluciones, sustituciones, autoridades para la causa del conflicto y para su alivio, tiene que haber identificación de la mente con lo particular. Mientras que si la mente se concentra en ese estado de sufrimiento intenso en el cual las vías de escape están bloqueadas, entonces la inteligencia, despierta, funcionará natural y espontáneamente.

Si ustedes tienen la bondad de experimentar con esto verán que no les estoy ofreciendo teorías, sino algo con lo que pueden trabajar, algo práctico. Tenemos numerosas circunstancias ambientales que nos han sido impuestas por la sociedad, por la religión, por las condiciones económicas, por las diferencias de clase, por la explotación y las opresiones políticas. El «yo», que ha sido creado por esa imposición, por esa compulsión, está luchando contra el medio y, en consecuencia, hay conflicto. De nada sirve crear un medio nuevo, porque seguirá existiendo la misma cosa. Pero si en ese conflicto hay consciente dolor y sufrimiento –y en todo conflicto siempre hay sufrimiento, sólo que el hombre desea escapar de esa lucha y, por eso, busca sustitutos–, si en esa

agudeza del sufrimiento dejan de buscar sustitutos y afrontan realmente los hechos, verán que la mente, que es la suma de la inteligencia, comienza a descubrir el verdadero valor del medio, y entonces se darán cuenta de que la mente se halla libre del conflicto. En la agudeza misma del sufrimiento radica su propia disolución. Por lo tanto, en eso está la comprensión de la causa del conflicto.

También debemos tener presente que, lo que llamamos acumulación de dolores, no genera la intensidad; tampoco la multiplicación del sufrimiento induce su propia disolución, porque la agudeza de la mente en medio del sufrimiento llega sólo cuando la mente ha dejado de escapar. Y ningún conflicto despertará ese sufrimiento, esa agudeza del sufrimiento, cuando la mente está tratando de escapar, porque en el escape no hay inteligencia.

Lo expondré brevemente una vez más, antes de contestar las preguntas que me han entregado. Primero que nada, todos estamos atrapados en el sufrimiento y el conflicto, pero la mayoría es inconsciente de ese conflicto; busca tan sólo sustituciones, soluciones y escapes. Mientras que si dejamos de buscar escapes y empezamos a cuestionar el medio que da origen a ese conflicto, entonces la mente llega a ser aguda, vital, inteligente. En esa intensidad la mente se ha vuelto inteligencia y, por lo tanto, ve el pleno valor y el significado del medio que da origen al conflicto.

Por favor, estoy seguro de que la mitad de ustedes no entiende esto, pero no importa. Lo que pueden hacer, si quieren, es pensar a fondo en ello, reflexionar al respecto y ver si lo que digo es verdadero. Pero reflexionar sobre ello no es intelectualizarlo, o sea, no es sentarse y hacer que se esfume por medio del intelecto. Para averiguar si lo que digo es verdadero, deben ponerlo en acción, y para eso tienen que cuestionar el medio. Es decir, si se hallan en conflicto, es natural que cuestionen el medio, pero casi todas las mentes se han desnaturalizado tanto que no advierten que está buscando soluciones, escapes, mediante sus maravillosas teorías. Razonan perfectamente, pero su razonamiento se basa en la búsqueda de escapes, de lo cual son por completo inconscientes.

Por lo tanto, si hay conflicto y ustedes quieren descubrir la causa de ese conflicto, es obvio que la mente debe descubrirla mediante la agudeza del pensamiento y, por consiguiente, mediante el cuestionamiento de todo lo que el medio ha establecido respecto de ustedes: la familia, los vecinos, las religiones, las autoridades políticas, etc.; al cuestionar, habrá una acción contra el medio. Están la familia, los vecinos, el Estado, y al cuestionar lo que significan, verán que la inteligencia es espontánea, no puede ser adquirida, no puede ser cultivada. Han sembrado la semilla de la percepción alerta y esa semilla produce la flor de la inteligencia.

Interlocutor: Usted dice que el «yo» es el producto del medio. ¿Quiere decir que podría crearse un medio perfecto que no desarrollara la conciencia del «yo»? En tal caso, la libertad perfecta de la que usted habla es una cuestión de crear el medio apropiado. ¿Es correcto esto?

Krishnamurti: Espere un momento. ¿Puede haber alguna vez un medio apropiado, perfecto? No puede. Así que razonemos juntos, investiguémoslo plenamente.

¿Qué es el medio? El medio es creado, toda esta estructura humana ha sido creada por los temores humanos, los anhelos, las esperanzas, los deseos, los logros. Ahora bien, ustedes no pueden producir un medio perfecto, porque cada ser humano está creando, conforme a sus fantasías y deseos, nuevas series de condiciones; pero, si tienen una mente con inteligencia, pueden abrirse paso a través de todos estos medios falsos y, por consiguiente, estar libres de esa conciencia del «yo». Por favor, la conciencia del «yo», el sentido de «lo mío», es el resultado del medio, ¿no es así? No creo que necesitemos discutir eso, porque es bastante obvio.

Si el Estado les proporcionara la casa propia y todo cuanto ustedes requirieran, no habría necesidad de «mi» casa –podría haber otro sentido de «lo mío», pero estamos discutiendo esto en particular–. Como ése no ha sido el caso de ustedes, existe el sentido de «lo mío», de lo posesivo. Es el resultado del medio, ese «yo» no es más que la falsa reacción al medio. Mientras que si la

mente comienza a cuestionar el medio en sí, deja de haber reacción al medio. Por lo tanto, no estamos interesados en la posibilidad de que alguna vez haya un medio perfecto.

A fin de cuentas, ¿qué es un medio perfecto? Cada cual les dirá lo que para él es un medio perfecto. El artista les dirá una cosa, el financista otra, la actriz de cine otra; cada cual necesita un medio perfecto que lo satisfaga, en otras palabras, que no le genere conflicto interno alguno. Por consiguiente, no puede haber un medio perfecto. Pero, si hay inteligencia, entonces el medio carece de valor, nada significa, porque en tal caso la inteligencia está libre de las circunstancias, funciona en plenitud.

La cuestión no es si podemos crear un medio perfecto, sino más bien cómo despertar esa inteligencia que estará libre del medio, imperfecto o perfecto. Yo digo que podemos despertar esa inteligencia cuestionando todo el valor de cualquier medio en el cual nuestra mente esté atrapada. Entonces vemos que estamos libres de cualquier medio en particular, porque estamos funcionando inteligentemente, no deformados, falseados, moldeados por el medio.

I.: Seguramente usted no puede querer decir lo que sus palabras parecen comunicar. Cuando veo el vicio desenfrenado que hay en el mundo, siento un deseo intenso de luchar contra ese vicio y contra todo el sufrimiento que crea en la vida de mis semejantes. Esto implica un gran conflicto, porque cuando trato de ayudar, a menudo encuentro una fiera oposición. Entonces, ¿cómo puede usted decir que no hay conflicto entre lo falso y lo verdadero?

K.: Ayer dije que puede haber lucha sólo entre dos cosas falsas, un conflicto entre el medio y el resultado de ese medio, es decir, el «yo». Ahora bien, entre estas dos cosas se encuentran innumerables vías de escape que el «yo» ha creado, a las cuales llamamos vicio, bondad, moralidad, normas morales, temores, y todos los múltiples opuestos; y la lucha puede existir sólo entre las dos cosas, entre la falsa creación del medio, o sea, el «yo», y el medio mismo. Pero no puede haber lucha entre la verdad y lo falso. Esto, por cierto, es obvio, ¿verdad? Usted puede encontrar

una fiera oposición porque la otra persona es ignorante. Esto no significa que usted no deba luchar, pero no dé por sentada la virtud de la lucha. Por favor, sepa que hay una manera natural de hacer las cosas, una manera espontánea, suave, sin esta agresiva, viciosa virtud.

Primero que nada, a fin de luchar usted debe saber contra qué está luchando; por consiguiente, tiene que haber comprensión de lo fundamental, no de las divisiones entre cosas falsas. Ahora estamos conscientes, tan plenamente conscientes de las divisiones entre las cosas falsas –entre el resultado del medio y el medio–, que las combatimos; por eso deseamos reformar, modificar, transformar, sin cambiar fundamentalmente toda la estructura de la vida humana. O sea, seguimos queriendo proteger la conciencia del «yo», la cual es la falsa reacción al medio; queremos proteger eso y, sin embargo, deseamos transformar el mundo. En otras palabras, queremos tener nuestra propia cuenta bancaria, nuestras propias posesiones, queremos resguardar este sentido de «lo mío» y «lo tuyo».

Lo que uno tiene que hacer, pues, es averiguar si está habiéndoselas con lo fundamental o meramente con lo superficial. Y lo superficial existirá mientras nos estemos ocupando tan sólo de modificar el medio a fin de aliviar el conflicto. Es decir, usted desea seguir aferrado a la conciencia del «yo», a «lo mío», pero desea, no obstante, modificar las circunstancias, a fin de que no generen conflicto en ese «yo». A eso lo llamo pensamiento superficial, y de tal pensamiento debe emanar, naturalmente, una acción superficial. Mientras que si usted piensa de manera fundamental, esto es, si cuestiona el resultado mismo del medio, o sea, el «yo» y, en consecuencia, cuestiona el medio en sí, entonces está actuando fundamentalmente y, por ende, perdurablemente. Y en eso hay éxtasis, hay un júbilo del cual ahora nada sabe porque tiene miedo de actuar fundamentalmente.

I.: En su plática de ayer usted habló del medio como un movimiento de lo falso. ¿Incluye en ese medio todas las creaciones de la naturaleza, incluso las formas humanas?

K.: El medio, ¿no cambia continuamente? ¿No? Para la mayoría no cambia porque el cambio implica continuo ajuste y, por lo tanto, continuo estado de alerta de la mente, y casi todos se interesan en la condición estática del medio. Sin embargo, el medio se halla en movimiento, porque está más allá de nuestro control y es falso mientras no comprendemos su significado.

¿Incluye el medio las formas humanas? ¿Por qué ponerlas aparte de la naturaleza? No nos interesamos tanto en la naturaleza, porque casi la hemos puesto bajo control, pero no hemos comprendido el medio originado por los seres humanos. Mire la relación entre las personas, entre los seres humanos, y todas las condiciones que los seres humanos han creado y que no hemos comprendido, aun cuando hemos entendido ampliamente la naturaleza y la hemos conquistado por medio de la ciencia.

Por lo tanto, no estamos interesados en la estabilidad, en la continuación de un medio que comprendemos, porque tan pronto lo comprendemos, no hay conflicto. Es decir, estamos buscando seguridad, tanto emocional como mental, y nos sentimos felices mientras esa seguridad está garantizada; por eso, jamás cuestionamos el medio y, en consecuencia, el constante movimiento del medio es una cosa falsa que crea perturbación en cada uno de nosotros. Mientras hay conflicto, éste indica que no hemos comprendido las condiciones establecidas respecto de nosotros; ese movimiento del medio sigue siendo falso hasta tanto no investiguemos su significado, y ese significado podemos comprenderlo sólo en ese estado de conciencia aguda causado por el sufrimiento.

I.: Es perfectamente claro para mí que la conciencia del «yo» es el resultado del medio, pero ¿no considera usted que el «yo» no se originó por primera vez en esta vida? De lo que usted dice, resulta obvio que la conciencia del «yo», siendo el resultado del medio, debe haber tenido comienzo en el pasado distante y continuará en el futuro.

K.: Sé que ésta es una pregunta para atraparme con respecto a la reencarnación. Pero no importa. Así que examinémosla.

En primer lugar, usted admitirá, si lo piensa, que el «yo» es el resultado del medio. Ahora bien, para mí carece de importancia si es el medio del pasado o el medio del presente. Al fin y al cabo, el medio es también del pasado. Uno ha hecho algo que no ha comprendido, hizo algo ayer que no fue comprendido y eso lo persigue a uno hasta que lo comprende. Usted no puede resolver ese medio que pertenece al pasado, hasta que adquiere conciencia plena en el presente. Por lo tanto, no importa si la mente se halla mutilada por las condiciones pasadas o por las presentes. Lo que importa es que comprenda el medio y esto liberará del conflicto a la mente.

Algunas personas creen que el «yo» ha tenido nacimiento en el pasado distante y continuará en el futuro. Para mí, eso es irrelevante, no significa nada en absoluto. Les mostraré por qué. Si el «yo» es el resultado del medio, si el «yo» no es sino la esencia del conflicto, entonces la mente debe interesarse no en esa continuación del conflicto, sino en liberarse del conflicto. Por lo tanto, no tiene importancia si es el medio pasado el que está mutilando a la mente, o si es el medio actual el que la falsea... o si el «yo» ha nacido en el remoto pasado. Lo que importa es que en ese estado de sufrimiento, en esa conciencia, en esa consciente agudeza del sufrimiento, haya una disolución del «yo».

Esto introduce la idea del karma. Ustedes saben lo que significa: que llevan una carga en el presente, la carga del pasado en el presente. Es decir, traen consigo al presente el medio, el entorno del pasado y, a causa de esa carga, controlan, moldean el futuro. Si piensan en ello ven que tiene que ser así, que si nuestra mente está falseada por el pasado, también el futuro tiene que estar deformado, es natural, porque si no han comprendido el medio de ayer, éste tiene que continuar hoy; por consiguiente, como no lo comprenden hoy, tampoco lo comprenderán mañana. O sea, si no hemos visto el pleno significado de un entorno o de una acción, esto falsea nuestro juicio con respecto al entorno de hoy, a la acción de hoy nacida de ese entorno, la cual nuevamente falseará nuestro juicio mañana. Así, uno está atrapado en ese

círculo vicioso, y de aquí la idea del renacimiento continuo, renacimiento de la memoria, o renacimiento de la mente continuada por el medio en que vive.

Pero yo digo que la mente puede verse libre del pasado, de las condiciones del pasado, de los obstáculos del pasado; por consiguiente, uno puede estar libre del futuro, porque entonces está viviendo de manera dinámica, intensa, suprema en el presente. En el presente está la eternidad y, para comprender eso, la mente debe estar libre de la carga del pasado; y para que la mente se libere del pasado, tiene que haber un cuestionamiento intenso del presente, no la consideración de cómo el «yo» continuará en el futuro.

Ojai, California, 17 de junio de 1934

UNA SOCIEDAD DINÁMICA

Hoy vamos a contestar preguntas.

Interlocutor: ¿Cuál es la diferencia entre autodisciplina y represión?

Krishnamurti: No creo que haya mucha diferencia, porque ambas niegan la inteligencia. La represión es la forma grosera de la más sutil que implica la autodisciplina, la cual también es represión; o sea, ambas, tanto la represión como la autodisciplina, son meros ajustes al medio. Una, la represión, es la forma grosera de ajuste, y la otra, la autodisciplina, es la forma sutil. Ambas se basan en el temor; la represión, en un temor obvio, y la otra, la autodisciplina, es un temor originado en la pérdida, o en un temor que se expresa por medio de la ganancia.

La autodisciplina –lo que ustedes llaman autodisciplina– es tan sólo el ajuste a un medio que no hemos comprendido completamente; por lo tanto, en ese ajuste tiene que haber negación de la inteligencia. ¿Por qué debe uno, en modo alguno, disciplinarse a sí mismo? ¿Por qué disciplina al propio ser, por qué lo fuerza a moldearse conforme a un patrón determinado? ¿Por qué tantas personas pertenecen a distintas escuelas de disciplina que, supuestamente, nos conducen a la espiritualidad, a una comprensión mayor, a una apertura mayor del pensamiento? Ustedes podrán ver que cuanto más disciplinan y adiestran a la mente, tanto mayores son las limitaciones que ésta revela. Por favor, uno tiene que reflexionar sobre esto con mucho cuidado y con delicade-

za de percepción, y no confundirse introduciendo otras cuestiones. Aquí estoy usando la palabra «autodisciplina» como es usada en la pregunta, es decir, disciplinarse uno a sí mismo conforme a un patrón preestablecido o preconcebido y, por ende, con el deseo de lograr, de ganar alguna cosa. Mientras que, a mi entender, el proceso mismo de disciplina, este continuo deformar la mente para que se ajuste a cierto patrón preestablecido debe, a la larga, mutilarla. La mente que de verdad actúa con inteligencia está libre de la autodisciplina, porque la inteligencia ha nacido en el cuestionamiento del medio en que uno vive y en el descubrimiento del verdadero significado de ese medio. En ese descubrimiento hay un ajuste genuino, no el ajuste a un patrón determinado o a una condición particular, sino el ajuste a causa de la comprensión, la cual, por lo tanto, se halla libre de la condición particular.

Consideremos a un hombre primitivo; ¿qué es lo que hace? En él no hay disciplina ni control ni represión. Hace lo que desea hacer. El hombre inteligente también hace lo que desea, pero lo hace con inteligencia. La inteligencia no se origina en la autodisciplina o en la represión. En uno de los casos, existe totalmente la persecución del deseo –el hombre primitivo persiguiendo el objeto que desea–. En el otro caso, el hombre inteligente ve el significado del deseo y ve el conflicto; el hombre primitivo no lo ve, persigue cualquier cosa que desea, y así crea sufrimiento y dolor. Así que, a mi entender, la autodisciplina y la represión son iguales ambas, niegan la inteligencia.

Por favor, experimenten con lo que he dicho acerca de la disciplina, de la autodisciplina. No lo rechacen, no digan que deben tener autodisciplina porque de otro modo habrá caos en el mundo, ¡como si ya no lo hubiera! Tampoco acepten meramente lo que digo, aprobándolo como verdadero. Les estoy hablando de algo con lo cual he experimentado, encontrando que es verdadero. Pienso que es psicológicamente verdadero, porque la autodisciplina implica una mente atada a un pensamiento, un ideal o una creencia en particular, una mente sujeta por una condición; y, tal

como un animal atado a un poste sólo puede moverse dentro de la distancia que le permite su cuerda, así la mente atada a una creencia, falseada por la autodisciplina, sólo puede moverse dentro de la limitación que le imponen esas condiciones. Por lo tanto, una mente así no es mente en absoluto, es incapaz de reflexionar. Puede ser capaz de ajustarse entre las limitaciones del poste hasta el punto más lejano que puede alcanzar; pero una mente y un corazón semejantes no pueden pensar y sentir de verdad. La mente y el corazón se han disciplinado, mutilado, falseado al negar la reflexión, el afecto. Por consiguiente, deben ustedes observar, darse cuenta de cómo están funcionando sus propios pensamientos y sentimientos, sin guiarlos en ninguna dirección especial. Primero que nada, antes de guiarlos, averigüen cómo están funcionando. Antes de que intenten cambiar, modificar el pensamiento y el sentimiento, descubran la manera como operan, y verán que ambos están ajustándose continuamente dentro de las limitaciones establecidas por ese punto que han fijado el deseo y la satisfacción de ese deseo. En la percepción alerta no hay disciplina.

Déjenme darles un ejemplo. Supongamos que ustedes están condicionados por las diferencias de clase, que tienen conciencia de clase, que son esnobs. No saben que son esnobs, pero quieren averiguar si lo son. ¿Cómo lo averiguarán? Volviéndose conscientes de sus pensamientos y emociones. ¿Qué sucede, entonces? Supongamos que descubren que son esnobs; entonces el propio descubrimiento ocasiona una perturbación, un conflicto, y el conflicto disuelve el esnobismo. Mientras que si no hacen otra cosa que disciplinar la mente para que no sea esnob, están desarrollando una característica diferente, que es lo opuesto a ser esnob, característica que, siendo deliberada y, en consecuencia, falsa, es igualmente perniciosa.

Entonces, a causa de que hemos establecido diversos patrones, diversas metas, ayudas que, consciente o inconscientemente estamos persiguiendo, disciplinamos conforme a eso nuestras mentes y nuestros corazones; por lo tanto, tiene que haber con-

trol, distorsión. Mientras que si uno comienza a investigar las condiciones que dan origen al conflicto y, al investigarlas, despierta la inteligencia, entonces esa inteligencia misma es tan suprema que se halla constantemente en movimiento y, por eso jamás hay un punto estático que pueda generar conflicto.

I.: Dando por hecho que el «yo» está compuesto de reacciones al medio, ¿mediante qué método puede uno escapar a sus limitaciones, o cómo puede emprender el proceso de reorientación a fin de evitar el conflicto entre las dos cosas falsas?

K.: En primer lugar, usted desea conocer el método para escapar de las limitaciones. ¿Por qué? ¿Por qué lo pregunta? Por favor, ¿por qué piden ustedes siempre un método, un sistema? ¿Qué indica eso, este deseo de un método? Cada requerimiento de un método indica el deseo de escapar. Ustedes quieren que yo prescriba un sistema a fin de que puedan imitarlo. En otras palabras, quieren un sistema inventado para superponerlo a esas condiciones que están creando el conflicto y así poder escapar de todo conflicto. O sea, buscan meramente ajustarse a un patrón para escapar del conflicto o del medio en que viven. Ése es el deseo que hay detrás del requerimiento de un método, de un sistema. El deseo de un método denota esencialmente el deseo de escapar.

¿Cómo puede uno emprender el proceso de reorientación, a fin de evitar el constante conflicto entre dos cosas falsas? Primero que nada, antes de que quiera saber cómo alejarse del conflicto, ¿se da cuenta de que está en conflicto? ¿O, al percatarse del conflicto, está buscando meramente un refugio, un amparo que no origine ulteriores conflictos? Decidamos, pues, si desea un resguardo, una zona de seguridad que no produzca más conflictos, si desea escapar del conflicto presente para penetrar en una condición exenta de conflictos, o si no se da cuenta, si es inconsciente de este conflicto en el que vive. Si es inconsciente del conflicto, o sea, de la batalla que tiene lugar entre ese «yo» y el medio, si no tiene conciencia de esa batalla, entonces, ¿por qué busca nuevos remedios? Permanezca sin tener conciencia de ella; deje que las condiciones mismas produzcan el conflicto necesario, no

corra tras él invocando artificialmente, falsamente, un conflicto que no existe en su mente y en su corazón. Usted crea, de manera artificial, un conflicto porque tiene miedo de estar pasando por alto alguna cosa. La vida no lo pasará por alto. Si piensa que lo hará, algo anda mal con usted. Tal vez no es normal, tal vez es neurótico.

Si estuviera en conflicto, no me pediría un método. En caso de que yo le diera un método, usted se disciplinaría conforme a ese método, tratando de imitar un ideal, un patrón establecido por mí, destruyendo así su propia inteligencia. Mientras que si está de veras consciente de ese conflicto, en esa conciencia el sufrimiento se volverá agudo y, en esa agudeza, en esa intensidad, usted disolverá la causa del sufrimiento, la cual es la falta de comprensión con respecto al medio en que vive.

Vea, hemos perdido todo sentido de un vivir normal, simple, directo. Para volver a esa normalidad, a esa sencillez, a esa manera directa de vivir, ustedes no pueden seguir métodos, no pueden convertirse simplemente en máquinas automáticas; y me temo que casi todos nosotros estamos buscando métodos porque pensamos que por medio de ellos realizaremos la plenitud, la estabilidad y la permanencia. Para mí, los métodos llevan al paulatino estancamiento y al deterioro; no tienen nada que ver con la verdadera espiritualidad, la cual es, al fin y al cabo, la suma de la inteligencia.

I.: Usted habla sobre la necesidad de una revolución drástica en la vida del individuo. Si él no quiere revolucionar su medio personal externo a causa del sufrimiento que podría ocasionar a su familia y a sus amigos, ¿la revolución interna hará que se libere de todo conflicto?

K.: Ante todo, señores, ¿no sienten también ustedes que es necesaria una revolución drástica en la vida del individuo? ¿O sólo están satisfechos con las cosas como son, con sus ideas de progreso, evolución, con su deseo de logro, con sus anhelos y sus fluctuantes placeres? Vean, en el momento en que comienzan a reflexionar, en que realmente comienzan a sentir, deben tener

este deseo ardiente de un cambio drástico, de una drástica revolución, de una completa reorientación del pensar. Ahora bien, si sienten que eso es necesario, entonces ni la familia ni los amigos podrán ser un impedimento. Entonces la revolución no es interna ni externa; sólo existe la revolución, el cambio. Pero tan pronto comienzan a limitarlo diciendo: «No debo lastimar a mi familia, a mis amigos, a mi sacerdote, a mi explotador capitalista, a mi explotador estatal», entonces no ven realmente la necesidad de un cambio radical, buscan tan sólo un cambio del medio que los rodea. En eso hay inacción, la cual crea un nuevo medio falso, y el conflicto continúa.

Creo que damos la excusa, más bien falsa, de que no debemos lastimar a nuestras familias y a nuestros amigos. Ustedes saben bien que cuando desean hacer algo vital, lo hacen, prescindiendo de sus familias y amigos, ¿no es así? Entonces no consideran que van a lastimarlos. Está fuera del control de ustedes; sienten con tanta intensidad, piensan de manera tan completa, que ello los arrastra más allá de los círculos familiares, del cautiverio organizado. Pero comienzan a considerar a la familia, a los amigos, los ideales, las creencias, las tradiciones, el orden establecido de las cosas, sólo cuando todavía se aferran a una seguridad particular, cuando no existe la riqueza interna, sino que dependen meramente de los estímulos externos para esa riqueza interna. Por lo tanto, si existe esa conciencia plena del sufrimiento generada por el conflicto, entonces ya no están retenidos por el cautiverio de ninguna ortodoxia determinada, por los amigos o por la familia. Quieren descubrir la causa del sufrimiento que experimentan, quieren descubrir el significado del medio que da origen al conflicto; entonces en eso no hay personalidad, no hay un pensamiento limitado por el «yo». Sólo cuando se aferran al limitado pensamiento del «yo», tienen que considerar hasta dónde podrán llegar y hasta dónde no podrán llegar.

Por cierto, la verdad, o esa esencia divina de la comprensión, no pueden ser descubiertas aferrándose uno a la familia, a la tradición o al hábito. Sólo podemos dar con ello cuando estamos

completamente desnudos, despojados de nuestros anhelos, nuestras esperanzas y seguridades; y en esa simplicidad directa está la riqueza de la vida.

I.: ¿Puede usted explicar por qué el medio comenzó siendo falso en lugar de verdadero? ¿Cuál es el origen de toda esta confusión y este infortunio?

K.: ¿Quién piensa usted que creó el medio? ¿Algún Dios misterioso? Por favor, espere sólo un momento; ¿quién creó el medio, la estructura social, la estructura económica y religiosa? Nosotros. Cada uno ha contribuido individualmente hasta que ello se volvió colectivo; y el individuo que ha contribuido a crear lo colectivo, ahora está perdido en lo colectivo, porque eso se ha convertido en su molde, en su medio existencial. A causa del deseo de seguridad –financiera, moral y espiritual– hemos creado el medio capitalista, en el cual hay nacionalidad, diferencias de clase y explotación. Lo hemos creado ustedes y yo. Esta cosa no ha surgido misteriosamente a la existencia. Mientras estén buscando la seguridad, crearán nuevamente otro sistema capitalista, adquisitivo, de una clase diferente, con un matiz diferente, un color diferente. Podrán abolir este patrón social, pero en tanto exista el espíritu posesivo, crearán otro Estado capitalista, con una nueva fraseología, una nueva jerga.

Y lo mismo es aplicable a las religiones con todas sus ceremonias absurdas, sus explotaciones, su miedo. ¿Quién las ha creado? Ustedes y yo. Hemos creado estas cosas en el curso de los siglos y nos hemos sometido a ellas a causa del temor. Es el individuo el que ha creado en todas partes el medio falso que lo rodea, y se ha vuelto un esclavo de él. Y esa condición falsa se ha derivado en una búsqueda falsa de seguridad por parte de esa conciencia egocéntrica que ustedes llaman el «yo»; de aquí esta constante batalla entre el «yo» y el medio falso.

Usted quiere saber quién ha creado este medio y toda la espantosa confusión y el infortunio, porque anhela un redentor que lo eleve sacándolo de ese infortunio y colocándolo en un nuevo cielo. Es usted quien ha creado individualmente este medio al

aferrarse a sus prejuicios, esperanzas, temores y preferencias particulares; por lo tanto, individualmente tiene que acabar con él y no esperar que venga un sistema y suprima ese medio. Un sistema probablemente vendrá y barrerá el medio actual, y entonces ustedes se convertirán en esclavos de ese sistema. Puede que llegue el sistema comunista y entonces tal vez emplearán ustedes nuevas palabras, pero tendrán las mismas reacciones, sólo que de una manera diferente, con un «tempo» diferente.

Por eso dije el otro día que, si es el medio lo que los empuja a cierta acción, ésta deja de ser virtuosa. La virtud existe sólo cuando la acción tiene su origen en la comprensión de ese medio.

Por lo tanto, tenemos que volvernos conscientes en lo individual. Les aseguro que entonces crearán individualmente algo inmenso, no una sociedad sujeta meramente a un ideal y, en consecuencia, a la descomposición, sino una sociedad en movimiento constante, no que llega a una culminación y muere. Los individuos establecen una meta, luchan para lograrla y, después de obtenerla, se derrumban. Todo el tiempo tratan de alcanzar un objetivo y de permanecer en esa etapa a la que llegaron. Lo mismo que pasa con el individuo ocurre con la sociedad: la sociedad trata todo el tiempo de alcanzar un ideal, una meta. Mientras que, a mi entender, el individuo debe hallarse en constante movimiento, deviniendo siempre, no buscando una culminación, no persiguiendo una meta. Entonces la expresión del individuo, que es la sociedad, estará en movimiento constante.

I.: ¿Considera usted que el karma es la interacción entre el medio falso y el falso «yo»?

K.: Vea, «karma» es una palabra sánscrita que significa actuar, hacer, obrar, y también quiere decir causa y efecto. Ahora bien, karma es el cautiverio, la reacción originada por el medio que la mente no ha comprendido. Como traté de explicarlo ayer, si no comprendemos una condición particular, es natural que la mente esté cargada con esa condición, con esa falta de comprensión; y con esa falta de comprensión funcionamos y actuamos; en consecuencia, creamos cargas ulteriores, mayores limitaciones.

Por consiguiente, uno tiene que descubrir qué es lo que da origen a esta falta de comprensión, qué le impide al individuo captar el pleno significado del medio que lo rodea, ya sea el medio del pasado o el medio presente. Y para descubrir ese significado, la mente tiene que estar libre de prejuicios. Estar realmente libre de una propensión, de un temperamento, de una tergiversación, es una de las cosas más difíciles que hay. Y para abordar el medio con natural imparcialidad, con franqueza, se requiere muchísima percepción. Casi todas las mentes están influidas por la vanidad, por el deseo de impresionar a los demás siendo alguien, o por el deseo de alcanzar la verdad, de escapar del medio que nos rodea, de expandir la propia conciencia –sólo que a esto lo llaman con un determinado nombre espiritual–, o están influidas por sus prejuicios nacionales. Todos estos deseos impiden que la mente perciba de manera directa el pleno y exacto valor del medio; como la mayoría de las mentes está cargada con prejuicios, de lo primero que uno debe tomar conciencia es de sus propias limitaciones. Y cuando comenzamos a estar conscientes, en ese tomar conciencia de nuestras limitaciones hay conflicto. Cuando tomamos conocimiento de que somos realmente orgullosos o engreídos, en la conciencia misma respecto del engreimiento, éste comienza a disiparse porque percibimos su absurdo; pero si tan sólo nos dedicamos a disimularlo, a taparlo, crea males ulteriores, nuevas reacciones falsas.

Por lo tanto, para vivir cada instante sin la carga del pasado o del presente, sin esa paralizante memoria creada por la falta de comprensión, la mente debe siempre afrontar las cosas de un modo nuevo. Es fatal encarar la vida con la carga de la certidumbre, con la vanidad del conocimiento, porque, al fin y al cabo, el conocimiento es tan sólo una cosa del pasado. Por lo tanto, cuando aborden esta vida con frescura, sabrán lo que es vivir sin conflicto, sin este continuo esfuerzo agotador. Entonces las crecientes de la vida los llevarán muy lejos.

Ojai, California, 18 de junio de 1934

VIVIR EN ÉXTASIS

Para mí, hay una realidad, una inmensa verdad viviente, y para comprenderla tiene que haber una total simplicidad del pensamiento. Lo simple es infinitamente sutil, lo simple es muy delicado. Existe una gran sutileza, una sutileza y delicadeza infinitas, y si ustedes utilizan las palabras meramente como un instrumento para llegar a esa delicadeza y simplicidad del pensar, me temo que no comprenderán lo que trato de comunicar. Pero si usaran el significado de las palabras como un puente que hay que cruzar, entonces las palabras no se convertirían en una ilusión y la mente no se perdería en una ilusión.

Digo que existe esta realidad viviente, llámenla Dios, verdad o como gusten, y no puede ser encontrada ni realizada mediante la búsqueda. Donde está implicada la búsqueda, tiene que haber contraste y dualidad; cada vez que la mente busca algo, ello debe implicar inevitablemente una división, una diferenciación, un contraste, lo cual no quiere decir que la mente tenga que estar satisfecha, que haya de estancarse. Está ese delicado equilibrio que no es contentamiento, ni es este incesante esfuerzo originado en la búsqueda, en este deseo de lograr cosas, de alcanzar el éxito; y en esa delicadeza del equilibrio descansa la simplicidad, no la simplicidad de no poseer sino pocas ropas o pocas propiedades. No hablo de eso, que es tan sólo una forma tosca de simplicidad, sino de la simplicidad nacida de esta delicadeza del pensar, en la cual no hay búsqueda ni contentamiento.

Como dije, la búsqueda implica dualidad, contraste. Ahora bien, donde hay contraste, dualidad, tiene que haber identificación con uno de los opuestos, y de esto surge la compulsión. Cuando decimos que buscamos, nuestra mente está rechazando algo y buscando un sustituto que la satisfaga, con lo cual crea la dualidad, y esta dualidad es la que da origen a la compulsión. O sea, elegir a uno de los opuestos es anular al otro, ¿no es así?

Cuando decimos que buscamos o cultivamos un valor nuevo, ello no es sino el triunfo de aquello en que la mente ya está atrapada, o sea, lo opuesto de ese valor. Esta elección se basa en la atracción hacia uno de los opuestos y en el temor al otro, y este aferrarse a lo uno a causa de la atracción, y rechazar lo otro a causa del miedo, ejerce influencia sobre la mente. La influencia niega, entonces, la comprensión, y puede existir sólo cuando hay división, esa división psicológica de la cual surgen las discriminaciones, tales como las de clase, las nacionales, las religiosas y las sexuales. Esa dualidad influye sobre la mente, en consecuencia, una mente influida por la dualidad no puede comprender el significado del medio que la rodea ni el significado de la causa del conflicto. Estas influencias psicológicas son tan sólo reacciones al medio, y provienen de ese centro que es la conciencia del «yo», de los agrados y desagrados, de la antítesis. Y, naturalmente, donde hay antítesis, opuestos, no puede haber comprensión. De esta distinción surge la clasificación de las influencias como beneficiosas y perjudiciales. Así, mientras la mente esté influenciada –y la influencia se origina en la atracción, en los opuestos, en las antítesis– tiene que haber dominio o compulsión de lo afectivo, del intelecto, de la sociedad, y esta influencia tiene que ser, por fuerza, un obstáculo para esa comprensión que en sí misma es belleza, verdad y amor.

Ahora bien, si pueden volverse conscientes de esta influencia, entonces podrán discernir su causa. La mayoría de las personas parece estar consciente de un modo superficial, no a su máxima profundidad. Sólo cuando hay percepción a la máxima profundidad de la conciencia, del pensamiento y de la emoción, podemos

discernir la división creada a causa de la influencia, la cual niega la comprensión.

Interlocutor: Después de escuchar su plática acerca de la memoria, he perdido completamente la mía, y encuentro que no puedo recordar mis enormes deudas. Me siento dichoso. ¿Es la liberación esto?

Krishnamurti: Pregúnteselo a la persona a quien le adeuda el dinero. Me temo que hay cierta confusión con respecto a lo que he estado tratando de decir concerniente a la memoria. Si usted confía en la memoria como una guía para su conducta, como un instrumento de acción en la vida, entonces esa memoria tiene que impedir su acción, su conducta, porque en tal caso esa acción o esa conducta son meramente el resultado del cálculo y, por lo tanto, carecen de espontaneidad, de riqueza, de plenitud de vida. Eso no significa que deba olvidar sus deudas. Usted no puede olvidar el pasado, no puede borrarlo de su mente. Eso es una imposibilidad. Existirá subconscientemente, pero si esa memoria subconsciente, inactiva, influye sin que usted tenga conciencia de ello, si moldea su acción, su conducta, toda su perspectiva de la vida, entonces esa influencia tiene que estar creando siempre nuevas limitaciones, imponiendo nuevas cargas al funcionamiento de la inteligencia.

Por ejemplo, he llegado recientemente de la India; he ido a Australia y Nueva Zelanda, donde conocí a diversas personas, tuve muchas ideas y vi muchos lugares. No puedo olvidar estas cosas, aunque la memoria de ellas pueda debilitarse. Pero la reacción al pasado puede dificultar mi comprensión plena en el presente, puede impedir que mi mente funcione con inteligencia. Es decir, si mis experiencias y recuerdos del pasado se están volviendo obstáculos en el presente a causa de las reacciones que generan, entonces no puedo comprender la vida con plenitud e intensidad en el presente.

Usted reacciona al pasado porque el presente ha perdido su significación o porque desea eludir el presente; entonces regresa al pasado y vive en esa excitación emocional, en esas ondas reac-

tivas de la memoria, porque el presente tiene escaso valor. Por lo tanto, cuando dice: «He perdido completamente mi memoria», me temo que está capacitado para un solo lugar. No puede perder la memoria, pero viviendo por completo en el presente, en la plenitud del instante, toma conocimiento de todos los enredos subconscientes de la memoria, las esperanzas y anhelos latentes que suben en oleadas y le impiden funcionar con inteligencia en el presente. Si se da cuenta de eso, si se da cuenta de ese obstáculo, si lo percibe en toda su profundidad, no superficialmente, entonces la subconsciente memoria inactiva, que no es sino la falta de comprensión y la insuficiencia del vivir, desaparece y, en consecuencia, usted se enfrenta de un modo nuevo a cada movimiento del medio en que vive, a cada veloz movimiento del pensar.

I.: Usted dice que la completa comprensión del medio externo e interno del individuo, libera a éste de la esclavitud y el dolor. Ahora bien, aun en ese estado, ¿cómo puede uno liberarse del dolor indescriptible que en la naturaleza de las cosas es causado por la muerte de alguien a quien realmente amamos?

K.: ¿Cuál es la causa del sufrimiento en este caso? ¿Y a qué llamamos sufrimiento? ¿No es el sufrimiento una sacudida para que la mente advierta su propia insuficiencia? El reconocimiento de esa insuficiencia origina lo que llamamos dolor. Supongamos que uno ha estado dependiendo de su hijo o de su esposa o esposo para satisfacer esa insuficiencia; la pérdida de esa persona que amábamos ha creado la plena conciencia de nuestra vacuidad, de ese vacío interno; y de esa conciencia surge el dolor y decimos: «He perdido a tal persona».

Por lo tanto, a causa de la muerte hay, primero que nada, la plena conciencia de la vacuidad que hemos estado evadiendo cuidadosamente. Donde hay dependencia, tiene que haber vacuidad, superficialidad, insuficiencia y, por ende, aflicción y dolor. No queremos reconocer eso; no vemos que ésa es la causa fundamental. Así que decimos: «Perdí a mi amigo, a mi marido, a mi esposa, a mi hijo. ¿Cómo podré superar esta pérdida? ¿Cómo podré superar este dolor?».

Ahora bien, toda superación no es sino una sustitución. En eso no hay comprensión alguna y, por consiguiente, sólo puede haber más dolor, aunque momentáneamente podamos encontrar una sustitución que pondrá a la mente a dormir por completo. Si no buscamos una sustitución, acudimos a sesiones espiritistas, a los médium, o nos refugiamos en la prueba científica de que la vida continúa después de la muerte. Así comenzamos a descubrir diversas formas de escape y sustitución que nos alivian transitoriamente del sufrimiento. Mientras que, si cesara este deseo de superar el sufrimiento y hubiera un verdadero deseo de comprender, de descubrir cuál es la causa fundamental de la aflicción y el dolor, entonces podríamos descubrir que, en tanto existan el sentimiento de soledad, la superficialidad, la vacuidad y la insuficiencia, que en su expresión externa es dependencia, tendrá que haber sufrimiento. Y no podemos llenar esa insuficiencia mediante la superación de obstáculo, mediante sustituciones, escapando o acumulando, todo lo cual son artimañas de la mente, perdida en la persecución de la ganancia.

El sufrimiento es tan sólo esa alta, intensa claridad del pensar y el sentir que nos obliga a reconocer las cosas tal como son. Pero esto no significa aceptar, resignarse. Cuando uno ve las cosas como son, cuando las ve en el espejo de la verdad, que es inteligencia, entonces hay júbilo, éxtasis; en eso no hay dualidad ni sentimiento de pérdida ni división alguna. Le aseguro que esto no es teórico. Si considera lo que ahora estoy diciendo, junto con mi respuesta a la primera pregunta acerca de la memoria, verá cómo la memoria crea mayor y mayor dependencia mirando continuamente hacia atrás, regresando emocionalmente a un acontecimiento para obtener de ello una reacción, lo cual impide la plena expresión de la inteligencia en el presente.

I.: ¿Qué sugerencia o consejo podría usted dar a alguien que está obstaculizado por un fuerte deseo sexual?

K.: Después de todo, donde no existe la expresión creativa de la vida, damos una importancia indebida al sexo, el cual se vuelve un agudo problema. La cuestión no es, entonces, qué consejo

o sugerencia podría yo darle, o cómo puede uno superar la pasión, el deseo sexual, sino cómo ha de liberar uno ese vivir creativo y no abordar tan sólo una parte del vivir como lo es el sexo; o sea, cómo ha de comprender uno la totalidad, la integridad de la vida.

Ahora bien, a causa de la educación moderna, de las circunstancias y del medio, ustedes son empujados a hacer algo que odian. Les repele, pero están forzados a hacerlo por falta de una capacidad apropiada, de un adiestramiento conveniente. En su trabajo, las circunstancias, las condiciones les impiden expresarse de manera fundamental, creativa, y entonces necesitan una salida; y esta salida se convierte en el problema del sexo o el problema de la bebida o algún problema estúpido, insensato. Todas estas salidas se convierten en problemas.

O tienen inclinaciones artísticas. Hay muy pocos artistas, pero pueden tener la inclinación por el arte, y esa inclinación se ve continuamente falseada, bloqueada, de modo que no tienen forma de expresarse auténticamente; por eso terminan dando importancia excesiva ya sea al sexo o a alguna manía religiosa. O puede que sus ambiciones se vean frustradas, cercenadas, impedidas, y entonces nuevamente dan importancia indebida a cosas que deberían ser normales. Por consiguiente, hasta tanto no comprendan de manera global sus deseos religiosos, políticos, económicos y sociales con sus respectivos obstáculos, las funciones naturales de la existencia adquirirán una importancia enorme y ocuparán el primer lugar en sus vidas. De aquí que todos los innumerables problemas de la codicia, del espíritu posesivo, del sexo, de las discriminaciones sociales y raciales, tengan una magnitud y un valor falsos. Pero si abordaran la vida no en partes, sino como un todo, comprensivamente, creativamente, con inteligencia, verían que estos problemas que debilitan la mente y destruyen el vivir creativo, desaparecen, y entonces la inteligencia funciona normalmente, y en eso hay éxtasis.

I.: He estado bajo la impresión de que he puesto en acción sus ideas, pero no tengo alegría en la vida ni entusiasmo por ninguna

actividad. Mis intentos por estar alerta no han aclarado mi confusión ni han traído cambio alguno o vitalidad a mi vida. Mi existencia no tiene hoy para mí más significado que el que tenía cuando comencé a escucharle siete años atrás. ¿Qué hay de malo conmigo?

K.: Me pregunto si el interlocutor ha comprendido, primero que nada, lo que he estado diciendo, antes de que haya intentado poner en acción mis ideas. ¿Y por qué debería él intentar poner mis ideas en acción? ¿Y cuáles son mis ideas? Y ¿por qué son mis ideas? No les estoy dando un molde o un código por el cual puedan vivir, ni un sistema que puedan seguir. Todo cuanto digo es que, para vivir creativamente, entusiastamente, vitalmente, tiene que funcionar la inteligencia. Y la inteligencia está falseada, obstruida por lo que uno llama memoria; he explicado lo que entiendo por memoria y no voy a examinarlo nuevamente. Mientras existe esta constante batalla por lograr cosas, mientras la mente está influenciada, tiene que haber dualidad y, en consecuencia, angustia y lucha; y nuestra búsqueda de la verdad o de la realidad no es sino un modo de escapar de esa angustia.

Digo, pues, que se den cuenta de que el esfuerzo que hacen, sus luchas, el impacto de sus recuerdos, les destruye la inteligencia. Darse cuenta no es estar superficialmente consciente, sino investigar en todo su profundidad la conciencia, de tal modo que no quede sin descubrir ni una sola reacción inconsciente. Todo esto exige reflexión, requiere agudeza del corazón y de la mente, no una mente obstruida por creencias, credos e ideales. Las mentes están, en su mayoría, cargadas con estas cosas y con el deseo de seguirlas. Cuando tomen conciencia de su carga, no digan que no deben tener ideales, que no deben tener credos, no repitan todo el resto de la jerga. El propio «debo» o «no debo» crea otra doctrina, otro credo; sólo vuélvanse conscientes, y en la intensidad de esa conciencia, en la intensidad de la percepción alerta, en esa llama crearán tal crisis, tal conflicto, que el conflicto mismo disolverá el obstáculo.

Sé que algunas personas vienen aquí año tras año, y cada año yo trato de explicar estas ideas de maneras diferentes, pero me

temo que hay muy poca reflexión entre las personas que dicen: «Le hemos estado escuchando durante siete años». Por reflexión entiendo no el mero razonamiento intelectual, que no es sino cenizas; me refiero al equilibrio entre emoción y razón, entre afecto y pensamiento, equilibrio no influenciado ni afectado por el conflicto de los opuestos. Pero si no existe ni la capacidad de pensar claramente ni la intensidad del sentir, ¿cómo pueden ustedes despertar, cómo puede haber equilibrio, cómo pueden tener esta agudeza, esta percepción? Por lo tanto, la vida se vuelve vana, anodina, carente de valor.

En consecuencia, lo primero que hay que hacer, si se me permite sugerirlo, es averiguar por qué piensan ustedes de cierto modo y por qué sienten de determinada manera. No traten de cambiar eso, no traten de analizar sus pensamientos y sus emociones; antes bien, tomen conciencia de por qué piensan conforme a una rutina particular y desde qué motivo actúan. Aun cuando puedan descubrir el motivo mediante el análisis, aun cuando puedan descubrir cualquier cosa mediante el análisis, eso no será lo real. Será real sólo cuando estén intensamente atentos en el instante en que funcionan el pensamiento y la emoción; entonces verán la extraordinaria sutileza, la fina delicadeza que contienen ese pensar y ese sentir. Mientras haya en ustedes un «debo» y un «no debo», en esta compulsión jamás descubrirán los rápidos movimientos del pensar y la emoción, y estoy seguro de que han sido educados en la escuela del «debo» y «no debo»; por esto han destruido el pensar y el sentir. Han sido limitados y mutilados por los sistemas y los métodos, por sus maestros. Esto no quiere decir que deba haber libertinaje, sino que tomen conciencia de que tienen una mente que todo el tiempo está diciendo «debo» y «no debo». Entonces, tal como una flor se abre en la mañana, así ocurre con la inteligencia: está ahí, funcionando, creando comprensión.

I.: Al artista se lo menciona a veces como uno que posee esta comprensión de la que usted habla, al menos mientras él trabaja creativamente. Pero si alguien lo molesta o se le opone, puede

reaccionar violentamente, justificando su reacción como una manifestación temperamental. Obviamente, él no vive por completo en el instante. ¿Es verdad que comprende, si con tanta facilidad vuelve a deslizarse en la conciencia egocéntrica?

K.: ¿Quién es esa persona a la que usted llama artista? ¿Un hombre momentáneamente creativo? Para mí, él no es un artista. Al hombre que sólo en raros momentos tiene este impulso creativo y expresa esa creatividad mediante la perfección de la técnica, yo no lo llamaría, por cierto, un artista. A mi entender, un verdadero artista es un ser humano que vive de manera completa, armoniosa, que no hace una separación entre el arte y el vivir, cuya vida misma es esa expresión, ya sea en la pintura, en la música o en su conducta; esto es, que no ha divorciado su expresión en el lienzo o en el pentagrama o en la piedra, de su conducta diaria, de su vivir cotidiano. Eso exige el más alto nivel de inteligencia, de armonía interna. Para mí, el verdadero artista es el hombre que posee esa armonía. Puede expresarla en el lienzo o puede hablar, o escribir; o puede no expresarla en absoluto, puede sentirla. Pero todo esto exige ese equilibrio exquisito, esa intensidad de percepción, y entonces la expresión del artista no está divorciada de la diaria continuidad del vivir.

Ojai, California, 29 de junio de 1934

UN VERDADERO SER HUMANO

Lo que llamamos felicidad o éxtasis es, para mí, pensar creativo. Y el pensar creativo es el movimiento infinito del pensamiento, la emoción y la acción. Es decir, cuando el pensamiento, que es emoción, que es la acción misma, no se ve impedido en su movimiento, cuando no está forzado o limitado o influido por una idea y no procede desde el trasfondo de una tradición o de un hábito, entonces ese movimiento es creativo. En tanto el pensamiento –y no repetiré cada vez emoción y acción–, en tanto el pensamiento esté circunscripto, retenido por una idea fija, o se ajuste meramente a un trasfondo o a una condición y, por ende, se limite, ese pensamiento no es creativo.

Por consiguiente, el interrogante que tiene que plantearse toda persona reflexiva es cómo puede despertar ese pensar creativo, el cual es un movimiento infinito, y entonces no puede haber idea alguna de limitación, de conflicto.

Ahora bien, este movimiento del pensar creativo no busca en su expresión un resultado, un logro; sus resultados y expresiones no son una culminación. No tiene culminación o meta alguna, porque está eternamente en movimiento. Casi todas las mentes buscan una culminación, una meta, un logro, y se moldean sobre la idea del éxito; un pensamiento, un pensar semejante, se limita continuamente a sí mismo. Mientras que si no hay idea de lo-

gro, sino sólo el movimiento constante del pensar como comprensión, como inteligencia, entonces ese movimiento del pensar es creativo. O sea, el pensar creativo cesa cuando la mente se halla mutilada por el ajuste que genera la influencia, o cuando funciona con el trasfondo de una tradición que ella no ha comprendido, o cuando actúa desde un punto fijo, como un animal atado a un poste. En tanto exista esta limitación, este ajuste, no puede haber un pensar creativo, inteligencia; sólo esa inteligencia es libertad.

Este movimiento creativo del pensar jamás busca un resultado ni llega a una culminación, porque el resultado o la culminación son siempre la consecuencia de una cesación y un movimiento alternos, mientras que si no hay búsqueda de un resultado, sino el movimiento continuo del pensar, eso es, entonces, pensar creativo.

Además, el pensar creativo está libre de la división que se origina en el conflicto entre pensamiento, emoción y acción. Y la división existe sólo cuando hay búsqueda de una meta, cuando hay ajuste y existe la complacencia de la certidumbre.

La acción, como lo he explicado, es este movimiento que en sí mismo es pensamiento y emoción. Esta acción es la relación entre el individuo y la sociedad. Es conducta, trabajo, cooperación, a todo lo cual llamamos realización. Es decir, cuando la mente está funcionando sin buscar una culminación, una meta y, por lo tanto, piensa creativamente, ese pensar es acción, la cual es la relación entre el individuo y la sociedad. Ahora bien, si este movimiento del pensar es claro, simple, directo, espontáneo, profundo, entonces no hay conflicto del individuo contra la sociedad, porque en tal caso la acción es la expresión misma de este movimiento vital, creativo.

Para mí no existe, pues, un arte del pensar; sólo hay pensar creativo. No existe una técnica del pensar, sino sólo el funcionamiento creativo y espontáneo de la inteligencia, el cual es armonía de la razón, la emoción y la acción, sin que haya división o divorcio entre uno y otro.

Ahora bien, este pensar y sentir sin la búsqueda de una recompensa, de un resultado, es el verdadero experimentar, ¿no es así? En la auténtica experiencia, en el verdadero experimentar no puede haber búsqueda de un resultado, porque este experimentar es el movimiento del pensar creativo. Para experimentar, la mente debe estar liberándose continuamente del medio –el medio que llamamos el pasado– con el cual entra en conflicto a través de su movimiento. No puede haber pensar creativo si la mente está obstaculizada por la búsqueda de una recompensa, por la persecución de una meta.

Cuando la mente y el corazón están buscando un resultado, una ganancia y, con eso, complacencia y estancamiento, tiene que haber práctica, superación, disciplina, de todo lo cual surge el conflicto. La mayoría de las personas piensa que, practicando cierta idea, liberará el pensar creativo. Y bien, la práctica, si lo observan, si reflexionan sobre ello, es nada más que el resultado de la dualidad. Y una acción surgida de esta dulidad tiene que perpetuar la distinción entre el corazón y la mente, y tal acción se vuelve tan sólo el producto de una conclusión calculada, lógica y autoprotectora. Si existe esta práctica de la autodisciplina, o este continuo dominio, esta influencia de las circunstancias, entonces la práctica es meramente una alteración, un cambio dirigido a una finalidad; es una acción dentro de los confines del pensamiento limitado que ustedes llaman conciencia de sí mismo. Por lo tanto, la práctica no produce un pensar creativo.

Pensar creativamente es generar armonía entre mente, emoción y acción. O sea, si uno está convencido acerca de una acción y no busca recompensa alguna al cabo de ella, entonces esa acción, siendo el resultado de la inteligencia, libera a la mente de todos los obstáculos que han sido puestos allí por la falta de comprensión.

Cuando la mente y el corazón se hallan atrapados por el temor, por la falta de comprensión, por la compulsión, una mente así, aunque pueda pensar dentro de los confines, de las limitaciones de ese temor, eso no es un verdadero pensar y su acción debe

siempre levantar nuevas barreras. Por lo tanto, su capacidad de pensar será siempre limitada. Pero si la mente misma se libera, gracias a la comprensión de las circunstancias, y debido a eso actúa, entonces esa acción es, en sí, el pensar creativo.

Interlocutor: ¿Querría usted dar un ejemplo de ejercicio práctico respecto de la constante percepción alerta y de la opción en la vida cotidiana?

Krishnamurti: ¿Formularía usted esa pregunta si hubiera en su habitación una serpiente venenosa? Entonces no preguntaría: «¿Cómo debo mantenerme despierto? ¿Cómo puedo estar intensamente alerta?». Formula esa pregunta sólo cuando no está seguro de que hay una serpiente venenosa en su habitación. O está por completo inconsciente de ella, o quiere jugar con esa serpiente, quiere disfrutar el dolor y los deleites que pueda ocasionarle.

Por favor, siga esto. No puede haber percepción alerta, esa agudeza de la mente y de la emoción, mientras la mente siga atrapada tanto en el dolor como en el placer. Es decir, cuando una experiencia le ocasiona dolor y, al mismo tiempo, placer, usted no hace nada al respecto. Actúa sólo cuando el dolor es mayor que el placer, pero si el placer es mayor, no hace nada al respecto porque no hay conflicto alguno. Usted exige una acción sólo cuando el dolor pesa más que el placer, cuando es más agudo que el placer.

Antes de decidirse a actuar, casi todos esperan que el dolor aumente y, durante este período de espera, quieren saber cómo estar alerta. Nadie puede decirles eso. Esperan, antes de actuar, que el dolor aumente, o sea, esperan que el dolor con su compulsión los obligue a actuar, y en esa compulsión no hay inteligencia. Es tan sólo el medio, no la inteligencia, lo que los obliga a actuar de una manera determinada. Por lo tanto, cuando una mente está atrapada en este estancamiento, en esta falta de tensión dinámica, habrá naturalmente más dolor, más conflicto.

En vista del panorama político, la guerra puede estallar otra vez. Puede estallar en dos años, en cinco, en diez. Un hombre in-

teligente puede ver esto y actuar inteligentemente. Pero el hombre inactivo, el que espera que el dolor lo obligue a la acción, cuenta con un caos mayor, un mayor sufrimiento que le dé el ímpetu para actuar; por consiguiente, su inteligencia no está funcionando. Hay percepción alerta sólo cuando la mente y el corazón se encuentran en un estado de gran tensión dinámica.

Por ejemplo, cuando uno ve que el afán posesivo debe conducir hacia la insuficiencia, cuando ve que esa insuficiencia, esa falta de riqueza interior, esa superficialidad debe producir siempre dependencia, cuando uno reconoce eso, ¿qué sucede con la mente y el corazón? El anhelo inmediato es llenar esa superficialidad; pero aparte de eso, cuando uno ve la futilidad de la continua acumulación, comienza a darse cuenta de cómo funciona su mente. Ve que en la mera acumulación no puede haber pensar creativo; sin embargo, la mente persigue la acumulación. Por lo tanto, al darse uno cuenta de eso, crea un conflicto, y este conflicto mismo disolverá la causa de la acumulación.

I.: ¿De qué modo un hombre de Estado que comprendiera lo que usted dice, podría darle expresión en los asuntos públicos? ¿No es más probable que se retirara de la política al comprender la falsedad de sus bases y objetivos?

K.: Si él comprendiera lo que digo, no separaría la política, de la vida en su totalidad; y no veo por qué tendría que retirarse. Al fin y al cabo, hoy por hoy la política es meramente un instrumento de explotación; pero si él considerara la vida como un todo, no sólo la política –y por política él entiende sólo su país, su pueblo y la explotación de otros–, y contemplara los problemas humanos no como problemas nacionales sino mundiales, no como problemas americanos, hindúes o alemanes, entonces, si comprendiera aquello de que hablo, sería un verdadero ser humano, no un político. Y para mí, eso es lo más importante, que uno sea un ser humano, no un explotador o meramente un experto en un determinado curso de acción. Ayer traté de explicar esto en mi plática. Creo que ahí es donde reside el mal: el político trata sólo con la política, el moralista con la moral, el así llamado

maestro espiritual con el espíritu, cada cual pensando que es un experto y excluyendo a todos los demás. Toda nuestra estructura social se basa en eso, y así estos líderes en los diversos departamentos de la actividad humana, crean mayores estragos y mayor desdicha en el mundo. Mientras que si los seres humanos vieran la íntima relación que existe entre todos estos departamentos, entre la política, la religión, la vida económica y la social, si vieran la reacción, no pensaríamos y actuaríamos separadamente, de manera individualista.

En la India, por ejemplo, hay millones que se mueren de hambre. El hindú nacionalista dice: «Primero, volvámonos intensamente nacionales; entonces podremos resolver este problema del hambre». Mientras que, para mí, el modo de resolver el problema del hambre no es volviéndose nacionalista, sino todo lo contrario; el hambre es un problema mundial, y este proceso de aislamiento no hace sino incrementarlo más aún. Por consiguiente, si el político aborda los problemas de la vida humana tan sólo como un político, entonces un hombre así crea mayores estragos, males mayores, mayor desdicha; pero si considera la totalidad de la vida sin diferenciar entre razas, nacionalidades y clases, entonces es auténticamente un ser humano, aunque pueda ser un político.

I.: Usted ha dicho que con dos o tres más que comprendieran, podría cambiar el mundo. Muchos creen que ellos comprenden y que hay otros eomo ellos, tales como los artistas y los hombres de ciencia; sin embargo, el mundo no ha cambiado. Por favor, hable del modo como usted cambiaría al mundo. ¿Acaso no lo está cambiando ahora, quizá de manera lenta y sutil pero, no obstante, definida, por medio de su hablar, de su vivir y de la influencia que, indudablemente, tendrá sobre el pensamiento humano en los años venideros? ¿Es éste el cambio que usted tenía en mente, o era algo que afectaría de inmediato la estructura política, económica y racial?

K.: Me temo que jamás he pensado en el resultado inmediato de la acción, en sus efectos. Para tener un resultado genuino, perdurable, tras la acción tiene que haber una gran observación, re-

flexión e inteligencia, y muy pocas personas están dispuestas a pensar individualmente, entonces podrá cooperar con inteligencia; en tanto no hay inteligencia, no podrá haber cooperación, sino sólo compulsión y, en consecuencia, caos.

I.: ¿Hasta qué punto puede una persona controlar sus propias acciones? Si somos, en todo momento, la suma de nuestras experiencias anteriores, y no hay un yo espiritual, ¿es posible para una persona actuar de otro modo que aquel que está determinado por su herencia original, la suma de su educación pasada y los estímulos que simultáneamente actúan sobre ella? En tal caso, ¿qué es o qué ocasiona los cambios en los procesos físicos y cómo ocurren?

K.: «¿Hasta qué punto puede una persona controlar sus propias acciones?» Una persona no controla sus propias acciones si no ha comprendido el medio en que vive. Entonces actúa sólo bajo la compulsión, la influencia del medio; una acción semejante no es acción en absoluto, sino meramente reacción o autoprotección. Pero cuando una persona empieza a comprender el medio, ve su plena significación y su valor, y entonces es la dueña de sus propias acciones, esa persona es un ser humano inteligente; por lo tanto, no importa cuáles sean las circunstancias, funcionará inteligentemente.

«Si somos, en todo momento, la suma de nuestras experiencias anteriores, y no hay un yo espiritual, ¿es posible para una persona actuar de otro modo que aquel que está determinado por su herencia original, la suma de su educación pasada y los estímulos que simultáneamente actúan sobre ella?»

Nuevamente, lo que he dicho es aplicable a esto. O sea, si esa persona actúa tan sólo desde la carga del pasado, ya sea éste su herencia individual o racial, una acción así es meramente la reacción al miedo; pero si comprende el subconsciente, es decir, sus acumulaciones pasadas, entonces está libre del pasado y, por lo tanto, está libre de la compulsión del medio.

Al fin y al cabo, el medio pertenece tanto al presente como al pasado. Uno no comprende el presente, a causa de lo empañada

que se encuentra la mente por el pasado; y liberarla del subconsciente, de los obstáculos inconscientes del pasado, no es hacerla retroceder al pasado, sino adquirir conciencia plena en el presente. En ese estado de conciencia plena en el presente, entran en actividad todos los obstáculos del pasado, afloran en oleadas, y en ese aflorar, si uno está atento, verá la plena significación del pasado y, por lo tanto, comprenderá el presente.

«En tal caso, ¿qué es lo que ocasiona los cambios en los procesos físicos, y cómo ocurren?» Hasta donde entiendo la pregunta, el interlocutor quiere saber qué produce en él esta acción, esta acción que le impone el medio en que vive. Él actúa de una determinada manera, obligado por el medio, pero si comprendiera inteligentemente el medio, no habría ninguna clase de compulsión; habría comprensión, la cual es, en sí misma, acción.

I.: Vivo en un mundo de caos, tanto política como económica y socialmente, atado por leyes y convencionalismos que restringen mi libertad. Cuando mis deseos entran en conflicto con estas imposiciones, tengo que infringir la ley y asumir las consecuencias o tengo que reprimir mis deseos. ¿Dónde hay, entonces, en un mundo semejante, posibilidad alguna de escapar a la autodisciplina?

K.: La autodisciplina es tan sólo un ajuste al medio, generado por el conflicto. Eso es lo que llamamos autodisciplina. Hemos establecido un patrón, un ideal, el cual actúa como una compulsión, y forzamos a la mente para que se ajuste a ese medio, presionándola, modificándola, controlándola. ¿Qué ocurre cuando hacemos eso? Estamos destruyendo realmente la creatividad, falseamos, reprimimos el afecto creativo. Pero si comenzamos a comprender el medio que nos rodea, entonces ya no hay más represión o mero ajuste al medio, ajuste al que llamamos autodisciplina.

¿Cómo, entonces, puede usted comprender el medio? ¿Cómo puede comprender su pleno valor, su significación? ¿Qué le impide ver lo que significa? Primero que nada, el miedo. El miedo es la causa de la búsqueda de protección o seguridad, seguridad

ya sea física, espiritual, religiosa o emocional. Mientras exista esta búsqueda tiene que haber miedo, el cual crea entonces una barrera entre su mente y el medio, generando conflicto; y ese conflicto no puede usted disolverlo en tanto se interese sólo en el ajuste, en la modificación, y jamás en el descubrimiento de la causa fundamental del miedo.

Por eso, donde existe esta búsqueda de seguridad, de una certidumbre, de una meta, búsqueda que impide el pensar creativo, tiene que haber ajuste, al que llamamos autodisciplina pero que no es sino compulsión, imitación de un modelo previo. Pero cuando la mente ve que no hay tal cosa como la seguridad en el hecho de acumular cosas o conocimientos, entonces se libera del miedo; por lo tanto, la mente es inteligencia, y lo que es inteligencia no se disciplina a sí mismo. La autodisciplina existe sólo donde no hay inteligencia. Donde hay inteligencia, hay comprensión, la cual está libre de influencias, libre de todo control y dominio.

I.: ¿Cómo es posible despertar el pensar reflexivo en un organismo donde no existe el mecanismo requerido para la aprehensión de ideas abstractas?

K.: Mediante el simple proceso del sufrimiento; mediante el proceso de la continua experiencia. Pero ya ve, nos hemos refugiado de tal modo detrás de los valores falsos, que hemos dejado en absoluto de pensar, y entonces preguntamos: «¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos despertar el pensar reflexivo?». Hemos cultivado miedos que han sido exaltados como virtudes e ideales tras de los que la mente se refugia, y toda acción procede de ese refugio, de ese molde. Por lo tanto, no hay un verdadero pensar. Lo que hay son convencionalismos, y el ajuste a esos convencionalismos lo llama usted pensamiento y acción, pero eso no es en absoluto pensamiento y acción, porque tiene su origen en el miedo y, en consecuencia, mutila la mente.

¿Cómo puede usted despertar el pensar reflexivo? Las circunstancias, o la muerte de alguien a quien ama, o una catástrofe, o el abatimiento, fuerzan en usted el conflicto. Las circuns-

tancias, las circunstancias exteriores, lo obligan a actuar, y en esa compulsión no puede haber un despertar creativo del pensamiento, porque usted está actuando desde el miedo. Y si empieza a ver que no puede esperar a que las circunstancias lo fuercen a actuar, entonces comienza a observar las circunstancias mismas, profundiza y comprende las circunstancias, el medio. No espera que el abatimiento lo convierta en una persona virtuosa, sino que libera a su mente del afán posesivo, de la compulsión.

El sistema adquisitivo está basado en la idea de que uno puede poseer y que es legal poseer. La posesión nos glorifica. Cuanto más tenemos, más nobles y mejores se nos considera. Hemos creado ese sistema y nos hemos vuelto esclavos de ese sistema. Podemos crear otra sociedad no basada en el espíritu adquisitivo, y esa sociedad puede obligarnos a que nos amoldemos, como individuos, a sus convenciones, tal como esta sociedad nos obliga a amoldarnos a su carácter adquisitivo. ¿Cuál es la diferencia? Ninguna en absoluto. Ustedes, como individuos, son meramente forzados por las circunstancias a actuar en una dirección particular; por lo tanto, no hay pensar creativo en absoluto. Mientras que si empieza a funcionar la inteligencia, uno ya no es un esclavo de la sociedad, adquisitiva o no adquisitiva. Pero para que la mente se libere, tiene que haber una gran intensidad; tiene que existir esta continua agudeza de observación, la cual por sí misma genera conflicto. Esta agudeza misma produce una perturbación, y donde existe esa crisis, esa intensidad del conflicto, la mente, si no escapa, comienza a pensar de una manera nueva, piensa creativamente. Ese pensar es, en sí, eternidad.

Ojai, California, 30 de junio de 1934

SER VULNERABLE A LA VERDAD

Creo que la mayoría de las personas han perdido el arte de escuchar. Vienen aquí con sus problemas particulares y piensan que escuchándome hablar se resolverán sus problemas. Me temo que no ocurrirá tal cosa; pero si saben cómo escuchar, comenzarán a comprender lo total y sus mentes no estarán enredadas en lo particular.

Por lo tanto, si se me permite sugerirlo, no traten de obtener de esta plática una solución para su problema particular o un alivio para su sufrimiento. Podré ayudarlos, o más bien podrán ayudarse a sí mismos, sólo si piensan de una manera nueva, creativa. Consideren a la vida, no como diversos problemas aislados, sino comprensivamente, como una totalidad, y háganlo con una mente no sofocada por la búsqueda de soluciones. Si pueden escuchar sin la carga de los problemas con una perspectiva global, verán que su problema particular tiene un significado diferente; aunque quizá no se resuelva de inmediato, comenzarán a discernir su verdadera causa. Al pensar de una manera nueva, al aprender de nuevo a pensar, se disolverán los problemas y conflictos que abruman a la mente y al corazón y de los cuales surgen toda la falta de armonía, la pena y el sufrimiento.

Ahora bien, cada uno de nosotros está más o menos consumido por deseos cuyos objetos varían conforme al medio, al tempe-

ramento y a la herencia. De acuerdo con nuestra condición particular, con nuestra particular crianza y educación, con nuestro trasfondo religioso, social y económico, hemos establecido ciertos objetivos cuyo logro perseguimos incesantemente, y esta persecución se ha vuelto algo de capital importancia en nuestras vidas.

Una vez que hemos establecido estos objetivos, surgen naturalmente los especialistas que actúan como guías hacia el logro de nuestros deseos. En consecuencia, la perfección de la técnica, la especialización, se convierten en meros instrumentos para alcanzar el objetivo que perseguimos, y a fin de lograr este objetivo que hemos establecido a causa del condicionamiento religioso, económico y social, debemos tener especialistas. De este modo, la acción pierde su significado, su valor, porque lo único que nos interesa es el logro de un objetivo, no la plena realización de la inteligencia, que es acción; lo que nos interesa es llegar, no la realización en sí. El vivir se vuelve solamente un medio para un fin, y la vida una escuela donde aprendemos a lograr un objetivo. La acción se convierte en nada más que un instrumento con el cual podemos llegar a ese objetivo que hemos establecido a través de distintos medios y condiciones. Así la vida llega a ser una escuela de gran conflicto y lucha, nunca un hecho de realización plena, de riqueza e integridad.

Entonces comenzamos a preguntar cuál es el objeto, el propósito del vivir. Esto es lo que pregunta la mayoría, lo que está en la mente de casi todos los que vienen aquí. ¿Para qué estamos viviendo? ¿Cuál es el objeto? ¿Cuál es la finalidad? ¿Cuál es el propósito? Les preocupa el propósito, la finalidad, antes que el vivir en el presente; mientras que un hombre que se realiza, jamás inquiere acerca del propósito, porque la realización misma es suficiente. Pero puesto que ustedes no saben cómo realizarse, cómo vivir de manera completa, rica, suficiente, empiezan a indagar acerca del propósito, la meta, la finalidad, porque piensan que podrán enfrentarse a la vida si conocen el propósito –al menos creen que pueden conocerlo–. Entonces, conociendo el propósito, esperan utilizar la experiencia como un medio para alcanzar-

lo; en consecuencia, la vida se convierte en un instrumento, una medida, un valor para llegar a ese logro.

Consciente o inconscientemente, subrepticia o abiertamente, empezamos a indagar en el propósito de la vida, y cada uno recibe una respuesta de los así llamados especialistas. El artista, si ustedes le preguntan cuál es el propósito de la vida, les dirá que para él es la expresión propia a través de la pintura, la escultura, la música o la poesía; el economista, si le preguntan, les dirá que es el trabajo, la producción, la cooperación, vivir juntos, funcionar como un grupo, como sociedad; si se lo preguntan al devoto, les dirá que el propósito de la vida es buscar y realizar a Dios, vivir de acuerdo con las leyes establecidas por los Maestros, profetas, salvadores, y que viviendo conforme a esas leyes y mandatos, ustedes pueden realizar la verdad que es Dios. Cada especialista les da su respuesta acerca del propósito de la vida, y ustedes, conforme a su temperamento, a sus fantasías, a su imaginación, comienzan a establecer estos propósitos, estos fines, como sus ideales.

Semejantes ideales y fines se han vuelto tan sólo un puerto seguro o un refugio, porque ustedes los usan para protegerse y guiarse en esta confusión. Así comienzan a utilizar estos ideales para medir sus experiencias, para indagar en las condiciones del medio. Lo hacen sin el deseo de comprender o realizar, simplemente para investigar el propósito del medio en que viven; y en el descubrimiento de ese propósito –conforme al condicionamiento, a los preconceptos que tienen–, sólo eluden el conflicto que implica vivir sin comprensión.

La mente ha dividido, pues, la vida de tres maneras: una, en ideales, propósitos, culminaciones, logros, finalidades; otra, la confusión, el conflicto, la perturbación, la falta de armonía; y finalmente, el «yo», uno mismo, la conciencia egocéntrica. O sea, la mente ha separado la vida en estas tres divisiones. Ustedes están atrapados en la confusión, y así, a través de esta confusión, de este conflicto, de esta perturbación que no es sino dolor, trabajan con un fin, con un propósito en vista. Cruzan vadeando esta con-

fusión, la surcan hacia la meta, el puerto de refugio, hacia el logro del ideal; y estos ideales, fines, refugios, fueron concebidos por expertos económicos, religiosos y espirituales.

Así que, en un extremo, están ustedes vadeando a través de las condiciones y del medio, creando conflicto, mientras que en el otro, tratan de realizar ideales, propósitos y logros que se han convertido en refugios. El propio indagar en el propósito de la vida denota falta de inteligencia en el presente; y el hombre plenamente activo, no perdido en actividades como lo está la mayoría de los norteamericanos, sino plenamente activo, inteligentemente, emocionalmente vital, es el que se ha realizado. Por lo tanto, la indagación en un fin es inútil, porque no hay tal cosa como un fin y un principio; sólo existe el movimiento continuo del pensar creativo, y lo que ustedes llaman problemas son los resultados de vadear este desorden en busca de una culminación. Es decir, se interesan en cómo superar esta confusión, en cómo ajustarse al medio para llegar a un fin. En eso ocupan toda la vida, en cómo abrirse paso por la confusión, en cómo dominarla, vencerla y, por lo tanto, en cómo evadirla. Quieren llegar a esa evasión perfecta que llaman ideales, a ese refugio perfecto que llaman el propósito de la vida y que no es sino un escapar de la presente confusión.

Naturalmente, cuando buscan superar, dominar, evadir y llegar a esa meta final, surge la búsqueda de sistemas y de sus líderes, guías, maestros y expertos; para mí, son todos explotadores. Los sistemas, los métodos con sus maestros y todas las complicaciones de sus rivalidades, seducciones, promesas y engaños, crean en la vida divisiones conocidas como sectas y cultos.

Eso es lo que sucede. Cuando ustedes buscan un logro, un resultado, cuando buscan superar la confusión sin tomar en cuenta al «uno», a la conciencia del «yo», al objetivo que, consciente o inconscientemente, están persiguiendo todo el tiempo, es natural que deban crear explotadores, ya sean del pasado o del presente; y así quedan atrapados en la mezquindad de todos ellos, en sus celos, sus disciplinas, sus divisiones, y en la falta de armonía

que los caracteriza. Por lo tanto, el mero deseo de abrirse paso por esta confusión, crea siempre nuevos problemas, porque no se toma en cuenta al actor ni la manera como actúa, sino sólo la escena de la confusión como un instrumento para alcanzar un objetivo.

Ahora bien, a mi entender, la confusión, el objetivo y el «uno» son la misma cosa, no hay división alguna. Esta división es artificial y tiene su origen en el deseo de ganar, en la búsqueda de acumulación adquisitiva, la cual nace de la insuficiencia.

Al volvernos conscientes de la vacuidad, de la superficialidad, comenzamos a darnos cuenta de la insuficiencia absoluta de nuestro propio pensar y sentir, y así surge en nuestros pensamientos la idea de la acumulación, y de allí proviene esta división entre el «uno», la conciencia egocéntrica, y el objetivo que ella persigue. Para mí, como dije, no puede haber tal distinción, porque tan pronto nos realizamos ya no pueden existir el actor y la acción, sino sólo ese movimiento creativo del pensar que no busca un resultado; por consiguiente, hay un constante vivir, el cual es inmortalidad.

Pero ustedes han dividido la vida. Consideremos lo que es este «yo», este actor, este observador, este centro del conflicto. No es sino un largo rollo de la memoria. He discutido muy detenidamente la memoria en mis pláticas anteriores y no puedo entrar en detalles ahora. Si les interesa, leerán lo que he dicho. Este «yo» es un rollo de memoria en el cual hay acentuaciones. A estas acentuaciones o depresiones las llamamos «complejos» y desde ellos actuamos. O sea, la mente, al advertir su insuficiencia, persigue una ganancia y, por lo tanto, crea una distinción, una división. Una mente semejante no puede comprender el medio en que vive y, al no poder comprenderlo, debe confiar, para guiarse, en la acumulación de la memoria; porque la memoria no es sino una serie de acumulaciones que actúan como guía hacia un objetivo. Ése es el propósito de la memoria. La memoria es la falta de comprensión; esa falta de comprensión es nuestro trasfondo, y de ese trasfondo procede nuestra acción.

Esta memoria actúa como una guía hacia un objetivo, y ese objetivo preestablecido es tan sólo un refugio al que llamamos ideal, verdad, Dios o perfección. El principio y el fin, el «uno» y la meta, son los resultados de esta mente autoprotectora.

He explicado cómo surge una mente autoprotectora: surge como resultado de la conciencia o percepción de la vacuidad, del vacío. Debido a eso, comienza a pensar en términos de logro, de adquisición, y desde allí funciona dividiendo la vida y restringiendo sus acciones. Por consiguiente, el objetivo y el «uno» que lo persigue son el resultado de esa mente autoprotectora; y el conflicto, la confusión y la falta de armonía no son sino el proceso de autoprotección, se originan en esta autoprotección, tanto espiritual como económica.

Espiritual y económicamente buscan ustedes la seguridad, porque confían en la acumulación para su riqueza interior, su comprensión, su plenitud, su realización. Y así el astuto, tanto el del mundo económico como el del espiritual, los explota, porque uno y otro buscan el poder, exaltando el sentimiento de autoprotección. ¿Qué sucede cuando existe este proceso? Tiene que haber conflicto con las circunstancias, circunstancias que llamamos «sociedad»; está el «uno» que trata de protegerse contra lo colectivo, el grupo, la sociedad.

Ahora bien, lo inverso a eso no es real. Es decir, no piensen que si dejan de protegerse estarán perdidos. Por el contrario, estarán perdidos si se protegen debido a la insuficiencia, a la superficialidad del pensamiento y del afecto. Pero si dejan de protegerse a sí mismos sólo porque piensan que gracias a eso van a encontrar la verdad, ésa será nuevamente nada más que otra forma de protección.

Por lo tanto, como durante siglos, generación tras generación, hemos desarrollado esta rueda de la autoprotección espiritual y económica, descubramos si es real. Tal vez en lo económico podamos sostener por un tiempo la autoprotección. El hombre que cuenta con dinero y muchas posesiones y ha asegurado para su cuerpo comodidades y placeres, por lo general, si observan a ese

hombre, verán que es muy incompleto, poco inteligente, y busca a tientas la así llamada protección espiritual.

Investiguemos, no obstante, si realmente existe la autoprotección espiritual, porque vemos que en lo económico no hay seguridad. La ilusión de la seguridad económica se demuestra en todo el mundo por estas depresiones, crisis, guerras, calamidades, por el caos que reina. Reconocemos esto y, en consecuencia, nos volvemos hacia la seguridad espiritual. Pero, a mi entender, no hay seguridad, no hay autoprotección ni podrá haberla jamás. Digo que sólo existe la sabiduría, la cual es comprensión, no protección. Es decir, la seguridad, la autoprotección, son el resultado de la insuficiencia, y en ellas no hay un pensar creativo, no hay inteligencia, sólo existe la constante batalla entre el «uno» y la sociedad, batalla en la que el astuto los explota despiadadamente. Mientras estén persiguiendo la autoprotección, tiene que haber conflicto y, por ende, no puede haber comprensión, sabiduría. Y mientras esta actitud exista, nuestra búsqueda de la espiritualidad, de la verdad, de Dios, es vana, inútil, porque es tan sólo la búsqueda de un poder mayor, de una mayor seguridad.

Sólo cuando la mente, que se ha refugiado tras las murallas de la autoprotección, se libere de sus propias creaciones, puede tener existencia esa realidad exquisita. Al fin y al cabo, estas murallas autoprotectoras son creaciones de la mente que, consciente de su insuficiencia, elige las murallas y se refugia detrás de ellas. Consciente o inconscientemente, hemos construido estas barreras, y nuestra mente está tan mutilada, atada, sujeta, que la acción genera un conflicto cada vez mayor y origina más y más perturbaciones.

Por lo tanto, la mera búsqueda de una solución para nuestros problemas no va a liberar a la mente de crear nuevos problemas. En tanto exista este centro de autoprotección nacido de la insuficiencia, tiene que haber perturbaciones, tremendo pesar y sufrimiento; y no podemos liberar a la mente de su sufrimiento, disciplinándola para que no sea insuficiente. Es decir, no podemos disciplinarnos o ser influidos por las condiciones y el medio, a

fin de no ser superficiales. Nos decimos a nosotros mismos: «Soy superficial, reconozco el hecho; ¿cómo voy a librarme de él?». Yo digo que no busquen librarse de ello –eso es tan sólo un proceso de sustitución–, sino vuélvanse conscientes, perciban qué es lo que da origen a esta insuficiencia. Esa percepción no puede ser obligada, no puede ser influida por un ideal, por un temor o por la persecución de placeres y poderes. La causa de la insuficiencia pueden descubrirla sólo mediante la percepción alerta. O sea, examinando el medio y penetrando profundamente en su significado, se revelarán las astutas sutilezas de la autoprotección.

Al fin y al cabo, la autoprotección es el resultado de la insuficiencia, y como durante siglos la mente ha sido adiestrada y permanece atrapada en ese cautiverio, ustedes no pueden disciplinar ni superar la autoprotección. Si lo hacen, pierden el significado de los engaños y las sutilezas del pensamiento y de la emoción tras de los cuales la mente se ha protegido; y para descubrir estas sutilezas, tienen que volverse conscientes de ellas, tienen que estar muy alerta.

Ahora bien, estar alerta no es alterar las cosas. Nuestra mente está acostumbrada a la alteración, que es tan sólo modificación, ajuste, que consiste en disciplinarse respecto de una condición; mientras que, si están alerta, descubrirán la plena significación del medio. Por lo tanto, no hay modificación, sino libertad completa en relación con ese medio.

Sólo cuando estas murallas de protección son destruidas en la llama de la percepción alerta, en la cual no hay modificación ni alteración ni ajuste, sino comprensión completa del medio con todas sus delicadezas y sutilezas, sólo gracias a esa comprensión existe lo eterno, porque en ella no hay un «uno» funcionando como foco autoprotector. Pero mientras ese foco autoprotector que ustedes llaman el «yo» exista, tiene que haber confusión, perturbaciones, conflicto y falta de armonía. Ustedes no pueden destruir estos obstáculos, disciplinándose o siguiendo un sistema o imitando un patrón de conducta; pueden comprenderlos con todas las complicaciones que contienen, sólo mediante la plena

percepción alerta de mente y corazón. Entonces existe un éxtasis, existe ese movimiento viviente de la verdad, el cual no es un objetivo ni una culminación, sino un vivir siempre creativo, un éxtasis que no puede ser descrito, porque toda descripción, por fuerza tiene que destruirlo. Mientras uno no es vulnerable a la verdad, no hay éxtasis, no hay inmortalidad.

Ojai, California, 1º de julio de 1934

PARTE II:

PERCEPCIONES EN LA VIDA COTIDIANA

Muchas personas se han preguntado a menudo cómo Krishnamurti, quien según pensaban, vivió en condiciones de protección y lujo, pudo haber tenido las notables percepciones que tuvo, con respecto a las vidas de la gente común, frecuentemente cargadas de dificultades, percepciones que quedaron demostradas en sus pláticas y escritos. Sin reconocer las enfermedades de su infancia, su sufrimiento en tiempos de la muerte de su hermano, o el dolor físico y la sensibilidad que le acompañaron durante toda la vida, se han maravillado de su capacidad para ver a través de los ojos de una madre que vive pobremente en una aldea de la India, de un jornalero trabajando en una polvorienta carretera, de un hombre rico o de un joven estudiante en dificultades.

Durante las décadas del 30 y el 40, Krishnamurti concedió entrevistas privadas a personas de casi todos los estratos sociales, quienes pedían hablar con él acerca de problemas personales que les preocupaban. Percibiendo la unidad de la existencia humana, era capaz de comunicar percepciones reveladoras en problemas que afectan a todos los hombres y mujeres. Describió la esencia de estas exploradoras discusiones, en libros que también expresaban su profunda apreciación del paisaje natural y su intenso, permanente interés por el medio ambiente.

Esta parte presenta algunos de esos escritos, que han sido publicados en tres volúmenes con el título de Comentarios sobre el vivir. *También hay aquí extractos de sus escritos sobre educación y los dirigidos a los jóvenes* (La educación y el significado de la vida, y El arte de vivir), *así como sobre la libertad, en un libro con un prefacio de Aldous Huxley:* La libertad primera y última. *Posiblemente, algunos de los pasajes más íntimos y reveladores son los que fueron seleccionados de su* Diario II *y del* Último Diario, *en donde (como en su* Diario I*) toca a menudo las fuentes más hondamente místicas que haya tocado la enseñanza en toda su vida.*

LA LIBERTAD PRIMERA Y ÚLTIMA

Comunicarnos uno con otro, aun si nos conocemos muy bien, es extremadamente difícil. Quizás use palabras que para ustedes pueden tener un significado distinto del que tienen para mí. La comprensión llega cuando ustedes y yo nos encontramos en el mismo nivel y al mismo tiempo. Eso ocurre únicamente cuando existe un real afecto entre las personas, entre marido y esposa, entre amigos íntimos. Ésa es la verdadera comunión. La comprensión instantánea tiene lugar, pues, cuando los seres humanos se encuentran en el mismo nivel y al mismo tiempo.

Es muy difícil comunicarnos entre nosotros de una manera natural, eficaz y con una acción que tenga un carácter definitivo. Uso palabras sencillas, palabras que no son técnicas, porque no creo que ningún tipo técnico de expresión vaya a ayudarnos a resolver nuestros difíciles problemas; así que no voy a emplear, en modo alguno, términos técnicos, ya sea psicológicos o científicos. Afortunadamente, no he leído libros de psicología ni libros religiosos. Quisiera transmitir, mediante palabras muy simples que empleamos en nuestra vida cotidiana, un significado más profundo; pero eso es muy difícil si ustedes no saben cómo escuchar.

Existe un arte de escuchar. Para ser realmente capaz de escuchar, uno debe abandonar o dejar a un lado todos los prejuicios,

las formulaciones previas y las actividades cotidianas. Cuando nos hallamos en un estado mental receptivo, las cosas pueden ser comprendidas fácilmente; escuchamos cuando dedicamos a algo verdadera atención. Pero, desafortunadamente, casi todos nosotros escuchamos a través de una pantalla de resistencia. Nos protegemos con prejuicios, ya sea religiosos o espirituales, psicológicos o científicos; o bien con nuestras preocupaciones diarias, nuestros deseos y temores. Con todo esto como pantalla, escuchamos. En consecuencia, lo que en realidad escuchamos es nuestro propio ruido, nuestro propio sonido interno, no lo que se dice. Es sumamente difícil dejar a un lado nuestra educación, nuestros prejuicios, nuestras inclinaciones, nuestra resistencia y, llegando más allá de la expresión verbal, escuchar de tal modo que haya una comprensión instantánea. Ésta va a ser una de nuestras dificultades.

Si durante esta plática se dice algo que resulta contrario a la manera de pensar y a la creencia de ustedes, simplemente escuchen, no resistan. Quizás estén en lo cierto y yo esté equivocado; pero, al escuchar y considerar las cosas juntos, vamos a descubrir cuál es la verdad. Nadie puede darles la verdad. Ustedes deben descubrirla; y para descubrirla, es preciso que exista un estado mental de percepción directa. No hay percepción directa habiendo resistencia, autodefensa, autoprotección. La comprensión llega cuando nos damos cuenta de *lo que es*. Conocer exactamente *lo que es*, lo verdadero, lo real, sin interpretarlo, condenarlo ni justificarlo, implica, sin duda, el principio de la sabiduría. Sólo cuando empezamos a interpretar, a traducir de acuerdo con nuestro condicionamiento, con nuestros prejuicios, pasamos por alto la verdad. Al fin y al cabo, es como la investigación. Saber lo que una cosa *es*, lo que es exactamente, requiere investigación; no podemos interpretarla según nuestras disposiciones de ánimo. De igual manera, si podemos mirar, observar, escuchar, percibir exactamente *lo que es*, el problema está resuelto. Y eso es lo que vamos a hacer en todas estas pláticas. Voy a señalarles *lo que es*, no voy a traducirlo según mi antojo; y tampoco ustedes deben

traducirlo o interpretarlo conforme a su trasfondo, a su educación.

¿No es posible, entonces, percibirlo todo tal como es? Si empezamos desde ahí, es indudable que puede haber comprensión. Reconocer, percibir, captar lo que es, pone fin a la lucha. Si sé que soy un mentiroso, y eso es un hecho que reconozco, se acabó la lucha. Reconocer, percibir lo que uno es, constituye ya el principio de la sabiduría, el principio de la comprensión, que nos libera del tiempo. Introducir la cualidad del tiempo –del tiempo no en el sentido cronológico, sino como el medio, el proceso psicológico, el proceso de la mente– es destructivo y genera confusión.

Podemos, pues, comprender *lo que es*, cuando lo reconocemos sin condenarlo, sin justificarlo, sin identificarnos con ello. Saber que uno se encuentra en cierta condición, en cierto estado, es ya un proceso liberador; pero un hombre que no se da cuenta de su condición, de su lucha, trata de convertirse en algo diferente de lo que él es, lo cual genera hábito. Tengamos presente, entonces, que queremos examinar *lo que es*, observar y darnos cuenta exactamente de lo real, sin darle ninguna tendencia determinada, sin interpretarlo. Se requiere una mente en extremo aguda, un corazón extraordinariamente flexible, para darnos cuenta de *lo que es* y seguirlo, porque *lo que es* se mueve todo el tiempo, jamás es estático, experimenta constantes transformaciones. Y si la mente se halla amarrada a una creencia, al conocimiento, deja de seguir el veloz movimiento de *lo que es*. Lo verán si observan con mucha atención. Para seguir este movimiento, necesitamos una mente muy rápida y un corazón dúctil, pero eso es negado cuando la mente es estática, cuando está fija en una creencia, en un prejuicio, en una identificación; y una mente y un corazón áridos, no pueden seguir rápidamente, velozmente, *lo que es*.

Nos damos cuenta, creo, sin demasiada discusión, sin demasiada expresión verbal, que hay caos, confusión y desdicha, tanto en lo individual como en lo colectivo. Ello ocurre no sólo en la India, sino a lo largo de todo el mundo; en China, en América, en

Inglaterra, en Alemania, en todas partes hay confusión, dolor creciente. Reitero: no es sólo en el nivel nacional, no particularmente aquí, sino en todo el mundo; hay sufrimiento extraordinariamente agudo, y no es sólo individual sino colectivo. Por consiguiente, se trata de una catástrofe mundial, y es absurdo limitarla a un área geográfica, a una sección coloreada del mapa; porque en tal caso no comprenderemos el pleno significado de este sufrimiento, que es tanto mundial como individual. Al darnos cuenta de esta confusión, ¿cuál es hoy nuestra respuesta? ¿Cómo reaccionamos?

Hay sufrimiento, político, social, religioso; todo nuestro ser psicológico está confuso, y todos los líderes han fracasado; todos los libros han perdido su significación. Podemos acudir al Bhagavad Gita o a la Biblia o al tratado más reciente en política o psicología, y encontraremos que han perdido ese tono, esa característica de la verdad; se han convertido en meras palabras. Ustedes mismos, que son los repetidores de esas palabras, están confundidos e inseguros, y la mera repetición de las palabras no comunica nada. Por lo tanto, las palabras y los libros han perdido su valor; es decir, si ustedes citan la Biblia o el Bhagavad Gita, o a Marx, como ustedes –los que citan– están inseguros, confusos, esa repetición se vuelve una mentira, porque lo escrito ahí llega a ser mera propaganda, y la propaganda no es la verdad. De modo que, cuando repiten, han dejado de comprender su propio estado del ser. Tan sólo están encubriendo con palabras de autoridad la propia confusión. Pero lo que nosotros tratamos de hacer es comprender esta confusión y no encubrirla con citas. Entonces, ¿qué responden a esto? ¿Cómo responden a este caos extraordinario, a esta confusión, a esta incertidumbre de la existencia? Dénse cuenta de ello mientras lo discuto. Casi todos estamos acostumbrados a ser espectadores y a no participar en el juego. Leemos libros, pero jamás los escribimos. Ha llegado a ser nuestra tradición, nuestro hábito nacional y universal, ser espectadores, ver jugar un partido de fútbol, escuchar a los políticos y oradores públicos. Somos tan sólo observadores externos que

miran, y hemos perdido la capacidad creativa. Queremos, por lo tanto, asimilar profundamente y participar.

Pero si ustedes se limitan a observar, a ser meros espectadores, perderán por completo la significación de esta plática, porque yo no voy a darles información que ustedes pueden obtener en una enciclopedia. Lo que intentamos hacer es seguirnos el uno al otro, nuestros pensamientos, seguir tan lejos y tan profundamente como podamos, las insinuaciones, las respuestas de nuestros propios sentimientos. Tengan, pues, la bondad de averiguar cuál es la respuesta de ustedes a esta causa, a este sufrimiento; no cuáles son las palabras de otra persona, sino cómo responden ustedes mismos. Esa respuesta es de indiferencia si se benefician con el sufrimiento, con el caos, si les rinde provecho, ya sea económico, social, político o psicológico. Debido a eso, no les importa si este caos continúa.

Por cierto, cuanto más perturbación y caos hay en el mundo, más busca uno la seguridad. ¿No lo han notado? Cuando hay confusión en el mundo, tanto en lo psicológico como en todo lo demás, nos encerramos en alguna clase de seguridad, que puede ser la de una cuenta bancaria o la de una ideología; o bien acudimos a la oración, vamos al templo, lo cual implica, en realidad, escapar de lo que sucede en el mundo. Se forman cada vez más sectas, más y más «ismos» brotan en todo el mundo. Cuanta más confusión hay, más necesidad sentimos de un líder, de alguien que nos saque de este lío; por eso, recurrimos a los libros religiosos, o a uno de los instructores de moda; o si no, actuamos y respondemos conforme a un sistema que parece resolver el problema, un sistema de la izquierda o de la derecha. Esto es, precisamente, lo que sucede.

Tan pronto nos damos cuenta de la confusión, de *lo que es* exactamente, procuramos escapar de ello. Esas sectas que nos ofrecen un sistema para la solución del sufrimiento –económico, social o religioso– son lo peor; porque entonces lo que se vuelve importante es el sistema y no el hombre. Adquiere importancia el sistema, la filosofía, la idea, no el ser humano; y en aras de la

idea, de la ideología, estamos dispuestos a sacrificar a toda la humanidad. Esto no es una mera interpretación mía; si observan, verán que es exactamente lo que está sucediendo en el mundo. Se ha vuelto importante el sistema. Por lo tanto, los hombres, ustedes y yo, perdemos importancia; y los controladores del sistema, ya sea religioso o social, de la izquierda o de la derecha, asumen la autoridad, el poder y, en consecuencia, nos sacrifican a nosotros, los individuos. Eso es exactamente lo que ocurre.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de esta confusión, de esta desdicha? ¿Cómo se ha originado este infortunio, este sufrimiento, no sólo interna sino externamente, este miedo, esta expectativa de guerra, de la Tercera Guerra Mundial que está amenazando estallar? ¿Cuál es la causa de esto? Por cierto, ello indica el derrumbe de todos los valores morales, espirituales, y la exaltación de todos los valores sensorios, del valor que damos a las cosas fabricadas por la mano o por la mente. ¿Qué ocurre cuando no tenemos otro valor excepto el valor de las cosas sensorias, el valor de los productos de la mente, la mano o la máquina? Cuanto más importancia damos al valor sensual de las cosas, mayor es la confusión, ¿verdad? Tampoco esto es mi teoría. Uno no tiene que citar libros para descubrir que sus valores, sus riquezas, su existencia económica y social, se basan en los productos de la mano o de la mente. Así pues, vivimos y funcionamos teniendo nuestro ser impregnado de valores sensuales, lo cual significa que se han vuelto importantes las cosas, las cosas de la mente, las cosas de la mano y de la máquina; y cuando adquieren importancia las cosas, la creencia se torna predominantemente significativa. Y eso es exactamente lo que está sucediendo en el mundo, ¿no es así?

Por eso, el hecho de asignar más y más importancia a los valores de los sentidos, genera confusión; y, al debatirnos en la confusión, procuramos escapar de ella mediante diversas actividades, ya sea religiosas, económicas o sociales, a través de la ambición, del poder, o lanzándonos a la búsqueda de la realidad. Pero lo real está cerca, uno no tiene que buscarlo; y aquel que busca la verdad, jamás la encontrará. La verdad está en *lo que es*; y en eso

radica su belleza. Tan pronto concebimos la verdad, tan pronto la buscamos, empezamos a luchar; y un hombre que lucha no puede comprender. Por eso debemos ser silenciosos, observadores, y estar pasivamente alerta. Vemos que nuestro vivir, nuestro actuar, está siempre dentro del campo de la destrucción, del dolor; igual que una ola, la confusión y el caos siempre nos alcanzan. No hay intervalo alguno en el desorden que es nuestra existencia.

Todo cuanto hacemos actualmente parece conducirnos al caos, al dolor y a la infelicidad. Miren sus propias vidas y verán que nuestro vivir está siempre al borde del dolor. Nuestro trabajo, nuestra actividad social, nuestra política, las diversas asambleas de naciones que se reúnen para detener la guerra, todo eso produce más guerra. La destrucción continúa como secuela del vivir; todo cuanto hacemos nos conduce a la muerte. Eso es lo que realmente ocurre.

¿Podemos, de una vez por todas, poner fin a esta desdicha y no continuar para siempre atrapados en la ola de la confusión y el dolor? O sea, grandes instructores como Buda o Cristo han venido al mundo; aceptaron la fe y ellos mismos quizá se liberaron de la confusión y el dolor. Pero jamás impidieron el dolor, jamás pusieron fin a la confusión. La confusión continúa, el dolor continúa. Si ustedes, al ver esta confusión social y económica, este caos, esta desdicha, se reiteran a lo que llaman vida religiosa y abandonan el mundo, podrán sentir que se unen a estos grandes instructores; pero el mundo prosigue con su caos, su infortunio y destrucción, con el perpetuo sufrimiento de sus ricos y sus pobres.

De modo que nuestro problema, el de ustedes y el mío, es si podemos salirnos instantáneamente de esta desdicha. Si, viviendo en el mundo, rehúsan formar parte de él, ayudarán a otros a salir de este caos –no en el futuro, no mañana, sino ahora–. Indudablemente, éste es nuestro problema. La guerra se halla, quizá, próxima y más destructiva, más espantosa en su forma. Por cierto, nosotros no podemos impedirla, porque los problemas son demasiado grandes y demasiado inmediatos. Pero ustedes y yo

podemos percibir al instante la confusión y la desdicha que nos rodean, ¿no es así? *Debemos* percibirlas, y entonces estaremos en condiciones de despertar la misma comprensión de la verdad en los demás. En otras palabras, ¿podemos estar libres instantáneamente? Porque ésa es la única manera de salir de esta desdicha. La percepción puede tener lugar tan sólo en el presente; pero si uno dice: «Lo haré mañana», la ola de la confusión lo alcanza, y entonces uno está siempre envuelto en la confusión.

Ahora bien, ¿es posible arribar a ese estado en que uno mismo percibe la verdad instantáneamente y, por lo tanto, pone fin a la confusión? Yo digo que sí, y que ésa es la única manera de hacerlo. Digo que eso puede y *debe* hacerse, y no lo digo basado en suposición o creencia alguna. El problema consiste en dar origen a esta revolución extraordinaria –que no es la revolución para desembarazarse de los capitalistas e instalar otro grupo–, a esta transformación maravillosa, que es la única revolución verdadera. Lo que en general llamamos revolución es tan sólo la modificación o continuación de la derecha conforme a las ideas de la izquierda. La izquierda, al fin y al cabo, es la continuación de la derecha en una forma modificada. Si la derecha se basa en valores sensuales, la izquierda no es sino una continuación de los mismos valores sensuales, tan sólo diferentes en grado o expresión. Por lo tanto, la verdadera revolución puede tener lugar únicamente cuando uno mismo, el individuo, llega a percibirse en su relación con otro. Lo que uno es en su relación con el otro, con su esposa, su hijo, su jefe, su vecino, eso es la sociedad. La sociedad no existe por sí misma; es lo que ustedes y yo hemos creado en nuestra relación. La sociedad es la proyección externa de todos nuestros estados psicológicos internos. En consecuencia, si ustedes y yo no nos comprendemos a nosotros mismos, el limitarnos a transformar lo externo –que es la proyección de lo interno–, carece en absoluto de toda significación; es decir, no puede haber alteración o modificación significativa alguna en la sociedad, mientras no me comprenda a mí mismo en relación con ustedes. Estando confuso en mi relación, origino una sociedad que es la

réplica, la expresión externa de lo que yo soy. Éste es un hecho obvio que podemos discutir. Podemos discutir si la sociedad, la expresión externa, me ha producido, o si yo he producido la sociedad.

¿No es, por lo tanto, un hecho obvio que lo que soy en mi relación con el otro, da origen a la sociedad, y que si no me transformo radicalmente, no puede haber una transformación de las funciones esenciales de la sociedad? Cuando para la transformación de la sociedad acudimos a un sistema, estamos tan sólo evadiendo la cuestión, porque un sistema no puede transformar al hombre; el hombre transforma siempre el sistema, cosa que muestra la historia. Hasta que yo, en mi relación con ustedes, me comprenda a mí mismo, soy la causa del caos, de la desdicha, la destrucción, el miedo, la brutalidad. El comprenderme a mí mismo no es una cuestión de tiempo; puedo comprenderme en este mismo instante. Si digo: «Me comprenderé mañana», estoy introduciendo caos y desdicha, mi acción es destructiva. Apenas digo «comprenderé», doy entrada al elemento de tiempo y, de este modo, ya estoy atrapado en la ola del desorden y la destrucción. La comprensión es ahora, no mañana. «Mañana» es para la mente perezosa, floja, para la mente que no se halla interesada. Cuando uno está interesado en algo, lo hace instantáneamente, hay comprensión inmediata, transformación inmediata. Si ustedes no cambian *ahora*, jamás cambiarán, porque el cambio que tiene lugar mañana es solamente una modificación, no es una transformación. La transformación sólo puede ocurrir inmediatamente; la revolución es ahora, no mañana.

Cuando eso ocurre, uno queda por completo libre de problemas, porque entonces el «yo» no se preocupa acerca de sí mismo; entonces, uno está más allá de la ola de destrucción.

LA AMBICIÓN

El bebé estuvo llorando toda la noche, y la pobre madre había hecho todo lo posible por tranquilizarlo. Le cantó, le regañó, lo acarició y acunó; pero fue inútil. El bebé debía estar pasando su dentición, y fue una noche agotadora para toda la familia. Pero ahora comenzaba a amanecer sobre las copas oscuras de los árboles, y finalmente el bebé se tranquilizó. Reinaba una peculiar quietud a medida que el cielo se iba aclarando más y más. Las ramas muertas se destacaban claramente contra el cielo, débiles y desnudas. Se escuchó el llamado de un niño, ladró un perro, un camión pasó traqueteando... y había comenzado otro día. Al cabo de un rato, la madre salió llevando al bebé cuidadosamente arropado, y recorrió el camino hasta atravesar la aldea, donde esperó un autobús. Presumiblemente, lo llevaba al médico. Se veía muy cansada y ojerosa después de una noche de insomnio, pero el bebé estaba completamente dormido.

Pronto el Sol asomó sobre las copas de los árboles y el rocío brilló sobre el verde pasto. Se oyó muy lejano el silbido de un tren, y las montañas distantes lucían frescas y umbrías. Un gran pájaro huyó volando ruidosamente porque lo habíamos molestado mientras empollaba. Nuestro modo de acercarnos debió haber sido muy repentino, ya que no tuvo tiempo de cubrir sus huevos con hojas secas. Había más de una docena. Aún cuando se hallaban destapados era difícil verlos, tan hábilmente los había ocultado, y ahora vigilaba desde un árbol distante. Unos

cuantos días después, vimos a la madre con su cría, y el nido estaba vacío.

Había sombra y frescura a lo largo del sendero que, a través del húmedo bosque, conducía hasta la distante cumbre de la colina, y las zarzas estaban en flor. Unos pocos días antes había llovido copiosamente, y la tierra ablandada cedía a nuestro paso. Había sembrados de patatas, y a lo lejos, en el valle, estaba la ciudad. Era una bella y dorada mañana. Más allá de la colina, el sendero llevaba de regreso a la casa.

Ella era muy inteligente. Había leído todos los libros últimamente publicados, había asistido a las más recientes representaciones teatrales, y estaba bien informada acerca de cierta filosofía que se había convertido en la manía de moda. Se psicoanalizaba y, aparentemente, había leído muchísimo sobre psicología, ya que conocía bien la jerga. Se creía en la obligación de entrevistar a todas las personas importantes, y por casualidad encontró a alguien que la trajo. Hablaba con soltura y se expresaba de manera equilibrada y efectiva. Había estado casada, pero no tuvo hijos; y uno percibía que todo eso había quedado atrás y que ahora emprendía un viaje diferente. Debió haber sido adinerada, porque la rodeaba esa peculiar atmósfera de la riqueza material. Comenzó por preguntar directamente: «¿De qué modo está usted ayudando al mundo en la crisis actual?». Seguramente, era una de las preguntas que formaban parte de su provisión habitual. Continuó preguntando, más ansiosamente, sobre la manera de impedir la guerra, sobre los efectos del comunismo y sobre el futuro del hombre.

¿Acaso las guerras, los desastres y las desdichas crecientes, no son la consecuencia de nuestra vida cotidiana? ¿No somos, cada uno de nosotros, los responsables de esta crisis? El futuro se encuentra en el presente; el futuro no será muy distinto si no comprendemos el presente. Pero ¿no cree usted que cada uno de nosotros es responsable por este conflicto y esta confusión?

«Puede que sea así, pero ¿adónde conduce este reconocimiento de la responsabilidad? ¿Qué valor tiene mi pequeña acción en

la vasta acción destructiva? ¿De qué modo mi pensamiento va a afectar la estupidez general del hombre? Lo que está sucediendo en el mundo es pura estupidez, y mi inteligencia no va a afectarla de ningún modo. Además, piense en el tiempo que se necesitaría para que la acción individual ejerciera algún efecto sobre el mundo?»

El mundo, ¿es diferente de usted? La estructura de la sociedad, ¿no ha sido edificada por personas como usted y yo? Para originar un cambio radical en la estructura, ¿no debemos usted y yo transformarnos de una manera fundamental? ¿Cómo puede haber una transformación profunda de valores si ésta no comienza con nosotros mismos? Para brindar una ayuda en la presente crisis, ¿debe uno buscar una nueva ideología, un nuevo plan económico? ¿O debe empezar a comprender el conflicto y la confusión que existen dentro de uno mismo y que, al proyectarse, constituyen el mundo? ¿Pueden las nuevas ideologías traer unidad entre los seres humanos? ¿Acaso las creencias no ponen al hombre contra el hombre? ¿No debemos eliminar nuestras barreras ideológicas –todas las barreras son ideológicas– y considerar nuestros problemas, no a través de la tendencia que implican las conclusiones y las fórmulas, sino directamente, sin prejuicio alguno? Jamás nos relacionamos de manera directa con nuestros problemas, sino que lo hacemos siempre mediante alguna creencia o formulación. Podemos resolver nuestros problemas sólo cuando estamos en relación directa con ellos. No son nuestros problemas los que ponen al hombre contra el hombre, sino nuestras ideas acerca de los problemas. Los problemas nos unen, pero las ideas nos separan. Si me permite preguntarle, ¿por qué está usted, aparentemente, tan preocupada por la crisis?

«Oh, no lo sé. Veo tanto sufrimiento, tanta desgracia, y siento que algo debe hacerse al respecto.»

¿Está usted realmente preocupada, o tan sólo ambiciona hacer algo?

«Cuando usted lo plantea de ese modo, supongo que ambiciono hacer algo en que pueda tener éxito.»

Muy pocos somos, pues, honestos en nuestro pensar. Queremos tener éxito, ya sea directamente para nosotros mismos, o para el ideal, para la creencia con que nos hemos identificado. El ideal es nuestra propia proyección, es el producto de nuestra mente, y nuestra mente experimenta conforme a nuestro condicionamiento. Por estas autoproyecciones trabajamos, nos esclavizamos y morimos. El nacionalismo, como el culto de Dios, es tan sólo autoglorificación. Lo que a uno le importa, de hecho o ideológicamente, es uno mismo, y no el desastre y la desdicha. En realidad, no queremos hacer nada respecto de la crisis; ésta no es sino un nuevo tópico para la persona lista, un campo de acción para los activistas sociales y los idealistas.

¿Por qué somos ambiciosos?

«Si no lo fuéramos, nada se habría hecho en el mundo. Si no fuéramos ambiciosos, todavía estaríamos conduciendo carruajes a caballo. Ambición es otro nombre para progreso. Sin progreso, nos deterioraríamos, terminaríamos por marchitarnos.»

Logrando hacer cosas en el mundo, también estamos engendrando guerras y desdichas inenarrables. ¿Es progreso la ambición? No estamos considerando el progreso, por el momento, sino la ambición. ¿Por qué somos ambiciosos? ¿Por qué deseamos tener éxito, ser alguien? ¿Por qué luchamos por ser superiores? ¿Por qué todo este esfuerzo para afirmarnos personalmente, ya sea de manera directa o por medio de una ideología o del Estado? ¿No es esta autoafirmación la causa principal de nuestro conflicto y nuestra confusión? Sin ambición, ¿pereceríamos? ¿Acaso no podemos sobrevivir físicamente sin ser ambiciosos?

«¿Quién desea sobrevivir sin éxito, sin reconocimiento?»

Este deseo de éxito, de aplausos, ¿no genera conflicto, tanto interno como externo? Estar libre de ambición, ¿implicaría deterioro? No tener conflicto, ¿es estancarse? Podemos narcotizarnos, adormecernos con creencias, doctrinas, y de ese modo no tener conflictos profundos. Para la mayoría de nosotros, cierta clase de actividad es una droga. Obviamente, un estado así es de deterioro, de desintegración. Pero cuando nos damos cuenta de lo

falso como falso, ¿trae ello un estado de muerte? Darnos cuenta de que la ambición en cualquiera de sus formas, ya sea la ambición de felicidad, de Dios o de éxito, es el principio del conflicto tanto interno como externo, no significa, por cierto, el final de toda acción, el final de la vida.

¿Por qué somos ambiciosos?

«Yo me aburriría si no estuviera ocupada esforzándome por alcanzar alguna clase de resultado. Solía ser ambiciosa para mi marido, y supongo que usted diría que lo era para mí misma a través de mi marido; y ahora soy ambiciosa para mí misma por medio de una idea. Jamás he reflexionado acerca de la ambición, sólo he sido ambiciosa.»

¿Por qué somos listos y ambiciosos? ¿No es la ambición un impulso para eludir *lo que es*? ¿No es esta astucia algo realmente estúpido, que es lo que somos? ¿Por qué nos atemoriza *lo que es*? ¿De qué sirve escapar, si cualquier cosa que seamos está siempre ahí? Podremos tener éxito en escapar, pero lo que somos sigue allí, engendrando conflicto y desdicha. ¿Por qué nos amedrenta tanto nuestra soledad, nuestro vacío interno? Cualquier actividad que nos aleje de *lo que es*, tiene que generar por fuerza dolor y antagonismo. El conflicto es negar *lo que es* o escapar de *lo que es*; no hay otro conflicto que ése. Nuestro conflicto se vuelve más y más complejo e insoluble debido a que no nos enfrentamos a lo que es. No hay complejidad en *lo que es*, sino sólo en los múltiples escapes que buscamos.

EL INDIVIDUO Y EL IDEAL

«Nuestra vida en la India está más o menos hecha añicos; queremos rehacerla de algún modo, pero no sabemos por dónde empezar. Yo puedo ver la importancia de la acción de masas y también sus peligros. He seguido el ideal de la no violencia, pero ha habido matanzas y calamidades. Desde la Partición, este país ha tenido las manos llenas de sangre, y ahora estamos aumentando nuestras fuerzas armadas. Hablamos de no violencia y, sin embargo, nos preparamos para la guerra. Estoy tan confundido como los líderes políticos. En la prisión solía leer muchísimo, pero eso no me ha ayudado a esclarecer mi propia posición.

»¿Podemos considerar una cosa a la vez y, de algún modo, investigarla? En primer lugar, usted pone mucho el acento en el individuo, pero ¿no es necesaria, acaso, la acción colectiva?»

El individuo es, en esencia, lo colectivo, y la sociedad es la creación del individuo. El individuo y la sociedad están interrelacionados, ¿no es así? No se hallan separados. El individuo elige la estructura de la sociedad, y la sociedad o el medio moldea al individuo. Aunque el medio condiciona al individuo, éste puede siempre liberarse, romper con su trasfondo. El individuo es el hacedor del mismo medio que lo esclaviza; pero también tiene el poder de romper con él y dar origen a un medio que no embote su mente o espíritu. El individuo es importante sólo en el sentido de que tiene la capacidad de liberarse él mismo de su condicionamiento y así comprender la realidad. La individualidad que tan

sólo se torna insensible en su propio condicionamiento, edifica una sociedad cuyos cimientos se basan en la violencia y el antagonismo.

El individuo existe únicamente en la relación; de lo contrario, no existe; y el hecho de que no comprendamos esta relación, engendra conflicto y desorden. Si el individuo no comprende su relación con las personas, la propiedad, las ideas o las creencias, el mero imponerle un modelo colectivo o cualquier otro tipo de modelo, sólo frustra su propio objetivo. Hacer efectiva la imposición de un nuevo modelo social, requerirá la así llamada acción de masas; pero el modelo nuevo es la invención de unos cuantos individuos, y la masa es hipnotizada por los eslóganes de moda, por las promesas de una nueva utopía. La masa es la misma de antes, sólo que ahora tiene nuevos dirigentes, frases nuevas, sacerdotes nuevos, doctrinas nuevas. Esta masa está compuesta de individuos como usted y yo; la masa es ficticia, es un término conveniente para que el explotador y el político hagan su juego con él. Las mayorías son empujadas a la acción, a la guerra, etc., por unos pocos; y los pocos representan los deseos y los impulsos de los muchos. Lo que tiene máxima importancia es la transformación del individuo, pero no desde el punto de vista de modelo alguno. Los modelos condicionan siempre, y una entidad condicionada está todo el tiempo en conflicto consigo misma y, por ende, con la sociedad. Es relativamente fácil sustituir un viejo modelo de condicionamiento por uno nuevo; pero que el individuo se libere a sí mismo de todo condicionamiento, es completamente otra cosa.

«Esto requiere una reflexión cuidadosa y detallada, pero creo que estoy empezando a comprenderlo. Usted pone el acento en el individuo, pero no como una fuerza separada y antagónica dentro de la sociedad. Ahora, el segundo punto. Yo siempre he trabajado por un ideal y no entiendo por qué usted lo rechaza. ¿Le importaría investigar este problema?»

Nuestra moralidad actual se basa en el pasado o en el futuro, en lo tradicional, en lo que *debería* ser. Lo que *debería* ser, es el

ideal en oposición a lo que ha sido –el futuro en conflicto con el pasado–. La no violencia es el ideal, lo que *debería* ser; y lo que ha sido es violencia. Lo que ha sido proyecta lo que *debería* ser; el ideal es de hechura casera, es proyectado por su propio opuesto, lo factual. La antítesis es una extensión de la tesis; el opuesto contiene el ideal de su propio opuesto. Siendo violenta, la mente proyecta su opuesto, el ideal de la no violencia. Se dice que el ideal ayuda a vencer su propio opuesto, pero ¿es así? El ideal, ¿no es, acaso, una evitación, un escape respecto de lo que ha sido o de *lo que es*? El conflicto entre lo factual y el ideal es, obviamente, un recurso para postergar la comprensión de lo factual, del hecho, y este conflicto no hace sino introducir otro problema que contribuye a ocultar el problema inmediato. El ideal es un escape maravilloso y respetable en relación con lo factual. El ideal de no violencia, como la utopía colectiva, es ficticio; el ideal, lo que *debería* ser, nos ayuda a encubrir y eludir *lo que es*.

La persecución del ideal es la búsqueda de recompensa. Uno podría rehuir las recompensas mundanas por estúpidas y bárbaras, que es lo que son; pero la persecución del ideal es la búsqueda de recompensa en un nivel diferente, lo cual también es estúpido. El ideal es una compensación, un estado ficticio que la mente ha evocado. Siendo violenta, separativa, proyecta desde sí misma la compensación gratificadora, la ficción que ella llama el ideal, la utopía, el futuro y, una vez proyectada, la persigue vanamente. Esa persecución misma es conflicto, pero también es una satisfactoria postergación de lo factual. El ideal, lo que *debería* ser, no nos ayuda a comprender *lo que es*; por el contrario, impide la comprensión.

«¿Quiere usted decir que nuestros líderes e instructores religiosos han estado equivocados al defender y sostener el ideal?»

¿Qué piensa usted?

«Si entiendo correctamente lo que usted dice...»

Por favor, no es cuestión de entender lo que otro pueda decir, sino de descubrir qué es lo verdadero. La verdad no es opinión, no depende de ningún líder o instructor. El sopesar opiniones

sólo impide percibir la verdad. O el ideal es una ficción que uno mismo fabrica y que contiene su propio opuesto, o no lo es. No hay dos posibilidades al respecto. Esto no depende de ningún instructor, uno debe percibir por sí mismo la verdad de ello.

«Si el ideal es ficticio, eso revoluciona todo mi pensar. ¿Quiere usted decir que nuestra persecución de un ideal es totalmente inútil?»

Es una lucha vana, un gratificador autoengaño, ¿no es así?

«Esto es muy perturbador, pero estoy forzado a admitir que así es. Hemos dado tantas cosas por hechas, que jamás nos hemos permitido observar con atención lo que tenemos en nuestra mano. Nos hemos engañado a nosotros mismos, y lo que usted señala trastorna por completo la estructura de mi pensar y actuar. Ello revolucionará la educación, todo nuestro modo de vivir y trabajar. Creo ver las implicaciones de una mente libre del ideal, de lo que *debería* ser. Para una mente así, la acción tiene un significado por completo diferente del que le atribuimos ahora. La acción compensatoria no es acción en absoluto, sino tan sólo una reacción, ¡y nos ufanamos de la acción! Pero sin el ideal, ¿cómo va uno a habérselas con lo que es ahora, o con lo que ha sido?»

La comprensión de lo que es ahora, resulta posible únicamente cuando el ideal, lo que *debería* ser, es borrado de la mente, o sea, sólo cuando lo falso es visto como falso. Lo que *debería* ser es también lo que *no* debería ser. En tanto la mente aborde lo que *es*, haciéndolo ya sea con una compensación positiva o negativa, no puede haber comprensión de eso que es, de lo real. Para comprenderlo, debemos estar en comunión directa con ello; nuestra relación con ello no puede serlo a través de la pantalla del ideal, o a través de la pantalla del pasado, de la tradición, de la experiencia. El único problema es liberarnos del enfoque incorrecto. Esto implica, en realidad, comprender el condicionamiento, que es la mente. El problema es la mente misma, y no los problemas que ella engendra; la resolución de los problemas engendrados por la mente, no es sino la conciliación de los efectos, y eso sólo conduce a más desorden e ilusión.

«¿Cómo ha de comprender uno la mente?»

La manera de ser de la mente es la manera de ser de la vida –no la vida del ideal, sino la vida real de dolor y placer, de engaño y claridad, de presunción y postura de humildad–. Comprender la mente es darse cuenta del deseo y del miedo.

«Por favor, esto se está volviendo demasiado complejo para mí. ¿Cómo puedo comprender mi mente?»

Para conocer la mente, ¿no debe usted percatarse de sus actividades? La mente no es sino experiencia, tanto la experiencia inmediata como la acumulada. La mente es el pasado en respuesta al presente, lo cual contribuye al futuro. Es preciso comprender el proceso total de la mente.

«¿Por dónde he de comenzar?»

Desde el único comienzo posible: la relación. Relación es vida. Sólo en el espejo de la relación puede ser comprendida la mente, y uno debe empezar a verse a sí mismo en ese espejo.

«Quiere usted decir en la relación que tengo con mi esposa, con mi vecino, etc.? ¿No es ése un proceso muy limitado?»

Lo que puede parecer pequeño, limitado, si lo abordamos correctamente, revela lo insondable. Es como un embudo, lo estrecho se abre hacia lo ancho. Cuando se lo observa con percepción alerta y pasiva, lo limitado revela lo ilimitado. Al fin y al cabo, en su origen el río es pequeño, apenas digno de que se repare en él.

«Debo comenzar, pues, conmigo mismo y con mis relaciones inmediatas.»

Sin ninguna duda. La relación jamás es estrecha o pequeña. Ya sea con uno o con muchos, la relación es un proceso complejo, y uno puede abordarlo mezquinamente o libre y abiertamente. Además, la manera como uno la aborda depende del estado mental. Si usted no comienza consigo mismo, ¿por dónde más va a comenzar? Aun si comienza con alguna actividad periférica, está en relación con ella, la mente es el centro de esa actividad. Tanto si comienza cerca como lejos, uno mismo está ahí. Sin comprenderme a mí mismo, haga lo que hiciere, ello generará inevitablemente confusión y dolor. El principio es el final.

«He viajado muy lejos. He visto y hecho muchas cosas, he sufrido y reído como tantos otros y, sin embargo, he tenido que volver a mí mismo. Soy como ese *sanyasi* que partió en busca de la verdad. Empleó muchos años yendo de un maestro a otro, y cada uno le indicaba un camino diferente. Al fin, fatigado, regresó a su hogar, ¡y en su propia casa estaba la joya! Veo cuán necios somos explorando el universo para hallar esa felicidad que sólo puede encontrarse en nuestros propios corazones cuando la mente se ve depurada de sus actividades. Usted está perfectamente en lo cierto. Empiezo desde donde partí. Empiezo con lo que soy.»

EL MIEDO Y LOS ESCAPES

Ascendíamos de manera constante sin ningún movimiento perceptible. Debajo de nosotros había un vasto mar de nubes, blancas y deslumbrantes, ola sobre ola hasta donde la vista podía alcanzar. ¡Parecían tan asombrosamente sólidas y atractivas! A veces, mientras ascendíamos describiendo un amplio círculo, surgían brechas en esta brillante espuma, y muy abajo estaba la tierra verde. Encima de nosotros, se veía el claro cielo azul del invierno, suave e inmensurable. Una imponente cadena de montañas cubiertas de nieve se extendía de Norte a Sur, resplandeciendo con el brillante Sol. Estas montañas alcanzaban una altura que superaba los catorce mil pies, pero nos habíamos elevado por encima de ellas y todavía seguíamos subiendo. Constituían una conocida hilera de picos y parecían muy cercanas y serenas. Los picos más altos quedaron hacia el Norte, y nosotros aceleramos hacia el Sur una vez que alcanzamos la altitud requerida de veinte mil pies.

El pasajero del asiento contiguo era muy conversador. No estaba familiarizado con esas montañas y había dormitado mientras ascendíamos; pero ahora estaba despierto y ansioso de conversar. Al parecer, salía en viaje de negocios por primera vez; parecía tener muchos intereses y hablaba con abundante información acerca de ellos. Debajo de nosotros estaba ahora el mar, oscuro y distante, y unos cuantos barcos se veían salpicados aquí y allá. No había trepidación de alas y pasábamos sobre una ciudad iluminada tras otra a lo largo de la costa.

Él hablaba de lo difícil que era no tener miedo, no particularmente de una caída, sino de todos los accidentes de la existencia. Estaba casado y tenía hijos, y siempre se hallaba ahí el miedo, no sólo respecto del futuro, sino de todo en general. Era un miedo no particularizado en un objeto, y aunque él tuviera éxito, este miedo hacía que su vida fuera aburrida y penosa. Siempre había sido más bien aprensivo, pero ahora el miedo se había vuelto en extremo persistente y sus sueños eran de naturaleza aterradora. Su esposa sabía de este miedo, pero no tenía conciencia de su gravedad.

El miedo puede existir únicamente en relación con algo. Como abstracción, el miedo es una mera palabra, y la palabra no es el hecho real. ¿Sabe usted específicamente de qué tiene miedo?

«Nunca he podido dar con eso, y mis sueños también son muy vagos; pero filtrándose por todos ellos está el miedo. He hablado al respecto con amigos y médicos, pero o bien lo han tomado a risa o no han sido de mucha ayuda. El miedo me ha eludido siempre, y yo quiero estar libre de esta cosa bestial.»

¿Realmente quiere estar libre, o sólo se trata de una frase?

«Quizá suene poco formal, pero daría lo que fuere por verme libre de este miedo. No soy una persona particularmente religiosa, pero por extraño que parezca, he rezado para que me lo quitaran. Cuando estoy interesado en mi trabajo, o en un juego, está a menudo ausente; pero como una especie de monstruo, se halla siempre aguardando, y pronto somos nuevamente compañeros.»

¿Siente ese miedo ahora? ¿Tiene conciencia de que ahora está cerca, en alguna parte? El miedo, ¿es consciente o está oculto?

«Puedo sentirlo, pero no sé si es consciente o inconsciente.»

¿Lo siente usted como algo muy lejano o como algo que está cerca, no en el espacio o la distancia, sino en el sentimiento?

«Cuando tengo conciencia de él, parece estar muy cerca. Pero ¿qué tiene eso que ver con el miedo?»

El miedo puede surgir únicamente en relación con algo. Ese algo puede ser su familia, su trabajo, su preocupación por el futuro, por la muerte. ¿Teme usted a la muerte?

«No especialmente, aunque me gustaría tener una muerte rápida y no una prolongada. Tampoco creo que esta ansiedad sea con respecto a mi familia o a mi trabajo.»

Entonces tiene que haber algo más profundo que las relaciones superficiales como causa de este miedo. Uno puede señalar lo que es, pero si usted es capaz de descubrirlo por sí mismo, tendrá un significado mucho mayor. ¿Por qué no le atemorizan las relaciones superficiales?

«Mi esposa y yo nos amamos; a ella no se le ocurriría mirar a otro hombre, y a mí no me atraen otras mujeres. Nos completamos el uno al otro. Los hijos generan ansiedad, y lo que uno puede hacer lo hace; pero con toda esta confusión económica en el mundo, no puedo darles seguridad financiera, y ellos tendrán que hacer lo mejor que puedan. Mi trabajo es bastante seguro, pero está el miedo natural de que algo pudiera ocurrirle a mi esposa.»

De modo que está usted seguro de su relación más profunda. ¿Por qué tiene tanta certeza?

«No lo sé, pero la tengo. Uno debe dar algunas cosas por hechas, ¿no es así?»

Ése no es el punto. ¿Quiere que lo investiguemos? ¿Qué le hace estar tan seguro de su relación íntima? Cuando dice que usted y su esposa se completan el uno al otro, ¿qué quiere decir?

«Que encontramos felicidad el uno en el otro: compañerismo, comprensión y demás. En un sentido más profundo, dependemos el uno del otro. Sería un desastre tremendo si algo nos pasara a alguno de nosotros. En ese sentido, somos dependientes.»

¿Qué entiende por dependientes? Entiende que sin ella estaría perdido, se sentiría totalmente solo, ¿no es así? Ella sentiría lo mismo; por lo tanto, son mutuamente dependientes.

«Pero, ¿qué hay de malo en eso?»

No estamos condenando ni juzgando; sólo investigamos. ¿Está seguro de que desea examinar todo esto? ¿Completamente seguro? Muy bien, entonces prosigamos.

Sin su esposa se sentiría solo, perdido en el sentido más profundo de la palabra; por consiguiente, ella es esencial para usted,

¿no es cierto? Usted depende de ella para ser feliz, y esta dependencia es llamada amor. Usted teme estar solo. Ella está siempre ahí para encubrir el hecho de su soledad, tal como usted encubre la de ella; pero el hecho de la soledad sigue estando ahí, ¿verdad? Nosotros nos usamos el uno al otro para disimular esta soledad; escapamos de ella de muchas maneras, en muchas formas diferentes de relación, y cada una de esas relaciones se convierte en una dependencia. Escucho la radio porque la música me hace sentir feliz, me transporta lejos de mí mismo; los libros y el conocimiento también son una manera muy conveniente de escapar de mí mismo. Y nosotros dependemos de todas estas cosas.

«¿Por qué no debería escapar de mí mismo? No tengo nada en mí que me enorgullezca, y al identificarme con mi esposa, que es mucho mejor que yo, consigo salirme de mí mismo.»

Por supuesto, casi todos escapan de sí mismos, la inmensa mayoría lo hace. Pero al escapar de sí mismo, se ha vuelto usted dependiente. La dependencia se fortalece, los escapes se vuelven más esenciales, en proporción con el miedo a *lo que es*. La esposa, el libro, la radio, adquieren una importancia extraordinaria; los escapes llegan a ser sumamente significativos, del mayor valor. Utilizo a mi esposa como medio para escapar de mí mismo, de modo que quedo apegado a ella. Tengo que poseerla, no debo perderla; y a ella le gusta ser poseída, porque ella también me usa. Hay una necesidad común de escapar, y nos utilizamos mutuamente. Esta utilización mutua es llamada amor. A usted no le agrada ser como es, por eso escapa de sí mismo, de *lo que es*.

«Eso está bastante claro. Me permite ver algo, tiene sentido. Pero ¿por qué escapa uno? ¿De qué escapa?»

De su propia soledad, de su propio vacío, de lo que uno *es*. Si usted escapa sin ver *lo que es*, es obvio que no puede comprenderlo; así que primero tiene que dejar de escapar, y sólo entonces podrá observarse a sí mismo tal como es. Pero no puede observar *lo que es* si está siempre criticándolo, si le agrada o le desagrada. Lo llama soledad y escapa de ello, y el mismo escapar de *lo que es* implica miedo. Usted tiene miedo de esta soledad, de este va-

cio, y encubre ese miedo, con la dependencia. Por lo tanto, el miedo es constante; es constante en tanto usted esté escapando de *lo que es*. Estar completamente identificado con algo, con una persona o una idea, no garantiza un escape definitivo, porque en el trasfondo se encuentra siempre este miedo. Se manifiesta a través de los sueños, cuando hay una brecha en la identificación; y siempre existe una brecha en la identificación, a menos que uno esté desequilibrado.

«Entonces mi miedo surge de mi propia vacuidad, de mi insuficiencia. Eso puedo verlo muy bien, y es verdadero; pero ¿qué puedo hacer al respecto?»

Usted no puede hacer nada. Cualquier cosa que haga será una actividad del escape. Esto es lo más esencial que debe comprender. Entonces verá que usted no es diferente ni se halla separado de esa vacuidad. Usted *es* esa insuficiencia. El observador es la vacuidad observada. Entonces, si prosigue avanzando, ya no llamará a eso soledad; ha cesado de nombrarlo. Y, si avanza más aún, lo cual es bastante difícil, la cosa conocida como soledad no existe; hay una terminación completa de la soledad, de la vacuidad, del pensador tanto como del pensamiento. Únicamente esto pone fin al miedo.

«Entonces, ¿qué es el amor?»

El amor no es identificación; no es pensamiento acerca de lo amado. Usted no piensa en el amor cuando el amor está ahí; piensa al respecto sólo cuando el amor está ausente, cuando hay una distancia entre usted y el objeto de su amor. Cuando existe una comunión directa, no hay pensamiento ni imagen ni revitalización del recuerdo; el proceso de pensamiento, de imaginación, comienza cuando la comunión, en cualquier nivel, se interrumpe. El amor no pertenece a la mente. La mente genera el humo de la envidia, de la posesión, de la pérdida, de recordar el pasado, de añorar el mañana... el humo del dolor y la ansiedad. Y esto, efectivamente apaga la llama. Ambos no pueden existir juntos; el pensamiento de que pueden coexistir es tan sólo un deseo. Un deseo es una proyección del pensamiento, y el pensamiento no es amor.

EL TIEMPO Y LA TRANSFORMACIÓN

Quisiera hablar un poco acerca del tiempo, porque creo que el enriquecimiento interno, la belleza y el significado de aquello que es intemporal, verdadero, puede ser experimentado únicamente cuando comprendemos todo el proceso del tiempo. Al fin y al cabo, estamos buscando, cada uno a su propio modo, un sentido de felicidad, de riqueza interior. Una vida que tiene significación, la riqueza de la auténtica felicidad, no pertenece al tiempo. Una vida así, al igual que el amor, es intemporal; y para comprender lo intemporal, no debemos abordarlo a través del tiempo, sino que más bien hemos de comprender el tiempo. No debemos utilizar el tiempo como medio de lograr, realizar, aprehender lo intemporal. Eso es lo que hacemos en la mayor parte de nuestras vidas; empleamos tiempo tratando de captar aquello que es intemporal; por lo tanto, es importante comprender qué entendemos por tiempo, porque creo que es posible liberarse del tiempo. Es esencial que comprendamos el tiempo en su totalidad y no parcialmente.

Es interesante darse cuenta de que nuestras vidas se consumen principalmente en el tiempo –tiempo no en el sentido de la secuencia cronológica, de los minutos, horas, días y años, sino en el sentido de la memoria psicológica–. Vivimos a base de tiempo, somos el resultado del tiempo. Nuestras mentes son el producto

de muchos ayeres, y el presente es tan sólo el pasaje del pasado hacia el futuro. Nuestras mentes, nuestras actividades, nuestro ser, se basan en el tiempo; sin el tiempo no podemos pensar, porque el pensamiento es el resultado del tiempo, es el producto de muchos ayeres, y no hay pensamiento sin la memoria. La memoria es tiempo. Hay dos clases de tiempo: el cronológico y el psicológico. Existe el tiempo como ayer según el reloj, y el tiempo como ayer según la memoria. No es posible desechar el tiempo cronológico, sería absurdo, ¡uno perdería el tren! Pero ¿existe realmente tiempo alguno aparte del tiempo cronológico?

Obviamente, existe el tiempo como ayer, pero ¿existe el tiempo tal como lo piensa la mente? Por cierto, el tiempo psicológico es el producto de la mente, no existe aparte de la mente. No hay tiempo sin la base del pensamiento; el tiempo es tan sólo memoria como el ayer en conjunción con el hoy, lo cual moldea el mañana. Es decir, el recuerdo de la experiencia de ayer en respuesta al presente, crea el futuro, y esto sigue siendo el proceso del pensamiento, un sendero de la mente. El proceso del pensamiento origina progreso psicológico en el tiempo, pero ¿es real ese tiempo, tan real como el tiempo cronológico? Y ¿podemos usar ese tiempo que pertenece a la mente, como un medio para comprender lo eterno, lo intemporal? Como dije, la felicidad no es del ayer, la felicidad no es el producto del tiempo, la felicidad está siempre en el presente, es un estado intemporal. No sé si han notado que cuando en ustedes hay éxtasis, júbilo creativo, una serie de nubes brillantes rodeadas de nubes oscuras, en ese instante, no hay tiempo; sólo existe el presente inmediato. La mente, al intervenir después de la experiencia, en el ahora, la recuerda y desea continuarla, reuniendo más y más de sí misma y creando, de tal modo, el tiempo. Así pues, el tiempo es creado por el «más»; el tiempo es adquisición y el tiempo es también desapego, que sigue siendo una adquisición de la mente. En consecuencia, limitarse a disciplinar la mente en el tiempo, condicionar el pensamiento dentro de la estructura del tiempo, que es memoria, no revela ciertamente aquello que es intemporal.

¿Es una cuestión de tiempo la transformación? La mayoría de nosotros está acostumbrada a pensar que el tiempo es necesario para la transformación: soy tal cosa, y para cambiar lo que soy en lo que debo ser, se requiere tiempo. Soy codicioso, con los resultados que trae la codicia, o sea, la confusión, el antagonismo, el conflicto y la desdicha; para producir la transformación, que es no codicia, creemos que necesitamos tiempo. En otras palabras, el tiempo es considerado un medio para evolucionar hacia algo más grande, para llegar a ser alguna otra cosa. El problema es éste: uno es violento, codicioso, envidioso, irascible, vicioso o pasional. Para transformar *lo que es*, ¿se requiere tiempo? En primer lugar, ¿por qué queremos cambiar *lo que es*, o producir una transformación? ¿Por qué? Porque nos desagrada lo que somos; ello genera conflicto, perturbación, y como ese estado no nos gusta, anhelamos algo mejor, algo más noble, más idealista. En consecuencia, deseamos la transformación porque hay dolor, aflicción, conflicto. ¿Puede el conflicto vencerse por medio del tiempo? Si ustedes afirman que será vencido con el tiempo, siguen estando en conflicto. Podrán decir que llevará veinte días o veinte años librarse del conflicto, cambiar lo que son, pero durante ese tiempo continúan en conflicto y, por lo tanto, el tiempo no origina transformación alguna.

Cuando empleamos tiempo como medio de adquirir una cualidad, una virtud o un estado del ser, no hacemos sino postergar o eludir *lo que es*; y creo que resulta importante comprender este punto. La codicia o la violencia ocasionan dolor, perturbación en el mundo de nuestra relación con otro, relación que constituye la sociedad. Al estar conscientes de este estado de perturbación, que calificamos de codicia o violencia, nos decimos: «Me saldré de ello con el tiempo. Practicaré la no violencia, practicaré la no envidia, practicaré la paz». Ahora bien, queremos practicar la no violencia, porque la violencia es un estado de perturbación, de conflicto, y pensamos que con el tiempo alcanzaremos la no violencia y venceremos el conflicto. ¿Qué es lo que en realidad sucede? Hallándonos en un estado de conflicto, deseamos lograr un esta-

do en que no haya conflicto. Ahora bien, ese estado de no conflicto, ¿es el resultado del tiempo, de una duración? Evidentemente no, porque mientras uno está en proceso de lograr un estado de no violencia, sigue siendo violento y, por ende, continúa en conflicto.

Nuestro problema es si un conflicto, una perturbación, pueden ser vencidos en un período de tiempo, ya sea de días, años o vidas. ¿Qué ocurre cuando uno dice: «Voy a practicar la no violencia» durante cierto período de tiempo? La práctica misma denota que uno se halla en conflicto, ¿no es así? No practicaríamos si no estuviéramos resistiendo el conflicto; decimos que la resistencia al conflicto es necesaria a fin de vencer el conflicto y que para esa resistencia debemos disponer de tiempo. Pero la propia resistencia al conflicto es una forma de conflicto. Empleamos nuestra energía en resistir el conflicto que se expresa bajo la forma de lo que llamamos codicia, envidia o violencia, pero nuestra mente sigue estando en conflicto; es importante, por lo tanto, ver la falsedad del proceso que implica depender del tiempo como un medio para conquistar la violencia y, de tal modo, vernos libres de ese proceso. Entonces somos capaces de ser lo que somos: una perturbación psicológica que es la violencia misma.

Para comprender cualquier cosa, cualquier problema humano o científico, ¿qué es lo importante, lo esencial? Una mente quieta, ¿no es así?, una mente resuelta a comprender. No una mente que excluye, que trata de concentrarse, lo cual es, nuevamente, un esfuerzo de resistencia. Si de veras queremos comprender algo, se genera de inmediato un estado de quietud en la mente. Cuando queremos escuchar música o contemplar una pintura que nos gusta, que nos conmueve, ¿cuál es el estado de nuestra mente? De inmediato hay quietud, ¿no es cierto? Cuando estamos escuchando música, nuestra mente no divaga por todas partes; escuchamos. De igual manera, cuando queremos comprender el conflicto, ya no dependemos en absoluto del tiempo; nos enfrentamos simplemente a *lo que es*, o sea, al conflicto. Entonces adviene al instante una quietud, un silencio de la mente. Cuando ya no dependemos del tiempo como un medio para transformar *lo que es*, porque

vemos la falsedad de ese proceso, entonces estamos cara a cara con *lo que* es y, puesto que nos interesa comprender *lo que es*, tenemos, como cosa natural, una mente quieta. En ese estado mental alerta y, no obstante, pasivo, hay comprensión. Mientras la mente siga en conflicto, censurando, resistiendo, condenando, no puede haber comprensión. Si yo deseo comprenderlos, no debo condenarlos, es obvio. Esa mente quieta, silenciosa, es la que origina transformación. Cuando la mente ya no resiste, no elude, no descarta ni censura *lo que es*, sino que se halla tan sólo pasivamente alerta, en esa pasividad mental encontraremos, si de veras investigamos el problema, que adviene una transformación.

La revolución es posible únicamente ahora, no en el futuro; la regeneración es hoy, no mañana. Si ustedes quieren experimentar con lo que he estado diciendo, descubrirán que hay una regeneración inmediata, un estado nuevo, una cualidad de frescura; ello se debe a que la mente está siempre quieta cuando se halla interesada, cuando tiene el deseo, la intención de comprender. La dificultad con casi todos nosotros es que no tenemos la intención de comprender, porque tememos que, si comprendiéramos, ello podría originar una acción revolucionaria en nuestra vida y, por eso, nos resistimos. Es el mecanismo de defensa el que actúa cuando usamos el tiempo o un ideal como instrumentos de transformación gradual.

Así que la regeneración sólo es posible en el presente, no en el futuro, no mañana. Un hombre que confía en el tiempo como medio a través del cual espera lograr la felicidad o realizar a Dios o la verdad, sólo está engañándose a sí mismo; vive en la ignorancia y, por lo tanto, en conflicto. Pero aquel que ve que el tiempo no es la salida para nuestras dificultades y que, en consecuencia, se halla libre de lo falso, un hombre así tiene, naturalmente, la intención de comprender; de modo que su mente está quieta de manera espontánea, sin coacción ni práctica alguna. Cuando la mente está quieta, serena, cuando no busca ninguna respuesta, ninguna solución, cuando no resiste ni elude, sólo entonces puede haber una regeneración, porque entonces la mente es capaz de percibir lo verdadero; y lo que libera es la verdad, no nuestro esfuerzo por ser libres.

EL DOLOR DE LA AUTOCOMPASIÓN

En esta época del año, en este clima cálido, era primavera. El Sol se sentía excepcionalmente suave, porque llegaba una ligera brisa desde el Norte, donde la nieve daba frescura a las montañas. Un árbol al costado del camino, desnudo una semana atrás, ahora se hallaba cubierto con nuevas hojas verdes que relucían bajo el Sol. ¡Las hojas nuevas eran tan tiernas, tan delicadas, tan pequeñas en el vasto espacio de la mente, de la tierra y del cielo azul! Sin embargo, dentro de muy poco tiempo, parecerían llenar el espacio de todo pensamiento. Más allá, siguiendo a lo largo del camino, había un árbol florecido que no tenía hojas, sino sólo flores. La brisa había esparcido los pétalos en el terreno y entre ellos estaban sentados varios niños. Eran los hijos de los choferes y de otros servidores. Nunca irían a la escuela; serían para siempre los pobres del mundo, pero entre los pétalos caídos junto al camino asfaltado, esos niños formaban parte de la tierra. Se sobresaltaron al ver a un extraño sentarse allí con ellos, y se quedaron súbitamente silenciosos; dejaron de jugar con los pétalos, y por unos cuantos segundos permanecieron quietos como estatuas. Pero sus ojos se hallaban animados de curiosidad, amistad y aprensión.

En un pequeño jardín oculto a la orilla del camino, había cantidad de flores brillantes. En aquel jardín, entre las hojas de un árbol, un cuervo se resguardaba del Sol de mediodía. Todo su cuer-

po descansaba sobre la rama, con sus garras cubiertas por las plumas. Estaba llamando o respondiendo a otros cuervos, y en un período de diez minutos, había cinco o seis notas diferentes en su graznido. Probablemente tenía muchas más notas, pero ahora estaba satisfecho con unas pocas. Era muy negro, con un cuello gris; tenía ojos extraordinarios, jamás quietos, y su pico era duro y agudo. Se hallaba en completo descanso y, sin embargo, completamente activo. Era extraño cómo la mente estaba en su totalidad con ese pájaro. No observaba al pájaro, aunque había captado cada detalle; no era el pájaro mismo, porque no había identificación con él. La mente estaba con el pájaro, con sus ojos y su agudo pico, como el mar está con el pez; estaba con el cuervo y, no obstante, pasaba a través de éste e iba más allá. La mente aguda, agresiva y asustada del cuervo era parte de la mente que atravesaba los mares y el tiempo. Esta mente era vasta, ilimitada, inconmensurable; sin embargo, estaba atenta al más ligero movimiento de los ojos de ese negro cuervo entre las hojas nuevas y resplandecientes. Estaba atenta a los pétalos que caían, pero no había un foco de atención, ningún punto desde el cual atender. A diferencia del espacio, que siempre contiene algo en sí –una partícula de polvo, la Tierra o los cielos–, estaba totalmente vacía y, al estar vacía, podía atender sin una causa. Su atención no tenía raíces ni ramas. Toda la energía estaba en esa vacía quietud. No era la energía deliberadamente reunida y que se disipa pronto cuando se quita la presión. Era la energía de todo principio; era vida en la que no existía el tiempo como terminación.

Se habían reunido varias personas, y mientras cada una intentaba plantear algún problema, las otras empezaban a explicarlo y a compararlo con sus propias tribulaciones. Pero el dolor no admite comparaciones. Las comparaciones engendran autocompasión, y entonces sobreviene la desdicha. La adversidad ha de ser enfrentada directamente, no con la idea de que la nuestra es mayor que la de otro.

Ahora estaban todos callados, y pronto uno de ellos comenzó: «Mi madre murió hace algunos años. Muy recientemente he

perdido también a mi padre, y estoy lleno de remordimientos. Fue un buen padre, y yo debería haber sido muchas cosas que no fui. Nuestras ideas discordaban; nuestros respectivos estilos de vida nos mantuvieron separados. Él era un hombre religioso, pero mi sentimiento religioso no es tan obvio. La relación entre nosotros era a menudo tensa, pero al menos era una relación, y ahora que él ha muerto me siento destrozado por el dolor. Mi dolor no es únicamente remordimiento, sino el sentir que de pronto me he quedado solo. Jamás he experimentado antes esta clase de dolor, y es sumamente agudo. ¿Qué he de hacer? ¿Cómo puedo superarlo?»

Si puedo preguntar, ¿sufre usted por su padre, o el dolor surge de no tener más relación a la que se había acostumbrado?

«No entiendo bien lo que quiere decir.»

¿Sufre porque su padre ha muerto, o porque se siente usted solo?

«Todo cuanto sé es que sufro y quiero alejar de mí el sufrimiento. No entiendo realmente lo que usted quiere decir. ¿Tendría la bondad de explicarlo.»

Es bastante simple, ¿verdad? O está usted sufriendo por su padre, o sea, porque él disfrutaba de la vida y deseaba vivir, y ahora ha muerto, o está sufriendo porque hubo una ruptura en esa relación que tuvo importancia durante tanto tiempo, y de pronto toma usted conciencia de su soledad. Entonces, ¿de qué se trata? Usted sufre, ciertamente, no por su padre, sino porque se siente solo y su dolor es el dolor que surge de la autocompasión.

«¿Qué es, exactamente, el sentirse solo?»

¿Nunca se ha sentido solo?

«Sí, a menudo he hecho paseos solitarios. Emprendo largas caminatas a solas, especialmente en mis vacaciones.»

¿No hay una diferencia entre ese sentimiento de soledad y el estar solo durante un paseo?

«Si la hay, entonces creo no saber qué significa el sentimiento de soledad.»

«Yo no creo que sepamos el significado de nada, excepto verbalmente», añadió alguien.

¿Nunca ha experimentado por sí mismo el sentimiento de soledad, tal como podría experimentar un dolor de muelas? Cuando hablamos de la soledad, ¿experimentamos el dolor psicológico que implica, o tan sólo empleamos una palabra para indicar algo que jamás hemos experimentado de manera directa? ¿Sufrimos realmente, o sólo pensamos que sufrimos?

«Yo quiero saber qué es la soledad», replicó él.

Usted quiere decir que desea una descripción de ella. Es una experiencia de hallarse completamente aislado; es el sentimiento de no poder confiar en nada, de haberse desconectado de toda relación. El «yo», el ego, el «sí mismo», por su propia naturaleza está levantando constantemente un muro a su alrededor; toda su actividad conduce al aislamiento. Dándose cuenta de su aislamiento, empieza a identificarse con la virtud, con Dios, con la propiedad, con una persona, un país o una ideología; pero esta identificación forma parte del proceso de aislamiento. En otras palabras, escapamos mediante todos los medios posibles del dolor de la soledad, de esta sensación de aislamiento; por eso, jamás lo experimentamos directamente. Es como tener algo que está a la vuelta de la esquina y no enfrentarnos a ello jamás, no averiguar jamás qué es, sino escapar siempre y refugiarnos en algo o en alguien, lo cual sólo engendra más miedo. ¿Nunca ha experimentado este sentimiento de soledad, en el sentido de estar desconectado de todo, completamente aislado?

«No tengo la más mínima idea de qué está usted hablando.» Entonces, si me permite preguntarle, ¿sabe usted realmente qué es el dolor? ¿Experimenta el dolor psicológico tan fuerte y urgentemente como experimentaría un dolor de muelas? Cuando tiene un dolor de muelas, actúa, acude al dentista. Pero cuando hay dolor psicológico, escapa de él mediante la explicación, la creencia, la bebida, etc. Actúa, pero su acción no es la acción que libera a la mente del dolor, ¿verdad?

«No sé qué hacer, por eso estoy aquí.»

Antes de que sepa qué es lo que tiene que hacer, ¿no debe descubrir qué es realmente el dolor? ¿No se ha formado tan sólo una

idea, un juicio de lo que es el dolor? Por cierto, el escape, la evaluación, el miedo, le impiden experimentar directamente el dolor. Cuando está sufriendo un dolor de muelas, usted no se forma ideas y opiniones al respecto; tiene el dolor y actúa. Pero aquí no hay acción, inmediata o remota, porque usted no sufre de veras. Si sufre y desea comprender el sufrimiento, debe mirarlo sin escapar de él.

«Mi padre se ha ido irrevocablemente, y por eso sufro. ¿Qué debo hacer para quedar fuera del alcance del sufrimiento?»

Sufrimos porque no vemos la verdad del sufrimiento. El hecho y nuestra ideación con respecto al hecho son dos cosas por completo distintas que conducen en dos direcciones diferentes. ¿Puedo preguntar si usted se interesa en el hecho, en lo que realmente ocurre, o si tan sólo se interesa en la idea del sufrimiento?

«Usted no contesta mi pregunta, señor. ¿Qué debo hacer?»

¿Desea usted escapar del sufrimiento, o quiere estar libre de él? Si tan sólo desea escapar, entonces una píldora, una creencia, una explicación, un entretenimiento, pueden «ayudar», con las inevitables secuelas de la dependencia, del miedo, etc. Pero si desea estar libre del dolor, debe dejar de escapar y ha de darse cuenta del dolor, sin juzgar, sin optar; tiene que observarlo, aprender acerca de él, conocer todas sus íntimas intrincaciones. Entonces no le infundirá miedo, y ya no existirá el veneno de la autocompasión. Al comprender el dolor nos liberamos de él. Para poder comprenderlo, es preciso que lo experimentemos de hecho, y no que haya una ficción verbal de dolor.

«¿Puedo formular una sola pregunta?», intervino uno de los otros. «¿De qué manera debe uno vivir su vida cotidiana?»

Como si la estuviera viviendo por ese único día, por esa única hora.

«¿De qué manera?»

Si usted tuviera solamente una hora para vivir, ¿que haría?

«Realmente no lo sé», contestó con ansiedad

¿No pondría en orden lo necesario exteriormente, sus negocios, su testamento, etc.? ¿No reuniría a su familia y a sus amigos

y les pediría perdón por el daño que pudo haberles causado, y les perdonaría a su vez cualquier daño que ellos podrían haberle causado a usted? ¿No moriría por completo para todas las cosas de la mente, para los deseos, y para el mundo? Y si eso puede hacerse por una hora, también puede hacerse por los días y los años que pudieran quedar.

«Señor, ¿una cosa así es realmente posible?»

Pruébelo y lo descubrirá.

LA EDUCACIÓN Y EL SIGNIFICADO DE LA VIDA

Cuando uno viaja alrededor del mundo, advierte hasta qué grado extraordinario la naturaleza humana es la misma, ya sea en la India o en América, en Europa o en Australia. Esto es especialmente cierto en colegios y universidades. Estamos produciendo, como por medio de un molde, un tipo de ser humano cuyo interés principal es encontrar seguridad, llegar a ser alguien importante, o divertirse con la mínima reflexión posible.

La educación convencional torna extremadamente difícil el pensar independiente. El amoldamiento nos condena a la mediocridad. Ser diferente del grupo o resistir el entorno no es fácil, y a menudo es peligroso en tanto rindamos culto al éxito. El impulso de triunfar, que implica perseguir la recompensa, ya sea en el mundo material o en la esfera así llamada espiritual, la búsqueda de seguridad interna o externa, el deseo de comodidades... todo este proceso sofoca el descontento, pone fin a la espontaneidad y engendra miedo; y el miedo bloquea la inteligente comprensión de la vida. Con el envejecimiento, sobreviene la insensibilidad de la mente y del corazón.

Al buscar bienestar, consuelo, encontramos por lo general un rincón tranquilo en la vida, y entonces tenemos miedo de salir de ese aislamiento. Este miedo a la vida, este miedo a la lucha y a una nueva experiencia, mata en nosotros el espíritu de aventura;

toda nuestra crianza y educación nos han infundido temor a ser diferentes de nuestro prójimo, temor a pensar de modo contrario al patrón establecido de la sociedad, falsamente respetuoso de la autoridad y la tradición.

Afortunadamente, hay unos cuantos que son serios, que están dispuestos a examinar nuestros problemas humanos, sin el prejuicio de la derecha o de la izquierda; pero en la inmensa mayoría de nosotros, no hay un verdadero espíritu de descontento, de rebelión. Cuando sin comprender el entorno cedemos a él, cualquier espíritu de rebelión que pudiéramos haber tenido se extingue gradualmente y nuestras responsabilidades pronto le ponen fin.

La rebelión es de dos clases: está la rebelión violenta –que es mera reacción, sin comprensión alguna– contra el orden existente; y está la profunda rebelión psicológica de la inteligencia. Hay muchos que se rebelan contra las ortodoxias establecidas, sólo para caer en nuevas ortodoxias, en más ilusiones y encubiertas autoindulgencias. Lo que por lo general sucede es que rompemos con un grupo o una serie de ideales y nos adherimos a otro grupo, adoptamos otros ideales, generando así un nuevo patrón de pensamiento contra el cual nuevamente tenemos que rebelarnos. La reacción sólo genera oposición, y la reforma necesita ulteriores reformas.

Pero hay una rebelión inteligente que no es reacción y que llega con el conocimiento propio mediante la percepción de nuestro propio pensar y sentir. Cuando nos enfrentamos a la experiencia tal como se presenta y no evitamos las perturbaciones, sólo entonces, mantenemos la inteligencia altamente despierta; y la inteligencia altamente despierta es discernimiento directo, el cual constituye la única guía verdadera en la vida.

Ahora bien, ¿cuál es el significado de la vida? ¿Para qué vivimos y luchamos? Si se nos educa tan sólo para lograr distinción social, para obtener un empleo mejor, para ser más eficientes, para ejercer un dominio más amplio sobre los demás, entonces nuestras vidas serán superficiales y vacías. Si se nos educa tan sólo para ser científicos, eruditos apegados a los libros, o especia-

listas adictos al conocimiento, estaremos contribuyendo a la destrucción y desdicha del mundo.

Si bien existe una más elevada y vasta significación de la vida, ¿qué valor tiene nuestra educación si no nos ayuda jamás a descubrirla? Podemos ser sumamente educados, pero si no hay en nosotros una integración profunda de pensamiento y sentimiento, nuestras vidas son incompletas, contradictorias, y se hallan atormentadas por múltiples temores; y en tanto la educación no cultive una perspectiva unificada de la vida, tendrá muy poca significación.

En nuestra civilización actual hemos dividido la vida en tantas secciones, que la educación tiene poco sentido excepto para aprender determinada técnica o profesión. En vez de despertar la inteligencia integrada del individuo, la educación le incita a amoldarse a un patrón determinado, y así está impidiendo que se comprenda a sí mismo como un proceso total. El intento de resolver los innumerables problemas de la existencia en sus respectivos niveles, separados como están en diversas categorías, denota una absoluta falta de comprensión.

El individuo está compuesto de diferentes entidades, pero acentuar las diferencias y estimular el desarrollo de un tipo definido de entidad, conduce a múltiples complejidades y contradicciones. La educación debe originar la integración de estas entidades separadas, porque sin integración la vida se convierte en una serie de conflictos y sufrimientos. ¿De qué vale que se nos eduque como abogados, si perpetuamos los litigios? ¿Qué valor tiene el conocimiento, si continuamos con nuestra confusión? ¿Qué significado tiene la capacidad técnica e industrial, si la usamos para destruirnos unos a otros? ¿Cuál es el sentido de nuestra existencia si ella nos conduce a la violencia y a la completa infelicidad? Aunque podamos tener dinero y seamos capaces de ganarlo, aunque tengamos nuestros placeres y nuestras religiones organizadas, nos debatimos en un conflicto interminable.

Debemos distinguir entre lo personal y lo individual. Lo personal es lo accidental; por accidental entiendo las circunstancias

del nacimiento, el entorno en el que nos tocó criarnos, con su nacionalismo, sus supersticiones, sus diferencias de clase y sus prejuicios. Lo personal o accidental no es sino momentáneo, aunque ese momento pueda durar toda una vida; y como el actual sistema educativo se basa en lo personal, lo accidental, lo momentáneo, conduce a la perversión del pensamiento e inculca en nosotros los miedos autodefensivos.

Todos hemos sido preparados por la educación y el medio para buscar el provecho personal y la seguridad, y para luchar por nosotros mismos. Aunque lo disimulemos con frases agradables, hemos sido educados por las diversas profesiones, dentro de un sistema basado en la explotación y el temor adquisitivo. Una educación semejante debe traer inevitablemente confusión y desdicha para nosotros mismos y para el mundo, porque crea en cada individuo esas barreras psicológicas divisivas que lo mantienen separado de los demás.

La educación no es un mero asunto de adiestrar la mente. El adiestramiento, contribuye a la eficacia, pero no genera integración. Una mente que tan sólo ha sido adiestrada es la continuación del pasado, y una mente así jamás puede descubrir lo nuevo. Por eso, para averiguar qué es la verdadera educación, tendremos que investigar todo el significado del vivir.

Para la mayoría de nosotros, el significado de la vida como una totalidad no es de primordial importancia, y nuestra educación acentúa los valores secundarios, tornándonos peritos en alguna rama del conocimiento. Si bien el conocimiento y la eficiencia son necesarios, el hacer hincapié fundamental en ellos sólo da por resultado conflicto y confusión.

Existe una eficiencia que, inspirada en el amor, va mucho más allá y es más grande que la eficiencia de la ambición; y sin amor, que trae consigo una comprensión integrada de la vida, la mera eficiencia engendra crueldad. ¿No es esto, acaso, lo que actualmente está ocurriendo en todo el mundo? Nuestra educación presente está adaptada a la industrialización y la guerra, siendo su principal propósito desarrollar la eficiencia; y nosotros nos halla-

mos atrapados en esta maquinaria de competencia despiadada y destrucción mutua. Si la educación nos conduce a la guerra, si nos enseña a destruir o ser destruidos, ¿no ha fracasado completamente?

Para dar origen a la verdadera educación, es obvio que debemos comprender el significado de la vida como una totalidad, y para eso tenemos que ser capaces de pensar, no consecuentemente, sino de manera directa y veraz. Un pensador consecuente es una persona irreflexiva, porque se ajusta a un modelo; repite frases y piensa conforme a una rutina. No podemos comprender la existencia de modo abstracto o teórico. Comprender la vida es comprendernos a nosotros mismos, y eso es tanto el principio como el fin de la educación.

La educación no consiste tan sólo en adquirir conocimientos, en reunir datos y correlacionarlos; es ver el significado de la vida como una totalidad. Pero lo total no puede ser abordado a través de la parte, que es lo que intentan hacer los gobiernos, las religiones organizadas y los partidos políticos autoritarios.

El objeto de la educación es crear seres humanos integrados y, por lo tanto, inteligentes. Podemos adquirir títulos y ser eficientes desde el punto de vista mecánico, sin que por eso seamos inteligentes. La inteligencia no es mera información; no se obtiene de los libros ni consiste en ingeniosas respuestas autoprotectoras y afirmaciones agresivas. Una persona que no ha estudiado puede ser más inteligente que una erudita. Hemos hecho de los exámenes y los títulos la norma de inteligencia, y hemos desarrollado mentes astutas que eluden las cuestiones humanas vitales. La inteligencia es la capacidad de percibir lo esencial, *lo que es*; y la educación consiste en despertar esta capacidad en uno mismo y en los demás.

La educación debe ayudarnos a descubrir valores perdurables, a fin de que no nos aferremos meramente a fórmulas ni repitamos eslóganes; debe ayudarnos a derribar nuestras barreras nacionales y sociales en vez de acentuarlas, porque engendran antagonismo entre los seres humanos. Desafortunadamente, el sistema

actual de educación nos torna serviles, mecánicos y profundamente irreflexivos; si bien nos despierta intelectualmente, en lo interno nos deja incompletos, atontados y faltos de creatividad.

Sin una comprensión integrada de la vida, nuestros problemas intelectuales y colectivos sólo se ahondarán y extenderán. El propósito de la educación no es producir meros eruditos, técnicos y buscadores de empleos, sino seres humanos integrados y libres de miedo; porque únicamente entre seres humanos así puede haber paz duradera.

En la comprensión de nosotros mismos, el miedo llega a su fin. Si el individuo ha de abordar la vida de instante en instante, si ha de enfrentarse a sus complicaciones, a sus desdichas y exigencias repentinas, debe ser infinitamente flexible y, por ende, debe estar libre de teorías y patrones particulares de pensamiento.

La educación no ha de estimular al individuo para que se amolde a la sociedad ni para que se oponga a ella, sino que debe ayudarle a descubrir los verdaderos valores que se revelan con la investigación imparcial y la percepción de nosotros mismos. Cuando no hay conocimiento propio, la autoexpresión se vuelve autoafirmación, con todos sus conflictos ambiciosos y agresivos. La educación debe despertar la capacidad de conocernos a nosotros mismos y, de tal modo, no complacernos meramente en la gratificadora autoexpresión.

¿De qué sirve que aprendamos, si en el proceso del vivir nos destruimos a nosotros mismos? Como hemos tenido una serie de guerras devastadoras, una inmediatamente después de la otra, es obvio que hay algo radicalmente erróneo en el modo como educamos a nuestros hijos. Creo que casi todos nos damos cuenta de esto, pero no sabemos cómo afrontarlo.

Los sistemas, ya sea educativos o políticos, no cambian misteriosamente; se transforman cuando hay un cambio fundamental en nosotros mismos. Lo que tiene importancia básica es el individuo, no el sistema; y mientras el individuo no comprenda la totalidad de sí mismo, ningún sistema, de la izquierda o de la derecha, podrá traer orden y paz al mundo.

EL ARTE DE VIVIR

Me parece que una clase completamente distinta de moralidad y de conducta, y una acción que surja de la comprensión de todo el proceso del vivir, se han vuelto una necesidad urgente en nuestro mundo de crisis y problemas en constante aumento. Tratamos de abordar estos problemas mediante métodos políticos y de organización, mediante ajustes económicos y diversas reformas; pero ninguna de estas cosas resolverá jamás las complejas dificultades de la existencia humana, aun cuando puedan ofrecer un alivio transitorio. Todas las reformas, por extensas y aparentemente duraderas que sean, son en sí mismas causa de ulterior confusión y nueva necesidad de reformas. Sin comprender todo el complejo ser del hombre, las meras reformas producirán sólo la confusa exigencia de más reformas. Las reformas no terminan nunca y, a lo largo de estas mismas líneas, no existe una solución fundamental.

Las revoluciones políticas, económicas o sociales tampoco son la respuesta, porque han producido tiranías espantosas o la mera transferencia de poder y autoridad a manos de un grupo diferente. Tales revoluciones jamás son la salida para nuestra confusión y para el conflicto en que vivimos.

Pero hay una revolución que es por completo diferente y *tiene* que ocurrir si hemos de emerger de la inacabable serie de ansiedades, conflictos y frustraciones en que estamos atrapados. Esta revolución tiene que comenzar no con teorías e ideaciones

que, a la larga, demuestran ser inútiles, sino con una transformación radical en la mente misma. Una transformación así sólo puede tener lugar mediante una educación correcta y el desarrollo total del ser humano. Es una revolución que ha de ocurrir en la totalidad de la mente, no sólo en el pensamiento. El pensamiento, después de todo, es sólo un resultado y no la fuente, el origen. Tiene que haber una transformación radical en el origen mismo y no una mera modificación del resultado. Al presente, nos entretenemos con los resultados, con los síntomas. No producimos un cambio vital desarraigando los viejos métodos de pensamiento, liberando a la mente de las tradiciones y los hábitos. Estamos interesados en este cambio vital, el cual sólo puede originarse en una correcta educación.

La función de la mente es investigar y aprender. Por aprender no entiendo el mero cultivo de la memoria o la acumulación de conocimientos, sino la capacidad de pensar clara y sensatamente sin ilusión, partiendo de hechos y no de creencias e ideales. No existe el aprender si el pensamiento se origina en conclusiones previas. Adquirir meramente información o conocimiento, no es aprender. Aprender implica amar la comprensión y amar hacer una cosa por sí misma. El aprender sólo es posible cuando no hay coacción de ninguna clase. Y la coacción adopta muchas formas, ¿no es así? Hay coacción a través de la influencia, a través del apego o la amenaza, mediante la estimulación persuasiva o las sutiles formas de recompensa.

La mayoría de la gente piensa que el aprendizaje es favorecido por la comparación, mientras que en realidad es lo contrario. La comparación genera frustraciones y fomenta meramente la envidia, la cual es llamada competencia. Como otras formas de persuasión, la comparación impide el aprendizaje y engendra el temor. También la ambición engendra temor. La ambición, ya sea personal o identificada con lo colectivo, es siempre antisocial. La así llamada ambición noble es fundamentalmente destructiva en la relación.

Es necesario alentar el desarrollo de una buena mente, una mente capaz de habérselas con múltiples problemas de la vida

como una totalidad, y que no trate de escapar de ellos volviéndose de ese modo contradictoria en sí misma, frustrada, amarga o cínica. Y es esencial que la mente se percate de su propio condicionamiento, de sus propios motivos y de sus búsquedas.

Puesto que el desarrollo de una buena mente constituye uno de nuestros intereses fundamentales, es muy importante el modo cómo uno enseña. Tiene que haber un cultivo de la totalidad de la mente y no sólo la transmisión de informaciones. En el proceso de impartir conocimiento, el educador ha de invitar a la discusión y alentará a los estudiantes para que investiguen y piensen de una manera independiente.

La autoridad, «el que sabe», no tiene cabida en el aprender. El educador y el estudiante están ambos aprendiendo, a través de la especial relación mutua que han establecido; pero esto no quiere decir que el educador descuide el sentido de orden en el pensar. Ese orden no es producido por la disciplina en la forma de enunciaciones afirmativas del conocimiento, sino que surge naturalmente cuando el educador comprende que en el cultivo de la inteligencia tiene que haber un sentido de libertad. Esto no significa libertad para hacer lo que a uno le plazca o para pensar con espíritu de mera contradicción. Es la libertad en la que al estudiante se le ayuda a darse cuenta de sus propios impulsos y motivos, los que se revelan a través de su cotidiano pensar y actuar.

Una mente disciplinada nunca es libre, ni puede ser libre jamás una mente que ha reprimido el deseo. Sólo mediante la comprensión de todo el proceso del deseo, puede la mente alcanzar la libertad. La disciplina limita siempre a la mente a un movimiento dentro de la estructura de un sistema particular de pensamiento o de creencia, ¿no es así? Y una mente semejante jamás está libre para ser inteligente. La disciplina genera sumisión a la autoridad. Provee la capacidad para desempeñarse dentro del patrón de una sociedad que requiere habilidad funcional, pero no despierta la inteligencia, la cual posee su capacidad propia. La mente que no ha cultivado otra cosa que la capacidad por medio de la memoria,

es como la moderna computadora electrónica que, si bien funciona con habilidad y exactitud asombrosas, sigue siendo solamente una máquina. La autoridad puede persuadir a la mente para que piense en una dirección determinada. Pero ser guiada para pensar a lo largo de ciertas líneas o en los términos de una conclusión previa, no es pensar en absoluto; es funcionar tan sólo como una máquina humana, lo cual engendra descontento irreflexivo que acarrea frustración y otras desdichas.

Estamos interesados en el desarrollo total de cada ser humano, en ayudarle a realizar su más alta y plena capacidad propia –no alguna capacidad ficticia que el educador tiene en vista como un concepto o un ideal–. Cualquier espíritu de comparación impide el florecimiento pleno del individuo, ya sea que se trate de un científico o de un jardinero. La más plena capacidad de un jardinero es igual a la más plena capacidad de un científico, cuando no hay comparación. Pero cuando la comparación interviene, surgen el menosprecio y las relaciones envidiosas que crean conflicto entre hombre y hombre. Como sucede con el dolor, el amor no es comparativo; no puede ser comparado con lo más grande o lo más pequeño. El dolor es dolor, como el amor es amor, ya sea que exista en el rico o en el pobre.

El más pleno desarrollo de todos los individuos crea una sociedad de iguales. La actual lucha para producir igualdad en el nivel económico o en algún nivel espiritual, no tiene ningún sentido. Las reformas sociales que apuntan a establecer la igualdad, engendran otras formas de actividad antisocial; pero con la educación correcta no es necesario buscar la igualdad mediante reformas sociales o de otra especie, porque la envidia –con su comparación de capacidades– llega a su fin.

Debemos diferenciar aquí entre función y nivel social. El nivel social, con todo su prestigio emocional y jerárquico, surge sólo a través de la comparación de funciones, al considerarlas como función superior e inferior. Cuando cada individuo está floreciendo a su más alta capacidad, no hay comparación de funciones; sólo existe la expresión de la capacidad como maestro o

primer ministro o jardinero, y entonces el nivel social pierde su aguijón de envidia.

La capacidad funcional o técnica se reconoce, hoy en día, cuando poseemos un título a continuación de nuestro nombre; pero si estamos verdaderamente interesados en el desarrollo total del ser humano, nuestro enfoque es por completo diferente. Un individuo que posee la capacidad necesaria puede graduarse académicamente y agregar letras a su nombre –o puede no hacerlo, como le plazca–. Pero conocerá por sí mismo sus propias aptitudes profundas, que no serán formuladas por un título y cuya expresión no habrá de producir esa confianza egocéntrica que habitualmente engendra la capacidad técnica. Una confianza semejante es comparativa y, por lo tanto, antisocial. La comparación puede existir para propósitos utilitarios, pero no es la tarea del educador comparar las capacidades de sus estudiantes y producir evaluaciones más altas o más bajas.

Puesto que estamos interesados en el desarrollo total del individuo, al estudiante no debe dejársele que al principio elija sus propias materias, porque su elección probablemente esté basada en prejuicios y estados de ánimo pasajeros o en encontrar lo que resulta más fácil de hacer; o puede que elija de acuerdo con los requerimientos inmediatos de una necesidad particular. Pero si se le ayuda a descubrir por sí mismo y a cultivar sus capacidades innatas, entonces elegirá naturalmente no las materias más fáciles, sino aquellas por las que puede expresar sus capacidades hasta su más pleno y alto nivel. Si al estudiante se le ayuda, desde el principio mismo, a mirar la vida como una totalidad con todos sus problemas psicológicos, intelectuales y emocionales, no se sentirá atemorizado por ella.

La inteligencia es la capacidad de abordar la vida como una totalidad; y el hecho de otorgar calificaciones al estudiante no asegura la inteligencia. Por el contrario, degrada la dignidad humana. Esta evaluación comparativa mutila la mente –lo cual no quiere decir que el maestro no deba observar el progreso de cada estudiante y llevar un registro de ello–. Los padres, naturalmente

ansiosos por conocer el progreso de sus hijos, querrán un informe; pero si, desafortunadamente, no comprenden lo que el maestro está tratando de hacer, el informe se convertirá en un instrumento de coacción para producir los resultados que ellos desean, y de ese modo desvirtuarán la tarea del educador.

Los padres deben comprender la clase de educación que la escuela se propone impartir. Por lo general, se satisfacen con ver que sus hijos se preparan para obtener algún título que les asegure buenos medios de vida. Muy pocos se interesan en algo más que esto. Desde luego, desean ver a sus hijos felices, pero más allá de este vago anhelo, muy pocos piensan en el desarrollo total de los niños. Como casi todos los padres ansían, por encima de cualquier cosa, que sus hijos tengan una carrera de éxito, los fuerzan con amenazas o los intimidan afectuosamente para que adquieran conocimientos, y así es como el libro se vuelve tan importante; esto va acompañado por el mero cultivo de la memoria, por la mera repetición, sin que tras ello exista la calidad de un verdadero pensar.

Tal vez, la mayor dificultad que debe afrontar el educador es la indiferencia de los padres a una educación más amplia y profunda. La mayoría de ellos se interesa solamente en el cultivo de algún conocimiento superficial que asegure a sus hijos posiciones respetables en una sociedad corrupta. Así que el educador no sólo ha de educar a los niños del modo correcto; también ha de ver que los padres no deshagan lo que de bueno pueda haberse hecho en la escuela. En realidad, la escuela y el hogar deben ser centros mancomunados de educación correcta; de ninguna manera han de oponerse entre sí, con los padres deseando una cosa y el educador haciendo algo por completo diferente. Es muy importante que los padres sean plenamente informados de lo que el educador está haciendo y se interesen vitalmente en el desarrollo total de sus hijos. Es tanto responsabilidad de los padres ver que esta clase de educación sea llevada a la práctica, como de los maestros, cuya carga ya es suficientemente pesada. Un desarrollo total del niño sólo puede producirse cuando existe la correcta re-

lación entre el maestro, el estudiante y los padres. Como el educador no puede ceder a las fantasías pasajeras o a las obstinadas exigencias de los padres, es necesario que éstos comprendan al educador y cooperen con él sin generar conflicto y confusión en sus hijos.

La curiosidad natural del niño, el impulso de aprender, existe desde el principio mismo, y sin duda debe ser alentado inteligentemente de manera constante, a fin de que se mantenga vital y sin distorsión alguna; ello habrá de conducirlo gradualmente al estudio de una variedad de materias. Si esta avidez por aprender es estimulada en el niño todo el tiempo, entonces su estudio de las matemáticas, de la geografía, de la historia, de la ciencia o de cualquier otra materia no será un problema, ni para el niño ni para el educador. El aprendizaje se facilita cuando hay una atmósfera dichosa de afecto y atenta solicitud.

La apertura emocional y la sensibilidad pueden cultivarse únicamente cuando el estudiante se siente seguro en la relación con sus maestros. El sentimiento de seguridad es una necesidad primordial en los niños. Hay una diferencia inmensa entre el sentimiento de seguridad y el sentimiento de dependencia. Consciente o inconscientemente, la mayoría de los educadores cultiva el sentimiento de dependencia y, por eso, alienta sutilmente el miedo, lo cual también hacen los padres a su propia manera, afectuosa o agresiva. La dependencia es generada en el niño por las aseveraciones autoritarias o dogmáticas de los padres y de los maestros, acerca de lo que el niño debe ser y hacer. La dependencia va siempre acompañada por la sombra del miedo, y este miedo obliga al niño a obedecer, a amoldarse, a aceptar sin reflexión los mandatos y las sanciones de sus mayores. En esta atmósfera de dependencia queda aplastada la sensibilidad; pero cuando el niño sabe y siente que está seguro, su florecimiento emocional no se ve bloqueado por el temor.

Este sentido de seguridad en el niño no es lo opuesto a la inseguridad. Implica que se siente tan cómodo en la escuela como en su propia casa; siente que puede ser lo que es sin que lo fuer-

cen en modo alguno, que puede subirse a un árbol sin que lo reprendan si llega a caerse. Este sentido de seguridad puede tenerlo sólo si los padres y los educadores están profundamente interesados en el bienestar del niño.

Es importante que el niño se sienta tranquilo en la escuela, completamente seguro desde el primer día. Esta primera impresión es fundamental. Pero si el educador, artificialmente, por diversos medios trata de ganarse la confianza del niño y le permite hacer lo que a éste le plazca, entonces está cultivando la dependencia, no le transmite al niño el sentimiento de que está seguro, de que se encuentra en un lugar donde hay personas hondamente interesadas en su bienestar total.

El propio primer impacto de esta nueva relación basada en la confianza, relación que tal vez el niño jamás había conocido antes, contribuirá a una comunicación natural en la que el joven no considerará a los mayores como una amenaza a la que debe temer. Un niño que se siente seguro tiene sus propios medios naturales de expresar el respeto que es esencial para el aprendizaje. Este respeto está despojado de toda autoridad, de todo temor. Cuando el niño tiene este sentimiento de seguridad, su conducta o comportamiento no es algo impuesto por los mayores, sino que se vuelve parte del proceso de aprender. A causa de que se siente seguro en su relación con el maestro, el niño será espontáneamente atento; sólo en esta atmósfera de seguridad pueden florecer la apertura emocional y la sensibilidad. Sintiéndose cómodo, seguro, el niño hará lo que le gusta; pero al hacer lo que le gusta descubrirá qué es lo correcto, y su conducta no se deberá entonces a la resistencia ni a la obstinación ni a sentimientos reprimidos ni a la mera expresión de un impulso momentáneo.

La sensibilidad implica ser sensible a todo lo que nos rodea: a las plantas, a los animales, a los árboles, al cielo, a las aguas del río, al pájaro que vuela; y también a los estados de ánimo de las personas a nuestro alrededor, al extraño que pasa cerca de nosotros. Esta sensibilidad genera la calidad de una respuesta generosa, no calculada, que constituye la verdadera moralidad y con-

ducta. Siendo sensible, el niño tendrá una conducta abierta y sin reservas; por lo tanto, una simple sugerencia por parte del maestro será aceptada fácilmente, sin resistencia ni fricción alguna.

Como estamos interesados en el desarrollo total del ser humano, debemos comprender sus impulsos emocionales, que son mucho más fuertes que cualquier razonamiento intelectual; tenemos que cultivar la capacidad emocional y no contribuir a reprimirla. Cuando comprendamos esto y, por consiguiente, seamos capaces de tratar tanto con los problemas emocionales como con los intelectuales, no habrá ninguna razón para temer abordarlos. Para el desarrollo total del ser humano, se vuelve indispensable la soledad creativa como un medio de cultivar la sensibilidad. Uno tiene que saber lo que es estar solo, lo que es meditar, lo que es morir; y las implicaciones de esta soledad, de la meditación, de la muerte, sólo pueden ser conocidas si uno aspira a ellas. Estas implicaciones no pueden ser enseñadas, tienen que ser aprendidas. Uno puede indicar, pero aprender a base de lo indicado no es experimentar la soledad o la meditación. Para experimentarlas, debemos hallarnos en un estado de investigación; sólo una mente que investiga es capaz de aprender. Pero cuando la investigación es suprimida por el conocimiento previo o por la autoridad y la experiencia de otro, el aprender se vuelve mera imitación, y la imitación hace que un ser humano repita lo aprendido sin experimentarlo.

La enseñanza no consiste tan sólo en impartir información, sino que es el cultivo de una mente inquisitiva. Una mente así penetrará en el problema de lo que es la religión y no aceptará meramente las religiones establecidas, con sus templos y rituales. La búsqueda de Dios, de la verdad o como guste uno llamarlo –y no la mera aceptación de la creencia y el dogma– es la verdadera religión.

Tal como el estudiante lava sus dientes todos los días, se baña todos los días, así también tiene que existir la acción de sentarse quietamente con otros o a solas. Esta soledad creativa no puede ser producida por la enseñanza o impulsada por la autoridad ex-

terna de la tradición o inducida por la influencia de aquellos que desean sentarse quietamente pero son incapaces de permanecer solos. Esta soledad ayuda a la mente a que se vea con claridad a sí misma como en un espejo, y a que se libere del inútil esfuerzo de la ambición con todas sus complejidades, sus temores y frustraciones que son el resultado de la actividad egocéntrica. La soledad confiere estabilidad a la mente, le da una constancia que no puede ser medida en términos de tiempo. Esa claridad de la mente es el carácter. La falta de carácter es el estado de contradicción interna.

Ser sensible es amar. La palabra «amor» no es el amor. Y el amor no puede dividirse como el amor a Dios y el amor al hombre, ni puede medirse como el amor a uno solo y el amor a muchos. El amor se brinda a sí mismo tal como una flor de su perfume; pero nosotros estamos siempre midiendo el amor en nuestras relaciones y, debido a eso, lo destruimos.

El amor no es un producto del reformador o del trabajador social, no es un instrumento político con el que se pueda crear acción. Cuando el político y el reformador hablan de amor, están usando la palabra sin tocar la realidad que implica, porque el amor no puede ser empleado como un medio para un fin, ya sea éste inmediato o se encuentre en el lejano futuro. El amor pertenece a toda la Tierra y no a un campo o bosque en particular. El amor de la realidad no puede ser abarcado por ninguna religión; y cuando las religiones organizadas lo usan, deja de existir. Las sociedades, las religiones organizadas y los gobiernos totalitarios, perseverando en sus múltiples actividades, destruyen inconscientemente ese amor que, cuando actúa, se convierte en pasión.

En el desarrollo total del ser humano mediante la correcta educación, la calidad del amor debe ser nutrida y sostenida desde el comienzo mismo. El amor no es sentimentalismo ni es devoción. Es tan poderoso como la muerte. El amor no puede ser comprado mediante el conocimiento; y una mente que, sin amor, persigue el conocimiento, es una mente que trafica con la crueldad y tan sólo aspira a la eficiencia.

De modo que el educador debe interesarse desde el principio mismo en esta calidad del amor, la cual es humildad, delicadeza, consideración, paciencia y cortesía. La modestia y la cortesía son innatas en el hombre que ha tenido una educación apropiada; él es atento con todo, incluyendo los animales y las plantas, lo cual se refleja en su conducta y en su manera de hablar.

El énfasis en esta calidad del amor libera a la mente del ensimismamiento en su ambición, en su codicia y en su afán adquisitivo. ¿Acaso el amor no tiene, en relación con la mente, un refinamiento que se expresa como respeto y buen gusto? ¿Acaso no produce la purificación de la mente, la que de otro modo tiene una tendencia a fortalecerse en la arrogancia? El refinamiento en la conducta no es un ajuste autoimpuesto o el resultado de una exigencia externa; surge espontáneamente, con la calidad del amor. Cuando hay una comprensión del amor, entonces el sexo y todas las complicaciones y sutilezas de la relación humana pueden abordarse con sensatez y no con excitación y aprensión.

El educador para quien es de primordial importancia el desarrollo total del ser humano, tiene que comprender las implicaciones del impulso sexual, que juega un papel tan importante en nuestra vida, y desde el principio mismo ha de afrontar la natural curiosidad de los niños, sin que en ello se manifieste un interés morboso. El impartir tan sólo información biológica a los adolescentes puede conducir a la experimentación de lujuria, si no se percibe la calidad del amor. El amor libera del mal a la mente. Sin amor y sin comprensión por parte del educador, el mero separar a los muchachos de las chicas, ya sea con alambre de púas o con edictos, no hace sino fortalecer su natural curiosidad y estimular esa pasión que forzosamente tiene que degenerar en mera satisfacción. Por lo tanto, es esencial que los muchachos y las chicas sean educados juntos, de manera apropiada.

Esta calidad del amor también tiene que expresarse cuando uno realiza trabajos manuales, tales como la jardinería, la carpintería, la pintura, la artesanía; y a través de los sentidos, cuando uno mira los árboles, las montañas, la riqueza de la Tierra, la po-

breza que los hombres han creado entre ellos mismos; y también al escuchar la música, el canto de los pájaros, el murmullo de las aguas que corren.

Estamos interesados no sólo en el cultivo de la mente y en el despertar de la sensibilidad emocional, sino también en un cabal desarrollo físico, y a esto debemos dedicar una atención considerable. Porque si el cuerpo no es sano, vital, distorsionará inevitablemente el pensamiento y contribuirá a la insensibilidad. Esto es tan obvio que no necesitamos examinarlo en detalle. Es necesario que el cuerpo goce de una excelente salud, que se le proporcione la clase apropiada de alimentación y duerma lo suficiente. Si los sentidos no están alerta, el cuerpo impedirá el desarrollo total del ser humano. Para tener gracia en los movimientos y un control bien equilibrado de los músculos, tiene que haber diversas formas de ejercicios, danzas y juegos. Un cuerpo que no se conserva limpio, que es descuidado y no se mantiene en una postura correcta, no conduce a la sensibilidad de la mente y de las emociones. El cuerpo es el instrumento de la mente; pero el cuerpo, las emociones y la mente componen el ser humano total. A menos que vivan armoniosamente, el conflicto es inevitable.

El conflicto contribuye a la insensibilidad. La mente puede dominar el cuerpo y reprimir los sentidos, pero debido a eso torna al cuerpo insensible; y un cuerpo insensible se convierte en un obstáculo para el vuelo pleno de la mente. La mortificación del cuerpo no conduce en absoluto a la búsqueda de niveles más profundos de conciencia; esto sólo es posible cuando la mente, las emociones y el cuerpo no se contradicen entre sí sino que están integrados, operan al unísono sin esfuerzo alguno, sin ser dirigidos por ninguna creencia, ningún concepto o ideal.

Al cultivar la mente, nuestro acento no debe estar puesto en la concentración sino en la atención. La concentración es un proceso de forzar la mente, restringiéndola a un punto, mientras que la atención carece de fronteras. En ese proceso, la mente está siempre limitada por una frontera, pero cuando nuestro interés está en comprender la totalidad de la mente, entonces la mera concentra-

ción se vuelve un impedimento. La atención es ilimitada, sin las fronteras del conocimiento. El conocimiento llega mediante la concentración y, cualquiera que sea la extensión del conocimiento, éste sigue estando dentro de sus propias fronteras. En el estado de atención, la mente puede y debe usar el conocimiento, el que, por necesidad, es un resultado de la concentración. Pero la parte jamás es el todo, y juntando entre sí las múltiples partes no se contribuye a la comprensión de lo total. El conocimiento, que es el proceso aditivo de la concentración, no produce la comprensión de lo inconmensurable. Lo total no se encuentra nunca encerrado entre los corchetes de una mente concentrada.

La atención es, entonces, de primordial importancia, pero no se obtiene mediante el esfuerzo de la concentración. Es un estado en el que la mente está siempre aprendiendo, sin un centro alrededor del cual el conocimiento se acumule como experiencia. Una mente que se concentra sobre sí misma, usa el conocimiento como un medio para su propia expansión; y una actividad semejante se vuelve contradictoria y antisocial.

Aprender, en el verdadero sentido de la palabra, sólo es posible en ese estado de atención en que no existe compulsión externa ni interna. El recto pensar surge sólo cuando la mente no se halla esclavizada por la tradición y la memoria. La atención es lo que permite que el silencio dé con la mente, y esto abre la puerta a la creación. Por eso la atención es de extrema importancia.

El conocimiento es necesario en el nivel funcional como un medio de cultivar la mente, no como un fin en sí mismo. Estamos interesados no en el desarrollo de una capacidad determinada, como la de matemático o científico o músico, sino en el desarrollo total del estudiante como ser humano.

¿Cómo ha de originarse el estado de atención? No puede ser cultivado mediante la persuasión, la comparación, la recompensa o el castigo, que son todas formas de coacción. La eliminación del miedo es el principio de la atención. El miedo debe existir, por fuerza, en tanto haya un impulso de ser o llegar a ser esto o aquello, lo cual constituye la persecución del éxito con todas sus

frustraciones y tortuosas contradicciones. Uno puede enseñar concentración, pero la atención no puede enseñarse, tal como es imposible enseñar la libertad con respecto al miedo; pero podemos empezar a descubrir las causas que producen el miedo y, en la comprensión de estas causas, está la eliminación del miedo. Así, la atención surge espontáneamente cuando alrededor del estudiante hay una atmósfera de bienestar, cuando él tiene la sensación de hallarse seguro, tranquilo, y advierte la acción desinteresada que llega con el amor. El amor no compara; de ese modo, se terminan la envidia y la tortura del «llegar a ser».

El descontento general que casi todos, jóvenes o viejos, experimentamos, pronto encuentra una vía de satisfacción y, de esa manera, nuestras mentes se echan a dormir. El descontento se despierta de vez en cuando a causa del sufrimiento, pero la mente vuelve a buscar una solución gratificadora. Se halla atrapada en esta rueda de la insatisfacción y la gratificación, y el constante despertar a través del dolor es parte de nuestro descontento. El descontento es la vía de la investigación, pero no puede haber investigación si la mente está atada a la tradición, a los ideales. La investigación es la llama de la atención.

Por descontento entiendo el estado en que la mente comprende *lo que es*, lo real, e investiga constantemente para descubrir más. Es un movimiento para ir más allá de las limitaciones de *lo que es*; y si uno encuentra medios y arbitrios con los cuales sofocar o superar el descontento, entonces aceptará las limitaciones de la actividad egocéntrica y de la sociedad en que vive.

El descontento es la llama que quema los desechos de la satisfacción, pero la mayoría de nosotros busca disiparla de diversas maneras. Nuestro descontento se convierte entonces en la persecución del «más», en el deseo de una casa más grande, un automóvil mejor, etc., todo lo cual se halla dentro del campo de la envidia; y la envidia es la que sostiene un descontento semejante.

Pero yo hablo de un descontento en el que no existen la envidia ni la codicia del «más», un descontento que no está alimentado por ningún deseo de satisfacción. Este descontento es un estado

puro que existe en cada uno de nosotros; existe si no se lo apaga a causa de una mala educación, de soluciones gratificadoras, de la ambición o la persecución de un ideal. Cuando comprendamos la naturaleza del verdadero descontento, veremos que la atención forma parte de esa llama ardiente que consume la pequeñez y deja a la mente libre de las limitaciones que implican las búsquedas y gratificaciones que la encierran dentro de sí misma.

Así, la atención surge solamente cuando existe una investigación que no se basa en el progreso propio o en la gratificación. Esta atención debe ser cultivada en el niño desde el comienzo mismo. Ustedes encontrarán que cuando hay amor –que se expresa mediante la humildad, la cortesía, la paciencia, la delicadeza– ya están libres de las barreras que elige la insensibilidad; de ese modo, están ayudando a generar este estado de atención en el niño, desde una edad muy temprana.

La atención no es algo que pueda aprenderse, pero ustedes pueden ayudar a despertarla en el estudiante, no creando a su alrededor ese sentido de compulsión que produce una existencia contradictoria en sí misma. Entonces, la atención del niño puede ser enfocada en cualquier momento sobre un tema determinado, y no será la estrecha concentración producida por el impulso compulsivo de adquisición o logro.

Una generación educada de esta manera estará libre del afán adquisitivo y del miedo, que son la herencia psicológica de sus padres y de la sociedad en que han nacido; y a causa de que han sido educados así, no dependerán de la herencia de la propiedad. Esta cuestión de la herencia es destructiva; impide que sean de veras independientes y limita la inteligencia, porque engendra una sensación falsa de seguridad que los hace sentirse seguros de sí mismos sin base alguna, lo cual crea una oscuridad mental en la que nada nuevo puede florecer. Pero una generación de seres humanos educados de esta manera por completo diferente, como lo hemos estado considerando, creará una sociedad nueva, porque ellos tendrán la capacidad nacida de esta inteligencia no trabada por el temor.

Puesto que la educación es tanto responsabilidad de los padres como de los maestros, tenemos que aprender el arte de trabajar juntos, y eso es posible solamente cuando cada uno de nosotros percibe lo que es verdadero. Esta percepción de la verdad es la que nos une, no así la opinión, la creencia o la teoría. Hay una diferencia enorme entre lo conceptual y lo factual. Lo conceptual nos puede unir transitoriamente, pero habrá una nueva separación si nuestro trabajo en conjunto es sólo un asunto de convicción. Si cada uno de nosotros ve la verdad, podrá haber discrepancia en los detalles, pero no existirá el impulso de separarse. Sólo el tonto se separa a causa de algún detalle. Cuando todos ven la verdad, el detalle jamás puede convertirse en materia de disensión.

Casi todos estamos acostumbrados a trabajar juntos según las líneas de la autoridad establecida. Nos reunimos para desarrollar un concepto o promover un ideal, y todo esto requiere convicción, persuasión, propaganda y demás. Este trabajar juntos por un concepto, por un ideal, es completamente distinto de la cooperación que surge al ver la verdad y la necesidad de poner esa verdad en acción. Trabajar bajo el estímulo de la autoridad –ya sea la autoridad de un ideal o la autoridad de una persona que representa ese ideal– no es verdadera cooperación. Una autoridad central que conoce muchísimo o que tiene una fuerte personalidad y está obsesionada por ciertas ideas, puede forzar o persuadir sutilmente a otros para que trabajen con ella; pero éste no es, ciertamente, el trabajo en conjunto de individuos despiertos y vitales. En cambio, cuando cada uno de nosotros comprende por sí mismo la verdad de cualquier problema, entonces nuestra comprensión común de esa verdad conduce a la acción, y una acción semejante *es* cooperación. Aquel que coopera porque ve la verdad como verdad, lo falso como falso y la verdad en lo falso, también sabrá cuándo *no* cooperar, lo cual es igualmente importante.

Si cada uno de nosotros comprende la necesidad de una revolución fundamental en la educación y percibe la verdad de lo que hemos estado considerando, entonces trabajaremos juntos, sin

ninguna forma de persuasión. La persuasión existe sólo cuando alguien adopta una posición de la cual no está dispuesto a moverse. Cuando está meramente convencido de una idea o atrincherado en una opinión, genera oposición, y entonces él o el otro tienen que ser persuadidos, influidos o inducidos para que piensen de una manera diferente. Una situación así no se presentará jamás, cuando cada uno de nosotros vea por sí mismo la verdad de algo. Pero si no vemos la verdad y actuamos basados meramente en la convicción verbal o en el razonamiento intelectual, entonces es forzoso que haya argumentos, acuerdo o desacuerdo, con toda la distorsión y el esfuerzo inútil que eso implica.

Es esencial que trabajemos juntos. Es como si construyéramos una casa; si algunos de nosotros están construyendo y otros están demoliendo, es obvio que la casa jamás llegará a construirse. De modo que debemos tener muy en claro, individualmente, que vemos y comprendemos de hecho la necesidad de producir la clase de educación gracias a la cual se dará origen a una generación nueva, capaz de habérselas con los problemas de la vida encarándolos como una totalidad, no como partes aisladas y no relacionadas con lo total.

A fin de poder trabajar juntos de este modo realmente cooperativo, debemos reunirnos con frecuencia y tener cuidado de no quedar sumergidos en los detalles. Aquéllos de nosotros que estamos seriamente dedicados a originar la clase correcta de educación, tenemos la responsabilidad no sólo de llevar a la práctica todo cuanto hemos comprendido, sino también de ayudar a otros para que alcancen esta comprensión. La enseñanza es la más noble de las profesiones, si es que puede siquiera ser llamada una profesión. Es un arte que requiere no sólo logros intelectuales, sino una paciencia y un amor infinitos. Ser correctamente educados es comprender nuestra relación con todas las cosas: con el dinero, con la propiedad, con la gente, con la naturaleza, comprenderla en el vasto campo de nuestra existencia.

La belleza forma parte de esta comprensión, pero la belleza no es un mero asunto de proporciones, forma, buen gusto y com-

portamiento. La belleza es ese estado en que la mente ha abandonado el centro del «yo» por la pasión de la sencillez. La sencillez no cesa jamás; y sólo puede haber sencillez cuando existe una austeridad que no es el resultado de la disciplina calculada y del renunciamiento. Esta austeridad es el olvido de sí mismo, el cual sólo puede tener su origen en el amor. Cuando carecemos de amor, creamos una civilización en la que se busca la belleza de la forma sin la austeridad y vitalidad internas propias del simple olvido de uno mismo. No hay tal olvido de nosotros mismos si nos inmolamos en la ejecución de buenas obras, en ideales, en creencias. Estas actividades parecen estar libres del «yo», pero en realidad el«yo» sigue operando bajo la cubierta de diferentes rótulos. Sólo la mente inocente puede inquirir en lo desconocido. Pero la inocencia calculada, que puede vestir un taparrabo o la túnica de un monje, no es esa pasión del olvido de sí mismo, desde la cual surgen la cortesía, la delicadeza, la humildad, la paciencia, que son expresiones del amor.

La mayoría de nosotros conoce la belleza únieamente a través de aquello que ha sido creado o producido: la belleza de una forma o de un templo. Decimos que un árbol o una casa o la curva muy distante de un río tienen belleza. Y por medio de la comparación sabemos qué es la fealdad –al menos eso es lo que creemos–. Pero ¿es comparable la belleza? ¿Es belleza aquello que se ha hecho evidente, que se ha manifestado? Consideramos bella una pintura en particular, decimos que un poema o un rostro son bellos, porque ya conocemos qué es la belleza merced a lo que nos han enseñado o porque estamos familiarizados con ello y tenemos una opinión formada al respecto. ¿Pero acaso con la comparación no llega a su fin la belleza? ¿Es la belleza una mera familiaridad con lo conocido o es un estado del ser en el que puede existir o no la forma creada?

Estamos siempre persiguiendo la belleza y evitando lo feo, y esta búsqueda de enriquecimiento mediante lo uno y la evitación de lo otro tiene que engendrar, inevitablemente, insensibilidad. Por cierto, para comprender o sentir qué es la belleza, tiene que

haber sensibilidad tanto a lo que llamamos bello como a lo que llamamos feo. Un sentimiento no es bello ni feo, es sólo un sentimiento. Pero nosotros lo miramos a través de nuestro condicionamiento religioso y social y le damos un rótulo; decimos que es un sentimiento bueno o un sentimiento malo, y de ese modo lo distorsionamos o lo destruimos. Cuando al sentimiento no se le pone rótulo, permanece intenso, y esta intensidad apasionada es esencial para la comprensión de aquello que no es fealdad ni belleza manifestada. Es de suma importancia el sentimiento sostenido, esa pasión que no es mera lujuria ni gratificación propia; porque esta pasión es la que crea belleza y, por no ser comparable, no tiene opuesto.

Al intentar producir un desarrollo total del ser humano, es obvio que debemos tomar muy en consideración la mente inconsciente, al igual que la consciente. El mero educar la mente consciente sin comprender la inconsciente genera contradicción interna en las vidas humanas, con todas sus frustraciones y desdichas. La mente oculta es mucho más vital que la superficial. La mayoría de los educadores se interesa solamente en transmitir información o conocimientos a la mente superficial, preparándola para conseguir un empleo y ajustarse a la sociedad. De ese modo jamás llegamos a tocar la mente oculta. Todo cuanto hace la así llamada educación es superponer una capa de conocimiento y técnica y proveer cierta capacidad para que nos amoldemos al medio.

La mente oculta es mucho más poderosa que la mente superficial, por bien educados que estemos y por más capaces que seamos de ajustarnos al medio; y no se trata de algo misterioso. La mente oculta o inconsciente es la depositaria de la memoria racial. La religión, la superstición, el símbolo, las tradiciones peculiares de una raza determinada, la influencia de la literatura tanto sagrada como profana, de las aspiraciones, de las frustraciones, de los hábitos y de las diversidades de alimentación, todo eso está arraigado en el inconsciente. Los deseos manifestados y los deseos secretos con sus motivaciones, esperanzas y temores, sus

sufrimientos y placeres, y las creencias alimentadas por el impulso de seguridad que se traduce de múltiples maneras, estas cosas también están contenidas en la mente oculta, la que no sólo posee esta capacidad extraordinaria de contener el pasado residual, sino que también es capaz de influir sobre el futuro. Las insinuaciones de todo esto se transmiten a la mente superficial por medio de los sueños y de varias otras maneras, cuando esa mente no está ocupada en su totalidad con los sucesos cotidianos.

La mente oculta no tiene nada de sagrado y no hay en ella nada que deba temerse, ni tampoco requiere un especialista para que la exponga a la mente superficial. Pero a causa del enorme poder de la mente oculta, la superficial no puede habérselas con ella como quisiera. La mente superficial es, en gran medida, impotente en relación con su propia parte oculta. Por mucho que trate de dominar, moldear, controlar lo oculto, apenas si puede, a causa de sus exigencias y actividades sociales, arañar la superficie de lo oculto; y entonces hay entre ambas mentes una hendidura, una contradicción. Tratamos de tender un puente sobre este abismo, mediante la disciplina, mediante prácticas diversas, sanciones y demás, pero no es posible lograrlo de ese modo.

La mente consciente está ocupada con lo inmediato, el limitado presente, mientras que la oculta está bajo el peso de los siglos y no puede ser reprimida ni desviada de su curso por una necesidad inmediata. Lo inconsciente tiene la cualidad del tiempo profundo, y la mente consciente, con su cultura recién adquirida, no puede habérselas con ello conforme a sus urgencias pasajeras. Para erradicar la contradicción interna, la mente superficial tiene que comprender este hecho y permanecer tranquila –lo cual no implica dar oportunidad a los innumerables impulsos de lo oculto–. Cuando no hay resistencias entre lo manifiesto y lo oculto, entonces, lo oculto, a causa de que tiene la paciencia del tiempo, no invadirá lo inmediato.

La mente oculta, inexplorada y no comprendida, con su parte superficial que ha sido «educada», entra en contacto con los retos y las exigencias del presente inmediato. Puede que lo superficial

responda al reto adecuadamente, pero a causa de que hay contradicción entre lo superficial y lo oculto, cualquier experiencia de lo superficial sólo incrementa el conflicto con lo oculto. Esto produce más experiencias aún, ampliando así el abismo entre el presente y el pasado. La mente superficial, al experimentar lo externo sin comprender lo interno, lo oculto, sólo ocasiona un conflicto más vasto y profundo.

La experiencia no libera ni enriquece a la mente, como por lo general pensamos que hace. En tanto la experiencia fortalezca al experimentador, tiene que haber un conflicto. Al tener experiencias, una mente condicionada sólo refuerza su condicionamiento y así perpetúa la contradicción y la desdicha. Sólo para la mente que es capaz de comprender en totalidad sus propios comportamientos, la experiencia puede ser un factor de liberación.

Una vez que se perciben y comprenden los poderes y las capacidades de las múltiples capas de lo oculto, entonces los detalles pueden ser sabia e inteligentemente investigados. Lo importante es la comprensión de lo oculto y no la mera educación de la mente superficial a fin de que adquiera conocimientos, por indispensables que sean. Esta comprensión de lo oculto libera del conflicto a la mente total, y sólo entonces hay inteligencia.

Tenemos que despertar la plena capacidad de la mente superficial que vive en la actividad cotidiana y también tenemos que comprender lo oculto. En la comprensión de lo oculto existe un vivir total, en el que llega a su fin la contradicción interna con su dolor y su felicidad alternantes. Es esencial estar familiarizado con la mente oculta y percatarse de sus operaciones; pero es igualmente importante no estar ocupado con ella ni darle una significación indebida. Sólo cuando la mente comprende lo superficial y lo oculto, puede ir más allá de sus propias limitaciones y descubrir esa bendición que no pertenece al tiempo.

LIBÉRESE DEL PASADO

1

Si usted piensa que es importante conocerse a sí mismo, sólo porque yo o alguna otra persona se lo ha dicho, me temo que llega a su fin toda comunicación posible entre nosotros. Pero si estamos de acuerdo en que es vital que nos comprendamos a nosotros mismos por completo, entonces usted y yo tenemos una relación muy diferente, entonces podemos explorar juntos mediante una investigación apropiada, cuidadosa e inteligente.

Yo no le pido que tenga fe; no me erijo en una autoridad. No tengo nada que enseñarle, ninguna nueva filosofía, ningún nuevo sistema, ningún sendero nuevo hacia la realidad; no hay sendero que conduzca hacia la realidad, tal como no lo hay hacia la verdad. Toda autoridad, de cualquier clase que sea, especialmente en el campo del pensamiento y de la comprensión, es la cosa más destructiva y perversa. Los líderes destruyen a los seguidores y los seguidores destruyen a los líderes. Uno tiene que ser su propio maestro y su propio discípulo. Tiene que cuestionar todo cuanto el hombre ha aceptado como valioso y necesario.

Si usted no sigue a nadie, siente que está muy solo. Esté solo, entonces. ¿Por qué tiene miedo de estar solo? Porque se enfrenta consigo mismo tal como es, y encuentra que está vacío, que es torpe, necio, desagradable, culpable y ansioso; una pequeña

y vulgar entidad de segunda mano. Enfréntese al hecho, mírelo, no escape de él. Apenas escapa, comienza el miedo.

Al investigar en nosotros mismos, no nos estamos aislando del resto del mundo. No es un proceso enfermizo. En todo el mundo, el hombre se halla atrapado en los mismos problemas cotidianos que nosotros; así que al investigar en nosotros mismos no somos, de ninguna manera, neuróticos, ya que no hay diferencia alguna entre el individuo y lo colectivo. Eso es un hecho real. Así como soy, así es el mundo que he creado. No nos extraviemos, pues, en esta batalla entre la parte y el todo.

Debo tornarme consciente del campo total de mi propio ser, el cual constituye la conciencia del individuo y de la sociedad. Sólo entonces, cuando la mente va más allá de esta conciencia individual y social, puedo convertirme en una luz para mí mismo, una luz que jamás se apaga.

Ahora bien, ¿por dónde empezamos a comprendernos? Aquí estoy; ¿cómo me estudio a mí mismo, cómo me observo, cómo veo lo que realmente ocurre dentro de mí? Puedo observarme únicamente en la relación, porque toda vida es relación. De nada sirve que me siente en un rincón y medite sobre mí mismo. No puedo existir aislado. Existo sólo en relación con personas, cosas e ideas, y al estudiar mi relación con las cosas exteriores y las personas, así como con las cosas internas, empiezo a comprenderme a mí mismo. Cualquier otra forma de comprenderme es mera abstracción, y no puedo estudiarme a mí mismo basado en abstracciones. no soy una entidad abstracta, por lo tanto, tengo que estudiarme de hecho, tal como soy, no como deseo ser.

La comprensión no es un proceso intelectual. Adquirir conocimientos acerca de uno mismo, y aprender acerca de uno mismo, son dos cosas diferentes, porque el conocimiento que uno acumula acerca de sí mismo es siempre del pasado, y una mente cargada con el pasado es una mente triste, afligida. Aprender acerca de uno mismo no es como aprender un idioma, una técnica o una ciencia. En esos casos, es obvio que uno debe acumular y recordar; sería absurdo empezar cada vez todo de nuevo. Pero

en el campo psicológico, el aprender acerca de uno mismo se halla siempre en el presente, y el conocimiento está siempre en el pasado; y como casi todos vivimos en el pasado y estamos satisfechos con el pasado, el conocimiento se vuelve para nosotros extraordinariamente importante. Por eso rendimos culto al erudito, al ingenioso, al astuto. Pero si usted está aprendiendo todo el tiempo, aprendiendo a cada minuto, si aprende observando y escuchando, viendo y actuando, descubrirá que el aprender es un movimiento constante sin pasado.

Si usted dice que aprenderá gradualmente acerca de sí mismo, añadiendo poco a poco más y más, no se está estudiando a sí mismo tal como es ahora, sino que lo hace por medio del conocimiento adquirido. El aprender implica una gran sensibilidad. No hay sensibilidad si hay una idea, la cual pertenece al pasado, que domina al presente. Entonces la mente ha dejado de ser rápida, flexible, alerta. Pocos de nosotros somos sensibles, ni siquiera físicamente. Comemos en exceso, no nos ocupamos de seguir una dieta adecuada, fumamos muchísimo y bebemos, de modo tal que nuestros cuerpos se tornan obesos e insensibles; la cualidad de atención que existe en el propio organismo, se embota. ¿Cómo puede haber una mente muy alerta, sensible y clara si el organismo es torpe y pesado? Podemos ser sensibles respecto de ciertas cosas que nos afectan en lo personal, pero ser completamente sensibles a todas las implicaciones de la vida, exige que no haya separación alguna entre el organismo y la psique. Es un movimiento total.

Para comprender cualquier cosa, uno debe vivir con ella, debe observarla, debe conocer todo su contenido, su naturaleza, su estructura, su movimiento. ¿Ha intentado alguna vez vivir consigo mismo? Si lo hace, comenzará a ver que su ser no es algo estático, sino algo fresco y lleno de vida. Y para vivir con algo que está lleno de vida, su mente también debe estar viva. Y no puede estar viva si se halla atrapada en opiniones, juicios y valores.

A fin de observar el movimiento de su propia mente y de su corazón, de todo su ser, usted debe tener una mente libre, no una

mente que concuerda y discrepa, que toma partido en una discusión disputando sobre meras palabras, sino más bien una mente que observa con la intención de comprender. Esto es muy difícil, porque muy pocos sabemos cómo mirar o cómo prestar atención a nuestro propio ser, tal como no sabemos mirar la belleza de un río o escuchar la brisa entre los árboles.

Cuando condenamos o justificamos, no podemos ver con claridad, ni podemos hacerlo cuando nuestras mentes parlotean sin cesar; entonces no observamos *lo que es,* sólo miramos las proyecciones que hemos hecho de nosotros mismos. Cada uno de nosotros tiene una imagen de lo que cree ser o de lo que debería ser, y esa imagen, esa representación, nos impide por completo vernos a nosotros mismos tal como realmente somos.

Una de las cosas más difíciles en el mundo es mirar algo sencillamente. Debido a que nuestras mentes son muy complejas, hemos perdido la cualidad de lo simple. No me refiero a la simplicidad en la ropa o en la comida, el vestir solamente un taparrabo o batir un récord ayunando, o cualquiera de esos desatinos inmaduros que cultivan los santos; me refiero a la simplicidad, a la sencillez que nos permite mirar las cosas directamente y sin miedo, mirarnos a nosotros mismos tal como somos realmente, vernos sin distorsión alguna; cuando mentimos, decir que mentimos, no encubrirlo ni escapar de ello.

Además, para comprendernos a nosotros mismos necesitamos mucha humildad. Si uno empieza por decir: «Me conozco a mí mismo», ya ha dejado de aprender acerca de sí mismo; o si dice: «No hay mucho que aprender acerca de mí mismo, ya que no soy sino un haz de recuerdos, ideas, experiencias y tradiciones», entonces también ha dejado de aprender acerca de sí mismo. Tan pronto ha logrado algo, deja de tener esa cualidad de inocencia y humildad; apenas tiene una conclusión o empieza a examinarse desde el conocimiento, se acabó, porque entonces está traduciendo toda cosa viviente en función de lo viejo; mientras que si no tiene una posición establecida, si no hay certidumbres ni logros, lo que hay es libertad, libertad para mirar, para realizar. Y cuan-

do miramos con libertad, lo que miramos es siempre nuevo. Un hombre seguro de sí mismo es un ser humano muerto.

Pero ¿cómo podemos tener libertad para mirar y aprender, cuando nuestras mentes, desde el instante en que nacemos hasta el instante en que morimos, se hallan moldeadas por una determinada cultura dentro del estrecho patrón del «yo»? Durante siglos hemos sido condicionados por la nacionalidad, la casta, la clase social, la tradición, la religión, el idioma, la educación, la literatura, el arte, las costumbres, los convencionalismos, la propaganda de todo tipo, las presiones económicas, el alimento que comemos, el clima en que vivimos, nuestra familia, nuestros amigos, nuestras experiencias –todas las influencias que podamos imaginar– y, por lo tanto, nuestras respuestas a cada problema están condicionadas.

¿Se da cuenta usted de que está condicionado? Eso es lo primero que ha de preguntarse, no cómo estar libre de su condicionamiento. Tal vez nunca esté libre de él, y si dice: «Debo librarme del condicionamiento», puede caer en la trampa de otra forma de condicionamiento. ¿Se da cuenta, pues, de que está condicionado? ¿Sabe que incluso cuando mira un árbol y dice: «Ése es un roble», o «es una higuera de Bengala», el hecho de nombrar el árbol –que implica conocimiento botánico– ha condicionado de tal modo su mente, que la palabra se interpone entre usted y el mirar verdaderamente el árbol? Para entrar en contacto directo con el árbol, tiene que poner su mano sobre él, y la palabra no le ayudará a tocarlo.

¿Cómo sabe usted que está condicionado? ¿Qué se lo revela? ¿Qué le dice a usted que tiene hambre –no como una teoría, sino el hecho real del hambre–? De igual manera, ¿cómo descubre el hecho real de que está condicionado? ¿No es por su reacción a un problema, a un reto? Usted responde a todos los retos conforme a su condicionamiento, y su condicionamiento, por ser inadecuado, siempre reaccionará inadecuadamente.

Cuando se da cuenta de este condicionamiento de raza, religión y cultura, ¿no le genera ello una sensación de estar encarce-

lado? Tome sólo una forma de condicionamiento, la nacionalidad, tórnese completa y seriamente consciente de ese condicionamiento y vea si lo disfruta o si se rebela contra él; y si se rebela contra él, vea si anhela romper con todos los condicionamientos. Si está satisfecho con su condicionamiento, es obvio que nada hará al respecto, pero si no lo está, tomará conciencia de ello y se dará cuenta de que jamás hace nada sin que intervenga su condicionamiento. ¡Jamás! En consecuencia, siempre está viviendo en el pasado con los muertos.

Será capaz de ver por sí mismo que está condicionado, sólo cuando haya un conflicto en la continuidad del placer o en la evitación del dolor. Si todo cuanto le concierne está perfectamente bien: su esposa lo ama, usted la ama, tiene una hermosa casa, hijos hermosos y dinero en abundancia, entonces no se da cuenta en absoluto de su condicionamiento. Pero cuando hay una perturbación, cuando su mujer mira a algún otro o usted pierde su dinero o se siente amenazado por la guerra o por alguna otra pena o ansiedad, entonces sabe que está condicionado: Cuando lucha contra alguna clase de perturbación o se defiende contra alguna amenaza externa o interna, sabe que se halla condicionado. Y como casi todos nos vemos perturbados la mayor parte del tiempo, ya sea superficial o profundamente, esa perturbación misma denota nuestro condicionamiento. En tanto el animal es acariciado, reacciona muy bien, pero apenas se siente contrariado, surge toda la violencia de su naturaleza.

Nos sentimos perturbados respecto de la vida, de la política, de la situación económica, del horror, la brutalidad y el sufrimiento que reinan tanto en el mundo como en nosotros mismos, y a causa de eso nos damos cuenta de cuán estrecha y terriblemente condicionados estamos. ¿Qué haremos, pues? ¿Aceptar esa perturbación y vivir con ella, como lo hace la mayoría de nosotros? ¿Acostumbrarnos, tal como uno se acostumbra a vivir con un dolor de espalda? ¿Soportarlo?

En todos nosotros hay una tendencia a soportar las cosas, a acostumbrarnos a ellas, a culpar a las circunstancias: «¡Ah, si las

cosas estuvieran bien, yo sería diferente!», decimos, o «Denme la oportunidad y podré realizarme», o: «Me siento abrumado por la injusticia de todo eso»; siempre culpando a otros o a nuestro entorno o a la situación económica, por nuestras perturbaciones.

Si nos acostumbramos a la perturbación, eso significa que nuestra mente se ha embotado, tal como podemos acostumbrarnos a la belleza que nos rodea, hasta el punto de no notarla más. Nos volvemos indiferentes, duros e insensibles, y nuestra mente se va embotando más y más. Si no nos acostumbramos, procuramos escapar de ello tomando alguna clase de droga, afiliándonos a alguna agrupación política, vociferando, escribiendo, yendo a ver un partido de fútbol o asistiendo al templo, a la iglesia, o encontrando alguna forma de entretenimiento.

¿Por qué escapamos de los hechos reales? Nos atemoriza la muerte –sólo tomo eso como un ejemplo– e inventamos toda clase de teorías, esperanzas, creencias, para encubrir el hecho de la muerte, pero el hecho sigue estando ahí. Para comprender un hecho tenemos que mirarlo, no escapar de él. La mayoría de nosotros tiene miedo tanto de vivir como de morir. tenemos miedo por nuestra familia, miedo a la opinión pública, miedo de perder nuestro empleo, nuestra seguridad... miedo a centenares de otras cosas. El hecho simple es que *tenemos miedo*, no que tememos esto o aquello. Entonces, ¿por qué no podemos enfrentarnos a ese hecho?

Usted puede enfrentarse a un hecho sólo en el presente, y si nunca le permite estar presente, porque siempre está escapando de él, jamás puede afrontarlo; y, debido a que hemos cultivado toda una red de escapes, estamos atrapados en el hábito de escapar.

Ahora bien, si usted es algo sensible, algo serio, no sólo se dará cuenta de su condicionamiento, sino que también se dará cuenta de los peligros que de él se derivan, a cuánta brutalidad, a cuánto odio conduce. ¿Por qué, entonces, si ve el peligro de su condicionamiento, no actúa? ¿Se debe a que es perezoso, siendo la pereza falta de energía? Sin embargo, no le faltará energía si ve un peligro físico inmediato, como el de una serpiente en su cami-

no, o un precipicio, o un incendio. ¿Por qué, entonces, no actúa cuando ve el peligro de su condicionamiento? Si viera el peligro que el nacionalismo implica para su propia seguridad, ¿no actuaría?

La respuesta es que no lo ve. Mediante un proceso intelectual de análisis, podrá ver que el nacionalismo nos conduce a la autodestrucción, pero en eso falta el contenido emocional. Sólo cuando hay un contenido emocional, uno adquiere verdadera vitalidad.

Si el peligro de su condicionamiento lo ve usted tan sólo como un concepto intelectual, jamás hará nada al respecto. Cuando un peligro lo vemos como una mera idea, hay conflicto entre la idea y la acción, y ese conflicto nos quita nuestra energía. Únicamente cuando vemos el condicionamiento y, de inmediato, el peligro que implica, tal como veríamos el peligro de un precipicio, únicamente entonces actuamos. De modo que el ver *es* el actuar.

Casi todos caminamos por la vida descuidadamente, reaccionando sin reflexionar, conforme al medio en que hemos sido educados, y tales reacciones no hacen sino generar más esclavitud mental, más condicionamiento; pero tan pronto conceda usted atención total a su condicionamiento, verá que se halla por completo libre del pasado, que éste se desprende naturalmente de usted.

2

Dijimos, en un capítulo anterior, que la felicidad era algo por completo diferente del placer; averigüemos, pues, qué implica el placer y si es de algún modo posible vivir en un mundo que no contenga placer sino un sentido extraordinario de felicidad, de bienaventuranza.

Todos estamos ocupados, de un modo u otro, en la persecución del placer, ya sea éste intelectual, sensual o cultural: el placer de reformar, de decir a otros lo que deben hacer, de modificar los males de la sociedad, de hacer el bien, de lograr mayores conocimientos, mayor satisfacción física, mayores experiencias,

mayor comprensión de la vida, todas cosas hábiles, astutas de la mente; y el placer supremo es, desde luego, tener a Dios.

La estructura de la sociedad es el placer. Desde la infancia hasta la muerte, ya sea secreta, astuta o abiertamente, estamos persiguiendo el placer. Por lo tanto, cualquiera que sea nuestra forma de placer, creo que debemos ser muy claros al respecto, porque el placer va a guiar y moldear nuestras vidas. En consecuencia, es importante para cada uno de nosotros investigar atentamente, con vacilación y delicadeza, esta cuestión del placer, porque encontrar placer y después alimentarlo y sostenerlo, es una exigencia básica de la vida, y sin eso la existencia se vuelve torpe, estúpida, solitaria y carente de sentido,

Usted quizá se pregunte, entonces, por qué la vida no debería guiarse por el placer. Por la muy simple razón de que el placer, debe, por fuerza, traer pena, frustración, dolor y miedo, y a causa del miedo, violencia. Si usted quiere vivir así, viva así. De cualquier modo, la mayor parte del mundo lo hace, pero si usted quiere vivir libre de dolor, debe comprender toda la estructura del placer.

Comprender el placer no es negarlo. No lo estamos condenando, no decimos que está bien o que está mal, pero si vamos en pos de él, hagámoslo con los ojos abiertos, sabiendo que una mente que todo el tiempo busca el placer, debe inevitablemente encontrar su sombra, el dolor. No pueden separarse, aunque corramos tras el placer y tratemos de evitar el dolor.

Ahora bien, ¿por qué la mente está siempre exigiendo placer? ¿Por qué hacemos cosas nobles e innobles arrastrados por la corriente oculta del placer? ¿Por qué la delgada veta del placer nos incita a sacrificarnos y a sufrir? ¿Qué es el placer y cómo surge? No sé si se ha formulado usted estas preguntas y ha seguido las respuestas hasta el final.

El placer surge a la existencia en cuatro etapas: percepción, sensación, contacto y deseo. Digamos que veo un hermoso automóvil; enseguida tengo una sensación, una reacción, que se generan por el hecho de mirarlo; después lo toco o me imagino to-

cándolo, y entonces viene el deseo de poseerlo y de mostrarme en él. O veo una hermosa nube, o una montaña recortada contra el cielo, o una hoja que acaba de brotar con la primavera, o un valle profundo lleno de encanto y esplendor, o una gloriosa puesta del Sol, o un rostro bello, inteligente, vivaz –no consciente de sí mismo, ya que entonces dejaría de ser bello–. Miro todas estas cosas con intenso deleite y, mientras las observo, no hay observador sino tan sólo belleza, pura como el amor. Por unos instantes, «yo» estoy ausente, con todos mis problemas, mis ansiedades y desdichas; únicamente existe esa maravilla. Puedo mirarla con júbilo y al instante siguiente olvidarla; de otro modo, interviene la mente y entonces empieza el problema: mi mente piensa sobre lo que ha visto y recuerda cuán bello era; me digo que me gustaría verlo de nuevo muchas veces. El pensamiento comienza a comparar, a juzgar, y dice: «Debo tener eso mañana». La continuidad de una experiencia que ha producido deleite durante un segundo, es alimentada por el pensamiento.

Lo mismo ocurre con el deseo sexual o cualquier otra forma de deseo. No hay nada malo en el deseo; reaccionar es algo perfectamente normal. Si usted me clava un alfiler, reaccionaré a menos que esté paralizado. Pero entonces interviene el pensamiento y, al rumiar sobre el deleite, lo convierte en placer. El pensamiento desea repetir la experiencia, y cuanto más uno la repite, más mecánica se vuelve; cuanto más piensa uno acerca de ella, más fuerza da el pensamiento al placer. Así pues, el pensamiento crea y alimenta el placer por medio del deseo, y le da continuidad; por consiguiente, la reacción natural del deseo ante cualquier cosa bella, es pervertida por el pensamiento. El pensamiento la convierte en un recuerdo, y el recuerdo es luego alimentado mediante el pensar en ello una y otra y otra vez.

Por supuesto, la memoria tiene su lugar en cierto nivel. En la vida cotidiana no podríamos funcionar en absoluto sin ella. En su propio campo tiene que ser eficaz, pero hay un estado de la mente donde la memoria tiene muy poca cabida. Una mente no paralizada por la memoria, es verdaderamente libre.

¿Ha notado alguna vez que cuando responde a algo completamente, con todo su corazón, hay muy poca memoria? Únicamente cuando no respondemos a un reto con todo nuestro ser, hay conflicto, lucha, y esto trae confusión y placer o dolor. Y la lucha engendra recuerdos. A esos recuerdos se suman todo el tiempo otros recuerdos, y éstos son los que responden. Todo cuanto sea resultado de la memoria es viejo y, por lo tanto, jamás es libre. No existe eso que llaman «libertad de pensamiento»; es puro disparate.

El pensamiento jamás es nuevo, porque es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del conocimiento. Debido a que es viejo, convierte en vieja esa cosa que, por unos instantes, uno ha contemplado con deleite y ha sentido con intensidad. De lo viejo obtiene uno placer, jamás de lo nuevo. En lo nuevo no existe el tiempo.

Así pues, si puede usted mirar todas las cosas sin permitir que se introduzca furtivamente el placer, mirar un rostro, un pájaro, el color de un sari, la belleza de una extensión de agua brillando tenuemente bajo el Sol, o cualquier cosa que genere deleite... si puede mirarla sin desear que la experiencia se repita, entonces no habrá dolor ni miedo y, por consiguiente, habrá un júbilo extraordinario.

El esfuerzo por repetir y perpetuar el placer, lo convierte en dolor. Obsérvelo en sí mismo. La propia exigencia de repetición del placer, origina dolor, porque lo que se repite no es lo mismo que fue ayer. Uno lucha por alcanzar el mismo deleite, no sólo para su sentido estético, sino que desea experimentar la misma cualidad interna de la mente, y entonces se siente dolorido y desilusionado porque eso se le niega.

¿Ha observado lo que ocurre cuando se le niega un pequeño placer? Cuando no obtiene lo que desea, se torna ansioso, siente envidia, rencor. ¿Ha notado que, cuando se le niega el placer de beber o fumar, o el placer del sexo, o cualquier otro placer, ha notado por cuántas batallas tiene que pasar? Y todo eso es una forma de miedo, ¿no es así? Usted tiene miedo de no obtener lo que

desea o de perder lo que posee. Cuando alguna creencia o determinada ideología que ha sostenido durante años se ve sacudida o arrancada de usted por la lógica o la vida, ¿no tiene miedo, acaso, de quedarse solo? Esa creencia le ha brindado durante años satisfacción y placer, y cuando se la quitan se siente desamparado, vacío, y el miedo permanece hasta que usted encuentra otra forma de placer, otra creencia.

Esto me parece muy simple, y debido a que es muy simple rehusamos ver su simplicidad. Nos gusta complicarlo todo. Cuando nuestra esposa nos abandona, ¿no nos sentimos celosos? ¿Y nos enojamos? ¿No odiamos al hombre por quien ella se sintió atraída? ¿Y qué es todo eso sino miedo de perder algo que nos ha proporcionado mucho placer, compañía, cierta condición de seguridad y la satisfacción de poseer a alguien?

Si usted comprende, pues, que donde hay búsqueda de placer tiene que haber dolor, viva de ese modo si así lo desea, pero no se limite a dejarse deslizar en él. Sin embargo, si quiere terminar con el placer, lo cual implica terminar con el dolor, debe estar totalmente atento a la estructura completa del placer; no ha de eliminarlo como hacen los monjes y los sanyasis, que jamás miran a una mujer porque piensan que hacerlo es pecado y, debido a eso, destruyen la vitalidad de su comprensión; tiene que ver el significado y la importancia del placer. Entonces conocerá una felicidad extraordinaria en la vida. Usted no puede pensar acerca de la felicidad. La felicidad es algo inmediato, y al pensar en ella uno la convierte en placer. La vida en el presente es percepción instantánea de la belleza y el gran deleite que eso implica, sin que uno busque obtener placer de ello.

3

El miedo, el placer, el dolor, el pensamiento y la violencia están todos relacionados entre sí. La mayoría de nosotros obtiene placer en la violencia, en experimentar aversión por alguien, en

odiar a determinada raza o a un grupo de personas en particular, en tener sentimientos hostiles hacia otros. Pero hay un estado mental en el que toda violencia ha llegado a su fin, y en ese estado existe un júbilo que es muy diferente del placer de la violencia, con sus conflictos, odios y temores.

¿Podemos llegar hasta la raíz misma de la violencia y liberarnos de ella? De lo contrario, viviremos batallando perpetuamente unos contra otros. Si ésa es la manera como usted desea vivir –y aparentemente la mayoría lo desea–, entonces continúe así. Si dice: «Bueno, lo siento, la violencia jamás podrá terminar», usted y yo no tenemos forma de comunicarnos, ya que usted se ha bloqueado a sí mismo; pero si dice que podría haber una manera diferente de vivir, entonces podemos comunicarnos.

Consideremos, pues, juntos, si es de algún modo posible terminar por completo con toda forma de violencia en nosotros mismos y, no obstante, vivir en este mundo monstruosamente brutal. Pienso que es posible. No quiero tener en mí ni un vestigio de odio, celos, ansiedad o miedo. Quiero vivir, vivir en esta Tierra maravillosa, tan plena, tan rica, tan bella. Quiero mirar los árboles, las flores, los ríos, las praderas, mirar a las mujeres, a los muchachos y a las chicas, y al mismo tiempo vivir completamente en paz conmigo mismo y con el mundo. ¿Qué puedo hacer?

Si sabemos cómo considerar la violencia, no sólo exteriormente en la sociedad –las guerras, los motines, los antagonismos nacionales y los conflictos de clase–, sino también en nosotros mismos, entonces quizá seremos capaces de ir más allá.

Aquí hay un problema muy complejo. Durante siglos y siglos, el hombre ha sido violento; en todo el mundo las religiones han tratado de amansarlo, y ninguna de ellas ha tenido éxito. De modo que si vamos a investigar el problema, me parece que debemos ser al menos muy serios al respecto, porque esa investigación va a introducirnos en un dominio por completo diferente, pero si tan sólo deseamos jugar con el problema para entretenernos intelectualmente, no llegaremos muy lejos.

Quizá su sentir sea que usted mismo es muy serio acerca del problema, pero que mientras muchas otras personas en el mundo no sean serias y no estén dispuestas a hacer algo al respecto, ¿de qué sirve que usted haga algo? A mí no me preocupa si los demás toman esto en serio o no. Yo lo tomo en serio, es suficiente. No soy el guardián de mi hermano. Como ser humano, siento muy fuertemente lo que implica este problema de la violencia, y veré que no haya violencia dentro de mí mismo, pero no puedo decirle a usted o a algún otro: «No sea violento». Eso no tiene sentido... a menos que usted mismo lo desee. Por lo tanto, si usted mismo quiere de veras comprender este problema de la violencia, continuaremos juntos en nuestro viaje de exploración.

Este problema de la violencia, ¿se encuentra allá afuera o aquí? ¿Quiere resolver este problema en el mundo exterior, o está cuestionando la violencia misma tal como se manifiesta dentro de usted? Si está libre de violencia en sí mismo, la pregunta es: «¿Cómo he de vivir en un mundo lleno de violencia, afán adquisitivo, codicia, envidia, brutalidad? ¿No seré destruido?»

Ésa es la pregunta inevitable que casi todos formulan invariablemente. Cuando alguien pregunta eso, a mí me parece que en realidad no está viviendo pacíficamente.

Si usted vive pacíficamente, no tendrá problema en absoluto. Podrán encerrarlo porque rehúsa ingresar en el ejército, o fusilarlo porque se niega a combatir; pero ése no es un problema: será fusilado. Es extraordinariamente importante comprender esto.

Estamos procurando comprender la violencia como un hecho, no como una idea, como un hecho que existe en el ser humano, y el ser humano soy yo mismo. Y para investigar el problema, debo ser completamente vulnerable, estar completamente abierto a él. Debo exponerme ante mí mismo –no necesariamente exponerme ante usted, porque usted puede no estar interesado–, pero debo hallarme en un estado mental que me exija considerar esta cosa hasta el fin, sin detenerme en ningún punto diciendo que no iré más allá.

Tiene que ser obvio para mí que soy un ser humano violento. He experimentado la violencia en la ira, en mis requerimientos sexuales, en el odio, en los celos, al generar enemistad, etc. La he experimentado, la he conocido y me digo: «Quiero comprender todo este problema, no sólo un fragmento de él que se expresa en la guerra, sino esta agresión en el hombre, que también existe en los animales, de los que soy parte».

Violencia no es solamente matar a otro. Hay violencia cuando usamos una palabra hiriente, cuando hacemos un gesto para ignorar a una persona, cuando obedecemos por miedo. De modo que la violencia no es tan sólo la matanza organizada en el nombre de Dios, en el nombre de la sociedad o en el nombre del país. La violencia es mucho más sutil, más profunda, y nosotros estamos investigando las profundidades mismas de la violencia.

Cuando usted se califica a sí mismo como hindú o musulmán o cristiano o europeo, o lo que fuere, está siendo violento. ¿Ve por qué es violento? Lo es porque se está separando del resto de la humanidad. Cuando uno se separa a causa de la creencia, de la nacionalidad, de la tradición, eso engendra violencia. Así, un hombre que busca comprender la violencia, no pertenece a ningún país, a ninguna religión, a ningún partido político, a ningún sistema; él se interesa en la comprensión total de la humanidad.

Ahora bien, hay dos escuelas principales de pensamiento en relación con la violencia; una que dice: «La violencia es innata en el hombre», y la otra que dice: «La violencia es el resultado de la herencia social y cultural en que el hombre vive». A nosotros no nos interesa a cuál escuela pertenecemos; eso carece de importancia. Lo que importa es *el hecho* de que somos violentos, no la razón para ello.

Una de las expresiones más comunes de la violencia es la furia. Cuando atacan a mi esposa o a mi hermana, digo que mi furia es justa; cuando atacan a mi país, mis ideas, mis principios, mi estilo de vida, estoy justificadamente furioso. También estoy furioso cuando son atacados mis hábitos o mis pequeñas e insignificantes opiniones. Cuando usted me ofende o me insulta, me

pongo furioso, o si escapa con mi mujer y me siento celoso, considero que esos celos son justos porque ella es mi propiedad. Y toda esta furia se ve justificada moralmente. Pero también se justifica que mate por mi país. Así, cuando hablamos de la furia, que forma parte de la violencia, ¿la consideramos desde el punto de vista de la furia justa e injusta conforme a nuestras propias inclinaciones y al impulso ambiental, o sólo vemos la furia? ¿Hay alguna vez furia justa? ¿O únicamente hay furia? No hay influencia buena o influencia mala; sólo hay influencia. Pero cuando somos influenciados por algo que no nos conviene, lo llamamos una mala influencia. Tan pronto uno protege a su familia, a su país, un trozo de trapo coloreado llamado bandera, una creencia, una idea, un dogma, la cosa que uno reclama o a la que se aferra, esa protección misma denota un estado interno de furia. ¿Puede usted, pues, mirar la furia sin explicarla ni justificarla, sin decir: «Debo proteger mis bienes», o «tenía razón en estar furioso», o «qué estúpido soy al ponerme furioso»?

¿Puede mirar la furia como si ésta fuera algo separado, independiente? ¿Puede mirarla de manera completamente objetiva, o sea, sin defenderla ni condenarla? ¿Puede? ¿Puedo yo *mirarlo* si siento hostilidad hacia usted o si pienso que es una persona maravillosa? Puedo verlo sólo cuando lo miro con cierto interés que no contiene ninguna de estas cosas. Entonces, ¿puedo mirar del mismo modo la furia, lo cual implica que soy vulnerable al problema, que no lo resisto, que observo este fenómeno extraordinario sin que genere en mí reacción alguna?

Es muy difícil mirar la furia desapasionadamente, porque forma parte de mí, pero eso es lo que estoy tratando de hacer. Aquí estoy, un ser humano violento, ya sea negro, moreno, blanco o rojo. No me interesa saber si he heredado esta violencia o si la sociedad la ha engendrado en mí; todo cuanto me interesa es si de algún modo resulta posible liberarse de ella. Estar libre de la violencia lo significa todo para mí. Es más importante para mí que el sexo, la comida, la posición social, porque esta cosa me está corrompiendo. Me destruye y destruye el mundo, y yo necesito comprenderla

e ir más allá de la violencia. Me siento responsable por toda esta furia y esta violencia que hay en el mundo. Me siento responsable –no se trata de un mero montón de palabras– y me digo: «Puedo hacer algo únicamente si yo mismo estoy más allá de la furia, más allá de la violencia, más allá de la nacionalidad». Y este sentimiento de que debo comprender la violencia en mí mismo, trae consigo una vitalidad extraordinaria y pasión por descubrir.

Pero, para estar más allá de la violencia, no puedo reprimirla ni negarla, no puedo decir: «Bueno, ella forma parte de mí y eso es todo», o: «No la deseo». Tengo que mirarla, estudiarla, entrar en contacto íntimo con ella, y no puedo hacerlo si la condeno o la justifico. Sin embargo, la condenamos, la justificamos. En consecuencia, le digo que por ahora deje de condenarla o justificarla.

Ahora bien, si usted quiere detener la violencia, si quiere detener las guerras, ¿cuánta vitalidad, cuánto de sí mismo dedica a ello? ¿No le importa que asesinen a sus niños, que sus hijos ingresen en el ejército donde los intimidan y los matan? ¿No le importa? ¡Dios mío!, si eso no le interesa, ¿qué es, entonces, lo que le interesa? ¿Proteger su dinero? ¿Divertirse? ¿Tomar drogas? ¿No ve, acaso, que esta violencia que existe en usted, está destruyendo a sus hijos? ¿O lo ve sólo como una abstracción?

Muy bien, entonces, si está interesado atienda con todo su corazón y su mente a fin de descubrir. No se limite a sentarse cómodamente y pedir: «Bueno, dígame todo al respecto». Yo le señalo que no puedo mirar la furia ni la violencia con ojos que condenan o justifican, y que si esto no es para usted un problema candente, no podrá eliminar de sí mismo esas dos cosas. Por lo tanto, primero tiene que aprender: aprender cómo mirar la furia, cómo mirar a su esposa o esposo, a sus hijos; tiene que escuchar al político, debe aprender por qué le falta objetividad, por qué condena o justifica. Debe aprender que condena y justifica porque ello forma parte de la estructura social en que vive, de su condicionamiento como alemán o indio o negro o americano o donde fuere que le haya tocado nacer, con toda la torpeza mental que se deriva de este condicionamiento.

Para aprender, para descubrir algo fundamental, debe usted tener la capacidad de ahondar en lo profundo. Si posee un instrumento romo, embotado, no puede penetrar profundamente. Lo que estamos haciendo, pues, es afilar el instrumento, que es la mente, la mente que se ha embotado a causa de este justificar y condenar. Usted puede penetrar en lo profundo sólo si su mente es tan aguda como una aguja y tan fuerte como un diamante. De nada sirve sentarse cómodamente y preguntar: «¿Cómo puedo lograr una mente así?». Tiene que *necesitarla,* tal como necesita su próxima comida, y para eso debe ver que lo que embota su mente y la torna estúpida es este sentido de invulnerabilidad que le ha hecho levantar muros alrededor de sí mismo y que forma parte del condenar y justificar. Si la mente puede desembarazarse de eso, entonces usted podrá mirar, estudiar, penetrar, y quizá llegue a un estado de percepción plena y alerta con respecto a todo el problema.

Volvamos, pues, a la cuestión central: ¿Es posible erradicar la violencia en nosotros mismos? Es una forma de violencia decir: «Usted no ha cambiado, ¿por qué no ha cambiado?». Yo no hago eso. No tiene ningún sentido para mí convencerlo de nada. Es su vida, no mi vida. El modo como vive es asunto suyo. Yo pregunto si es posible, para un ser humano que vive en cualquier sociedad, depurarse internamente, psicológicamente, de toda violencia. Si lo es, el proceso mismo producirá una forma diferente de vivir en este mundo.

La mayoría de nosotros ha aceptado la violencia como un estilo de vida. Dos guerras espantosas no nos han enseñado nada, excepto levantar más y más barreras entre los seres humanos, o sea, entre usted y yo. Pero aquellos de nosotros que queremos liberarnos de la violencia, ¿cómo hemos de hacerlo? Yo no creo que vayamos a lograr nada mediante el psicoanálisis, ya sea que lo efectuemos nosotros mismos o el profesional. Podríamos, quizá, modificarnos ligeramente, vivir, con un poco más de tranquilidad, un poco más de afecto, pero eso no nos dará, por sí solo, la percepción total. Debo saber cómo analizar, lo cual implica que

en el proceso del análisis, mi mente ha de volverse extraordinariamente aguda, y esta cualidad de agudeza, de atención, de seriedad, es la que dará origen a la percepción total. Uno no posee ojos para ver, de una sola mirada, la cosa en su totalidad; esta claridad de visión es posible sólo si uno puede ver los detalles; entonces da el salto. Algunos de nosotros, para liberarnos de la violencia, hemos usado un concepto, un ideal llamado no violencia, y pensamos que, al tener un ideal de lo opuesto a la violencia –la no violencia– podemos librarnos del hecho, de lo real; pero no podemos. Hemos tenido innumerables ideales, todos los libros sagrados están llenos de ellos; sin embargo, seguimos siendo violentos. ¿Por qué, pues, no habérnoslas con la violencia misma y olvidar por completo la palabra *violencia*?

Si queremos comprender lo real, debemos concederle toda nuestra atención, toda nuestra energía. Esa atención y energía se trastornan cuando creamos un mundo ficticio, ideal. ¿Puede usted, entonces, desterrar por completo el ideal? El hombre verdaderamente serio, que siente el impulso de descubrir qué es la verdad, qué es el amor, no tiene conceptos en absoluto. Vive basado únicamente en *lo que es*.

Para investigar el hecho de su propia furia, no debe usted dictar juicio sobre ella, porque tan pronto concibe su opuesto la condena y, por lo tanto, no puede verla tal como es. Cuando dice que siente aversión u odio por alguien, eso es un hecho, aunque suene terrible. Si mira el hecho, si lo examina completamente, eso se termina, pero si dice: «No debo odiar; debo tener amor en mi corazón», está viviendo en un mundo hipócrita con dobles patrones morales. Vivir en el instante, de manera completa, plena, es vivir con *lo que es*, con lo real, sin sentido alguno de condena o justificación; entonces uno comprende el hecho de modo tan completo, que termina con él. Cuando usted ve claramente el problema, éste se resuelve.

Pero ¿puede usted ver claramente el rostro de la violencia, verlo no sólo fuera sino dentro de usted? Si es así, ello implica que está totalmente libre de violencia, ya que no ha admitido ideo-

logía alguna mediante la cual librarse de ella. Esto requiere muy profunda meditación, no sólo acuerdo o desacuerdo verbal. Usted ha leído ahora una serie de declaraciones, pero ¿ha comprendido realmente? Su mente condicionada, su estilo de vida, toda la estructura de la sociedad en que vive, le impiden mirar un hecho y estar inmediatamente libre de él. Usted dice: «Pensaré al respecto; consideraré si es posible o no liberarse de la violencia. Trataré de librarme». Ésa es una de las declaraciones más terribles que uno puede hacer: «Trataré». No hay tal «tratar», ni «hacer lo mejor que pueda». O lo hace o no lo hace. Usted admite el tiempo mientras la casa se está quemando. La casa se quema como resultado de la violencia que reina en todas partes del mundo y dentro de usted, pero usted dice: «Déjeme pensar sobre ello. ¿Qué ideología es mejor para apagar el fuego?». Cuando la casa está ardiendo, ¿disputa usted acerca del color que tiene el cabello del hombre que trae el agua?

4

Ninguna de las angustias de la represión, ni la brutal disciplina de ajustarse a un modelo, ha conducido hacia la verdad. Para dar con la verdad, la mente debe ser por completo libre, sin una pizca de distorsión.

Pero primeramente preguntémonos si de veras queremos ser libres.

Cuando hablamos de libertad, ¿estamos hablando de libertad completa, o de libertad respecto de alguna cosa inconveniente o desagradable o indeseable? Quisiéramos vernos libres de recuerdos feos y dolorosos, y de experiencias desgraciadas, pero conservando nuestras ideologías, fórmulas y relaciones agradables, satisfactorias. Es imposible conservar lo uno sin lo otro porque, como hemos visto, el placer es inseparable del dolor.

Por lo tanto, a cada uno de nosotros corresponde decidir si quiere o no quiere ser completamente libre. Si decimos que sí,

entonces debemos comprender la naturaleza y estructura de la libertad.

Cuando uno está libre *de* algo –libre de pesar, libre de alguna clase de angustia–, ¿es eso libertad? ¿O la libertad en sí es algo por completo diferente? Usted puede estar libre de celos, digamos, pero ¿no es esa libertad una reacción y, por ende, no es libertad en absoluto? Puede librarse del dogma muy fácilmente, analizándolo, echándolo a patadas, pero el motivo de esa libertad respecto del dogma, tiene su propia reacción, porque el deseo de librarse del dogma puede deberse a que éste ya ha pasado de moda o ha dejado de ser conveniente. O puede que uno esté libre del nacionalismo porque cree en el internacionalismo o porque siente que ya no es económicamente necesario aferrarse a este absurdo dogma nacionalista con su bandera y todo ese disparate. Puede eliminar eso fácilmente. O puede reaccionar contra algún líder espiritual o político que le ha prometido la libertad como resultado de la disciplina o de la rebelión. Pero semejante racionalismo, semejante conclusión lógica, ¿tiene algo que ver con la libertad?

Si usted dice que está libre de algo, eso es una reacción que después se convertirá en otra reacción, la cual dará origen a otro amoldamiento, a otra forma de dominio. de este modo, usted puede tener una cadena de reacciones y aceptar cada reacción como libertad. Pero eso no es libertad; es tan sólo continuidad de un pasado que se modifica y al que la mente se aferra.

La juventud de hoy, como toda juventud, se rebela contra la sociedad, y eso es algo bueno en sí mismo, pero la rebelión no es libertad, porque cuando uno se rebela, eso es una reacción; esa reacción establece su propia pauta y uno queda atrapado en ella pensando que es algo nuevo. No lo es; es lo viejo en un molde diferente. Cualquier rebelión, política o social, recaerá inevitablemente en la buena y vieja mentalidad burguesa.

La libertad adviene únicamente cuando uno ve y actúa, jamás gracias a la rebelión. El ver es el actuar, y una acción así es tan instantánea como cuando vemos un peligro. Entonces no hay tra-

bajo cerebral ni discusiones ni vacilaciones; el peligro mismo obliga a actuar; por lo tanto, ver es actuar y estar libre.

La libertad es un estado de la mente; no la libertad respecto de algo, sino un sentido de libertad, libertad para dudar y cuestionar todo; por eso, es tan intensa, activa y vigorosa que desecha toda forma de dependencia, esclavitud, amoldamiento y aceptación. Una libertad así implica estar completa y creativamente solo. Pero, ¿puede la mente educada en una cultura tan dependiente del entorno y de sus propias tendencias, encontrar alguna vez esa libertad que es soledad completa y en la que no hay liderazgo ni tradición ni autoridad?

Esta soledad es un estado interno de madurez mental, que no depende de ningún estímulo ni conocimiento y que no es el resultado de experiencia o conclusión alguna. Muy pocos de nosotros estamos alguna vez internamente solos. Hay una diferencia entre el aislamiento, el separarse uno de los demás, y esta soledad creativa. Todos sabemos qué es estar aislado, qué es construir un muro alrededor de nosotros mismos a fin de que no se nos lastime, qué es no ser vulnerables jamás, o cultivar el desapego –que es otra forma de angustia–, o vivir en alguna soñadora torre de marfil ideológica. La soledad creativa es algo por completo diferente.

Ustedes jamás están solos, porque están llenos de todos los recuerdos, todo el condicionamiento, todos los murmullos del ayer; la mente de ustedes nunca está libre de todos los desperdicios que ha acumulado. A fin de estar internamente solo, uno debe morir para el pasado. Cuando usted está solo, totalmente solo, sin pertenecer a ninguna familia, a ninguna nación, a ninguna cultura, a ningún continente en particular, existe esa sensación de ser un extraño. El hombre que está completamente solo de esta manera, es un ser inocente; esta inocencia libera a la mente, la libera del dolor.

Llevamos con nosotros, a todas partes, la carga de lo que han dicho miles de personas y los recuerdos de todos nuestros infortunios. Abandonar todo eso por completo es estar internamente

solo, y la mente que está sola, no sólo es inocente sino joven –no en el tiempo o en la edad, sino joven, inocente, vital a cualquier edad–, y sólo una mente así puede ver aquello que es la verdad y que las palabras no pueden medir.

En esta soledad, usted comenzará a comprender la necesidad de vivir con usted mismo tal como es, no como cree que debería ser o como ha sido. Vea si puede mirarse a sí mismo sin estremecerse, sin falsa modestia, sin miedo, sin justificación ni condena; sólo viviendo consigo mismo tal como es realmente. Cuando uno vive íntimamente con algo, empieza a comprenderlo. Pero tan pronto se acostumbra –se acostumbra a su propia ansiedad o envidia o lo que fuere– ya no está viviendo más *con* ello. Si uno vive junto a un río, después de unos cuantos días ya no escucha más el sonido del agua, o si tiene en la habitación un cuadro que ve todos los días, al cabo de una semana lo pasa por alto. Lo mismo ocurre con las montañas, los valles, los árboles, así como con nuestra familia, nuestra esposa, nuestro marido, etc. Pero para vivir con algo como los celos, la envidia o la ansiedad, jamás debemos acostumbrarnos a ello ni aceptarlo. Debemos cuidarlo como cuidaríamos un árbol recién plantado, protegiéndolo contra el Sol, contra las tormentas. Debemos prestarle atención, interesarnos en ello, no condenarlo o justificarlo. En consecuencia, comenzamos a amarlo. No es que amemos el hecho de ser envidiosos o ansiosos, como sucede con mucha gente, sino que nos interesa observar lo que ocurre.

¿Puede, pues –podemos usted y yo–, vivir con lo que realmente somos, sabiendo que somos torpes, envidiosos, miedosos, que creemos tener un afecto tremendo cuando no lo tenemos, que con la misma facilidad nos sentimos lastimados, halagados o aburridos? ¿Podemos vivir con todo eso sin aceptarlo ni negarlo, sólo observándolo sin volvernos morbosos, sin deprimirnos ni exaltarnos?

Formulémonos ahora una pregunta más. Esta libertad, esta soledad creativa, este entrar en contacto con toda nuestra estructura interna, ¿puede darse a través del tiempo? O sea, ¿puede lo-

grarse la libertad mediante un proceso gradual? Evidentemente no, porque tan pronto introducimos el tiempo, nos esclavizamos más y más. Uno no puede liberarse gradualmente. La libertad no es una cuestión de tiempo.

La pregunta que sigue es: ¿Puede usted tornarse consciente de esa libertad?

Si dice «Soy libre», no es libre. Es como una persona que dice: «Soy feliz». Apenas dice: «Soy feliz», está viviendo en el recuerdo de algo que se ha ido. La libertad sólo puede surgir naturalmente, no pidiéndola ni deseándola ni añorándola. Tampoco la encontrará fabricando una imagen de lo que usted cree que es la libertad. Para dar con ella, la mente tiene que aprender a mirar la vida, que es un movimiento inmenso, no esclavizado al tiempo, porque la libertad se encuentra más allá del campo de la conciencia.

5

La necesidad de sentirnos seguros en nuestras relaciones, engendra inevitablemente dolor y miedo. Esta búsqueda de seguridad invita a la inseguridad. ¿Ha encontrado usted alguna vez seguridad en alguna de sus relaciones? ¿La ha encontrado? Casi todos deseamos la seguridad de amar y ser amados, pero ¿hay amor cuando cada uno de nosotros busca su propia seguridad, su propio sendero particular? No somos amados porque no sabemos cómo amar.

¿Qué es el amor? La palabra está cargada y corrompida, que casi no me agrada usarla. Todo el mundo habla de amor; las revistas, los diarios, los misioneros... todos hablan perpetuamente de amor. «Amo a mi país, amo a mi rey, amo cierto libro, amo esa montaña, amo el placer, amo a mi esposa, amo a Dios». ¿Es una idea el amor? Si lo es, puede ser cultivado, nutrido, acariciado, empujado de un lado a otro, deformado a nuestro antojo. Cuando decimos que amamos a Dios, ¿qué significa eso? Significa que amamos una proyección imaginaria, una proyección de nosotros

mismos revestida con cierta forma de respetabilidad conforme a lo que pensamos que es noble y santo; de modo que decir: «Amo a Dios», es un absoluto destino. Cuando ustedes adoran a Dios, se están adorando a sí mismos. Y eso no es amor.

Debido a que no podemos resolver esta cosa humana llamada amor, escapamos hacia abstracciones. El amor puede ser la solución final a todas las dificultades del hombre, a sus problemas y afanes; entonces, ¿cómo vamos a descubrir qué es el amor? ¿Limitándonos a definirlo? La iglesia lo ha definido de un modo, la sociedad de otro, y hay toda clase de desviaciones y perversiones. Adorar a alguien, dormir con alguien, el intercambio emocional, el compañerismo... ¿es eso lo que entendemos por amor? Ésa ha sido la norma, el patrón, y ello se ha vuelto tan tremendamente personal, sensual y estrecho, que las religiones han declarado que el amor es algo mucho más que esto. En lo que ellas llaman «amor humano», ven que hay placer, competencia, celos, deseo de poseer, retener, controlar e interferir con el pensar de otra persona, y conociendo la complejidad de todo esto, dicen que debe existir otra clase de amor: divino, bello, indemne, incorrupto.

En todas partes del mundo, los hombres así llamados santos han sostenido que mirar a una mujer es algo totalmente censurable; dicen que uno no puede acercarse a Dios si se abandona al sexo; en consecuencia, lo hacen a un lado aunque se sientan devorados por él. Pero, al negar la sexualidad, se sacan los ojos y se cortan la lengua, porque niegan toda la belleza de la Tierra. Han hambreado sus corazones y sus mentes; son seres humanos desecados; han desterrado la belleza porque la belleza está asociada con la mujer.

¿Puede el amor ser dividido en sagrado y profano, en humano y divino, o sólo existe el amor? El amor, ¿es del uno y no de los muchos? Si digo: «Te amo», ¿excluye eso el amor a otro ser humano? ¿Es personal el amor o es impersonal? ¿Es moral o inmoral? ¿Es familiar o es no familiar? Si uno ama a la humanidad, ¿puede amar lo particular? ¿Es sentimiento el amor? ¿Es emo-

ción? ¿Es placer y deseo? Todas estas preguntas indican, ¿no es así?, que tenemos ideas acerca del amor, ideas acerca de lo que éste debería o no debería ser, un modelo o un código desarrollado por la cultura en que vivimos.

Para investigar, pues, la cuestión de lo que es el amor, debemos primero liberarnos de lo que los siglos han incrustado en nosotros, desechar todos los ideales y las ideologías acerca de lo que debería o no debería ser. El dividirlo todo en lo que debería ser y *lo que es*, constituye la más engañosa forma de habérnoslas con la vida.

Ahora bien, ¿cómo voy a descubrir qué es esta llama a la que doy el nombre de amor –cómo voy a expresarla a otra persona, sino qué implica en sí misma–? Primero rechazaré lo que han dicho al respecto la iglesia, la sociedad, mis padres y amigos, toda persona y todo libro; lo rechazaré porque quiero descubrir por mí mismo qué es el amor. Aquí hay un problema inmenso que involucra a toda la humanidad. Ha habido mil maneras de definir el amor, y yo mismo estoy atrapado en un patrón u otro, conforme a lo que me agrada o deleita en ese momento. ¿No debo, pues, a fin de comprenderlo, liberarme en primer lugar de mis propias inclinaciones y prejuicios? Estoy confuso, atormentado por mis propios deseos, así que me digo: «Primero despeja tu propia confusión. Quizá puedas descubrir qué es el amor, viendo todo aquello que no lo es».

El gobierno nos dice que vayamos y matemos por amor a nuestro país. ¿Es amor eso? La religión nos dice que renunciemos al sexo por amor a Dios. ¿Es amor eso? El deseo, ¿es amor? No diga que no. Para la mayoría de nosotros, el amor es deseo con placer, placer que obtenemos por medio de los sentidos, del apego sexual y su satisfacción. No estoy contra el sexo, pero veamos qué implica. Lo que el sexo nos brinda momentáneamente es el abandono total de nosotros mismos; después regresamos nuevamente a nuestra confusión y deseamos una y otra vez la repetición de ese estado en el que no hay preocupaciones ni problemas ni «yo». Usted dice que ama a su esposa. En ese amor

está contenido el placer sexual, el placer de tener en la casa a alguien que cuide a sus hijos, que cocine. Usted depende de ella; ella le ha entregado su cuerpo, sus emociones, su estímulo, cierto sentimiento de seguridad y bienestar. Y entonces sucede que ella lo abandona; se ha aburrido o se escapa con algún otro. Y a usted se le destruye todo su equilibrio emocional; y esta perturbación que le desagrada es lo que llaman celos. En eso hay pena, ansiedad, odio y violencia. De modo que, en realidad, está usted diciendo: «En tanto me pertenezcas, te amo, pero tan pronto dejes de hacerlo, comenzaré a odiarte. Mientras pueda confiar en ti para satisfacer mis exigencias sexuales y de otro tipo, te amo, pero apenas dejes de proporcionarme lo que deseo, ya no me agradas». Por lo tanto, entre ustedes hay antagonismo, hay separación, y cuando uno se siente separado de otro, no hay amor. Pero si puede vivir con su esposa sin que el pensamiento genere en usted todos estos estados contradictorios, estas interminables disputas, entonces quizá –quizá– sabrá qué es el amor. Entonces es usted completamente libre y lo es ella, mientras que si depende de su esposa para todos sus propios placeres, es un esclavo de ella. Así pues, cuando uno ama tiene que haber libertad, no sólo respecto de la otra persona, sino respecto de uno mismo.

Este pertenecer a otro, este ser nutrido psicológicamente por otro, depender de otro... en todo esto tiene que haber siempre ansiedad, miedo, celos, culpa; y en tanto haya miedo no hay amor. Una mente agobiada por el sufrimiento jamás sabrá qué es el amor. El sentimentalismo y el emocionalismo no tienen nada que ver con el amor. Y el amor no tiene, pues, nada que ver con el placer y el deseo.

El amor no es producto del pensamiento. El pensamiento, que es el pasado, no puede cultivar el amor. El amor no está encerrado ni atrapado en los celos, porque los celos pertenecen al pasado. El amor es siempre activo, está siempre en el presente. No es: «Yo amaré». Si usted conoce el amor, no seguirá a nadie. El amor no obedece. El amor no es cuestión de respeto ni de falta de respeto.

¿No sabe usted qué significa amar verdaderamente a alguien, amar sin odio, sin ira, sin desear interferir con lo que el otro hace o piensa, sin condenar, sin comparar... ¿no sabe lo que eso significa? Donde hay amor, ¿hay comparación? Cuando usted ama a alguien, con todo su corazón, con toda su mente, con todo su cuerpo, con su ser total, ¿hay comparación? Cuando se abandona totalmente a ese amor, no existe lo otro.

¿Es el amor cosa de responsabilidad y deber? ¿Usará el amor esas palabras? Cuando uno hace algo a causa del deber, ¿hay en eso amor alguno? En el deber no hay amor. La estructura del deber, en la que el ser humano se halla atrapado, lo está destruyendo. En tanto uno esté obligado a hacer algo porque ése es su deber, no puede amar lo que está haciendo. Cuando hay amor, uno no actúa por deber ni por responsabilidad.

Casi todos los padres, desafortunadamente, piensan que son responsables por sus hijos, y su sentido de responsabilidad adopta la forma de decirles lo que deben y lo que no deben hacer, lo que deben y lo que no deben llegar a ser en la vida. Los padres quieren que sus hijos tengan una posición segura en la sociedad. Lo que ellos llaman responsabilidad, forma parte de esa respetabilidad que veneran; y, a mi entender, donde hay respetabilidad no hay orden. Ellos se interesan tan sólo en que sus hijos se conviertan en unos perfectos burgueses. Cuando los preparan para que encajen en la sociedad, están perpetuando el conflicto, la brutalidad y la guerra. ¿Llama a eso cuidado y amor por los hijos?

Cuidar realmente a alguien es cuidarlo como uno cuidaría un árbol o una planta; uno la riega, estudia sus necesidades, busca la mejor tierra, se ocupa de ella con delicadeza y ternura; pero cuando uno prepara a sus hijos para que encajen en la sociedad, los está preparando para que los maten. Si ustedes amaran a sus hijos, no tendrían guerras.

Cuando usted pierde a alguien a quien ama, derrama lágrimas. Sus lágrimas, ¿son por usted mismo o por la persona que ha muerto? ¿Llora por el otro o por sí mismo? ¿Alguna vez ha llorado por otro? ¿Alguna vez ha llorado por su hijo, muerto en el

campo de batalla? Ha llorado, sí, pero esas lágrimas, ¿surgieron de la autocompasión, o ha llorado porque mataron a un ser humano? Si llora a causa de la autocompasión, sus lágrimas no tienen sentido, porque usted se preocupa por sí mismo. Si llora porque se ha visto privado de alguien en quien había invertido mucho afecto, eso no era verdadero afecto. Cuando llora por su hermano que ha muerto, llore *por él*. Es muy fácil llorar por usted mismo a causa de que él se ha ido. Aparentemente, está llorando porque su corazón se halla conmovido, pero no se halla conmovido por él; sólo se conmueve debido a la autocompasión, y la autocompasión lo endurece, lo encierra a usted en sí mismo, lo embota y atonta.

Cuando usted llora por sí mismo, ¿es eso amor? ¿Es amor llorar porque se siente solo, porque lo han abandonado, porque ya no es más poderoso –lamentándose de su destino, de su entorno–, siempre derramando lágrimas por usted? Si comprende esto, lo cual implica que entra en contacto con ello tan directamente como si tocara un árbol o una columna o una mano, entonces verá que el dolor es autocreado, que lo crea el pensamiento, que es el resultado del tiempo. Hace tres años tenía a mi hermano, y ahora está muerto, ahora me siento solo, sufro, no hay nadie a quien pueda acudir por consuelo o compañía, y eso trae lágrimas a mis ojos.

Todo esto puede verlo ocurriendo dentro de usted, si lo observa. Puede verlo plenamente, completamente, de una sola mirada, no tiene que emplear tiempo analizándolo. En un instante puede ver toda la estructura y naturaleza de esta pequeña cosa vulgar llamada el «yo»: *mis* lágrimas, *mi* familia, *mi* nación, *mi* creencia, *mi* religión... toda esa fealdad se encuentra dentro de usted. Cuando ve eso en su corazón, no con su mente, cuando lo ve desde el fondo mismo de su corazón, tiene la llave que habrá de terminar con el dolor. El dolor y el amor no pueden ir juntos, pero en el mundo cristiano han idealizado el sufrimiento, lo han puesto en una cruz y lo han adorado, dando a entender que uno jamás podrá escapar del sufrimiento excepto a través de esa única puer-

ta en particular, y ésta es toda la estructura de una sociedad religiosa y explotadora.

Cuando usted pregunta, pues, qué es el amor, quizá tenga demasiado miedo de ver la respuesta. Puede significar un completo cataclismo, podría disolver la familia; usted podría descubrir que no ama a su esposa, a su marido, a sus hijos, ¿no es así?, podría tener que hacer añicos la casa que ha construido, podría no regresar nunca más al templo.

Pero si, a pesar de eso, quiere descubrir, verá que el miedo no es amor, que la dependencia no es amor, que el afán de poseer y dominar no es amor, que no son amor la responsabilidad y el deber, la autocompasión, la angustia de no ser amado; que el amor no es lo opuesto del odio, tal como la humildad no es lo opuesto de la vanidad. Por lo tanto, si usted quiere eliminar todas estas cosas, no mediante la fuerza, sino tal como la lluvia lava una hoja limpiándola del polvo acumulado durante muchos años, entonces quizá dará con esta flor extraña que el hombre siempre ha anhelado.

Si usted no tiene amor –no solo en pequeñas gotas sino en abundancia–, si no está lleno de amor, el mundo marchará al desastre. Usted sabe intelectualmente que la unión de la humanidad es esencial, y que el amor es el único camino, pero ¿quién va a enseñarle cómo amar? ¿Alguna autoridad, algún método, algún sistema, le dirán cómo amar? Si alguien se lo dice, eso no es amor. ¿Puede usted decir: «Practicaré el amor, me sentaré día tras día y pensaré al respecto. Practicaré siendo bondadoso y amable, y me esforzaré en prestar atención a los demás»? ¿Quiere usted decir que puede disciplinarse para amar, que puede ejercitar la voluntad para amar? Cuando uno ejercita la disciplina y la voluntad para amar, el amor se va por la ventana. Practicando algún método o sistema de amar, quizá se vuelve usted extraordinariamente hábil o más benévolo o alcance un estado de no violencia, pero eso no tiene nada que ver con el amor.

En este mundo atormentado y desierto no hay amor, porque el placer y el deseo juegan los roles principales; pero sin amor,

nuestra vida de todos los días no tiene sentido. Y usted no puede tener amor si no hay belleza. La belleza no esa algo que uno ve –no es un bello árbol, un bello cuadro, un bello edificio, una bella mujer–. Hay belleza sólo cuando nuestro corazón y nuestra mente saben qué es el amor. Sin amor y ese sentido de la belleza, no hay virtud, y usted sabe muy bien que, haga lo que hiciere –mejorar la sociedad, alimentar a los pobres–, sólo estará generando más daño, porque sin amor sólo hay fealdad y pobreza en su propia mente y en su corazón. Pero cuando hay amor y belleza, cualquier cosa que usted haga estará bien, cualquier cosa que haga estará en orden. Si usted sabe amar, entonces puede hacer lo que quiera, porque ello resolverá todos los demás problemas.

Llegamos, pues, al punto: ¿Puede la mente, sin disciplinas, sin pensamiento, sin esfuerzo, sin libro, maestro ni líder alguno, dar con el amor, dar con él como uno da con una bella puesta del Sol? Me parece que una cosa es absolutamente necesaria, y es la pasión sin motivo, pasión que no es el resultado de algún compromiso o apego, pasión que no es lujuria. Un hombre que no sabe qué es esa pasión, jamás conocerá el amor, porque el amor surge a la existencia únicamente cuando hay total olvido de uno mismo.

Una mente que busca no es una mente apasionada, y dar con el amor sin buscarlo es la única manera: dar con él inadvertidamente y no como resultado de la experiencia o de esfuerzo alguno. Usted descubrirá que un amor así no pertenece al tiempo; es personal e impersonal, es amor a uno y amor a muchos. Como una flor que exhala perfume, usted puede aspirarlo o pasar de largo. Esa flor es para todos y para aquel que se toma el trabajo de aspirar profundamente su fragancia y contemplarla con deleite. Ya sea que uno se encuentre muy cerca en el jardín o muy lejos, para la flor es igual, porque está llena de ese perfume y, por lo tanto, lo comparte con todos.

El amor es algo siempre nuevo, fresco, vital. No tiene ayer ni mañana. Está más allá de la confusión del pensamiento. Sólo la mente inocente sabe qué es el amor y puede vivir en el mundo

–que no es inocente–. Descubrir esta cosa extraordinaria que el hombre ha buscado incesantemente por medio del sacrificio, de la adoración, de las relaciones, del sexo, de todas las formas de placer y dolor, es posible sólo cuando el pensamiento alcanza a comprenderse a sí mismo y llega naturalmente a su fin. Entonces el amor no tiene opuesto y, por ende, carece en absoluto de conflicto.

Usted podrá preguntar: «Si encuentro un amor así, ¿qué ocurre con mi esposa, mis hijos, mi familia? Ellos deben tener seguridad». Cuando uno formula una pregunta semejante es porque nunca ha estado fuera del campo del pensamiento, del campo de la conciencia. Una vez que usted ha estado fuera de ese campo, jamás formulará una pregunta así, porque entonces sabrá qué es el amor en el que no existe el pensamiento y, por consiguiente, no existe el tiempo. Usted podrá leer esto, hipnotizado y encantado, pero ir de veras más allá del pensamiento y del tiempo –que implica ir más allá del sufrimiento– es darse cuenta de que existe una dimensión diferente llamada amor.

Pero usted no sabe cómo dar con esta fuente extraordinaria. Entonces, ¿qué hace? Si no sabe qué hacer, no hace nada, ¿verdad? Absolutamente nada. Entonces se halla por completo silencioso en lo interno. ¿Comprende lo que eso significa? Significa que no busca, no desea, no persigue cosa alguna; no hay centro en absoluto. Entonces hay amor.

EL ÚLTIMO DIARIO (I)

25 de febrero de 1983

Hay un árbol junto al río, y hemos estado observándolo día tras día durante algunas semanas, cuando el Sol está a punto de asomarse. A medida que el Sol se levanta lentamente sobre el horizonte, por encima de los árboles, este árbol particular se torna súbitamente de oro. Todas las hojas se ven radiantes de vida, y cuando uno contempla ese árbol mientras las horas pasan –no importa el nombre del árbol, lo que importa es su belleza–, una cualidad extraordinaria parece extenderse sobre toda la Tierra, sobre el río. Y cuando el Sol asciende un poco más, las hojas comienzan a aletear, a danzar. Y cada hora que pasa parece conferir a ese árbol una cualidad diferente. Antes de salir el Sol, se lo ve melancólico, sosegado, muy distante y pleno de dignidad. Y al comenzar el día, las hojas cubiertas de luz danzan y le dan al árbol ese peculiar sentido que uno tiene de inmensa belleza. A mediodía, su sombra se ha hecho más profunda, y uno puede sentarse ahí protegido del Sol, sin sentirse jamás solo con el árbol como compañero. Mientras uno permanece ahí, existe una relación de profunda y perdurable seguridad y una libertad que únicamente los árboles pueden conocer.

Hacia el anochecer, cuando el cielo occidental se ilumina con el Sol poniente, el árbol se vuelve poco a poco sombrío, oscuro y se cierra sobre sí mismo. El cielo se ha tornado rojo, amarillo y

verde, pero el árbol permanece quieto, oculto, y descansa durante la noche.

Si uno establece una relación con el árbol, está relacionado con toda la humanidad. Uno es responsable, entonces, por ese árbol y por los árboles del mundo. Pero si uno no se relaciona con las cosas vivientes de esta Tierra, puede perder toda relación con la humanidad, con los seres humanos. Nosotros nunca observamos profundamente la cualidad de un árbol; nunca lo tocamos realmente, sintiendo su solidez, su áspera corteza, ni escuchamos el sonido que forma parte del árbol. No el sonido del viento entre las hojas, ni el de la brisa que en la mañana agita el follaje, sino el sonido propio del árbol, el sonido del tronco y el silencioso sonido de las raíces. Uno tiene que ser extraordinariamente sensible para escuchar el sonido. Este sonido no es el ruido del mundo, ni el ruido del parloteo mental, ni el de la vulgaridad de las disputas humanas y del conflicto humano, sino el sonido como parte del universo.

Es extraño que tengamos tan poca relación con la naturaleza, con los insectos, con la rana saltarina, con el búho que ulula entre los cerros llamando a su pareja. Parece que nunca experimentamos sentimiento alguno por todas las cosas vivientes de la Tierra. Si pudiéramos establecer una profunda y duradera relación con la naturaleza, jamás mataríamos un animal para satisfacer nuestro apetito, jamás haríamos daño a un mono, a un perro o a un conejillo de Indias practicando en ellos la vivisección para nuestro propio beneficio. Encontraríamos otros medios para curar nuestras heridas, nuestros cuerpos. Pero la curación de la mente es algo por completo distinto. Esa curación tiene lugar gradualmente si uno está con la naturaleza, con esa naranja en el árbol, con la brizna de hierba que empuja a través del cemento, con los cerros cubiertos, ocultos por las nubes.

Esto no es sentimentalismo ni imaginación romántica, sino la realidad de una relación con todo cuanto vive y se mueve sobre la Tierra. El hombre ha matado millones de ballenas y aún las sigue matando. Todo lo que obtenemos de esa matanza podríamos

obtenerlo por otros medios. Pero, al parecer, el hombre gusta de matar cosas; mata al ciervo veloz, a la maravillosa gacela y al gran elefante. Nos gusta matarnos los unos a los otros. Este matar a otros seres humanos jamás ha cesado a lo largo de toda la historia del hombre sobre la Tierra. Si pudiéramos –y tenemos que hacerlo– establecer una profunda y perdurable relación con la naturaleza, con los árboles, los arbustos, las flores, la hierba y las rápidas nubes, jamás mataríamos a otro ser humano por ninguna razón. La guerra es el asesinato organizado, y aunque nos manifestemos contra una guerra en particular –la guerra nuclear o cualquier otro tipo de guerra–, jamás nos hemos manifestado contra la guerra en sí. Jamás hemos dicho que matar a otro ser humano es el más grande pecado de la Tierra.

28 de febrero de 1983

Volando a 41.000 pies de altura, de un continente a otro, uno no ve más que nieve, millas y millas de nieve; todas las montañas y los cerros están cubiertos de nieve, y también los ríos están helados. Se los ve ondular, serpentear por toda la tierra. Y muy lejos, abajo, las granjas distantes están cubiertas de hielo y nieve. Es un largo y fatigoso viaje de once horas. Los pasajeros parloteaban todo el tiempo. Y al fin, después de un tedioso y sereno vuelo en lo más recio del invierno, aterrizamos en la ciudad del Pacífico.

Después del ruido y del alboroto, abandonamos esa desagradable, desproporcionada, vulgar y vociferadora ciudad con sus interminables tiendas que venden, casi todas ellas, las mismas cosas. Dejamos todo eso detrás y recorremos la costa por la carretera del azul Pacífico, siguiendo la orilla por un bello camino que pasa a través de los cerros y se encuentra a menudo con el mar; y cuando el Pacífico queda atrás, penetramos en el campo, después de serpentear por varias pequeñas colinas apacibles, tranquilas, llenas de esa extraña dignidad de la tierra, y finalmen-

que llegamos al valle. Uno ha estado allí por los últimos sesenta años, y cada vez se asombra al entrar en este valle silencioso que casi no ha sido tocado por el hombre. Penetra en este valle que parece una inmensa copa, un nido. Entonces abandona el pequeño poblado y asciende unos 1.400 pies, atravesando hileras e hileras de huertos y naranjales. El aire está perfumado de azahar. Todo el valle se halla impregnado de ese aroma. Y el perfume de azahar llena la mente, el corazón, todo el cuerpo. Es la más extraordinaria sensación la de vivir en medio de un perfume que perdurará durante cerca de tres semanas o más. Y hay quietud en las montañas, una gran dignidad. Y cada vez que uno mira esos cerros y la alta cumbre que está a más de 6.000 pies, se sorprende realmente de que exista una región semejante. Siempre que uno llega a este valle tan quieto y apacible, hay un extraño sentimiento de distancia, de silencio profundo y de una vasta y lenta expansión del tiempo.

El hombre trata de estropear el valle, pero éste ha sido preservado. Y esa mañana, las montañas se veían extraordinariamente bellas. Uno casi podía tocarlas. Contienen toda la majestad, el inmenso sentido de permanencia. Y uno penetra silenciosamente en la casa donde ha vivido por más de sesenta años, y la atmósfera, el aire es –si se puede usar esa palabra– sagrado. Uno lo siente, casi puede palparlo con la mano. Como ha llovido considerablemente, porque es la estación de las lluvias, todos los cerros y los pequeños pliegues de la montaña están verdes, florecientes, plenos; la tierra sonríe ante tanto deleite, con cierta callada y profunda comprensión de su propia existencia.

«Usted ha dicho una y otra vez que la mente, o si lo prefiere, el cerebro, debe vaciarse a sí mismo de todo el conocimiento que ha reunido, no sólo para ser libre sino para poder comprender algo que no es del tiempo ni del pensamiento ni de acción alguna. Usted ha dicho esto de diferentes maneras en la mayoría de sus pláticas, y yo encuentro terriblemente difícil de captar no sólo la idea, la profundidad de ello, sino el sentimiento de silencioso vacío, si puedo usar esa palabra. Jamás he podido tantear

mi camino en ello. He intentado diversos métodos para terminar con el parloteo de la mente, con la incesante ocupación en una u otra cosa y con los problemas que crea esta misma ocupación. Y del modo como uno vive, está atrapado en todo esto. Ésta es nuestra vida cotidiana: el tedio, la charla permanente que tiene lugar en una familia; y cuando no se charla, está la televisión o un libro. La exigencia de la mente parece ser la de hallarse ocupada, la de moverse de una cosa a otra, de un conocimiento a otro, de una acción a otra con el constante movimiento del pensar.»

Como lo señalamos, el pensamiento no puede ser detenido por la mera determinación, por una decisión de la voluntad, o por el apremiante y urgente deseo de penetrar en la calidad del quieto, silencioso vacío.

«Yo me descubro a mí mismo envidioso con respecto a algo que creo, que siento verdadero y que me gustaría tener, pero ello siempre me ha eludido, ha permanecido siempre más allá de mi captación. He venido, como lo he hecho a menudo, para hablar con usted. ¿Por qué en mi vida cotidiana, en mis ocupaciones diarias no existe la estabilidad, la firmeza de aquella quietud? ¿Por qué falta esto en mi vida? Me he preguntado a mí mismo qué he de hacer. Y también me doy cuenta de que no puedo hacer mucho al respecto, o que no puedo hacer absolutamente nada. Pero la irritación sigue ahí, no puedo despreocuparme de ella. Si sólo pudiera experimentar aquello una vez, entonces ese recuerdo mismo me sostendría, daría significación a una vida en realidad bastante absurda. He venido, pues, a inquirir, a sondear esta cuestión: ¿Por qué la mente –tal vez sería mejor la palabra cerebro– exige estar siempre ocupada?»

10 de marzo de 1983

El otro día, mientras uno paseaba por un apartado sendero boscoso, lejos del ruido y la brutalidad y vulgaridad de la civilización, muy lejos de cuanto el hombre ha producido, había una sensación

de gran quietud que abarcaba todas las cosas, una quietud serena, distante y colmada del sonido de la tierra. Mientras uno caminaba tranquilamente, sin perturbar las cosas de la tierra que le rodeaban –los arbustos, los árboles, los grillos y los pájaros–, súbitamente, a la vuelta de un recodo, aparecieron dos pequeñas criaturas riñendo la una con la otra, peleando a su pequeño modo peculiar. Uno estaba tratando de ahuyentar a la otra, que molestaba intentando introducirse en el pequeño agujero que no le pertenecía, y la propietaria la rechazaba. Pronto venció la propietaria y la otra escapó. Y nuevamente hubo quietud, un sentido de profunda soledad. Y mientras uno iba mirando hacia arriba, el sendero se internaba alto en las montañas y la cascada murmuraba dulcemente cayendo a un lado del camino; había una gran belleza y una dignidad infinita, no la dignidad que logra el hombre y que parece tan vana y arrogante. La pequeña criatura se había identificado con su hogar, tal como lo hacen los seres humanos. Nosotros estamos siempre tratando de identificarnos con nuestra raza, con nuestra cultura, con las cosas en que creemos, con alguna figura mística, algún salvador, alguna clase de autoridad suprema. El identificarse con algo parece ser la naturaleza del hombre. Probablemente, este sentimiento nuestro proviene de ese pequeño animal.

Uno se pregunta por qué existe esta ansia, este anhelo de identificación. Es comprensible la identificación con las propias necesidades físicas: las cosas indispensables, ropas, alimento, vivienda, etc. Pero internamente, bajo la piel por así decir, tratamos de identificarnos con el pasado, con la tradición, con alguna extravagante imagen romántica, con algún símbolo muy apreciado. E indudablemente, en esta identificación hay una sensación de estar seguros, a salvo, de ser dueños de aquello con que nos identificamos y, a la vez, de pertenecerle. Esto nos proporciona un gran bienestar. Y ese bienestar, esa seguridad la obtenemos de cualquier forma de ilusión. Y el hombre, aparentemente, necesita muchas ilusiones.

En la distancia se oye el ulular de un búho, y llega una profunda respuesta gutural desde el otro lado del valle. Todavía está

amaneciendo. El ruido del día no ha comenzado y todo está muy quieto. Existe algo extraño y sagrado allí donde el Sol se asoma. Hay una plegaria, un canto a la aurora, a esa singular luz quieta. En esa madrugada la luz era suave, no soplaba ni una brisa y toda la vegetación, los árboles, los arbustos, estaban inmóviles, silenciosos, aguardando. Aguardaban la salida del Sol. Y quizás el Sol no se levantaría aún por una media hora o algo así, y el amanecer estaba cubriendo lentamente la Tierra con una extraña calma.

Gradualmente, pausadamente, la más alta de las montañas se estaba tornando más brillante, dorada y clara mientras el Sol la iba alcanzando; y la nieve era pura, no la afectaba la luz del día.

A medida que uno ascendía dejando muy abajo los pequeños senderos de la aldea, el sonido de la tierra, los grillos, las codornices y otros pájaros empezaron su cántico matinal de exquisita adoración al día. Y mientas el Sol se levantaba, uno era parte de esa luz y había dejado atrás todo cuanto es producto del pensamiento. Había un completo olvido de uno mismo. La psique estaba libre de sus luchas y pesares. Y mientras uno caminaba ascendiendo más y más, no existía sentido alguno de separación, ni siquiera el sentido de ser uno un ser humano.

La niebla de la mañana se estaba concentrando lentamente en el valle, y esa niebla era uno mismo, era el hombre volviéndose más y más espeso, sumergiéndose más y más en la fantasía, en las ideas románticas, en la necedad de la propia vida. Y después de un largo período de tiempo, uno llegó abajo. Se escuchaba el murmullo del viento, de los insectos, los llamados de innumerables pájaros. Y a medida que uno descendía, la niebla iba desapareciendo. Había calles, tiendas, y la gloria del amanecer se estaba desvaneciendo rápidamente. Y la gente comenzaba su rutina diaria, atrapada en el hábito del trabajo, en las disputas entre hombre y hombre, en las divisiones de la identificación, la división de las ideologías, las preparaciones para las guerras, el propio pesar interno, y el perpetuo dolor del hombre.

18 de marzo de 1983

En el comedero de los pájaros había una docena o más de ellos, picoteando los granos, pugnando, peleándose entre sí, y cuando llegó otro pájaro grande, todos escaparon batiendo las alas. Cuando el pájaro grande volvió a irse, regresaron con su parloteo, riñendo, piando, haciendo una bulla tremenda. Pronto pasó cerca un gato y hubo agitación, chillidos y un gran alboroto. Ahuyentaron al gato, que era uno de esos gatos salvajes, no un gato mimado; hay muchos de esos gatos salvajes en los alrededores, los hay de formas, tamaños y colores diferentes. En el comedero había pájaros durante todo el día, algunos pequeños, otros grandes, y después llegó una urraca regañando a todos, a todo el universo, y ahuyentó a los otros pájaros –o más bien se fueron cuando la urraca llegó–. Estaban todos muy alerta a causa de los gatos. Y cuando estuvo cercano el anochecer, todos los pájaros volaron y hubo silencio, quietud, paz. Los gatos iban y venían, pero ya no había pájaros.

Esa mañana, las nubes estaban llenas de luz y el aire contenía la promesa de más lluvias. Había estado lloviendo durante las últimas semanas. Hay un lago artificial, y las aguas estaban a punto de desbordarse. Todas las hojas verdes y los arbustos y los grandes árboles aguardaban la presencia del Sol, que no había aparecido con ese brillo que tiene el Sol californiano; durante algunos días no había mostrado su rostro.

Uno se pregunta cuál es el futuro de la humanidad, el futuro de todos esos niños que vemos gritando, jugando, con sus rostros tan felices, dulces y hermosos; ¿cuál es el futuro de ellos? El futuro es lo que somos ahora. Esto ha sido históricamente así a través de muchos miles de años: el vivir y el morir y todo el tormento de nuestra existencia. Parece que no prestamos mucha atención al futuro. Vamos en la televisión el interminable entretenimiento que se desarrolla desde la mañana hasta tarde en la noche, excepto en uno o dos canales, pero las transmisiones de éstos son muy breves y no demasiado serias. Los niños se entretienen. Todos los co-

merciales alimentan la sensación de que con esto se nos distrae, y ello ocurre prácticamente en todo el mundo. ¿Cuál es el futuro de estos niños? Está el entretenimiento del deporte: treinta, cuarenta mil espectadores mirando a unas pocas personas en el campo de juego y gritando hasta quedarse roncos. Y uno también va y presencia alguna ceremonia que se realiza en una gran catedral, algún ritual, y eso también es una forma de entretenimiento, sólo que lo llamamos sagrado, religioso, pero sigue siendo un entretenimiento, una experiencia romántica, sentimental, una sensación de religiosidad. Observando todo esto en diferentes partes del mundo, viendo cómo la mente está ocupada con la diversión, el entretenimiento, el deporte, es inevitable que uno se pregunte, si es que de algún modo le interesa: ¿Qué será del futuro? ¿Más de lo mismo en formas diferentes? ¿Una variedad de diversiones?

Tenemos que considerar, pues, si es que de alguna manera nos damos cuenta de lo que nos está pasando, cómo los mundos del entretenimiento y del deporte están aprisionando nuestra mente, moldeando nuestra vida. ¿Adónde conduce todo esto? ¿O acaso es algo que no nos interesa en absoluto? Probablemente no nos preocupa. Quizá ni hemos pensado al respecto o, si lo hemos hecho, tal vez digamos que es demasiado complejo, demasiado alarmante, demasiado peligroso pensar en los años venideros –no en nuestra vejez particular, sino en el destino (si se puede usar esa palabra), en el resultado de nuestro actual estilo de vida, lleno de toda clase de sentimientos y búsquedas románticas, emocionales, y con todo el mundo del entretenimiento golpeando contra nuestra mente–. Si de algún modo nos damos cuenta de todo esto, ¿cuál es el futuro de la humanidad?

Como dijimos antes, el futuro es lo que somos ahora. Si no hay un cambio –no adaptaciones superficiales o algún patrón político, religioso o social, sino un cambio mucho más profundo que exige nuestra atención, nuestro cuidado y afecto–, si no hay un cambio fundamental, entonces el futuro es lo que estamos haciendo cada día de nuestra vida en el presente. «Cambio» es una palabra más bien difícil. ¿Cambiar a qué? ¿Cambiar de un mode-

lo a otro modelo? ¿De un concepto a otro concepto? ¿De un sistema político o religioso a otro? ¿Cambiar de esto a aquello? Aquello sigue estando en el reino, en el campo de *lo que es*. El cambio a aquello es proyectado por el pensamiento, formulado por el pensamiento, decidido por el proceso material.

Uno debe, pues, investigar cuidadosamente esta palabra cambio. ¿Hay cambio si existe un motivo? ¿Hay cambio si existe una dirección particular, una finalidad particular, una conclusión que parece sensata, racional? O tal vez una expresión mejor que «cambio» sea «terminación de *lo que es*». Terminación, no el movimiento de *lo que es* a lo que *debería ser*. Eso no es cambio. Pero si la terminación tiene un motivo, un propósito, si es un asunto de decisión, entonces es meramente un cambio de esto a aquello. La palabra *decisión* implica una acción de la voluntad: «Yo haré esto, no haré aquello». Cuando en el acto de terminar con algo se introduce el deseo, éste se convierte en la causa de la terminación. Donde hay una causa hay un motivo, y entonces no existe en absoluto una verdadera terminación.

El siglo XX ha conocido una gran cantidad de cambios producidos por dos guerras devastadoras, y el materialismo, y el escepticismo con respecto a las creencias religiosas, a las actividades de los rituales, etc., aparte del mundo tecnológico que ha dado origen a muchísimos cambios; y habrá futuros cambios cuando la computadora esté completamente desarrollada; nos hallamos sólo en el comienzo de ese desarrollo. Entonces, cuando la computadora tome el mando, ¿qué va a ocurrir con nuestras mentes humanas? Pero ésta es otra cuestión.

Cuando la industria del entretenimiento asume la dirección, tal como gradualmente lo está haciendo ahora, cuando los jóvenes, los niños, los estudiantes son constantemente instigados al placer, a la fantasía, a la sensualidad romántica, las palabras *moderación* y *austeridad* se dejan a un lado y ni siquiera se les dedica jamás un solo pensamiento. La llamada austeridad de los monjes, de los sanyasis que niegan el mundo, que visten sus cuerpos con alguna clase de uniforme o un simple taparrabo... esta

negación del mundo material no es, ciertamente, austeridad. Es probable que la mayoría ni siquiera escuche esto, que no preste atención a las implicaciones que tiene la austeridad. Cuando desde la infancia se nos ha educado para que nos divirtamos y escapemos de nosotros mismos mediante los entretenimientos, religiosos o de otra índole, y cuando casi todos los psicólogos dicen que debemos expresar todo lo que sentimos y que cualquier forma de abstinencia o restricción es nociva y conduce a diversas formas de neurosis, es natural que entremos más y más en el mundo del deporte, de las diversiones y los entretenimientos, todo lo cual nos ayuda a escapar de nosotros mismos, de lo que somos.

Comprender la naturaleza de lo que somos, comprenderla sin distorsión alguna, sin ningún prejuicio, sin ningún tipo de reacciones ante lo que descubrimos que somos, es el principio de la austeridad. La observación, la percepción alerta de cada pensamiento, de cada sentimiento, sin refrenarlos, sin controlarlos, sino observándolos como observamos un pájaro que vuela, sin introducir en tal observación los propios prejuicios y distorsiones; ese observar da origen a un extraordinario sentido de austeridad que está mucho más allá de toda restricción, de todo el tonto engañarnos a nosotros mismos y de toda esta idea del mejoramiento propio, de la propia realización personal. Todo esto es más bien infantil. En este observar existe una gran libertad, y en ella reside el sentido de dignidad que hay en la austeridad. Pero si uno dijera todo esto a un moderno grupo de estudiantes o niños, ellos probablemente mirarían hacia afuera por la ventana llenos de aburrimiento, porque este mundo sólo está dispuesto a la persecución del propio placer.

Una gran ardilla de color castaño amarillento bajó del árbol, subió al comedero, mordisqueó unos pocos granos y se sentó ahí en la parte superior, mirando alrededor con sus ojos como dos grandes cuentas brillantes y con su cola curva levantada; era una criatura maravillosa. Permaneció allí por un momento y después bajó, recorrió unas cuantas rocas y finalmente se lanzó hacia lo alto del árbol y desapareció.

Al parecer, el hombre siempre ha escapado de sí mismo, de lo que él es, eludiendo ver adónde va, huyendo de todo esto que le concierne: el universo, su vida cotidiana, el morir y el comenzar. Es extraño que nunca nos demos cuenta de que, por mucho que escapemos de nosotros mismos, por mucho que podamos alejarnos de manera consciente, deliberada, inconsciente o sutil, el conflicto, el placer, el dolor, el miedo, etc., siempre están ahí. Y finalmente dominan. Uno puede tratar de reprimirlos, puede tratar de apartarlos deliberadamente por un acto de voluntad, pero vuelven a la superficie. Y el placer es uno de los factores que predominan; también trae consigo los mismos conflictos, el mismo dolor, el mismo hastío. El cansancio y el desgaste del placer forman parte de esta confusión que es nuestra vida. No podemos eludir esto. No podemos escapar de esta insondable confusión a menos que realmente le dediquemos cierta reflexión, y no sólo reflexión, sino que veamos con atención cuidadosa, con diligente vigilancia, todo el movimiento del pensar y del «yo».

Muchos podrán decir que esto es demasiado fatigoso, tal vez innecesario. Pero si no le prestamos atención, si no le hacemos caso, el futuro no sólo va a ser más destructivo, más intolerable, sino que carecerá de mayor significación. Éste no es un punto de vista deprimente, desalentador; es realmente así. Lo que somos ahora, es lo que seremos en los días que vendrán. No podemos evitarlo. Es algo tan preciso como la salida y la puesta del Sol. Esto lo compartirán todos los seres humanos, toda la humanidad, a menos que cambiemos todos nosotros, cada uno de nosotros, que cambiemos hacia algo que no sea proyectado por el pensamiento.

9 de mayo de 1983

Uno se encontraba ya a bastante altura, mirando hacia abajo en lo profundo del valle; si se sube una milla o más siguiendo hacia arriba por el sinuoso sendero, se pasa por todo tipo de vege-

tación –robles perennes, artemisas, zumaques venenosos–, y al dejar atrás un torrente que siempre está seco en verano, se puede divisar muy lejos en la distancia el mar azul, al otro lado de cadenas tras cadenas de montañas. Aquí arriba todo está absolutamente quieto, tan quieto que no hay un solo soplo de aire. Uno mira hacia abajo y las montañas lo miran a uno desde arriba. Se puede seguir escalando la montaña durante muchas horas, descendiendo a otro valle para volver a subir. Uno lo ha hecho algunas veces antes, y en dos oportunidades alcanzó la cima misma de esas montañas rocosas. Al otro lado de éstas, hacia el norte, hay una vasta llanura desértica. Allá abajo hace muchísimo calor, mientras que aquí se está más bien fresco; a pesar del Sol ardiente, uno tiene que ponerse algo encima.

Y al llegar abajo, mientras uno contempla los diversos árboles, las plantas y los pequeños insectos, de pronto escucha el tableteo de una serpiente de eascabel. Y pega un salto, por suerte lejos de la serpiente. Uno está a unos diez pies de ella, que continúa con su tableteo. Nos miramos vigilantes el uno al otro. Las serpientes carecen de párpados. Ésta no es muy larga, pero bastante gruesa, tan gruesa como el brazo de un hombre. Uno conserva su distancia y la observa cuidadosamente, observa su diseño, su cabeza triangular y su negra lengua que se proyecta hacia adentro y hacia afuera. Nos observamos mutuamente. Ella no se mueve y uno tampoco se mueve. Pero de pronto, con la cabeza y la cola dirigidas hacia uno, la serpiente se escurre hacia atrás y uno da un paso hacia adelante. Otra vez se enrosca sobre sí misma y se oye su cascabeleo mientras ambos nos vigilamos el uno al otro. Y nuevamente, con la cabeza y la cola vueltas hacia adelante, ella comienza a retroceder, y uno nuevamente avanza; y otra vez se enrosca y empieza con sus cascabeleos. Hacemos esto durante varios minutos, quizá diez minutos o más; después ella se cansa. Se la ve inmóvil, aguardando, pero al acercarse uno, ya no emite ningún ruido. Por el momento, ha perdido su energía. Uno se encuentra muy próximo. A diferencia de la cobra, que se endereza para morder, esta serpiente ataca abalanzándose hacia

adelante. Pero ahora no se veía movimiento alguno. Estaba demasiado exhausta, de modo que uno la dejó, ya que se trataba realmente de una criatura muy venenosa, muy peligrosa. Uno podría quizás haberla tocado, pero aunque no tuvo miedo, se hallaba poco dispuesto a tocarla. Sentía que era preferible no hacerlo y la dejó tranquila.

Al descender un poco más, uno casi pisa a una codorniz rodeada de una docena o más de crías. Éstas se desparraman entre los arbustos cercanos, y la madre también desaparece en un arbusto y todas se llaman entre sí. Uno baja un poco y, si tiene la paciencia de esperar, pronto verá reunirse a todas las crías bajo el ala de la madre. Se está fresco ahí arriba, y las aves aguardan a que el Sol caliente el aire y la tierra.

Cuando uno desciende más aún al otro lado del pequeño torrente, pasa por un prado que está perdiendo todo su verdor, y entonces regresa a la casa, bastante exhausto pero vivificado por el paseo y por el Sol matinal. Y ahí están los naranjos con sus brillantes frutos amarillos, los rosales y los laureles, así como los altos eucaliptos. En la casa todo se halla muy tranquilo.

Era una mañana agradable, llena de actividades extrañas desarrollándose en la tierra. Todas esas pequeñas criaturas vivas, corriendo de un lado a otro en busca del sustento matutino –la ardilla, la tuza–. Comen las tiernas raíces de las plantas y son bastante destructivas. Un perro puede matarlas rápidamente de un mordisco. Todo está muy seco, las lluvias han pasado y se han ido para volver quizá dentro de cuatro meses o más. Abajo, el valle todavía se ve resplandeciente. Es extraño el silencio meditativo que cubre toda la tierra. A pesar del ruido de las ciudades y del tráfico, hay algo sagrado que es casi palpable. Si uno está en armonía con la naturaleza, con todas las cosas que nos rodean, está en armonía con todos los seres humanos. Si ha perdido su relación con la naturaleza, perderá inevitablemente su relación con los seres humanos.

Todo un grupo de nosotros, sentado a la mesa cuando terminó la comida, dio comienzo a una conversación muy seria, tal como

ocurrió en algunas ocasiones anteriores. Discutimos el significado de las palabras, su influencia, su contenido, no tan sólo el significado superficial, sino la profundidad de la palabra, su cualidad, el sentido que transmite. Por supuesto, la palabra nunca es la cosa real. La descripción, la explicación, no es lo descrito, ni es aquello acerca de lo cual hay una explicación, la palabra, la frase, la explicación, no son la realidad. Pero la palabra se usa para comunicar lo que uno piensa, lo que siente; y la palabra, aunque no se comunique a otro, conserva el sentimiento dentro de uno mismo. Lo factual jamás condiciona al cerebro, pero la teoría, la conclusión, la descripción, la abstracción sí que lo condicionan. La mesa jamás condiciona al cerebro, pero «Dios» lo hace, ya sea el Dios de los hindúes, el de los cristianos o el de los musulmanes. El concepto, la imagen, condicionan al cerebro; no así lo que realmente sucede, lo que realmente tiene lugar.

Para el cristiano, la palabra *Jesús* o *Cristo* tiene una gran significación, un gran sentido; evoca un sentimiento profundo, una sensación. Esas palabras no tienen sentido para el hindú, el budista o el musulmán. Esas palabras no son lo real. Usadas durante dos mil años, han condicionado al cerebro. El hindú tiene sus propios dioses, sus propias divinidades. Esas divinidades, como las de los cristianos, son las proyecciones del pensamiento, nacen del miedo, de la búsqueda de placer, etc.

Parece que, de hecho, el lenguaje no condiciona al cerebro; lo que lo hace es la teoría del lenguaje, la abstracción de un cierto sentimiento y la abstracción que toma la forma de una idea, de un símbolo, de una persona, no la persona real sino una persona imaginada, o anhelada, o proyectada por el pensamiento. Todas esas abstracciones, esas ideas y conclusiones, por fuertes que sean, condicionan al cerebro. Pero lo real, lo factual –como la mesa– jamás lo hace.

Tomemos una palabra como *sufrimiento*. Esa palabra tiene para el hindú un significado diferente del que tiene para el cristiano. Pero el sufrimiento, cualquiera que sea la forma en que se describa mediante las palabras, es compartido por todos noso-

El sufrimiento es el hecho, lo real. Pero cuando tratamos de escapar del hecho mediante alguna teoría, o por medio de alguna persona que idealizamos, o de algún símbolo, esas formas de escape moldean el cerebro. El sufrimiento como hecho, no lo hace, y esto es importante que se comprenda.

Igual que la palabra *apego*; hay que ver la palabra, asirla como si la tuviéramos en la mano y observarla, sentir su profundidad, todo su contenido, sus consecuencias, ver el hecho de que estamos apegados a algo; ver el hecho, no la palabra; ese sentimiento en sí no moldea el cerebro, no lo introduce en un patrón, pero si uno se aparta de él, esto es, cuando el pensamiento se aparta del hecho, ese mismo movimiento de apartarse, el movimiento de escape, no sólo es un factor de tiempo psicológico, sino que con él comienza la acción de moldear el cerebro dentro de un patrón determinado.

Para el budista, la palabra *Buda*, la sensación, la imagen, crean una gran reverencia, un gran sentimiento de devoción; él busca refugio en la imagen que ha creado el pensamiento. Y como el pensamiento es limitado, porque todo conocimiento es siempre limitado, esa imagen misma genera conflicto –el sentimiento de reverencia a una persona, o a un símbolo, o a cierta tradición largamente establecida–, pero el sentimiento de reverencia en sí, divorciado de todas las imágenes externas, de los símbolos, etc., no es un factor que condicione el cerebro.

Sentado ahí, en la silla siguiente, estaba un cristiano converso. Y cuando al otro lado de la mesa alguien mencionó a Cristo, uno puedo sentir inmediatamente la restrictiva y reverencial reserva. Esa palabra había condicionado el cerebro. Es algo muy extraordinario observar todo este fenómeno de comunicación con las palabras; cada raza da una significación y un sentido diferente a la palabra *sufrimiento*; y así crea una división, una limitación al sentimiento de que la humanidad sufre. El sufrimiento de la humanidad es común a todos, lo comparten todos los seres humanos. El ruso puede expresarlo de un modo, el hindú, el cristiano, etc., de un modo diferente, pero el hecho del sufrimiento,

el sentimiento factual de dolor, de soledad, ese sentimiento en sí jamás moldea o condiciona el cerebro. De modo que uno se vuelve muy atento a las sutilezas de la palabra, a su significado, a su influencia.

La percepción universal, global de todos los seres humanos y de su relación mutua, sólo puede surgir cuando palabras tales como *nación*, *tribu*, *religión*, han desaparecido. O bien la palabra tiene profundidad, significación, o no las tiene en absoluto. Para la mayoría de nosotros, las palabras tienen muy poca profundidad, han perdido su significación. Un río no es un río particular. Los ríos de América, de Inglaterra, de Europa o de la India, son todos ríos, pero tan pronto hay identificación a través de la palabra, existe la división. Y esta división es una abstracción del río, de la calidad y profundidad de sus aguas, del volumen, del caudal y la belleza del río.

30 de mayo de 1983

Ha estado lloviendo aquí todos los días durante más de un mes. Cuando uno viene de un clima como el de California, donde las lluvias cesaron hace más de un mes, donde los campos verdes están secándose y volviéndose pardos bajo el Sol muy ardiente, uno se sorprende y asombra de ver la hierba verde, los maravillosos árboles verdes y las hayas cobrizas que, de un color castaño difuso y claro, se vuelven gradualmente más y más oscuras. Es un deleite verlas en medio de los árboles verdes. A medida que avance el verano van a oscurecerse mucho más. Y esta tierra es muy bella. La tierra es siempre bella, ya sea un desierto o esté llena de huertos y praderas verdes, resplandecientes.

Salir a dar un paseo por los campos con el ganado y los jóvenes corderos, pasear por los bosques con el canto de los pájaros, sin un solo pensamiento en la mente, sólo observando la tierra, los árboles, las ovejas, y escuchar el llamado del cuclillo y el canto de las palomas torcazas... pasear sin emoción alguna, sin mie-

sentimiento, observar los árboles y toda la tierra... Cuando uno observa así, aprende acerca del propio pensar, está atento a sus propias reacciones y no permite que escape un solo pensamiento sin haber comprendido cómo surgió, cuál fue su causa. Si uno está alerta, sin dejar pasar jamás un pensamiento, entonces el cerebro se queda muy quieto. Entonces uno observa un gran silencio, y ese silencio tiene una profundidad inmensa, una perdurable e incorruptible belleza.

El muchacho era diestro en los juegos, realmente muy bueno. También era bueno en sus estudios; era serio. Vino, pues, a ver al maestro y le dijo: «Señor, ¿podría conversar con usted?». El educador contestó: «Sí, podemos conversar; salgamos a dar un paseo». De modo que sostuvieron un diálogo. Fue una conversación entre el educador y el educando, una conversación en la que había cierto respeto por ambas partes, y como el educador también era serio, la conversación fue agradable, amistosa, ya que ambos habían olvidado que eran un maestro con un estudiante; olvidaron el rango, la importancia de uno que sabe, la autoridad, frente al otro que tiene curiosidad por saber.

«Señor, me pregunto si usted sabe acerca de todo esto, por qué estoy adquiriendo una educación, qué parte jugará ella cuando yo crezca, cuál es mi papel en este mundo, por qué tengo que estudiar, por qué debo casarme y cuál será mi futuro. Desde luego, me doy cuenta de que tengo que estudiar y aprobar alguna clase de exámenes, y espero ser capaz de aprobarlos. Viviré probablemente una cantidad de años, tal vez cincuenta, sesenta o más, y en todos esos años futuros, ¿cuál será mi vida y la de quienes me rodean? ¿Qué voy a ser y cuál es el sentido de estas largas horas que paso sobre los libros y escuchando a los maestros? Podría haber una guerra devastadora en la que todos podríamos morir. Si la muerte es todo cuanto hay por delante, ¿cuál es, entonces, el sentido de toda esta educación? Por favor, formulo estas preguntas muy seriamente, porque he escuchado a los otros maestros y también a usted señalar muchas de estas cosas».

Me gustaría considerar una pregunta a la vez. Usted ha formulado muchas preguntas, me ha planteado diversos problemas, de modo que primero consideremos la pregunta más importante: ¿Cuál es el futuro de la humanidad y de usted mismo? Como sabe, sus padres están muy bien acomodados y quieren ayudarle de todas las maneras posibles. Si usted se casara, ellos tal vez podrían regalarle una casa, comprarle una casa con todas las cosas que se necesitan en ella, y usted podría tener una esposa atractiva... podría. ¿Qué es, entonces, lo que usted va a ser? ¿La habitual persona mediocre? ¿Conseguirá un empleo, echará raíces con todos los problemas que hay alrededor y dentro de usted? ¿Es ése su futuro? Por supuesto que puede venir una guerra, pero podría no ocurrir –esperemos que no ocurra–. Esperemos que el hombre pueda llegar a comprender que las guerras, de cualquier clase que sean, jamás resolverán ningún problema humano. Los hombres podrán progresar, podrán inventar aviones mejores, etc., pero las guerras jamás han resuelto los problemas humanos ni los resolverán jamás. Olvidemos, pues, por el momento, que todos nosotros podríamos ser destruidos a causa de la locura de los superpoderes, de la locura de los terroristas, o de un demagogo de algún país que desea destruir a sus enemigos inventados. Olvidemos todo eso por el momento. Consideremos cuál es su futuro, sabiendo que forma usted parte del mundo. ¿Cuál es su futuro? Como se lo pregunté: ¿Consiste su futuro en ser una persona mediocre? La mediocridad implica escalar a medio camino la colina, a medio camino cualquier cosa, sin alcanzar la cima misma de la montaña, sin exigirse jamás la totalidad de la energía, de la capacidad, de la excelencia.

Desde luego, debe usted comprender también que existirán todas las presiones externas, presiones para que haga esto o aquello, todas las diversas presiones y la propaganda de las estrechas y sectarias religiones. La propaganda jamás puede revelar la verdad; la verdad jamás puede ser propagada. Espero, pues, que advierta la presión que se ejerce sobre usted, la presión de sus padres, de su sociedad, de la tradición de ser un científico, un filó-

sofo, un físico, un hombre que emprende la investigación en cualquier campo; o de ser un hombre de negocios. Comprendiendo todo esto, cosa que usted debe hacer a su edad, ¿qué camino va a seguir? Hemos estado hablando, desde muchos puntos de vista, de todas estas cosas, y probablemente, si uno puede señalarlo, usted ha prestado atención a todo esto. De modo que, como por algún tiempo hemos de recorrer juntos la colina y regresar, le pregunto, no como maestro sino con afecto, como un amigo que se interesa genuinamente en usted: ¿Cuál es su futuro? Aun si ha decidido ya aprobar algunos exámenes y tener una carrera, una buena profesión, igualmente tiene que preguntarse: ¿Es eso todo? Aun cuando tenga realmente una buena profesión, y quizás una vida bastante placentera, tendrá muchísimos contratiempos y problemas. Si forma una familia, ¿cuál será el futuro de sus hijos? Ésta es una pregunta que usted mismo tiene que contestarse, y tal vez podamos conversar al respecto. Tiene usted que considerar el futuro de sus hijos, no sólo su propio futuro, y tiene que considerar el futuro de la humanidad, olvidando que es usted alemán, francés, inglés o indio. Discutámoslo, pero por favor, dése cuenta de que no le estoy diciendo lo que debe hacer. Solamente los tontos aconsejan, de modo que no entro en esa categoría; sólo estoy formulándole preguntas de manera amistosa, lo cual espero que comprenda; no estoy presionándolo, dirigiéndolo o persuadiéndolo. ¿Cuál es su futuro? ¿Madurará usted rápidamente, o lo hará lentamente, con gracia, con sensibilidad? ¿Será usted un mediocre, aun cuando pueda ser de primera clase en su profesión? Podrá sobresalir, podrá ser muy, muy bueno en cualquier cosa que haga, pero yo estoy hablando de la mediocridad de mente y corazón, mediocridad de todo el ser.

«Señor, realmente no sé cómo responder a estas preguntas. No he reflexionado lo suficiente al respecto, pero cuando usted formula esta pregunta –si he de volverme igual al resto del mundo, mediocre–, ciertamente no quiero ser así. También me doy cuenta de la atracción que ejerce el mundo. Y veo la parte que en mí desea todo eso. Quiero tener alguna diversión, pasar algunos

ratos agradables, pero la otra parte de mí ve también el peligro que eso implica, las dificultades, los impulsos, las tentaciones. Por lo tanto, no sé dónde voy a terminar. Y también, como usted lo ha señalado en diversas oportunidades, no conozco por mí mismo lo que soy. Una cosa está clara: realmente no quiero ser una persona mediocre con una mente y un corazón pequeños, aunque pueda tener un cerebro extraordinariamente ingenioso. Puedo estudiar en libros y adquirir una gran cantidad de conocimientos, pero puedo seguir siendo una persona muy limitada y estrecha. Señor, *mediocridad* es una palabra muy buena que usted ha usado, y cuando la considero siento que me asusto –no de la palabra, sino de todas las implicaciones que tiene lo que usted ha expuesto–. Yo realmente no sé qué responder, y tal vez discutiéndolo con usted las cosas puedan aclararse. No puedo hablar tan fácilmente con mis padres. Ellos probablemente han tenido los mismos problemas que yo tengo; pueden ser más maduros físicamente, pero tal vez estén en la misma situación que yo. ¿Puedo, pues, preguntarle, señor, si está dispuesto a que venga a verle en otra ocasión para conversar con usted? Realmente, me siento bastante asustado, nervioso y aprensivo con respecto a mi capacidad de afrontar todo esto, de pasar por todo ello sin volverme una persona mediocre.»

Era una de esas mañanas que nunca han sido antes; el prado cercano, las hayas inmóviles y el sendero que penetra en lo más profundo del bosque, todo era silencio. No se escuchaba un solo gorjeo de pájaros y las casas próximas permanecían inactivas. Una mañana como ésta, fresca, suave, es una cosa rara... Hay paz en esta parte de la Tierra, y todo estaba muy tranquilo. Existía ese sentimiento, esa sensación de absoluto silencio. No era sentimentalismo romántico ni imaginación poética. Era sencillamente así. Las hayas cobrizas lucían esta mañana plenas de esplendor contra los campos verdes que se extendían en la distancia, y una nube saturada de esa luz matinal flotaba perezosamente en el cielo. El Sol estaba asomando, había una gran paz y un sentido de adoración. No la adoración de algún dios o de al-

una deidad imaginaria, sino ese sentido de reverencia que nace de la inmensa belleza. Esta mañana uno podía desprenderse de todas las cosas que ha reunido, y estar en silencio con los bosques y los árboles y el prado. El cielo era de un azul pálido y suave, y muy lejos, al otro lado de los campos, se escuchaba el llamado de un cuclillo; las palomas del bosque se arrullaban y los mirlos iniciaban su canto matinal. En la distancia podía oírse el paso de un automóvil. Cuando los cielos están tan quietos y hay tanta belleza, es probable que más tarde llueva. Siempre sucede así cuando la mañana amanece muy clara. Pero en esta mañana todo era muy especial, algo que jamás ha sido antes y jamás podrá volver a ser.

Me alegra que haya usted venido espontáneamente, sin ser invitado, y si está dispuesto, tal vez podamos continuar con nuestra conversación acerca de la mediocridad y de su vida futura. Podemos ser excelentes en nuestra profesión; no estamos afirmando que hay mediocridad en todas las profesiones; un buen carpintero puede no ser mediocre en su trabajo, pero en su cotidiana vida interna, en la vida con su familia, puede serlo. Ambos entendemos ahora el significado de esa palabra y debemos investigar juntos su profundidad. Hablamos de la mediocridad interna, de los conflictos, problemas y afanes psicológicos. Puede haber grandes científicos que, no obstante, viven internamente vidas mediocres. ¿Qué va a ser, pues, de su vida? En ciertos aspectos, es usted un estudiante capaz, pero ¿para qué usará su cerebro? No hablamos de su profesión, eso vendrá más tarde; lo que debe interesarnos es el modo como va usted a vivir. Desde luego que no va a ser un criminal en el sentido de esa palabra. Si es sensato, no será un pendenciero, son demasiado agresivos. Probablemente obtendrá un buen empleo y hará un trabajo excelente en cualquier cosa que decida hacer. Dejemos, pues, a un lado todo eso por el momento; pero internamente, ¿cuál es su vida? ¿Cuál es, internamente, su futuro? ¿Va a ser como el resto del mundo, siempre a la caza del placer, siempre perturbado por docenas de problemas psicológicos?

«Actualmente, señor, no tengo problemas, excepto los problemas de aprobar los exámenes y la fatiga que implica todo eso. En otro aspecto, no parece que tenga problemas. Hay cierta libertad. Me siento joven, dichoso. Cuando veo a todas esas personas de edad, me pregunto si es que voy a terminar así. Parecen haber tenido buenas profesiones o haber hecho algo que deseaban hacer, pero a pesar de eso se vuelven seres tristes, apagados, y no parecen haber sobresalido jamás en las cualidades profundas del cerebro. Ciertamente, no quiero ser como ellas. No es vanidad, pero deseo tener algo diferente. No se trata de una ambición. Quiero tener una buena profesión y todas esas cosas, pero es indudable que no deseo ser como esas personas mayores que parecen haber perdido todo lo que les gustaba.»

Usted puede no querer ser como ellas, pero la vida es una cosa muy exigente y cruel. No lo dejará en paz. Usted soportará una gran presión de la sociedad, ya sea que viva aquí o en América o en cualquier otra parte del mundo. Se le incitará constantemente a volverse igual que los demás, a volverse medio hipócrita, a decir cosas que no tiene realmente intención de decir, y si llegara a casarse, eso también puede suscitar problemas. Tiene que comprender que la vida es un asunto muy complejo; no consiste en perseguir aquello que desea hacer y obstinarse en eso. Estos jóvenes desean llegar a ser algo en la vida: abogados, ingenieros, políticos, etc.; está el instinto, el impulso de la ambición de poder, de dinero. Esas personas viejas de las que usted habla, han pasado por todo eso. Están desgastadas por el constante conflicto, por sus deseos. Mírelas, observe la gente que le rodea. Están todos en la misma barca. Algunos abandonan la barca y vagan incesantemente hasta morir. Algunos buscan un rincón apacible de la Tierra y se retiran; otros ingresan en un monasterio, se convierten en alguno de los distintos tipos de monjes y toman votos extremos. La inmensa mayoría, millones y millones, lleva una vida trivial, su horizonte es muy limitado. Tienen sus sufrimientos, sus alegrías, y jamás parecen salirse de eso o comprenderlo e ir más allá. De modo que nuevamente nos preguntamos el uno al

otro: ¿Cuál es nuestro futuro? Y específicamente: ¿Cuál es su futuro? Desde luego que es usted demasiado joven para investigar esta cuestión muy profundamente, porque la juventud no tiene nada que ver con la total comprensión de este problema. Puede que sea usted un agnóstico; los jóvenes no creen en nada, pero a medida que van envejeciendo se vuelven hacia alguna forma de superstición religiosa, convicción religiosa o dogma religioso. La religión no es un narcótico, pero el hombre ha hecho la religión a su propia imagen, obcecado por la búsqueda de consuelo y, por lo tanto, de seguridad. Ha convertido la religión en algo totalmente falto de inteligencia e irrealizable, no en algo con lo que uno pueda vivir. ¿Qué edad tiene usted?

«Voy a cumplir diecinueve años, señor. Mi abuela me ha dejado algo para cuando cumpla los veintiuno, y tal vez antes ingrese en la universidad y pueda viajar y ver algunas cosas. Pero dondequiera que esté y cualquiera que sea mi futuro, siempre llevaré conmigo este interrogante. Tal vez me case, probablemente lo haga y tenga hijos, y entonces surgirá la gran pregunta: ¿Cuál es el futuro de ellos? De algún modo me doy cuenta de lo que los políticos están haciendo en todo el mundo. Por lo que a mí me toca, es un feo asunto; en consecuencia, creo que no seré un político. De eso estoy muy seguro, pero deseo tener una buena situación. Me gustaría trabajar con mis manos y mi cerebro, pero el problema será cómo no convertirme en una persona mediocre como lo son el noventa por ciento en el mundo. Por lo tanto, señor, ¿qué he de hacer? Oh, sí, sé de las iglesias, de los templos y todo eso; no me atraen. Más bien me rebelo contra todo eso –los sacerdotes y la jerarquía de la autoridad–, pero ¿cómo voy a evitar convertirme yo mismo en una persona común, ordinaria y mediocre?»

Si es que puedo sugerirlo, jamás, bajo ninguna circunstancia, pregunte «cómo». Cuando usa la palabra *cómo,* lo que desea realmente es que alguien le diga qué debe hacer, quiere alguna guía, algún sistema, alguien que lo lleve de la mano; y así pierde usted su libertad, su capacidad de observar sus propias actividades, sus

propios pensamientos, su propio estilo de vida. Cuando pregunta «cómo», se convierte de hecho en un ser de segunda mano; pierde su integridad y también la innata honestidad para observarse a sí mismo, para ser lo que es e ir más allá de lo que es. Nunca, nunca pregunte «cómo». Psicológicamente hablando, desde luego. Uno tiene que preguntar «cómo» cuando quiere armar un motor o construir una computadora; tiene que aprender algo de otra persona. Pero uno puede ser psicológicamente libre y original, sólo si está atento a sus propias actividades internas, si vigila lo que está pensando y no permite jamás que un solo pensamiento se escape sin haber observado la naturaleza, el origen de ese pensamiento. Observar, vigilar. Uno aprende mucho más de sí mismo mediante la atenta observación que por intermedio de los libros, de algún psicólogo, o de algún hombre de letras o profesor erudito, ingenioso y complicado.

Su vida va a ser muy difícil, mi amigo, y podrá desgarrarlo en numerosas direcciones. Hay una gran cantidad de lo que llaman tentaciones –biológicas, sociales–, y usted puede ser destrozado por esta cruel sociedad. Desde luego, tendrá que permanecer solo, pero eso puede ocurrir no mediante el esfuerzo, la determinación o el deseo, sino cuando comience a ver las cosas falsas que hay alrededor y dentro de usted: las emociones, las esperanzas. Cuando uno empieza a reconocer lo que es falso, ése es el principio de la percepción alerta, de la inteligencia. Tiene usted que ser una luz para sí mismo, y ésta es una de las cosas más difíciles que hay en la vida.

«Señor, usted ha hecho que todo esto parezca muy difícil, muy complejo, pavoroso y alarmante.»

Sólo estoy señalándole todo esto, lo cual no quiere decir que los hechos tengan necesariamente que atemorizarlo. Los hechos están ahí para ser observados. Si usted los observa, jamás lo asustarán. Los hechos no son alarmantes. Pero si uno quiere eludirlos, volverles la espalda y correr, entonces eso sí es alarmante. Permanecer ahí, ver que lo que uno ha hecho puede no haber sido totalmente correcto, vivir con el hecho sin interpretarlo conforme

al propio placer o a la propia forma de reaccionar, eso no es alarmante. La vida no es muy simple. Uno puede vivir muy sencillamente, pero la vida misma es muy vasta, compleja. Se extiende de horizonte a horizonte. Usted podrá vivir con pocas ropas o con una comida al día, pero eso no es sencillez. Sea, pues, sencillo, no viva de un modo complicado, contradictorio, etc., sólo sea sencillo internamente... Usted jugó al tenis esta mañana. Estuve observándolo y parecía ser muy bueno en eso. Tal vez volvamos a encontrarnos. De usted depende.

«Gracias, señor.»

DIARIO II

15 de setiembre de 1973

Es bueno estar solo. Estar solo es hallarse muy lejos del mundo y, no obstante, caminar por sus calles. Estar solo, subiendo por el sendero junto al veloz y ruidoso torrente de la montaña que rebosa con el agua de la primavera y las nieves derretidas, es estar atento a ese árbol solitario, único en su belleza. La solitud de un hombre en medio de la calle es el dolor de la vida; él nunca está solo, distante, incontaminado y vulnerable. La saturación de conocimientos engendra interminable desdicha. Ese hombre que camina por las calles, que nunca está verdaderamente solo, es la urgencia interna de expresión, con sus frustraciones y padecimientos. El movimiento de esa solitud es el dolor.

Ese torrente de la montaña estaba repleto y crecido con las nieves disueltas y las lluvias de la temprana primavera. Podría escucharse el ruido de las grandes piedras empujadas por la fuerza de las aguas torrenciales. Un alto pino de cincuenta años o más se derrumbó en el agua; ésta lavaba el camino dejándolo limpio. El torrente se veía fangoso, de color pizarra. Más arriba, los campos se encontraban cubiertos de flores silvestres. El aire era puro y todo respiraba encantamiento. Los altos cerros todavía estaban nevados, y los glaciares y los grandes picos retenían aún las nieves recientes; se mantendrían blancos durante todo el verano.

Era una mañana prodigiosa y uno podría haber seguido caminando perpetuamente sin que lo afectaran jamás los empinados cerros. Había en el aire un aroma nítido y fuerte. Ese sendero estaba desierto, nadie bajaba o subía por él. Uno se hallaba a solas con aquellos oscuros pinos y las aguas torrenciales. El cielo tenía ese sorprendente azul que sólo se ve en las montañas. Uno lo contemplaba a través de las hojas y los enhiestos pinos. No había allí nadie con quien hablar y la mente no parloteaba. Una urraca blanquinegra pasó volando y desapareció en el monte. El sendero llevaba muy lejos del ruidoso torrente y el silencio era absoluto. No era el silencio que sigue al ruido; no era el silencio que adviene con la puesta del Sol, ni era ese silencio que llega cuando la mente se apaga. No era el silencio de los museos y las iglesias, sino algo que no tenía relación alguna con el tiempo y el espacio. No era el silencio que la mente elabora por sí misma. El Sol ardía y las sombras eran agradables.

Sólo recientemente descubrió él que no había un solo pensamiento durante estos largos paseos por las calles atestadas o por los solitarios senderos. Él siempre había sido así, desde que era niño; ningún pensamiento penetraba en su mente. Él sólo observaba y escuchaba, nada más. Nunca surgía el pensamiento con sus asociaciones. No había formación de imágenes. Un día, de pronto se dio cuenta de lo extraordinario que era eso; a menudo intentó pensar, pero no acudía pensamiento alguno. En estos paseos, con gente o sin ella, todo movimiento del pensar estaba ausente. Esto es estar solo.

Por encima de los picos nevados iban formándose nubes densas y oscuras; probablemente llovería más tarde, pero ahora las sombras eran muy definidas con el Sol claro y brillante. Aún persistía en el aire aquel grato aroma, y las lluvias habrían de traer un olor diferente. Había un largo camino de descenso hacia el chalet.

17 de setiembre de 1973

Ese anochecer, mientras uno caminaba por el bosque, había una sensación de amenaza. El Sol estaba poniéndose en esos instantes, y las palmeras se levantaban solitarias contra el cielo dorado del oeste. Los monos ya se hallaban en la higuera de Bengala aprestándose para la noche. Casi nadie utilizaba el sendero y muy raramente se encontraba uno con otro ser humano. Se veían muchos ciervos que, recelosos, desaparecían en medio de la espesa vegetación. Sin embargo, la amenaza estaba ahí, en todas partes, pesada y penetrante, y uno miraba por sobre el hombro. No quedaban animales peligrosos; los habían alejado de ese lugar, que se hallaba demasiado cerca del pueblo en expansión. Uno se sentía contento de dejar el bosque y volver a caminar por las calles iluminadas. Pero al anochecer siguiente, los monos estaban tranquilos y se veían algunos ciervos aquí y allá, mientras el Sol se ocultaba detrás de los árboles más altos; la amenaza había desaparecido. Por el contrario, los árboles, los arbustos y las pequeñas plantas le daban a uno la bienvenida. Uno se encontraba entre sus amigos, se sentía completamente seguro y acogido con sumo agrado. El bosque lo aceptaba a uno, y era un verdadero goce pasear por ahí en todos los atardeceres.

La selva es diferente. Allí hay peligro físico, no sólo por parte de las serpientes, sino de los tigres que se sabe existen en ese lugar. Mientras uno caminaba por ahí una tarde, hubo de pronto un silencio anormal; los pájaros cesaron en su parloteo, los monos se quedaron absolutamente callados y todo parecía retener el aliento. Uno se quedó quieto. Y del mismo modo, súbitamente, todo volvió a la vida; los monos jugaban y se molestaban unos a otros, los pájaros iniciaron su canto nocturno y uno pudo advertir que el peligro había pasado.

En los montes y bosquecillos, donde el hombre mata conejos, faisanes, ardillas, hay una atmósfera por completo diferente. Se penetra en un mundo donde ha estado el hombre con su rifle y su peculiar violencia. Entonces el bosque pierde su tierna suavidad,

su bienvenida, y con ello se ha perdido aquí cierta belleza; aquel alegre susurro ha desaparecido.

Uno tiene solamente una cabeza, y cuidarla es algo maravilloso. No hay maquinaria ni computadora electrónica que puedan compararse con ella. Es tan vasta, tan compleja, tan enormemente capaz, sutil y productiva... Es el depósito de la experiencia, del conocimiento y la memoria. De ella brotan todos los pensamientos. Lo que ha producido es completamente increíble: el daño, la confusión, los padecimientos, las guerras, las corrupciones, las ilusiones, los ideales, el dolor y la desdicha; las grandes catedrales, las bellas mezquitas y los templos sagrados. Es fantástico lo que ha hecho y puede hacer la cabeza. Pero hay una cosa que aparentemente no puede hacer: cambiar por completo su comportamiento al relacionarse con otra cabeza, con otro ser humano. Ni el castigo ni la recompensa parecen cambiar su conducta, ni parece transformarla el conocimiento. El «yo» y el «tú» permanecen invariables. Ella nunca se da cuenta de que el «yo» es el «tú», de que el observador es lo observado. Su amor es su deterioro, su placer es su agonía, los dioses de sus ideales son sus destructores. Su libertad es su propia prisión; la educan para vivir en esta prisión, haciéndola sólo más cómoda, más agradable. Tenemos solamente una cabeza, hay que cuidarla, no hay que destruirla. ¡Es tan fácil corromperla!

Él siempre tuvo esta extraña falta de distancia entre él mismo y los árboles, los ríos y las montañas. Ello no fue algo cultivado; uno no puede cultivar una cosa como ésa. Jamás hubo un muro entre él y otro ser humano. Lo que ellos le hacían, lo que le decían, jamás parecía herirlo, ni tampoco lo afectaba el halago. De algún modo siempre permaneció totalmente ileso. No fue un retraído ni un solitario, sino que fue como las aguas de un río. Tuvo muy pocos pensamientos; y ningún pensamiento en absoluto cuando estaba solo. Su cerebro se hallaba activo cuando hablaba o escribía, pero de otro modo estaba quieto y activo sin movimiento alguno. El movimiento es tiempo, y la actividad no lo es.

Esta extraña actividad, sin una dirección predeterminada, parece proseguir esté uno despierto o dormido. Él se despierta a menudo con esa actividad de la meditación; algo de esta naturaleza se está desarrollando todo el tiempo. Él jamás lo ha invitado ni rechazado. Cuando despertó la otra noche, estaba muy despierto y se dio cuenta de que algo como una bola de fuego, de luz, se introducía en su cabeza, en el centro mismo de ella. Estuvo observando el hecho objetivamente por un tiempo considerable, como si eso le estuviera sucediendo a alguna otra persona. No era una ilusión, algo evocado por la mente. El amanecer estaba próximo y él podía ver los árboles por entre la abertura de las cortinas.

20 de setiembre de 1973

Esta mañana el río se veía particularmente hermoso; el Sol acababa de asomarse sobre los árboles y el pueblo se hallaba oculto entre ellos. El aire estaba muy quieto y no había ni una sola onda sobre el agua. El día iba a ser muy caluroso pero ahora estaba más bien fresco, y un mono solitario se hallaba sentado al Sol. Estaba siempre ahí, solo, enorme y pesado. Desaparecía durante el día y volvía a aparecer en las madrugadas sobre la copa del tamarindo; cuando comenzaba a hacer calor, el árbol parecía tragárselo. Los papamoscas de color verdeoro se encontraban sobre el parapeto junto a las palomas, y los buitres todavía descansaban en las ramas más altas de otro tamarindo. Había una inmensa quietud y uno estaba sentado en un banco, perdido para el mundo.

Al regresar del aeropuerto por una sombreada carretera, con los papagayos rojiverdes chillando alrededor de los árboles, uno advirtió, atravesado en el camino, algo que parecía un gran envoltorio. Cuando el auto llegó cerca, el envoltorio resultó ser un hombre que yacía casi desnudo cruzado en la carretera. El automóvil se detuvo y nos bajamos. Su cuerpo era grande y su cabe-

za muy pequeña. Miraba fijamente por entre las hojas al cielo asombrosamente azul. Nosotros también miramos para ver qué miraba él, y el cielo contemplado desde la carretera se veía realmente azul y las hojas eran realmente verdes. El hombre tenía una deformación, y ellos me dijeron que se trataba de uno de los idiotas del pueblo. Jamás se movía, y el auto hubo de avanzar esquivándolo muy cuidadosamente. Los camellos con su carga y los niños con sus gritos pasaban junto a él sin prestarle la más mínima atención. También pasó un perro describiendo un amplio círculo. Los papagayos se hallaban atareados con su griterío. Las granjas, los aldeanos, los árboles, las flores amarillas, se ocupaban de su propia existencia. Esa parte del mundo está subdesarrollada y no hay ninguna organización que vele por tales personas. Son llagas abiertas, humanidad sucia y apiñada... y el río sagrado prosigue su camino. La tristeza de la vida estaba en todas partes, y bajo el cielo azul, muy alto en el aire volaban los buitres; volaban en círculos, durante horas, sin mover sus pesadas alas, vigilando y aguardando.

¿Qué es la cordura y qué es la locura? ¿Quién es cuerdo y quién está loco? ¿Son cuerdos los políticos? Los sacerdotes, ¿están locos? Los que se comprometen con ideologías, ¿están cuerdos? Somos controlados, moldeados, apremiados por todos ellos, ¿y estamos cuerdos?

¿Qué es la cordura? Es ser íntegro, no fragmentado en la acción, en toda clase de relaciones; ésa es la esencia misma de la cordura. Cuerdo significa total, sano y santo. La locura es neurosis, psicosis, desequilibrio, esquizofrenia; cualquiera sea el nombre que uno quiera ponerle; implica estar fragmentado, dividido en la acción y en el movimiento de la relación, que constituye la existencia. Engendrar antagonismo y división, que es el oficio de los políticos que nos representan, implica cultivar y sostener la locura, ya se trate de los dictadores o de los que ejercen el poder en el nombre de la paz o de alguna forma de ideología. ¿Y el sacerdote? No hay más que mirar lo que es el clero. Se interpone entre uno y lo que ellos consideran que es la verdad, el salvador,

Dios, el cielo, el infierno. El sacerdote es el intérprete, el representante; es el que tiene las llaves para el cielo; él es quien ha condicionado al hombre mediante la creencia, el dogma, el ritual; él es el verdadero propagandista. Ha condicionado al hombre porque éste desea comodidad, seguridad y le tiene espanto al mañana. Los artistas, los intelectuales, los científicos, tan admirados y lisonjeados, ¿están cuerdos? ¿O viven en dos mundos diferentes: el mundo de las ideas y la imaginación con su expresión compulsiva, totalmente separado de la vida cotidiana de placer y dolor que llevan?

El mundo que nos rodea está fragmentado y así estamos cada uno de nosotros, y la expresión de ello es el conflicto, la confusión y la desdicha; uno es el mundo y el mundo es uno mismo. La cordura implica vivir una vida de acción sin conflicto. La acción y la idea son contradictorias. El ver es el hacer, y no la ideación primero y luego la acción de acuerdo con la conclusión. Esto engendra conflicto. El propio analizador es lo analizado. Cuando el analizador se separa como algo diferente de lo analizado, genera conflicto, y el conflicto es el área del desequilibrio. El observador es lo observado y en eso radica la cordura, lo total, lo sagrado; y con lo sagrado está el amor.

27 de setiembre de 1973

Era un templo en ruinas, con sus largos corredores descubiertos, sus portones, las estatuas decapitadas y los agrios desiertos. Se había convertido en santuario para pájaros, monos, loros y palomas. Algunas de aquellas estatuas eran todavía imponentes en su belleza; tenían una serena dignidad. Todo el lugar se hallaba sorprendentemente limpio, y uno podía sentarse en el suelo para observar a los monos y a los pájaros parlanchines. Alguna vez, hace muchísimos años, el templo debió haber sido un lugar floreciente con miles de adoradores, con guirnaldas, incienso y plegarias. La atmósfera de aquello aún persistía: las esperanzas de

esas personas, sus temores y su reverencia. El santuario sagrado había muerto mucho tiempo atrás. En estos momentos los monos se estaban perdiendo de vista a medida que aumentaba el calor, pero los loros y las palomas tenían sus nidos en los agujeros y grietas de los altos muros. Este antiguo templo en ruinas se hallaba demasiado lejos de los pobladores de la aldea como para que ellos continuaran destruyéndolo. De llegar hasta él, hubieran profanado el vacío.

La religión se ha convertido en superstición y adoración de imágenes, en creencia y ritual. Ha perdido la belleza de la verdad: el incienso ha ocupado el sitio de la realidad. En vez de la percepción directa, está en su lugar la imagen tallada por la mano o la mente. El único y verdadero interés de la religión es la transformación total del ser humano. Y todo el circo que se desarrolla en torno a la religión es una insensatez. Por eso la verdad no puede encontrarse en ningún templo, iglesia ni mezquita, por hermosos que sean. La belleza de la verdad y la belleza de la piedra son dos cosas diferentes. Uno abre la puerta a lo inconmensurable, y la otra aprisiona al hombre; una conduce a la libertad, y la otra es la esclavitud del pensamiento. El romanticismo y el sentimentalismo niegan la genuina naturaleza de la religión, que tampoco es un juguete del intelecto. El conocimiento en el área de la acción, es necesario para que uno funcione con eficiencia y objetividad, pero el conocimiento no es el medio para la transformación del hombre; el conocimiento es la estructura del pensar, y éste es la monótona repetición de lo conocido, por modificado y ampliado que esté. Por los caminos del pensamiento, de lo conocido, no hay libertad.

La larga serpiente permanecía muy quieta, paralela al reborde seco de los arrozales, voluptuosamente verde y brillante bajo el Sol matinal. Tal vez se hallaba descansando o acechaba a alguna rana descuidada. Las ranas se enviaban por entonces a Europa para ser comidas como una exquisitez. La serpiente era larga, amarillenta y se mantenía inmóvil; tenía casi el color de la tierra reseca y resultaba difícil distinguirla, pero la luz del día se reflejaba en sus oscu-

ros ojos. La única cosa que se movía, hacia adentro y afuera, era su negra lengua. La serpiente no podía advertir la presencia del observador que se hallaba un poco detrás de su cabeza.

La muerte estaba en todas partes esa mañana. Uno podía escucharla en la aldea: los grandes llantos mientras el cuerpo era transportado envuelto en un lienzo; un milano se abatía velozmente sobre un pájaro; algún animal estaba siendo muerto y se oían sus lamentos agónicos. Ello era así día tras día; la muerte está siempre en todas partes, como el dolor.

La belleza de la verdad y sus sutilezas no se encuentran en las creencias ni en el dogma; nunca están donde el hombre pueda encontrarlas, porque no existe un sendero que conduzca a esa belleza, que no es un punto fijo, un refugio protector. Ella tiene su propia delicadeza, y su amor no puede ser medido ni puede uno retenerlo, experimentarlo. No tiene un valor comercial que pueda usarse y descartarse. Está ahí cuando la mente y el corazón se encuentran vacíos de las cosas del pensamiento. El monje o el hombre pobre no están cerca de la verdad, y tampoco lo está el rico; ni el intelectual ni el hombre talentoso pueden tocarla. Quien dice que conoce la verdad, jamás se ha acercado a ella.

Esa mañana, los papagayos chillaban revoloteando en torno del tamarindo; su inquieta actividad, el ir y venir, empiezan muy temprano. Se veían como rayas brillantes de color verde con fuertes picos rojos. Nunca parecían volar en línea recta, siempre lo hacían zigzagueando y chillando mientras volaban. De vez en cuando, venían a detenerse en el parapeto del balcón. Entonces uno pedía observarlos, pero no por mucho tiempo porque volvían a irse con su extravagante y ruidoso vuelo. El único enemigo que tienen parece ser el hombre, que los encierra en jaulas.

4 de octubre de 1973

Cuando era un muchacho, acostumbraba sentarse bajo un gran árbol que estaba cerca de un estanque donde crecían flores

de loto; éstas eran de color rosa y tenían un aroma muy intenso. Desde la sombra de ese espacioso árbol, observaba él las delgadas culebras verdes y los camaleones, las ranas y las serpientes acuáticas. Su hermano, junto con otros, solía venir para llevárselo a la casa. [Krishnamurti está describiendo su propia infancia.] Era un sitio agradable aquél bajo el árbol, con el río y el estanque. ¡Parecía haber tanto espacio!, y dentro de éste el árbol creaba su espacio propio. Todas las cosas necesitan espacio. Todos esos pájaros en los alambres del telégrafo, posándose tan igualmente espaciados en un tranquilo atardecer, formaban el espacio para los cielos.

Los dos hermanos solían sentarse con muchos otros en la habitación de las pinturas; había un canto en sánscrito y después completo silencio; era la meditación del anochecer. El hermano más joven se dormía hecho un ovillo y despertaba solamente cuando los otros se levantaban para irse. La habitación no era demasiado grande, y encerradas entre sus paredes estaban las pinturas, las imágenes sagradas. Dentro de los estrechos confines de un templo o una iglesia, el hombre da forma al vasto movimiento del espacio. Es igual en todas partes; en la mezquita ello es retenido en las elegantes líneas de las palabras. El amor necesita un gran espacio.

A ese estanque venían a veces culebras y, en ocasiones, la gente; había escalones de piedra por los que se descendía hacia el agua donde florecían los lotos. El espacio que crea el pensamiento es mensurable y, por eso, es limitado, su producto son las culturas y las religiones. Pero la mente se halla repleta con el pensamiento y está hecha de pensamiento; su conciencia es la estructura del pensamiento, y dentro de esa mente hay muy poco espacio. Este espacio es el movimiento del tiempo: de aquí hasta allá, desde su centro hasta sus límites exteriores de conciencia, estrechándose o expandiéndose. El espacio que el centro crea para sí mismo es su propia prisión. Sus relaciones provienen de este espacio reducido, pero para vivir es indispensable que haya espacio; el espacio limitado de la mente niega el vivir. La vida

dentro de los estrechos confines del centro es conflicto, angustia y dolor, y eso no es vivir.

El espacio, la distancia entre uno mismo y el árbol, es la palabra, el conocimiento, que es tiempo. El tiempo es el observador, quien crea la distancia entre él mismo y los árboles, entre él y *lo que es*. Sin el observador, cesa la distancia. La transformación de *lo que es*, ocurre únicamente cuando no hay separación ni tiempo entre el que ve y lo visto. En el amor no hay distancia.

El hermano murió, y no había movimiento en ninguna dirección que lo alejara del dolor. Este no movimiento es la cesación del tiempo. El río comenzaba entre los cerros y las verdes sombras, y con un bramido penetraba en el mar y los horizontes infinitos. Los hombres viven en compartimientos con gavetas, y carecen de espacio; son violentos, brutales, agresivos y dañinos; se separan y se destruyen unos a otros. El río es la tierra y la tierra es el río; ninguno de ellos puede existir sin el otro.

Las palabras no tienen fin, pero la comunicación es verbal y no verbal. Escuchar lo verbal, la palabra, es una cosa, y escuchar lo no verbal es otra; lo uno es irrelevante, superficial y conduce a la inacción; lo otro es acción no fragmentaria, es el florecimiento de la bondad. Las palabras nos han provisto de bellas paredes, pero no de espacio. Los recuerdos, la imaginación, son la agonía del placer, y el amor no es placer.

La larga y delgada culebra verde estaba ahí esa mañana; era delicada y se hallaba casi perdida entre las hojas verdes; se quedaría allí, inmóvil, aguardando y vigilando. Se veía la gran cabeza del camaleón; yacía a lo largo de una rama y cambiaba sus colores con bastante frecuencia.

10 de abril de 1975

En el silencio de la noche profunda y en la quieta y apacible mañana, cuando el Sol está tocando las colinas, hay un gran misterio. Está ahí, en todas las cosas vivientes. Si uno se sienta tran-

quilo bajo un árbol, percibirá la antigua Tierra con su misterio incomprensible. En una noche silenciosa, cuando las estrellas lucen claras y cercanas, uno puede advertir el espacio en expansión y el misterioso orden de todas las cosas, lo inconmensurable y la nada, el movimiento de las oscuras colinas y el ulular de un búho. En ese silencio absoluto de la mente, este misterio se expande sin tiempo ni espacio. Hay misterio en aquellos antiguos templos construidos con cuidado infinito, con una atención que es amor. Las esbeltas mezquitas y las grandes catedrales pierden ese misterio intangible, porque hay fanatismo, dogma y pompas marciales. El mito que se halla oculto en las capas profundas de la mente no es misterioso; es romántico, tradicional y condicionado. En los rincones secretos de la mente, la verdad ha sido desalojada por los símbolos, las palabras y las imágenes; en todas estas cosas no hay misterio alguno, son las agitaciones del pensamiento. En el conocimiento y su actividad, hay admiración, aprecio y gozo. Pero el misterio es absolutamente otra cosa. No es una experiencia que pueda reconocerse, guardarse y recordarse. La experiencia es la muerte de ese misterio incomunicable; para comunicarnos necesitamos una palabra, un gesto, una mirada, pero para estar en comunicación con *aquello*, la mente, la totalidad del propio ser debe hallarse en el mismo nivel, al mismo tiempo y a la misma intensidad que aquello que llamamos misterioso. Esto es amor. Con esto se abre el misterio total del universo.

Esta mañana no había una nube en el cielo; el Sol estaba en el valle y todas las cosas se regocijaban, excepto el hombre. Él miraba esta Tierra maravillosa y continuaba con su trabajo, sus penas y sus placeres pasajeros. No tenía tiempo para ver; se hallaba demasiado ocupado con sus problemas, sus angustias, su violencia. Él no ve ese árbol y, por ende, no puede ver su propio tormento. Cuando se ve obligado a mirar, hace pedazos lo que ve y llama a eso análisis; escapa de ello o no quiere ver. En el arte de ver reside el milagro de la transformación, la transformación de *lo que es*. Lo que «debería ser», jamás existe. En el acto de ver hay un misterio inmenso. Esto requiere interés, atención, que es amor.

14 de abril de 1975

Una serpiente muy grande estaba cruzando el camino de las carretas justo delante de uno; era corpulenta, pesada, y se movía perezosamente. Venía de un charco grande que se encontraba un poco más lejos. Era casi negra, y la luz del Sol crepuscular, al caer sobre ella, daba a su piel un brillo intenso. Avanzaba pausadamente con una señorial dignidad de poder. No advirtió la presencia de uno, que la observaba quietamente y desde muy cerca; debía medir bastante más de cinco pies y estaba hinchada con lo que había comido. Subió a un montículo de tierra y uno caminó hacia ella hasta quedar a unas cinco pulgadas de distancia; su lengua negra, bifurcada, se lanzaba hacia adentro y afuera. Estaba moviéndose en dirección a un gran agujero. Uno podría haberla tocado, porque tenía una belleza extraña que atraía. Pasó un aldeano y nos gritó que la dejáramos tranquila porque se trataba de una cobra. Al día siguiente, los lugareños habían puesto sobre el montículo un plato con leche y algunas flores de hibisco. Más lejos, en esa misma carretera, había un arbusto alto y casi deshojado, que tenía espinas de unas dos pulgadas de largo, agudas, grisáceas; ningún animal hubiera osado tocar sus suculentas hojas. Así se protegía y ¡pobre de cualquiera que lo tocara! Había venados en esos bosques; eran tímidos pero muy curiosos; permitían que la gente se aproximara, pero no demasiado cerca, y si uno lo hacía corrían velozmente alejándose hasta desaparecer entre la maleza. Había un venado que, con los ojos muy abiertos y las grandes orejas hacia adelante, dejaba que uno llegara bastante cerca de él si no había nadie más al lado. Todos ellos tenían manchas blancas sobre una piel de color castaño bermejo. Eran tímidos, mansos, y estaban siempre alerta; resultaba agradable encontrarse entre ellos. Había uno completamente blanco, que debe haber sido una verdadera rareza.

El bien no es lo opuesto del mal; jamás ha sido alcanzado por el mal, aunque se encuentre rodeado por él. El mal no puede dañar al bien, pero el bien puede parecer que causa perjuicio, y en-

tonces el mal se vuelve más artero, más dañino. La maldad puede ser cultivada, agudizada, puede volverse expansivamente violenta; nace dentro del movimiento del tiempo, y es alimentada y hábilmente utilizada. Pero la bondad no es del tiempo; de ningún modo puede ser cultivada ni alimentada por el pensamiento; su acción no es visible, no tiene causa y, por lo tanto, no tiene efecto. El mal no puede convertirse en bien, porque el bien no es el producto del pensamiento; está más allá del pensamiento, como la belleza. La cosa que el pensamiento produce, el mismo pensamiento puede deshacerla, pero no es el bien; como el bien no pertenece al tiempo, en él no tiene cabida la duración. Donde está el bien hay orden, no el orden de la autoridad, del castigo y la recompensa. Este orden es esencial, porque de otro modo la sociedad se destruye a sí misma y el hombre se vuelve maligno, sanguinario, corrupto y degenerado. Porque el hombre es la sociedad; son inseparables. La ley del bien es eterna, inmutable e intemporal. Su naturaleza es la estabilidad, y por eso el bien es absolutamente seguro. No existe otra seguridad.

EL ÚLTIMO DIARIO (II)

30 de marzo de 1984

Paseando en una bella mañana primaveral por la recta carretera, el cielo se veía extraordinariamente azul; no había una sola nube y el Sol era cálido, no demasiado caluroso; se sentía agradable. Las hojas brillaban y había animación en el aire. Era realmente una mañana de extraordinaria belleza. Ahí estaba la alta montaña, impenetrable, y los cerros de abajo se veían verdes y hermosos. Y mientras paseaba tranquilamente, sin muchos pensamientos, uno vio una hoja muerta de color amarillo y rojo brillante, una hoja de otoño. ¡Qué bella era, tan sencilla en su muerte, tan natural, tan llena de la belleza y vitalidad de todo el árbol y del verano! Era extraño que no se hubiera marchitado. Al contemplarla más de cerca, se veían todas las nervaduras y el tallo y el contorno de esa hoja. Y esa hoja era todo el árbol.

¿Por qué los seres humanos mueren tan desdichadamente, tan lamentablemente, con enfermedad, vejez, senilidad, con el cuerpo encogido, feo? ¿Por que no pueden morir tan natural y bellamente como esta hoja? ¿Qué hay de malo en nosotros? A pesar de todos los médicos, de las medicinas y los hospitales, de las operaciones y de toda la agonía de la vida, y también de los placeres, no parecemos capaces de morir con dignidad, con sencillez y con una sonrisa.

Una vez, mientras paseaba por un sendero, uno escuchó detrás un canto, un canto melodioso, rítmico, que tenía la antigua fuerza del sánscrito. Uno se detuvo y miró en torno. El hijo mayor, desnudo hasta la cintura, llevaba un pote de terracota en el que ardía una llama. Lo había colocado dentro de una vasija; y detrás de él iban dos hombres transportando a su padre muerto cubierto con un lienzo blanco; y todos cantaban. Uno conocía ese canto y estuvo a punto de unirse a ellos. Pasaron y uno los siguió. Descendieron por el camino cantando, y el hijo mayor lloraba, transportaron al padre hasta la playa donde ya habían juntado una gran pila de leña; dejaron el cuerpo en la cima de ese montón de madera y le prendieron fuego. Todo era tan natural, tan extraordinariamente sencillo; no había flores ni carroza fúnebre ni negros carruajes con caballos negros. Todo era muy sereno y absolutamente digno. Y uno miraba esa hoja y las miles de hojas del árbol. El invierno trajo esa hoja desde su origen hasta este sendero, y pronto se secaría completamente marchitándose, desaparecería arrastrada por los vientos hasta perderse.

Cuando enseñamos a los niños las matemáticas, cuando les enseñamos a leer, a escribir y todo eso que implica adquirir conocimientos, también debería enseñárseles la inmensa dignidad de la muerte, no como algo mórbido y desgraciado que uno ha de afrontar en el futuro, sino como algo de la vida cotidiana –la vida cotidiana de contemplar el cielo azul y observar el saltamontes sobre una hoja–. Eso forma parte del aprender, tal como a uno le crecen los dientes y pasa por todas las incomodidades y enfermedades de la infancia. Los niños tienen una curiosidad extraordinaria. Si uno comprende la naturaleza de la muerte, entonces no les explica que todo muere, que el polvo vuelve al polvo y todas esas cosas; les explica cariñosamente y les hace sentir, sin temor alguno, que el vivir y el morir son una sola cosa, no el final de nuestra vida después de cincuenta, sesenta o noventa años, sino que la muerte es como esa hoja.

Uno mira a esas personas viejas, hombres y mujeres, cuán decrépitas, arruinadas, infelices y feas se ven. ¿Es porque no han

comprendido realmente ni el vivir ni el morir? Han usado la vida, han consumido sus vidas en el conflicto incesante que sólo ejercita y fortalece al «yo», al ego. Gastamos nuestros días en una gran diversidad de conflictos y desdichas, con un poco de alegría y placer –beber y fumar hasta las últimas horas de la noche, y trabajar, trabajar, trabajar–. Y al final de nuestra vida nos enfrentamos con miedo a esa cosa llamada muerte. Uno piensa que ella puede comprenderse siempre, que puede sentirse profundamente. Al niño con su curiosidad puede ayudársele a comprender que la muerte no es meramente el desgaste del cuerpo a causa de enfermedad, vejez o algún accidente inesperado, sino que el final de cada día es también el final de uno mismo cada día.

No existe la resurrección; eso es superstición, una creencia dogmática. Todo en la Tierra, en esta bella Tierra, vive muere, nace y se marchita. Para captar este movimiento total de la vida, se requiere inteligencia, no la inteligencia del pensamiento o de los libros o del conocimiento, sino la inteligencia del amor y de la compasión con su sensibilidad. Uno tiene la completa certidumbre de que si el educador comprendiera el significado y la dignidad de la muerte, la simplicidad extraordinaria del morir, si comprendiera eso profundamente, no intelectualmente, podría comunicar al estudiante, al niño, que el morir, el final, no es para eludirse, no es algo que él haya de temer, porque forma parte de la totalidad de nuestra vida. De ese modo, el estudiante, el niño, al crecer jamás tendrá miedo de la muerte. Si todos los seres humanos que han vivido antes que nosotros, todas las generaciones y generaciones pasadas todavía vivieran sobre esta Tierra, ¡qué terrible sería eso!

Y en la educación uno quisiera ayudar –no, ésa es una palabra equivocada–, uno quisiera introducir la muerte en alguna clase de realidad, no la de algún otro que muere, sino la realidad de que cada uno de nosotros, por viejo o joven que sea, tendrá que enfrentarse inevitablemente a esa cosa. No es una triste cuestión de lágrimas, de soledad, de separación. Matamos con tanta facilidad a los animales no sólo para alimentarnos, sino que está la enorme

matanza de animales por diversión, esa diversión que llamamos deporte –matamos al ciervo porque es la estación de caza–. Matar un ciervo es como matar a un semejante. Matamos animales porque hemos perdido contacto con la naturaleza, con todas las cosas vivientes de esta Tierra. En la guerra matamos por múltiples ideologías románticas, nacionalistas, políticas... Hemos matado a la gente en el nombre de Dios. La violencia y el matar marchan juntos.

Contemplar esa hoja muerta con toda su belleza y color, es darse cuenta, comprender muy profundamente lo que la propia muerte de uno tiene que ser, comprenderlo no en el final sino en el comienzo mismo. La muerte no es alguna cosa horrenda, algo que deba eludirse, posponerse, sino más bien algo para estar con ello día tras día. Y de eso surge un sentido extraordinario de inmensidad.

PARTE III:

PREGUNTAS ACERCA DE LA VIDA

Además de ofrecer miles de pláticas públicas y de sostener numerosas entrevistas y discusiones individuales, Krishnamurti instaba a que le formularan preguntas quienes asistían a las reuniones que se organizaban anualmente en muchos países. Aun en los últimos años, cuando las preguntas le eran entregadas por escrito y no formuladas de viva voz desde el auditorio, eran exploradas siempre de un modo nuevo, espontáneo, «por todos juntos como amigos», según solía recordar a menudo a sus oyentes.

Estaba comprometido en frecuentes reuniones y seminarios con científicos, educadores, y con los estudiantes y miembros del personal de las escuelas fundadas por las diversas Fundaciones Krishnamurti. Sostuvo diálogos con psiquiatras y psicólogos, con profesionales de toda clase, y con los síndicos de las fundaciones, quienes tenían la responsabilidad de organizar sus pláticas y viajes, de difundir las enseñanzas y sostener las escuelas.

Krishnamurti consideraba que la correcta educación de los jóvenes era de interés decisivo para cada generación. Inspiró la fundación de escuelas que llevan su nombre, en la India, Inglaterra y los Estados Unidos. Visitándolas a menudo y sentándose informalmente con estudiantes y profesores, solía hablar con ellos sobre la necesidad de aprender acerca de uno mismo. Sostenía y acentuaba el hecho de que, además de adquirir capacidad académica, era esencial que fueran seres humanos totales e integrados, con interés profundo por toda la humanidad y por el medio ambiente global.

Esta parte contiene preguntas extraídas de los libros: Las obras completas, Principios del aprender, La totalidad de la vida; *fueron formuladas en reuniones públicas, así como en diálogos con estudiantes, profesores y síndicos de las diversas fundaciones. Cada uno de estos extractos comunica el anhelo de Krishnamurti por explorar con imparcialidad y franqueza temas importantes, y su rechazo a hablar como una autoridad.*

Se nos recuerda que las respuestas están en la comprensión de las preguntas mismas.

¿QUÉ IMPLICA SER SERIO?

Si podemos empezar considerando qué implica ser serio, entonces quizá nuestra investigación en todo el proceso de nuestro pensar y en la manera como respondemos a los múltiples retos de la vida, tendrá una significación más profunda.

¿Qué entendemos por ser serio? ¿Somos realmente serios alguna vez? Casi todos pensamos muy superficialmente; jamás sostenemos un propósito en particular y lo llevamos hasta su término, porque nos mueven muchos deseos contradictorios, cada uno de ellos empujando en una dirección diferente. En un momento somos serios acerca de algo, y al momento siguiente lo hemos olvidado y vamos en pos de un objetivo distinto en un nivel distinto. ¿No es posible sostener una visión integrada respecto de la vida? Creo que ésta es una pregunta importante que debemos considerar, porque no sé cuántos de ustedes son siquiera serios. ¿O somos serios solamente acerca de esas cosas que nos brindan satisfacción y que no tienen sino un sentido efímero?

Sería, pues, muy interesante que no se limitaran a escuchar una plática, sino que procuráramos juntos y seriamente descubrir qué significa ser serio. Cuando una mente mezquina se esfuerza por ser seria, su seriedad será inevitablemente muy superficial, porque carece de toda comprensión acerca del significado más profundo de su propio proceso. Uno puede dedicar todas sus energías a un determinado propósito, espiritual o mundano, pero mientras la mente permanezca siendo trivial, compleja, sin comprenderse en

absoluto a sí misma, sus actividades «serias» significarán muy poco. Por eso me parece muy importante, especialmente en estos tiempos donde hay tantos problemas complejos, tantos retos, que al menos unos cuantos de nosotros tengamos un interés sostenido en tratar de descubrir si es posible ser intensos o serios, sin que nos distraigan las actividades superficiales de la mente.

No sé si les interesa este problema, pero es sin duda muy importante averiguar por qué la mayoría de la gente no es seria de verdad, ya que sólo una mente seria puede seguir una determinada actividad hasta el fin y descubrir su significado. Si uno ha de ser capaz de una acción integral, tiene que comprender las modalidades de su propia mente; sin esa comprensión, tiene poco sentido que uno trate de ser meramente serio. Me pregunto si alguno de ustedes está siguiendo todo esto, y si me explico con claridad.

Vemos el proceso desintegrador que se desarrolla en el mundo. El viejo orden social se derrumba, las diversas religiones organizadas, las creencias, las estructuras morales y éticas en que nos han educado, están fracasando. En toda nuestra así llamada civilización, ya sea ésta india, europea o la que fuere, hay corrupción, y se lleva adelante toda clase de actividades inservibles. ¿Es, entonces, posible para ustedes y para mí, darnos cuenta de este proceso de desintegración y, saliéndonos de él como individuos, ser serios en nuestro propósito de crear una clase por completo diferente de mundo, una clase diferente de cultura, de civilización?

El problema es el siguiente: Estando atrapados en esta desintegración social, religiosa y moral, ¿de qué modo podemos, como individuos, romper con ella y crear un mundo distinto, un orden social distinto, una forma diferente de considerar la vida? ¿Es esto un problema para alguno de ustedes, o se contentan con limitarse a observar esta desintegración y responder a ella de la manera habitual? ¿Podemos esta tarde discutir el problema juntos, considerarlo a fondo y resolverlo en nosotros mismos? ¿Piensan que sería provechoso discutir qué es lo que entendemos por «cambio»?

Interlocutor: Discutamos la seriedad.

Krishnamurti: ¿Qué entendemos por seriedad? Ser serio, intenso, implica indudablemente la capacidad de descubrir lo verdadero. ¿Puedo descubrir lo verdadero si mi mente está atada a algún punto de vista en particular? Si se halla limitada por el conocimiento, por la creencia, si está atrapada en las influencias condicionadoras que constantemente hacen impacto sobre ella, ¿puede la mente descubrir algo nuevo? La seriedad, ¿no implica, acaso, la dedicación total de nuestra mente a algún problema de la vida? ¿Puede una mente, que sólo está en parte atenta, que es contradictoria en sí misma, responder alguna vez adecuadamente al reto de la vida, por mucho que pueda intentar ser seria? Una mente desgarrada por innumerables deseos, cada uno empujando en una dirección distinta, ¿es capaz de descubrir lo verdadero, por más que lo intente? ¿No es, entonces, muy importante tener conocimiento propio, ser serios en el proceso de comprender el «yo» con todas sus contradicciones? ¿Podemos discutir eso?

I.: ¿Tendría usted la bondad de decirnos si la vida y los problemas de la vida son la misma cosa?

K.: ¿Puede usted considerar los problemas de la vida, separados de la vida misma? ¿Es la vida diferente de los problemas que ella provoca en nosotros? Tomemos esa única pregunta y sigámosla hasta el final.

I.: ¿Qué hay con respecto a las bombas atómicas y de hidrógeno?

K.: Eso implica todo el problema de la guerra y de cómo impedir la guerra, ¿no es así? ¿Podemos discutirlo como para clarificar nuestras propias mentes, seguirlo con seriedad e intensidad hasta el final y, de tal modo, conocer por completo la verdad al respecto?

¿Qué entendemos por paz? ¿Es la paz lo opuesto, la antítesis de la guerra? Si no hubiera guerra, ¿tendríamos paz? ¿Estamos buscando la paz, o lo que llamamos paz es tan sólo un espacio entre dos actividades contradictorias? ¿Deseamos en verdad la paz, no sólo en un nivel, económico o espiritual, sino totalmente? ¿O

es que estamos todo el tiempo en guerra dentro de nosotros mismos y, en consecuencia, exteriormente? Si deseamos impedir la guerra, es obvio que debemos dar ciertos pasos, lo cual quiere decir, en realidad, no tener fronteras mentales, porque las creencias generan enemistad. Si usted cree en el comunismo y yo creo en el capitalismo, o si usted es hindú y yo soy cristiano, entre nosotros hay, evidentemente, antagonismo. Así, pues, si usted y yo deseamos la paz, ¿no debemos, acaso, abolir todas las fronteras de la mente? ¿O tan sólo queremos paz desde el punto de vista de la satisfacción, manteniendo el statu quo después de alcanzar cierto resultado?

Vea, yo no creo que, para los individuos, sea posible detener la guerra. La guerra es como un mecanismo gigantesco que, habiendo sido puesto en marcha, ha acumulado un gran ímpetu, y probablemente continuará y seremos triturados, destruidos en el proceso. Pero si uno desea salirse fuera del mecanismo, de toda la maquinaria de la guerra, ¿qué debe hacer? Ése es el problema, ¿verdad? ¿Queremos realmente detener la guerra, tanto en lo interno como en lo externo? Al fin y al cabo, la guerra no es sino la dramática expresión exterior de nuestra lucha interna, ¿no es cierto? ¿Puede, cada uno de nosotros, dejar de ser ambicioso? Porque en tanto seamos ambiciosos, seremos crueles, lo cual produce inevitablemente conflicto entre nosotros y otros individuos, así como entre un grupo y otro, entre una nación y otra. Esto implica, en realidad, que mientras usted y yo estemos buscando el poder en cualquier dirección, tenemos que producir guerras, puesto que el poder es maligno. ¿Es posible, entonces, para cada uno de nosotros, investigar el proceso de la ambición, de la competencia, del deseo de ser alguien en el terreno del poder, investigarlo y ponerle fin? Me parece que sólo entonces podremos, como individuos, salirnos de esta cultura, de esta civilización que genera guerras.

Discutamos esto. ¿Podemos, como individuos, poner fin en nosotros mismos a las causas de la guerra? Una de las causas es, evidentemente, la creencia, el dividirnos nosotros mismos en

hindúes, budistas, cristianos, comunistas, capitalistas... ¿Podemos desechar todo eso?

I.: Todos los problemas de la vida son irreales, y tiene que haber algo real en lo que podamos confiar. ¿Cuál es esa realidad?

K.: ¿Piensa usted que es tan fácil dividir lo real y lo irreal? ¿O lo real se manifiesta únicamente cuando empiezo a comprender qué es lo irreal? ¿Alguna vez ha considerado qué es lo irreal? El dolor, ¿es irreal? ¿Es irreal la muerte? Si usted pierde su cuenta bancaria, ¿es eso irreal? Un hombre que dice: «Todo esto es irreal; por lo tanto, encontremos lo real», está escapando de la realidad.

¿Podemos usted y yo poner fin a los factores que contribuyen a la guerra interna y externa? Discutamos eso, no sólo verbalmente, sino investiguémoslo de veras, ahondemos seriamente en ello y veamos si es posible erradicar en nosotros mismos la causa del odio, de la enemistad, este sentimiento de superioridad, de ambición y demás. ¿Podemos erradicar todo esto? Si de veras deseamos la paz, ello tiene que ser erradicado, ¿no es así? Si usted quiere descubrir qué es lo real, qué es la verdad, debe tener una mente muy quieta, y ¿puede tener una mente quieta si es ambicioso, envidioso, si está ávido de poder, posición y todo eso? Por lo tanto, si es realmente intenso, serio en su necesidad de comprender lo verdadero, ¿no deben ser desechadas todas estas cosas? ¿Acaso la intensidad, la seriedad, no consiste en comprender y disolver el proceso de la mente, del «yo», que crea todos estos problemas.

I.: ¿Cómo podemos librarnos nosotros mismos del condicionamiento?

K.: ¡Pero se lo estoy mostrando! ¿Qué es el condicionamiento? Es la tradición que nos han impuesto desde la infancia, o las creencias, las experiencias, el conocimiento que uno ha acumulado para sí mismo. Todas esas cosas condicionan la mente.

Ahora bien, antes de que penetremos en los aspectos más complejos de la cuestión, ¿puede usted dejar de ser un hindú, con todas las implicaciones de ello, de modo tal que su mente sea ca-

paz de pensar, de responder, no conforme a un hinduismo modificado, sino de una manera por completo nueva? ¿Puede haber en usted una revolución total, a fin de que la mente sea fresca, clara y, en consecuencia, capaz de emprender una investigación? Es una pregunta muy sencilla. Puedo ofrecerle una plática al respecto, pero eso no tendrá sentido si usted tan sólo escucha y después se marcha de aquí concordando o discrepando; mientras que si usted y yo podemos discutir este problema y examinarlo muy cuidadosamente hasta el fin, entonces quizá nuestra conversación valga la pena.

¿Podemos, pues, usted y yo, que deseamos la paz, que hablamos acerca de la paz, erradicar en nosotros mismos las causas de hostilidad, de guerra? ¿Discutiremos eso?

I.: Los individuos, ¿son incapaces de hacer algo contra las bombas atómicas y de hidrógeno?

K.: Se continuará experimentando con estas bombas en América, en Rusia y en otras partes, y ¿qué podemos hacer al respecto usted y yo? ¿Qué sentido tiene, pues, discutir este asunto? Usted podrá hacer el intento de formar una opinión pública, escribiendo a los diarios sobre lo terrible que es eso, pero ¿impedirá con ello que los gobiernos investiguen y fabriquen la bomba H? ¿No continuarán haciéndolo de cualquier modo? Tal vez usen la energía para fines tanto pacíficos como destructivos, y probablemente dentro de cinco o diez años tendrán fábricas funcionando a base de energía atómica; pero también se estarán preparando para la guerra. Podrán limitar el uso de las armas atómicas, pero el impulso de la guerra está ahí, y ¿qué podemos hacer? Los sucesos históricos se hallan en movimiento, y no creo que usted y yo, viviendo aquí en Benarés, podamos detener ese movimiento. ¿Quién va a encargarse de ello? Pero lo que nosotros podemos hacer es algo por completo diferente. Podemos salirnos de la actual maquinaria de la sociedad, que nos prepara constantemente para la guerra, y quizá, gracias a nuestra propia y total revolución interna, seamos capaces de contribuir a que se construya una civilización completamente nueva.

Al fin y al cabo, ¿qué es la civilización? ¿Qué es la civilización india, o la europea? Es una expresión de la voluntad colectiva, ¿no es así? La voluntad de las mayorías ha creado esta civilización actual en la India, y ¿no podemos usted y yo romper con ella y pensar de un modo por completo diferente acerca de estas cuestiones? ¿No es, acaso, responsabilidad de las personas serias hacer esto? ¿No debe haber personas serias que ven este proceso de destrucción que tiene lugar en el mundo, que lo investiguen y se salgan de él, en el sentido de no ser ambiciosos y todo eso? ¿Qué otra cosa podemos hacer? Pero ya lo ve, no estamos dispuestos a ser serios, ésa es la dificultad. No queremos habérnoslas con nosotros mismos, preferimos discutir algo exterior a nosotros, algo lejano.

I.: Tiene que haber algunas personas muy serias. ¿Han resuelto ellas sus problemas o los problemas del mundo?

K.: Ésa no es una pregunta seria, ¿verdad? Es como si yo dijera que otras han comido cuando yo sigo hambriento. Si tengo hambre, preguntaré dónde puedo conseguir comida, y decir que otros están bien alimentados es irrelevante; denota que no estoy realmente hambriento. No es importante saber si hay personas serias que han resuelto sus problemas. ¿Hemos resuelto nuestros problemas usted y yo? Eso es mucho más importante, ¿no es así? ¿Podemos, unos cuantos de nosotros, discutir muy seriamente este problema, investigarlo con intensidad y ver qué podemos hacer, no sólo en el nivel intelectual, verbal, sino de hecho?

I.: ¿Es de veras posible escapar al impacto de la civilización moderna?

K.: ¿Qué es la civilización moderna? Aquí, en la India, es una cultura antigua sobre la que se han superpuesto ciertas capas de la cultura occidental, tales como el nacionalismo, la ciencia, el parlamentarismo, el militarismo, etc. Ahora bien, o permitimos que nos absorba esta civilización, o debemos romper con ella y crear una civilización por completo diferente. Es algo desafortunado que estemos tan ansiosos de limitarnos a escuchar, porque escuchamos de una manera muy superficial, y eso parece ser su-

ficiente para la mayoría de nosotros. ¿Por qué nos resulta tan extraordinariamente difícil discutir con seriedad y erradicar de nosotros las cosas que están causando antagonismo y guerra?

I.: Tenemos que considerar el problema inmediato.

K.: Pero al considerar el problema inmediato, usted encontrará que tiene raíces profundas; es el resultado de causas que yacen dentro de nosotros mismos. Así pues, para resolver el problema inmediato, ¿no debería usted investigar los problemas más profundos?

I.: Existe solamente un problema, y es descubrir la finalidad de la vida.

K.: ¿Podemos discutir eso con verdadera seriedad, investigarlo por completo, de modo que sepamos por nosotros mismos cuál es la finalidad de la vida? ¿Qué es la vida en general, adónde conduce? Ésa es la pregunta, no cuál es el propósito de la vida. Si buscamos nada más que una definición para el propósito de la vida, usted la definirá de una manera y yo de otra, y disputaremos y escogeremos la definición que juzguemos mejor conforme a nuestra idiosincrasia. Eso no es, seguramente, lo que quiere decir el interlocutor. Él desea saber cuál es la finalidad de toda esta lucha, esta búsqueda, esta batalla constante, este unirnos y separarnos, el nacimiento y la muerte. ¿Adónde nos conduce la totalidad de la existencia? ¿Qué implica?

Y bien, ¿qué es esta cosa que llamamos *vida*? Conocemos la vida sólo a través de la autoconciencia, ¿no es así? Sé que estoy vivo porque hablo, pienso, como, tengo múltiples deseos contradictorios, conscientes o inconscientes, distintas compulsiones, ambiciones, etc. Sólo cuando estoy consciente de estas cosas, o sea, mientras tengo conciencia de mí mismo, sé que estoy vivo. Y ¿qué entendemos por ser conscientes de nosotros mismos? Por cierto, tengo conciencia de mí mismo únicamente cuando hay alguna clase de conflicto; de lo contrario, no tengo conciencia de mí mismo. Cuando estoy pensando, esforzándome por algo, argumentando, discutiendo, planteando las cosas de este modo o aquél, estoy consciente de mí mismo. La propia naturaleza de la autoconciencia es la contradicción.

La conciencia es un proceso total, es tanto lo oculto como lo manifiesto, lo activo. Ahora bien, ¿qué significa este proceso de la conciencia y adónde conduce? Conocemos el nacimiento y la muerte, la creencia, la lucha, el dolor, la esperanza, el conflicto incesante. ¿Cuál es el significado de todo eso? Es lo que tratamos de hacer: descubrir su verdadero significado. Y ello es posible sólo cuando la mente es capaz de investigar, o sea, cuando no se halla anclada a ninguna conclusión. ¿No es así?

I.: ¿Es eso investigación o reinvestigación?

K.: Hay reinvestigación sólo cuando la mente está atada, cuando es repetitiva y, por eso, se reinvestiga constantemente a sí misma. Pero el estar libre para investigar, para descubrir lo verdadero, requiere una mente no aprisionada en el cautiverio de ninguna conclusión.

Ahora bien, ¿podemos usted y yo descubrir cuál es el significado de esta lucha con todas sus ramificaciones? Si ésa es nuestra intención y somos serios, intensos, ¿puede nuestra mente tener conclusión alguna al respecto? ¿No debe uno estar abierto a esta confusión? ¿No debe uno investigarla con una mente libre, para descubrir qué es lo verdadero? Lo importante no es, entonces, el problema, sino ver la posibilidad de que la mente esté libre para investigar y descubrir la verdad al respecto.

¿Puede la mente liberarse de todas las conclusiones? Una conclusión es tan sólo la respuesta a un determinado condicionamiento, ¿no es así? Veamos la conclusión que tenemos acerca de la reencarnación. No viene al caso si la reencarnación es o no un hecho. ¿Por qué tienen ustedes esa conclusión? ¿Se debe a que la mente le tiene miedo a la muerte? Una mente así, al creer en cierta conclusión que es el resultado del miedo, de la esperanza, del anhelo, es incapaz de descubrir qué es verdadero en relación con la muerte. Por lo tanto, si somos algo serios, nuestro primer problema, antes aún de que nos preguntemos qué significa todo este proceso de la vida, es descubrir si la mente puede hallarse libre de todas las conclusiones.

I.: ¿Quiere usted decir que, a fin de que haya un pensar serio, la mente debe estar por completo vacía?

K.: ¿Qué entendemos por libertad? ¿Qué significa ser libre? Usted supone que si una mente está libre, no atada a ninguna conclusión, se encuentra en un estado de vacío. Pero ¿es así? Tratamos de descubrir la verdad acerca de lo que es una mente libre. ¿Es libre una mente que ha llegado a una conclusión? Si yo leo a Shankara, a Buda, a Einstein, a Marx –no importa a quién– y llego a una conclusión o creo en cierto sistema de pensamiento, ¿está mi mente libre para investigar?

I.: La comparación, ¿no tiene cabida en el proceso de investigación?

K.: ¿Comparar qué? ¿Comparar una conclusión con otra, una creencia con otra? Quiero descubrir el significado de todo este proceso de la vida, con su lucha, su dolor, su desdicha, sus guerras, su pobreza espantosa, su crueldad, su antagonismo; quiero descubrir la verdad de todo eso. Para hacerlo, ¿no debo, acaso, tener una mente capaz de investigar? Y ¿puede la mente investigar si tiene una conclusión, o comparar una conclusión con otra?

I.: ¿Puede una mente ser considerada libre si sólo tiene una conclusión provisoria?

K.: Provisoria o permanente, una conclusión es siempre una esclavitud mental, ¿no es así? Por favor, reflexione un poco, hágalo junto conmigo. Cuando uno quiere descubrir si existe ese algo a lo que llamamos Dios, ¿qué ocurre generalmente? Leyendo ciertos libros o escuchando los argumentos de alguna persona ilustrada, uno se persuade de que Dios existe; o uno se vuelve comunista y lo persuaden de que Dios no existe. Pero si uno quiere descubrir la verdad al respecto, ¿puede pertenecer a uno u otro bando? ¿No debe nuestra mente estar libre de toda especulación, de todo conocimiento, de toda creencia?

Ahora bien, ¿cómo ha de estar libre la mente? ¿Puede estar libre alguna vez si sigue un método para liberarse? ¿Puede algún método, alguna práctica, algún sistema, liberar a la mente, por noble o nuevo que sea el método, por mucho que se lo haya pues-

to a prueba durante siglos? ¿O el método tan sólo condiciona a la mente de una manera particular, a la que entonces llamamos libertad? El método producirá sus propios resultados, ¿no es así? Y cuando la mente busca un resultado mediante la práctica de un método, siendo el resultado la libertad, ¿será libre una mente así?

Mire, supongamos que uno tiene determinada creencia, una creencia en Dios, o en lo que fuere. ¿No debe uno descubrir cómo ha surgido esa creencia? Esto no quiere decir que usted no debe creer, sino *por qué* cree. ¿Por qué la mente dice: «Esto es así»? ¿Puede la mente descubrir cómo nacen las creencias?

Usted ve inseguridad en todo cuanto le rodea, y cree en un Maestro, en la reencarnación, porque esa creencia le da una esperanza, una sensación de seguridad, ¿no es cierto? Y ¿puede una mente que busca seguridad ser libre alguna vez? ¿Entiende? La mente busca seguridad, permanencia; está movida por el deseo de sentirse a salvo. ¿Puede esa mente estar libre para descubrir lo verdadero? A fin de descubrir lo verdadero, ¿no debe la mente abandonar sus creencias, desechar su deseo de sentirse segura? ¿Existe, acaso, un método por el cual podamos abandonar las creencias que nos brindan una esperanza, un sentimiento de seguridad? Vea, esto es lo que entiendo por ser una persona seria.

I.: ¿Hay períodos de libertad en la mente condicionada?

K.: ¿Hay períodos o intervalos de libertad en la mente condicionada? ¿De qué es usted consciente, de la libertad o de la mente condicionada? Por favor, considere esta cuestión seriamente. Nuestras mentes se hallan condicionadas, es obvio. La mente de uno se halla condicionada como hindú, comunista, esto o aquello. Ahora bien, ¿puede la mente condicionada conocer alguna vez la libertad, o sólo imagina que es libre? Y ¿puede usted darse cuenta de que su mente se halla condicionada? Ése es, por cierto, nuestro problema, no qué es la libertad. ¿Puede usted simplemente darse cuenta de su condicionamiento, o sea, ver que su mente funciona de una manera determinada? No estamos hablando de cómo modificar eso, de cómo producir un cambio; ésa no es la cuestión. Nuestra mente funciona como hindú –o hindú mo-

dificada–, como cristiana, como comunista; *cree* en algo. ¿Se da usted cuenta de eso?

I.: La libertad no es una adquisición, sino un don.

K.: Eso es suponer. Si la libertad fuera un don, sería sólo para unos cuantos elegidos, lo cual resultaría intolerable. ¿Quiere decir que usted y yo no podemos examinar eso a fondo y ser libres? Vea, señor, es lo que yo digo: no somos serios. El primer paso hacia la libertad es saber cuán condicionados estamos. Pero ¿lo sabemos? Cuando usted hace una marca roja en su frente, cuando se pone la hebra sagrada, cuando practica *puja* o sigue a algún líder, ¿no son ésas las actividades de una mente condicionada? ¿Puede usted desprenderse de todo eso, de modo que al hacerlo descubra qué es lo verdadero? Ésa es la razón de que la verdad se revele únicamente a los seres humanos serios, no a quienes buscan tan sólo la seguridad y se hallan atrapados en alguna forma de conclusión. Sólo estoy diciendo que, cuando la mente se ata a cierta forma particular de conclusión, ya sea transitoria o permanente, es incapaz de descubrir algo nuevo.

I.: Un científico tiene datos. ¿Está dispuesto a abandonar esos datos?

K.: ¿Habla usted como científico o como ser humano? Incluso el pobre científico, si desea descubrir algo, tiene que desechar sus conocimientos y conclusiones, porque influirán en cualquier descubrimiento. Señor, a fin de descubrir, debemos morir para las cosas que conocemos.

I.: ¿Puede la mente librarse de su condicionamiento en el nivel consciente o en el inconsciente? ¿O puede hacerlo en ambos niveles?

K.: Señor, ¿qué es la mente? Están la mente consciente y la inconsciente. La consciente se halla ocupada con las actividades cotidianas; observa, piensa, discute, presta atención a una tarea, etc. Pero ¿nos damos cuenta de la mente inconsciente? Ésta es el depósito del instinto racial, es el residuo de esta civilización, de esta cultura, en la que hay ciertos impulsos, diversas formas de compulsión. ¿Puede esta mente, en su totalidad –tanto en lo

consciente como en lo inconsciente– liberarse ella misma de su condicionamiento?

Ahora bien, ¿por qué dividimos la mente en consciente e inconsciente? ¿Existe tal barrera definida entre ambas? ¿O estamos tan absorbidos por la mente consciente, que jamás hemos tomado en consideración a la inconsciente ni hemos estado abiertos a ella? ¿Puede la mente consciente investigar, sondear la inconsciente, o sólo cuando la consciente está quieta, aparecen las incitaciones, sugerencias, compulsiones e impulsos de lo inconsciente? En consecuencia, el proceso de liberar a la mente de su condicionamiento, no pertenece a lo consciente o a lo inconsciente; es un proceso total que tiene lugar cuando existe la seria intención de descubrir si la mente de uno está condicionada.

Por favor, considere esto y experimente con ello. Lo importante es la seria y total intención de descubrir si su mente está condicionada, y no limitarse a decir que lo está o que no lo está. Cuando usted se mira en un espejo, ve su rostro tal cual es; podría desear que algunas partes de él fueran diferentes, pero el hecho real se muestra en el espejo. Entonces, ¿puede mirar de una manera similar su condicionamiento? ¿Puede darse cuenta totalmente de él sin el deseo de cambiarlo? Cuando desea cambiarlo, cuando lo condena o lo compara con alguna otra cosa, no se da cuenta totalmente de él. Pero cuando puede mirar el hecho de su condicionamiento, sin comparar ni juzgar, entonces lo está viendo como algo total; sólo entonces existe una posibilidad de liberar a la mente de su condicionamiento.

Vea, cuando la mente tiene conciencia plena de su condicionamiento, sólo existe la mente; no hay un «yo» que esté separado de la mente. Pero cuando la mente tiene sólo una conciencia parcial de su condicionamiento, se divide a sí misma, le disgusta su condicionamiento o dice que es algo bueno; y mientras haya condena, juicio o comparación, hay comprensión incompleta del condicionamiento y, por lo tanto, el condicionamiento se perpetúa; mientras que si la mente se da cuenta de su condicionamiento sin condenar ni juzgar, sino tan sólo observándolo, entonces

hay percepción total y uno encontrará, si lo percibe de ese modo, que la mente se libera a sí misma de ese condicionamiento.

Eso es lo que entiendo por ser serio. Experimente con esto, no sólo de manera ocasional sino todo el tiempo, observando con seriedad cómo actúa su mente: cuando está sentado a la mesa cenando, cuando conversa, cuando camina... observe, a fin de que la mente se torne por completo consciente de todas sus actividades. Únicamente entonces puede haber libertad con respecto al condicionamiento y, en consecuencia, una quietud total de la mente; sólo en esa quietud, en ese silencio, es posible descubrir qué es la verdad. Si no existe ese silencio, que es el resultado de haber comprendido por completo el condicionamiento, su búsqueda de la verdad no tiene ningún sentido, no es sino una trampa.

Benarés, India, 9 de enero de 1955

¿PODEMOS CREAR UNA NUEVA CULTURA?

Pienso que uno de los problemas mayores a que se enfrenta el ser humano actualmente, es la cuestión de la creatividad, cómo dar origen a la liberación creativa del individuo. Si podemos considerar la cuestión no tan sólo en el nivel verbal, sino investigarla a gran profundidad, quizá seremos capaces de descubrir el significado pleno de esa palabra *creatividad.* Me parece que éste es el verdadero problema, no en favor de qué clase de reforma política hemos de trabajar, o qué clase de religión hemos de seguir. ¿Cómo es posible dar origen a la liberación creativa del individuo, no sólo al principio de su existencia, sino a lo largo de toda la vida? Es decir, ¿cómo ha de tener el individuo energía abundante correctamente dirigida, de modo que su vida tenga una significación expansiva y profunda?

Yo siento que la revolución es necesaria en el nivel más profundo, no una revolución fragmentaria, sino una revolución integrada, una revolución total que empiece no desde lo externo, sino desde lo interno; y para generar esa revolución total, debemos comprender las modalidades de nuestro propio pensamiento, todo el proceso de nuestro pensar, y eso implica conocimiento propio. Sin la base del conocimiento propio, tiene poco sentido lo que pensamos. Es importante, por lo tanto, que desde el comienzo mismo comprendamos el proceso de nuestro pensar, los

comportamientos de nuestra mente. Y la revolución debe tener lugar, no en una determinada sección del pensar, sino en la totalidad de la mente misma. Pero, antes de investigar eso, creo que es esencial descubrir qué significa escuchar.

Muy pocos de nosotros escuchamos directamente lo que se dice, siempre lo traducimos o interpretamos conforme a un punto de vista particular, ya sea hindú, musulmán, comunista o el que fuere. Tenemos formulaciones, opiniones, juicios, creencias a través de las cuales escuchamos, de modo que jamás estamos escuchando realmente; sólo escuchamos en función de nuestros propios prejuicios personales, nuestras conclusiones o experiencias. Siempre estamos interpretando lo que oímos, y es obvio que eso no origina comprensión. Lo que origina comprensión es escuchar sin estar anclado a nada, sin ninguna conclusión definida, de modo que ustedes y yo podamos examinar el problema juntos, cualquier problema que sea. Si ustedes conocen el arte de escuchar, no sólo descubrirán qué es verdadero en lo que se está diciendo, sino que también verán lo falso como falso y la verdad en lo falso; pero si escuchan argumentando, entonces está bastante claro que no puede haber comprensión, porque el argumento es tan sólo la opinión de uno contra la opinión de otro, o un juicio contra otro, y eso impide realmente la comprensión o el descubrimiento de la verdad en lo que aquí se dice.

¿Es posible, pues, escuchar sin ningún prejuicio, sin ninguna conclusión, sin interpretaciones? Porque es bastante obvio, ¿verdad?, que nuestro pensar se halla condicionado. Estamos condicionados como hindúes, comunistas, cristianos, etc., y cualquier cosa que escuchamos, ya sea nueva o vieja, es siempre aprehendida a través del tamiz de este condicionamiento; por lo tanto, jamás abordamos ningún problema con una mente fresca. Por eso es muy importante saber cómo escuchar, no sólo lo que se está expresando, sino todo. Es claramente indispensable que una revolución total ocurra en el individuo, pero una revolución así no puede ocurrir a menos que haya una comprensión, sin esfuerzo alguno, de lo que es la verdad. El esfuerzo de cualquier nivel es,

evidentemente, una forma de destrucción, y sólo cuando la mente está muy quieta, sin hacer ningún esfuerzo, tiene lugar la comprensión. Pero para la mayoría de nosotros, lo principal es el esfuerzo; creemos que resulta esencial esforzarse, y ese esfuerzo mismo por escuchar, por comprender, impide la comprensión, la percepción inmediata de lo verdadero y lo falso.

Ahora bien, estando conscientes de su condicionamiento y, simultáneamente, libres de él, ¿pueden escuchar de modo tal que comprendan lo que se dice? ¿Pueden escuchar sin hacer esfuerzo alguno, sin interpretar, o sea, prestando atención total? Para casi todos nosotros, atender es tan sólo un proceso de concentrarnos, lo cual es una forma de excluir, y mientras exista la resistencia de un pensar excluyente, no puede tener lugar una revolución total; y yo siento que es imperativo que una revolución así ocurra en el individuo, porque únicamente en ella hay liberación creativa.

La mente se halla condicionada por la educación moderna, por la sociedad, por la religión, por el conocimiento y las innumerables experiencias que hemos acumulado, se halla moldeada, no sólo por nuestro entorno, sino también por nuestras propias reacciones a ese entorno y a las diversas formas de relación.

Por favor, recuerden que no se limitan a escucharme, sino que observan realmente el proceso de su propio pensar. Lo que yo digo es tan sólo una descripción de lo que ocurre en la mente de ustedes. Si uno se da cuenta de su propio pensar, verá que una mente condicionada, por mucho que trate de cambiar, sólo puede hacerlo dentro de la prisión de su propio condicionamiento, un cambio semejante no es, obviamente, revolución. Pienso que es la primera cosa que hay que comprender; que en tanto nuestras mentes estén condicionadas como hindúes, musulmanas, o lo que fuere, cualquier revolución se halla dentro del patrón de ese condicionamiento y, por lo tanto, no es en absoluto una revolución fundamental. Todo cambio debe ser siempre nuevo, y mientras la mente está condicionada, responde al reto de acuerdo con su condicionamiento; en consecuencia, jamás hay una respuesta adecuada.

Y bien, todos sabemos que actualmente hay una gran crisis en el mundo; existe una enorme pobreza y está la constante amenaza de la guerra. Ése es el reto, y nuestro problema es responder adecuadamente, de manera completa, total, a este reto, y eso es imposible si no comprendemos el proceso de nuestro propio pensar. Nuestro pensar está condicionado, es evidente: siempre respondemos a cualquier reto como hindúes, musulmanes, comunistas, socialistas, cristianos, etc., y esa respuesta es fundamentalmente inapropiada; de aquí el conflicto, la lucha, no sólo en el individuo, sino entre grupos, razas y naciones. Podemos responder de manera apropiada, total, plena, sólo cuando comprendemos el proceso de nuestro pensar y estamos libres del condicionamiento, es decir, cuando ya no reaccionamos como hindúes, comunistas o lo que fuere, lo cual implica que nuestra respuesta al reto ya no se basa más en nuestro condicionamiento previo. Cuando hemos cesado de pertenecer a cualquier raza o religión en particular, cuando cada uno de nosotros comprende su trasfondo y se libera de él, cuando sólo aspira a lo verdadero, es posible, entonces, responder plenamente, y esa respuesta es una revolución.

Únicamente el ser humano religioso puede dar origen a una revolución fundamental, pero el hombre que tiene una creencia, un dogma, que pertenece a una determinada religión, no es un ser humano religioso. El ser humano religioso es el que comprende todo el proceso de la así llamada religión, con sus diversas formas de dogma –el deseo de estar seguros mediante el uso de distintas fórmulas de ritual y creencia–. Un individuo así rompe con la estructura de la religión organizada, con todos los dogmas y creencias, y busca lo supremo; y él es verdaderamente revolucionario, porque toda otra forma de revolución es fragmentaria y, por lo tanto, genera inevitablemente problemas ulteriores. Pero el ser humano que busca descubrir qué es la verdad, qué es Dios, es el verdadero revolucionario, porque el descubrimiento de la verdad es una respuesta integrada, no fragmentaria.

¿Es posible, entonces, que la mente se dé cuenta de su propio condicionamiento y, gracias a eso, se libere de él? El condiciona-

miento de la mente es un patrón impuesto por la sociedad, por las diversas formas de cultura, religión y educación, así como por todo el proceso de la ambición, por el esfuerzo para llegar a ser «alguien», y también está el patrón que crea el propio individuo en su respuesta a la sociedad.

¿Podemos, pues, como individuos, darnos cuenta de nuestro condicionamiento, y es posible para la mente acabar con toda esta limitación, de modo que esté libre para descubrir qué es la verdad? Porque me parece que, a menos que liberemos a la mente de su condicionamiento, todos nuestros problemas sociales, nuestros conflictos en la relación, nuestras guerras y otras desdichas, todo eso tiene por fuerza que incrementarse y multiplicarse, que es exactamente lo que está sucediendo en el mundo, no sólo en nuestras vidas privadas, sino en la relación entre individuos y grupos de individuos, a los que llamamos sociedad.

Tomando en consideración todo ese cuadro y conociendo su significado, ¿puede la mente darse cuenta de su condicionamiento y liberarse de él? Porque sólo cuando la mente es libre puede haber creatividad, pero la libertad no es una reacción a algo, no es una reacción a la cárcel en que la mente se halla aprisionada. La libertad no es lo opuesto de la esclavitud. La libertad no es un motivo. Por cierto, la mente que busca a Dios, la verdad, o el nombre que prefieran darle, no contiene en sí motivo alguno. La mayoría de nosotros tiene un motivo, porque durante toda nuestra vida, en la educación y en todo cuanto hacemos, nuestra acción se basa en un motivo, un motivo ya sea de autoexpansión o de autodestrucción. Y ¿puede la mente darse cuenta de todos esos cautiverios que se ha impuesto a sí misma con el fin de sentirse segura, satisfecha, y alcanzar un resultado personal o nacional?

Creo que la revolución de la que estoy hablando es posible sólo cuando la mente se halla muy quieta, muy silenciosa. Pero esa quietud mental no surge a través de ningún esfuerzo; adviene naturalmente, con facilidad, cuando la mente comprende su propio proceso de acción, lo cual implica comprender todo el signi-

ficado del pensar. Así pues, el principio de la libertad es el conocimiento propio, y éste no consiste en retirarse de la vida, sino que ha de ser descubierto en las relaciones de nuestra existencia cotidiana. La relación es el espejo en que podemos vernos realmente, sin distorsión alguna, y sólo mediante el conocimiento propio, viéndonos exactamente como en realidad somos, no distorsionados por ninguna interpretación, por ningún juicio, sólo así la mente se torna quieta, silenciosa. Pero esa quietud de la mente no puede ser buscada, perseguida; si la perseguimos y así generamos quietud mental, eso tiene un motivo, y una mente semejante jamás está quieta, porque se halla siempre en movimiento, dirigiéndose hacia algo y alejándose de algo.

La libertad surge, pues, sólo por obra del conocimiento propio, que consiste en comprender el proceso total del pensar. Nuestro pensar es, en la actualidad, una mera reacción, la respuesta de una mente condicionada, y cualquier acción que se basa en un pensar así, tiene que dar como resultado una catástrofe, es inevitable. Para descubrir qué es la verdad, qué es Dios, es preciso que haya una mente que se ha comprendido a sí misma, lo cual implica investigar todo el problema del conocimiento propio. Sólo entonces hay una revolución total que da origen a una liberación creativa, y esa liberación creativa es la percepción respecto de lo que es la verdad, de lo que es Dios.

Siempre es importante, a mi entender, formular preguntas fundamentales, pero cuando de hecho las formulamos, casi todos estamos buscando una respuesta, y entonces la respuesta es invariablemente superficial, porque para la vida no hay respuestas de «sí» o «no». La vida es un movimiento, un movimiento infinito, y para investigar esta cosa extraordinaria llamada vida, con todos sus innumerables aspectos, uno debe formular preguntas fundamentales y no contentarse jamás con las respuestas, por satisfactorias que puedan ser, porque tan pronto tenemos una respuesta, la mente ha llegado a una conclusión, y la conclusión no es vida, es tan sólo una condición estática. Por lo tanto, lo importante es formular la pregunta correcta y no satisfacerse jamás con la res-

puesta, por ingeniosa, por lógica que sea, porque la verdad de algo se encuentra más allá de la conclusión, más allá de la respuesta, más allá de la expresión verbal. La mente que formula una pregunta y tan sólo se satisface con una explicación, una declaración verbal, sigue siendo una mente superficial. Sólo la mente que formula una pregunta fundamental y es capaz de seguir el curso de esa pregunta hasta el fin, puede descubrir qué es la verdad.

Interlocutor: En la India de hoy vemos un descuido creciente con respecto a todo cuanto sea sentimiento y expresión sensible. Culturalmente, somos un país endeble e imitativo. Nuestro pensar es presumido y superficial. ¿Hay un modo de abrirse paso a través de eso y contactar con la fuente de la creatividad? ¿Podemos crear una cultura nueva?

Krishnamurti: Señor, ésta no es una pregunta exclusiva para los indios, es una pregunta humana; se formula en América, en Inglaterra y en todas partes. ¿Cómo dar origen a una cultura nueva, a una creatividad que sea explosiva, rica, de modo que la mente deje de ser imitativa? Un poeta, un pintor, anhelan eso, así que investiguémoslo.

¿Qué es la civilización, qué es la cultura tal como hoy la conocemos? Es el resultado de la voluntad colectiva, ¿no es así? La cultura que conocemos es la expresión de múltiples deseos unificados por medio de la religión, de un código moral establecido por la tradición, por distintas clases de sanciones. Como la civilización en que vivimos es el producto de la voluntad colectiva, de innumerables deseos adquisitivos, tenemos una cultura, una civilización también adquisitiva. Eso está muy claro.

Ahora bien, dentro de esta sociedad adquisitiva podemos tener muchas reformas; de vez en cuando, generamos una revolución sangrienta, pero siempre dentro del mismo patrón, porque nuestra respuesta a cualquier reto, que es siempre nuevo, está limitada por la cultura en que nos hemos educado. La cultura de la India es, evidentemente, imitativa, tradicional; está compuesta de innumerables supersticiones, de creencias y dogmas, repetición

de palabras, adoración de imágenes producidas por la mano y por la mente. Ésa es nuestra cultura, nuestra sociedad, dividida en diversas clases, todo ello basado en el espíritu adquisitivo; y si llegamos a ser no adquisitivos en este mundo, somos adquisitivos en algún otro mundo, deseamos adquirir a Dios, etc. Nuestra cultura se basa, pues, esencialmente en el afán adquisitivo, tanto mundano como espiritual; y cuando alguna que otra vez aparece un individuo que rompe con todo el espíritu adquisitivo y sabe qué es la creatividad, inmediatamente lo idolatramos, hacemos de él nuestro líder o maestro espiritual, anulándonos de tal modo a nosotros mismos.

En tanto pertenezcamos a la cultura colectiva, a la civilización colectiva, no puede haber creatividad. El ser humano que comprende todo este proceso de lo colectivo, con sus sanciones y creencias, y que deja de ser, positiva o negativamente adquisitivo, sólo un ser humano así conoce el significado de la creatividad; no lo conoce el *sanyasi* que renuncia al mundo y va a la búsqueda de Dios, lo cual es tan sólo su forma personal de afán adquisitivo. El ser humano que comprende todo el significado de lo colectivo y rompe con ello porque sabe qué es la verdadera religión, es un individuo creativo, y una acción así da origen a una cultura nueva. Ése es, por cierto, el modo como ello siempre ocurre, ¿no es así?

El ser humano verdaderamente religioso no es aquel que practica la así llamada religión, que se apega a ciertos dogmas y creencias, que cumple con determinados rituales o va en pos del conocimiento, porque éste busca tan sólo otra forma de gratificación. El ser humano genuinamente religioso está por completo libre de la sociedad, no tiene responsabilidades de tipo social; puede establecer una relación con la sociedad, pero la sociedad no tiene relación alguna con él. La sociedad es religión organizada, es la estructura económica y social, es todo el entorno en que nos hemos educado. ¿Contribuye esa sociedad a que el hombre encuentre a Dios, la verdad –no importa el nombre que le den–, o el individuo que de veras busca a Dios, crea una nueva sociedad?

Es decir, ¿no debe el individuo romper con la sociedad, la cultura o la civilización existentes? Por cierto, en la ruptura misma descubre qué es la verdad, y esa verdad es la que da origen a la sociedad nueva, a la nueva cultura.

Creo que ésta es una cuestión importante que debemos considerar. ¿Puede el hombre que pertenece a la soledad –a cualquier sociedad–, encontrar alguna vez a Dios, la verdad? ¿Puede la sociedad ayudar al individuo en ese descubrimiento, o debe el individuo –usted y yo– romper con la sociedad? Al romper el individuo con ella y comprender así qué es la verdad, esa verdad crea, entonces, las ondas que se convierten en una sociedad nueva, en una cultura nueva. El *sanyasi,* el monje, el ermitaño, renuncia al mundo, renuncia a la sociedad, pero todo su patrón de pensamiento sigue siendo hindú o cristiano, persigue el ideal del hinduismo o del cristianismo. Sus meditaciones, sus sacrificios, sus prácticas, están todas esencialmente condicionadas y, por lo tanto, lo que él descubre como verdad, como Dios, como lo absoluto, es en realidad su propia reacción condicionada. En consecuencia, la sociedad no puede ayudar al hombre a descubrir la verdad. La función de la sociedad es limitar al individuo, mantenerlo dentro de las fronteras de la respetabilidad. Únicamente el hombre que comprende todo este proceso y cuyas acciones no son una reacción, puede descubrir qué es la verdad; y la verdad es la que crea una nueva cultura, no así el hombre que busca la verdad.

Creo que esto es bastante claro y simple; suena complicado, pero no lo es. La verdad origina su propia acción. Pero el hombre que anda en busca de la verdad y actúa, por valioso y noble que ese hombre sea, sólo genera más confusión y desdicha. Es como el reformador, quien sólo se interesa en decorar los muros de la prisión, en iluminarla más, en que haya más excusados y cosas por el estilo, dentro de la prisión; mientras que, si uno comprende todo este problema de cómo la mente está condicionada por la sociedad, si permite que la verdad misma actúe y no que la acción se base en lo que uno cree que es la verdad, encontrará que tal acción genera su propia cultura, su propia civilización, un

mundo nuevo no basado en el espíritu adquisitivo, en el dolor, en la lucha, en la creencia. La verdad es la que dará origen a una sociedad nueva, no los comunistas, los cristianos, los hindúes, los budistas o los musulmanes. Responder a cualquier reto, de acuerdo con nuestro condicionamiento, es limitarse a expandir la prisión o a decorar sus barrotes. Sólo cuando la mente comprende las influencias que le han sido impuestas, o que ella misma se ha creado, y se libera de dichas influencias, hay percepción de la verdad, y la acción de esa verdad es lo que da nacimiento a una sociedad nueva, a una cultura nueva.

Por eso es muy importante que un país como éste no se imponga a sí mismo una cultura superficial como la de Occidente ni que, por hallarse confuso, regrese a lo antiguo, a los Puranas, a los Vedas. Sólo la mente confusa desea regresar a algo muerto; lo esencial es comprender por qué hay confusión. Hay confusión, es obvio, cuando la mente no comprende, cuando no responde de manera total, íntegra, a algo nuevo, a un hecho determinado.

Consideremos, por ejemplo, el hecho de la guerra. Si uno responde a él como hindú, quien cree en *ahimsa*, dice: «Debo practicar la no violencia», y si ocurre que uno es nacionalista, su respuesta será nacionalista; en cambio, el hombre que ve la verdad respecto de la guerra, o sea, el hecho de que la guerra es destructiva en sí misma, y permite que la verdad actúe, ese hombre no responde desde el punto de vista de ninguna sociedad, de ninguna teoría o reforma. La verdad no es de ustedes ni mía, y en tanto la mente interprete o traduzca esa verdad, generaremos confusión. Es lo que hacen los reformadores, lo que han hecho todos los santos, quienes han intentando producir una reforma en determinado orden social. A causa de que traducen la verdad para producir una reforma dada, esa reforma engendra más desdicha y, por esto, necesita reformas ulteriores.

Para percibir qué es la verdad, uno debe estar totalmente libre de la sociedad, lo cual implica una terminación completa del espíritu adquisitivo, de la ambición, de la envidia, de todo este proceso del devenir. Al fin y al cabo, nuestra cultura se basa en lle-

gar a ser alguien, y está edificada sobre el principio jerárquico: el que sabe y el que no sabe, el que posee y el que no sabe pugna todo el tiempo por adquirir más conocimiento; y está el hombre que no pertenece a ninguna de estas dos categorías y cuya mente está muy quieta, por completo silenciosa. Sólo una mente así puede percibir qué es la verdad y permitir que esa verdad actúe a su propio modo. Esa mente no actúa conforme a una respuesta condicionada; no dice: «Tengo que reformar la sociedad». El ser humano verdaderamente religioso no se interesa en la reforma social, no se interesa en reformar la vieja y corrupta sociedad, porque es la verdad y no la reforma la que dará origen a un orden nuevo. Creo que si uno ve esto muy sencilla y claramente, la revolución ocurrirá por sí misma.

La dificultad es que no vemos, no escuchamos, no percibimos las cosas directa y simplemente tal como son. Al fin y al cabo, sólo la mente inocente –inocente aunque pueda haber vivido mil años y tenido multitud de experiencias– es creativa, no la mente astuta, la mente repleta de conocimientos y de técnica. Cuando la mente ve la verdad respecto de cualquier hecho y deja que esa verdad actúe, esa verdad crea su propia técnica. La revolución no ocurre dentro de la sociedad sino fuera de ella.

I.: El problema fundamental que debe afrontar cada individuo es el dolor psicológico, el cual corroe todo pensar y sentir. A menos que usted tenga una respuesta y pueda enseñar la terminación del dolor, todas sus palabras significan muy poco.

K.: Señor, ¿qué es la enseñanza? ¿Es meramente comunicación, palabras? ¿Por qué desea usted que le enseñen? Y ¿puede otra persona enseñarle cómo terminar con el dolor? Si fuera posible que le enseñaran cómo terminar con el dolor, ¿cesaría el dolor? Usted puede aprender una técnica, física o psicológica, para terminar con el dolor, pero en el proceso mismo de terminar con un dolor en particular, nace otro dolor.

Por lo tanto, ¿cuál es el problema, señores? El problema no es, ciertamente, cómo terminar con el dolor. Yo puedo decirles que no sean codiciosos, que no sean ambiciosos, que no tengan

creencias, que liberen a la mente de todo deseo de seguridad, que vivan en completa incertidumbre, etc., pero ésas son meras palabras. El problema es experimentar directamente el estado de completa incertidumbre, estar libre de todo sentimiento de seguridad, y eso es posible únicamente si comprenden el proceso total de su propio pensar, o si pueden escuchar con todo el ser, estar atentos por completo sin resistencia alguna.

Para poner fin al sufrimiento, al dolor, debemos comprender las modalidades de la mente, del deseo, de la voluntad, de la opción, investigar eso por completo, o bien escuchar para dar con la verdad. La verdad es que, mientras haya un punto en la mente que se mueva hacia otro punto, o sea, en tanto la mente esté buscando seguridad en cualquier forma, jamás estará libre del dolor. La seguridad es dependencia, y una mente que depende no conoce el amor. Sin pasar por todo el proceso de examen, observación y percepción, sólo estén atentos al hecho, dejen que la verdad del hecho opere, y entonces verán que la mente está libre del dolor. Pero nosotros no hacemos ninguna de las dos cosas: ni vemos, observando para descubrir qué es la verdad, ni prestamos atención al hecho, escuchando con todo nuestro ser, sin traducirlo, deformarlo ni interpretarlo. Es decir, ni buscamos el conocimiento propio, que también trae consigo una terminación para el dolor, ni observamos simplemente el hecho, sin distorsión alguna, tal como miramos nuestro rostro en el espejo. Todo cuanto queremos saber es cómo terminar con el dolor, queremos una fórmula preconcebida mediante la cual acabar con él, lo cual implica, en realidad, que somos perezosos, que no existe esa energía extraordinaria que se requiere para buscar con todo el ser la comprensión del «yo». Sólo cuando comprendemos el «yo», no según Shankara, el Buda o Cristo, sino como es de hecho en cada uno de nosotros y en relación con las personas, las ideas y las cosas, sólo entonces, hay una terminación para el dolor.

Bombay, 16 de febrero de 1955

¿PUEDE USTED COMPRENDER EL HECHO DE LA VACUIDAD?

Interlocutor: Más allá de todos los miedos superficiales hay una profunda angustia que me elude. Parece ser el miedo mismo a la vida... o tal vez a la muerte. ¿O se trata de la inmensa vacuidad de la vida?

Krishnamurti: Pienso que la mayoría de nosotros siente esto; casi todos tenemos una gran sensación de vacuidad, una gran sensación de solitud. Procuremos evitarla, escapar de ella, encontrar seguridad, permanencia, lejos de esta angustia. O intentamos librarnos de ella analizando los múltiples sueños, las distintas reacciones. Pero siempre está ahí, eludiéndonos, sin que pueda ser resuelta tan fácilmente, tan superficialmente. Casi todos somos conscientes de esta vacuidad, de esta solitud, de esta angustia. Y, por tener miedo de ella, buscamos la seguridad, un sentido de permanencia en las cosas o en la propiedad, en las personas o en la relación, así como en las ideas, las creencias, los dogmas, el nombre, la posición social y el poder. Pero ¿puede esta vacuidad ser erradicada mediante el mero escapar de nosotros mismos? Y este escapar de nosotros mismos, ¿no es, acaso, una de las causas de confusión, dolor, desdicha, en nuestras relaciones y, por ende, en el mundo?

De modo que ésta no es una pregunta para ser dejada de lado como propia de personas burguesas, tontas o que no están activas

social o religiosamente. Debemos examinarla con mucho cuidado e investigarla a fondo. Como dije, casi todos somos conscientes de esta vacuidad y procuramos escapar de ella. Al hacerlo, establecemos ciertas seguridades, y entonces esas seguridades se vuelven en extremo importantes para nosotros, porque son los hechos por los que escapamos de nuestra solitud, nuestra vacuidad o nuestra angustia personal. Nuestro escape puede ser un Maestro, puede ser el pensar que somos muy importantes, puede ser el entregar todo nuestro amor, nuestra riqueza, nuestras joyas, todo, a nuestra esposa, a nuestra propia familia; o puede ser la actividad social o filantrópica. Cualquier forma de escape respecto de esta vacuidad interna, se vuelve sumamente importante y, en consecuencia, nos aferramos con desesperación a ella. Los que están religiosamente predispuestos, se aferran a su creencia en Dios, la cual encubre su vacuidad, su angustia; de este modo, su creencia, su dogma, se convierte para ellos en algo esencial, y por estas cosas están dispuestos a pelear, a destruirse unos a otros.

Es evidente, pues, que ningún escape respecto de este sentimiento de soledad, de angustia, resolverá el problema. Al contrario, tan sólo aumenta el problema y genera más confusión. Por lo tanto, debemos darnos cuenta de los escapes. Todos los escapes están en el mismo nivel; no hay escapes superiores o inferiores, no hay escapes espirituales aparte de los mundanos. Todos son en esencia similares, y si reconocemos que la mente está escapando todo el tiempo del problema central de la angustia, de la vacuidad, seremos capaces de mirar la vacuidad sin condenarla ni temerla. Si estoy escapando de un hecho, tengo miedo de ese hecho, y cuando hay miedo no puedo comunicarme con el hecho. Para comprender, pues, el hecho de la vacuidad, no debe haber miedo. El miedo surge cuando intento escapar del hecho, porque al escapar, jamás puedo mirarlo directamente. Pero, tan pronto dejo de escapar, me quedo con el hecho; puedo mirarlo sin miedo, y entonces soy capaz de habérmelas con él.

Ése es el primer paso: enfrentarse al hecho, lo cual implica no escapar a través del dinero, de los entretenimientos, de la radio,

de las creencias, de las afirmaciones acerca de esto o aquello, o de cualquier otro medio, porque esa vacuidad no puede ser llenada de palabras, actividades, creencias. haga uno lo que hiciere, esa angustia no puede ser eliminada mediante ninguna de las artimañas mentales, y todo cuanto la mente haga a ese respecto será tan sólo una evitación. Pero cuando no hay evitación de ninguna clase, el hecho está ahí, y la comprensión del hecho no depende de las invenciones, proyecciones o cálculos de la mente. Cuando uno se enfrenta con el hecho de la solitud, con esa inmensa angustia, con el vasto vacío de la existencia, ve si ese vacío es una realidad o si es tan sólo el resultado de nombrar, calificar, autoproyectarse. Porque, al darle un nombre al hecho, al calificarlo, lo hemos condenado, ¿no es así? Decimos que eso es vacuidad, que es solitud, que es muerte... Y estas palabras: *muerte*, *solitud*, *vacuidad*, implican condena, resistencia; y al condenar, al resistir, no comprendemos el hecho.

Para comprender el hecho que llamamos vacuidad, no debemos condenarlo ni nombrarlo. Al fin y al cabo, el reconocimiento del hecho crea el centro del «yo», y el «yo» no es sino palabras. Cuando no nombro el hecho, cuando no lo califico ni lo reconozco como esto o aquello, ¿hay solitud? Después de todo, la solitud es un proceso de aislamiento, ¿no es así? Por cierto, en todas nuestras relaciones, en todos los esfuerzos que hacemos en la vida, estamos siempre aislándonos. Ese proceso de aislamiento debe, es obvio, conducirnos a la vacuidad, y sin comprender todo el proceso de aislamiento no podremos resolver esta vacuidad, esta solitud. Pero, cuando comprendamos el proceso de aislamiento, veremos que la vacuidad es tan sólo una cuestión de palabras, que es mero reconocimiento; y tan pronto no hay reconocimiento de ello ni lo nombramos y, en consecuencia, no hay miedo, la vacuidad se convierte en otra cosa, va más allá de sí misma. Entonces no es vacuidad, no es solitud; es soledad creativa, algo mucho más inmenso que el proceso de aislamiento.

Ahora bien, ¿no debemos, acaso, estar solos? Actualmente, no estamos solos, somos un mero haz de influencias, sociales, re-

ligiosas, económicas, hereditarias, climáticas. A través de todas esas influencias, tratamos de encontrar algo más allá y, si no podemos encontrarlo, lo inventamos y nos aferramos a nuestras invenciones. Pero, cuando comprendemos todo ese proceso en los diferentes niveles de nuestra conciencia, entonces, al liberarnos de él, hay una soledad exenta de toda influencia; o sea, la mente y el corazón ya no están más moldeados por los acontecimientos externos o las experiencias internas. Únicamente cuando existe esta soledad creativa, es posible encontrar lo real. Pero una mente que se aísla a causa del miedo, sólo puede experimentar angustia, y una mente así jamás podrá ir más allá de sí misma.

La dificultad, con la mayoría de nosotros, es que no nos damos cuenta de nuestros escapes. Estamos tan condicionados, tan acostumbrados a los escapes, que los tomamos por realidades. Pero si nos examináramos más a fondo, veríamos cuán extraordinariamente solitarios y vacuos somos bajo la cubierta superficial de nuestros escapes. Conscientes de esa vacuidad, las disimulamos constantemente con diversas actividades, ya sea artísticas, sociales, religiosas o políticas. Pero la vacuidad jamás puede ser disimulada de manera decisiva; debe ser comprendida. Para comprenderla, tenemos que darnos cuenta de estos escapes, y cuando comprendamos los escapes, seremos capaces de enfrentarnos a nuestra vacuidad. Entonces veremos que la vacuidad no es diferente de nosotros mismos, que el observador es lo observado. En esa experiencia, en esa integración del pensador y el pensamiento, desaparecen esta solitud, esta angustia.

París, 7 de mayo de 1950

¿CUÁL ES NUESTRO PROBLEMA BÁSICO?

Creo que la mayoría de nosotros se satisface fácilmente con explicaciones, y no parecemos capaces de ir más allá de las meras palabras y así experimentar algo directamente por nosotros mismos. Siempre repetimos como discos de fonógrafo, siguiendo tan sólo a alguna autoridad que nos promete cierto resultado.

Ahora bien, a mi me parece que la religión es algo por completo diferente. No es este culto de las palabras, ni es la proyección de símbolos y el experimentar esos símbolos. Religión es experimentar aquello que se encuentra más allá de la medida de la mente; pero, para experimentar ese estado, para darse cuenta de su inmensidad, uno tiene que comprender el proceso de su propio pensar. Casi todos somos indiferentes a las impresiones, a los apremios, a la vitalidad de la existencia; nos satisfacemos fácilmente, y a algunos ni siquiera nos importa mirar los problemas que hay alrededor y dentro de nosotros.

Creo, pues, que valdría la pena, si pudiéramos considerar nuestros problemas, no teóricamente o en abstracto, sino de hecho, y ver en qué consisten realmente. No es que vayamos a resolver el problema de la guerra, o a terminar con las matanzas que ocurren; se trata de que nos dejamos arrastrar fácilmente por la enormidad misma de estos problemas, y nos falta la claridad de pensar que puede surgir únicamente cuando comenzamos con

nosotros mismos, no con alguien o algo diferente de nosotros. El problema del mundo es nuestro problema, porque nosotros *somos* el mundo. Lo que pensamos influye en el mundo, lo que hacemos influye en la sociedad. El problema individual está directamente relacionado con el problema mundial, y no creo que concedamos importancia suficiente al poder del pensar y de la acción individual. Si lo consideran desde el punto de vista histórico encontrarán, estoy seguro, que son siempre individuos los que producen los grandes movimientos que se originan.

Así pues, ante todo tenemos que mirar nuestros propios problemas, puesto que están directamente relacionados con los problemas del mundo, y entonces quizá saldremos de ello con una perspectiva diferente, un impulso nuevo, una vitalidad explosiva.

Y bien, ¿cuál es nuestro problema básico? Como estudiantes, como hombres de negocios, políticos, ingenieros, o como los así llamados buscadores de la verdad –cualquier cosa que ello sea–, ¿cuál es, fundamentalmente, nuestro problema?

En primer lugar, me parece que el mundo está cambiando rápidamente, y que la civilización occidental con su mecanización, su industrialización, sus descubrimientos científicos, sus tiranías, su parlamentarismo, sus inversiones de capital, y demás, ha dejado una huella tremenda en nuestras mentes. Y nosotros hemos creado, a través de siglos, una sociedad de la que formamos parte y que dice que debemos ser morales, rectos, virtuosos, que debemos comportarnos en conformidad con un determinado modelo de pensamiento que nos promete alcanzar finalmente la realidad, Dios, o la verdad.

Hay, pues, una contradicción dentro de nosotros, ¿no es así? Vivimos en este mundo de codicia, envidia y apetitos sexuales, de presiones emocionales, mecanización y amoldamiento, con el gobierno controlando eficientemente nuestras múltiples exigencias; y al mismo tiempo anhelamos encontrar algo más grande que la mera satisfacción física. Hay un impulso de dar con la realidad, con Dios, así como también de vivir en este mundo. Queremos introducir esa realidad en este mundo, Decimos que, para

vivir en este mundo, tenemos que ganar dinero, que la sociedad nos exige que seamos adquisitivos, envidiosos, competitivos, ambiciosos; y aun así, queremos que, viviendo en este mundo, se nos revele lo otro. Podemos tener cubiertas toda nuestras necesidades físicas, el gobierno puede producir un estado de cosas en el que tengamos un alto grado de seguridad externa, pero internamente padecemos hambre. De modo que deseamos el estado que llamamos religión, esta realidad que trae consigo un impulso nuevo y da una vitalidad explosiva a la acción.

Por cierto, ése es mi problema, es el problema de ustedes. ¿Cómo hemos de vivir en este mundo, donde el vivir implica competencia, afán adquisitivo, ambición, la persecución agresiva de nuestra propia realización personal, y también dar origen a algo que está más allá? ¿Es posible tal cosa? ¿Podemos vivir en este mundo y, no obstante, tener lo otro? Este mundo se está mecanizando cada vez más; el Estado controla más y más los pensamientos y las acciones del individuo, lo especializa, lo educa dentro de cierto patrón que ha de seguir en su rutina cotidiana. Hay coacción en todas direcciones, y viviendo en un mundo semejante, ¿podemos hacer que se manifieste aquello que no es interno ni externo, sino que posee un movimiento propio y requiere una mente con una rapidez asombrosa, una mente capaz de sentir e investigar con gran intensidad? ¿Es eso posible? A menos que seamos neuróticos, a menos que seamos mentalmente raros, ése es, indudablemente, nuestro problema.

Ahora bien, cualquier persona inteligente puede ver que ir a los templos, practicar *puja*, y todas las demás tonterías que tienen lugar en nombre de la religión, no son religión en absoluto; son tan sólo una conveniencia social, un modelo que nos han enseñado a seguir. Al hombre lo educan para que se ajuste a un modelo, para que no dude, no inquiera; y nuestro problema es cómo vivir en este mundo de envidia, codicia, ajuste, persecución de ambiciones personales, y al mismo tiempo experimentar lo que está más allá de la mente, llámese Dios, verdad, o como prefieran llamarlo. No me refiero al Dios de los templos, de los libros, de los

gurúes, sino a algo mucho más profundo, vital, inmenso, a algo que es inconmensurable.

Viviendo, pues, en este mundo con todos estos problemas, ¿cómo he de captar lo otro? ¿Es eso posible? Obviamente no. No puedo ser envidioso y, aun así, descubrir qué es Dios o la verdad; ambas cosas son contradictorias, incompatibles. Pero es lo que la mayoría de nosotros trata de hacer. Somos envidiosos, nos dejamos llevar por impulsos primitivos, y al mismo tiempo soñamos con descubrir si Dios existe, si existen el amor, la verdad, la belleza, un estado intemporal. Si observan su propio pensar, si están del todo atentos al funcionamiento de la propia mente, verán que desean estar con un pie en este mundo y con un pie en el otro, cualquier cosa que ese otro mundo pueda ser. Pero ambos son incompatibles, no pueden mezclarse. Entonces, ¿qué hemos de hacer?

¿Comprenden, señores? Me doy cuenta de que no puedo mezclar la realidad con algo que carece de realidad. ¿Cómo puede una mente agitada por la envidia, una mente que vive en el campo de la ambición, de la codicia, comprender algo que es completamente quieto y que tiene un movimiento propio en esa quietud? Como ser humano inteligente veo la imposibilidad de una cosa sí. También veo que mi problema no consiste en encontrar a Dios, porque no sé qué significa eso. Puedo haber leído innumerables libros sobre el tema, pero tales libros son tan sólo explicaciones, palabras, teorías que carecen de realidad para una persona que no ha experimentado aquello que está más allá de la mente. Y el intérprete es siempre un traidor, sea quien fuere ese intérprete.

Mi problema no es, entonces, encontrar a Dios, la verdad, porque mi mente es incapaz de ello. ¿Cómo puede una mente estúpida, mezquina, encontrar lo inconmensurable? Una mente así puede hablar acerca de lo inconmensurable, escribir al respecto, puede moldear un símbolo, rodearlo de una guirnalda, pero todo eso se halla en el nivel verbal. Siendo, pues, inteligente y percibiendo este hecho, digo: «Debo comenzar con lo que realmente soy, no con lo que debería ser. Soy envidioso, eso es todo cuanto sé».

¿Puedo, entonces, viviendo en esta sociedad, estar libre de envidia? Decir que sí o que no, implica superponer y, por lo tanto, no tiene valor. Descubrir si uno puede hacerlo, requiere una intensa investigación. La mayoría de ustedes dirá que es imposible vivir sin envidia, sin codicia en este mundo. Toda nuestra estructura social, nuestro código de moralidad, se basan en la envidia; por consiguiente, ustedes suponen que no es posible, y con eso se terminó todo. En cambio, el hombre que dice: «No sé si existe o no una realidad, pero quiero descubrirlo, y para descubrirlo, mi mente debe estar libre de envidia, no sólo por fragmentos sino totalmente, porque la envidia es un movimiento de agitación», sólo un hombre así es capaz de realizar una verdadera investigación. Pronto examinaremos eso.

Mi problema no es, entonces, investigar la realidad, sino descubrir si, viviendo en este mundo, puedo estar libre de envidia. La envidia no es tan sólo celos, si bien los celos forman parte de ella; no es tan sólo estar preocupado porque alguna otra persona posee más que yo. La envidia es el estado de una mente que exige más y más todo el tiempo: más poder, más posición, más dinero, más experiencia, más conocimientos. Y exigir el «más» es la actividad de una mente centrada en sí misma, de una mente egocéntrica.

Y bien, ¿puedo vivir en este mundo y estar libre de la actividad egocéntrica? ¿Puedo dejar de compararme con algún otro? Siendo feo, deseo ser hermoso; siendo violento, deseo ser no violento. Desear ser diferente, ser «más», es el principio de la envidia, lo cual no implica que yo acepte ciegamente lo que soy. Pero este *deseo* de ser diferente, está siempre en relación con algo que es comparativamente más grande, más hermoso, más ésto o aquello; y hemos sido educados para comparar de este modo. Es nuestra ansia cotidiana de competir, aventajar; y estamos satisfechos de ser envidiosos, no sólo consciente sino también inconscientemente.

Uno siente que debe llegar a ser «alguien» en este mundo, un hombre importante o un hombre rico, y si tiene buena suerte, dice

que se debe a que ha hecho el bien en el pasado... toda esa tontería acerca del karma y demás. Internamente, también desea uno llegar a ser «alguien»: un santo, un hombre virtuoso, y si ustedes observan todo este movimiento del «llegar a ser», esta persecución del «más» –tanto interna como externamente–, verán que se basa esencialmente en la envidia. La mente se halla retenida en este movimiento de la envidia, y con una mente así, ¿puede uno descubrir lo real? ¿O se trata de algo imposible? Por cierto, para descubrir lo real, nuestra mente debe estar por completo libre de envidia; no puede haber requerimiento alguno de «más», ya sea de manera abierta o en los escondrijos ocultos del inconsciente. Y si alguna vez lo han observado, sabrán que la mente de ustedes está siempre persiguiendo el «más». Ayer uno tuvo cierta experiencia y desea más de ella hoy; o, siendo violento, uno desea ser no violento, etc. Éstas son todas actividades de una mente que sólo se interesa en sí misma.

Ahora bien, ¿puede la mente estar libre de todo este proceso? Ésa es mi pregunta, no si Dios existe o no. Para una mente envidiosa, buscar a Dios es una completa pérdida de tiempo; no tiene sentido alguno excepto teóricamente, intelectualmente, o como un entretenimiento. Si de veras quiero descubrir la existencia o no existencia de Dios, debo empezar conmigo mismo; es decir, la mente tiene que estar por completo libre de envidia, y puedo asegurarles que ésa es una tarea inmensa. No es mera cuestión de jugar con las palabras.

Pero ya lo ven, la mayoría de nosotros no se interesa en eso; no decimos: «Liberaré a mi mente de la envidia». Nos interesa el mundo, lo que está sucediendo en Europa, la mecanización de la industria, cualquier cosa que nos aleje de la cuestión central; o sea, que no puedo contribuir a crear un mundo distinto hasta que yo mismo, como individuo, no haya cambiado fundamentalmente. Ver que uno debe comenzar consigo mismo es comprender una verdad inmensa; pero casi todos lo pasamos por alto, la ignoramos, porque nos preocupa lo colectivo, estamos interesados en cambiar el orden social, en tratar de producir paz y armonía en el mundo.

Pocas personas se interesan en sí mismas excepto en el sentido de alcanzar el éxito. No me refiero a esa clase de interés; quiero decir interesarse en la transformación de uno mismo. Pero, en primer lugar, somos muy pocos los que vemos la importancia, la verdad, del cambio; y en segundo lugar, no sabemos cómo cambiar, cómo dar origen a esta asombrosa, explosiva transformación en nosotros mismos. Cambiar dentro de la mediocridad, que implica cambiar de un patrón social a otro, no es cambio en absoluto.

Esta transformación explosiva tiene lugar porque toda la energía de uno se ha concentrado para resolver el problema fundamental de la envidia. Estoy considerando eso como la cuestión central, si bien involucra muchas otras cosas. ¿Tengo la capacidad, la intensidad, la inteligencia, la rapidez necesarias para seguir los movimientos de la envidia, y no limitarme a decir: «No debo ser envidioso»? Hemos estado diciendo eso durante siglos, y no tiene ningún sentido. También hemos dicho: «Debo seguir el ideal de la no envidia», lo cual es igualmente absurdo, porque proyectamos el ideal de la no envidia y, mientras tanto, seguimos siendo envidiosos.

Tengan la bondad de observar este proceso. El hecho es que uno es envidioso, mientras que el estado de no envidia es un ideal, y entre ambos hay un vacío que ha de ser llenado a lo largo del tiempo. Uno dice: «Finalmente, estaré libre de la envidia», y eso es una imposibilidad, porque ello tiene que ocurrir ahora o nunca. Uno no puede establecer una fecha futura en la que será no envidioso.

¿Puedo, pues, tener la capacidad de investigar la envidia y liberarme totalmente de ella? ¿Cómo surge esa capacidad? ¿Surge mediante algún método, mediante alguna práctica? ¿Acaso me convierto en artista practicando día tras día una determinada técnica? Obviamente no. El deseo de tener esa capacidad es un movimiento egoísta de la mente; mientras que, si no trato de cultivarla, si comienzo a investigar todo el proceso de la envidia, entonces el modo de disolverla totalmente ya está ahí.

¿De qué manera investigo, pues, el proceso de la envidia? ¿Cuál es el motivo que hay detrás de esa investigación? ¿Deseo estar libre de envidia a fin de ser un gran hombre, a fin de ser como el Buda, Cristo, etc.? Si investigo con esa intención, con ese motivo, tal investigación proyecta su propia respuesta, todo lo cual sólo perpetuará el mundo monstruoso que hoy tenemos. Pero, si empiezo a investigar con humildad, es decir, no con el deseo de alcanzar el éxito, entonces tiene lugar un proceso por completo diferente. Me doy cuenta de que no tengo la capacidad de liberarme de la envidia; por lo tanto, digo: «Averiguaré», lo cual implica que hay humildad desde el principio mismo. Y en el momento en que uno es humilde, tiene la capacidad de liberarse de la envidia. Pero la persona que dice: «Debo tener esa capacidad y voy a lograrla mediante estos métodos, mediante este sistema», es apersona está perdida, y son personas así las que han originado este mundo terrible y engañoso.

Una mente de veras humilde tiene una capacidad inmensa para la investigación, mientras que la mente agobiada por la carga de los conocimientos, mutilada por las experiencias, por su propio condicionamiento, jamás puede encarar una verdadera investigación. Una mente humilde dice: «No sé, lo averiguaré», lo cual significa que el averiguar jamás es un proceso de acumulación. Para no acumular, uno debe morir cada día, y entonces descubrirá porque es fundamental y profundamente humilde, que esta capacidad de investigar llega por sí misma; no es algo que «uno» haya adquirido. La humildad no puede ser practicada, pero gracias a que hay humildad, la mente de uno es capaz de investigar la envidia, y una mente así ya no es más envidiosa.

Una mente que dice: «No sé» y que no desea llega a ser esto o aquello, ha dejado totalmente de ser envidiosa. Entonces uno encontrará que la rectitud tiene un significado muy diferente. La rectitud no es respetabilidad, no es conformidad; no tiene nada que ver con la moralidad social, que es mera conveniencia, una manera de vivir que se ha vuelto respetable debido a siglos de coacción, amoldamiento, presión y miedo. Una mente de veras hu-

milde, en el sentido que lo he explicado, creará su propia rectitud, que no es la rectitud de un modelo preestablecido. Es la rectitud que proviene de un vivir humilde, y de descubrir, de instante en instante, qué es la verdad.

Así pues, nuestro problema no es el mundo de los diarios, de las ideas y de los políticos, sino el mundo que existe dentro de nosotros mismos; pero debemos darnos cuenta de esto, percibir su verdad, y no aceptarlo meramente porque el Gita o algún señor barbudo dice que es así. Si ustedes se dan cuenta de ese mundo interno y se observan de día en día, de instante en instante, sin condenar ni justificar nada de lo que ven, descubrirán que en esa percepción alerta hay una vitalidad extraordinaria. La mente que acumula tiene miedo de morir, y una mente así jamás puede descubrir qué es la verdad. Pero una mente que muere a cada instante para todo lo que ha experimentado, adquiere una vitalidad asombrosa, porque cada instante es nuevo; sólo entonces la mente es capaz de descubrir.

Es bueno ser serio, pero nosotros raramente somos serios en nuestra vida. No quiero decir que se limiten a escuchar a alguien que es serio, o que sean serios con respecto a algo, sino que tengan dentro de ustedes mismos el sentimiento de seriedad. Sabemos muy bien qué es ser alegre, frívolo, pero muy pocos conocemos el sentimiento de ser profundamente serios sin un objeto que nos induzca a ser serios –ese estado en el que la mente aborda cada situación, por alegre, dichosa o excitante que sea, con un propósito serio–. Es bueno, pues, que pasemos una hora juntos de este modo, siendo serios en nuestra investigación, porque para la mayoría de nosotros la vida es muy superficial, una relación rutinaria de trabajo, sexo, culto, etc. La mente funciona siempre en la superficie, y descender bajo la superficie parece ser una tarea enormemente difícil. Lo que se necesita es este estado explosivo, el cual constituye la verdadera revolución en el sentido religioso de la palabra, porque sólo cuando la mente es explosiva, tiene la capacidad de descubrir o crear algo original, nuevo.

Bombay, 10 de febrero de 1957

¿CÓMO ABORDAN USTEDES LOS PROBLEMAS DEL VIVIR?

Creo que valdría la pena que examináramos el problema de la rapidez con que la mente se deteriora y cuáles son los factores que tornan a la mente torpe, insensible y pronta a responder. Pienso que sería importante que pudiésemos investigar la razón de que la mente se deteriora, porque si comprendiéramos eso, tal vez podríamos descubrir qué es realmente una vida sencilla.

A medida que vamos avanzando en años, advertimos que la mente –el instrumento de comprensión, el instrumento con el que sondeamos cualquier problema a fin de inquirir, cuestionar, descubrir– se deteriora y desintegra por el mal uso; y a mí me parece que uno de los principales factores de este deterioro de la mente es el proceso de la opción.

Toda nuestra vida se basa en la opción. Optamos en diferentes niveles de nuestra existencia. Optamos entre el color blanco y el azul, entre una flor y otra flor, entre ciertos impulsos psicológicos de agrado y desagrado, entre ciertas ideas y creencias, aceptando unas y descartando otras. Así, toda nuestra estructura mental se basa en este proceso de opción, en este esfuerzo continuo de optar, distinguir, descartar, aceptar, rechazar. Y en ese proceso hay lucha y esfuerzo constante. Jamás hay una comprensión directa, sino siempre el tedioso proceso acumulativo de la capacidad de distinguir, el cual se basa de hecho en la memoria, en la

acumulación de conocimientos; por lo tanto, existe este constante esfuerzo generado por la opción.

Ahora bien, ¿no es ambición la opción? Nuestra vida es ambición. Queremos ser alguien, queremos que se piense bien de nosotros, queremos obtener un resultado. Si no soy sabio, deseo volverme sabio. Si soy violento, deseo llegar a ser no violento. El «llegar a ser» es el proceso de la ambición. Si deseo llegar a ser el más grande político o el santo más perfecto, la aspiración, el empuje, el impulso para llegar a serlo es el proceso de la ambición, el cual se basa esencialmente en la opción.

Así, nuestra vida es una serie de luchas, un movimiento que va de un concepto ideológico a otro, de una fórmula a otra, de un deseo a otro, y en este proceso de devenir, en este proceso de lucha, la mente se deteriora. La naturaleza misma de este deterioro es la opción; y pensamos que la opción es necesaria, siendo ésta el origen de la ambición.

Ahora bien, ¿podemos encontrar una forma de vida que no se base en la ambición, en la opción, que sea florecimiento cuyo resultado no provenga de una búsqueda? Todo cuanto conocemos de la vida es una serie de luchas que terminan en un resultado, y esos resultados se descartan en procura de resultados mayores. Eso es todo cuanto conocemos.

En el caso del hombre que permanece solo en una cueva, en el proceso mismo de llegar a ser perfecto hay opción, la cual es ambición. El hombre violento trata de llegar a ser no violento; ese mismo «llegar a ser» es ambición. No estamos procurando averiguar si la ambición es buena o mala, si es esencial para la vida, sino si es conducente a una vida de sencillez. No me refiero a la sencillez de unas pocas ropas; eso no es una vida sencilla. El hecho de que un hombre se ponga un taparrabo no indica que sea sencillo; por el contrario, puede ocurrir que, al renunciar a las cosas exteriores, la mente se vuelva más ambiciosa porque trata de aferrarse a su propio ideal, ideal que ella misma ha creado y proyectado. Si observamos, pues, nuestros propios modos de pensar, ¿no deberíamos investigar este problema de la ambición? ¿Qué

entendemos por ambición? ¿Es posible vivir sin ella? Vemos que la ambición engendra competencia, ya sea entre los niños en la escuela, o entre los grandes políticos. Esta ambición produce ciertos beneficios industriales, pero deja como secuela obvia embotamiento mental, condicionamiento tecnológico, de modo que la mente pierde su flexibilidad, su sencillez y, en consecuencia, es incapaz de experimentar directamente. ¿No deberíamos ustedes y yo, no como grupo sino como individuos, investigar esta ambición y averiguar qué implica, ver si estamos de algún modo conscientes de ella en nuestra vida?

Cuando nos ofrecemos para servir al país realizando una labor noble, ¿no hay en ello un elemento fundamental de ambición, que es el camino de las opciones? Por lo tanto, ¿no es la opción una influencia corruptora en nuestra vida, ya que impide el florecimiento? El ser humano que florece *es*, no está deviniendo, llegando a ser.

¿No existe, acaso, una diferencia entre la mente que florece y la mente que deviene? La mente que deviene es una mente que está siempre creciendo, expandiéndose, acumulando experiencia como conocimiento. Conocemos muy bien ese proceso en nuestra vida cotidiana, conocemos todos sus resultados, sus conflictos, sus luchas y desdichas, pero no conocemos la vida del florecimiento. ¿No hay, pues, una diferencia entre ambas, diferencia que debemos descubrir en el proceso de nuestro vivir cotidiano? Cuando descubramos esto, quizá seremos capaces de desechar esta ambición, que es el camino de las opciones, y descubrir un florecimiento que es el camino de la vida, que puede ser la verdadera acción.

Así pues, si sin haber descubierto el camino de florecimiento de la vida, nos limitamos a decir que no debemos ser ambiciosos, el mero matar la ambición destruye también a la mente, porque es una acción de la voluntad, o sea, de la opción. ¿No es entonces esencial que cada uno de nosotros descubra en su vida la verdad con respecto a la ambición? A todos se nos estimula para que seamos ambiciosos; nuestra sociedad se basa en eso, en la fuerza

el impulso dirigido a la obtención de un resultado. Y en esa ambición hay desigualdades que la legislación procura allanar, cambiar. Tal vez ese modo de abordar la vida sea esencialmente erróneo, y pueda haber otro modo, que es el florecimiento de la vida, el cual podría expresarse sin acumulación alguna. Al fin y al cabo, sabemos cuándo nos esforzamos en pos de algo, intentando llegar a ser alguna cosa; eso es la ambición, la búsqueda de un resultado.

Pero hay una energía, una fuerza en la que existe una compulsión exenta del proceso acumulativo, del trasfondo del «yo», del sí mismo, del ego. Ése es el camino de la creatividad. Sin comprender eso, sin experimentarlo de hecho, nuestra vida se torna muy opaca, se convierte en una serie de conflictos interminables en los que no hay creatividad ni felicidad alguna. Quizá, si pudiéramos, sin descartar la ambición, comprender sus modalidades –percibiendo, escuchando la verdad de la ambición, estando abiertos a ella–, podríamos dar con esa creatividad en la que hay una expresión constante que no es la de la autorrealización, sino que es la expresión de esa energía libre de las limitaciones del «yo».

Interlocutor: En lo peor de la desdicha, casi todos nosotros vivimos basados en la esperanza. La vida sin esperanza parece terrible y sin salida; no obstante, muy a menudo esta esperanza no es sino una ilusión. ¿Puede usted decirnos por qué la esperanza es tan indispensable en la vida?

Krishnamurti: ¿No está en la naturaleza misma de la mente, crear ilusión? El propio proceso del pensar, ¿no es el resultado de la memoria, del pensamiento verbalizado, el cual origina una idea, un símbolo, una imagen a la que la mente se aferra?

Estoy desesperado, sufro y no tengo manera de resolver eso; no comprendo cómo podría resolverlo. Si lo comprendiera, no habría necesidad de esperanzas. Sólo cuando no comprendo cómo producir la disolución de un problema determinado, dependo de un mito, de una idea de esperanza. Si usted observa su propia mente, verá que cuando se siente turbado, en conflicto,

desdichado, la mente busca una manera de alejarse de ello. El proceso de alejarse, de escapar del problema, crea la esperanza.

La mente, al escapar del problema genera miedo; el movimiento mismo de alejarse, de escapar del problema, *es* miedo. Estoy desesperado porque he hecho algo que no es correcto, o alguna desgracia se abate sobre mí, o he causado un daño terrible, o mi hijo ha muerto, o tengo muy poco para comer... Mi mente, no siendo capaz de resolver el problema, crea una certidumbre, algo a lo que pueda asirse, una imagen proyectada por ella misma o tallada por la mano. O se apega a un gurú, a un libro, a una idea que me sostiene en mis dificultades, en mis desgracias, en mi desesperación, y entonces digo que lo pasaré mejor en mi próxima vida, y así sucesivamente.

En tanto no sea capaz de resolver mi problema, mi dolor, dependeré de la esperanza; resulta indispensable. Entonces peleo por mi esperanza. No quiero que nadie perturbe esa esperanza, esa creencia. Convierto esa creencia en una creencia organizada y me aferro a ella, porque de ella obtengo mi felicidad; debido a que no he sido capaz de resolver el problema a que me enfrento, la esperanza se vuelve una necesidad.

Entonces, ¿puedo resolver el problema? Si puedo comprender el problema, la esperanza es innecesaria; entonces no necesito depender de una idea o una imagen o una persona, porque la dependencia implica esperanza, consuelo. Se trata de ver, pues, si la esperanza es indispensable, si hay una manera de descubrir cómo liberarme del sufrimiento; ése es mi problema, no cómo prescindir de la esperanza.

Y bien, ¿cuál es el factor esencial para la comprensión de un problema? Obviamente, si deseo comprender el problema, no tiene que haber fórmulas ni conclusiones ni juicios. Pero, si observamos nuestras mentes, veremos que estamos llenos de conclusiones; estamos atrapados en fórmulas con las que esperamos resolver el problema. Y así juzgamos, condenamos. Por lo tanto, mientras tengamos una fórmula, una conclusión, un juicio, una actitud condenatoria, no comprenderemos el problema.

El problema no es importante, sino el modo como lo abordamos. La mente que desea comprender un problema, no debe interesarse en el problema, sino en el funcionamiento de su propio mecanismo de juzgar. ¿Entiende?

Empecé afirmando una esperanza, diciendo que es esencial, porque sin la esperanza estoy perdido. Así que mi mente está ocupada con la esperanza, yo estoy ocupado con la esperanza. Pero ése no es mi problema; mi problema es el del dolor, el de la pena, el de los errores. ¿Es siquiera ése mi problema, o mi problema es cómo abordar el problema mismo? Lo importante, entonces, es cómo la mente considera el problema.

Me ha alejado por completo de la esperanza, porque la esperanza es ilusoria, es irreal, no es factual. No puedo habérmelas con algo que no es factual, que ha sido creado por la mente. Carece de realidad, es ilusorio; por lo tanto, es imposible tratar con ello. Lo real es mi dolor, mi desesperación, las cosas que he hecho, los recuerdos apiñados, las aflicciones, los sufrimientos de mi vida. La manera como abordo todo eso es lo importante, no la esperanza, porque si sé cómo abordarlo, seré capaz de habérmelas con ello.

De modo que lo esencial no es la esperanza, sino cómo considero mi problema. Veo que siempre lo considero a la luz del juicio que me formo al respecto, ya sea condenándolo, aceptándolo o tratando de transformarlo, o bien mirándolo como a través de cristales coloreados, a través de la pantalla de las fórmulas, fórmulas surgidas de lo que alguien ha dicho en el Bhagavad Gita, de lo que han dicho el Buda o Cristo. Así pues, estando mi mente mutilada por estas fórmulas, estos juicios, estas citas, jamás puede comprender el problema, jamás puede mirarlo. ¿Puede, entonces, la mente liberarse de estos juicios acumulados?

Por favor, sigan cuidadosamente esto; no mis palabras, sino cómo aborda uno su problema. Lo que siempre hacemos es correr tras la esperanza y sentirnos perpetuamente frustrados. Si fracaso con una esperanza, la sustituyo por otra, y así sigo y sigo. Y puesto que no sé cómo abordar y comprender el problema mis-

mo, recurro a diversos escapes. Pero si supiera cómo abordar el problema, entonces no habría necesidad de esperanza alguna. Lo importante, pues, es descubrir cómo la mente considera el problema.

Mi mente mira un problema. Lo mira, es obvio, con una actitud condenatoria. Lo condena al diferenciarlo, al reaccionar contra él, o desea transformarlo en algo que no es. Si soy violento, deseo transformar eso en no violencia. La no violencia es irreal, no es factual; lo real es la violencia. Lo que importa es ver cómo abordo el problema, con qué actitud: si lo condeno, si recuerdo lo que han dicho al respecto los así llamados maestros.

¿Puede la mente erradicar estos condicionamientos, liberarse a sí misma de ellos y mirar el problema? ¿Puede no preocuparse con respecto al modo como se ha de liberar de estos condicionamientos? Si se preocupa acerca del modo, entonces genero, a causa de eso, otro problema. Pero si puedo ver cómo estos condicionamientos me impiden mirar el problema, entonces los condicionamientos carecen de valor, porque lo que importa es la aflicción, el dolor. No puedo decir que el dolor es una idea y, con eso descartarlo. El dolor está ahí.

Así, en tanto la mente sea incapaz de mirar el problema, en tanto no sea capaz de resolverlo, tienen que existir las diversas formas de escapar del problema, y los escapes son las esperanzas; constituyen el mecanismo de defensa.

La mente siempre creará problemas. Pero lo esencial es que, cuando cometamos faltas, cuando estemos afligidos, nos enfrentemos a estas faltas, a estas aflicciones, sin juzgar, que las miremos sin condenarlas, que vivamos con ellas y dejemos que pasen. Y eso puede ocurrir sólo cuando la mente se halla en un estado de no condenar, sin fórmula alguna, o sea, cuando se halla esencialmente quieta, fundamentalmente silenciosa; sólo entonces hay comprensión del problema.

I.: ¿Tendría usted la bondad de decirnos qué entiende por las palabras *nuestra vocación*? Deduzco que entiende algo diferente de la connotación común de estas palabras.

K.: Cada uno de nosotros sigue alguna clase de vocación: el abogado, el militar, el policía, el hombre de negocios, etc. Obviamente, hay ciertas vocaciones que son perjudiciales para la sociedad: el abogado, el militar, el policía y el industrial que se hace rico a costa de otros hombres.

Cuando deseamos y elegimos una vocación determinada, cuando educamos a nuestros hijos para que sigan una vocación en particular, ¿no estamos creando un conflicto dentro de la sociedad? Usted elige una vocación y yo elijo otra; ¿no produce eso un conflicto entre nosotros? ¿No es eso, acaso, lo que está ocurriendo en el mundo, debido a que jamás hemos descubierto cuál es nuestra *verdadera* vocación? Sólo estamos condicionados por la sociedad, por una cultura en particular, para aceptar ciertas formas de vocaciones que engendran competencia y odio entre los hombres. Conocemos eso, lo vemos.

Y bien, ¿hay otra manera de vivir en la que usted y yo podamos funcionar en nuestras verdaderas vocaciones? ¿Hay vocaciones diferentes para el hombre? Vemos que las hay: usted es oficinista, yo lustro zapatos, usted es ingeniero, yo soy un político. Vemos variedades innumerables de vocaciones y vemos que están todas en conflicto unas con otras. De modo que el hombre, a través de su vocación, se halla en conflicto con el hombre. Conocemos eso. Estamos familiarizados con ello todos los días.

Ahora bien, averigüemos si es que no hay para el hombre una sola vocación. Si todos pudiéramos descubrirla, entonces la expresión de capacidades diferentes no generaría conflicto entre hombre y hombre. Yo digo que existe una única vocación para el ser humano; sólo una, no muchas. La única vocación es descubrir qué es lo real.

Si ustedes y yo nos dedicamos a descubrir qué es la verdad, cuál es nuestra verdadera vocación, entonces en esa búsqueda no estaremos compitiendo. Yo no estaré compitiendo con usted, no lucharé con usted aunque usted pueda expresar esa verdad de un modo diferente. Usted podrá ser el primer ministro, pero yo no seré ambicioso queriendo ocupar su lugar porque, al igual que

usted, estoy buscando la verdad. Por lo tanto, hasta que no descubramos esa vocación verdadera del hombre, tendremos que estar en competencia y odiarnos unos a otros. Cualquier legislación que puedan aprobar en ese nivel, sólo habrá de producir más caos.

¿No es, entonces, posible desde la infancia, mediante una educación correcta y el educador apropiado, ayudar al niño, al estudiante, a ser libre para descubrir cuál es la verdad acerca de todo? No la verdad en abstracto, sino descubrir la verdad de todas las relaciones, la relación del muchacho con las máquinas, su relación con la naturaleza, con el dinero, con la sociedad, con el gobierno, etc. Eso requiere, ¿no es así?, una clase diferente de maestros que se interesen en ayudar al chico, al estudiante, dándole libertad a fin de que comience a investigar el cultivo de la inteligencia, la cual no puede ser condicionada por una sociedad en deterioro permanente.

¿No hay, pues, una sola vocación para el hombre? El hombre no puede existir en aislamiento. Sólo existe la relación, y cuando en esa relación no hay descubrimiento de la verdad –de la verdad acerca de la relación–, entonces lo que hay es conflicto.

Existe una única vocación para ustedes y para mí. Y en la búsqueda de esa vocación encontraremos la expresión libre de todo conflicto y en la que no nos destruiremos el uno al otro. Pero es indudable que ello debe comenzar con una educación correcta en manos del educador apropiado. El educador también necesita educación. Fundamentalmente, el maestro no es un mero dador de información, sino que ha de originar en el estudiante un estado de libertad, de rebeldía indispensable para el descubrimiento de la verdad.

I.: Cuando usted responde a nuestras preguntas, ¿qué funciona, la memoria o el conocimiento?

K.: Ésta es una pregunta realmente muy interesante, ¿verdad? Averigüémoslo.

El conocimiento y la memoria son la misma cosa, ¿no es así? Sin conocimiento, sin la acumulación del conocimiento, que es

memoria, ¿podría uno responder? La respuesta es una reacción verbalizada, ¿no? Está la pregunta que se ha formulado: «¿Qué funciona, la memoria o el conocimiento?». Yo sólo digo que memoria y conocimiento son, en esencia, la misma cosa, porque si uno tiene conocimiento y no tiene memoria de ello, ese conocimiento carecerá de valor.

Usted quiere saber qué funciona cuando respondo a una pregunta. ¿Está funcionando el conocimiento? ¿Funciona la memoria? Y bien, ¿qué es lo que funciona en la mayoría de nosotros? Por favor, sigan esto. ¿Qué es lo que funciona en la mayoría de nosotros cuando se formula una pregunta? Evidentemente, el conocimiento. Cuando yo le pregunto cuál es el camino a su casa, está funcionando el conocimiento, funciona la memoria. Y con la mayoría de nosotros, eso es todo cuanto funciona, porque hemos acumulado conocimientos provenientes del Bhagavad Gita o de los Upanishads o de Marx o de lo que Stalin ha dicho o de lo que dice nuestro gurú favorito o nuestra propia experiencia, nuestras propias reacciones acumuladas; y desde ese trasfondo, respondemos. Eso es todo cuanto conocemos. Ése es el hecho real. En nuestros negocios, lo que funciona es eso. Cuando construimos un puente, eso es lo que funciona.

Cuando uno escribe un poema, se desarrollan dos funciones: la verbalización, que es memoria, y el impulso creativo. El impulso creativo no es memoria, pero al expresarse se convierte en memoria.

Por lo tanto, sin memoria, sin verbalización, sin el proceso de las palabras, no hay posibilidad alguna de comunicarnos. Si yo no usara ciertas palabras, palabras inglesas, no podría hablarles. El hablar mismo, la verbalización, es el funcionamiento de la memoria. Entonces, la pregunta es: Cuando quien les habla está respondiendo a una pregunta, ¿qué funciona, la memoria o alguna otra cosa? La memoria, obviamente, porque estoy empleando palabras. Pero, ¿es eso todo?

¿Contesto desde los recuerdos de innumerables pláticas que he ofrecido durante los últimos veinte años, las que continúo re-

pitiendo como un mecanismo de fonógrafo? Eso es lo que casi todos somos. Tenemos ciertas acciones, ciertos patrones de pensamiento, y continuamos repitiéndolos. Pero la repetición de palabras es por completo diferente de eso, porque es el modo de comunicarnos.

Con la repetición de experiencias, éstas se reúnen y acumulan y, como una máquina, yo respondo desde esa experiencia acumulada, desde ese depósito. Aquí, otra vez, hay repetición, la cual es nuevamente la memoria funcionando.

Usted pregunta, pues, si es posible que, mientras estoy hablando, lo experimente de hecho y no esté respondiendo desde la experiencia. Por cierto, hay una diferencia entre la repetición de la experiencia y el estar libre de la experiencia, la cual se expresa por medio de la memoria, que es verbalización. Por favor, escuche. Esto no es difícil de comprender.

Quiero averiguar qué significa la ambición, todo lo que implica. Ahora, mientras estoy hablando, ¿investigo realmente *de nuevo* todo el proceso de la ambición? ¿O repito la investigación que he efectuado ayer acerca de la ambición, lo cual sería repetición pura? ¿No es posible investigar, experimentar de nuevo todo el tiempo, y no depender tan sólo de un registro, de la memoria, de la experiencia de ayer? ¿No es posible florecer, ser, todo el tiempo, ahora mientras estoy hablando, sin que repita la experiencia pasada, aunque use palabras para comunicarme?

Usted pregunta qué está funcionando mientras hablo. Si tan sólo repito lo que he dicho diez días atrás, entonces eso tiene muy poco valor. Pero si estoy experimentando mientras hablo, si lo experimento como un hecho, no como un sentimiento imaginario, ¿qué es, entonces, lo que está funcionando? Funciona el florecimiento, no la autoexpresión, no el «yo», que es memoria.

Es muy importante, entonces, no sólo para mí sino para todos nosotros, descubrir si podemos evitar que nuestras mentes sean el depósito del pasado; descubrir si la mente puede permanecer estable sobre las aguas de la vida, y dejar que los recuerdos pasen flotando sin que ella se aferre a ninguno en particular y, cuando

sea necesario, use ese recuerdo tal como de hecho lo usamos cuando tenemos que comunicarnos. Esto implica que la mente está dejando todo el tiempo que el ayer pase de largo, sin identificarse jamás con él, sin estar nunca ocupada con él; de ese modo, la mente es firme, no en la experiencia, no en el recuerdo, no en el conocimiento, sino firme, estable en el proceso, en la acción de experimentar continuamente.

Ése es el factor que no origina deterioro, de modo tal que la mente se renueva de manera constante. Una mente que acumula, ya se está deteriorando. Pero la mente que deja que los recuerdos pasen de largo y es firme en la acción de experimentar, una mente así es siempre pura, está siempre viendo las cosas de un modo nuevo. Esa capacidad puede surgir sólo cuando la mente está muy quieta. Esa quietud, esa calma no es inducida, no puede acaecer mediante ninguna disciplina, mediante ninguna acción de la voluntad, sino cuando la mente comprende todo el proceso de acumular conocimientos, recuerdos, experiencias. Entonces se afirma sobre las aguas de la vida, que están siempre en movimiento, activas, vibrantes.

I.: ¿Con qué debería estar ocupada la mente? Yo deseo meditar. ¿Podría decirme, por favor, sobre qué debo meditar?

K.: Bien, averigüemos qué es la meditación. Usted y yo vamos a averiguarlo. No voy a decirle qué es la meditación. Ambos vamos a descubrirlo de un modo nuevo.

La mente que ha aprendido a meditar, o sea, que ha aprendido la técnica de concentrarse, de excluir todo limitándose a un punto en particular, una mente así no conoce la meditación. Eso es lo que desea la mayoría de nosotros. Deseamos aprender a concentrarnos, a estar ocupados con un solo pensamiento excluyendo a todos los demás, y a eso lo llamamos meditación. Pero eso no es meditación. La meditación es algo por completo diferente, y es lo que vamos a descubrir.

Nuestro primer problema es, entonces, saber por qué la mente exige estar siempre ocupada. ¿Comprende? Mi mente dice: «Debo estar ocupada con alguna cosa, con una preocupación, con

un recuerdo, con una pasión, o con cómo no ser apasionada, con la manera de librarme de algo, o de hallar una técnica que me ayudará a construir un puente...». Si uno observa, ve que la mente exige una constante ocupación, ¿no es así? Por eso, usted dice: «Mi mente debe estar ocupada con la palabra *Om*», o repite: «Ram, Ram», o está ocupada con la bebida. La palabra *Om*, las palabras *Ram*, *Ram* o la bebida son la misma cosa, porque la mente desea hallarse ocupada, porque dice que si no se halla ocupada hará algún daño, irá a la deriva arrastrada por la corriente. Si la mente no se halla ocupada, ¿cuál es, entonces, el propósito de la vida? De modo que inventamos un propósito, noble, innoble o trascendental, y nos aferramos a él; y con eso estamos ocupados. Lo mismo da que la mente esté ocupada con Dios o con los negocios, ya que, consciente o inconscientemente, dice todo el tiempo que «debe estar ocupada».

El próximo paso es, entonces, descubrir por qué la mente exige ocupación. Por favor, sigan esto. Ahora estamos meditando. Esto es meditación. La meditación no es un estado que se encuentra al final. La libertad no es para lograrse al final, la libertad está al principio. Si no tengo libertad al principio, no tengo libertad al final. Si carezco de amor ahora, careceré de amor dentro de diez años. Así pues, lo que estamos haciendo ahora es tratar de descubrir en qué consiste la meditación. Y el mismo investigar en qué consiste la meditación, es meditar.

La mente dice: «Debo estar ocupada con Dios, con la virtud, con mis preocupaciones, o con mis intereses comerciales»; está, pues, incesantemente activa en su ocupación. La mente sólo puede existir mientras está activa, mientras se halla consciente de sí misma en la acción, no de otro modo. Ella se reconoce como existente cuando está ocupada, cuando está actuando, cuando obtiene resultados, cuando se halla en movimiento. El movimiento es ocupación dirigida a un resultado, a una idea o a la negación de esa idea.

Estoy consciente de mí mismo sólo cuando hay movimiento, entrando y saliendo. La conciencia es este movimiento de la ac-

ción, externo e interno, este exhalar respuestas, reacciones, recuerdos, y después volver a recogerlos. De modo que mi mente existe –yo existo– sólo cuando estoy pensando, cuando estoy en conflicto con algo, cuando hay sufrimiento, cuando hay ocupación, cuando me esfuerzo, cuando opto entre esto y aquello.

La mente se reconoce, pues, en movimiento cuando es ambiciosa y se deja arrastrar por su ambición; y, al ver que la ambición es torpe, tediosa, dice: «Me ocuparé de Dios». La ocupación de la mente con Dios es lo mismo que la ocupación de la mente con el dinero. Creemos que el hombre cuya mente está ocupada con Dios, es más sagrado que el hombre que piensa en el dinero, pero ambos son, de hecho, iguales; ambos desean resultados, ambos necesitan hallarse ocupados con algo. Entonces, ¿puede la mente permanecer sin ocupación alguna? Ése es el problema.

¿Puede la mente estar vacía, sin comparar, ya que el «más» es la manera como la mente «sabe» que existe? Esa mente jamás está satisfecha con *lo que es*; siempre está adquiriendo, comparando, condenando, exigiendo más y más. En su exigencia por el «más», en el movimiento del «más», se reconoce como existente, y eso es lo que llamamos autoconciencia, lo consciente superficial y lo inconsciente. Ésta es nuestra vida, es la manera como transcurre nuestra existencia cotidiana.

Quiero saber qué es la meditación; digo, pues, que quiero ocuparme de la meditación. Quiero averiguar qué es la meditación, así que mi mente está otra vez ocupada con la meditación. ¿Puede la mente ocupada ser capaz alguna vez de meditar? La meditación es, sin duda, la comprensión acerca de los comportamientos de la mente. Si no sé cómo funciona, cómo trabaja mi mente, ¿puedo meditar? ¿Cómo puedo descubrir qué es la verdad? Para eso, mi mente debe darse cuenta de lo ocupada que está; entonces, empieza a ver con qué se halla ocupada, y descubre que todas las ocupaciones son lo mismo, porque entonces la mente se llena de palabras, de ideas, de un movimiento constante, y así jamás hay quietud.

Cuando la mente se ocupa en descubrir qué es el amor, ésa es otra forma de ocupación, ¿no es así? Es como el hombre que se halla ocupado con alguna pasión.

Cuando uno dice que debe descubrir la verdad, ¿encontrará la verdad? ¿O la verdad surge a la existencia sólo cuando la mente no se halla ocupada, cuando está vacía para recibir, no para recoger, no para acumular. Porque uno puede recibir sólo una vez. Pero, si lo que ha recibido lo convierte en un recuerdo con el que se halla ocupado, jamás recibirá otra vez. Porque el recibir es de instante en instante. Por lo tanto, pertenece a la intemporalidad.

En consecuencia, por pertenecer al tiempo, la mente no puede recibir lo intemporal. Tiene que estar, pues, completamente quieta, vacía, sin el más mínimo movimiento en ninguna dirección. Y eso sólo puede ocurrir con una mente no ocupada, no ocupada con el «más», con un problema, con una preocupación, con escapes; una mente no condicionada por ninguna creencia, ninguna imagen, ninguna experiencia. Sólo cuando la mente está por completo libre, sólo entonces, existe la posibilidad de una inmensa, profunda quietud; y en esa quietud revela su existencia aquello que es eterno. Eso es meditación.

Bombay, 11 de marzo de 1953

¿CUÁL ES EL NÚCLEO CENTRAL DE NUESTROS PENSAMIENTOS?

Krishnamurti: ¿Cuál es el núcleo central de nuestros pensamientos? Ustedes saben que hay un pensar periférico que no es realmente importante, pero en el centro, ¿cuál es el movimiento, el impulso de ese pensar? ¿Qué es ese «yo» que se interesa tanto en sí mismo? Yo pienso acerca de mí mismo, ése es el núcleo, el corazón de mi pensar. Y en la periferia pienso sobre diversas cosas: las personas de aquí, los árboles, un pájaro que pasa volando, pero estas cosas no importan mucho en realidad, a menos que haya una crisis en la periferia y ésta afecte al «yo» y el «yo» reaccione. Ahora bien, ¿qué es ese centro desde el cual ustedes piensan, ese centro que es el «yo»? ¿Y por qué existe este constante ocuparse de uno mismo? No digo que sea correcto o incorrecto, sino que vean que estamos ocupados con nosotros mismos. ¿Por qué?

Estudiante: Porque pensamos que ello es importante

K.: ¿Por qué le dan importancia?

E.: Cuando somos chicos tenemos que hacerlo.

K.: ¿Por qué piensan tanto acerca de sí mismos? Vean lo que esto implica. Pensar acerca de uno mismo no es un mero asunto insignificante. Uno piensa en sí mismo identificándose con otro, ya sea con agrado o desagrado. Yo pienso en la persona que aca-

bo de dejar, o en la persona que creo que me agrada, o en alguien con quien he reñido, o en la persona que amo. Me he identificado a mí mismo con todas esas personas, ¿no es así?

E.: ¿Qué entiende usted por «identificar»?

K.: Yo te tengo afecto, me he identificado a mí mismo contigo. O la he ofendido a ella y tú te identificas con ella y te enojas conmigo. Mira lo que ha ocurrido: a ella le he dicho algo que es agraviante y desagradable; tú eres su amigo, te identificas con ella y te enojas conmigo. Por lo tanto, eso forma parte de la actividad egocéntrica, ¿verdad? ¿Estás seguro?

E.: ¿Pero no es la otra persona la que se identifica con usted?

K.: ¿Lo es o no lo es? Investiguemos. Tú me agradas, estoy muy encariñado contigo; ¿qué significa eso? Me gusta tu aspecto, eres un buen compañero, etc. ¿Qué es lo que eso significa?

E.: Significa que usted es mejor compañero que otras personas y, por eso, me gusta estar con usted.

K.: Profundiza un poco más. ¿Qué significa eso?

E.: Uno retiene para sí a esa persona y excluye a otras.

K.: Eso es una parte, pero avanza más.

E.: Es grato estar con esa persona.

K.: Es grato estar con esa persona y no es grato estar con otra persona. Por lo tanto, mi relación contigo se basa en mi placer. Si tú no me agradas, digo: «¡Terminaré con él!». Lo que me importa es mi placer, tal como mi ofensa, mi ira. De modo que el interés en la propia persona no es sólo pensar en mí mismo e identificarme con tal o cual posesión, persona o libro. Existe la ocupación periférica, y también estoy comparándome contigo; eso prosigue todo el tiempo, pero desde un centro.

E.: Uno lee sobre los refugiados en la India y se identifica realmente con ellos aunque no tenga con ellos una relación personal.

K.: ¿Por qué me identifico con esas personas que han sido perseguidas y muertas en el Pakistán Oriental? El otro día las observaba en la televisión. Esto está ocurriendo en todas partes, no sólo en Pakistán. Es espantoso. Ahora bien, tú dices que te identificas con todos esos refugiados; ¿qué sientes?

E.: Simpatía.

K.: Prosigue, explóralo, desenrédalo.

E. 1: Siento ira contra la gente que causó esto.

E. 2: Yo siento frustración, porque uno no puede hacer nada al respecto.

K.: Tú te encolerizas con la gente que hace estas cosas, que mata a los jóvenes y persigue a las ancianas y a los niños. ¿Es eso lo que haces? Te identificas con esto y rechazas aquello. ¿Cuál es la estructura, el análisis de esta identificación?

E.: Uno no se siente seguro.

K.: ¿Sientes que por medio de la identificación podrías hacer algo? Prosigue.

I.: Aunque sea tomando partido, unos sienten que tiene cierta oportunidad de hacer algo.

K.: Digamos que soy anticatólico y me identifico con un grupo de personas que son anticlericales. Al identificarme con ella siento que puedo hacer algo. Pero vayamos más lejos, eso sigo siendo yo que hago algo al respecto, es todavía la ocupación conmigo mismo. Yo me he identificado con algo que considero más grande: la India, el comunismo, el catolicismo, etc., o con mi familia, mi Dios, mi creencia, mi casa, contigo que me has ofendido. ¿Cuál es la causa de esta identificación?

E.: Yo me separo a mí mismo del resto del mundo y, al identificarme con algo más grande, ese algo se convierte en mi aliado.

K.: Sí, pero ¿por qué haces esto? Yo me identifico contigo porque me agradas. Con él no me identifico porque no me agrada. Y me identifico con mi familia, con mi país, con mi Dios, con mi creencia. Ahora bien, ¿por qué me identifico, en modo alguno, con cualquier cosa? No digo que esto sea bueno o malo, sino, ¿qué hay detrás de esta identificación?

E.: Confusión interna.

K.: ¿Es eso?

E.: Uno está atemorizado.

K.: Avanza más.

E.: La confusión es causada por la identificación.

K.: ¿Es eso? Yo te interrogo y tú también debes interrogarme. No aceptes lo que yo digo, inquiere. Todo este proceso de la identificación, ¿por qué ocurre? Y si yo no me identifico contigo, o con alguna cosa, me siento frustrado. ¿Estás seguro de que es así?

E.: Uno se siente irrealizado, vacío.

K.: Prosigue. Me siento triste, frustrado, no realizado, insuficiente, vacío. Ahora quiero saber por qué me identifico con un grupo, con una comunidad, con sentimientos, ideas, ideales, héroes, y todas esas cosas. ¿Por qué?

E.: Pienso que es para tener seguridad.

K.: Sí, pero ¿qué entiendes por esa palabra seguridad?

E.: Estando solo soy débil.

K.: ¿Es porque no puedes permanecer solo?

E.: Es porque uno tiene miedo de estar solo.

K.: ¿Temes estar solo y, por eso, te identificas con algo?

E.: No siempre.

K.: Pero ése es el núcleo, la raíz de ello. ¿Por qué necesito identificarme? Porque entonces me siento seguro. tengo recuerdos gratos de personas y lugares y, por consiguiente, me identifico con eso. Veo que en la identificación estoy mucho más seguro. ¿Correcto?

E.: No sé si usted querrá hablar de este aspecto en particular, pero yo veo que la matanza en Vietnam es injusta, y en Washington hay un grupo de manifestantes contra la guerra; entonces voy y me uno a ellos.

K.: Ahora espera un momento. Hay un grupo que está contra la guerra y me uno a él. Me identifico con ellos porque, al identificarme con un grupo de personas que están haciendo algo al respecto, yo también hago algo al respecto; por mí mismo nada puedo hacer. Pero perteneciendo a un grupo de personas que realizan demostraciones públicas, que escriben artículos, estoy participando activamente en la detención de la guerra. Eso es la identificación. No estamos diciendo que los resultados de esa identificación son buenos o malos, sino que preguntamos por qué la mente humana necesita identificarse con algo.

E.: ¿Cuando es eso acción y cuándo es identificación?

K.: Estoy llegando a eso. En primer lugar, quiero que haya claridad en mí y, al discutirlo, descubrir por qué debo identificarme. Y cuando sea necesario, me identificaré. O sea, ante todo debo comprender qué significa cooperar. Entonces, cuando esté cooperando de veras y profundamente, sabré cuándo no cooperar. No a la inversa. No sé si ustedes alcanzan a ver esto. Si sé qué implica la cooperación, que es algo formidable –trabajar juntos, vivir juntos, hacer cosas juntos–, cuando comprenda eso, sabré, entonces, cuándo no cooperar.

Ahora quiero saber por qué me identifico con lo que fuere. No que no debería identificarme si hay necesidad de que me identifique en la acción, sino que antes de averiguar cómo actuar, o con quién puedo cooperar, necesito descubrir por qué existe este impulso hacia la identificación. ¿Es para tener seguridad? ¿Es ésa la razón? Debido a que uno está lejos de su país, de su familia, ¿se identifica con esta casa, con un grupo, para sentirse a salvo, protegido? La identificación tiene lugar porque uno siente: «Aquí estoy seguro». ¿La razón de que uno se identifique es, entonces, que se siente inseguro? ¿Es por eso? La inseguridad significa miedo, incertidumbre, no saber qué pensar, estar confuso. De modo que uno necesita protección; es bueno tener protección. ¿Es ésa la causa de que nos identifiquemos?

¿Cuál es el próximo paso? En mi fuero interno estoy indeciso, confuso, atemorizado, me falta claridad, me siento insuficiente; por lo tanto, me identifico con una creencia. ¿Qué ocurre, entonces?

E.: Encuentro que sigo estando inseguro.

K.: No. Me he identificado con ciertas ideologías. ¿Qué ocurre?

E.: Uno intenta hacer de eso su seguridad.

K.: He dado diversas razones para esta identificación: porque es racional, operativa, y demás. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando me he identificado con eso?

E.: Usted tiene un conflicto.

K.: Mira lo que ocurre. Me he identificado con una ideología, con un grupo de personas o con una persona; ello forma parte de

mí. Debo protegerlo, ¿no es así? Por lo tanto, si ello es amenazado estoy perdido, vuelvo a mi inseguridad. ¿Qué ocurre, pues? Me enojo con cualquiera que ataque eso o lo ponga en duda. ¿Qué es, entonces, lo que realmente sucede?

E.: Hay conflicto.

K.: Me he identificado con una ideología. Tengo que protegerla porque ella es mi seguridad, y resisto a cualquiera que la amenace con una ideología que la contradiga. Por consiguiente, ahí donde me he identificado con una ideología, tiene que haber resistencia; erijo un muro alrededor de aquello con que me he identificado. Donde hay un muro, éste debe generar división. Entonces hay conflicto. No sé si ustedes ven todo esto.

Y bien, ¿cuál es el próximo paso? Prosigan.

E. 1: ¿Cuál es la diferencia entre identificación y cooperación?

E. 2: Parece que tendríamos que comprender más la cooperación.

K.: ¿Saben ustedes qué significa cooperar, trabajar juntos? ¿Puede haber cooperación cuando hay identificación? ¿Saben qué queremos decir con identificación? Hemos examinado su anatomía. Cooperar significa trabajar juntos. ¿Puedo cooperar contigo si me he identificado con una ideología y tú te has identificado con otra ideología? Evidentemente, no.

E.: Pero las personas tienen que trabajar juntas.

K.: ¿Es cooperación eso?

E.: No.

K.: Vean lo que implica. Trabajamos juntos porque nos hemos identificado con una ideología; tú la proteges y yo la protejo. Ella es nuestra seguridad, en el nombre de Dios, en el nombre de la belleza, en el nombre de cualquier cosa. Pensamos que eso es cooperación. Ahora bien ¿qué ocurre? ¿Puede haber cooperación cuando hay identificación con un grupo?

E.: No, porque hay división. Yo me encuentro en conflicto con miembros del grupo, ya que me he identificado con ellos.

K.: Mira lo que sucede. Tú y yo nos hemos identificado con esa ideología. Nuestra interpretación de ella puede ser...

E.: Diferente.

K.: Por supuesto. Si tú cambias en tu interpretación de esa ideología, te estás desviando; por lo tanto, estamos en conflicto. Así que ambos debemos estar completamente de acuerdo acerca de esa ideología. ¿Es eso posible?

E.: Es exactamente lo que sucede con una escuela. En vez de una ideología, uno se identifica con una escuela, y cada cual tiene su propio concepto.

K.: Sí, muy cierto. ¿Por qué?

E.: Yo siento que a veces hay conflicto aquí, justamente por la razón que usted dio cuando habló acerca de una ideología. Si usted y yo nos identificamos con la escuela, creemos que estamos cooperando, pero no existe ese espíritu.

K.: Por consiguiente, pregunto: ¿Puede haber cooperación cuando hay identificación?

E.: No.

K.: ¿Sabes lo que estás diciendo? *(Risas).* Así es como funciona todo en este mundo. ¿Es ésa la verdad? ¿Que donde hay identificación no puede haber cooperación? Es algo maravilloso descubrir la verdad de esto. No tu opinión o mi opinión, sino la verdad, la validez de ello. Debemos averiguar, pues, qué entendemos por cooperación. Ustedes ven que no puede haber cooperación donde hay identificación con una idea, con un líder, con un grupo, etc. Entonces, ¿qué es la cooperación en la que no existe identificación alguna?

E.: Es actuar en respuesta a la situación misma.

K.: No digo que no esté en lo cierto, pero ¿podemos trabajar juntos cuando tú y yo pensamos de manera diferente? ¿Cuando tú te preocupas por ti mismo y yo me preocupo por mí mismo? Y una de las causas es que, sabiendo que no podemos cooperar cuando pensamos sólo en nosotros mismos, tratamos de identificarnos con una ideología, esperando de ese modo originar cooperación. Pero si uno no se identifica, ¿qué es la cooperación? Aquí estamos en Brockwood, en una escuela. Vemos que no puede haber cooperación cuando nos identificamos con la escue-

la, con una idea, con un programa, con un plan de acción determinado respecto de esto o aquello. Y también vemos que la identificación es la causa de todas las divisiones. Entonces, ¿qué es la cooperación? Trabajar *juntos*, no *con respecto a* tal o cual cosa. ¿Ven la diferencia? Por lo tanto, antes de que hagan algo juntos, ¿qué es el *espíritu* de cooperación, su esencia? ¿Qué es ese sentimiento?

E.: Es comprensión, es estar completamente abiertos a ello.

K.: Profundiza un poco más. Dijimos que la identificación no es cooperación. ¿Están bien seguros acerca de ese punto? Y ¿está bien claro que la cooperación no puede existir cuando cada uno de nosotros se interesa únicamente en sí mismo? Cuando ustedes se interesan en sí mismos, carecen del espíritu de cooperación, cooperan sólo cuando les place. ¿Qué significa, entonces, cooperar? ¿Qué significa cooperar cuando no hay «yo»? De otro modo, no pueden ustedes cooperar. Yo puedo tratar de cooperar en torno de una idea, pero siempre está ahí el «yo» procurando identificarse con lo que estoy haciendo. En consecuencia, debo averiguar cuál es la razón de que piense en mí mismo todo el día: cómo me veo, que alguien es mejor que yo, que alguien me ha agraviado, o que alguien ha dicho: «¡Qué persona tan agradable es usted!» ¿Por qué estoy haciendo esto todo el santo día? Y por la noche también, esto prosigue mientras estoy dormido: «Yo soy mejor que tú», «yo sé de qué estoy hablando», «es mi experiencia», «tú eres un estúpido, yo soy inteligente». ¿Por qué?

E.: Al parecer, mucho de eso llega a ser un hábito.

K.: ¿Qué es el hábito?

E.: No estar alerta.

K.: No. ¿Qué es el hábito? No cómo se forma.

E.: Es la repetición de un movimiento.

K.: Correcto. ¿Por qué existe una repetición de este movimiento? ¿Por qué se forma el hábito? Si vas despacio, verás algo extraordinario. Todos nosotros llevamos el pelo corto o el pelo largo, ¿por qué? ¿Por qué otros lo hacen?

E.: ¿Es eso hábito o imitación?

K.: Mira lo que ocurre. Primero imitas a otros, después dices: «El pelo corto es perfecto».

E.: Una costumbre, ¿es un hábito también?

K.: Sí. No quiero entrar en esto demasiado rápidamente. ¿No es todo pensar un hábito? ¿Están de acuerdo?

E.: Bueno, es algo que uno hace una y otra vez...

K.: Continúa, ve qué es lo que puedes descubrir por ti mismo cuando investigamos toda esta cuestión del hábito.

E.: Se trata realmente de una situación con una reacción vieja, ¿verdad?

K.: Una situación nueva la encaramos con respuestas viejas. ¿No es un hábito de identificación?

E.: Sí.

K.: Porque uno se siente inseguro. Entonces, ¿conoces la naturaleza de esta maquinaria que contribuye a la formación del hábito? ¿Te das cuenta de que siempre estás actuando por hábito? Levantarte a las seis todos los días, creer, fumar, no fumar, tomar drogas... ¿Entiendes? Todo se convierte en hábito; puede ser por una semana, diez días o cincuenta años, pero el hábito se forma. ¿Por qué cae la mente en esta rutina? ¿No se han preguntado por qué tienen un hábito? ¿Han observado a la mente cuando funciona dentro de un hábito?

E. 1: Así es más fácil.

E. 2: Vivir sin hábitos requiere realmente muchísima energía.

K.: Estoy llegando a eso. No salte, vayamos paso a paso. Me pregunto: ¿Por qué vive la mente siempre dentro del hábito? Pensaba en algo ayer, sigo pensando en eso hoy, y pensaré lo mismo al respecto mañana... tal vez con ligeras modificaciones. ¿Por qué hace esto la mente?

E.: Uno está medio dormido.

K.: Dijimos que la pereza forma parte de eso. ¿Qué más? Todo se siente más fácil con los hábitos.

E.: Uno le teme a lo desconocido.

K.: Quiero llegar un poco más profundamente que eso.

E.: La mente teme que si no mantiene el pensar dentro del mismo curso, ella misma estará amenazada.

K.: ¿Y eso qué significa?

E.: Ella ve cierta clase de orden en el hábito.

K.: ¿Es orden el hábito?

E.: Uno puede formar cierta estructura con el hábito, pero eso no es necesariamente orden.

K.: Lo cual significa que la mente funciona dentro del hábito por diversas razones, igual que una máquina. Eso es más fácil, evita la soledad, el miedo a lo desconocido, e implica cierto orden decir: «Seguiré eso y nada más». Ahora bien, ¿por qué la mente funciona dentro de una rutina, que es el hábito?

E.: Es su naturaleza.

K.: Pero si dices eso, detienes la investigación. Conocemos las razones por las que la mente funciona dentro del hábito. ¿Te das cuenta realmente de eso? La persona sumamente psicopática, tiene un hábito que es por completo diferente de otros. Una persona neurótica tiene ciertos hábitos. Nosotros condenamos ese hábito pero aceptamos otros. Entonces, ¿por qué hace esto la mente? Quiero investigar esto más a fondo, quiero ver por qué la mente hace eso y si puede vivir sin hábito alguno.

E.: Ella siente que es la personalidad.

K.: Dijimos que la personalidad, el ego, el «yo» que dice «Tengo miedo, deseo orden», la pereza, son todas facetas diferentes de ese «yo». ¿Puede la mente vivir sin hábitos, excepto los hábitos biológicos, el regular funcionamiento del cuerpo, que tiene su propio mecanismo, su propia inteligencia, su propia maquinaria? ¿Por qué la mente acepta con tanta rapidez el hábito? La pregunta «¿Puede la mente vivir sin hábito alguno?» es una pregunta extraordinaria. Decir que hay Dios, que hay un salvador, es un hábito. Y decir que no hay salvador, sino sólo el Estado, es otro hábito. De modo que la mente vive dentro de hábitos. ¿Se siente más segura con los hábitos?

E.: Sí.

K.: Ve despacio. ¿Eso qué significa? Funcionando en el campo de lo conocido, la mente se siente segura. Lo conocido es hábito, ¿correcto?

E.: Aun así, todavía decimos que no nos sentimos seguros.

K.: Porque lo conocido puede cambiar, o puede sernos quitado, algo puede agregársele. Pero la mente funciona siempre en el campo de lo conocido, porque ahí se siente segura. Por lo tanto, lo conocido es hábito, lo conocido es el conocimiento, o sea, el conocimiento de la ciencia, de la tecnología, y el conocimiento de mis propias experiencias. Y en eso hay un hábito mecánico. Pregunto, entonces: ¿Puede la mente moverse desde lo conocido –hacia lo desconocido, no sé lo que eso significa–, ser libre y salirse de los márgenes de lo conocido?

Mira. Si yo conozco todo acerca del motor de combustión interna, puedo continuar experimentando en la misma dirección, pero estoy limitado. Debo encontrar algo nuevo, tiene que haber algún otro modo de generar energía.

E.: ¿Diría la mente eso si quisiera la seguridad de lo conocido?

K.: No estoy hablando de la seguridad, por el momento.

E.: ¿Está usted diciendo que en la tecnología tiene que producirse una ruptura de la continuidad para que suceda algo nuevo?

K.: Correcto. Eso es lo que ocurre. De lo contrario, el hombre no podría haber inventado el motor de reacción; tiene que haber mirado el problema de una manera diferente.

Mi mente siempre funciona, con modificaciones, en el campo de lo conocido, y eso es hábito. En la relación con los seres humanos, en el pensamiento –que es la respuesta de la memoria y está siempre en el campo de lo conocido–, me identifico con lo desconocido por medio de lo conocido. La mente debe funcionar con lo conocido, porque de otro modo uno no podría hablar, pero yo pregunto si también puede funcionar sin hábito alguno.

E.: ¿Formula la mente esa pregunta porque actuar por hábito no es exitoso?

K.: No estoy pensando en el éxito.

E.: ¿Pero qué impulsaría a la mente a formular esta pregunta?

K.: Mi mente dice: «Esto no es suficiente, quiero más». Ella necesita averiguar más y no puede hacerlo dentro del campo de lo conocido; sólo puede expandir ese campo.

E.: Pero tiene que darse cuenta de la limitación.

K.: Me doy cuenta, y me digo: Yo puedo funcionar dentro del campo de lo conocido, siempre puedo expandirlo o contraerlo, horizontalmente, verticalmente, de cualquier manera, pero dentro del campo de lo conocido. Mi mente dice: «Comprendo eso muy bien». Y entonces, como es curiosa, pregunta: «¿Puede la mente vivir, funcionar sin hábito alguno?».

E.: ¿Es ésa una pregunta diferente?

K.: Ahora estoy hablando de lo psicológico, de lo interno. Aparentemente, toda la vida, toda la actividad mental que tiene lugar en la psique, es una continuidad del hábito.

E.: ¿Existe realmente un impulso o algo...

K.: Yo genero un impulso. La mente misma genera el impulso de descubrir, no porque quiera encontrar algo en particular.

E.: Éste es un punto muy delicado. Parece ser la llave hacia alguna dificultad. ¿Por qué –si es que puedo preguntarlo– dice la mente: Veo la necesidad de vivir sin hábito psicológico alguno?

K.: Yo no veo la necesidad, no estoy afirmando nada. Sólo digo que he visto operar a la mente en el campo de lo conocido, contrayéndose, expandiéndose horizontal o verticalmente, o reduciéndose a nada, pero siempre dentro de esa área. Y mi mente pregunta si existe una manera de vivir –no lo sé, ni siquiera lo postulo– en la que no haya hábito en absoluto.

De modo que volvemos atrás. ¿Saben ustedes acerca de qué están pensando todo el día? Uno dice: «Sí, pienso en mí mismo, vagamente o concretamente o sutilmente o de manera sumamente refinada, pero siempre en torno de eso». ¿Puede haber amor cuando la mente está ocupada consigo misma todo el tiempo? Tú dices que no. ¿Por qué?

E.: Porque si uno piensa en sí mismo todo el tiempo, no puede...

K.: Por lo tanto, nunca puedes decir: «Te amo», hasta que dejas de pensar en ti mismo. Cuando un hombre es ambicioso, competidor, imitativo, lo cual forma parte del pensar en uno mismo, ¿puede haber amor?

Por eso, nosotros tenemos que encontrar una manera de vivir en la que no exista el hábito. Pero el hábito puede ser usado, lo conocido puede ser usado –yo no llamaría hábito a eso– de una manera diferente, dependiendo de las circunstancias, la situación, etc. Entonces, ¿es hábito el amor? El placer es hábito, ¿verdad? El amor, ¿es placer?

E.: Señor, ¿qué entiende usted por amor?

K.: No lo sé. Te diré lo que no es amor, y cuando eso no existe en ti, existe lo otro. Escucha esto: Donde está lo conocido, no está el amor.

E.: Por lo tanto, uno tiene que averiguar primero qué es el hábito, y después hacer lo mismo acerca del no hábito.

K.: Lo hemos averiguado. Hemos dicho que el hábito es la continuidad de la acción dentro del campo de lo conocido. Lo conocido es el mañana. Mañana es domingo y saldré a pasear en auto; sé eso, lo he convenido. ¿Puedo decir: «Mañana amaré»?

E. 1: No

E. 2: Yo sí.

K.: ¿Qué quieres decir con: «Mañana te amaré»?

E.: Nosotros prometemos eso.

K.: ¿En una iglesia, quieres decir? Eso significa que el amor está dentro del campo de lo conocido y, por consiguiente, dentro del tiempo.

E.: Pero si usted ama una vez, ¿puede súbitamente dejar de amar?

K.: Yo te amé una vez, ¡y ahora estoy aburrido de ti!

E.: Si uno ama a alguien hoy, puede amarlo mañana.

K.: ¿Cómo lo sabes? Yo te amo hoy, pero tú quieres estar segura de que te amaré mañana. Por lo tanto, digo: «Te amaré mañana, querida».

E.: Eso es otra cosa.

K.: Pregunto: El amor, ¿tiene mañana? El hábito tiene una mañana, porque continúa. ¿Es continuidad el amor? ¿Es identificación: amo a mi esposa, a mi hijo, a mi Dios?

En consecuencia, tienes que comprender de hecho, no sólo verbalmente, todo el proceso, la estructura y naturaleza de lo conocido, comprender internamente la totalidad del campo que ello abarca, cómo funciona uno siempre dentro de ese campo, pensando desde ese campo. Tú puedes apoderarte del mañana porque éste es proyectado por lo conocido. Para comprender realmente esto, tienes que comprender todo lo que hemos dicho; tienes que saber lo que piensas y por qué, y tienes que observarlo.

E.: Uno puede saber lo que piensa, pero no siempre sabe por qué lo piensa.

K.: Oh, sí, eso es bastante simple. Yo quiero saber por qué pienso, por qué interviene el pensamiento. Ayer fui a ver el sastre y olvidé allí mi reloj. Anoche lo busqué, y pensé al respecto y dije: «Qué indolente soy, qué desconsiderado de mi parte dejarlo allá, ocasionando molestias». Todo eso pasó por la mente.

E.: Cuando usted dice que fue desconsiderado, se está identificando consigo mismo.

K.: No, yo olvidé el reloj. Eso significa que ellos tienen que tomarse la molestia de cuidarlo, alguien podría apoderarse de él, ellos serían los responsables... todo eso. Y yo pensaba en eso, y sé por qué todo este movimiento del pensar surgió de ahí. Observé el fluir total del pensamiento. Uno puede conocer el comienzo y el final del pensamiento. ¡Ustedes se ven tan confundidos! He pensado sobre ello y puedo terminar con ello. Dejé mi reloj allá y pensé que podría haberlo perdido; lo he tenido durante mucho tiempo, lo he cuidado. Pude haberlo regalado, pero no perderlo. Y si se ha perdido, se terminó. No pienso más al respecto.

Se trata, pues, de vigilar cada pensamiento, de estar alerta a él. Cualquier pensamiento es importante si lo investigan; pueden ver su origen y su terminación, no continuar con él interminablemente.

E.: ¿Dice usted que si uno ve por qué se originó el pensamiento, podrá ver su terminación?

K.: No, mira. ¿Existe un pensamiento individual que esté separado de otro pensamiento? ¿Están todos los pensamientos separados o se relacionan entre sí? ¿Qué dices?

E.: Están relacionados.

K.: ¿Estás seguro?

E.: Bueno, todos ellos provienen el uno del otro.

K.: Si comprendo que están relacionados entre sí, o si hay una comprensión con respecto al trasfondo desde el cual brotan todos los pensamientos...

E.: Ése es el punto difícil.

K.: Observar sin ninguna pregunta que quiera obtener una respuesta, implica una vigilancia infinita. No impaciencia. Observen cuidadosamente, y entonces todo sale a la luz. Si tú y yo reñimos, no quiero llevar eso en mi mente, en el pensamiento, quiero que se termine. Vendré a ti y te diré: «Lo siento, no quise decir eso», y se acabó. ¿Pero lo hago así?

¿Han aprendido mucho? No *aprendido*, sino ¿están aprendiendo, viendo qué significa aprender?

Brockwood Park, 19 de junio de 1971

2

Estudiante: Estuvimos hablando acerca de por qué uno no puede decir que ama a alguien.

Krishnamurti: ¿Podemos abordar eso de un modo diferente? ¿Saben ustedes qué es la agresividad? Significa oposición, ir en contra de algo. De ahí surge la pregunta: ¿Cómo van ustedes a encarar la vida cuando hayan pasado por aquí y sean lo que llamamos personas instruidas? ¿Quieren ser tragados por la sociedad, por la cultura en que viven, o van a oponerse a ella, a rebelarse contra ella, lo cual será una reacción y no una acción total? ¿Van a recorrer el camino fácil de la vida, amoldándose, imitando, ajustándose al patrón, cualquiera que sea ese patrón, tanto si es

del orden establecido o si es algo diferente de lo establecido, etc.? ¿O serán seres humanos totalmente distintos, que se dan cuenta de las cosas y saben que han de enfrentarse a la adversidad y a las contrariedades, y que no hay un camino fácil de satisfacción? Porque la mayoría de nosotros desea una vida de comodidad, de bienestar, una vida sin perturbaciones, lo cual es casi imposible. Y si se enfrentan de hecho a las contrariedades, ¿escaparán de ellas? Si no les gusta algún lugar, cierta gente, un empleo, ¿se alejarán, escaparán de eso para hacer otra cosa que sea satisfactoria? ¿Usan ustedes a otros para su propia satisfacción? ¿Y es amor la utilización de otros, ya sea sexualmente o como compañía o para la propia satisfacción personal, no de manera superficial sino mucha más profundamente?

¿Como van a enfrentarse a todo esto, ya que eso es la vida? Las personas que en el mundo se llaman instruidas, que han ido al colegio, a la universidad, que tienen buenos empleos, que encajan en un lugar y ahí se quedan y progresan, tienen sus propias preocupaciones, sus propios infortunios. Uno podrá probar algún examen y obtener un empleo, o quizás haya recibido instrucción tecnológica. Pero psicológicamente, no sabemos nada acerca de nosotros mismos. Uno se siente infeliz, desdichado, porque no puede conseguir esto o aquello. Riñe con la propia esposa, o la esposa riñe con su marido. Y son personas muy educadas que leen libros pero descuidan el campo total de la vida. Y las personas sin educación hacen lo mismo.

Ustedes van a ser educados. No sé por qué, pero van a serlo. Y luego, ¿qué? ¿Llevarán una vida cómoda? No es que uno esté contra la comodidad, pero si lo que buscamos es comodidad en la vida, ésta se vuelve más bien falsa, superficial, y entonces tenemos que amoldarnos hasta un grado tremendo a la estructura cultural en que vivimos. Y si uno se rebela contra la cultura y se une a un grupo que tiene su propio patrón cultural, también tiene que encajar en eso.

Casi todos los seres humanos en el mundo quieren sentirse a salvo, seguros, cómodos, llevar una vida de complacencia en la que no encuentren demasiada oposición, donde se amolden su-

perficialmente pero sublevándose contra el conformismo, donde se tornen exteriormente respetables, pero interiormente rebeldes, donde obtengan un empleo, se casen, tengan hijos y responsabilidades. Pero como la mente desea mucho más que eso, viven descontentos, corren de una cosa a otra. Al ver todo esto, no sólo un segmento, una fracción de ello, sino la totalidad del mapa, ¿que van a hacer todos ustedes? ¿O es una pregunta que no pueden contestar a la edad que tienen? Tal vez sean demasiado jóvenes, con sus propias ocupaciones, así que lo otro puede esperar.

E.: Uno sabe lo que le gustaría hacer.

K.: ¿Tú sabes lo que quieres hacer?

E.: Yo sé lo que me gustaría hacer.

K.: ¿Qué te gustaría hacer? A mí me gustaría ser la Reina de Inglaterra, o una u otra cosa sumamente grande, pero no puedo. No tengo la capacidad. Por lo tanto, cuando tú dices que te gustaría hacer algo que ha de darte placer, satisfaceión, eso es lo que todos desean: bienestar, placer, satisfacción. «Esto es lo que quiero hacer porque me siento feliz haciéndolo». Y cuando a lo largo de ese sendero encuentras oposición, no sabes cómo afrontarla y entonces escapas de ella.

¿Sabes?, ésta es una cuestión realmente muy difícil; no es tan simple decir lo que a uno le gustaría hacer. Se trata de un asunto muy complejo. Por eso dije: «¿Es esto preguntar demasiado?». ¿O, a la edad que tienen, ya están comenzando a vislumbrar lo que quieren hacer, no sólo el próximo año sino por el resto de sus vidas?

E.: No somos demasiado jóvenes.

K.: No lo sé. No sé si son demasiado viejos o demasiado jóvenes. Son ustedes los que tiene que contestar a eso, no yo. Yo expongo esto para ustedes, para que lo averigüen.

E.: Algunos de nosotros somos ya demasiado viejos. Ya estamos formados. Ya hemos tenido experiencias que a todos nos hacen sentir muy aburridos de la vida.

K.: Ustedes saben, el otro día estuvimos considerando el hecho de que siempre estamos pensando en nosotros mismos. Y

cuando tú piensas en ti mismo, ¿no lo es, por lo general, con respecto a lo que te proporciona el placer más grande? «Quiero hacer eso porque va a darme una satisfacción tremenda.» ¿Cómo encaras, entonces, todas estas cosas? ¿No debería educárseles, acaso, no sólo en geografía, matemáticas, historia, etc., sino también en este campo, donde tienen que descubrir por sí mismos cómo vivir en este mundo monstruoso? ¿No forma eso parte de la educación? Ahora bien, ¿cómo emprenderían ustedes la educación de sí mismos que les permitiera enfrentarse a esta vida? ¿Esperan que algún otro los eduque, tal como los educan en matemáticas y demás materias?

E.: No.

K.: ¿No? ¿estás bien seguro? Si nadie va a educarte en el modo psicológico, interno de vivir, ¿cómo vas a hacerlo? ¿Cómo te educarás a ti mismo? ¿Sabes lo que está sucediendo en el mundo? Aparte de las monstruosidades y las guerras y las matanzas y todas las cosas terribles que ocurren, las personas que piensan que saben, están tratando de educarlos; no con relación al mundo tecnológico que es simple, claro y factual.

El otro día, en la televisión, cierto obispo dijo: «El conocimiento de Dios es amor y si ustedes no tienen conocimiento de Dios no pueden vivir, la vida carece de sentido». Ahora bien, está esa declaración hecha muy enfáticamente por un obispo muy conocido, o quienquiera que fuere; yo la escuché y dije: Estoy aprendiendo, quiero descubrir. Quiero que se me eduque. Él tiene explicaciones razonables, y uno mira su collar, o su capa, o su mitra y dice: «Oh, es un sacerdote, un hombre viejo que está repitiendo las viejas tonterías; eso no vale nada», y lo descarta. Y luego viene un hombre y les ofrece un patrón de vida que parece razonable, lógico; y debido a su personalidad, a su apariencia, al modo como viste y camina –ustedes conocen ya todos los trucos– dicen: «Sí, él ha alcanzado algo». Y lo escuchan. Y, mediante el acto mismo de escucharlo, están siendo condicionados por lo que él dice, ¿no es así?

E.: Eso depende de cómo escucha uno.

K.: Si uno no sabe escuchar a ese obispo, dirá: «¡Qué razonable es, nos dice que hemos vivido así durante dos mil años; éste es el modo correcto, con el conocimiento de Dios». Y también soy influenciado por un hombre que dice: «Haz esto y obtendrás la iluminación». Soy, pues, influenciado por todo lo que me rodea. ¿Qué haré? Quiero educarme a mí mismo, porque veo muy bien que nadie va a educarme en ese campo. Porque ellos nunca se han educado a sí mismos, nunca se han investigado y examinado, nunca han explorado, mirado, observado; siempre han estado amoldándose a un patrón. Y tratan de enseñarme cómo vivir dentro de ese patrón, ya sea el patrón zen, o el patrón cristiano, o el patrón comunista. No se han educado a sí mismos en el sentido que estamos hablando, aunque pueden ser hábiles en argumentos y en dialéctica.

Así pues, como nadie me ayudará a educarme internamente, ¿cómo empezaré? Veo que si no hago eso, me convertiré en una persona desequilibrada. Puedo ser muy bueno para escribir un ensayo o lograr un título, pero luego ¿qué? Descuido todo lo demás que constituye mi vida. ¿Cómo, pues, me educaré a mí mismo, tornándome maduro en un campo donde muy poca gente se ha tomado la molestia de investigar, de inquirir? O si lo ha hecho, ha impuesto su pensar sobre otros, no los ha ayudado a descubrir por sí mismos.

¿Comprenden de qué estoy hablando? Freud, Jung, Adler y otros analistas, que han investigado esto y han expuesto algunos hechos, rastrearon toda la conducta hasta el condicionamiento de la infancia. Ellos formularon ciertas pautas, y uno puede investigar en esa dirección y obtener más informaciones, pero eso no es aprender acerca de uno mismo; uno aprende conforme a lo que dice alguna otra persona. Sabiendo lo que es la vida, lo que está ocurriendo en el mundo: las guerras, el antagonismo, los políticos, los sacerdotes, los hippies con su poquito de filosofía, la gente que toma drogas, los que organizan comunas, y el odio que existe entre las distintas clases sociales, ¿cómo procederán para descubrir por sí mismos? Todo eso, en lo que atañe a lo externo; e interiormente somos ambiciosos, brutales, violentos, estamos llenos de codicia, de envidia, nos explotamos unos a otros. Éstos son hechos, no estoy exagerando.

Viendo todo esto, ¿qué haré? ¿Habré de ajustarme a algún patrón, lo cual resulta muy cómodo y es lo que en realidad desea realizarme a mí mismo? Porque si ustedes no tienen dentro de sí cierta chispa, una llama ahora, a la edad de quince, dieciséis, veinte o veinticinco años, eso va a ser muy difícil a los cincuenta. A esa edad es mucho más arduo cambiar. ¿Qué he de hacer pues? ¿Cómo me enfrentaré a todo esto, cómo lo miraré, ¿cómo escucharé todo este terrible ruido que hay en el mundo: los sacerdotes, los técnicos, los hombres listos, los obreros, las huelgas...? ¿Escogeré un determinado ruido que me atrae y seguiré ese ruido por el resto de mi vida? ¿Que haré? Éste es un problema tremendo, no es un problema simple.

E.: Yo quiero experimentar.

K.: ¿Experimentar?

E.: Bueno, dejar que las cosas vengan a mí.

K.: Presta atención a lo que estoy diciendo. Al ver todo esto, no sé qué hacer. No sabiendo qué hacer, voy a encontrar una salida fácil, que es lo que generalmente hago. No te engañes a ti mismo. Éste es un problema tremendamente complejo.

E.: Pero encontrar una salida fácil no es todavía lo real.

K.: Espera, no estoy del todo seguro. Me enfrento a este estruendo terrible que prosigue todo el tiempo, al griterío, a los empujones, y encuentro que existe una salida fácil, me hago monje. Es lo que ocurre en ciertas partes del mundo, porque la gente ya no confía más en los políticos, en los científicos, en los técnicos, en los predicadores. Esas personas dicen: «Voy a apartarme de todo esto, me convertiré en un monje solitario con una escudilla de limosnero»; eso es lo que hacen en la India. O, no sabiendo qué hacer, voy a la deriva, continúo día tras día con lo mismo, no me preocupa. O si necesito encontrar una salida, me fuerzo a mí mismo o me uno a un grupo que supone estar muy adelantado. ¿Es eso lo que van a hacer todos ustedes?

Si yo tuviera aquí a una hija o un hijo, ése sería mi interés como padre. Estaría tremendamente interesado. Y Brockwood se interesa; esto es extraordinariamente importante. Todos ustedes

pueden ir a colegios y universidades, obtener títulos y empleos, pero eso es demasiado simple. O sea, es una salida que tampoco resuelve nada. Por lo tanto, si yo tuviera aquí a un hijo o una hija, preguntaría cómo va a educárseles en el campo donde por sí mismos no sienten interés y donde otros no saben cómo ayudarlos a comprender ese campo inmenso que ha sido tan descuidado.

Por consiguiente, le diría a la hija o al hijo: «Mira, escucha todo esto, escucha todo el ruido que tiene lugar en el mundo. No tomes partido, no saltes a ningún tipo de conclusiones; simplemente escucha. No digas que un ruido es mejor que otro ruido; son todos ruidos, de modo que primero escucha. Y escucha también tu propio ruido, tus charlas, tus deseos: "Quiero ser esto y no quiero ser aquello", y descubre qué significa escuchar. Descúbrelo, no aceptes lo que te digan. Discútelo conmigo y averigua primero qué significa eso. Averigua qué significa pensar, por qué piensas, cuál es el trasfondo de tu pensar. Obsérvate a ti mismo, pero no te vuelvas egocéntrico en ese observar. Interésate tremendamente, cuando observas, en vigilar el agrandamiento de tu propio yo». En esa observación propia, existe un peligro enorme de egocentrismo.

Si yo fuera un padre, estaría inmensamente interesado en el problema, en la cuestión de cómo educar a la gente en este campo donde no existe una verdadera comprensión o ayuda. Discutiría para averiguar cómo piensan ustedes, por qué piensan y qué es lo que piensan. No a fin de cambiarlo, no para reprimirlo o para superarlo, sino para averiguar *por qué* piensan. ¡Cuestiónenlo! No sé si han notado que la mayoría de los libros, toda la estructura social, religiosa, moral y ética, las relaciones humanas, todo, se basa en el pensar: «Esto está bien, esto está mal, esto debería ser, esto no debe ser»... todo basado en la estructura del pensamiento. Quiero averiguar si ése es el modo de vivir, basándolo todo en el pensamiento, en lo que me agrada y en lo que no me agrada, en lo que deseo hacer y en lo que no deseo hacer.

Brockwood Park, 24 de junio de 1971

¿CUÁL ES LA RELACIÓN ENTRE LA ENSEÑANZA DE KRISHNAMURTI Y LA VERDAD?

I

Interlocutor 1: ¿Podemos discutir la relación entre la enseñanza de Krishnamurti y la verdad?

Interlocutor 2: ¿Existe una cosa como la enseñanza, o sólo existe la verdad?

Krishnamurti: ¿Es ella la expresión de la verdad? Hay dos cosas involucradas: o el que habla lo hace desde el silencio de la verdad, o habla desde el ruido de una ilusión.

I.: Eso es lo que hace la mayoría de la gente.

K.: ¿Qué es, entonces lo que *él* está haciendo?

I.: Podría haber una confusión entre la palabra y la verdad.

K.: No, la palabra no es la verdad. Por eso dijimos que, o bien está él hablando desde el silencio de la verdad, o lo hace desde el ruido de la ilusión.

I.: Pero debido a que uno siente que él habla desde el silencio de la verdad, existe una posibilidad mayor de que la palabra sea tomada como la verdad.

K.: No, vayamos despacio porque esto es interesante. ¿Quién es el que va a juzgar, quién va a ver la verdad de esta cuestión? ¿El oyente, el lector? Usted, que conoce las escrituras indias, el budismo, los Upanishads, que está familiarizado con casi todos los contenidos de eso, ¿es capaz de juzgar? ¿Cómo lo averiguaremos? Usted le escucha hablar acerca de estas cosas y se pregunta si él está hablando realmente desde este extraordinario silencio de la verdad, o si lo hace como una reacción y desde una infancia condicionada, etc. En otras palabras, o él habla desde su condicionamiento o lo hace desde «lo otro». ¿Cómo lo descubrirá usted? ¿Cómo abordará este problema?

I.: ¿Puedo yo descubrir si lo que en mí responde a esa enseñanza es mi propio ruido interno?

K.: Por eso se lo estoy preguntando. ¿Cuál es el criterio, la medida que aplica para poder decir: «Sí, es eso»? ¿O dice usted: «No sé»? Le estoy preguntando qué hace. ¿O usted no sabe pero examina, investiga, no si él habla desde el silencio o desde el condicionamiento, sino que observa la verdad de lo que él dice? Yo quisiera saber si él está hablando desde esto o desde aquello. Pero como no lo sé, voy a escuchar lo que él dice y a descubrir si es verdadero.

I.: ¿Pero qué es aquello que lo ve como verdadero?

K.: Digamos que uno es bastante sensible a las cosas. Uno escucha a este hombre y quiere descubrir si lo que él dice son meras palabras o la verdad.

I.: Cuando he llegado a la conclusión de que eso es la verdad, ya no estoy escuchando.

K.: No, no lo sé. Toda mi vida está relacionada con este problema; no es cosa de unos cuantos años o unos cuantos días. Necesito saber la verdad de esta cuestión. ¿Está él hablando desde la experiencia, desde el conocimiento, o desde ninguna de estas cosas? La mayoría de la gente habla desde el conocimiento, por eso formulamos esa pregunta.

No sé cómo lo averiguaría usted. Le diré lo que haría yo. Dejaría a un lado completamente su personalidad, su influencia,

todo eso, porque no quiero ser influido; soy escéptico, dudo. Por lo tanto, soy muy cuidadoso. Lo escucho y no digo: «Yo sé», sino que soy escéptico. Quiero descubrir.

I.: Escéptico significa que uno está inclinado a dudar de ello, lo cual ya es un prejuicio...

K.: ¡Oh no! Soy escéptico en el sentido de que no acepto todo lo que se dice.

I.: Pero se inclina hacia la duda. Eso es negación.

K.: Oh, no. Yo usaría más bien la palabra *duda* en el sentido de cuestionar. Pongámoslo de este modo: Me pregunto: «¿Estoy cuestionando desde mi prejuicio?». Esta pregunta jamás me ha sido planteada antes, la estoy explorando. Yo dejaría a un lado todo lo demás, toda la reputación personal, el atractivo que pudiera ejercer, la apariencia. No voy a aceptar ni a rechazar; escucharé para descubrir. ¿Tengo prejuicios? ¿Lo escucho con todo el conocimiento que he reunido acerca de la religión, de lo que han dicho los libros, otras personas, o de lo que me dice mi propia experiencia?

I.: No. Puedo estar escuchándolo precisamente porque he desechado todo eso.

K.: ¿Lo he desechado? ¿O lo escucho con todo eso? Si he desechado eso, entonces escucho muy cuidadosamente lo que él tiene que decir.

I.: ¿O escucho con todo lo que ya sé acerca de él?

K.: Dije que he desechado su reputación. ¿Lo escucho con el conocimiento que he adquirido de los libros, de la experiencia y, por lo tanto, estoy comparando, juzgando, evaluando? Entonces no puedo descubrir si lo que él dice es la verdad. Pero ¿es posible para mí dejar a un lado todo eso? Estoy apasionadamente interesado en descubrir. De modo que por ahora, al menos mientras estoy escuchando, descartaré todo lo que he conocido. Entonces prosigo. Quiero saber, pero no voy a ser persuadido fácilmente, no van a empujarme hacia algo mediante argumentos, ingenio, lógica. ¿Soy capaz, entonces, de prestar atención a lo que él dice, de escucharlo con un abandono completo del pasado? Se

llega a eso. ¿Lo hace usted? Entonces mi relación con él es por completo diferente. Entonces estoy escuchando desde el silencio.

Ésta es realmente una cuestión muy interesante. He contestado por mí mismo. Hay una docena de nosotros aquí; ¿cómo responderían ustedes a eso? ¿Cómo saben que aquello de que él habla es la verdad?

I.: Yo no me ocuparía de esa palabra *verdad*. Cuando uno usa la palabra *verdad*, está indicando que tiene la capacidad de juzgar lo que es verdadero, o que ya tiene una definición de la verdad, o que sabe qué es la verdad, y eso significa que no estará escuchando lo que alguien dice.

K.: ¿No quiere usted saber si lo que él dice es una falsedad que proviene de una mente condicionada, de un rechazo y, por lo tanto, de una reacción?

I. 1: Yo me doy cuenta de que para escuchar a alguien, no puedo hacerlo con una mente condicionada.

I. 2: Otra pregunta que se suscita es: Si yo descarto todo este conocimiento y escucho en silencio, ¿está la verdad en ese silencio?

K.: No lo sé. Ésa es una de las cosas que tengo que descubrir. ¿Cómo contestaría usted esta pregunta?

I.: Pienso que, en primer lugar, uno puede ser sensible a lo que es falso. En otras palabras, puede ver si hay algo falso, incoherente.

K.: La lógica puede ser muy falsa.

I.: Sí, no me refiero precisamente a la lógica, sino que uno puede ser sensible a la totalidad de la comunicación para ver si hay algún engaño. Pienso que una de las preguntas implicadas aquí es: ¿Está usted engañándose a sí mismo?

K.: Perdóneme por preguntar nuevamente, pero ¿cómo saben ustedes que él está expresando la verdad? ¿O se engaña a sí mismo y está atrapado en una ilusión que le hace sentir que expresa la verdad? ¿Qué responden?

I.: Uno ha de examinar eso; no puede aceptarlo sin una profunda investigación.

K.: Pero uno puede engañarse terriblemente a sí mismo.

I.: Uno atraviesa las capas de todos esos engaños y va más allá.

K.: Si yo fuera un extraño, podría decir: Usted ha escuchado a este hombre por mucho tiempo; ¿cómo sabe que está expresando la verdad? ¿Cómo sabe cosa alguna al respecto?

I.: Yo podría afirmar que he prestado atención a lo que usted decía, y cada vez he sido capaz de examinarlo, para ver si era correcto. No he encontrado nada que fuera contradictorio.

K.: No. La pregunta fue: ¿Cómo descubre usted la verdad? No acerca de la contradicción, la lógica y todo eso. ¿Es suficiente la propia sensibilidad, la propia investigación, el propio ahondar en ello?

I.: Lo es si uno recorre todo el camino, si pasa por todas las posibles formas de autoengaño, y entonces llega a un punto donde puede decir que, en los momentos en que está escuchando, siente que dentro de uno ocurre un cambio; puede que no sea una revolución total, pero hay un cambio.

K.: Eso puede suceder cuando usted sale a dar un paseo, y está tranquilo y mira las montañas; cuando regresa a su casa han ocurrido ciertas cosas. ¿Entiende lo que digo?

I.: Sí. Nosotros escuchamos a personas que hablan desde el conocimiento, y le escuchamos a usted, y ahí hay algo que es por completo diferente.

K.: ¿Ha respondido usted a la pregunta?

I.: Alguien me escribió preguntándome si yo estaba de acuerdo con todo lo que Krishnamurti decía: «¿Acaso no le dijo que uno debe dudar de todo cuanto él sostiene?». La única manera en que pude contestarle fue: «Mire, para mí ello es evidente por sí mismo».

K.: Puede ser evidente para usted y, no obstante, ser una ilusión. Esto es algo tan peligroso, tan delicado...

I.: Creo que para el pensamiento no es posible de ningún modo estar seguro acerca de esto. Es típico del pensamiento el querer estar seguro de que no se engaña a sí mismo, de que aque-

llo que escucha es la verdad. El pensamiento nunca dejará de hacerse esa pregunta, y es correcto que no deje de preguntárselo, pero el pensamiento no puede alcanzar la verdad, no puede conocer nada al respecto.

K.: El doctor Bohm y yo tuvimos una discusión de esta clase, aunque en una forma distinta. Si recuerdo correctamente, dijimos: ¿Existe un silencio que no sea la palabra, que no sea algo imaginado o inducido? ¿Existe un silencio semejante, y es posible hablar desde ese silencio?

I.: La pregunta fue si las palabras provienen de la percepción, del silencio, o si surgen de la memoria.

K.: Sí.

I.: La pregunta es si las palabras que se emplean están comunicando algo de manera directa y si proceden o no del vacío, del silencio.

K.: Ésa es la verdadera pregunta.

I.: Como acostumbramos decir, igual que el tambor, que vibra al vacío interno.

K.: Sí. ¿Está usted satisfecho con esta respuesta, con los que otros han dicho?

I.: No.

K.: Entonces, ¿cómo lo descubre?

I.: Las palabras mismas que usted emplea niegan la posibilidad de estar satisfecho y de operar con ello intelectualmente. Es algo que no tiene nada que ver con esas cosas.

K.: Mire, supongamos que yo le tengo afecto y confío en usted. Porque confío en usted y usted en mí, cualquier cosa que me diga no será una mentira y sé que usted no me engañará bajo ninguna circunstancia. No me dirá nada que no sea verdadero para usted.

I.: Yo podría hacer algo a causa de mi ignorancia.

K.: Pero digamos que usted confía en mí y yo confío en usted. Hay una relación de fe, confianza, afecto, amor; tal como un hombre y una mujer cuando se casan; ellos confían el uno en el otro. Ahora bien, ¿es eso posible aquí? Porque, como ella lo señala, yo puedo engañarme a mí mismo con lógica, con razona-

miento, con todas estas cosas. Millones de personas lo han hecho. También puedo ver el peligro de amar el sacerdote; él puede causar estragos en mí.

I.: Si uno siente afecto por alguien, proyecta en esa persona toda clase de ilusiones.

I.: Yo pienso que la confianza, la investigación, la lógica, y todo eso, acompañan al amor.

K.: Eso también es algo muy peligroso.

I.: ¿No hay algún modo de evitar el peligro?

K.: Yo no quiero estar preso en una ilusión.

I.: ¿Podemos decir, entonces, que la verdad se halla en el silencio del cual surge la enseñanza?

K.: ¡Pero yo quiero saber cómo adviene el silencio! Podría inventarlo. Podría haber trabajado durante años para tener una mente silenciosa, condicionándola, manteniéndola en una jaula, pero luego decir: «Magnífico, estoy en silencio». Existe ese peligro. La lógica es un peligro, como lo es el pensamiento. Por lo tanto, veo los peligros que me rodean. Estoy atrapado en todos estos peligros y quiero descubrir si lo que el hombre está diciendo es la verdad.

I.: ¿Estamos diciendo que la percepción debe ser pura y hallarse en el reino del silencio –el verdadero reino del silencio, no una fantasía– a fin de que uno pueda siquiera aproximarse a esta cuestión?

K.: El doctor Bohm es un científico, un físico; tiene un pensar claro, lógico. Supongamos que alguien acude a él y le pregunta: «Lo que Krishnamurti dice, ¿es la verdad?». ¿Cómo va él a responder?

I.: ¿No tiene que ir el doctor Bohm, o cualquiera, más allá de las limitaciones de la lógica?

K.: Alguien viene a él y pregunta: «Dígamelo, yo realmente quiero saberlo por usted, dígame, por favor, si lo que ese hombre expresa es la verdad».

I.: ¿Pero entonces usted dice que usemos el instrumento de la lógica para descubrir?

K.: No. Yo estoy muy interesado por haber oído a tantas personas ilógicas y negligentes decir que él expresa la verdad. Pero acudo a un pensador serio, cauto en el uso de las palabras, y le pido: «Por favor, dígame si él está expresando la verdad, si no encubre algo falso». ¿Cómo va él a contestarme?

I.: El otro día, cuando esa persona dijo que usted podía estar preso en una rutina y usted consideró eso, ¿qué ocurrió, entonces?

K.: Consideré eso de varios modos diferentes, y no creo estar preso en una rutina; no obstante, podría estarlo. Así que después de examinarlo muy cuidadosamente, lo dejé. Algo ocurre cuando, después de examinar un hecho, lo dejamos tranquilo; interviene en ello algo nuevo.

Ahora yo le pido a usted: por favor, dígame si ese hombre está expresando la verdad.

I.: Para mí, ésa es una realidad. No puedo comunicársela a usted. Esto es lo que he descubierto, y usted tiene que descubrirlo por sí mismo. Tiene que examinarlo en su propia mente.

K.: Pero usted podría estar engañándome.

I.: Eso es todo cuanto puedo decir. Realmente, no puedo comunicarlo.

K.: Usted puede estar engañándose a sí mismo.

I.: Me parece que me gustaría saber adónde apunta él con la respuesta a esta pregunta. ¿Es una cuestión de ciencia? ¿De lógica? ¿Se trata de su propia inteligeneia? Quisiera saber desde qué base va él a contestarme.

K.: Como ser humano, desde lo más recóndito de su corazón, ¿cómo sabe usted que él está expresando la verdad? Yo necesito sentirlo. Objeto la lógica y todo eso. He pasado por ello anteriormente. Por lo tanto, si todo eso no es el camino, ¿cuál es, entonces?

I.: Hay personas que son muy ingeniosas y que hablan de cosas bastante similares; han captado esto muy bien intelectualmente y dicen que hablan desde la verdad.

K.: Sí, ahora ellos repiten en la India: «Usted es el mundo». ¡Es el lema más reciente!

I.: A fin de comunicar eso, tengo que hablar desde el silencio al que usted se refería.

K.: No, por favor, sea sencillo conmigo. Yo quiero saber si Krishnamurti expresa la verdad. El doctor Bohm ha conocido a Krishnamurti durante varios años. Él tiene una mente bien adiestrada, de modo que acudo a él y se lo pregunto.

I.: Todo cuanto él puede contestar es: «Yo conozco a este hombre, y así es como él influye sobre mí. Él ha cambiado mi vida». Y puede ser que, súbitamente, una nota resuene en el otro.

K.: No. ¡Yo necesito saberlo de muy buena fuente!

I.: Pero usted dijo que necesitaba pruebas.

K.: No dije eso. Ésta es una cuestión muy seria, no es un asunto meramente dramático o intelectual. Esto es algo extraordinario.

I.: ¿Puede uno obtener alguna vez una respuesta? ¿O esa persona está planteando desde el principio una pregunta falsa?

K.: ¿Lo está haciendo?

I.: Yo podría responder que cuando nosotros discutíamos estas cosas, ello ocurría desde el vacío, y que yo lo sentía como una percepción directa.

K.: Sí. La percepción directa, ¿no tiene relación alguna con la lógica?

I.: No proviene de la lógica.

K.: Pero usted es lógico a pesar de todo.

I.: Eso puede venir después, no en ese instante.

K.: Por lo tanto, usted me está diciendo: he descubierto que ese hombre está expresando la verdad porque tuve una percepción directa, un discernimiento en lo que él dice.

I.: Sí.

K.: Ahora seamos cuidadosos, porque yo he oído decir exactamente la misma cosa a un discípulo de cierto gurú.

I.: Yo también he oído a un gurú decir esto, pero un poco más tarde, al considerarlo lógicamente, vi que la cosa no tenía sentido. Cuando examiné el hecho y la lógica, vi que no encajaban. Yo diría, pues, que sumado a la percepción directa, siempre he examinado esto lógicamente.

K.: Usted dice, entonces, que la percepción no lo ha cegado, y que esa percepción es acompañada también por la lógica.

I.: Sí, la lógica y el hecho.

K.: En consecuencia, primero la percepción, después la lógica. No primero la lógica y después la percepción.

I.: Sí. Así es como siempre tiene que ser.

K.: De modo que, gracias a la percepción y después con la lógica, usted ve que ésa es la verdad. ¿No han hecho esto los devotos cristianos?

I.: La lógica no basta, porque también tenemos que ver cómo se comporta la gente, de hecho. Yo veo que los cristianos dicen ciertas cosas, pero cuando consideramos la totalidad de lo que hacen, ello no concuerda.

K.: ¿No hay un peligro terrible en esto?

I.: Estoy seguro de que lo hay.

K.: Usted sostiene, entonces, que uno debe moverse en medio del peligro.

I.: Sí.

K.: Ahora comienzo a entender lo que está diciendo. Uno ha de moverse en un campo pleno de peligros, lleno de serpientes y trampas.

I.: Lo cual significa que uno ha de estar tremendamente despierto.

K.: De modo que hablando con él he aprendido que esto es algo muy peligroso. Él ha dicho que usted puede comprender si Krishnamurti está expresando la verdad, cuando se halla realmente preparado para moverse en un campo repleto de trampas. ¿Es eso correcto?

I.: Sí.

K.: Es un campo minado, es caminar sobre el filo de la navaja. ¿Están ustedes preparados para hacer eso? Todo el ser de uno dice: «Quiero estar seguro».

I.: Ése es el único modo de hacer cualquier cosa.

K.: Yo he aprendido a estar alerta ante los peligros que me rodean, y también a enfrentarme al peligro todo el tiempo y, por

ende, a no tener seguridad. El interlocutor podría decir: «Esto es demasiado», ¡y marcharse! Quiero, pues, llegar a esto. ¿Puede la mente, que durante siglos ha sido condicionada para sentirse segura, abandonar esa seguridad y decir: «Me moveré en medio del peligro»? Es lo que estamos diciendo. Ello es lógico, pero en cierto sentido es ilógico.

I.: En principio, ése es el modo en que trabaja toda la ciencia.

K.: Sí, es verdad. Eso significa también que no he de confiar en nadie, en ningún gurú, en ningún profeta. Confío en mi esposa porque ella me quiere y yo la quiero, pero eso no viene al caso.

I.: La palabra *peligro* también tiene que ser explicada. Desde cierto punto de vista ello es peligroso, y desde otro no lo es. Tengo que investigar. Mi condicionamiento es muy peligroso, y desde otro no lo es. Tengo que investigar. Mi condicionamiento es muy peligroso.

K.: Estamos diciendo, pues: «Me he movido en medio del peligro y he descubierto la lógica de este peligro. Gracias a la percepción del peligro, he dado con la verdad de lo que Krishnamurti está expresando. Y en esto no hay seguridad, no hay certidumbre, mientras que todos los otros me ofrecen certidumbre».

I.: La seguridad llega a ser el máximo peligro.

K.: Por supuesto.

I.: Lo que usted ha descrito es realmente el enfoque científico. Los hombres de ciencia sostienen que toda enunciación debe correr el peligro de ser falsa; lo han expresado de ese modo.

K.: Eso es perfectamente cierto. He aprendido muchísimo. ¿Y usted? Un hombre viene de Seattle o Sheffield o Birmingham y se le dice: «He descubierto que lo que él expresa es la verdad, porque he tenido una percepción y esa percepción se mantiene lógicamente». Eso es razonable. Y en esa percepción veo que por donde camino está lleno de trampas, de peligros. En consecuencia, tengo que estar tremendamente alerta. El peligro existe cuando no hay seguridad. Y los gurúes, los sacerdotes, todos ellos ofrecen seguridad. Viendo lo ilógico de eso, también acepto esto que es ilógico.

I.: Yo no estoy seguro de que uno debe llamarlo ilógico. No es ilógico, sino que es el modo como la lógica tiene que operar.

K.: Por supuesto. ¿Estamos diciendo que la percepción directa, el discernimiento y el modo en que operan, requieren una gran lógica, una gran capacidad de pensar claramente? Pero la capacidad de pensar claramente no originará discernimiento.

I.: Pero si la lógica no genera percepción, ¿qué es lo que hace exactamente?

K.: Ejercita, agudiza la mente. Pero eso, por cierto, no habría de producir un discernimiento.

I.: No es a través de la mente que adviene la percepción.

K.: Todo eso depende de lo que usted entiende por mente. La lógica hace que la mente sea aguda, clara, objetiva y cuerda. Pero eso no le dará a usted lo otro. Su pregunta es: ¿Cómo ocurre lo otro?

I. 1: No. Ésa no fue mi pregunta. La lógica aclara la mente, ¿pero es la mente el instrumento de percepción?

I. 2: Sí, eso es lo que dijimos, que aclara la mente de su confusión, de sus desechos.

I. 1: Los desechos pueden formarse si uno carece de lógica.

K.: Uno podría permanecer con los desechos si no tiene lógica.

I.: Si la percepción es una percepción real y, por ende, es la verdad, ¿por qué necesita, entonces, la disciplina de la lógica para ser examinada?

K.: Dijimos que la percepción opera lógicamente. No necesita de la lógica. Cualquier cosa que haga es razonable, lógiea, cuerda, objetiva.

I.: Es lógica sin el propósito de hacer que lo sea.

K.: Así es.

I.: Es como decir que si uno ve correctamente lo que hay en esta habitación, no encontrará nada ilógico en lo que ve.

K.: Muy bien. La percepción, ¿mantendrá fuera todo el tiempo la confusión, los desechos, de modo tal que la mente jamás los acumule y no tenga que estar despejándolos constantemente? Es ésa su pregunta, ¿verdad?

I.: Yo pienso que la percepción puede alcanzar esa etapa en que mantiene continuamente despejado el campo. Digo que puede alcanzar esa etapa en cierto momento.

K.: En cierto momento tengo una percepción. Pero durante el intervalo entre las percepciones, hay un montón de desechos que se acumulan. Nos preguntamos si la percepción puede ser constante, de modo que no haya acumulación de desechos. Expóngaselo de otro modo: Una sola percepción, ¿conserva claro el campo?

I.: ¿Puede uno establecer una diferencia entre discernimiento y percepción?

K.: No lo separe todavía. Tome esas dos palabras como sinónimos. Lo que preguntamos es: La percepción, ¿ocurre de vez en cuando, a intervalos? Durante esos intervalos se junta una gran cantidad de desechos; por lo tanto, el campo debe ser barrido nuevamente. ¿O la percepción en sí misma origina una claridad tremenda en la que no hay desechos?

I.: ¿Dice usted que una vez que la percepción ocurre, estará ahí para siempre?

K.: A eso estoy tratando de llegar. No use las palabras *continua, nunca más*. Aténgase a la pregunta: una vez que ha tenido lugar la percepción, ¿puede la mente acumular más confusión, más desechos? Cuando esa percepción se empaña con los desechos, sólo entonces, comienza el proceso de liberarse de ellos. Pero si hay percepción, ¿por qué debería haber acopio, acumulación de desechos?

Ojai, California, 22 de marzo de 1977

2

Krishnamurti: Estuvimos preguntándonos cómo puede uno saber si lo que Krishnamurti expresa es verdadero. Él podría estar preso en su propio condicionamiento, en sus ilusiones, y sa-

biéndolo y no siendo capaz de liberarse de ello, podría haber reunido una serie de observaciones, de palabras, llamándolas la verdad. ¿Cómo saben ustedes si lo que él expresa es real, veraz y perdurable?

El doctor Bohm dijo que cuando uno tiene un discernimiento, una percepción directa en lo que se está diciendo, no hay dudas de que ello es la verdad. Teniendo ese discernimiento, uno puede desarrollarlo lógicamente para demostrar que la percepción es verdadera. Pero, ¿es esa percepción algo fugaz, para ser tenido sólo a intervalos y, por lo tanto, permite que se junte una cantidad de desechos, esas cosas que bloquean la percepción? ¿O una sola percepción es suficiente? ¿Abre ella la puerta de modo que haya discernimiento todo el tiempo?

Interlocutor: ¿Significa eso que uno jamás tendría ninguna confusión?

K.: Sí, a ese punto llegamos. Uno tiene una percepción, un discernimiento, y ese discernimiento tiene su propia capacidad de lógica, razonamiento y acción. Esa acción es completa, porque la percepción es completa por el momento. Una acción ulterior, ¿confundirá la percepción? ¿O, habiendo percepción, no hay más confusiones?

I.: Creo que habíamos dicho que en esto existe un peligro. Si uno afirma: «Mi acción es siempre correcta...»

K.: ¡Oh, eso es peligroso!

I.: También dijimos que la lógica tiene su peligro. Uno podría creer que tiene un discernimiento cuando no lo tiene.

K.: Supongamos que tengo la capacidad de resolver lógicamente ese discernimiento y luego actúo y digo: Ésa es una acción perfecta, completa. Algunas personas que leyeron el Gita, actúan de acuerdo con él y llaman a eso discernimiento. La acción de esas personas se ajusta al patrón de lo que han leído. Ellas dicen que esta acción es completa. Ha oído a muchos afirmar esto, como lo hacen los católicos y protestantes, que están completamente sumergidos en la Biblia. De modo que pisamos un terreno muy peligroso y, por lo tanto, estamos intensamente alerta a ello.

I.: Usted dijo también que la mente trata de encontrar seguridad en todo esto.

K.: La mente siempre ha estado buscando seguridad y, cuando esa seguridad es amenazada, intenta encontrarla en el discernimiento, en la percepción directa.

I.: Es la ilusión de discernimiento.

K.: Sí, pero la mente convierte el discernimiento en seguridad. La próxima pregunta es: ¿Tiene que haber interrupciones constantes de la percepción? O sea, un día vemos muy claramente, tenemos una percepción directa; luego eso se desvanece y hay confusión. Después, otra vez hay percepción y una acción, seguida de confusión, y así sucesivamente. ¿Es así? ¿O después de estos profundos discernimientos ya no hay confusión?

I.: ¿Estamos diciendo que esta percepción es total?

K.: Sí. Si la percepción es completa, total, entonces nunca más hay confusión. O uno puede engañarse a sí mismo creyendo que es total y actuar a base de ese engaño, lo cual engendra confusión.

I.: También existe un posible peligro de que uno tenga una percepción genuina, un discernimiento, de que no se esté engañando a sí mismo, y que de ello surja cierta acción. Pero entonces uno podría caer en el error de convertir esa acción –la que fuere– en una fórmula, y así dejar de tener el discernimiento. Digamos que gracias a un discernimiento que fue real, surgió cierta acción. Uno piensa entonces que ése es el modo en que las cosas debieran ser.

K.: Eso es lo que generalmente sucede.

I.: Pero, ¿no se corrompe la percepción cuando de la acción deducimos meramente una pauta, en vez de proseguir mirando? Es como ser capaz de mirar realmente algo, por ejemplo, mirar por la ventana y ver alguna cosa. Pero después uno no vuelve a mirar fuera otra vez y piensa que todo sigue siendo como era. Ello puede haber cambiado totalmente. La percepción comienza por ser genuina, pero uno no prosigue mirando, no sostiene el discernimiento.

K.: Sí. Los científicos pueden tener un discernimiento en algún campo especializado, y ese discernimiento es puesto dentro de una categoría científica no relacionada con la vida de ellos. Pero nosotros nos referimos a una percepción que no se halla solamente en el campo donde actúa, sino también en la vida cotidiana.

I.: Como algo total, y entonces hay una continuidad de la percepción.

K.: Sí.

I.: Pero pienso que todavía no hemos investigado la cuestión del peligro. Usted habló de un hombre que un día vino a verle y dijo que usted podría estar fijo en un hábito.

K.: Sí, atrapado en una rutina.

I.: Usted no respondió inmediatamente: «Sé que no lo estoy, porque he tenido un discernimiento perfecto».

K.: ¡Ah, eso sería mortal!

I.: Antes bien, dijo que lo examinó durante varios días.

K.: Por supuesto.

I.: Estoy tratando de averiguar qué es lo que queremos decir. Tal vez estamos diciendo que *puede* haber un discernimiento que nunca vuelva a caer en la confusión. Pero no decimos que *hay* un discernimiento así.

K.: Sí, correcto. Ahora bien, ¿diría usted que cuando hay una percepción completa –no una percepción ilusoria– ya no hay más confusión?

I.: Parece razonable decir eso.

K.: Significa que, día tras día, no hay confusión en absoluto.

I.: Entonces, ¿por qué sintió usted necesidad de examinar esa pregunta?

K.: Porque puedo engañarme a mí mismo. Por lo tanto, es un terreno peligroso y debo estar alerta, debo vigilarlo.

I.: ¿Estamos viendo ahora como un discernimiento, que cuando hay un discernimiento de esa clase, ya no se produce más confusión? Pero, así y todo, podemos engañarnos a nosotros mismos.

K.: Sí. Por consiguiente, debemos estar alerta.

I.: ¿Quiere usted decir que después de un verdadero discernimiento, uno podría volver a engañarse?

K.: No. Usted tiene un discernimiento profundo, completo, total. Viene alguien y le dice: «Vea, usted está engañándose a sí mismo». ¿Le contesta instantáneamente: «No, no me engaño a mí mismo, porque mi percepción fue completa»? ¿O escucha y lo considera nuevamente? Eso no significa que está negando la percepción completa; la observa de nuevo para ver si es real o ilusoria.

I.: ¿Eso no es necesariamente un proceso intelectual?

K.: No, no. Yo diría que es ambas cosas; es tanto intelectual como no verbal.

I.: ¿Es la percepción algo que está siempre ahí, y es sólo que nosotros...?

K.: Eso nos lleva a un terreno peligroso. Los hindúes dicen que Dios está siempre ahí dentro de nosotros; el alma, el *atman*, la profunda y perdurable divinidad que se halla encubierta, y que si eliminamos la confusión, los desechos, la descubrimos en nuestro interior. La mayoría de la gente cree en eso. Pienso que se trata de una conclusión. Uno infiere que existe algo divino dentro, un alma, el atman, o como prefiera usted llamarlo. Y a partir de una conclusión es imposible tener una percepción completa, total.

I.: Pero esto nos conduce a otro problema, porque si negamos eso, ¿qué es lo que le hace a uno salirse de la corriente? ¿Significa que el salirse de la corriente es sólo para ciertos individuos?

K.: Cuando usted dice «ciertos individuos», creo que está formulando la pregunta equivocada, ¿no es así?

I.: No. Si la posibilidad existe para todos...

K.: Sí, la posibilidad existe para los seres humanos.

I.: ¿Para la totalidad?

K.: Para los seres humanos.

I.: Entonces hay cierta energía que...

K.: ... que está fuera de ellos o dentro de ellos.

I.: Sí. No lo sabemos.

K.: Por lo tanto, no arribemos a ninguna conclusión. Sí, a partir de una conclusión, usted piensa que percibe, entonces esa percepción está condicionada y, por consiguiente, no es total.

I.: ¿Significa eso que no habría posibilidad alguna de ahondar la percepción?

K.: Usted no puede ahondar el discernimiento, no puede ahondar la percepción. Uno percibe lo total; eso es todo.

I.: ¿Qué quiso usted decir, entonces, al afirmar que existe esta mente en la que uno puede profundizar más y más todo el tiempo?

K.: Eso es otra cosa.

I.: ¿Está usted diciendo que la percepción, si es parcial, no es percepción?

K.: Por supuesto, está claro que no lo es.

I.: Usted mencionó el estado de vigilancia posterior a la percepción.

K.: Lo que sucedió fue que un hombre vino a mí y dijo: «Usted está envejeciendo, está atascado en una rutina». Y yo presté atención a eso. Reflexioné al respecto por un par de días. Lo consideré y me dije: «Puede ser que tenga razón».

I.: Usted casi está sugiriendo que eso podría ser posible.

K.: No, yo necesitaba examinarlo. No digamos que podría o que no podría.

I.: ¿No podría ocurrir, en ciertos niveles, que después de una percepción uno quedara de nuevo preso en el hábito?

K.: Hay percepción parcial y percepción total; dividámoslo de ese modo. Cuando hay percepción total, no existe más confusión.

I.: ¿No queda uno preso en el hábito?

K.: No hay más confusión. Porque así es como ocurre.

I.: ¿Qué pasa si al cerebro le sucede algo físicamente?

K.: Entonces está perdido, por supuesto.

I.: Parece haber, pues, una limitación para lo que usted dice, porque uno supone que el cerebro permanece siempre sano.

K.: Desde luego, se supone que todo el organismo está sano. Si hay un accidente y su cerebro sufre una concusión y algo se lesiona, entonces se acabó.

I.: El mayor peligro es que podríamos confundir una percepción parcial con la total.

K.: Tenemos que investigar a fondo este problema de la percepción. ¿Qué es la percepción? ¿Cómo llega uno a ella? Eso es muy importante, ¿verdad? Usted no puede tener percepción si su vida diaria es confusa, contradictoria, desordenada. Eso es evidente.

I.: Esa percepción, ¿no implica que hay una renovación constante?

K.: No. ¿Esa energía es externa o interna? La señora formula esa pregunta todo el tiempo.

I.: ¿No es una división artificial la de lo externo y lo interno? ¿Es algo real o sólo se trata de una ilusión?

K.: Ella dijo que esta percepción requiere energía. Esa energía podría ser una energía externa, mecánica, o una energía no mecánica que quizás exista profundamente dentro de uno. Ambos son conceptos mentales. ¿Estaría usted de acuerdo con eso? Ambas son conclusiones que, o bien hemos aceptado porque la tradición así lo ha dicho, o hemos llegado a esa conclusión por nosotros mismos. Cualquier forma de conclusión es nociva para la percepción. ¿Puedo tener percepción si estoy apagado a mi posición social, a mi esposa, a mi propiedad?

I.: Ello colorea el acto de percibir.

K.: Sí, pero tomemos a los científicos. Ellos tienen sus familias, sus apegos, anhelan una posición, dinero, y todas esas cosas, pero poseen discernimiento.

I.: Ese discernimiento no es total.

K.: ¿Estamos diciendo, entonces, que la percepción total sólo puede ocurrir cuando en nuestra vida cotidiana no hay confusión?

I.: ¿Podemos considerar eso más detenidamente? ¿No sería posible que una percepción total ocurriera a pesar de la confusión y la eliminara?

K.: Yo puedo ver que si las ventanas no están limpias mi visión es confusa.

I.: ¿Significaría eso que hay un discernimiento condicionado?

K.: Si estoy atemorizado, mi percepción será muy parcial. Eso es un hecho.

I.: Pero ¿no necesita uno de la percepción para terminar con el miedo?

K.: Ah, pero al investigar el miedo tengo una percepción total del miedo.

I.: Indudablemente, si hay miedo o apego, incluso nuestra lógica estaría distorsionada.

K.: Uno tiene miedo; como dijimos, eso deforma la percepción. Pero al investigar, al examinar el miedo, al comprenderlo profundamente, al ahondar en él, tengo una percepción.

I.: ¿Da usted a entender que hay ciertas cosas que uno puede hacer, las que contribuirán a que haya percepciones? Eso significa que, aun cuando uno tenga miedo y éste distorsione, la distorsión no es tan total como para que no podamos investigarla. ¿Existe todavía esa posibilidad aunque uno esté deformando las cosas a causa del miedo?

K.: Yo me doy cuenta de que estoy deformando la percepción a causa del miedo.

I.: Eso es verdad; entonces comienzo a mirar el miedo.

K.: Lo investigo, lo examino.

I.: Al principio, también lo estoy distorsionando.

K.: Por lo tanto, vigilo cada distorsión. Estoy alerta a cada distorsión que se produce.

I.: Pero vea, pienso que ahí está la dificultad. ¿Cómo puedo investigar si estoy distorsionado?

K.: Espere, sólo escuche. Tengo miedo y veo que el miedo me ha inducido a hacer algo que implica una distorsión.

I.: Pero antes de que yo pueda ver eso, el miedo tiene que desvanecerse.

K.: No, estoy observando el miedo.

I.: Pero no puedo observar el miedo si tengo miedo.

K.: Tome un hecho: usted tiene miedo. Está consciente de ello. Eso significa que llega a percibir el hecho de que hay miedo. Y también observa lo que ese miedo ha ocasionado. ¿Está claro?

I.: Sí.

K.: Y lo examina más y más. Al investigarlo muy profundamente, tiene un discernimiento.

I.: Quizá tenga un discernimiento.

K.: No, usted tendrá un discernimiento, lo cual es muy diferente.

I.: Lo que usted dice es que esta confusión debida al miedo no es completa, que para la humanidad siempre está abierta la posibilidad del discernimiento.

K.: Para aquél que investiga, que observa.

I.: Si uno trata de investigar alguna otra cosa mientras tiene miedo, se extravía en el miedo. Pero sigue abierta para uno la posibilidad de investigar el miedo.

K.: Sí, totalmente cierto, Uno sufre y ve lo que eso hace. Al observarlo, al investigarlo, al descubrirlo, en el acto mismo de descubrirlo uno tiene cierto discernimiento. Eso es todo cuanto estamos diciendo. Ese discernimiento puede ser parcial. Por lo tanto, uno tiene que darse cuenta de que es parcial. Su acción es parcial y puede parecer completa, así que uno la vigila.

I.: Muy a menudo parece que fuera totalmente imposible tener un discernimiento, puesto que usted dice: «Si están distorsionando, ¿cómo mirarán?». Pero también dice que, en realidad, cuando ocurre una distorsión, la única cosa que podemos mirar es la distorsión.

K.: Correcto.

I.: Que, de hecho, uno tiene esa capacidad.

K.: Tiene esa capacidad.

I.: Puede mirar eso. El miedo que crea distorsión puede ser mirado; en consecuencia, uno no puede decir que no es posible ninguna clase de percepción.

K.: Es así, exactamente. Porque si dice eso, usted ha cerrado la puerta.

I.: ¿Podría uno afirmar que el miedo es capaz de mirarse a sí mismo?

K.: No, no. Uno tiene miedo. Al mirar ese miedo –sin tener un discernimiento, sólo observándolo–, uno ve lo que el miedo ocasiona, cuál es su acción.

I.: Usted entiende por mirar, darse cuenta del miedo.

K.: Sin opción alguna; darse cuenta, estar alerta. Y uno ve los efectos del miedo. Al mirarlo más extensamente, de manera más amplia y profunda, de pronto surge un discernimiento en toda la estructura del miedo.

I.: Sin embargo, en ese momento de miedo, yo soy el miedo.

K.: Lo que importa es cómo observa uno el miedo; si lo observa como un observador, o si el observador es eso. Uno percibe que el observador es lo observado, y en esta acción hay distorsiones, confusión. Y uno examina esa confusión, que nace del miedo, y en el proceso mismo de examinar, surge un discernimiento. Hágalo y lo verá, si es que no se pone límites a sí mismo. Al decir: «Tengo demasiado miedo, no puedo mirar», está escapando del miedo.

I.: Para simplificarlo, quizá demasiado: tal como dijimos que uno no puede ver a través de la ventana porque está sucia y deforma, esa acción de examinar el miedo –el factor de distorsión–, corresponde al acto de limpiar la ventana.

K.: El hecho real es el modo como uno observa, como investiga. O sea, la percepción puede tener lugar sólo cuando no hay división entre el observador y lo observado; puede ocurrir sólo en el acto mismo de explorar. El explorar implica que no hay división entre el observador y lo observado. Por lo tanto, uno vigila el movimiento del miedo y, en el mismo acto de vigilarlo, hay un discernimiento. Creo que eso está claro.

Sin embargo, ya lo ve, Krishnamurti dice: «Yo jamás he hecho esto».

I.: ¿Jamás ha pasado por todo esto? ¿Cómo sabe, entonces, que algún otro puede hacerlo?

K.: De eso se trata, justamente. Discutámoslo. Suponga que usted no ha pasado por todo esto, sino que lo ve instantáneamen-

te. Debido a que lo ve instantáneamente, su capacidad de razonar explica todo esto. Otro escucha y dice: «Me gustaría lograrlo, no tengo que pasar por todo ese proceso».

I.: ¿Está usted diciendo que todo cuanto hemos discutido hasta ahora es tan solo un indicador para alguna otra cosa? ¿Que no tenemos que pasar por todo ello?

K.: Sí. A eso quiero llegar.

I.: En otras palabras, ¿ayuda eso a despejar de algún modo el terreno?

K.: Sí.

I.: No es en realidad el punto fundamental.

K.: No.

I.: ¿Está diciendo que existe un atajo?

K.: No, un atajo no. ¿Debe usted pasar por el miedo, los celos, la ansiedad, el apego? ¿O puede uno desembarazarse instantáneamente de toda la cosa? ¿Tiene que pasar por todo este proceso?

I.: Usted dijo antes que jamás ha hecho esto. Y que por tener esa percepción total e instantánea, es capaz de ver lo que deben hacer aquellos que tienen las ventanas sucias, a fin de limpiarlas. Pero que no es necesario; existe, quizás, una manera directa, inmediata, para quienes carecen...

K.: No. Primero planteemos la cuestión y veamos qué surge de ello. El doctor Bohm le dice a Krishnamurti: «Usted probablemente no ha pasado por todo esto. Debido a que tiene un discernimiento directo, total, puede argumentar con razón, con lógica; puede actuar. Siempre está hablando desde esa percepción total. Por lo tanto, lo que usted dice, nunca puede estar distorsionado». Y otra persona escucha esto y dice: «Yo tengo miedo, soy celoso, soy esto y aquello y, en consecuencia, no puedo tener una percepción total». Entonces esa persona observa el apego, o el miedo, o los celos, y tiene un discernimiento.

Por medio de la investigación, de la percepción alerta y el descubrimiento de que el observador es lo observado y de que no hay división entre ambos, ¿es posible, en el propio proceso de la investigación –en el que estamos observando sin el observador y

vemos la totalidad de ello–, liberar todo lo demás? Pienso que ése es el único modo de hacerlo.

I.: ¿Es posible no tener ciertos temores, celos, apegos? ¿Podría eso formar parte de nuestro condicionamiento si fuéramos educados en cierta forma, o asistiéramos a determinada escuela?

K.: Pero pueden existir capas más profundas. Usted puede no estar del todo consciente de ellas, puede no darse cuenta de los temores más ocultos, etc. Tal vez diga: «Superficialmente estoy muy bien, no tengo ninguna de estas cosas».

I.: Pero si uno asistiera a determinada escuela, y recibiera la clase de educación que podría impartirse en una escuela así, ¿despejaría ello el camino hacia esa posibilidad?

K.: Obviamente. Pero lo que nos estamos preguntando es si uno debe pasar por todo este proceso.

I.: ¿No podríamos eliminar del problema el aspecto personal? Estamos considerando el camino que se abre a la humanidad, antes que a algún individuo en particular.

K.: Sí. ¿Está ello abierto para cualquier ser humano sin que tenga que pasar por todo este proceso?

I.: Por «este proceso», ¿quiere usted decir lo que está involucrando en el miedo?

K.: En el miedo, el dolor, los celos, el apego... ¿Debe usted pasar por todo eso, paso a paso, o un ser humano puede ver toda la cosa de una mirada? Y esa mirada misma, ¿es la investigación y la percepción completa, total?

I.: Eso es lo que usted quiere dar a entender cuando dice que el primer paso es el último.

K.: Sí, la percepción total.

I.: ¿Cuál sería, entonces, la responsabilidad de uno hacia alguien que sufre?

K.: La respuesta a ese ser humano es la respuesta de la compasión. Eso es todo. Ninguna otra cosa.

I.: Si uno ve, por ejemplo, a un pájaro lastimado, es muy fácil habérselas con eso, ya que en realidad no requiere mucho de uno.

Pero cuando entramos en contacto con un ser humano, éste tiene una serie de necesidades mucho más complejas.

K.: ¿Qué es lo que en realidad puede usted hacer? Viene alguien y le dice: «Sufro intensamente». ¿Le habla usted desde la compasión? ¿Desde una conclusión? ¿O le habla desde su propia experiencia particular acerca del sufrimiento, la cual le ha condicionado? ¿Responde usted conforme a su condicionamiento? Un hindú, que se halla condicionado de cierta manera, dice: «Querido amigo mío, lo siento tanto, pero en la próxima vida vivirás mejor. Sufriste por haber hecho esto y aquello», etc. O un cristiano le respondería desde alguna otra conclusión. Y el que sufre encuentra consuelo en eso, porque necesita alguna clase de confortación, alguien en cuyo regazo puede reclinar la cabeza. Por lo tanto, lo que él busca es consuelo y un modo de evitar este terrible dolor. ¿Le ofrecerá usted alguno de esos escapes? Lo que habrá de ayudarle es cualquier cosa que surja de la compasión.

I.: ¿Dice usted que, en cuanto atañe al dolor, uno no puede ayudar directamente a nadie, pero que la energía de la compasión puede ser en sí misma una ayuda?

K.: Correcto; eso es todo.

I.: Pero muchos espíritus así heridos vendrán aquí, y pienso que va a ser un problema saber cómo tratar con ellos.

K.: No hay problema si uno es compasivo. La compasión no crea problemas, no tiene problemas.

I.: ¿Está usted diciendo que la compasión total es la más alta forma de inteligencia?

K.: Por supuesto. Si hay compasión, esa compasión tiene su propia inteligencia y esa inteligencia actúa. Pero si uno no tiene compasión ni inteligencia, entonces su condicionamiento es el que dicta la respuesta conforme a lo que el otro desea, sea ello lo que fuere. Creo que es bastante simple.

Volvamos a la otra pregunta: ¿Debe un ser humano pasar por todo el proceso? ¿Ningún ser humano ha dicho: «No pasaré por todo esto; rehúso absolutamente pasar por todo esto»?

I.: ¿Pero sobre qué base rehúsa uno? No tendría sentido negarse a hacer lo que es necesario.

K.: Desde luego. Vea, somos criaturas del hábito. Mi padre está condicionado, generaciones tras generaciones están condicionadas y yo estoy condicionado. Y acepto eso, me adapto a eso y funciono con eso. Pero si digo: «No funcionaré jamás con mis respuestas condicionadas», algo distinto puede ocurrir. Entonces, si me doy cuenta de que soy un burgués, no deseo volverme un aristócrata o un militante; me niego a ser un burgués, lo cual no quiere decir que me convierta en un revolucionario o me una a Marx o Lenín; para mí, esos son todos burgueses. Entonces ocurre algo. Descarto la cosa en su totalidad. Vea, un ser humano nunca dice: «Descartaré toda la cosa». Quiero investigar eso.

I.: ¿Da usted a entender que ni siquiera es necesario decir: «Voy a librarme de toda la cosa»?

K.: Por supuesto. Entiendo que decir: «Yo no seré un burgués», son meras palabras.

I.: Pero la clave hacia esto, ¿no radica en alguna parte del deseo? Existe cierta clase de deseo de continuidad, de seguridad.

K.: Eso es cierto. Lo burgués implica continuidad, seguridad; implica pertenecer a algo, carencia de buen gusto, vulgaridad... todo eso.

I.: Pero Krishnaji, si usted afirma que Krishnamurti jamás dijo esto, que jamás tuvo necesidad de decirlo, entonces tenemos que llegar a la conclusión de que usted es una especie de fenómeno.

K.: No. No. Usted podrá decir que él es un fenómeno, pero eso no contesta la pregunta. Krishnamurti dice: «Yo no he tocado todo esto». Alguien pregunta: «¿Por qué tengo que pasar por todo esto?». No diga que Krishnamurti es un fenómeno; pregúntese cómo es que ello ocurre.

I.: Al decir: «Yo no seré un burgués», uno lo está descubriendo en sí mismo.

K.: No, no. Eso es un asunto diferente. Si alguien le dice: «Yo nunca he pasado por todo esto», ¿qué es lo que hace usted? ¿Dice que él es un fenómeno? ¿O diría: «¡Qué extraordinario! ¿Estará

diciendo la verdad? ¿Se ha engañado a sí mismo?». Usted lo discute con él. Entonces su pregunta es: «¿Cómo ocurre ello?». Usted es un ser humano, él es un ser humano; usted quiere descubrir.

I.: Uno se pregunta en qué sentido somos diferentes. Él es un ser humano que jamás ha pasado por todo eso y, sin embargo, nos lo señala a nosotros.

K.: No, él nunca ha pasado por eso. No diga que lo señala. Formúlese la pregunta: «¿Cómo es que ello ocurre; debo pasar por todo esto?». ¿Se formula esa pregunta?

I.: Usted está considerando dos cosas muy separadas entre sí. Una es la persona incontaminada que jamás ha tenido que pasar por el proceso, porque nunca ha estado en apuros.

K.: Olvidemos por qué él no pasó por ello.

I.: Pero casi todas las demás personas, aparentemente, se hallan en alguna forma de...

K.: Condicionamiento...

I.: ... en alguna forma de contaminación, que puede ser el miedo o alguna otra cosa. Por lo tanto, la persona que ya tiene esta enfermedad –llamémoslo así–, dice: «Este hombre nunca ha estado enfermo un solo día en su vida». ¿De qué sirve examinar eso, si uno ya está de alguna manera enfermo?

I.: La pregunta es: ¿Cómo puede un ser humano, que de algún modo se halla enfermo, salirse de ello directamente sin pasar por una interminable exploración de sí mismo?

K.: ¿Podemos exponer toda la cosa de una manera diferente? ¿Buscan ustedes la excelencia? No la excelencia en una casa, por ejemplo, sino la esencia de lo excelente. ¿O buscan la excelencia en una dirección determinada y nunca la esencia de ello? Como artista, busco excelencia en mi pintura, y quedo atrapado en eso. Un científico queda atrapado en alguna otra cosa. Pero si un ser humano corriente, no un especialista sino un ser humano de inteligencia promedio, que no toma drogas, que no fuma, un ser humano decente buscara la esencia de lo excelente, ¿ocurriría esto? La esencia se enfrentaría a todo esto. Me pregunto si estoy comunicando algo.

I.: Esa esencia, ¿existe aparte de esta manifestación?

K.: Primero escuche atentamente. No objete ni rechace diciendo: «si...», «pero...». Esa misma demanda interna de excelencia, el modo como usted la exige, trae consigo la esencia de ella. Usted la exige apasionadamente. Exige la más elevada forma de inteligencia, la excelencia suprema, la esencia de ello, y cuando aparece el miedo, usted...

I.: ¿De dónde procede esa exigencia?

K.: ¡Exíjala! No pregunte de dónde procede la exigencia. Puede que haya un motivo, pero la exigencia misma barre con todo eso. No sé si estoy comunicando algo.

I.: Usted dice que exijamos esta excelencia que nosotros no conocemos.

K.: No sé qué hay más allá de eso, pero necesito la excelencia en lo moral.

I.: ¿Implica ello bondad?

K.: Yo exijo la excelencia de la bondad, exijo la excelente flor de la bondad. En ese exigir mismo, hay un requerimiento de la esencia.

I.: La percepción, ¿surge de esta exigencia?

K.: Sí, correcto.

I.: ¿Podría usted investigar esto que llama «exigencia»?

K.: No es una exigencia que implique pedir, implorar, anhelar. Elimine todas esas cosas.

I.: ¿No significa nada de eso?

K.: No, no.

I.: Pero entonces estamos de vuelta en la plegaria.

K.: Oh, no. Excluya todo eso.

I.: ¿Usted realmente está diciendo que lo imposible es posible para el ser humano con un nivel promedio de inteligencia?

K.: Eso estamos diciendo, sí, lo cual no es una conclusión, no es una esperanza. Digo que ello es posible para el ser humano corriente que sea lo bastante puro, lo bastante decente, lo bastante bueno; es decir, que no sea un burgués.

I.: Tradicionalmente, estamos condicionados para creer que existen personas especiales con un contenido no consciente de la

conciencia; de modo que resulta muy difícil para alguien como yo sentir que uno puede realmente estar libre por completo de esas cosas.

K.: Vea, usted no ha escuchado. K. le dice: «Por favor, escuche primero, no introduzca todas esas objeciones. Simplemente escuche lo que se está diciendo. O sea, lo importante en la vida es la excelencia suprema, la cual tiene su propia esencia». Eso es todo. Y exigir eso no significa suplicar o rogar, obtener algo para alguien.

I.: La dificultad radica en que confundimos exigencia con deseo.

K.: Por supuesto.

I.: No tiene que haber creencias.

K.: Ni creencia, ni deseo.

I.: Vea, cuando las personas sienten que quieren renunciar al deseo, existe el peligro de renunciar también a esta exigencia interna.

K.: ¿Cómo podemos expresarlo...? Encontremos una palabra apropiada para ello. ¿Lo sería la palabra *pasión*? Hay pasión por esto, pasión por la excelencia.

I.: ¿Implica eso que esta pasión carece de objetivo?

K.: Vea cómo forma usted instantáneamente una conclusión. Hablo de una pasión *ardiente*, no *por* algo. Los comunistas son apasionados con respecto a sus ideas. Esa pasión es muy, muy pequeña y limitada. Los cristianos se apasionan por su labor misionera; tal pasión nace del amor a Jesús. Eso tampoco es pasión, es algo muy restringido. Descartando todo eso, yo digo: «¡Pasión!».

I.: Como usted acaba de decir, la gente ha tenido cierta visión, o un sueño de algo, y eso ha desarrollado una gran energía. Pero usted sostiene que esto no es un sueño, no es una visión; sin embargo, implica alguna percepción de esta excelencia.

K.: Todas esas pasiones alimentan el ego, el «yo», me tornan importante, consciente o inconscientemente. Estamos eliminando todo eso. Hay un joven que tiene pasión por madurar para convertirse en un ser humano extraordinario, en algo original.

I.: Él ve que eso es posible.

K.: Sí.

I.: En consecuencia, tiene la pasión.

K.: Sí, correcto. Eso es posible. ¿Es esa pasión lo que falta en la mayoría de los seres humanos? No pasión, sino el fluir de... No sé cómo expresarlo. Esta pasión existe en un ser humano que exige la suprema excelencia, no en lo que él escribe en sus libros, sino el *sentir* de ello. Usted conoce esto, ¿verdad? Es algo que puede hacer añicos todo lo demás. Por otra parte, ese ser humano no lo exigió. Él dice: «Jamás lo he pedido siquiera».

I.: Quizás ello se deba al condicionamiento. Nosotros estamos condicionados para la mediocridad, para no exigir esta excelencia. Eso es lo que usted entiende por mediocridad.

K.: Sí, por supuesto. Mediocridad es la falta de esa gran pasión –no por Jesús o por Marx o por lo que fuere.

I.: Nosotros no sólo estamos condicionados para la mediocridad, sino para la dirección, de modo que la exigencia siempre ha de estar dirigida a algo.

K.: La exigencia es una dirección, correcto.

I.: Se trata de una exigencia sin dirección alguna.

K.: Correcto. Me gusta la palabra *exigencia*, porque significa un reto.

I.: Una exigencia sin dirección alguna, ¿no implica que se encuentra fuera del tiempo?

K.: Desde luego. No exige dirección ni tiempo ni persona alguna. Entonces, ¿es el discernimiento total el que trae consigo esta pasión? El discernimiento total *es* la pasión.

I.: No pueden separarse.

K.: El discernimiento total es la llama de la pasión que borra cualquier confusión posible. Ella quema todo lo demás. ¿No actúa usted, entonces, como un imán? Las abejas se dirigen hacia el néctar. Del mismo modo, ¿no actúa usted como un imán cuando tiene la pasión de crear? ¿Es que carecemos de este fuego? Quizá sea eso lo que nos está faltando. Si algo así me faltara, yo lo exigiría.

I. 1: ¿Podríamos hablar acerca de la relación entre la mente condicionada y la no condicionada, y si sólo es posible requerir cosas pequeñas, o si de algún modo podemos saltar por encima de eso hacia algo más grande?

I. 2: Cualquier requerimiento que provenga del «yo», que tenga una dirección, es la cosa pequeña.

K.: Completamente de acuerdo.

I.: Tenemos que requerir lo ilimitado, lo incondicionado.

K.: Lo que ella pregunta es qué relación hay entre lo condicionado y lo incondicionado. Y también, cuál es la relación entre dos seres humanos cuando uno no está condicionado y el otro sí. No hay relación alguna.

I.: ¿Cómo puede usted decir que no hay relación alguna entre el ser humano incondicionado y el condicionado?

K.: No hay relación del condicionado hacia el incondicionado. Pero el ser humano incondicionado se relaciona con el otro.

I.: Pero desde el punto de vista lógico, uno podría preguntar si hay una diferencia esencial entre el incondicionado y el condicionado. Porque si usted dice que la hay, entonces existe una dualidad.

K.: ¿Qué entiende usted por diferencia esencial?

I.: Digamos diferencia en la índole de ambos. Si existe una diferencia esencial entre el condicionamiento y el incondicionamiento, hay dualidad.

K.: Veo lo que quiere decir. *X* está condicionado, *Y* no está condicionado. *X* piensa desde el punto de vista de la dualidad; su condicionamiento mismo es dualidad. Pero la dualidad no tiene relación con *Y*; sin embargo, *Y* tiene relación con *X*.

I.: Porque no hay dualidad.

K.: Sí. Y no tiene dualidad; por lo tanto, hay una relación. Usted también formuló otra pregunta: en lo esencial, profundamente, ¿existe una diferencia? ¿No son ambos iguales?

I.: ¿Podría uno plantear la pregunta de otro modo? El condicionamiento, ¿es sólo superficial?

K.: No. Si formulamos la pregunta así, estamos perdidos.

I.: El mundo no podría ser incondicionado, ¿verdad?

K.: El mundo es el «yo» y el «yo» es el mundo.

I.: Ése es un hecho absoluto sólo para quien no está condicionado.

K.: Oh, no, absolutamente no. Sea cuidadosa, *es* así. Es un hecho evidente.

I.: ¿Quiere usted decir que sólo la persona no condicionada puede percibir eso?

K.: Lo estoy refutando. Digo que no es así, en absoluto.

I.: Lo digo en el sentido de que puedo afirmar: «Yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy», pero vuelvo a caer en una acción que contradice eso. Por lo tanto, para mí no es un hecho absoluto. Puede haber momentos en que la realidad de eso es vista por mí.

K.: Sí. ¿Da usted a entender que se dice a sí misma muy claramente: «Yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy»?

I.: Lo veo.

K.: Lo siento.

I.: Lo siento, sí.

K.: Y actúo de modo contrario a eso, o sea, actúo personalmente, egoistamente «yo», «lo mío». Ésa es una contradicción con respecto al hecho de que uno es el mundo y el mundo es uno mismo. Una persona puede afirmar esto meramente como una conclusión, o un sentimiento pasajero.

I.: No es una conclusión intelectual, porque estoy exponiendo mi situación, pero acepto que para usted la situación es por completo diferente.

K.: No, usted ni siquiera tiene que aceptar eso. Vea el hecho de que cuando uno dice: «Yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy», no hay un «yo». Pero la casa de uno debe ser asegurada. Puede que uno tenga hijos, que deba ganarse la vida. Pero no hay «yo». Vea la importancia de eso. Durante todo el tiempo no hay «yo». Uno funciona, pero no existe un «yo» que esté buscando una posición más alta y todas esas cosas. Aunque uno esté casado, no hay apego, uno no depende de su cónyuge. Las apariencias pue-

den dar la impresión de que el «yo» está operando, pero para una persona que siente: «Yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy», para ese ser humano, no hay «yo». Para usted, que lo mira, sí existe. Ese ser humano vive en este mundo, debe tener alimento, ropa, vivienda, un trabajo, transporte, todo eso; sin embargo, no hay un «yo».

Por consiguiente, cuando uno es el mundo y el mundo es uno mismo, no hay «yo», ¿Puede ese estado, esa cualidad, operar en todas direcciones? Cuando usted dice: «Yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy», y no hay un «yo», no hay condicionamiento. Entonces uno no formula la pregunta: en ese estado incondicionado, ¿existe lo condicionado? Cuando un ser humano siente que él es el mundo y que el mundo es él, no existe el «yo».

I.: Por lo tanto, tampoco existe la otra persona. No hay un «tú».

K.: No hay «yo», no hay «tú». Cuando usted pregunta si lo condicionado existe en este estado, está formulando una pregunta equivocada. Eso es lo que quiero dar a entender. Por que cuando no hay «yo», no hay «tú».

I.: La pregunta es: ¿Cómo ve esa persona la clase de confusión que surge en torno del «yo» y el «tú»? Ella ve lo que ocurre en el mundo, que la gente está por lo general confundida con respecto a esto.

K.: Yo existo; está el «tú» y está el «yo». Y usted también piensa lo mismo. De ese modo mantenemos perpetuamente esta división. Pero cuando usted y yo realmente nos damos cuenta, cuando tenemos un discernimiento profundo en el hecho de que «uno es el mundo y el mundo es uno mismo», no hay «yo».

I.: No hay «yo» ni «tú». «No» significa «todo».

K.: El mundo en que vivimos, todo.

I.: Entonces no se suscita la pregunta acerca de si existe una diferencia entre esto y aquello, entre lo incondicionado y lo condicionado, porque no hay tal «entre».

K.: Sí, es cierto. En ese estado, que no incluye el estado de condicionamiento, no hay «tú», no hay «yo». ¿Es demasiado abstracto esto?

I.: ¿Por qué tiene usted que decir primero: «Yo soy el mundo», y después negar esto?

K.: Porque ello es una realidad.

I.: Pero entonces uno da a entender que el «yo» está todavía ahí, si dice: «Yo soy el mundo».

K.: Ésa es tan sólo una enunciación. Es un hecho real el de que yo soy el mundo.

I.: Cualquier cosa que uno entienda por la palabra *yo*, también la entiende por la palabra *mundo.*

K.: Sí.

I.: Entonces no necesitamos esas dos palabras.

K.: Sí, «tú» y «yo»; elimine eso.

I.: Sólo existe el todo.

K.: No, esto es muy peligroso. Si usted dice: «Yo soy todo»...

I.: Trato de descubrir qué entiende usted por «el mundo».

K.: Si uno dice: «Yo soy todo», entonces el homicida, el asesino, forma parte de mí.

I.: Supongamos que en vez de eso digo: «Yo soy el mundo», ¿cambia eso algo?

K. (riendo): Muy bien. Veo el hecho real de que yo soy el resultado del mundo. El mundo implica matanza, guerras, toda la sociedad. Yo soy el resultado de eso.

I.: Y veo que todos son el resultado de eso.

K.: Sí. Estoy diciendo que el resultado es el «yo» y el «tú».

I.: Y esa separación.

K.: Cuando digo: «Yo soy el mundo», estoy diciendo todo eso.

I.: Usted quiere decir que uno es generado por el mundo, que está identificado con todo.

K.: Sí. Yo soy el producto del mundo.

I.: El mundo es la esencia de lo que yo soy.

K.: Sí. Yo soy la esencia del mundo; es la misma cosa. Cuando existe una profunda percepción de eso, no verbal ni emocional ni intelectual ni romántica, sino profunda, no hay «tú» ni «yo». Pienso que eso se sostiene lógicamente. Pero hay un pe-

ligro. Si digo: «El mundo soy yo, yo soy todo», lo aceptaré todo.

I.: Usted afirma realmente que uno es el producto de toda la sociedad.

K.: Sí.

I.: Pero que también es la esencia de toda la sociedad.

K.: Sí. En realidad, soy el resultado esencial de todo esto.

I.: ¿Ayudaría en algo usar la palabra *ego*?

K.: Es la misma cosa, no tiene importancia. Vea, cuando usted dice «yo» o «ego», existe una posibilidad de engañarse creyendo que el «yo» es la esencia misma de Dios. Ustedes saben acerca de esa superstición.

I.: El *atman*.

K.: Sí.

I.: Pero aún hay otra pregunta. La mente incondicionada, ¿es también producto de todo esto? Entonces nos topamos con una contradicción.

K.: No, no hay tal contradicción. Sin usar la palabra *yo*, podría decirse que el resultado del mundo es *esto*. El resultado del mundo es también *eso*. Somos dos seres humanos, lo cual implica que el resultado ha dado origen al «yo» y al «tú». Cuando hay un discernimiento en el resultado, no hay «resultado».

I.: El resultado cambia y se desvanece cuando le vemos.

K.: Eso significa que el resultado no existe. Por lo tanto, no existen el «tú» y el «yo». Eso es un hecho real para un hombre que dice: «Yo no soy el resultado». ¿Ve usted lo que eso significa? En la mente no hay causalidad; al no haber causa, no hay efecto. Por lo tanto, ella es total, y en cualquier acción nacida de esa mente es una acción sin causa y sin efecto.

I.: Usted tiene que aclarar eso, en el sentido de que sigue usando los términos *causa* y *efecto* en relación con las cosas ordinarias, mecánicas.

K.: De acuerdo. Este ser humano, «X», es un resultado; «Y» es un resultado. «X» dice «yo», e «Y» dice «yo»; por lo tanto, existen el «tú» y el «yo». «X» dice: «Veo esto» y lo investiga, lo

examina, y tiene un discernimiento directo. En ese discernimiento cesan los dos resultados. Por consiguiente, en ese estado no hay causa.

I.: No hay causa y no hay efecto, aunque pueda quedar un residuo en la mente.

K.: Investiguémoslo. En ese estado no hay resultado alguno, no hay causa ni efecto. La mente actúa desde la compasión. En consecuencia, su acción no es un resultado.

I.: Pero en cierto sentido parece como si hubiera un resultado.

K.: Pero en la compasión no hay resultados. «A» está sufriendo y le dice a «X»: «Por favor, ayúdeme a librarme de mi sufrimiento». Si «X» realmente tiene compasión, sus palabras no implican un resultado.

I.: Algo ocurre, pero no es un resultado.

K.: Exacto.

I.: Sin embargo, pienso que por lo general la gente busca un resultado.

K.: Sí. Expresémoslo de otro modo. ¿Produce la compasión un resultado? Cuando hay resultado, hay causa. Cuando la compasión tiene una causa, uno ya no es más compasivo.

I.: Pero la compasión también actúa.

K.: La compasión es compasión, no actúa. Si actúa porque hay una causa y un efecto, entonces eso no es compasión: desea un resultado.

I.: Simplemente, actúa.

K.: Desea un resultado.

I.: Lo que le hace desear un resultado es la idea de separación. Alguien dice: «Hay una persona que está sufriendo; me gustaría producir el resultado de que no sufra». Pero eso se basa en la idea de que hay un «yo» y un «él».

K.: Así es.

I.: No hay «yo» ni «él». No hay espacio, no hay lugar alguno donde producir ese resultado.

K.: ¡Esto es algo extraordinario! Uno tiene que considerarlo muy, muy cuidadosamente. Mire: «Yo soy el mundo y el mundo

es lo que yo soy». Cuando digo «yo», existe el «tú»; ambos estamos ahí, yo y usted. El «tú» y el «yo» son los resultados de la desdicha humana, el egocentrismo, etc. Cuando uno investiga el resultado, cuando lo examina muy, muy profundamente, el discernimiento origina una cualidad en la que el «tú» y el «yo» –que son el resultado– no existen. Es fácil estar de acuerdo con esto verbalmente, pero cuando uno lo ve en profundidad, no hay «tú» y no hay «yo». Por lo tanto, no hay resultado. Y eso implica compasión. La persona sobre la cual esa compasión opera, desea un resultado. Nosotros decimos: «Lo siento, no hay resultado». Pero el hombre que sufre, dice: «Ayúdeme a salir de esto», o «Ayúdeme a recobrar a mi hijo, a mi esposa». Él exige un resultado. Esta cosa no produce un resultado. El resultado es el mundo.

I.: La compasión, ¿afecta la conciencia humana?

K.: Sí. Afecta las capas profundas de la conciencia. El «yo» es el resultado del mundo; el «tú» es el resultado del mundo. Y para el hombre que ve esto a fondo, con un discernimiento profundo, no hay «tú» ni «yo». Por consiguiente, ese discernimiento profundo es compasión, la cual es inteligencia. Y la inteligencia dice: Si tú anhelas un resultado, yo no puedo dártelo, yo no soy el producto de un resultado. La compasión dice: Este estado no es un resultado; en consecuencia, no hay causa.

I.: ¿Significa eso que tampoco hay tiempo?

K.: Ni causa, ni resultado, ni tiempo.

Ojai, California, 24 de marzo de 1977

PARTE IV:

USTED ES EL MUNDO

En las últimas dos décadas de su vida, Krishnamurti continuó dividiendo su tiempo entre la India, Europa y los EE.UU., ofreciendo pláticas públicas, sosteniendo diálogos con pequeños grupos y encuentros individuales. Un aspecto sumamente importante de este período fueron las reuniones de Saanen, Suiza. Realizadas a lo largo de veinticinco años consecutivos, constituyeron quizás el foco internacional más poderoso de su actividad.

Por más de sesenta años, la vida de Krishnamurti fue siempre pública; excepto durante breves períodos de enfermedad y de retiro para descansar, sus pláticas y encuentros continuaron hasta su muerte en Ojai, California, en febrero de 1986. En todo ese tiempo, el mensaje de sus pláticas fue, en esencia, lo que había sido en los primeros años: La verdad es una tierra sin caminos; cada uno de nosotros representa a toda la humanidad, y uno necesita ser luz para sí mismo, estar libre de toda autoridad. Al comunicar estas enseñanzas, Krishnamurti exploraba los temas constantes del pensamiento, del tiempo, del sufrimiento, la muerte, el espacio, el silencio y lo sagrado. En estas pláticas, y también en los escritos, aludió –a veces casi con renuencia porque ello podría convertirse en estímulo o escape para los demás– a la fuente interna de la labor de su vida.

Krishnamurti utilizó un lenguaje religioso extremadamente apropiado para el siglo XX. *Variando desde lo poético a los minuciosamente preciso, este lenguaje transmite matices y percepciones para las cuales el anteriormente aceptado lenguaje«místico» era a menudo inadecuado. Desde el comienzo hasta el fin de su vida, sus pláticas –notables en sus alcances y su universalidad– fueron siempre un proceso de exploración conjunta.*

Cuando Mary Lutyens, una de las biógrafas de Krishnamurti, le pidió que comunicara la esencia de su mensaje, él lo hizo, y este resumen de una página titulado La esencia de la enseñanza *de Krishnamurti, inicia la parte final del libro. Es seguida por selecciones de pláticas públicas que ofreció en Ojai, California; Saanen, Suiza; Brockwood Park, Inglaterra; Nueva Delhi, India, y Washington, D.C.*

Esta parte del libro expresa la obra perteneciente a la parte final de su larga vida. Los temas son, en su más pura esencia, lo que han sido desde el principio; hay, sin embargo, una evolución en los medios expresivos, lo cual corrobora la importancia y significación de las enseñanzas de Krishnamurti, tanto para hoy como para siempre.

LA ESENCIA DE LA ENSEÑANZA DE KRISHNAMURTI

La esencia de la enseñanza de Krishnamurti se halla contenida en la declaración que hizo en 1929, cuando dijo: «La Verdad es una Tierra sin Caminos». El hombre no puede llegar a ella a través de ninguna organización, de ningún credo, de ningún dogma, sacerdote o ritual, ni a través de algún conocimiento filosófico o alguna técnica psicológica. Ha de encontrarla gracias al espejo de la relación, a la comprensión de los contenidos de su propia mente, mediante la observación y no mediante el análisis intelectual o la disección introspectiva. El hombre ha desarrollado dentro de sí mismo imágenes que le dan un sentimiento de seguridad: imágenes religiosas, políticas, personales. Se manifiestan como símbolos, ideas, creencias. La carga de estas imágenes mentales domina el pensar, las relaciones y la vida cotidiana del ser humano. Son la causa de nuestros problemas, porque separan al hombre del hombre en todas las relaciones. Su percepción de la vida se halla moldeada por los conceptos ya establecidos en su mente. El contenido de su conciencia *es* esta conciencia. Este contenido es común a toda la humanidad. La individualidad es el nombre, la forma y la cultura superficial que el hombre recibe de su entorno. La singularidad del individuo no radica en lo superfi-

cial sino en la total libertad con respecto al contenido de la conciencia.

La libertad no es una reacción; la libertad no es una opción. El hombre supone que, al poder optar, es libre. La libertad es observación pura sin motivo; la libertad no se encuentra al final de la evolución humana, sino en el primer peldaño de su existencia. En la observación uno empieza a descubrir la falta de libertad. La libertad se encuentra en la percepción alerta y sin opciones de nuestra existencia cotidiana.

El pensamiento es tiempo. Nace de la experiencia, del conocimiento, que son inseparables del tiempo. El tiempo es el enemigo psicológico del hombre. Nuestra acción se basa en el conocimiento y, por ende, en el tiempo, y así el hombre es siempre un esclavo del pasado.

Cuando el hombre se dé cuenta del movimiento de su propia conciencia, verá la división entre el pensador y el pensamiento, entre el observador y lo observado, entre el experimentador y la experiencia, y descubrirá que esta división es ilusoria. Entonces existe únicamente la observación pura, que es discernimiento directo sin vestigio alguno del pasado. Este discernimiento intemporal origina un cambio radical y profundo en la mente.

La negación total es la esencia de lo positivo. Cuando hay negación de todas las cosas que no son amor –que son deseo, placer–, entonces surge el amor con su compasión e inteligencia.

Londres, 21 de octubre de 1980

ACCIÓN TOTAL SIN REMORDIMIENTOS

1

El pensamiento ha creado este mundo, el mundo de la política, de la economía, de los negocios, de la moralidad social y de todas las estructuras religiosas. Todos nuestros problemas, nuestro deseos de encontrar respuestas a los problemas, se hallan dentro de esa conciencia, dentro del campo creado por el pensamiento. De modo que el pensamiento intenta encontrar respuestas a la confusión que ha generado en nuestras relaciones personales, en nuestra relación con la comunidad. Incluso las meditaciones de ustedes, sus dioses, sus Cristos, sus Budas, son creaciones del pensamiento, el cual es materia y sólo puede funcionar en el campo del tiempo. Creemos que por medio del pensamiento, de la voluntad, de la ambición, del empuje y la agresión, o sustituyendo religiones viejas por religiones nuevas, podremos resolver todos los problemas que engendra la relaeión personal.

¿Puede la actividad del pensamiento dar una respuesta para todos los problemas? Si el pensamiento no la da, ¿que la dará, entonces?

¿Qué es la conciencia? ¿Qué es la operación del pensamiento? Todas las meditaciones de ustedes están dentro de esa área,

así como todas sus búsquedas de placer, el miedo, la codicia, la envidia, la brutalidad, la violencia. Y el pensamiento está siempre esforzándose por ir más allá de eso, afirmando la existencia de lo inefable, lo innominable, lo incognoscible. El contenido de la conciencia *es* la conciencia. Mi conciencia o la conciencia de otro, es su contenido. Si uno nació en la India, entonces todas las tradiciones, las supersticiones, los temores, los sufrimientos, las ansiedades, la violencia, los requerimientos sexuales, la agresión, las creencias, los dogmas, los credos de ese país, constituyen el contenido de su conciencia. Sin embargo, el contenido de la conciencia es extraordinariamente similar, ya sea que uno haya nacido en Oriente o en Occidente.

Consideren, si pueden hacerlo, su propia conciencia. Si se han educado en una cultura religiosa como cristianos, por una parte creen en salvadores, rituales, credos y dogmas, y por la otra aceptan la inmoralidad social, las guerras, las nacionalidades y sus divisiones que restringen la expansión económica y niegan toda consideración por otros. El contenido de nuestra conciencia es nuestra infelicidad personal, nuestras ambiciones, nuestros miedos, nuestra codicia, nuestra agresividad, nuestras exigencias psicológicas, nuestra soledad, nuestro dolor, nuestra falta de relación con el otro, el aislamiento, la frustración, la confusión, la desdicha. Ya sea que pertenezcamos a Oriente o a Occidente, todo eso es la conciencia –con variaciones, con alegrías, con más conocimientos o menos conocimientos–. Sin ese contenido, no existe la conciencia tal como la conocemos.

Toda nuestra educación se basa en la adquisición de más conocimiento, más información, pero funcionando siempre dentro de esta área. Cualquier reforma política basada en una nueva filosofía, es una invención que sigue estando dentro de esa área. Y así el hombre continúa sufriendo, desdichado, solitario, temeroso de la muerte y del vivir, esperando que algún gran líder venga y lo saque de su infortunio, un nuevo salvador, un nuevo político. En medio de esta confusión somos tan irresponsables que, desde nuestro propio desorden, vamos a producir tiranos, esperando que ellos gene-

ren orden dentro de esta misma área. Esto es lo que sucede fuera y dentro de nosotros. Cualquier líder que elijamos, será como nosotros; no elegiremos a un líder que sea completamente distinto de nosotros. Ése es el verdadero cuadro de nuestra vida: conflicto dentro y fuera, lucha, oposición mutua, egoísmo espantoso.

Cuando hay tanto dolor en el mundo, es necesario descubrir por uno mismo –mediante una investigación cuidadosa, lenta, paciente, vacilante–, si existe algún otro modo de resolver todos estos problemas, un modo distinto al de la actividad del pensamiento. ¿Hay una acción que no se base en el pensamiento? ¿Existe una inteligencia que no sea la función o el resultado del pensamiento, que no sea producida por el pensamiento, que no tenga su origen en la astucia, la fricción y la lucha, una inteligencia que sea algo por completo diferente de eso?

Para que podamos comunicarnos, tenemos que prestar atención, no sólo al que habla, sino a la acción misma de escuchar. ¿Cómo escuchamos? En realidad, ¿escuchamos siquiera alguna vez? ¿Está uno libre para escuchar, o siempre escucha con las ingeniosas o astutas operaciones del pensamiento, interpretando o prejuzgando? Uno debe escuchar, si está libre para hacerlo, el contenido de la propia conciencia, escuchar no sólo lo que se encuentra en la superficie, lo cual es bastante simple, sino que debe prestar atención a las capas más profundas. Eso implica escuchar la totalidad de la conciencia.

¿Cómo escucha y cómo considera uno su propia conciencia?

Quien les habla nació en cierto país donde absorbió, como brahmín, todos los prejuicios, las irracionalidades y las supersticiones, las creencias, las diferencias de clase. La mente joven absorbió allá la tradición, los rituales, la extraordinaria ortodoxia y la tremenda disciplina que ese grupo humano se imponía a sí mismo. Y más tarde se traslada a Occidente, y otra vez absorbe todo lo que hay allá. El contenido de su conciencia es lo que han puesto dentro de ella, lo que ha aprendido, lo que son sus pensamientos y sus propias emociones. Ése es el contenido de la conciencia de esta persona y de todos nosotros.

Dentro de esa área, uno contiene todos los problemas políticos, religiosos, personales y comunales. Todos los problemas están ahí. Y, no siendo capaz de resolverlos por sí mismo, acude a los libros, a otras personas, preguntando qué hacer, cómo meditar, cómo actuar en la relación con la esposa o con la novia o con los padres. ¿Debe uno creer en Jesús, en Buda, o en el nuevo gurú que viene con un montón de tonterías? Uno anda en busca de una nueva filosofía de vida, una nueva filosofía política, etc., todo dentro de esta área.

El hombre ha hecho esto desde tiempos inmemoriales, pero dentro de esa área no hay respuesta. Uno podrá meditar durante horas, sentarse en cierta postura, respirar de una manera especial, pero ello sigue estando dentro de esa área, porque uno desea obtener algo de su meditación.

Está, pues, este contenido de la conciencia: pensamiento torpe, estúpido, tradicional, reconociendo todas sus emociones –de otro modo, no son emociones–. Siempre está funcionando el pensamiento, que es la respuesta de la memoria, del conocimiento y la experiencia. Ahora bien, ¿puede la mente mirar eso? ¿Puede uno mirar cómo funciona el pensamiento?

Cuando uno mira, ¿quién es el observador que mira el contenido? ¿Es diferente del contenido? Ésta es una pregunta de veras muy importante de formularse, y para la cual debemos encontrar una respuesta. El observador, ¿es diferente del contenido y, por lo tanto, es capaz de cambiarlo e ir más allá? ¿O el observador es lo mismo que el contenido? Primero, miremos. Si el observador –el «yo» que mira– es diferente de lo observado, entonces hay una división entre el observador y lo observado y, por ende, hay conflicto: «No debo hacer esto; debo hacer aquello»; «debo librarme de mi prejuicio particular», y adopto un nuevo prejuicio; «debo librarme de mis antiguos dioses», y adopto dioses nuevos. Así pues, cuando existe una división entre el observador y lo observado, tiene que haber conflicto. Eso es un principio, es una ley. Entonces, ¿observo el contenido de mi conciencia como si fuera un observador externo mirándolo, cambiando las piezas

y moviéndolas hacia lugares diferentes? ¿O yo, el observador, el pensador, el experimentador, soy igual que lo observado, lo pensado, lo experimentado?

Si miro el contenido de mi conciencia como un extraño que lo observa, entonces tiene que haber conflicto entre lo observado y el observador. *Tiene* que haber conflicto, y en ese conflicto vivimos: el «yo» y el «no yo», «nosotros» y «ellos». Si «yo», el observador, soy diferente de la ira, entonces trato de controlarla, de reprimirla, dominarla, vencerla, y hay conflicto. Pero el observador, ¿es en modo alguno diferente? ¿O es en esencia igual que lo observado? Si es igual, no hay conflicto, ¿verdad? Comprender eso es inteligencia. Entonces actúa la inteligencia, no el conflicto.

El hombre ha vivido en conflicto. Desea la paz a través del conflicto. Y nunca puede haber paz a través del conflicto; por muchos argumentos que puedan tener para oponerlos a otros argumentos igualmente poderosos, nunca habrá paz. Sólo cuando actúe la inteligencia habrá paz –la inteligencia que adviene cuando uno comprende que no hay división entre el observador y lo observado–. El discernimiento respecto de ese hecho mismo, de esa verdad, trae consigo esta inteligencia.

Esto es algo muy serio, porque entonces uno verá que no tiene nacionalidad; podrá tener un pasaporte, pero no tiene nacionalidad. No tiene dioses. No hay autoridad externa ni autoridad interna. La única autoridad es, entonces, la inteligencia. No la hábil inteligencia del pensar, que es mero conocimiento operando dentro de cierta área; eso no es inteligencia.

Por lo tanto, esto es lo primero que hay que comprender cuando uno considera su conciencia: que la división entre el pensador y el pensamiento, entre el observador y lo observado, entre el experimentador y lo experimentado, es falsa, porque son una sola cosa. No hay pensador si uno no piensa. El pensamiento ha creado al pensador. Es lo primero que debemos comprender –debemos tener un discernimiento respecto de esa verdad, de ese hecho, tan palpable como el estar sentados aquí– a fin de que no haya conflicto entre el observador y lo observado.

¿Cuál es, pues, el contenido de nuestra conciencia, tanto el oculto como el manifiesto? ¿Podemos mirarlo, considerarlo, *sin hacer esfuerzo alguno*?

Ustedes podrán descubrir esto, no sentados aquí, sino en sus relaciones. Ése es el espejo en el que verán; no cerrando los ojos, o yéndose al bosque e imaginando ciertos sueños. En el hecho real de nuestra relación con el hombre, con la mujer, con el vecino, el político, con nuestros dioses, nuestro gurúes, observaremos nuestras reacciones, nuestras actitudes, nuestros prejuicios, nuestras imágenes, nuestro constante andar a tientas. El contenido está en eso. Lo que ahora hacemos es limitarnos a arar, y sólo podemos sembrar cuando nos observamos en nuestras relaciones y vemos qué es lo que realmente ocurre. Podremos mirar cuanto queramos y empezar a distinguir diversas cualidades y tendencias, pero si miramos como un observador diferente de lo observado, es inevitable que generemos conflicto y, en consecuencia, más sufrimiento. Cuando uno tiene un discernimiento directo, ve la verdad de que el observador es lo observado; entonces el conflicto cesa por completo, y entra a funcionar una clase de energía totalmente distinta.

Hay diferentes clases de energía. Está la energía física producto de una buena alimentación; puede haber energía generada por el emocionalismo, el sentimentalismo; hay una energía que el pensamiento crea a través de múltiples conflictos y tensiones. Dentro de ese campo de energía hemos vivido, y dentro de ese campo seguimos tratando de encontrar una energía mayor para resolver nuestros problemas. Existe una clase distinta de energía, o la continuación de esta energía en una forma por completo distinta, cuando la mente está operando en su totalidad, no en el campo del pensamiento, sino inteligentemente.

¿Puede la mente observar, sin opción alguna, su propio contenido, no escogiendo una parte de éste, ninguna parte de la obra, sino observándola en su totalidad? Ahora bien, ¿cómo es posible observar de una manera tan total? Cuando miro un mapa de Francia, al venir desde Inglaterra y cruzar el Canal, veo la carretera

que conduce a Gstaad. Puedo decir cuál es la distancia en millas, puedo ver la dirección. Todo eso es muy simple porque está marcado en el mapa y yo lo sigo. Cuando hago eso, no miro ninguna otra parte del mapa; conozco la dirección en la que quiero ir y esa dirección excluye todas las demás.

De la misma manera, una mente que busca en una dirección determinada, no ve lo total. Si deseo encontrar algo que considero real, entonces la dirección ya está establecida, yo sigo esa dirección y mi mente es incapaz de ver la totalidad. Cuando miro el contenido de mi conciencia, que es igual al de ustedes, he establecido una dirección: ir más allá. Un movimiento en una dirección determinada, buscando cierto placer, no queriendo hacer esto o aquello, lo vuelve a uno incapaz de ver lo total. Si soy un científico, veo únicamente en cierta dirección. Lo mismo si soy un artista. Si tengo algún don o talento, veo sólo en una dirección determinada. La mente es, entonces, incapaz de ver lo total y lo inmenso de esa totalidad, si hay un movimiento en una dirección particular. ¿Puede, pues, la mente no tener dirección alguna?

Ésta es una pregunta difícil. Por favor, préstenle atención. Desde luego, la mente tiene que tener una dirección cuando voy desde aquí a mi casa, o cuando manejo un automóvil, o cuando tengo que cumplir cierta función técnica; pero yo me refiero a una mente que comprende *la naturaleza* de la dirección y, por lo tanto, es capaz de ver lo total. Cuando ve lo total, puede también funcionar en determinada dirección. Si tengo en la mente el cuadro total, entonces puedo detenerme en el detalle; pero si mi mente sólo actúa en los detalles, no puedo abarcar lo total. Si estoy ocupado con mis opiniones, mis ansiedades, con lo que deseo hacer, con lo que tengo que hacer, no puedo ver lo total, es obvio. Si vengo de la India con mis prejuicios, supersticiones y tradiciones, no puedo ver lo total. ¿Puede, entonces, la mente liberarse de la dirección? Eso no quiere decir que carezca de dirección. Cuando actúa desde lo total, la dirección se torna clara, muy intensa y efectiva; pero cuando la mente actúa sólo en una direc-

ción conforme al modelo que ha establecido para sí misma, entonces no puede ver lo total.

Está el contenido de mi conciencia; el contenido compone mi conciencia. Y bien, ¿puede la mente mirarlo como un todo? Simplemente mirarlo, sin dirección alguna, sin juzgar, sin optar? Eso implica ausencia completa del observador, ya que el observador es el pasado. ¿Puede la mente mirar el contenido, mirarlo con esa inteligencia que no es producto del pensamiento? Porque el pensamiento es el pasado. Háganlo. Ello requiere una disciplina extraordinaria; no la disciplina de la represión, del control, de la imitación o el amoldamiento, sino una disciplina que implica un acto en el que la verdad es vista. La verdad crea su propia acción, la cual es disciplina.

¿Puede la mente mirar su propio contenido cuando hablo con otra persona, observarlo en mis gestos, en mi manera de caminar, de sentarme a la mesa y comer, de comportarme? La conducta denota el contenido de mi conciencia, ya sea que me comporte conforme al placer, a la recompensa o al dolor, que forman parte de mi conciencia. Los psicólogos dicen que, hasta ahora, el hombre ha sido educado según el principio de recompensa y castigo, cielo e infierno. Ahora bien, dicen que debemos ser educados sólo sobre el principio de recompensa, que no debemos castigar sino recompensar –lo cual es la misma cosa–. Ver lo absurdo de la recompensa y el castigo es ver lo total. Cuando uno ve lo total y actúa, funciona la inteligencia, y entonces uno no está actuando según la recompensa y el castigo.

La conducta expone el contenido de nuestra conciencia. Uno podrá ocultarse detrás de una conducta refinada, una conducta adiestrada muy cuidadosamente, pero una conducta así es tan sólo mecánica. De ello surge otro interrogante: ¿Es la mente por completo mecánica, o hay alguna porción del cerebro que no es en absoluto mecánica?

Repasemos lo que se ha dicho: Fuera de nosotros, en el mundo político, en el económico, en el religioso, en el social, etc., la humanidad se halla en una permanente búsqueda. Hay dioses,

nuevos gurúes, nuevos líderes. Y cuando observamos muy claramente todo esto, vemos que el hombre funciona dentro del campo del pensamiento. El pensamiento, en esencia, jamás es libre. Es siempre viejo, ya que es la respuesta de la memoria como conocimiento y experiencia. El pensamiento es materia. Pertenece al mundo material, y trata de huir del mundo material, el pensamiento sigue siendo material. Tenemos todos los problemas morales, sociales y económicos de lo individual y lo colectivo; puede tener diferentes tendencias, ocupaciones, modalidades, etc., pero intrínsecamente forma parte de la cultura, que es la sociedad.

Ahora bien, esos son hechos en cuanto a lo que ocurre alrededor de nosotros. Los hechos en cuanto a lo que ocurre dentro de nosotros, son muy similares. Estamos procurando encontrar una respuesta a los principales problemas de nuestra vida humana, originados en la actividad del pensamiento –el pensamiento que los griegos le impusieron a Occidente, con su filosofía política, sus matemáticas, etc.–. El pensamiento no ha encontrado una respuesta y jamás la encontrará.

Debemos investigar, pues, la estructura total del pensamiento y el contenido que éste ha creado como la conciencia. Debemos observar cómo funciona el pensamiento en la relación, en nuestra vida cotidiana. Esa observación implica tener un discernimiento directo en cuanto a si es un hecho que el observador es diferente de lo observado, porque si hay una diferencia, es inevitable que haya conflicto, tal como lo hay entre dos ideologías. Las ideologías son invenciones del pensamiento, condicionadas por la cultura en que se han desarrollado.

Ahora bien, ¿pueden ustedes observar esto en su vida cotidiana? En esa observación descubrirán qué clase de conducta tienen, si está basada en el principio de recompensa y castigo –como lo está en su mayor parte nuestra conducta, por pulida y refinada que sea–. Desde esa observación, uno empieza a aprender qué es la verdadera inteligencia. No la inteligencia que se obtiene de un libro o de la experiencia; eso no es inteligencia en absoluto. La inteligencia no tiene nada que ver con el pensamiento. La inteli-

gencia actúa cuando la mente ve la totalidad, la totalidad infinita, no mi país, mis problemas, mis pequeños dioses, mis meditaciones. Ve la implicación total del vivir. Y esa calidad de inteligencia tiene su propia e inmensa energía.

Saanen, 14 de julio de 1974

2

Dijimos que el mundo exterior a nosotros, así como nuestro mundo interno, se hallan en una condición caótica, y que los políticos, los líderes, los sacerdotes, están todos tratando de resolver nuestros problemas dentro del campo del pensamiento. Esto ha sido así durante siglos y siglos. Pero uno ve que el sufrimiento aún continúa: hay guerras inacabables, los gobiernos están más o menos corruptos, los políticos juegan un juego fraudulento, y las ideologías y los sistemas han tomado el lugar de la moralidad y la inteligencia. Viendo objetivamente todo esto, sin ningún prejuicio, sin dedicarnos a ninguna ideología, a ningún sistema en particular, observamos que el pensamiento es divisivo, y que la excelencia en el pensamiento no es necesariamente excelencia en la conducta.

Estamos interesados en algo que es preciso examinar, investigar cuidadosa y profundamente, tan profundamente como sea posible; y la investigación ha de ser tanto verbal como no verbal. Eso requiere muchísima solicitud, consideración y afecto, un sentido de comunicación íntima entre nosotros; requiere que ustedes y yo compartamos esto juntos. Uno lo comparte no limitándose a escuchar una serie de palabras o ideas o conceptos –porque no se trata de ideas o conceptos con los que uno haya de concordar o discrepar–, sino más bien participando en ello realmente con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente, con toda nuestra energía. Un interés y un compromiso tan serios revelan, por cierto, muchísimo, no sólo el origen de nuestro pen-

samiento y el daño que causa, sino también el origen de la acción.

Vivimos a base de acción; no podemos evitar la acción. Uno podrá retirarse del mundo encerrándose en un monasterio, podrá tomar votos, pero eso sigue siendo acción. Podrá especializarse en un campo determinado que le da la oportunidad de aplicar su talento y lograr una carrera; eso es acción. La acción está también en la relación entre uno y otro. El movimiento de la vida es acción.

El pensamiento, en las civilizaciones conocidas hasta la fecha, ha producido acciones que son conflictivas, contradictorias, antagónicas; por consiguiente, han engendrado grandes daños y desdichas. ¿Es posible la excelencia en el pensamiento y, por ende, en la acción? ¿O cuando el pensamiento produce acciones hay siempre conflicto? Ésta es la vida de ustedes, y si quieren comprenderla, si quieren comprender su conducta, sus relaciones, su confusión, si quieren descubrir qué hacer a fin de que la acción sea excelente en todos los niveles, deben preguntarse si hay una acción que no esté fragmentada por el pensamiento. El pensamiento es fragmentario en su naturaleza misma y, aun así, por medio del pensamiento tratan ustedes de encontrar, en todos los niveles, una acción que no sea contradictoria, pesarosa, que sea total, íntegra, completa. ¿Existe una acción cuya excelencia sea suprema y que, sin embargo, no esté basada en el movimiento del pensar?

¿Por qué el pensamiento –a base del cual vivimos, del cual depende toda nuestra moralidad social– es divisivo? El pensamiento tiene su origen y sus raíces en el pasado y, por eso, tiene que generar tiempo como movimiento. Uno ve que por su propia naturaleza, por su propia función y estructura, el pensamiento tiene su existencia esencialmente en el pasado. Vive en la tradición, en el conocimiento científico, todo lo cual se encuentra en el pasado. El pensamiento es, en esencia, un movimiento que proviene del pasado. Por lo tanto, tiene que ser divisivo. Puede pretender o especular o imaginar que se encuentra más allá del

tiempo; puede imaginar un estado intemporal, pero sigue siendo pensamiento. Crea, pues, una frontera de tiempo en torno de sí mismo, y ése es el factor de división.

Todos hemos sido educados en el campo del pensar. La educación es un movimiento en el pensar, es la obtención de más y más conocimientos, el refinamiento del pensar. Siendo, pues, divisivo, cualquier acción que el pensamiento genera tiene que estar fragmentada y, por eso, da origen al conflicto. Esto es una norma. El hombre, tal como lo conocemos históricamente, ha vivido en una serie de crisis y respuestas que, inevitablemente, engendran más conflicto. Uno lo ve en el mundo moderno. Hay una crisis; el pensamiento trata de responder a ella y, en la respuesta misma, se crean más problemas. Un país suministra armas a otro sabiendo muy bien que eso va a generar más aflicción, etc.

¿Puede, entonces, el pensamiento dar origen alguna vez a una acción que sea total, íntegra, cuerda, no contradictoria? Nuestra vida *es* contradictoria; vivimos en diferentes niveles: el nivel de los negocios, el nivel de la familia, el nivel científico, el religioso o el artístico, cada uno oponiéndose al otro, cada uno especializándose en su propia esfera. La especialización se vuelve excluyente y, por ende, contradictoria y destructiva. El pensamiento, tratando de ser excelente en su acción, se especializa y origina más conflicto, más divisiones. Cada especialización tiene su propio objetivo ambicioso; cada profesión tiene su propia recompensa, la cual es contradictoria, se opone al afecto, a la consideración, al amor. Mirando esto, uno se pregunta si no existe una acción que sea total, no fragmentaria, una acción en la que no haya remordimiento ni búsqueda de realización personal ni sentido alguno de frustración.

¿Existe una acción semejante? Eso es lo que nos preguntamos durante toda nuestra vida, porque cualquier cosa que hacemos trae consigo cierto dolor, cierta confusión, o cierta recompensa, en búsqueda de la cual generamos más división. Es inevitable y natural y lógico preguntarse si hay una acción que no nazca del movimiento del pensar.

Examinaré algo que puede parecer diferente, pero no lo es. Todos necesitamos energía. Tenemos energía física, energía emocional; está la energía del odio, la energía de la lujuria, la energía de la pasión intensa, y la energía de la gran tensión generada por el sentimiento de la frustración, de división y por la falta de realización personal. A medida que envejecemos, el cuerpo se va agotando, llegan la enfermedad y el dolor, y la energía se consume. Nuestra energía es, en su mayor parte, producto del conflicto: soy esto, debería ser aquello; o se origina en el miedo y en el agresivo deseo de continuar en una dirección dada. Está la energía que se genera cuando nos comprometemos con un ideal; todo el mundo comunista se basa en eso, desde los tiempos de Lenín hasta hoy, y destruye a la gente por millones para obtener lo que ellos creen que es justo. Eso le da a uno una energía tremenda. El santo, consagrado a un ideal, a una imagen, a una fórmula, tiene una energía extraordinaria. Los idealistas en general tienen una energía extraordinaria. Cualquier forma de especialización requiere energía. Cuanto más se especializa uno, más energía tiene. Esto es lo que vemos, no sólo en nosotros mismos, sino también en lo que nos rodea.

El pensamiento genera su propia energía. Para producir una máquina tan maravillosa como es un submarino, tiene que haber cooperación y una energía formidable, energía que es generada por una idea y por el pensamiento organizado en torno de ella. Y esta clase de energía, por ser divisiva, es siempre destructiva en el profundo sentido de la palabra.

Ahora bien, ¿existe una energía que no sea destructiva, divisiva, mecánica, que no se base en una idea o en un compromiso con una ideología? ¿Existe una energía que no se encuentre, de ningún modo, contenida en el campo del tiempo, del tiempo como movimiento del pensar?

La vida es acción. En el vivir mismo, toda relación es acción, movimiento en acción. Y ese movimiento, esa acción, se basa en el pensar. En la actualidad, toda la vida política, religiosa, social y económica, y el relativismo moral, se basan en el pensamiento,

que es divisivo, contradictorio y generador de desdicha. ¿Existe una acción que no se relaciones en absoluto con todo eso? Para descubrirlo, uno debe tener energía. No mera energía intelectual, con su conocimiento acumulado, no energía emocional, que es reconocible por el pensamiento y que, por lo tanto, sigue perteneciendo al pensamiento, sino una energía capaz de originar una transformación total en el proceso mismo de la mente. Para investigar muy a fondo si hay una acción no basada en el movimiento del pensar, necesitamos muchísima energía, no la energía que tenemos al tratar de encontrar un propósito en la vida, ni la que tenemos al movernos en una dirección determinada, sino la energía que puede cambiar el contenido de la conciencia.

Expresémoslo de una manera diferente: uno sabe cuál es el contenido de su conciencia –si es que está del todo despierto y alerta, atento a su conducta, observando, escuchando–. El deseo de cambiar ese contenido es un movimiento en una dirección determinada. Eso genera energía, pero es una energía divisiva. Sin embargo, uno se da cuenta de que el contenido *debe* ser totalmente cambiado, porque así como somos no podemos continuar, a menos que queramos destruir a toda la humanidad. El contenido compone la conciencia. Por lo tanto, cuando hay una transformación total del contenido, hay una clase diferente de... no llamaré *conciencia* a eso... un nivel por completo diferente. Para originar ese cambio, uno necesita una energía extraordinaria.

Debemos, pues, estar libres de la dirección. Por favor, vean la lógica de esto, su cordura. Debemos liberarnos de toda conclusión. Aunque una conclusión pueda aportarnos una gran cantidad de energía, ésa es una energía de desgaste. La mente debe estar libre de las respuestas del pensamiento. Debe estar libre de ideales porque éstos también tienen una dirección. La mente tiene que liberarse de todos los movimientos divisivos del pensar, tales como la nacionalidad, la raza, la religión.

Y bien, ¿puede nuestra mente estar libre de todo eso? Si no puede, entonces, hagamos lo que hagamos, aunque nos paremos de cabeza durante diez mil años, o meditemos sentados en cierta

postura respirando correctamente durante otros diez mil, jamás daremos con aquello.

¿Puede, entonces, la mente ver cuán estúpidos, cuán poco inteligentes son los ideales? ¿Puede ver la verdad de ello, no limitarse a decir que están mal y desecharlos? Porque cuando vemos la verdad de algo, estamos libres de ello; no como cuando examinamos algo desde el punto de vista lógico o histórico, sino como cuando vemos que algo es venenoso y nos desprendemos de ello. No hay conflicto, porque la inteligencia ve que es estúpido seguir el rumbo de los ideales. ¿Pueden ustedes liberar a la mente de todo esto?

¿La liberan de una cosa a la vez, o la liberan totalmente? Si la liberan de una cosa a la vez, eso gasta energía: considerar cuán estúpida es la nacionalidad y desprenderse de ella; considerar los ideales, ver que no llevan a ninguna parte, que engendran conflicto, y abandonarlos... etc. ¿Liberarán a la mente capa tras capa, lo cual llevará tiempo, requerirá un análisis? Tradicionalmente, se dice que debemos ir paso a paso, que primero debemos liberarnos de esto, controlar nuestro cuerpo, respirar de manera apropiada... No sólo la tradición, sino la psicología moderna dice que debemos ir paso a paso, analizar, arrancar capa tras capa. Ustedes pueden emplear años haciendo eso, hasta que se mueren. ¿Pasarán por ese proceso que lleva largos años? ¿No es, acaso, un desperdicio de energía? Si lo es, ¿cómo hará entonces, la mente para vaciarse de su contenido a fin de tener una clase por completo diferente de energía, una existencia por completo distinta? ¿Hay una manera de considerar esto como una totalidad y, en consecuencia, liberarnos totalmente de ello?

El contenido de mi mente es el contenido de la mente de ustedes. El contenido de la conciencia de ustedes es el contenido de mi conciencia, ligeramente modificado, con un poco más o un poco menos de color, un poco más o un poco menos de elaboración, más habilidad artística, o menos de alguna otra cosa... pero más o menos igual. La mente se da cuenta de esto y se pregunta: «¿Cómo puedo percibir la totalidad de ello, no sólo la consciente

sino también lo inconsciente?». Sé que puedo desnudar capa tras capa, sé que puedo pasar por todo ese proceso empleando tiempo, analizando, conociendo los peligros del análisis. Puedo hacer eso. Es el modo aceptado, tradicional de hacerlo. Y veo que eso lleva un tiempo infinito, porque cada paso dado en el análisis debe ser exacto; de lo contrario, el paso siguiente estará viciado por el análisis anterior. Así pues, cada análisis debe ser completo, verdadero y definitivo; de otro modo, estoy perdido. Y ¿quién es el analizador? ¿No es, acaso, lo analizado? Por lo tanto, veo que eso no va a lograr nada.

Entonces, ¿qué he de hacer? ¿Qué ha de hacer mi mente cuando ha visto el absurdo de esto?

Ahora bien, ¿ha visto *realmente* el absurdo de ello, o imagina que lo ha visto, porque alguien le ha dicho que es absurdo? Somos personas de segunda mano: ¿por eso acepto la autoridad de otro cuando digo que es absurdo? Ésa es, entonces, una afirmación *verbal* sin realidad alguna. Tal aceptación carece de validez, no produce resultados. La mente descarta, pues, la autoridad, ya sea la autoridad tradicional o la autoridad que he cultivado a causa de mis propios deseos y de mi egoísmo, de mi propia autoridad, la cual afirma que yo sé. La mente descarta por completo la autoridad. No la autoridad de la ley, es obvio, sino la autoridad psicológica de alguien que me dice lo que debo hacer, porque estoy confuso y acudo a alguna persona para que me libere de esa confusión; y así, desde mi propio desorden, creo la autoridad. Históricamente, es así. Dondequiera que haya desorden, surge un hombre y, tiránicamente, genera algún tipo de orden, el cual es desorden total. ¿Puede, pues, la mente, descartar la autoridad, porque ve la verdad a su respecto, su significado, su naturaleza? No como una mera reacción *contra* la autoridad, como lo hacemos, ya que entonces, al reaccionar contra la autoridad, estamos creando otra autoridad. Eso es obvio.

¿Puede la mente, la mente de ustedes, estar libre del enfoque tradicional del análisis, del tratar de mejorar introspectivamente? Debido a que ven la verdad que implica estar libres de toda auto-

ridad, no hay gurú ni salvador, no hay pasos que dar mediante la meditación, a fin de encontrarse con algo extraordinario. *Hay* algo extraordinario, pero no darán con ello por este camino. ¿Puede la mente desechar todo esto, negarlo sin resistencia alguna? Para hacerlo, deben ustedes mirar, tanto externa como internamente; escuchar la música del mundo y la discordia del mundo; la música internamente y la discordia externamente, porque ambas son la misma cosa. Formamos parte intrínseca del mundo. Para hacer esto, necesitamos energía, y esta energía no la generan los conceptos, las palabras. Adviene cuando tenemos un discernimiento directo en el desorden de una mente que funciona de manera mecánica en el movimiento del pensar. Por lo tanto, ni creencia ni idea ni concepto ni ideal ni compromiso de ninguna clase en ese campo. Entonces, gracias a la negación de lo que es falso –no mediante la resistencia o la reacción a lo falso–, gracias al rechazo, sin opción alguna, de lo falso, tenemos una clase diferente de energía.

Esto es bastante simple. Si uno escala una montaña, debe descartar todas las cosas que ha estado llevando en el llano, debe dejarlas a un lado. Es mucho más importante comprender el apego y los elementos corruptores del pensamiento –que son la afición al poder, el dominio en diferentes formas, la corrupción de la propiedad y de las posesiones–, que el buscar o el tomar votos.

Casi todos estamos apegados a las posesiones, ya sea de una mesa antigua, que cuidamos y lustramos muy esmeradamente, o de una casa, o de una persona, un grupo, una idea o una forma peculiar de experiencia. ¿Por qué se apega la mente a nuestra buena apariencia, a nuestro cabello, a nuestras preocupaciones? ¡Hay tantas cosas a las que nos apegamos! ¿Por qué? Y entonces, sabiendo que las posesiones en cualquier forma son uno de los principales factores de corrupción en la vida, decimos: «No poseas, ten unas pocas ropas que sean necesarias, pero no poseas, toma un voto de no posesión», lo cual implica muchísimo tormento: «Deseo eso; debo renunciar a ello, tengo que tomar un voto». Las posesiones corrompen, y decimos que debemos desa-

pegarnos de las posesiones; entonces surge todo el conflicto que eso trae consigo. La comprensión respecto del apego es mucho más importante que el desapego.

¿Por qué hay apego? No pregunten cómo desapegarse, sino por qué se apega la mente. ¿Por qué nos apegamos a nuestra casa, a nuestra esposa, a nuestra novia, a nuestras ideas, a nuestras meditaciones, a nuestros sistemas? ¿Por qué? ¿Qué ocurriría si no nos apegáramos?

El apego provee de cierta ocupación a la mente; pensamos todo el tiempo acerca de algo. El cerebro, la mente, dice: «Debo estar ocupada con algo; con mi dios, con mi sexo, con mi bebida». «Debo estar ocupada: con mi cocina, con algún orden social, con la comuna, con lo que fuere». El apego, al aferrarse a algo, proviene de esta exigencia de ocupación. ¿Por qué debe la mente hallarse ocupada? ¿Qué ocurriría si no lo estuviera? ¿Se extraviaría? ¿Se desintegraría? ¿Se sentiría completamente desnuda, vacía? ¿El miedo a esa vacuidad exige ocupación y, por eso, la mente da importancia a los muebles, al libro, a la idea, etc.? ¿Se apega a causa de ese sentimiento de vacío y de soledad, porque no se siente íntegra, total? ¿Puede la mente vivir sin el apego y ser vital, estar llena de energía, de profundidad? Por supuesto que puede.

¿Es apego el amor? No es que el amor sea desapego. Cuando el amor es apegado o desapegado, resulta penoso; todos conocemos eso, pasamos por ese desagradable estado.

Otra forma de corrupción es el poder: poder político, poder religioso, poder en el mundo de los negocios, poder en el ejercicio de cierto talento que uno tiene. Cuando dominamos a alguien, a nuestro cocinero o a nuestro sirviente, a nuestra esposa, a nuestro marido, hay un placer extraordinario. Ése es otro factor de corrupción. Esa energía, tan necesaria para originar una transformación en el contenido de la conciencia, se disipa en todos estos comportamientos. ¿Podemos ver eso como un hecho, como un hecho peligroso? No un peligro relativo, sino un peligro total para los seres humanos.

Ahora bien, si vemos eso como un peligro real, tal como veríamos el peligro de una roca que se desmorona sobre nosotros, nos alejamos instantáneamente y estamos libres de ello. Para observar esto necesitamos cierta sensibilidad, tanto física como psicológica, y no podemos tenerla si nos complacemos en toda clase de cosas: bebida, sexo, trabajo excesivo. Así pues, si somos del todo serios, si dedicamos a esto nuestra atención, nuestra solicitud, nuestro afecto, veremos por nosotros mismos que, al estar libres de esta división creada por el pensamiento, hay otra clase de energía, la cual es inteligencia. Esa inteligencia no es producto del pensamiento. No es la astuta inteligencia de un político, un sacerdote o un hombre de negocios. Surge de la libertad que implica percibir la falsedad, la irrealidad de todo eso. ¿Puede la mente de ustedes verlo totalmente? No puede ver totalmente si hay en ella la más mínima dirección o tendencia.

Una mente inteligente actúa en el campo del pensamiento, con inteligencia, cordura, sin resistencia alguna. Está libre de la estructura y de las implicaciones del apego, de la acción del apego, de la búsqueda de poder con todas sus complicaciones y su crueldad. Ve el proceso divisivo del pensamiento y, al verlo claramente, totalmente, tiene energía. Esa energía es inteligencia. Teniendo esa energía, esa inteligencia, puede operar en el campo del pensamiento; no a la inversa.

Uno puede ver que no hay división entre lo externo y lo interno; es una interrelación. Uno ve eso, y también ve que necesita energía para transformar la mente. Descarta, pues, todo lo que sea derroche de energía, todo lo que engendre división y conflicto dentro de la mente. Eso puede hacerse sólo cuando hay observación respecto del contenido, no resistencia. Una observación así es posible únicamente cuando el observador es lo observado. El observador es el pasado; ha sido creado por el pensamiento a base de experiencia, conocimiento, memoria, tradición, que son la esencia del observador. Lo que éste observa, al ser un resultado del pensamiento, sigue siendo pensamiento. El caos que reina en el mundo, la desdicha, el hambre, la pobreza, la brutalidad, la

violencia, la confusión, la locura, todo eso es generado por el pensamiento. Y el observador es el que dice: «Debo cambiar todo eso» –si es algo inteligente, si está de algún modo despierto y no ocupado con su propio y mezquino patrón de vida–. Pero el observador, ¿es diferente de lo que él observa? Él también es un producto del pensamiento, de modo que *es* lo observado. Ahora bien, cuando eso se comprende, no como una enunciación verbal sino como una realidad, el conflicto cesa y la mente va más allá de las limitaciones que el pensamiento ha impuesto sobre la acción.

Entonces, ¿pueden ustedes hacer esto? Si no pueden, ¿por qué no? ¿Es, acaso, porque son indolentes, perezosos, indiferentes, no sólo al propio dolor, al propio sufrimiento, a la propia desdicha, sino a la desdicha de millones de personas, a lo que está sucediendo en Rusia, en la India y en todas partes? ¿Son por completo indiferentes a todo eso porque desean encontrar a Dios, desean meditar, aprender a respirar apropiadamente, a tener la clase correcta de relación sexual, etc.? Si uno se interesa en toda la humanidad, cuando ve lo total puede poner en orden el detalle. Los políticos, los psicoanalistas, los sacerdotes, no logran ver esto. Sólo ustedes y yo, si somos completamente responsables, serios, si nos interesamos en ello, si nos comprometemos, seremos capaces de enfrentarnos a estos problemas, porque hemos visto lo total y, en consecuencia, somos extraordinariamente despiertos e inteligentes y, no obstante, podemos funcionar en el detalle.

Saanen, 16 de julio de 1974

3

Hemos hablado de comprender nuestras acciones, nuestra conducta y el contenido de la conciencia. A menos que comprendamos la estructura y naturaleza de esta conciencia a base de la

cual actuamos y a través de la cual tienen lugar toda nuestra conducta y nuestro pensar, me parece que siempre estaremos enredándonos, confusos, viviendo en una permanente batalla dentro y fuera de nosotros. Jamás seremos capaces de encontrar la paz, un sentido de profunda serenidad interior. En un mundo que enloquece más y más cada día, donde hay tanta brutalidad, violencia, trapacería y engaño, es sumamente necesario que todos comprendamos este inmenso problema del vivir.

Vamos a ocuparnos ahora de lo que se llama materialismo. El materialismo implica evaluar la vida como materia, materia en su movimiento y modificación; también materia como conciencia y voluntad. Vamos a examinar esto para descubrir si hay algo más que materia y si podemos ir más allá. Esto no es meramente un entretenimiento y una indagación intelectual, sino más bien una investigación profunda en cuanto a si nuestras mentes y toda nuestra vida social, económica y religiosa, son enteramente materiales. ¿Es toda la existencia, incluyendo la conciencia y la voluntad, el movimiento y la modificación de la materia?

Estamos gobernados por nuestros sentidos: gusto, olfato, tacto, etc.; desempeñan un gran papel en nuestra vida. Si examinamos el cerebro, si estamos lo bastante conscientes de sus actividades, vemos que en sus células contiene la memoria como experiencia y conocimiento. Lo que estas células contienen es material, de modo que el pensamiento, la capacidad de pensar, es materia. Y uno puede imaginar, elaborar mediante el pensamiento y como pensamiento, «lo otro», es decir, una cosa distinta de la materia; pero eso sigue siendo materia en forma de imaginación. Sabemos que vivimos en un mundo material basado en nuestras sensaciones, emociones y deseos, y formamos un contenido de la conciencia que es, esencialmente, el producto del pensamiento. Sabemos eso si no nos limitamos a ideas románticas sino que lo investigamos muy profunda y seriamente; sin embargo, sabiendo eso, decimos que debe existir «lo otro», algo más allá de eso que conocemos. Así pues, el pensamiento empieza a investigar «lo otro». Pero cuando el pensamiento investiga «lo

otro», eso sigue siendo material. Es importante comprender esto, porque somos muy propensos al romanticismo; todas nuestras religiones son sentimentales y románticas. Viviendo en este muy pequeño campo del materialismo, deseamos ir más allá y tener algo mucho más grande. Ése es un deseo natural. Entonces, el pensamiento elabora una estructura verbal o no verbal de Dios, de «lo otro», de la inmensidad, la intemporalidad, etc. Pero eso sigue siendo el producto del pensamiento y, por ende, es aún material.

El pensamiento crea, pues, la forma exterior, pensando que esa forma, esa imagen, ese prototipo, no es material. Pero esa forma es el producto del pensamiento; el ideal sigue siendo producto del pensamiento; por lo tanto, es material. Si ustedes van a la India o a otras partes de Oriente, ellos les dirán que aceptan eso, pero sostienen que hay un «yo» superior, una superconciencia que domina lo material, o que incluye lo material, tal como en Occidente tienen ustedes el alma. Lo designan con una palabra sánscrita: *atman*. Pero el *atman*, la superconciencia, el alma, sigue siendo el producto del pensamiento. El pensamiento es materia; cualesquiera que sean sus movimientos, internos o externos, al tratar de ir más allá de sí mismos, sigue siendo material.

Se suscita, pues, la pregunta: ¿es mecánica la mente? O sea, los pensamientos, los sentimientos, las reacciones, las responsabilidades, las relaciones, las modalidades, las opiniones, etc., que hay en nuestra mente, ¿son tan sólo mecánicas? Es decir, ¿responden conforme al condicionamiento, conforme a la influencia ambiental? Si la totalidad de la mente es eso, entonces vivimos en una prisión tremenda y sin escape posible.

Éste ha sido el problema del hombre a través de los tiempos. Sabe que vive a base de los sentidos, de sus deseos, de la sensación, de los apetitos sexuales, intelectuales y de otra clase, y se pregunta: «¿Es eso todo?». Entonces comienza a inventar los dioses, los superdioses, la superconciencia, y así sucesivamente. Habiendo inventado y proyectado una forma, la persigue pensando que con eso es extraordinariamente idealista o extraordinariamente religioso. Pero su persecución de lo que llama «Dios» o

verdad, sigue siendo la persecución de un producto del pensamiento, que es material. Vean, pues, lo que el hombre ha estado haciendo. Vean qué le han hecho al hombre sus iglesias, templos y mezquitas, lo que *nos* han hecho a cada uno de nosotros. Perciban este gran engaño con que nos han alimentado, engaño que consideramos extraordinariamente idealista. Cuando nos damos cuenta de eso, en serio, ello es más bien una gran sacudida, porque hemos sido despojados de toda ilusión.

Si hemos llegado hasta ahí, comenzamos a preguntarnos si hay un movimiento que sea otra cosa que el movimiento del pensar. ¿Cómo lo descubrimos? Si tratamos de descubrir la existencia de algo más allá de lo material, debemos examinar cuál es la causa de nuestra búsqueda. Esa causa, ¿es un escape respecto de esto? La causa implica un motivo. ¿Toda nuestra investigación está motivada por algo? Si lo está, entonces el motivo es buscar el placer o escapar del miedo. O, si proviene de la total insatisfacción con *lo que es*, entonces proyecta su propia respuesta. Por lo tanto, para investigar «lo otro», mi mente debe estar libre de toda causa.

Dijimos, y volvemos a decirlo, que tiene que haber una transformación en la mente, no una reforma periférica sino una revolución profunda, a fin de resolver los problemas que el pensamiento ha creado, ya sean religiosos, económicos, sociales o morales. Si uno es de veras serio, no frívolo, si no se limita a entretenerse con teorías o filosofías intelectuales inventadas por el pensamiento, entonces debe interesarse y comprometerse íntegramente en la cuestión de transformar el contenido de la conciencia. Porque, como dijimos, el contenido compone la conciencia. Y nos preguntamos cuál es la entidad que va a cambiar eso. Dijimos que el observador es lo observado, y que cuando existe una división entre el observador y lo observado –el «yo» y el «no yo»–, hay conflicto. Ese conflicto es, en esencia, un desperdicio de energía. Y cuando uno examina eso y encuentra que el observador es lo observado, elimina por completo el conflicto y tiene una energía enorme, ya que ésta no se derrocha más en el conflicto.

Esta energía, o bien se encuentra en el campo del pensamiento, o es una energía totalmente distinta respecto del pensamiento. Para una mente abrumada, condicionada y moldeada por el pensamiento materialista, ¿hay otro movimiento que no sea el movimiento del pensar? Para averiguarlo, debemos examinar la causa de esta búsqueda. Donde hay una causa, está el tiempo. La causa produce un efecto y el efecto, a su vez, se convierte en causa. Esto no es realmente difícil de entender, porque se trata de nuestra vida. Se vuelve difícil cuando lo tratamos o lo consideramos como algo separado de nuestra vida cotidiana.

Planteémoslo de una manera diferente. ¿Qué es virtud, moralidad? La moralidad, ¿es transitoria, es relativa? ¿O es absoluta? Para nosotros, en el mundo moderno, la moralidad es relativa, y ese relativismo está casi destruyéndonos. Preguntamos, pues: ¿qué es la virtud? ¿Existe una virtud absoluta, un sentido de no odiar bajo ninguna circunstancia? ¿Existe una paz completa, absoluta, que jamás pueda ser perturbada? ¿Puede uno vivir sin sentido alguno de violencia? ¿O la violencia es relativa, el odio se modifica, etc.? ¿Qué es la virtud, entonces? Si alguien me golpea y yo le devuelvo el golpe y después me disculpo por ello, eso se vuelve relativo. Si tengo una causa para odiar a otra persona, o para que ésta me desagrade, o para ser violento, esa causa torna mi actitud incompleta y, en consecuencia, relativa. Si tengo una causa para amar a alguien –porque esa persona me brinda consuelo, psicológica, física, sexual, moralmente–, eso no es amor. Por consiguiente, donde hay una causa, la acción tiene que ser relativa. Pero cuando no hay causa, la acción será absoluta.

Vean qué ocurre en la vida de ustedes, no en la explicación que estoy dando. Si yo dependo de usted, si estoy apegado a usted, esa dependencia y ese apego tienen una causa. Se deben a que soy una persona solitaria, o desdichada, o deseo compañía; necesito su amor, su afecto y, por eso, me apego a usted. A causa de ese apego hay dolor, aflicción. Debido a que usted no me ama, o tan sólo me tolera, o me da un poquito de su afecto y se inclina más hacia otra persona, hay celos, antagonismo, odio, y todo lo

demás que sigue. Donde hay una causa, es inevitable que la acción, la moralidad, sean relativas.

¿Puede la mente estar libre de la forma como causa, libre del ideal, para que pueda ir más allá de sí misma? Esto es realmente muy simple; ¡las palabras lo vuelven tan difícil! Las palabras son necesarias a fin de comunicarnos, pero si vivimos tan sólo en el nivel verbal, son absolutamente inútiles. Es como arar, arar, arar... Y el arar solamente, destruimos la tierra.

Tenemos este problema, problema que el hombre ha buscado resolver desde el principio mismo de su existencia como tal: ¿Es mecánica toda la vida? ¿Es material? Toda la existencia, incluyendo la mente y la conciencia y la voluntad, ¿es sólo materia? ¿Es eso toda nuestra vida? Podemos pretender que no lo es, pero de hecho es eso. Al estar encerrados en eso, el pensamiento crea una forma, el ideal de lo supremo, la forma más elevada de excelencia, la gran nobleza, los dioses, así como todas las otras cosas que el pensamiento ha producido en el mundo, el inmenso movimiento tecnológico. Todo eso es materia. Y viviendo en esta orilla como vivimos, con nuestras guerras, nuestros odios, nuestras políticas espantosas, viviendo en este lado del río, que es materia, la mente dice: «Quiero ir al otro lado; tiene que haber algo allá, porque esta vida es demasiado estúpida». Y *es* estúpida: sólo ir a la oficina, ganar dinero, asumir responsabilidades, luchar, competir, atormentarnos, desesperarnos, sentir ansiedades, sufrimientos inmensos... y después morir. Decimos que eso no es suficiente. Podemos exponerlo de una manera más filosófica, en un lenguaje más extravagante o romántico, pero vemos que es estúpido y anhelamos algo más.

Entonces decimos: «¿Cómo vamos a cruzar este río hasta la otra orilla?». Y preguntamos: «¿Quién nos llevará hasta el otro lado?». Cuando formulamos esa pregunta, está el sacerdote, el gurú, el hombre que «sabe» y dice: «Sígueme»; y entonces estamos acabados, porque él es exactamente como nosotros, sigue funcionando dentro del campo del pensamiento. Él ha creado los dioses, Jesús, Buda, Krishna. Él ha creado la forma, y esa forma

es tan material como sus sensaciones; es producto del pensamiento. Ahora bien, si eso está absolutamente claro y no hay escapes románticos, ni un ideológico lavarse las manos, ni una búsqueda de consuelo y todas las demás cosas que nos conducen a ilusiones, si está absolutamente claro que cualquier modificación dentro del campo de la conciencia es tan sólo moverse de un objeto a otro dentro del área del pensamiento, entonces, ¿que ha de hacer la mente? ¿O *no* hacer?

Ante todo, una mente así ha de hallarse en un orden total, orden material, porque si se halla en desorden no puede alejarse de sí misma. El pensamiento es materia, y toda su actividad dentro de la conciencia ha creado una confusión y un desorden extraordinarios. Ha creado desorden en todas las direcciones: política, religiosa, social, moralmente, y en las relaciones de unos con otros. Y ésa es nuestra vida. A menos que haya orden absoluto –y uso la palabra *absoluto*, no *relativo*– dentro de esa área, cualquier causa para movernos fuera de esa área, es aún el producto del desorden. En consecuencia, tiene que haber orden.

Ahora bien, ¿cómo se origina este orden, en lo político, religioso, moral, físico, en las relaciones mutuas, un orden absoluto, no un orden conveniente, relativo? La mente, que ha sido adiestrada, educada, condicionada para vivir en desorden, para aceptar el desorden, ¿cómo hará para generar orden dentro de sí misma? Tengan en cuenta que si dicen que hay un agente externo que traerá orden, ese agente externo es el producto del pensamiento y, por lo tanto, creará contradicción, desorden. Si dicen que la acción de la voluntad producirá orden, entonces, ¿qué es la voluntad? «Yo *quiero* hacer eso», ¿qué es esa voluntad en acción? ¿No es, acaso, deseo, un objetivo proyectado que hemos de alcanzar, el logro de una finalidad proyectada por el pensamiento como un ideal, una forma, un modelo original? ¿Puede el pensamiento traer orden? Es el modo como tratan de lograrlo los políticos, los sacerdotes y todos los así llamados reformadores. *El pensamiento ha creado el desorden.* ¿Qué hemos de hacer, pues?

¿Puede la mente, nuestra mente, observar, ver este desorden? Uno se halla en desorden; ve que el ejercicio de la voluntad, el seguir a otro, el deseo de vencer el desorden, siguen estando dentro del campo del desorden. De modo que uno se pregunta: «¿Qué he de hacer, qué ha de hacer la mente?». Ante todo, ¿conoce uno el desorden? Usted me describe una montaña, la nieve, los contornos contra el cielo azul, la profundidad de las sombras en el bosque, el correr de las aguas, el susurro de los árboles, la belleza de todo eso. Me lo describe y la descripción cautiva mi mente, vivo esa descripción. Pero la descripción no es lo descrito. Y entonces uno se pregunta: «¿Estoy atrapado por la descripción, o veo realmente el desorden?». Lo uno es intelectual, lo otro es factual. Y bien, ¿observa la mente su desorden? Eso implica no estar preso en la palabra, en la descripción, sino tan sólo observar este enorme desorden. ¿Puede la mente observar así? Y, al observar su propio desorden, ¿hay un «observador» mirándolo, o no hay observador en absoluto, sino únicamente el observar?

Yo lo observo a usted, lo veo. Lo conocí el año pasado; usted me resultó agradable o desagradable, me alabó o me insultó o me desdeñó. El recuerdo de eso permanece. Este año me encuentro con usted y responde el recuerdo. Ese recuerdo es el pasado y ese recuerdo es también el observador. Por supuesto. ¿Puede la mente observar todo el desorden social, moral, etc., creado por el pensamiento, desorden en el que me encuentro y el cual forma parte de mí? ¿Puedo observar este desorden, observarlo sin el observador? Si el observador está ahí mirando el desorden, hay una división entre el observador y lo observado. En esa división, tiene lugar el conflicto: «Debo controlarlo, debo cambiarlo, debo reprimirlo, debo superarlo», etc. Ahora bien, cuando el observador no está y sólo hay observación, entonces no hay conflicto, sólo existe el observar. Entonces hay energía para ir más allá del desorden.

Donde hay división tiene que haber desorden. El observador, con sus raíces en el pasado, es en esencia el factor de división.

¿Puede la mente ver la verdad de eso y observar el desorden *real* de nuestra vida, no la descripción? ¿Puede ella observar nuestro desorden, nuestra confusión, nuestras ansiedades y contradicciones, nuestros requerimientos egoístas, todo eso? Observar. Y si observa sin el observador, entonces va más allá de eso, lo que implica orden total, no orden relativo; es un orden matemático esencial antes de que uno pueda avanzar más. Sin orden en el mundo material, en el mundo de la materia, del pensamiento, la mente carece de una base apropiada sobre la cual moverse.

En consecuencia, tiene que haber una observación de la conducta. ¿Me comporto conforme a un motivo, conforme a las circunstancias? ¿Es pragmática mi conducta, o es la misma bajo todas las condiciones? No la misma en el sentido de copiar un modelo. ¿Jamás es relativa esa conducta? ¿No está basada en la recompensa y el castigo? Debemos investigarla, observarla, y veremos cuán terrible es nuestra conducta, cómo la consideramos «superior» e «inferior» y todas las demás cosas que hacemos. Jamás hay un movimiento constante libre de la recompensa y el castigo.

También tenemos que examinar la relación en el mundo material. La relación es de máxima importancia, porque la vida *es* relación. ¿Cuál es nuestra relación? ¿Tenemos relación alguna? Relación implica respuesta adecuada a cualquier reto. Cuando examino la relación, ¿encuentro que mi relación con otro es personal e íntima, o no tan íntima? ¿Se basa en mis opiniones, mis recuerdos, mis ofensas, mis requerimientos, mis apetitos sexuales? Si mi relación con usted es relativa, cambia; estoy malhumorado un día, no lo estoy al día siguiente, ese día soy afectuoso, y el tercer día le odio, y el cuarto le amo, y así sucesivamente. Si esa relación no es satisfactoria, recurriré a alguna otra persona. Éste es el juego que hemos estado jugando durante siglos, sólo que ahora es más obvio, más extravagante, más vulgar; eso es todo.

Mi mente ha de descubrir, pues, qué son de hecho sus relaciones. A menos que haya armonía completa en el mundo material

donde vivimos, el cual forma parte de mí, está en mí, es mi conciencia, a menos que haya armonía completa ahí, la mente no puede ir más allá de sí misma. Por eso nuestras meditaciones, nuestras posturas, nuestros ejercicios respiratorios, nuestro viajar a la India y buscar, carecen por completo de sentido.

¿Es, entonces, relativa mi relación? ¿Es relativa toda relación? ¿O no hay relación en absoluto excepto cuando la división del «yo» y el «tú» no existe? Yo estoy relacionado con usted debido a que le amo, a que usted me provee de alimento, ropa y vivienda, me da sexo, compañía. He elaborado una imagen maravillosa de usted; podremos enojarnos, irritarnos el uno con el otro, pero eso es trivial. Y yo me aferro, me apego a usted, y en ese apego hay gran aflicción, dolor, sufrimiento, tortura, celos, antagonismo. Y entonces me digo: «Debo liberarme de eso». Y, liberándome de eso, me apego a alguna otra persona. Y el juego empieza de nuevo. Entonces me pregunto: «¿Qué es esta relación? ¿Existe una relación? ¿Puede haber relación alguna vez?». Está el «yo» persiguiendo mis apetitos, mis ambiciones, mi codicia, mis miedos, mi deseo de tener más prestigio, una posición mejor, etc.; y la otra persona –él o ella– también persigue sus propias exigencias internas. ¿Es posible que haya relación alguna entre dos seres humanos, cada uno funcionando en la persecución de sus propias, exclusivas y egoístas exigencias internas?

En esa dirección no puede haber relación alguna, pero puede haberla cuando no hay «yo», como pensamiento, no existe, estoy relacionado con usted, con los árboles, las montañas, los ríos, los seres humanos. Eso implica amor, ¿no es así?, el cual no tiene causa.

La conciencia, con su contenido, está dentro del campo de la materia. La mente no puede ir más allá de eso a menos que tenga un orden completo dentro de sí misma y haya llegado totalmente a su fin el conflicto en la relación, lo cual implica una relación en la que está por completo ausente el «yo».

Esto no es una mera explicación verbal. Quien les habla les

está diciendo lo que él *vive*, no se limita a hablar de ello; si no lo viviera, eso sería hipocresía, sería algo deshonesto.

Cuando en la mente hay orden y existe el sentido de una relación total, ¿qué ocurre, entonces? Entonces la mente ya no busca nada, es incapaz de albergar ilusiones de ninguna clase. (Eso es absolutamente necesario, porque el pensamiento puede inventar cualquier experiencia, cualquier tipo de visión, cualquier clase de superconciencia, y todo lo demás). No hay, pues, ideal alguno, no hay forma; sólo hay conducta, la cual es orden y un sentido de relación con todos los seres humanos. Entonces, en ese estado, la mente tiene la base apropiada.

Ahora bien, de esto surge otra pregunta: ¿Está el cerebro totalmente condicionado? Este cerebro de la humanidad ha tenido miles y miles de experiencias; su educación consiste en una gran cantidad de conocimiento acumulado, de los libros y de otras partes; eso es el cerebro. Y el pensamiento funciona sólo dentro de ese campo de lo conocido. Puede inventar un campo y decir: «Aparte de lo que conozco, ahí estoy "yo"», pero es demasiado tonto. De modo que mi mente se pregunta: ¿Está *todo* el cerebro condicionado por la cultura económica, social, ambiental, religiosa, en que ha vivido? ¿Está la mente, que incluye el cerebro, totalmente condicionada dentro de las fronteras del tiempo? ¿Es la mente una completa esclava?

No digan «sí» o «no», porque entonces lo han establecido, entonces no hay nada más que investigar. Pero una mente que interroga, que tienta el camino en la oscuridad, que observa, sin motivo alguno, sin una dirección establecida, dice: «¿Está la mente condicionada en su totalidad y, por ende, es mecánica?». Y uno ve que es mecánica cuando funciona en el campo del conocimiento, ya sea éste científico, tecnológico, o el de la tradición sacerdotal. Es mecánica: repetición, repetición, repetición. Eso es lo que sucede: repetición del deseo, sexual o de otro tipo, repitiendo, repitiendo, repitiendo... En consecuencia, la mente se pregunta: «Es mecánica la totalidad de esta cosa, o existe, en este campo de la mente, un área que no sea mecánica?». ¿Puede la

mente estar libre de la causalidad? Porque donde hay causalidad, todo movimiento del pensar tiene que ser mecánico.

Saanen, 18 de julio de 1974

4

Nuestro interés principal es la transformación, el cambio radical de la mente humana. La mente humana incluye el cerebro, el corazón, el organismo como un conjunto; es la mente que ha originado este mundo que nos rodea, el mundo de la corrupción, la violencia, la brutalidad, la vanidad, y todas las estructuras que dan origen a la guerra. Estamos interesados en el cambio del contenido de la conciencia, ya que el contenido compone la conciencia. A menos que surja esa revolución radical, ese cambio psicológico, el conflicto no tendrá fin, no terminarán la violencia y el sufrimiento que tienen lugar en todas partes del mundo.

Este cambio no puede producirse sin que nos conozcamos a nosotros mismos, sin conocimiento propio. Éste no es el conocimiento del «yo superior» o el conocimiento de alguna «conciencia suprema», porque todo eso sigue estando en el campo del pensamiento. A menos que uno comprenda su propio ser, el ser de cada día –lo que piensa, lo que hace, sus devociones, sus engaños, sus ambiciones, todas sus actividades egocéntricas, su identificación con algo noble o innoble, con el Estado o con algún ideal–, uno seguirá dentro del campo del «yo». A menos que uno comprenda lo limitado de ese campo, al que estamos tan poco atentos –el campo que contiene tanto lo consciente como lo inconsciente, que se ocupa del ego individual, con sus ambiciones y reacciones individuales, las que son, en esencia, una parte de lo total, una parte de la comunidad, de la cultura en que vive el «yo»–, a menos que eso sea radicalmente comprendido, es imposible transformar el contenido de la conciencia.

La «comprensión» no es una cosa intelectual, emocional o pasajera. Es algo que llega con la acción y, por lo tanto, es una comprensión completa, no parcial. Al comprendernos a nosotros mismos, a nuestra conciencia y su contenido –ya que sin contenido no hay conciencia–, vemos que existen dos factores principales: placer y miedo. No pueden separarse. Cuando hay persecución, exigencia insistente de placer, eso trae como secuela el miedo. Al comprender el miedo, no debemos pasar por alto el hecho del placer.

El pensamiento es la medida del miedo. Es la respuesta de la memoria, que es experiencia y conocimiento atesorados en las células y los tejidos del cerebro. El pensamiento es materia. Todo nuestro mundo está construido a partir del pensamiento; se basa en la naturaleza misma, en la sustancia y actividad del pensamiento. Uno tiene que descubrir si el pensamiento ha engendrado el miedo. No cómo liberarnos del miedo; la libertad respecto del miedo sobrevendrá inevitablemente cuando uno comprenda la estructura, naturaleza y funcionamiento del pensar.

Cuando observamos todo el proceso del pensamiento –que ha creado el mundo con todas sus religiones, con todos sus dioses, con sus salvadores, que ha creado el mundo materialista en que vivimos–, vemos que, mientras funcionemos y permanezcamos allí, el miedo tiene que continuar. El miedo es la causa de nuestro sentimiento de soledad, de carencia, tanto física como psicológica; es la causa del apego a la propiedad, a las personas, a las ideas, a los conceptos, a las nacionalidades, a las familias. En tanto el pensamiento prosiga funcionando de este modo en el mundo material –y *tiene* que funcionar en ese mundo–, el miedo habrá de continuar. ¡Qué otra cosa tiene uno si vive en ese mundo, ya que allí debe buscar seguridad, física o psicológica! En tanto la mente busque seguridad material, en tanto afirme una permanencia, tiene que haber miedo. Sin embargo, el cerebro sólo puede funcionar de manera efectiva, objetiva, racional, si tiene completa seguridad. Eso es obvio. Cuando le falta seguridad, la busca mediante la creencia en dioses, en símbolos, en ideologías, en nacionalidades, lo cual conduce a una actividad neurótica. En tanto

me llamo a mí mismo nacionalista respecto de un país determinado, me estoy comportando neuróticamente; genero conflicto y división entre las personas. Ésa es una de las causas del miedo. Cuando nos damos cuenta de eso, de lo que implica toda la naturaleza del nacionalismo, ¿seguimos siendo nacionalistas? En tal caso, tienen que continuar el placer y el miedo.

Si la mente vive por completo en el mundo material, nada existe sino la materia, que es pensamiento, conciencia y voluntad. Si la mente vive allí, el miedo continuará, porque allí no hay otra cosa más que requerimiento de seguridad material y permanencia. Donde existe ese requerimiento, es inevitable que haya miedo.

Están todos los numerosos miedos ocultos en los escondrijos mismos de nuestra conciencia: miedos raciales, colectivos, el miedo al hambre, etc. Hay miedos secretos y formas extraordinariamente sutiles de placer. Hay miedo tanto consciente como inconsciente, miedo a la muerte, a la soledad, a perder un empleo, miedo a lo que la gente dirá, miedo a nuestros propios apegos y miedo de perderlos, miedo a no tener éxito, a no volvernos importantes. ¿Pueden estos miedos ser expuestos sin recurrir al análisis? Hemos visto la inutilidad del análisis, cómo el analizador y lo analizado son la misma cosa. Entonces, ¿qué ha de hacer la mente cuando se da cuenta del absurdo, de la falsedad del análisis o examen introspectivo?

Para comprender qué ha de hacer la mente, debemos investigar el problema de la meditación. Cuando usamos la palabra *meditación*, escúchenla como si nunca antes la hubieran oído. ¿Qué es la meditación? No cómo meditar, eso es irrelevante, porque tan pronto uno comprende qué es la meditación, ésta ocurre naturalmente, como el respirar. Para averiguar qué es la meditación, su verdadero significado, ¿podemos aprenderlo de otra persona? Libros y libros se han escrito al respecto. La gente ha meditado de acuerdo con un sistema determinado: el zen o las muchas variedades y métodos de los sistemas hindúes. Todos ellos implican un objetivo a ser alcanzado por medio del control. El control implica un controlador. Y el controlador, ¿es diferente de lo contro-

lado? Los grupos de meditación, con sus sistemas y filosofías, dicen: «¡Controla tu pensamiento!». El pensamiento divaga por aquí y por allá, y ese divagar es un desperdicio de energía; por lo tanto, ellos dicen que el pensamiento debe ser contenido, disciplinado, sometido, en la búsqueda de esa cosa llamada iluminación, Dios, verdad, como prefieran llamarla; lo innominado. Eso implica un controlador, es obvio. Y ¿quién es el controlador? En cualidad, en naturaleza, ¿es diferente de aquello que, según dice, él va a controlar? Esto es muy importante que se comprenda.

Quien les habla desea señalar que uno puede *vivir* de manera completa en la vida cotidiana, sin ningún control, contra todas las tradiciones, contra toda nuestra educación, nuestros comportamientos sociales y morales. Vivir una vida sin ningún tipo de controles, implica que debemos comprender muy, muy profundamente, quién es el controlador y qué es lo controlado, porque esto forma parte de la meditación. El controlador, ¿es diferente de aquello que él controla, o sea, del pensamiento? Hay quienes dicen que es diferente, que es el «yo» superior, que forma parte de la conciencia superior, que es la esencia de la comprensión o la esencia del pasado, que ha acumulado tanto conocimiento. Pero el controlador sigue estando en el campo del pensamiento; y por mucho que el pensamiento pueda elevarse, continúa en el área del tiempo y la medida.

¿Ven ustedes la verdad de esto? No la aceptación verbal de ello ni su comprensión intelectual, sino la verdad de que todos los dioses, cristianos o hindúes, todos, son la invención del pensamiento. El pensamiento puede proyectarse a sí mismo en toda clase de estados, de ilusiones. Y cuando el pensamiento dice que existe el «yo» superior, eso sigue estando dentro de su propio campo y, en consecuencia, el «yo» superior es aún materia.

Cuando vemos que el controlador es lo controlado, cambia todo el aspecto de la meditación. La meditación implica vaciar de su contenido a la conciencia. Sólo entonces pueden la mente y el cerebro estar absolutamente quietos. Esa quietud absoluta –no la relativa– es indispensable para observar. ¡No para experimentar!

Experiencias hemos tenido, de toda clase, y el pensamiento desea más experiencias, incluyendo la experiencia de otro estado, de otra dimensión. estamos hartos de este mundo y de sus experiencias; son aburridas, limitadas, restringidas, estrechas, y anhelamos una experiencia totalmente distinta. Ahora bien, experimentar implica reconocimiento. Si no reconozco lo experimentado, ¿hay experiencia? He tenido la experiencia de contemplar una montaña, su belleza, la oscuridad, el exquisito azul profundo de un amanecer, toda la sensación de algo extraordinario y magnífico. Esa experiencia no puede existir si no hay relación con el pasado. De modo que la experiencia implica reconocimiento desde el pasado. Y la mente anhela experimentar algo supremo. *Pero, para reconocerlo, ya debe haberlo experimentado.* Por lo tanto, eso no es lo supremo, sigue siendo la proyección del pensamiento.

La meditación es aquello en lo cual no hay experiencia alguna; no existe el elemento de tiempo, que implica movimiento y dirección. La dirección implica voluntad. ¿Puede la mente vaciarse del tiempo, de la dirección y del movimiento, lo cual implica que el pensamiento ha llegado a su fin? Ése es todo el problema.

Necesitamos del conocimiento para funcionar; para hablar cualquier idioma, necesitamos conocimiento; lo necesitamos para manejar un automóvil, para hacer cualquier cosa. ¿Qué lugar tiene el conocimiento en la meditación? ¿O no tiene lugar alguno? No lo tiene, porque el conocimiento es tan sólo una continuación del pasado, sigue siendo el movimiento del tiempo. ¿Puede la mente vaciarse del pasado y dar con esa área de sí misma que no ha sido tocada por el pensamiento? Hasta ahora, hemos funcionado únicamente en el área del pensamiento-conocimiento. ¿Hay alguna otra parte, alguna otra área de la mente –que incluye al cerebro– no alcanzada por la lucha humana, por la aflicción, la ansiedad, el miedo y la violencia, por todas la cosas que el hombre ha hecho a causa del pensamiento? La meditación es el descubrimiento de esa área.

Eso implica descubrir si el pensamiento puede llegar a su fin y, no obstante, seguir operando, cuando es necesario, en el cam-

po del conocimiento. Necesitamos del conocimiento, de lo contrario no podríamos funcionar, no seríamos capaces de hablar, de escribir, etc. El conocimiento es indispensable para funcionar, y su funcionamiento se vuelve neurótico cuando el nivel social, la posición, llega a ser sumamente importante, lo cual implica que el pensamiento ha entrado a actuar como el «yo». Así pues, el conocimiento es indispensable y, con todo, la meditación consiste en descubrir, o en observar, o en dar con un área donde no existe movimiento alguno del pensar. ¿Pueden ambas cosas vivir juntas, armoniosamente, *cotidianamente*?

Los ejercicios de yoga son excelentes para mantener sano el cuerpo, etc. Pero mediante ellos ustedes jamás podrán dar con lo otro, ¡jamás! Porque si les conceden la máxima importancia, no están dando importancia a la comprensión de sí mismos, lo cual equivale a vigilar, estar alerta, prestar atención a lo que hacen en cada día de su vida. O sea, prestar atención a cómo hablan y a lo que dicen, a lo que piensan, a cómo se comportan; descubrir si están apegados, si tienen miedo, si persiguen el placer, etc. Estar alerta a todo el movimiento del pensar. Si son de veras serios con respecto a esto, habrán establecido la relación correcta, es evidente. Cuando todas las cosas que nos rodean son caóticas, cuando el mundo se desmorona, como lo está haciendo, la relación se torna extraordinariamente importante. Cuando existe el establecimiento de una relación total, plena –no entre ustedes y yo, sino una relación humana con la totalidad del mundo–, entonces tenemos la base para la meditación.

A partir de ahí, podemos proseguir con la conducta, con el modo como nos comportamos. Si nuestra conducta se basa en el placer o en la recompensa, eso no es conducta. Es nada más que persecución del placer, y desde ahí surge el miedo. La relación, la conducta y el orden son absolutamente esenciales si queremos investigar la naturaleza de la meditación. Si no han echado ustedes estos cimientos, sea lo que fuere que ahogan, aunque se paren sobre la cabeza e inspiren y expiren por los siguientes mil años y repitan palabras, palabras, no habrá meditación. Si tie-

nen dinero suficiente, pueden ir a la India. Pero no sé para qué van, allí no encontrarán la iluminación. *La iluminación está donde está uno.* Allí donde uno está, tiene que comprenderse a sí mismo. Habiendo establecido eso, habiendo echado los cimientos del orden –no el orden mecánico, sino el orden que es virtud de instante en instante, que consiste en no seguir un modelo; no el orden establecido, no el orden de la virtud que dicta la sociedad, una sociedad inmoral–, entonces podemos investigar y descubrir qué es la meditación.

La meditación implica la calidad de una mente por completo silenciosa. No una mente *silenciada*, no un acto maquinado y producido por la voluntad, sino un silencio que adviene naturalmente cuando hemos establecido orden, relación y conducta. El silencio es indispensable. Si mi mente está parloteando, como lo está la mayoría de las mentes, en ese parloteo puede haber un período de silencio. pero eso no es silencio. El silencio no es ausencia de ruido, no es ausencia de conflicto. El silencio adviene sólo cuando hemos comprendido completamente el contenido de la conciencia y hemos ido más allá; eso implica que el observador y lo observado son uno y que no existe el controlador. Cuando no hay controlador –lo cual no quiere decir que uno viva una vida indisciplinada– ni observador, la acción es instantánea y genera una gran cantidad de energía.

La meditación implica vaciar la conciencia de su contenido, y eso ocurre únicamente cuando observamos, sin el observador, nuestra conciencia y lo que contiene. ¿Puede, cada uno de ustedes, mirar a su esposa o marido, a su novia o novio, mirar la montaña, sin el observador? El observador es el pasado. En tanto exista el observador, todo cuanto éste observe lo traducirá inevitablemente desde el punto de vista del pasado; por lo tanto, es el hacedor del tiempo psicológico. Establece la división de lo observado y el observador. En eso hay conflicto. Cuando existe la observación sin el observador, no hay conflicto, no hay pasado; sólo existe el hecho y uno tiene la energía para ir más allá del hecho. Háganlo y lo descubrirán.

Meditar implica reunir toda la energía. Uno ha establecido orden, relación, conducta; por consiguiente, en ese campo no hay disipación de energía. Esa energía es necesaria para mirar sin el observador, y uno tiene, entonces, la energía indispensable para ir más allá. Con esa energía, que no ha sido disipada, la mente ve que existe un área no alcanzada por el pensamiento. Pero todo esto requiere una atención y una disciplina extraordinarias. No es un mero juguete para personas inmaduras. La meditación exige una disciplina tremenda. La palabra *disciplina* significa aprender, no controlar, sojuzgar, imitar y amoldarse. El significado de disciplina es aprender. De la palabra *disciplina* se deriva «discípulo», uno que está deseoso de aprender del maestro; *aprender*. Pero aquí no hay discípulo ni maestro, sino tan sólo el acto de aprender, aprender todo el tiempo. Y eso requiere una gran dosis de atención, de energía, de modo tal que, al estar uno alerta, vigilante, no crea ilusiones. ¡Es tan fácil crear ilusiones! Llegan cuando uno persigue, exige, desea una experiencia. El deseo crea ilusiones.

Todo esto implica una mente muy, muy seria y un corazón que pertenece al amor, un corazón que jamás ha sido lastimado. Nosotros, los seres humanos, somos lastimados desde la infancia. Nos lastiman nuestros padres, nos lastiman en el mundo de los negocios. Nos lastiman en todas direcciones, y cuando estamos lastimados no podemos amar. ¿Es posible, entonces, para una mente que ha sido lastimada, herida, estar libre de todas esas heridas psicológicas, que son parte de la conciencia? Cuando consideren eso, descubrirán que es absoluta e irrevocablemente posible vaciarse de todas las heridas psicológicas y, en consecuencia, amar, tener compasión. Tener compasión implica tener pasión por todas las cosas, no sólo entre dos personas, sino por todos los seres humanos, por todas las cosas de la Tierra, los animales, los árboles, por todo cuanto la Tierra contiene. Cuando tengamos una compasión así, no saquearemos la Tierra como hoy lo estamos haciendo, y no tendremos guerras.

Para una mente seria, totalmente dedicada, interesada, la meditación significa algo extraordinario, algo inmenso. En la medi-

tación, la mente descubre el espacio. Hay espacio contenido dentro de una habitación y hay espacio fuera. El pensamiento, como «yo», crea el espacio estrecho en el que actúa; ha levantado, debido a las heridas psicológicas, debido a toda clase de razones, muros dentro de los cuales vive. Está ese espacio estrecho, y también el espacio que el pensamiento ha creado fuera de sí mismo. ¿Existe un espacio que no tenga fronteras, que no tenga límites y, por lo tanto, un espacio sin centro? Descubrir esto es meditación.

En tanto haya un centro, el «yo» o la idea del «yo», con todos sus apegos, ese centro crea un espacio alrededor de sí mismo. Donde hay un centro, tiene que haber un borde. El borde puede extenderse, pero seguirá estando limitado por el espacio que el centro ha creado. La meditación implica dar con ese espacio en el que no hay centro; por lo tanto, no hay dirección y, en consecuencia, no hay tiempo.

Sin meditación y sin dar con esa cosa que no puede ser experimentada, que no puede expresarse en palabras, que carece de tiempo y de continuidad, sin eso, la vida significa muy poco. Podremos tener muchísimo dinero, o no tenerlo; podremos estar apegados a nuestra esposa, a nuestro amigo, o podremos adorar a nuestro pequeño dios particular que el pensamiento ha inventado, pero mientras vivamos ahí, habrá sufrimiento, pena, ansiedad y violencia. Y eso es obvio que no tiene sentido. Sólo cuando damos con este espacio –no inventándolo, no proyectándolo, no produciéndolo mediante sistema alguno–, sólo entonces, la vida tiene realmente un sentido extraordinario de belleza y significación.

Saanen, 28 de julio de 1974

UNA RELACIÓN CON EL MUNDO

1

Somos el mundo. El mundo es lo que somos ustedes y yo; no está separado de nosotros. Hemos creado este mundo, el mundo de la violencia, el mundo de las guerras, de las divisiones religiosas, del sexo, de las ansiedades, de la absoluta falta de comunicación mutua, el mundo carente de todo sentido de compasión, de consideración por el otro. Dondequiera que uno vaya, a cualquier país del mundo, los seres humanos, o sea, uno mismo y otro, sufrimos; nos sentimos ansiosos, inseguros, no sabemos qué va a suceder. Todo se ha vuelto incierto. En todas partes, como seres humanos, estamos inmersos en el dolor, el miedo, la ansiedad, la violencia, la inseguridad respecto de todas las cosas. Hay una relación común a todos nosotros: esencial, fundamentalmente, *somos* el mundo. El mundo es uno mismo, y uno es el mundo. Al darnos cuenta de esto, no románticamente, no intelectualmente, sino como un hecho fundamental, vemos que nuestro problema es un problema global. No es mi problema o el problema de otro en particular; es un problema humano.

Estamos, pues, enfrentándonos al problema humano, global, de que uno, como ser humano, está viviendo en un mundo que se desintegra. Por lo tanto, cuando hablamos de la relación, estamos

hablando de la relación entre un ser humano y otro ser humano. Cuando comprendemos *esa* relación, entonces podemos acercarnos mucho más, o sea, acercarnos a la relación que uno tiene con su vecino, con su esposa, con su hijo, etc. A menos que tengamos un sentido global, universal del ser humano, viviremos meramente en fragmentos, como americano, europeo, comunista, socialista, hindú, budista... y todas las demás divisiones que el hombre ha hecho. Estamos interesados en la humanidad, que es cada uno de nosotros. Dondequiera que vayamos, el hombre está sufriendo, tiene miedo, desea descubrir si hay alguna verdad, algún dios, algo sagrado, si existe una eternidad o sólo el final de la vida, y si el hombre puede alguna vez estar libre de miedo y poner fin al dolor.

(Cuando decimos «hombre» también queremos decir «mujer»; no disputemos acerca de palabras, eso se vuelve más bien infantil.)

En nuestra acción de examinar juntos las cosas, no hay autoridad alguna, no existen el que enseña y el enseñado, el gurú y el discípulo. En el mundo psicológico, en el mundo del espíritu, no existe la autoridad. Ustedes no siguen al que les habla ni aceptan lo que él dice. Es bueno tener una gran dosis de escepticismo, pero ese escepticismo debe ser mantenido a raya, y debemos saber cuándo abandonarlo y cuándo retenerlo. Al examinar este inmenso problema de la existencia, ustedes y yo debemos ser muy claros y comprender que no hay autoridad, no hay uno que sabe y otro que no sabe. Vamos a examinar esto juntos. Pero que ustedes sean capaces de hacerlo, es un asunto diferente. Depende de ustedes que prosigan la investigación con intensidad y firmeza. Si no tienen la energía, la intención, la persistencia necesaria, entonces crean la autoridad. Si son perezosos, indolentes, le entregan la autoridad a otro. O si son desordenados en sus vidas y ven el sentido del orden en otra persona, la convierten en una autoridad. Así que, por favor, vamos a examinar las cosas juntos sin sentido alguno de autoridad, lo cual implica que hay libertad para mirar. Porque una de las causas de esta sociedad que se desinte-

gra y en la que vivimos, es que somos seguidores; aceptamos la autoridad espiritual, aceptamos al intermediario, al sacerdote, al psicoanalista, como nuestro guía en cuestiones del espíritu. Nos tornamos incapaces cuando nos abandonamos a otro para descubrir acerca de nosotros mismos. Al parecer, no podemos investigarnos y examinar muy atentamente la totalidad de la existencia humana, que somos cada uno de nosotros. Si vamos a examinar e investigar juntos y no existe autoridad alguna, tan sólo libertad para examinar, vean la belleza de ello: en ese caso, ustedes y yo tenemos una relación.

En el ser humano y en la sociedad en que vive, una de las causas básicas de esta desintegración, de esta disolución, es la absoluta falta de un espíritu religioso. Religión significa acumular toda la energía para investigar la verdad; significa descubrir, dar con ese estado de la mente o conciencia en el que existe la verdad no inventada por el pensamiento. Como decíamos, uno de los factores de desintegración es la total falta de una mente religiosa, y otro factor es la falta de moralidad; no moralidad cristiana o moralidad hindú o moralidad permisiva. Moralidad implica sentido del orden, de un orden básico. No orden conforme a un modelo, conforme a la conveniencia del entorno, sino un orden que adviene cuando comprendemos la naturaleza del desorden; y esa moralidad no es algo abstracto, es una cosa llena de vida.

Este mundo en desintegración es nuestra mente. Uno es la esencia de la sociedad; es, en sus relaciones, la base de la sociedad. Y cuando no hay relación, hay desintegración. ¿Qué es, entonces, la relación? La relación es la base de nuestra existencia, la base de nuestra sociedad, y a menos que haya una comprensión profunda de eso y una transformación de esa relación, no podremos proseguir investigando acerca de la meditación, de lo que es la religión, la verdad, etc. De modo que ésa es la base sólida sobre la cual debemos, evidentemente, permanecer.

Es indispensable descubrir qué significa una relación verdadera, exacta. La palabra *exacta* significa realmente correcta. ¿Qué es la relación? ¿Qué quiere decir estar relacionado con otra

persona: en el nivel físico, en el nivel sexual, en el psicológico, en el emocional, en el intelectual y en el nivel de lo que uno llama amor? Si toda esa naturaleza y estructura de la relación no se comprende claramente y no se vive de día en día, es totalmente infantil ir a meditar, no tiene sentido, porque entonces la meditación se vuelve tan sólo un escape inútil. A menos que uno establezca la relación correcta entre uno mismo y otro, siendo ésa la base misma de toda existencia, el tratar de meditar se convierte en una evasión respecto de lo real, y eso conduce a toda clase de resultados neuróticos y destructivos.

¿Cuál es, entonces, la verdadera relación que tenemos unos con otros en nuestra vida diaria? Si la examinamos muy detenidamente y sin temor, vemos lo que ocurre. Uno tiene una imagen acerca de sí mismo, ¿no es así? Tiene una representación mental, una idea, un concepto de sí mismo, y la persona con la que uno está relacionado –él o ella– tiene su concepto de sí misma, su imagen, su propia representación mental. Por favor, ustedes se están mirando a sí mismos, no se limitan a escuchar estas palabras. Ellas son para ustedes un espejo, y el espejo pierde su utilidad cuando se miran realmente a sí mismos. Así pues, uno y otro, hombre y mujer, novio y novia, marido y esposa, etc., cada ser humano, tiene una representación, una imagen, una conclusión, una idea acerca de sí mismo.

Si uno ha vivido con otra persona durante una semana, o un centenar de semanas, se ha formado una imagen de esa persona, y ésta se ha formado una imagen de uno. Eso es un hecho, ¿verdad? ¿Tienen miedo de mirar esa imagen? Esa imagen se ha formado a través de muchos días, muchos años, muchos incidentes: riñas, placer, consuelo, temor, dominio, posesión, apego, y así sucesivamente. Cada persona tiene una imagen de la otra. Eso es una realidad, ¿no es cierto? Y llamamos a eso relación. Es una relación entre dos imágenes, entre dos representaciones mentales. ¿Correcto? No están concordando con quien les habla, están mirando el hecho. Estas representaciones o imágenes o conclusiones son recuerdos, recuerdos que cada uno ha reunido, almace-

nado en el cerebro. Y ambos reaccionan el uno respecto del otro conforme a esas imágenes. Uno ha sido agraviado, y ese agravio es un recuerdo almacenado en el cerebro; ese recuerdo reacciona. De modo que nuestra relación no es real sino que se basa en recuerdos. Si uno está casado, se ha formado una imagen de su esposa, y la esposa se ha formado una imagen de uno. Esas imágenes, esas representaciones son las riñas, los comentarios casuales, las ofensas, los placeres, los consuelos, los recuerdos sexuales... todo eso. Y la relación lo es en la memoria entre estas dos representaciones verbales; no es real. En consecuencia, hay siempre división y conflicto. Cuando uno ha sido lastimado en esa relación, es la imagen que uno se ha formado acerca de sí mismo la que ha sido lastimada.

Me pregunto si están realmente observando esto en sí mismos, o si escuchan a quien les habla y concuerdan con él. Hay dos hechos diferentes. Si concuerdan con quien les habla, eso significa muy poco. ¿O ven como algo real que han formado una imagen de sí mismos y que la herida psicológica existe a causa de esa imagen?

Así pues, en esta relación de seres humanos, se ha generado la herida psicológica. La imagen ha sido herida. A menos que sanen esa imagen totalmente, siempre habrá conflicto. Hay heridas pasadas y uno puede recibir heridas futuras. He sido herido psicológicamente en el pasado; desafortunadamente, esto ocurre desde la infancia: en la escuela, en el colegio, en el hogar. A lo largo de toda la vida lo hieren a uno y, por sentirse uno herido, levanta un muro alrededor de sí mismo para resistir, para que no lo hieran más. Y, cuando levantamos un muro alrededor de nosotros mismos, tiene lugar la división. Uno podrá decir: «Te amo», pero son sólo palabras, porque existe una división.

¿Es posible que a uno no lo hieran en absoluto? Eso significa construir un muro de resistencia para que nada pueda alcanzarnos, sino vivir sin resistencia alguna, lo cual implica no ser herido jamás.

¿Saben lo que significa ser herido psicológicamente? Cuando un niño es comparado con otro, eso es una herida. Cual-

quier forma de comparación hiere. Cualquier forma de imitación, de conformidad, hiere, no sólo verbalmente sino en lo profundo. Y cuando uno está herido, desde esa herida hay violencia. ¿Es posible, pues, no ser herido jamás? ¿Cómo hemos de abordar las heridas pasadas e impedir las heridas futuras? Lo averiguaremos.

Cuando uno dice: «Yo me siento herido», qué es este «yo» que se siente herido? Uno dice: «Usted me ha herido profundamente», con sus palabras, con un gesto, con su descortesía, etc.; ¿qué es lo que ahí está herido? ¿No es, acaso, la imagen que uno ha formado de sí mismo? Por favor, considérenlo. Esa imagen es uno de los factores que la sociedad, la educación y el medio han formado en nosotros. «Uno» es esa representación mental, esa imagen, el nombre, la forma, las características, la idiosincrasia, etc. Todo eso soy «yo», la representación, la imagen de mí mismo. Y esa imagen ha sido herida. Tengo una conclusión acerca de mí, que soy esto o aquello, y cuando esa conclusión se ve perturbada, me siento herido. ¿Puedo, pues, vivir sin una conclusión, sin una imagen propia? Mientras tenga esa imagen, seré perpetuamente herido. Puedo ofrecer resistencia, puedo levantar un muro a mi alrededor, pero cuando hago esto, cuando me aíslo, hay una división, y donde hay una división tiene que haber conflicto, como ocurre con árabes y judíos, hindúes y musulmanes, comunistas y anticomunistas. Es ley que, donde haya división, tendrá que haber conflicto.

¿Es posible, pues, no ser herido en absoluto? Es decir, tener una mente inocente, una mente incapaz de sentirse herida. Es muy importante averiguar si uno puede vivir así en su vida cotidiana. No largarse a algún monasterio o a alguna comunidad donde todos concuerdan, volviéndose blandos y sentimentales, sino descubrir si podemos vivir realmente, en la vida de cada día, sin una sola imagen y, por lo tanto, sin ser heridos jamás, lo cual implica no estar nunca en conflicto, no tener nunca divisiones psicológicas. Vamos a averiguarlo. Vamos a examinar si es posible vivir de esa manera.

Lo primero es darse cuenta de que uno tiene esta imagen. Cuando tengo una imagen de mí mismo y ésta se siente herida, y mi esposa tiene su propia imagen y se siente herida, ¿cómo puede haber relación alguna entre nosotros? ¿Es posible, entonces, no tener una imagen, ya que eso implica no sentirse herido? A uno lo han herido en el pasado, y ante el temor de recibir más heridas, erige un muro de resistencia a su alrededor; por consiguiente, se aparta, se aísla. Ahora bien, ¿cómo abordarán ustedes las heridas pasadas? ¿Analizarán por qué los han herido, las causas de sus heridas psicológicas? ¿Lo investigarán analíticamente?

Consideren la tradición analítica. Hemos aceptado el análisis como parte de nuestra vida. Si no podemos analizarnos nosotros mismos, recurrimos al profesional. ¿En qué consiste el proceso del análisis? Están el analizador y lo analizado. Pero el analizador, ¿no es lo analizado? Hemos creado, pues, una división artificial entre el analizador y lo analizado, ya que el analizador es, en realidad, lo analizado. De manera que hay un error fundamental en el proceso del análisis. Y, en este proceso del análisis, empleamos tiempo, días, meses, años, jugando el juego de enriquecernos mutuamente según nuestros propios y peculiares modos, financiera, emocionalmente y demás. Así pues, al darnos cuenta de este error fundamental en el proceso del análisis, ¿cómo haremos para liberarnos de todas las heridas pasadas y de cualquier clase de heridas que pudieran producirse en el futuro?

Quien les habla está compartiendo con ustedes este problema: descubrir realmente, en la vida diaria, si es posible vivir sin una sola herida psicológica, ya que entonces sabrán qué es el amor.

La ofensa y la adulación son la misma cosa, ¿verdad? Ambas son formas diferentes de heridas psicológicas. Me adulan, eso me agrada y el adulador se convierte en mi amigo. Por lo tanto, ésa es otra forma de estimular la imagen. Una de las formas la deseo, la otra no la deseo. Ahora estamos abordando sólo lo que no deseamos, o sea, no deseamos que nos hieran; pero deseamos lo otro, que es placentero, consolador, agradable para las imágenes que tenemos. Ambas formas son, pues, lo mismo. Entonces,

mo haré, cómo hará un ser humano, para liberarse de la herida psicológica? Vamos a investigar, pues, la cuestión de lo que es estar atento.

¿Qué significa atender? Si uno sabe qué significa atender, eso podrá resolver el problema. ¿Han prestado alguna vez atención total a algo? ¿Atención completa en la que no existe un centro desde el cual atienden? Cuando hay un centro desde el cual atendemos, existe una división. Expongámoslo de otra manera. Ustedes saben qué es tener conciencia de algo. Tienen conciencia de los árboles bajo los que estamos sentados, de las ramas, del color y grosor de esas ramas, de las hojas, de las sombras; tienen conciencia de la naturaleza que les rodea, de la belleza de todo ello. [Las pláticas de Ojai tenían lugar al aire libre, en un bosquecillo de robles.] También tienen conciencia de que están sentados sobre el suelo, del color de la alfombra, del micrófono. ¿Pueden darse cuenta de todo esto, del micrófono, de la alfombra, de la tierra, del color de las hojas, de la camisa azul, darse cuenta de todo eso sin preferencia alguna? Es decir, mirarlo sin optar, sin juzgar; simplemente mirar.

Si pueden mirar así, sin juzgar, sin preferencia alguna, sólo observando, en esa observación no hay observador. Tan pronto interviene el observador, empieza el prejuicio, el agrado y el desagrado: «Prefiero esto, no me agrada aquello», y tiene lugar la división. La atención existe, pues, únicamente cuando no hay una entidad que diga: «Estoy atendiendo». Por favor, es importante comprender esto: gracias a que hay atención, cuando existe un darse cuenta libre de toda preferencia, de todo juicio, cuando tan sólo hay observación, verán que ya no vuelven a ser heridos, y que las heridas del pasado han sido eliminadas. Pero apenas interviene el observador, éste queda herido.

Así pues, cuando hay atención completa, no hay heridas psicológicas. Si alguien dice que quien les habla es tonto o arrogante, al escuchar la palabra y concederle atención completa, no hay herida pasada ni herida futura, porque no existe entidad alguna que esté observando. Por favor, esto es sumamente importante,

porque mientras haya división tiene que haber conflicto. Al abordar la cuestión del miedo, del placer, del dolor, de la muerte, es muy importante ver que, en tanto exista una división entre el pensador –el observador, el experimentador– y el pensamiento, es inevitable que haya conflicto, fragmentación y, por ende, desintegración. ¿Pueden, pues, observar el árbol, observarse a sí mismos, al vecino, observar la vida, todo en un estado de atención completa? ¿Pueden, luego, observar con atención total la imagen que tiene de sí mismos? Y cuando prestan atención completa, ¿hay, acaso, imagen alguna?

Cuando no hay imagen ni representación mental ni conclusión de ninguna clase, ¿cuál es, entonces, la relación entre dos seres humanos? Actualmente, nuestras relaciones se basan en la división, lo cual es un hecho obvio. El hombre concurre a la oficina, donde es brutal y ambicioso, codicioso; después, llega a su casa y dice: «Querida, qué hermosa eres». Así, hay contradicción en nuestra vida y, por eso, nuestra vida es una batalla constante; en consecuencia, no hay relación. Tener una verdadera relación humana es no tener imagen ni representación ni conclusión alguna. Y esto es bastante complejo, porque tenemos recuerdos. ¿Podemos liberarnos de los recuerdos que guardamos respecto de los incidentes de ayer? Todo eso está implicado. Entonces, ¿cuál es la relación entre dos seres humanos que no tienen imágenes? Lo descubrirán si no tienen imagen alguna. Eso puede ser amor.

Así pues, ¿puede uno, de hecho, en la vida cotidiana, vivir sin división alguna? Eso implica vivir sin conflicto, sin guerra.

Ojai, 3 de abril de 1976

2

Toda nuestra vida se basa en el pensar. Todas nuestras acciones son el resultado del pensamiento, ya sea proveniente del profundo pasado, o de las necesidades inmediatas que dicta el

entorno. El pensamiento guía toda nuestra vida. El pensamiento nos ha dividido en naciones, clases, sectas religiosas, creencias, con sus dogmas y rituales. El pensamiento ha edificado las iglesias y los templos, así como las distintas estructuras religiosas orientales con su propaganda. Pienso que esto es un hecho irrefutable.

¿Qué es el pensamiento? ¿Por qué se ha vuelto un factor tan extraordinariamente importante en nuestra vida? La educación que recibimos, nuestras relaciones, se basan en el pensamiento, en la imagen, en la estructura verbal. Todo ello es producto del pensamiento. ¿Por qué el pensamiento ha llegado a ser tan persistente, continuo y divisivo?

Al examinar por qué el pensamiento se ha vuelto tan extraordinariamente importante, también tenemos que investigar la cuestión de la conciencia. La conciencia está llena de pensamientos y de las cosas del pensamiento. Ya sea consciente o inconscientemente, en el fondo sigue siendo el movimiento del pensar que, desde el pasado, se encuentra con el presente y origina el futuro. Todo eso es el movimiento del pensar. Movimiento implica tiempo. El pensamiento implica medición. Por lo tanto, es un movimiento, es tiempo y medida.

¿Qué es el proceso del pensamiento? ¿Cuál es su naturaleza y estructura? Ésa es nuestra vida; actuamos, vivimos conforme a ciertos patrones establecidos por el pensamiento. Parece extraordinariamente importante comprender el pensamiento, porque el pensamiento ha dividido a las personas, las ha dividido desde el punto de vista nacional, geográfico, o según sus creencias, sus dogmas. El pensamiento ha edificado toda la estructura de la memoria como el «yo» y el «tú», el ego, la personalidad, etc.

Estamos tratando de descubrir si existe otra conciencia que no sea producto del pensamiento; por lo tanto, debemos examinar *esta* conciencia tal como la reconocemos, repleta de las cosas del pensamiento. ¿Cuál es el origen del pensar? ¿Por qué el pensar, el pensamiento, es fragmentario? ¿Desde dónde surge? ¿Cuál es la naturaleza de la conciencia y por qué esa conciencia está llena

con este movimiento del pensar? Debemos descubrir por nosotros mismos cuál es el origen del pensamiento.

El pensamiento, ¿no es, acaso, una reacción de la memoria? La memoria es experiencia almacenada como conocimiento. Hay una experiencia, está el conocimiento de esa experiencia como memoria, y la respuesta de esa memoria es el pensar. El origen del pensamiento está, pues, en el pasado. El pensamiento surge desde el pasado. Si examinamos nuestras vidas, vemos que todas se basan en el pasado. El conocimiento es el pasado, no hay conocimiento del futuro ni del presente. Hay conocimiento del presente sólo cuando existe una comprensión completa acerca de lo que es la estructura y naturaleza del pasado, y se termina con ello.

De modo que el pensar es la respuesta del movimiento que procede del pasado. El pasado se halla almacenado en el cerebro, como experiencia y conocimiento. Y, ¿por qué el pensamiento es fragmentario? ¿Por qué ha generado divisiones entre los seres humanos: cristianos, budistas, comunistas, socialistas, capitalistas, creyentes y no creyentes, etc.? ¿Existe una acción que no se base en el pensamiento, que no sea divisiva ni fragmentaria, en la cual no haya remordimiento, aflicción, dolor? El proceso fragmentario se manifiesta en nuestra vida diaria como el «yo» y el «tú», el «nosotros» y el «ellos», cristianos, no cristianos, y así sucesivamente. Ese fragmento del pensar puede creer que hay Dios, pero Dios sigue siendo, entonces, el producto de un fragmento.

El pensar ha llenado nuestra conciencia con sus propios fragmentos, y entonces dice: «Debo ir más allá de este fragmento, debo encontrar la iluminación, debo encontrar a Dios, la verdad, el nirvana», como quieran ustedes llamarlo. Un fragmento intenta comprender aquello que es total, aquello que es cuerdo, sano, sagrado –la palabra total implica *todo* eso–. Así, el fragmento ha estado tratando de captar o de dar con aquello que es total. Por consiguiente, medita, controla, intenta seguir un sistema a fin de llegar a aquello, pero eso sigue siendo el movimiento del tiempo como un fragmento en el campo de la medida.

¿Por qué es un fragmento el pensar? ¿Por qué se ha vuelto un fragmento? ¿Por qué nos ha dividido en yo y tú, nosotros y ellos, budistas, comunistas, socialistas, etc.? ¿Puede el pensamiento ver lo total? ¿Puede verse a sí mismo como un fragmento? ¿O jamás puede verse a sí mismo, ver sus propias limitaciones, su propio movimiento fragmentario y, por lo tanto, jamás puede ver lo total?

Ahora dejemos eso por el momento, ya llegaremos a ello de una manera diferente.

¿Nos damos cuenta, vemos que nuestra conciencia es su contenido? El contenido de la conciencia compone la conciencia. Si uno es cristiano, el contenido de su conciencia son todas las creencias, los dogmas, los rituales, las reacciones, los apegos, las ansiedades, los temores, los sufrimientos, las aspiraciones, las imágenes que uno ha formado de sí mismo y de los demás, todas las conclusiones, los prejuicios que uno tiene... todo eso es el contenido de su conciencia. Es así. Nuestra conciencia está compuesta, pues, de las cosas que contiene. Y el contenido de la conciencia está lleno de las cosas del pensamiento: nuestro conocimiento académico, el conocimiento de nuestras propias experiencias, nuestros prejuicios, etc. Nuestra conciencia es, pues, fragmentaria. Y dentro de esa área procuramos encontrar la realidad, la verdad, expandiendo la conciencia, intentando ir más allá.

¿Se limitan ustedes a aceptar mis palabras o están observando por sí mismos, vigilando el contenido de su propia conciencia, viendo que está lleno de todas las cosas que han acumulado? No sólo las que han acumulado ustedes, sino las que acumularon las generaciones pasadas: las tradiciones, la manera de comportarse. Todo eso es la conciencia de ustedes y, debido a que es fragmentaria y divisiva, tiene que estar siempre en conflicto. El pensamiento se da cuenta de esto y se dice: «Debo ir más allá» –por medio de la meditación, del control, de la represión, de distintas formas de ampliar la conciencia–. Éste es el juego que jugamos todo el tiempo, aferrándonos a nuestro contenido e intentando ir más allá de él.

El pensamiento no puede, pues, ver lo total, porque en sí es fragmentario. Si pudiera ver lo total sería lo total, no haría esfuerzo alguno para ver lo total –siendo lo total sano, no divisivo, cuerdo y sagrado–. Pero no es lo total. Ahora bien, el observador es fragmentario; dice: «Estoy consciente de las limitaciones de mi pensamiento». Ese observador es el pasado, y el pasado, por ser fragmentario, convierte en fragmentarias todas las cosas que los seres humanos han acumulado durante siglos y siglos. Y nosotros pensamos que el progreso del hombre radica en el conocimiento. Uno pone en duda que el conocimiento sea la herramienta del progreso, aunque diversos profesores y expertos afirman que el conocimiento es el camino; no puede serlo, porque el conocimiento es el pasado. El movimiento del pensar es tiempo, y nosotros creemos que el tiempo nos hará progresar, evolucionar, crecer... pero el tiempo también es fragmentario.

Existen dos clases de tiempo: el tiempo físico, cronológico, del reloj –ayer, hoy y mañana– y el tiempo psicológico de «yo seré», un mañana psicológico en el que seré capaz de alcanzar la iluminación, en el que seré perfecto. Pero, ¿existe en modo alguno el tiempo psicológico, o sigue siendo una invención del pensamiento? Estamos procurando descubrir si hay una acción que no se base en el pasado y que, por lo tanto, no sea divisiva. ¿Existe una acción completa, total, no atrapada en la red del tiempo?

Después de ver la acción, el movimiento que tiene lugar en el mundo y en nosotros mismos, que somos el mundo, uno quiere averiguar si hay una acción que no se base en conclusiones –porque la conclusión es el movimiento del pensar–, una acción no basada en un ideal, que también es fragmentario, ni en un prejuicio; una acción que en todo momento sea completa, total, de modo que en esa acción no haya remordimientos ni sufrimientos ni aflicciones. ¿No desean encontrar una acción semejante? Nosotros vivimos basados en una acción que es dolorosa, en la que siempre hay incertidumbre, remordimientos: «Desearía no haber hecho eso». Uno conoce la acción que trae consigo remordimientos, aflicción, dolor, confusión, etc., y desea descubrir si hay

una acción que sea total y, por consiguiente, completa, en la que no intervenga ninguno de esos movimientos ponzoñosos. Creo que esto es lo que exige todo lo que hay de inteligente en un ser humano, y no siendo uno capaz de encontrarlo, inventa un agente externo: «Si puedo llegar a Dios, conoceré la acción completa». Uno jamás llegará a Dios, ¡porque Dios es su propia invención! Vamos, pues, a averiguar si existe una acción que sea total, cuerda, sana, racional y, por lo tanto, sagrada.

¿Por qué el pensamiento ha inventado un ideal? El ideal es lo opuesto de *lo que es*. El ideal es el futuro, y *lo que es*, es el presente, lo real. Uno no sabe cómo habérselas con lo real, cómo comprenderlo e ir más allá; por consiguiente, al no poder comprenderlo, proyecta un ideal, y éste es ficticio, carece de realidad. Existe, pues, la división entre *lo que es* y el ideal; de aquí surge el conflicto. El pensamiento, por ser fragmentario, no es capaz de comprender *lo que es*, lo que de hecho existe en el presente. Piensa que lo comprenderá creando un ideal y tratando de seguirlo; en consecuencia, genera más y más conflicto. Pero si uno es capaz de mirar el presente, lo real, *lo que es*, de mirarlo sin la norma, sin el ideal, sin el observador, que es el pasado, entonces uno se encuentra con lo real.

¿Puede uno mirar sin prejuicio alguno, sin prejuzgamiento, *lo que es*? ¿Puede mirarlo sin el observador, que es el pasado? Digamos que envidio a la gente; cómo miro esa envidia? ¿La miro como un observador diferente de la envidia? La miro como si estuviera separado de la envidia, pero el hecho es que *soy* la envidia. El observador no es diferente; el observador mismo *es* eso. El observador es lo observado. Por favor, esto es realmente muy importante que se comprenda: cuando uno ha llegado a captar que el observador es lo observado, entonces lo observado experimenta un cambio radical. La interferencia del observador, que es el pasado, impide un cambio radical de *lo que es*. Comprender esto, elimina todo conflicto.

Nos han educado para ajustarnos a la división del observador y lo observado, y el observador procura siempre hacer algo res-

pecto de lo observado. Dice: «Soy envidioso; encontraré razonable ser envidioso; si no lo soy, ¿qué ocurrirá en la sociedad»?, reprimo la envidia, la racionalizo o la justifico, todo lo cual es un proceso de conflicto. De ese conflicto se derivan todos los tipos de violencia. Pero el hecho real es que el observador *es* lo observado. Por lo tanto, cesa la división. Cuando sólo hay observación del hecho, el hecho sufre una transformación radical. ¿Puede uno, pues, vivir una vida en la que no haya conflicto en absoluto? Eso es ser perfectamente cuerdo. El desequilibrado, el insano, es el que está siempre en conflicto.

Uno quiere, pues, encontrar un modo de vivir en el que no haya conflicto, en el que el pensar, que es el movimiento en el tiempo, que es medida, que crea división, pueda darse cuenta de sus propias limitaciones y funcione donde es absolutamente necesario y no penetre para nada en el campo psicológico. El pensamiento ha creado la psique, los estados psicológicos que constituyen el «yo», mi ego. Y el pensamiento es fragmentario; por lo tanto, lo que él ha creado, el «yo», es fragmentario. Entonces el pensamiento dice: «Tengo que integrarme en lo total», lo cual es una imposibilidad. ¿Puede, pues, el pensamiento mismo darse cuenta de que es un fragmento y de que cualquier movimiento que haga debe, por fuerza, ser fragmentario? ¿Puede darse cuenta de que hay una acción no fragmentaria, la cual sólo tiene lugar cuando el observador es lo observado, y de que en esa acción, aquello que *es* experimenta un cambio radical?

Nuestra conciencia está llena de las cosas del pensamiento y, por eso, nuestra conciencia es fragmentaria. ¿Hay una conciencia que no sea fragmentaria, y puede el pensamiento encontrarla? ¿Hay una conciencia que no sea producto del pensamiento? Nosotros hemos dividido el universo como «yo» y «tú», «nosotros» y «ellos», el bien y el mal. Lo hemos dividido, es decir, el pensamiento lo ha dividido. Y entonces el pensamiento se pregunta: «¿Existe una conciencia no producida por mí?». Y bien, ¿cómo va uno, un ser humano, a descubrir si existe una conciencia no producida por el pensamiento? El hombre ha intentado esto du-

-nte milenios. No es sólo ahora que lo intentamos. Él ha sostenido que debe haber otra clase de conciencia distinta de ésta. Y entonces dice: «Tengo que controlar el pensamiento; debe haber un sistema mediante el cual sea posible controlarlo; y entonces, cuando el pensamiento sea controlado, contenido, quizá sabré qué es "lo otro"». Y ésta es toda la base de la así llamada meditación: controlar el pensamiento. Pero no nos preguntamos quién es el controlador. El controlador es aún el pensamiento.

Para descubrir, pues, para dar con aquello que no es producto del pensamiento, tenemos que comprender el lugar que el pensar tiene como conocimiento y, sin que lo reprimamos, ver dónde no tiene lugar alguno. El pensar tiene un lugar, como conocimiento, en nuestra vida cotidiana, en nuestras actividades superficiales: manejar un automóvil, trabajar en una fábrica, escribir, etc. Sólo cuando hemos comprendido la naturaleza íntegra del pensar, es posible dar al conocimiento su lugar correcto. La psique, el «yo» es un producto del pensamiento: mi virtud, mi temperamento, mis deseos, mis ambiciones, mi idiosincrasia peculiar, mi experiencia como opuesta a la experiencia de otro. Todo eso es resultado del pensamiento. Éste, como conocimiento, tiene su lugar apropiado, pero no tiene lugar alguno en la psique. O sea, ¿puede la mente, puede toda esta estructura de la psique, dejar de ser? Sólo entonces hay una clase por completo diferente de conciencia; esto jamás lo descubrirán mediante la meditación que practican.

Todas las cosas que el pensamiento ha producido constituyen una realidad. Pero el pensamiento no ha producido la montaña o el árbol, que también son una realidad. Todos los dioses, todos los rituales, todo el perjuicio que el pensamiento causa en el mundo, son una realidad: la guerra es una realidad, matar a la gente es una realidad, la violencia, la brutalidad, la dureza, la destrucción, son una realidad producida por el pensamiento. Las montañas, los árboles, los ríos, la belleza del cielo, son una realidad, pero ésta no ha sido producida por el pensamiento. La creencia es una realidad producida por el pensamiento, pero es neu-

rótica. La neurosis es una realidad. La verdad no lo es. El pensamiento jamás puede alcanzar la verdad. Entonces, ¿cuál es la relación entre la verdad y la realidad?

Hemos examinado la naturaleza del pensamiento. Dijimos que el pensamiento es un proceso material, porque se halla almacenado en el cerebro, forma parte de la célula, que es materia. Así pues, es un proceso material en el tiempo, un proceso en movimiento. Y todo lo que ese movimiento crea es una realidad; lo neurótico, así como lo fragmentario, son realidades. ¿Qué es la verdad, entonces? El pensamiento, que es fragmentario, que se encuentra preso en el tiempo, que es dañino, violento, ¿puede encontrar la verdad, siendo la verdad lo total, lo sagrado? Y si no puede encontrarla, ¿qué relación tiene, entonces, el pensamiento, la realidad, con aquello que es absoluto?

Vean, todo esto exige meditación. Ésta es la *verdadera* meditación, no así las cosas importadas a este país por los gurúes. ¿Puede esta conciencia, que es su contenido, expandirse alguna vez para incluir la conciencia de la verdad? ¿O esta conciencia de la psique, el «yo» con todo su contenido, tiene que terminar antes de que pueda percibirse aquello que es la verdad? Uno tiene que descubrir cuál es la naturaleza de la psique, que ha sido producida por el pensamiento. ¿Qué es el «yo» –la vanidad, la arrogancia, el deseo de lograr, de alcanzar el éxito– al que nos aferramos tan desesperadamente? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cómo se ha originado? Porque si eso existe, lo otro no puede existir. Si soy egoísta, en tanto exista ese centro psíquico la verdad no puede manifestarse, porque la verdad es lo total.

Por lo tanto, ¿cómo puede la mente –siendo la mente los sentidos, las emociones, los recuerdos, los prejuicios, los principios, los ideales, las experiencias, la totalidad de eso, es decir, la psique, el «yo»–, cómo puede llegar a su fin y, no obstante, actuar en *este* mundo? ¿Es eso posible?

Para descubrirlo, debemos investigar muy a fondo la cuestión del miedo, el muy complejo problema del placer, y la cuestión del dolor, así como la posibilidad de que éste llegue alguna vez

a su fin. El hombre ha vivido con el dolor durante milenios y milenios. No ha sido capaz de terminar con él. Y debemos investigar también la cuestión de lo que son la muerte y el amor. Esto es un asunto muy, muy serio, no es algo para jugar con ello. Uno debe dedicar toda su vida a la comprensión de esto. Vivir en este mundo de manera completa, cuerda, sin la psique, sin el «yo», no escapar, no largarse a algún monasterio o a una comuna, sino vivir aquí, en este mundo loco, insano y sanguinario donde hay tanta corrupción, donde la política está divorciada de la ética, constituye un reto tremendo. Requiere una mente que pueda pensar de manera minuciosa, correcta y objetiva, con todos los sentidos plenamente despiertos, una mente no narcotizada por el alcohol, las drogas estimulantes y demás. Ustedes deben tener una mente muy sana, y cuando está dopada por el cigarrillo, la bebida, no tienen una mente sana; todo eso embota la mente, la destruye.

Ojai, 4 de abril de 1976

3

Si un solo ser humano comprende radicalmente el problema del miedo y lo resuelve, no mañana o algún otro día sino instantáneamente, él influye sobre toda la conciencia de la humanidad. Eso es un hecho. Como hemos dicho, la conciencia de uno no es su propiedad privada; es el resultado del tiempo, de miles de incidentes, experiencias, que son producto del pensamiento. Esa conciencia se halla en movimiento constante. Es como una corriente, un vasto río del que formamos parte. No hay, pues, particularización; si lo investigamos bien a fondo, vemos que no hay individualidad. Quizás eso no les agrade, pero mírenlo. Un *individuo* significa una entidad indivisa, indivisible, no fragmentada, sino que es un ser total. Pero, desafortunadamente, casi todos nosotros estamos fragmentados, divididos, igual que el resto del

mundo; somos seres infelices, ansiosos, desgraciados, confusos, sufrientes, temerosos.

Vamos, pues, a explorar juntos la cuestión del miedo y a ver si es posible terminar con él. El miedo puede ser muy pequeño o puede ser una carga enorme. Está el miedo de perder un empleo, el miedo de no tener éxito, el miedo a la muerte, el miedo de no ser amados, el miedo a la soledad, el aislamiento, a la profunda inseguridad, a la dependencia, el miedo de no hacer lo correcto, o el miedo de no seguir al resto de la multitud y ser dejado atrás. Ustedes saben lo que son estos miedos. El hombre jamás ha sido psicológicamente capaz de liberarse de ellos. El miedo ha agobiado su mente, ha oscurecido su perspectiva de la vida. No sabe cómo habérselas con estos miedos; escapa de ellos hacia la violencia, la brutalidad, la arrogancia, la amargura.

¿Cuál es la causa fundamental del miedo? Por favor, obsérvenlo en sí mismos. Usen las palabras como un espejo para descubrir su propio miedo y, mientras observan, descubran su raíz; no las ramas, las hojas, las trivialidades del miedo, sino su causa fundamental. Porque si hay miedo psicológicamente, internamente, toda acción se distorsiona, y entonces no hay una observación clara, minuciosa.

¿Cuál es la raíz del miedo? ¿Es el hecho de no poder encontrar seguridad completa psicológicamente, internamente? Completa, total certidumbre, seguridad. ¿Se debe a que buscamos permanencia, algo que continúe, que perdure, que sea decisivo? ¿Hay incertidumbre de no ser? Primero veamos si psicológicamente hay seguridad; porque quizás estamos buscando seguridad psicológica y, debido a eso, generamos inseguridad en el mundo exterior. ¿Qué es psicológicamente, internamente, la seguridad? ¿Qué entendemos por estar seguros, por tener una firme, cierta, perdurable, inconmovible seguridad, de modo tal que nada pueda perturbarla, desbaratarla? ¿Es eso lo que buscamos en nuestras relaciones mutuas? ¿Tener conocimiento completo y depender de ese conocimiento para obtener estabilidad? Eso implica buscar permanencia, algo que nada

pueda cambiar y, por lo tanto, la eternidad en el sentido de poner fin al tiempo.

¿Es, entonces, el tiempo uno de los factores del miedo? Está el tiempo del reloj, el tiempo como ayer, hoy y mañana. Ese tiempo cronológico es necesario, está ahí. ¿Existe el tiempo psicológico? Psicológicamente, ¿existe para mí, para ustedes, un mañana? Si no existe, hay un miedo inmenso. Si se enfrentan con el hecho de que psicológicamente no existe un mañana, se conmueven todos sus cimientos; porque mañana van a tener un gran placer, mañana serán mejores, mañana se realizarán, mañana se librarán de su miedo. ¿Existe, pues, psicológicamente, un mañana?

El mañana significa tiempo. El mañana implica pensamiento, que en sí mismo es fragmentario; ha creado el tiempo psicológico, en el que uno se moverá desde *lo que es* hacia «lo que debería ser». ¿Es, entonces, el tiempo un factor de miedo? El tiempo existe, pero ¿hay tiempo alguno desde el punto de vista psicológico: esforzarse para llegar a ser alguna cosa? ¿O hay miedo de no ser? ¿Qué es esta perpetua exigencia de autoexpresión, el «yo» expresándose a sí mismo, el «yo» y el «tú», el ego? Aborden esto, porque es la vida de ustedes, y si comprenden esto y se hallan libres de miedo, abren la puerta al cielo.

¿Qué es este «yo» que dice: «Debo ser», «debo meditar», «debo llegar a Dios», «debo realizarme», «tengo que ser feliz», «me siento solo», «tengo que triunfar», «estoy asustado», «tienen que decírmelo», etc.? ¿No es, acaso, el nombre: señor fulano de tal, la forma, o sea, el cuerpo que vemos en el espejo y todos los recuerdos asociados, todos los conceptos acerca de uno mismo, la imagen propia, la imagen que dice: «Debo ser mucho mejor que tú»? ¿No es todo eso producto del pensamiento? Éste es, en sí mismo, un fragmento, y la actividad de ese fragmento no es tan sólo el «yo», sino los fragmentos que ha creado en todo cuanto a uno lo rodea: naciones separadas, clases separadas, guerras... todo eso. Y el pensamiento es un proceso material en el tiempo; es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, almacenados en el cerebro.

Por lo tanto, el «yo» al que nos aferramos es ficticio. Ésa puede ser la causa fundamental del miedo: el aferrarnos a algo que no existe. Está, pues, el «yo» ficticio, imaginado, una representación mental, un símbolo, una idea, una imagen producida por el pensamiento en el tiempo, lo cual es un proceso material, es medida. Y ese «yo», que muy en el fondo, en lo más recóndito de nuestro ser, está inseguro de su existencia misma, puede ser la profunda y fundamental causa del miedo. Eso no quiere decir que si uno no tuviera «yo», no podría vivir en este mundo. Al contrario.

Ahora bien, ¿podemos considerar el movimiento del tiempo? El tiempo es movimiento. Terminar con ese movimiento es poner fin al tiempo. Ése es uno de los factores principales de la meditación: que el tiempo llegue, psicológicamente, a su fin. Así pues, el miedo profundamente arraigado es el movimiento que el pensar tiene en el tiempo, movimiento que es un proceso material, el cual ha creado una estructura artificial llamada el «yo», y habiéndola creado, se aferra a ella. El pensar se aferra a un fragmento que él ha creado, y el pensar mismo es un fragmento. Hay miedo en la relación, porque en la relación hemos creado imágenes. El hombre y la mujer tienen, cada uno, una imagen del otro, una representación, un símbolo, producto del tiempo, ya sea de muchos días, de muchos años o de una hora. Y la relación que hay entre ellos es la relación entre estas dos imágenes. Examínenlo, y verán que es un hecho. Nos apegamos a la representación mental, a la imagen, y tenemos miedo de perder esa imagen. En consecuencia, si no hay imagen, por fuerza tenemos que mirarnos el uno al otro de una manera por completo diferente.

Hemos descrito en palabras la naturaleza, la cualidad, la estructura de esta cosa llamada miedo. Ahora bien, sabiendo que la descripción no es lo descrito, ¿pueden ustedes mirar no la descripción sino el hecho? ¿Pueden mirarlo? Es decir, ¿pueden observarlo?

Es muy importante aprender a observar. En la observación hay un arte. «Arte» significa poner las cosas en su lugar apropiado, ponerlo todo donde pertenece. ¿Pueden ustedes observar esta

cosa llamada miedo? Uno mismo, el observador, ¿es diferente de la cosa observada? Cuando uno está furioso, o siente envidia, o celos, o lo que fuere, ¿es diferente de ese sentimiento que ha nombrado, por ejemplo, como «celos»? ¿O uno *es* los celos? De modo que el observador es lo observado. Expresado de una manera distinta, ¿es el pensador diferente de su pensamiento? O, ¿es el experimentador diferente de la experiencia? Si no es diferente, ¿por qué busca uno experiencias? Si no hay diferencia entre el observador y lo observado, entonces sólo existe lo observado. Entonces sólo existe el pensar, no el pensador diferente del pensamiento.

Deseamos experiencias. Estamos aburridos de las experiencias que ya hemos tenido, las experiencias cotidianas del sexo, de esto, aquello y lo otro, de manera que anhelamos otras experiencias: la experiencia de Dios, la experiencia de la iluminación, la experiencia de Jesús, experimentar la conciencia de Krishna, etc. Y nunca nos hemos preguntado quién es el experimentador, y si es diferente de lo experimentado. Queremos experimentar la conciencia de Krishna, o la conciencia de Jesús, o alguna otra cosa, pero para experimentar eso tenemos que reconocerlo, ¿no es así? *Eso implica que ya lo hemos conocido.* Por consiguiente, el experimentador es lo experimentado.

¿Pueden, pues, mirar el miedo, mirarlo sin el observador? Porque soy el miedo, el miedo no es diferente de mí. Cuando estoy furioso, ¿es esa furia diferente de mí? Si digo que es diferente, entonces trato de controlarla, de racionalizarla, de hacer algo a su respecto. Pero si el observador es lo observado, no puedo hacer nada en relación con el miedo, *soy* eso. Al observar, pues, el miedo, lo observo sin el observador.

Observando, me doy cuenta de que el miedo no es diferente del observador. Cuando el observador *es* lo observado, hay un cambio fundamental en aquello que observamos. Cuando hay una división entre el observador y lo observado, en esa división hay conflicto. Entonces digo que debo librarme de él, que debo controlarlo, o pregunto por qué no debería tener miedo, por qué

no debería actuar neuróticamente a causa de esos miedos. Siempre hay contradicción, división y, por ende, conflicto, el cual es un desperdicio de energía. Desperdiciamos energía cuando hay conflicto y tratamos de controlarlo, de evadirlo, de acudir a alguien para que nos diga cómo podemos librarnos del miedo. Todos ésos son factores que contribuyen a derrochar energía. Si no derrochamos energía –y eso sólo ocurre cuando el observador es lo observado–, entonces tenemos esa energía inmensa que se requiere para transformar *lo que es*. La observación misma es la energía que transforma *lo que es*. Hagan esto y verán que están completamente libres de miedos psicológicos.

Si han escuchado de manera total, con el corazón y la mente, cuando se pongan de pie estarán libres de miedo. Eso significa que han escuchado; quiere decir que éste es un problema de ustedes y que es absolutamente necesario que lo resuelvan, no mañana, sino instantáneamente. Es decir, cuando perciben algo, actúan instantáneamente, y esa percepción es posible sólo cuando el percibidor es lo percibido, porque en tal caso uno dispone de energía total. O sea, la observación total es posible sólo cuando no hay observador, siendo el observador el pasado. Cuando a la observación se le dedica esa atención completa, lo observado experimenta una transformación fundamental ¿Lo han captado? ¡Háganlo!

Ojai, 10 de abril de 1976

4

¿Por qué el ser humano persigue el placer? No decimos que no deba haber placer, sino que vamos a investigar su naturaleza porque, según parece, los seres humanos están perpetuamente comprometidos con el placer. ¿Por qué existe esta gran exigencia de placer: la forma más fácil de acción, la manera más cómoda de vivir, la persecución no sólo de placeres físicos, sensuales, sino

de placeres psicológicos? Y el placer supremo es Dios, la iluminación. ¿Qué es el placer? Puede que sea la otra cara de la moneda del miedo. La mayoría de los seres humanos descuida el miedo, no sabe cómo habérselas con el miedo, y persigue constantemente el placer.

A causa de la cultura, de la tradición, de nuestros hábitos, del entorno, etc., una parte de nuestro cerebro se ha vuelto mecánica. ¿Es mecánico el placer? ¿Es la repetición de cierto deleite de ayer, sexual o de otra clase, que se convierte en un recuerdo, y nosotros perseguimos ese recuerdo como placer?

Estamos interesados en la transformación de la mente humana. No podemos vivir como estamos viviendo. Tiene que haber un cambio radical en nuestras mentes, en nuestros corazones, en toda nuestra manera de vivir; por eso, es muy importante averiguar por qué los seres humanos han sido atrapados en esta perpetua persecución del placer.

Considerémoslo. Ayer hubo ciertos acontecimientos muy agradables, algo que uno disfrutó inmensamente. Eso se ha registrado en el cerebro y se convierte en un recuerdo. Entonces, el pensamiento dice: «Debo tener más de eso», lo cual implica repetición y persecución, hoy y mañana, de un acontecimiento que se ha terminado. Eso es mecánico, obviamente.

¿Cuál es la diferencia entre placer, disfrute y felicidad? Son tres cosas: placer, disfrute y felicidad. Podemos cultivar el placer –el gusto y todas las actividades sensorias–. ¿Podemos cultivar el disfrute? La felicidad, ¿puede ser cultivada? La felicidad llega sin que le la invite, por alguna rara casualidad. De pronto, nos descubrimos extraordinariamente, inexpresablemente felices. Entonces el pensamiento se apodera de eso y dice: «Debo tener más». Apenas el pensamiento interfiere con esa cosa llamada felicidad, la cual no ha sido invitada, eso se convierte en placer. En consecuencia, se vuelve mecánico.

Ésa es nuestra vida, una manera de vivir completamente repetitiva: volver constantemente sobre algo que fue, que ya está muerto, revivirlo con el pensamiento y perseguirlo como placer.

Uno puede contemplar algo bello, los árboles y las nubes y la luz... Pero cuando interviene el pensamiento y dice: «Eso fue algo sumamente hermoso», ya se acabó. ¿Podemos, pues, contemplar lo bello de la naturaleza, la belleza de este mundo, contemplarla con todos los sentidos sin permitir que el pensamiento intervenga? Entonces el disfrute es completo por el momento, pero cuando el pensamiento se apodera de ello, se convierte en placer y se vuelve mecánico.

Por favor, esto requiere una mente con un extraordinario sentido de alerta, vigilancia y percepción. Experimenten con ello ahora, mientras estamos hablando. Miren los árboles, la luz del Sol, la belleza de los cerros, las sombras, el juego de esas sombras entre los cerros, los valles. Es un deleite. ¿Pueden observarlo sin que intervenga el pensamiento, y terminar con eso ahí, sin desear que continúe? Lo que tiene continuidad se vuelve mecánico. En aquello que tiene un final, hay un nuevo comienzo. ¿Lo captaron?

Si lo captaron, tuvieron en ello un discernimiento directo, ¿no es así? Por favor, obsérvenlo cuidadosamente. Hubo un discernimiento. ¿Es ese discernimiento el producto del pensar? Han descubierto, pues, algo. O sea, cuando hay un discernimiento directo y una acción surgida de ese discernimiento, esta acción no es mecánica. El discernimiento –o la inteligencia– no es producto del pensamiento; es acción no mecánica. Toda vez que el pensamiento se apodera del instante de deleite, éste se vuelve mecánico. Ustedes vieron eso. La percepción de ello es inteligencia, ¿verdad? ¿Pueden actuar siempre de acuerdo con esa inteligencia, no de acuerdo con el movimiento repetitivo del pensar? ¿Alcanzan a ver la diferencia?

Vemos, pues, el movimiento del placer, basado en el deseo, siendo el deseo sensación. Contemplar los árboles, las nubes, el cielo y las estrellas y la Luna, es una sensación extraordinaria si contemplan eso con todos sus sentidos. Después, interviene el pensamiento. Y donde hay sensación más pensamiento, existe un deseo. Es decir, si a las sensaciones, a la actividad de los sentidos

en su máximo nivel, se le suma el pensamiento, hay deseo. ¿Ven ustedes eso? ¿Cómo lo ven? Lo ven porque lo están observando con inteligencia. Esa inteligencia no es el producto del pensamiento.

¿Han considerado por qué los seres humanos sufren, tanto biológica como internamente, por qué hay llanto? ¿Qué es este sufrimiento, este dolor? ¿Puede terminar alguna vez, o es un movimiento perpetuo desde el principio de la humanidad hasta nuestro fin? ¿Debe el hombre soportarlo, vivir con él?

Las religiones organizadas, que se basan en la autoridad y la creencia, jamás han resuelto este problema. El cristianismo dice que alguien sufrió por nosotros, y continuamos con eso. Los hindúes y los budistas tienen sus propias explicaciones. El hombre ha vivido, pues, con el dolor desde los tiempos más remotos. ¿Puede terminar el dolor? Si no hay fin para el dolor, no hay compasión, no hay amor. Pensamos que el sufrimiento es necesario, o pensamos que no hay solución para el sufrimiento; por lo tanto, decimos, es preciso escapar de él. Y hemos desarrollado una maravillosa red de escapes.

¿Qué es el dolor? Existe esta cosa llamada dolor, que es pena, aflicción, soledad, una sensación de estar completamente aislados, sin esperanza, sin sentido de relación o comunicación: aislamiento total. La humanidad ha vivido con esta cosa enorme y quizá la ha cultivado, porque no sabe cómo resolverla. Vamos a averiguar si hay una terminación para el dolor, porque si el dolor no llega a su fin, no hay amor. Habiendo amor, ¿sufrirán ustedes por otro, habrá dolor? Podrán sentir simpatía, generosidad, podrán compartir, pero el amor es algo por completo diferente, es una dimensión diferente, y uno puede dar con ella sólo cuando el dolor llega a su fin.

Hay dolor cuando muere alguien a quien «amamos». Nos sentimos completamente solos cuando muere alguien de quien hemos dependido. Cuando sentimos que no podemos trepar por la escalera del éxito, cuando alguien a quien creemos amar no nos devuelve el amor, cuando nuestras creencias, en las que en-

contramos una falsa seguridad, se ven frustradas, cuando muere nuestra madre o nuestro padre, o nuestro hijo o hermano, hay dolor.

¿Qué ocurre, en realidad, cuando sufrimos? No biológicamente, fisiológicamente, sino psicológicamente, dolor que es mucho más agudo, más profundo, más extremo. Podemos derramar lágrimas, escapar del dolor, no mirarlo nunca, pero está siempre ahí. El dolor es el sino de todos los seres humanos, todos lo conocen. Escapamos de él, lo racionalizamos, lo justificamos o decimos: «Puesto que todos los seres humanos sufren, yo tengo que sufrir». O, si tenemos prejuicios religiosos, decimos que es la obra de Dios. Ahora bien, todos esos son medios y arbitrios para escapar del hecho de *lo que es*, o sea, del dolor. Pero si no escapamos, es decir, si no hay racionalización ni evitación ni justificación, sólo un permanecer con esa totalidad del sufrimiento, sin el movimiento del pensar, entonces tenemos toda esa energía para comprender la cosa que llamamos dolor.

Si permanecemos, sin un solo movimiento del pensar, con eso que hemos llamado dolor, eso experimenta una transformación profunda. Se convierte en pasión. La raíz etimológica de dolor es pasión. Cuando escapamos de ello perdemos esa cualidad que llega desde el dolor y que es una completa pasión; esta pasión es totalmente distinta de la lujuria y del deseo. Cuando tenemos un discernimiento directo en el dolor y permanecemos con esa cosa completamente, sin un solo movimiento del pensar, desde ella adviene esa extraña llama de la pasión. Y uno *debe* tener pasión, de lo contrario no puede crear nada.

Desde la pasión surge la compasión. La compasión implica pasión por todas las cosas, por todos los seres humanos. De este modo, hay un final para el dolor, y sólo entonces comenzaremos a comprender qué significa amar.

Por lo tanto, hemos de tener un discernimiento en el miedo, en la relación, en toda la estructura y naturaleza del pensamiento, el pensamiento que engendra miedo, que persigue el placer; y discernimiento en la terminación del dolor. Si hay discernimiento en

todo eso, actúa en nosotros la inteligencia que transforma nuestra actividad mecánica en algo totalmente no mecánico. ¡No se marchen de aquí y se pongan a pensar en ello! No tienen tiempo. Cuando piensan acerca de lo que se ha dicho, el pensar de ustedes se vuelve tradicional, mecánico y vacío; pero mientras están sentados aquí, compartiendo esto, ese discernimiento ocurre ahora. Tiene que ocurrir *ahora*, de lo contrario no ocurrirá, porque habrá de impedírselo el pensamiento. Éste carece de discernimiento. Tengan un discernimiento directo en lo que hemos señalado, sabiendo que la descripción no es lo descrito, y ello debe tener lugar instantáneamente, ahora. Pensar acerca de ello es sólo una pérdida de tiempo. Cuando ustedes comparten algo, lo están compartiendo ahora.

Ojai, 11 de abril de 1976

5

¡Hemos cargado la palabra *amor* con tanto significado!, mayormente sensual. Al usar esa palabra y conociendo todas sus complicaciones, su significado, debemos explorar juntos la estructura y naturaleza de eso que llamamos amor.

¿Es deseo o placer el amor? ¿Qué es el deseo y cómo surge? ¿Cómo florece? ¿Cuál es su origen? ¿Cómo nace? Aparentemente, para la mayoría de nosotros el amor está íntimamente conectado con el deseo, sexual, psicológica, biológica y espiritualmente. Los objetos del deseo varían, pero la raíz del deseo es la misma. ¿Cómo nace, pues, el deseo en cada uno de nosotros?

Las religiones basadas en la creencia, las religiones basadas en la autoridad –que no son religión en absoluto– han dicho que para servir a Dios uno debe estar libre del deseo. Así, nuestros monjes, los *sanyasis* de la India, tratan de reprimir el deseo, y en el proceso de represión se identifican con una imagen, con un nombre y piensan que, de tal modo, han resuelto el problema. In-

ternamente, arden de deseos, pero los reprimen mediante rituales, disciplinas, mediante toda forma de conformidad, de esfuerzo. Éste ha sido un gran problema para los seres humanos muy serios que procuran descubrir si existe la verdad, porque el deseo engendra ilusión. El deseo engendra experiencias, y cuando nos aferramos a una experiencia, eso se convierte en una ilusión. Hemos identificado el amor con el deseo.

¿No es sensación el deseo, es decir, la actividad de los sentidos a la que se suma el pensamiento? La sensación más el pensamiento, es deseo. ¿Es eso un hecho o es sólo la enunciación de una idea? ¿Pueden mirar algo completamente, con todos sus sentidos? ¿Y, en ese mirar, terminar con ello y no permitir que el pensamiento penetre en la actividad de la sensación? O sea, cuando miran los árboles, las montañas, el rostro de un ser humano, el interminable movimiento del mar, cuando miran eso con todos sus sentidos, con sus ojos y oídos y nervios, ¿pueden mirarlo completamente y no permitir que intervenga el pensamiento, que interfiera con ello? Entonces, la percepción de ustedes es total, mientras que cuando el pensamiento interfiere con esa percepción, ésta se vuelve fragmentaria. Por lo tanto, el deseo es fragmentario.

Desafortunadamente, o afortunadamente –depende de ustedes–, hemos identificado el deseo con esa cosa llamada amor. ¿Es deseo el amor? ¿Es apego? Cuando uno está apegado a algo, uno es eso. Cuando se ha identificado totalmente con algo, *es* eso. ¿Por qué este impulso de identificarnos, de apegarnos? ¿Por qué un ser humano se apega a otro? ¿Acaso el apego no engendra miedo, miedo de perder aquello a lo que uno se apega? Estando apegado puede volverse celoso, ansioso, temeroso, que son fenómenos, es obvio. Uno está apegado a causa de su propia insuficiencia, de su soledad. Por eso, debido a su insuficiencia, a su soledad, a un sentimiento de carencia interna, uno se apega a otra persona. ¿Es apego el amor? Donde hay apego tiene que haber explotación. Y usamos esa palabra *amor* para disimular todo esto. Y los celos, ¿son amor?

Ninguna de estas cosas existe como apego cuando hemos comprendido que esa vacuidad que hay dentro de uno mismo, jamás podrá ser llenada por otro. Tienen que mirarla. No escapar de ella, sino observarla totalmente. Entonces verán que esa vacuidad desaparece por completo y ya no existe el apego producto del sentimiento de soledad. Entonces quizá sabrán qué es el amor. En el apego hay miedo, ansiedad, odio, todo el conflicto de la relación; y donde hay conflicto, ¿puede haber amor? Donde hay ambición, ¿puede haber amor? Cuando ustedes se despojen de ambición, ansiedad, apego, y comprendan a fondo el sentido y significado del placer y del deseo, entonces quizá den con esa cosa extraña llamada amor. Y desde ella surge la compasión. La compasión es la forma más elevada de inteligencia. Cuando ustedes tengan compasión y, por lo tanto, inteligencia, harán lo apropiado en el momento apropiado. Espero que estén siguiendo esto, no verbalmente sino de hecho, en sus corazones, en sus mentes; espero que lo estén haciendo.

Y está la cuestión de la muerte. Resulta más bien extraño hablar de ella en una mañana encantadora, pero la muerte forma parte de la vida. No investigar el pleno significado de esa palabra y saber qué implica, escapar de ella, evitarla, no hablar acerca de la muerte, es dividir la vida, que constituye un movimiento total. Debemos investigar esta cuestión que no es sólo para los ancianos, sino también para los jóvenes; todos estamos involucrados en esto. Entonces, ¿qué significa vivir y qué significa morir? ¿Qué entendemos por vivir, nuestro vivir cotidiano? Esfuerzo, lucha, conflicto, placer, ansiedad, incertidumbre, miedo de perder un empleo, o teniendo empleo, intentar obtener uno mejor y el miedo de no lograrlo, etc.; constante lucha, esfuerzo, miedo, ansiedad, con alguna alegría ocasional... Ésta es nuestra vida, si es que tenemos la honestidad de reconocerlo, es nuestra existencia de todos los días. A esa lucha inacabable nos aferramos, y decimos que eso es vivir.

¿Qué es, entonces, el morir? ¿Es el final de esto que llamamos vivir? ¿Es un final biológico? ¿O es el final de esta corriente in-

mensa de conflicto, dolor, aflicción, ansiedad, que el hombre ha creado? Por favor, estamos hablando de la vida de ustedes; esto no es una descripción de mi vida o de la vida de alguna otra persona. Nos estamos ocupando de la vida cotidiana de ustedes. A menos que haya una transformación en esa vida cotidiana, vamos a generar más y más desdicha para nosotros mismos y para otros seres humanos, que es lo que de hecho está ocurriendo. Entonces, ¿qué es el morir?

Hay una muerte biológica, debida a un accidente, a una enfermedad. Y el cuerpo, el organismo, se desgasta y llega a su fin. El cuerpo tiene su propia inteligencia, pero hemos destruido esa inteligencia a causa de las bebida, de las drogas, del esfuerzo constante, de la lucha. Debido al uso de diversas drogas y sustancias químicas, medicinas, hemos destruido esa inteligencia innata del organismo, y así el cuerpo muere por el uso y la tensión constante.

¿Es posible que el organismo, este instrumento biológico con su cerebro, no se deteriore jamás? Nuestro cerebro, a medida que envejece, se deteriora. ¿Puede el cerebro ser joven todo el tiempo y no deteriorarse? Cuando hay fricción constante, constante esfuerzo y lucha, tanto biológica como psicológicamente, el cerebro tiene que deteriorarse. ¿Hay una manera de vivir sin esfuerzo, de modo que el cerebro permanezca siempre joven, fresco, activo, decisivo? Eso *es* posible. ¿Nos damos cuenta de la batalla que diariamente se desarrolla dentro de nosotros mismos en nuestro intento de llegar a ser esto o aquello, de imitar, de amoldarnos, de convertirnos en el ideal, todo lo cual es el proceso mecánico? ¿Saben, son conscientes de que hacen esto? No pregunten cómo terminar con él, cómo romper la rutina mecánica; estén alerta a ella sin opción alguna, sólo mírenla, porque si introducen un esfuerzo ya han dejado de mirar. ¿Pueden observar, sin opción alguna, el movimiento mecánico del cerebro, o más bien, una parte del cerebro que durante siglos y siglos ha sido cultivada para actuar mecánicamente? Sólo estén atentos a ello, no traten de corregirlo, de alterarlo, porque el intento de alterarlo da origen al conflicto. Como dijimos, donde hay dualidad, diferencia entre

el observador y lo observado, tiene que haber conflicto. Cuando no hay observador sino tan sólo observación, no hay conflicto.

Si están totalmente atentos durante el día a todo el movimiento mecánico, a las modalidades de su pensar, al deseo, verán que a la noche, cuando se van a dormir y a pesar de lo que dicen todos los científicos, no hay sueños. La mente, el cerebro está quieto, ya que todos los problemas que les preocupan, todas sus actividades, se han disuelto durante el día, si están atentos, vigilantes, alerta. Entonces, cuando se van a dormir, hay paz; el cerebro puede hallarse en movimiento, pero es un movimiento sereno, calmo, no es un movimiento agitado, ansioso. Por lo tanto, el cerebro pone orden dentro de sí mismo, y así permanece joven, fresco. No puede ser joven, fresco, decisivo, si hay cualquier forma de herida psicológica. Cuando está libre de heridas, el cerebro no ofrece resistencia.

Aparte de la terminación biológica del organismo, ¿qué es la muerte? ¿A qué le tienen miedo ustedes? ¿Al final de sus experiencias? ¿A que se termine el conocimiento que han acumulado? ¿A que se terminen todas las cosas a las que se hallan apegados psicológicamente? En lo biológico, cuando acece la muerte, llega realmente a su fin todo aquello a que se apegan. No van a llevarse consigo su casa, sus muebles, sus libros... ni siquiera a sus gurúes –el gurú católico, o el gurú protestante, o el gurú indio–. ¿De qué están, pues, tan terriblemente atemorizados los seres humanos? Temen la terminación de algo: temen terminar psicológicamente, internamente.

Y sabiendo que eso *se va* a terminar, deseamos consuelo; decimos, pues, que debe haber una continuidad. Los antiguos hindúes decían que hay una continuidad, llamada reencarnación. Según ellos, reencarnaremos en la próxima vida de acuerdo con lo que hayamos hecho en ésta. Si nos hemos comportado apropiadamente, con decencia, con moralidad, en la vida siguiente estaremos mejor y, a través de una serie de encarnaciones y dependido de nuestra conducta, llegaremos finalmente al principio supremo. Es una teoría muy reconfortante, y millones creen en eso.

Según los budistas, la vida es un flujo constante, un permanente movimiento, y cuando se manifiesta, tiene lugar un encierro que se convierte en el «yo», el «uno mismo», el cual, a lo largo del tiempo y del movimiento constante, experimenta un cambio. Y, desde luego, los cristianos tienen su propia creencia en la resurrección; creen que su propia naturaleza divina despierta físicamente de la muerte.

Nosotros decimos algo completamente distinto. Por favor, escuchen, porque si realmente comprenden esto, verán que hay un movimiento intemporal, un estado intemporal. En primer lugar, como dijimos, uno es el mundo y el mundo es uno mismo. Radical, básicamente, todos los seres humanos tienen miedo, sufren, están confusos, ansiosos, son desdichados, con alguna alegría ocasional; psicológicamente, ése es un movimiento constante y, dondequiera que se encuentren los seres humanos, la corriente es la misma. Por lo tanto, siendo la misma corriente, cada uno de nosotros es el mundo, y el mundo es cada uno de nosotros. Eso es un hecho. Ustedes podrán tener temperamentos, dones, capacidades, idiosincrasias diferentes, pero ésas son respuestas de la cultura en que han vivido. La corriente básica es, sin embargo, la misma.

En consecuencia, no existe la individualidad. La individualidad es algo total, una entidad indivisible, y nosotros no somos tales entidades indivisibles. Estamos divididos, fragmentados; por consiguiente, uno no es un individuo, no es indivisible. Se vuelve plenamente individual, en el sentido completo de esa palabra, cuando es una totalidad en la que no existe acción fragmentaria alguna. La palabra *total* significa sano, cuerdo, sagrado. Uno es el mundo y el mundo es uno mismo, y uno se halla atrapado en esa corriente constante. Pero es posible terminar con el dolor, terminar con el miedo, terminar no mañana sino realmente *ahora*; entonces uno está fuera de esa corriente –no «uno», hay una manifestación, la cual se halla fuera de esa corriente, o libre de esa corriente, porque esa corriente es el tiempo.

Esa corriente es el tiempo. Tenemos que descubrir, pues, si el tiempo puede llegar, psicológicamente, a su fin. El tiempo llega

a su fin cuando ya no existe más el movimiento de esa corriente. Esa corriente es el miedo, esa corriente es el conflicto, el dolor, y toda la confusión que el hombre ha engendrado a causa del pensamiento. De modo que ésa es la corriente del tiempo. Cuando hay un final para esa corriente, el tiempo se ha detenido; existe una dimensión por completo diferente.

Así pues, la cosa que tememos perder cuando llega la muerte, es la estructura que el pensamiento ha desarrollado como el «yo», la forma, el nombre, y el apego a esa forma, a ese nombre, apego que implica dolor, placer, ansiedad. Todo eso es el «yo», el «tú». Ustedes podrán decir que hay un «yo» superior, pero eso sigue siendo el producto del pensamiento. Por lo tanto, ese movimiento en que los seres humanos están atrapados es el movimiento del tiempo, impulsado por el pensar. Cuanto mayor es el caudal de esa corriente, tanto mayor es el caudal del pensamiento. Y cuando esa corriente, que es nuestra conciencia con todo su contenido, llega a su fin, el tiempo se detiene; en consecuencia, hay una dimensión totalmente distinta. Y cuando comprendan esto, no verbalmente sino a fondo, y lo vivan día a día, verán que la muerte tiene un significado por completo diferente.

Ojai, 17 de abril de 1976

6

Durante los últimos cincuenta años y más, uno ha estado viendo a muchísimas personas, hablando con ellas no sólo de sus problemas personales, sino de los problemas globales de los seres humanos, de la enorme confusión, la desdicha, la extraordinaria falta de claridad. Y, a través de todos estos días y años, se ha vuelto más y más claro que, a menos que los seres humanos se transformen radicalmente, no sólo podremos destruirnos a nosotros mismos, sino que destruiremos la Tierra. Me parece, pues, que tiene que haber un grupo de personas totalmente serias que

se interesen en esto, no superficialmente, no adaptándose al entorno y a las circunstancias, sino profundamente, y que vivan una vida que sea total, completa, noble, clara y plena de intensidad. De lo contrario, desperdiciamos los pocos años de que disponemos.

Hemos hablado, pues, acerca de muchas cosas, tales como la absoluta falta de relación entre los seres humanos; hemos hablado del proceso del pensamiento como un movimiento material en el tiempo, y hemos dicho que el pensamiento es totalmente inadecuado para resolver nuestros problemas humanos, ya que el pensamiento mismo los ha creado; no puede resolverlos porque es un fragmento, un proceso material y un movimiento de la medida. También hablamos acerca del miedo y de su terminación, y de comprender todo el complejo problema del placer y de la terminación del dolor; y hemos conversado sobre el amor y la muerte.

Como estamos interesados en el muy profundo problema de la existencia, no debemos descartar las cuestiones de la religión, de la meditación, y el interrogante acerca de si existe algo sagrado, santo.

Escuchar correctamente es un arte. También es un arte ver las cosas tal como son y aprender, no de otros, acerca de todo el contenido de nuestra conciencia humana, que es el resultado de milenios de esfuerzo, dolor, agonía y ansiedad de los seres humanos. Todo está ahí, en nosotros. La acción consiste en aprender a mirar, a escuchar, a observar todo el contenido de esa conciencia.

Vamos a considerar juntos la religión, porque la religión es el factor creativo de una nueva cultura. Si no hay religión, la cultura muere, la civilización se derrumba. Viendo cómo es el mundo, con toda su brutalidad, su violencia, sus guerras, sus divisiones, sus odios de clase, etc., todo lo cual denota degeneración de la mente humana, nos corresponde descubrir por nosotros mismos qué es la religión.

¿Es un acopio de creencias? ¿Es la práctica de rituales, la repetición inacabable de palabras que en realidad carecen de todo sentido? ¿Es asistir en las mañanas de los domingos a una iglesia, un templo o una mezquita, y repetir ciertos cánticos, ciertas pala-

bras? Si es que uno se lo pregunta seriamente, ¿qué necesidad hay de creencia, de conclusión alguna? Las creencias, las conclusiones, dividen a la gente. En este pequeño pueblo hay cinco o seis divisiones del cristianismo. Y en todas partes del mundo hay mucha división originada por las así llamadas religiones: la hindú, la budista, la musulmana, las cristiana con sus innumerables sectas. ¿Qué importancia tiene, en absoluto, cualquier creencia? ¿O la creencia impide comprender qué es la verdad?

La religión, ¿está divorciada de la vida cotidiana, o la religión es un movimiento que genera orden en nuestra vida? Si la religión se halla divorciada de nuestra vida cotidiana, sólo puede crear más confusión, más conflicto.

Si uno quiere descubrir el significado de la religión, debe tener orden en su vida. Nuestra vida es confusa, desordenada, contradictoria; está fragmentada, dividida. ¿Cómo puede tener orden una vida semejante? El orden no es la aceptación de un proyecto previo. El orden adviene sólo cuando nos damos cuenta, cuando estamos plenamente atentos, sin opción alguna, a nuestra propia confusión, al desorden que impera en nuestra vida cotidiana. De la percepción imparcial del desorden surge el orden; es decir, el orden surge de observar y comprender nuestra vida diaria, que es desordenada. Una observación así no se basa en la condena, en la racionalización, en el juicio. De esa percepción imparcial adviene el orden, y este orden es algo viviente; por lo tanto, se halla en movimiento constante. Si bien para la generación moderna, la moralidad nada significa, la moralidad es, en esencia, orden. Y sin orden, ¿cómo puede haber claridad?

Parte de esto concierne al problema de la meditación; sin orden en nuestra vida, sin ser totalmente morales en nuestra actividad diaria, ¿cómo podemos pensar siquiera en meditar? Podremos sentarnos con las piernas cruzadas por el resto de nuestra vida, durante las próximas diez encarnaciones o un millón de encarnaciones, respirar según cierta manera que hemos aprendido en la India, pero jamás daremos con aquello que es la verdad, porque nuestra vida es desordenada. Por consiguiente, debemos

generar orden dentro de esa vida antes de pensar siquiera en meditar; si «meditamos» sin tener orden, eso es tan sólo un escape maravilloso y, por lo tanto, carece de todo sentido, de toda significación. Por favor, dense cuenta de esto. La meditación es algo sumamente maravilloso, pero no la clase de meditación que ustedes practican. Tiene que haber orden en nuestras relaciones, y eso sólo puede existir cuando no hay miedo. El orden no es un producto del pensamiento. Si es producido por el pensamiento, generará más desorden.

Para dar con aquello que es lo más sagrado, tiene que haber una vida basada sólidamente en el orden. Y la importancia de toda meditación es dar con ese silencio. Incluso desde el punto de vista biológico, fisiológico, para ver algo claramente, para mirar los árboles, la luz sobre las hojas, el césped verde, los cerros, y verlos con claridad, nuestra mente debe estar quieta, ¿no es así? Esto es muy simple, nosotros lo tornamos complejo. Si ustedes charlan y charlan, no verán el árbol, no verán la profundidad de las sombras, la belleza de un tronco o de una rama. Sólo pueden verla cuando la mente está quieta.

Vean la realidad, la razón, la lógica de ello: que uno puede percibir algo con claridad, sólo cuando su mente se halla en silencio. Uno no puede escuchar lo que otro está diciendo si se habla a sí mismo todo el tiempo. Si quiere escuchar claramente a alguien, tiene que estar callado. De modo que el silencio es absolutamente necesario para percibir tanto externa como internamente. Lo externo y lo interno son el mismo movimiento, no son diferentes. Es un solo movimiento unitario, pero lo hemos dividido como lo interno y lo externo. Al observar lo externo claramente, descubrimos lo interno, y entonces vemos que es un solo movimiento. Para ver esto claramente, debemos mirar, observar en silencio.

Estamos investigando juntos el significado y la profundidad de esa cosa llamada religión, a fin de descubrir si hay algo incorruptible que no ha sido tocado por el pensamiento, que no es una ilusión, que no es la proyección de nuestro propio deseo ni es una experiencia, sino algo que el pensamiento no ha alcanzado ja-

más, algo totalmente original. Y decimos que, para dar con eso, tiene que haber orden en nuestra vida, orden que es la esencia de la virtud.

Hay distintas clases de silencio, ¿no es así? Está el silencio entre dos ruidos; ¿es silencio eso? Está el silencio entre dos pensamientos; ¿es silencio eso? Está la así llamada paz entre dos guerras; ¿es paz eso? Entonces, ¿qué es el silencio? ¿Es un producto del pensamiento? ¿Es algo artificial? ¿Es algo fabricado porque ustedes entienden que si desean «ver el cielo» tienen que estar en silencio? Entonces dicen: «Cómo puedo estar en silencio? Enséñeme el modo». A causa del deseo de descubrir qué es el silencio, la gente empieza a inventar sistemas, métodos, maneras de dar con ello.

Ahora bien, una vez que comprendamos esto, jamás tocaremos ningún sistema, porque, ¿qué es lo implicado en un sistema y una práctica? Repetición, práctica, práctica, práctica, control, esfuerzo, o sea, volvernos mecánicos. Dijimos que el pensamiento es mecánico en su esencia, porque el pensamiento es la repetición, o la reacción, de la memoria. Y cuando uno vive ya una vida que es mecánica, y procura ir más allá de esa vida mecánica introduciendo otro proceso mecánico como son los sistemas, los métodos, las prácticas, uno sigue siendo mecánico. Entonces, tan pronto veamos la verdad de esto, su lógica, su razón, jamás tocaremos sistemas, métodos, prácticas. Cualquier cosa inventada, producida por el pensamiento – por bella, lógica, antigua o tradicional que sea– torna a la mente más mecánica y, a la larga, la embota. El mero ver la verdad de eso, termina con el requerimiento de sistemas y métodos.

Si el silencio no es un producto del pensamiento, ¿qué es, entonces? Para ver nítidamente, uno debe estar en silencio; para escuchar con claridad, la mente no tiene que estar parloteando. Si vemos la verdad de eso, hay silencio. No tenemos que hacer un esfuerzo para ser silenciosos.

¿Qué es aquello que está en silencio? Consideraremos eso examinando la conciencia. ¿Qué es la conciencia, qué es estar

consciente? Cuando están sentados allí, tienen conciencia de los árboles, las sombras, la luz sobre las hojas, el movimiento del follaje. [La plática tiene lugar al aire libre en un bosquecillo de robles.] Si miran el árbol, están conscientes de él. ¿Pueden mirarlo sin la verbalización? Sólo mirarlo, sin nombrarlo, sin asignarle una cualidad, sin descripción alguna; simplemente observar.

Jamás nos limitamos a observar; miramos y decimos: «Qué bello», «qué feo», «qué útil»; depende de nuestro condicionamiento. Así pues, jamás observamos las cosas tal como son. ¿Pueden observar, ver la belleza de toda esta Tierra, los cerros, su quietud, sus sombras, sólo observar sin ninguna reacción del pensamiento, sin reacción alguna de agrado y desagrado? Eso es percepción. Percibir el universo que nos rodea, después percibir nuestro universo interior. El universo interior es toda nuestra conciencia. Y la conciencia es su contenido. El universo interior es mucho más complejo, mucho más sutil, y si uno tiene la energía, la capacidad, la intensidad y claridad para investigarla, hay en ello una profundidad extraordinaria. Así pues, estén conscientes primero de lo externo, percíbanlo, mírenlo, y perciban todas las reacciones a lo externo; después vayan más allá de sus reacciones y observen. Ahora, del mismo modo, penetren en su universo interno, que es la conciencia de ustedes con todo su contenido, sus experiencias, su conocimiento, sus gustos, temores, ansiedades, sufrimientos. Estén conscientes de ese enorme contenido que el hombre ha ido incrementando durante miles de años, percíbanlo.

Puede uno percibir de manera total? ¿O debe tomar un segmento tras otro, una capa tras otra, un fragmento tras otro? El contenido de la conciencia compone la conciencia; si no hay contenido, no hay conciencia tal como la conocemos. ¿Comprenderemos el contenido de la conciencia poco a poco? ¿O hay una manera de comprenderlo totalmente? El contenido de la conciencia es nuestro condicionamiento, como cristianos, como socialistas, etc., el condieionamiento del clima, de la alimentación, de todas las cosas que el hombre se ha hecho a sí mismo y a los demás, sus identificaciones, sus creencias. La conciencia es todo eso.

Para comprender esa conciencia, ¿la examinarán ustedes parte por parte? ¿O existe una manera de mirarla en su totalidad, de modo tal que ello no requiera tiempo?

Existe esa manera de mirarla en su totalidad, no fragmento por fragmento. Y eso sólo es posible si comprendemos la percepción. Hay, pues, una percepción del mundo exterior a nosotros, vigilando nuestras reacciones al mundo exterior y observando sin reaccionar ese mundo exterior. Y, moviéndonos de lo externo a lo interno con todo su contenido –que es nuestra conciencia–, observarlo. Primero, es natural, reaccionaremos a ello: «No me agrada», «me agrada», «qué hermoso es esto», «qué agradable fue», «desearía poder conservar un poquito de eso», y así sucesivamente. Uno observa esa reacción y después va más allá. Si va más allá, ve instantáneamente el contenido total.

Esto forma parte de la meditación: ver lo exterior tal como realmente es, no lo que quisiéramos que fuera; ver las guerras, los antagonismos, los odios, los insultos y las ofensas innumerables que los seres humanos reciben, el dolor, la pena, la ansiedad, la soledad, la falta de amor... observar todo eso. ¿Qué ocurre, entonces? Entonces veremos que la energía se ha acumulado, porque hay orden y, en consecuencia, no hay pérdida de energía. La energía se desperdicia sólo cuando no hay orden. Habiendo orden, la energía se acumula.

Con esa energía, observamos el mundo y nos observamos a nosotros mismos, y así nos damos cuenta de que el mundo de allá fuera y el de aquí dentro son el mismo movimiento. Hay acumulación de energía cuando existe una observación sin el observador. El observador es el pasado, siendo el pasado todos nuestros prejuicios, nuestras opiniones y conclusiones, nuestras respuestas tradicionales. El observador es el pasado y el observador se encuentra con el presente, con *lo que es*, y procura interpretarlo según sus conclusiones pasadas. ¿Correcto? Eso otorga al pasado un movimiento ulterior en el tiempo: el futuro. Nosotros somos el producto del pasado. Eso es un hecho. Una parte de nuestro cerebro es el resultado de una serie de aventuras, acontecimientos,

incidentes, experiencias, todo ello reunido como conocimiento, y el conocimiento es siempre el pasado. Ese movimiento del pasado se encuentra con el presente y traduce el presente, o modifica el presente de acuerdo con el pasado y así le otorga un movimiento ulterior en el futuro. El pasado que se encuentra con el presente es un movimiento; el presente es también un movimiento; si el pasado, al encontrarse con el presente termina ahí, lo cual implica un movimiento, el tiempo se detiene.

La meditación consiste, entonces, en originar orden en la vida y, con eso, acumular una gran energía, y en poner fin al conflicto entre el observador y lo observado, lo cual añade más energía. Cuando hay una división ente el observador y lo observado, tiene que haber conflicto. Cuando uno está furioso, en el momento, en el segundo de la furia, no hay división; pero un segundo después, tiene lugar una división: «No debo enfurecerme», o «¿por qué no debería enfurecerme?». Donde hay una división, el conflicto es inevitable. El conflicto, con toda su violencia, es un desperdicio de energía. La concentración total de la energía es el principio del silencio.

Vivimos vidas confusas, nuestra conciencia se halla agitada, en lucha permanente, todo el tiempo optando, negando, afirmando, dominando, apegándose. Se halla en constante lucha y ebullición; y esa ebullición es una pérdida de energía. Poner fin a esa agitación constante, forma parte de la meditación. No mediante el control. En el momento en que uno controla, ¿quién es el controlador? Por favor, examinen esto ustedes mismos. El controlador forma parte del pensamiento. Cuando el controlador trata de controlar el pensamiento, eso es un desperdicio de energía. Pero si uno ve la verdad, que el controlador es lo controlado, el conflicto llega a su fin. Eso implica que tenemos más energía, y esta energía completa, que no puede ser producida por la fricción, es indispensable. La fricción tiene su propia energía, pero esta energía de que estamos hablando no es producida por el pensamiento y, en consecuencia, no es el resultado de la fricción. Esta energía es necesaria para dar con aquello que es sagrado, y eso es la mente religiosa.

La meditación es, entonces, el vaciado del contenido de la conciencia –el que implica los miedos, las ansiedades, los conflictos en la relación–, la terminación del dolor y, por consiguiente, es compasión. La terminación del contenido de la conciencia es silencio total. Ese silencio está pleno de energía. No es un silencio vacuo. No es un silencio que desea algo más.

La meditación no consiste en repetir mantras, en sentarse a respirar cuidadosamente. La meditación debe llegar sin ser invitada ni planeada en modo alguno. Eso implica que en ella no interviene la medida. Si uno ha llegado tan lejos –no, no hay lejos ni cerca–, si uno ha hecho esto, entonces existe ese vacío.

Ahora aguarden un momento. Los científicos dicen que en este vacío hay energía. Decimos que cuando existe este proceso meditativo, este movimiento, hay una clase, una dimensión por completo diferente de conciencia, que contiene toda esta energía que se ha acumulado gracias a la meditación, al orden en la vida. Uno tiene energía total –*hay* energía total–. Y en ese vacío no hay ninguna cosa. No hay nada. Nada significa ninguna cosa.* Cosa significa pensamiento. El pensamiento es un proceso material. Por lo tanto, en ese vacío no existe pensamiento alguno. Debido a eso, no hay un experimentador que esté experimentando esta nada total.

¿Qué es la belleza? Eso también forma parte de nuestra vida. ¿Es la sombra? ¿Es la línea arquitectónica de un edificio? ¿La pintura? ¿Las esculturas maravillosas que existen en el mundo? ¿Las montañas? ¿Los ríos que corren? ¿Un rostro hermoso?... ¿Qué es la belleza? La belleza, ¿no existe, acaso, cuando no hay un centro de conflicto? Cuando uno dice: «¡Qué bello es eso!», ¿cuál es el sentimiento que hay detrás? ¿Cuál es la naturaleza, la calidad de la emoción, esa oleada de algo que se apodera de nosotros? ¿Es eso la belleza? ¿O la belleza es la ausencia total del observador? Cuando sólo hay observación completa, sin opción,

* Esta explicación de Krishnamurti se basa en la etimología inglesa de la palabra «nada»: *nothing*, compuesta por *not* (no) y *thing* (cosa). Por lo tanto, *nothing* es «no cosa» o «ninguna cosa». *N. del T.*

sin división alguna, tiene que existir este sentido de la belleza. Podría tratarse de aquello que es sagrado. No la belleza de las formas de una mujer o de un hombre. *Existe* esa belleza, la belleza de un árbol, la belleza de un contorno, de una extensión de agua, del movimiento del mar, pero hablamos de descubrir, o de dar con ese sentido de total ausencia de cualquier cosa que sea contradictoria, de dar con algo total, completo, cuerdo, racional. Una mente así es una mente bella, es la mente religiosa. Porque incorpora en sí la energía total.

Existe, pues, aquello que es sagrado, que no ha sido alcanzado jamás por el pensamiento, que los seres humanos no han tocado ni corrompido con sus deseos y temores y riñas y perversidades. Y el dar con ello no sólo forma parte de la meditación, sino que constituye la terminación del dolor, la cual implica el principio de la sabiduría. La sabiduría no consiste en aprender de los libros o en asistir a una escuela. Cuando el dolor llega a su fin en uno mismo como ser humano, entonces, desde esa terminación del dolor adviene la sabiduría.

Y cuando un ser humano se transforma, cuando *uno* se transforma a sí mismo radicalmente, está influyendo en toda la conciencia de la humanidad. Uno *es* la humanidad, es el movimiento de la humanidad. Esto es un hecho, esto es real. Si uno cambia, influye en el mundo. De modo que ésa es nuestra tremenda responsabilidad. Tenemos que ser muy escépticos con respecto a todas las experiencias psicológicas, a las experiencias subjetivas, porque son sumamente destructivas.

La meditación implica, pues, una vida de gran orden y, por lo tanto, de gran virtud, de moralidad. E implica la comprensión y profundidad de la belleza, así como el vaciado de esa conciencia que es uno mismo, con todos sus apegos, miedos, esperanzas, desesperanzas... el vaciado de todo eso mediante la observación.

Entonces tenemos esa energía, que es lo único capaz de descubrir aquello que es eterno, que no tiene comienzo ni final.

Ojai, 18 de abril de 1976

LA VIDA COMO TOTALIDAD

Al observar lo que ocurre en el mundo, uno se pregunta por qué hay tanto desorden, por qué el hombre está destruyendo al hombre. ¿Por qué se gastan sumas tan enormes en armamentos? ¿Por qué los seres humanos se han dividido a sí mismos en románticas nacionalidades tribales? ¿Por qué existe una división semejante? Tenemos propensión a pensar que un agente externo ha creado toda esta confusión, que «Dios», o alguna otra entidad suprema, habiendo creado al hombre, lo ha dejado suelto sobre la Tierra. Lo que el ser humano se ha hecho no sólo a sí mismo sino a otros seres humanos, es realmente increíble y chocante. ¿Por qué hay tantas personas neuróticas en el mundo? ¿Por qué esta constantes batalla entre el hombre y la mujer? ¿Por qué este desorden interno, el que naturalmente debe expresarse en desorden externo?

Nuestras vidas han producido la sociedad en la que vivimos. La sociedad no ha sido creada por ciertos acontecimientos extraordinarios, sino por las extraordinarias vidas que llevamos, no sólo nosotros, sino las generaciones pasadas. ¿Podríamos investigar esto juntos, examinarlo a fondo juntos –no sólo examinarlo, sino también ir más allá del reino del pensamiento–? Hemos señalado una y otra vez que el pensamiento nace de la memoria, siendo ésta el resultado del conocimiento y la experiencia. Y el pensamiento es, por lo tanto, siempre limitado, porque el conocimiento es perpetuamente limitado, ya que no puede haber cono-

cimiento completo acerca de nada. Y el pensamiento, por originarse allí, también debe ser muy, muy limitado. Y el mundo en que vivimos, nuestra vida cotidiana, nuestras profesiones, las ansiedades, los temores y sufrimientos que experimentamos, son el resultado de nuestro pensar, el producto de nuestra actividad diaria.

¿Podríamos, juntos, mirar la vida como un todo, nuestras ocupaciones, nuestros pasatiempos, nuestro trabajo y todo el afán que existe internamente, los conflictos psicológicos, las ansiedades, los temores, placeres y sufrimientos? ¿Podríamos considerar eso como un todo y no dejar que el pensamiento se ocupe de una parte determinada, de un determinado patrón, o se aferre a una experiencia en particular, mirando la vida únicamente desde ese punto de vista? ¿Por qué vivimos del modo como estamos viviendo? ¿Por qué hay tanto desorden en el mundo y dentro de nosotros mismos? El desorden del mundo, ¿es diferente de nuestro desorden?

¿Por qué hay desorden exteriormente y desorden interiormente? ¿Son dos desórdenes separados? ¿O son un proceso unitario? El desorden de allá fuera no es distinto del desorden que hay en mí, sino que más bien es un solo movimiento que sale y entra. Es como una marea que va y vuelve incesantemente. ¿Podemos comenzar a producir orden en nuestra vida? Porque sin orden no hay libertad. El orden completo, no de vez en cuando o una vez por semana, sino en nuestra vida de todos los días, no sólo trae libertad; en ese orden hay amor. Una mente desordenada, confusa, en conflicto, no puede amar o percibir qué es el amor.

¿Puede haber orden absoluto? Estamos usando la palabra *absoluto* en su correcto sentido de completo, total, no un orden producido intelectualmente, un orden basado en valores, no un orden que es el resultado de presiones ambientales, o que es la adaptación a cierta norma, a cierto modelo. Hablamos acerca del orden total, absoluto, en el que no hay división alguna como desorden. Nos preguntamos si existe un orden en el que jamás pueda haber desorden.

¿Por qué nuestra mente, que incluye al cerebro, así como a nuestras respuestas emocionales, sensorias, etc., acepta vivir en el desorden? Si ustedes observan su propia mente, es decir, su propia vida que se basa en la mente, en sus pensamientos, emociones, experiencias, recuerdos, remordimientos, aprensiones, tienen que preguntarse por qué esa mente, que lleva todo esto en su conciencia, acepta el desorden. No sólo el desorden neurótico –la aceptación del desorden y de vivir en el desorden, de acostumbrarse al desorden–, sino por qué la mente tiene este sentido de división, de orden y desorden, este constante ajuste. ¿Es algo inevitable? ¿Es éste nuestro estado natural? Si es natural, entonces uno debe vivir con este conflicto, en este desorden, desde el instante en que nace hasta que muere. Y si eso es antinatural, como obviamente lo es, ¿cuál es la causa? ¿Cuál es la base, la raíz de todo esto? Esa base, ¿depende de nuestras actitudes particulares, de nuestros deseos particulares?

Uno quiere descubrir cuál es la base de este desorden, su raíz. Para descubrirlo, ¿cómo lo abordamos? ¿Cómo abordamos el problema del desorden a fin de resolverlo totalmente? ¿Cómo lo abordan ustedes? ¿Lo abordan para generar orden a partir del desorden y, por lo tanto, ya lo hacen con una dirección preestablecida? Supongamos que estoy en desorden y tengo el deseo de generar orden. Ese deseo mismo dicta lo que el orden debe ser, mientras que si abordo el problema del desorden como si quisiera averiguar cuál es su origen, entonces mi atención no se distrae, no se disipa en distintas direcciones intelectuales, verbales y emocionales, sino que toda mi atención se orienta a la causa del desorden. Entonces, ¿de qué modo aborda esto cada uno de ustedes como ser humano que vive en este mundo, un mundo en desorden tanto externo como interno? Debemos tener muy en claro el modo como lo abordamos.

Si eso está claro, entonces averiguaremos juntos cuál es la raíz, el origen del desorden. ¿Es la autocontradicción? ¿Es el deseo el que ha creado esta división en nosotros? Dondequiera que haya división tiene que haber conflicto, y el conflicto implica de-

sorden, ya sea un conflicto menor o uno que genera una gran crisis. ¿Es, entonces, autocontradicción nuestro conflicto, implica decir una cosa y hacer otra, tener ideales y tratar siempre de acomodarnos a esos ideales? ¿Es nuestro deseo de llegar a ser alguna cosa? ¿O este conflicto es creado por el pensamiento? Porque, como dijimos, el pensamiento es, en sí mismo, limitado y, por lo tanto, establece la división de lo externo y lo interno, el «yo» y el «tú». El pensamiento se esfuerza por convertirse en algo que no es. Estas constantes divisiones, este devenir, contradecirse, amoldarse, compararse, imitar psicológicamente, ¿son diversas expresiones de una causa central?

¿Cuál es, entonces, la causa central, la raíz de todo esto? Ustedes están ejercitando su mente; por lo tanto, están conscientes de cómo abordan el problema, están conscientes de sus propias contradicciones, de sus propios conflictos, sus propias divisiones y aprensiones. ¿Se da uno cuenta de todo eso? ¿O sólo se da cuenta de un fragmento de ello, un fragmento que exige una respuesta inmediata? Si me intereso en mi subsistencia, no me intereso en nada más, porque ésa es una exigencia inmediata. Necesito dinero, comida; tengo hijos, responsabilidades; en consecuencia, mi manera de abordar todo este problema, estará dictada por mi deseo de tener un trabajo. O si he estado pensando en conformidad con cierta pauta, con cierta dirección, y no me doy cuenta de que estoy atrapado en esa pauta, entonces, cuando aborde este problema, estaré abordándolo siempre conforme a la pauta que mi mente ha establecido. O, si soy emocional, romántico, mi manera de abordar la cuestión será descuidada, imprecisa, inexacta.

Uno debe, pues, tener muy en claro por sí mismo, cómo aborda este problema, porque si lo abordamos con alguna pauta, sea cual fuere, no seremos capaces de resolverlo. Por lo tanto, ¿está nuestra mente libre de pautas previas? ¿Está libre de ideales? ¿Libre de una dirección establecida? ¿Se dan cuenta ustedes de la confusión del mundo, confusión que empeora cada día? ¿Y de la confusión que reina dentro de nosotros, la cual hemos heredado

y a la que hemos añadido lo nuestro? ¿Se dan cuenta de la sociedad en que vivimos, tan completamente confusa, donde hay tanta y tanta injusticia –millones que mueren de hambre y, por otro lado, la sociedad opulenta–; tiranía y también libertad democrática para pensar y expresar lo que nos plazca?

Nuestra mente y nuestra conciencia son la conciencia y la mente del mundo. Dondequiera que uno vaya, el hombre está sufriendo, ansioso, inseguro, solitario, desesperado en su soledad, agobiado por el dolor. Psicológicamente, cada uno es la humanidad, no está separado del resto de los seres humanos. La idea de que uno es un individuo con una mente especialmente suya, es un absurdo, porque el cerebro ha evolucionado a través del tiempo. Es el cerebro de la humanidad, y ese cerebro forma parte de la humanidad, genéticamente, etc. Por lo tanto, uno es el mundo y el mundo es uno mismo. No se trata de una idea, de un concepto o de un desatino utópico; es un hecho. Y esa mente humana se halla por completo confusa. Y estamos procurando descubrir por nosotros mismos la raíz de esta confusión.

¿Cuál es la causa de estas divisiones, divisiones entre el hombre y la mujer, entre una nación y otra, entre un grupo y otro grupo, divisiones de creencias, ideales, conceptos, conclusiones históricas y actitudes materialistas? La división debe crear, inevitablemente, conflicto. Eso es un hecho. Pensamos que, mediante la división, puede haber seguridad; donde hay división como inglés, francés, alemán, cada grupo manteniéndose unido como una idea, como un concepto, bajo una bandera, ellos piensan que hay seguridad. Y este aislamiento debe generar división, es inevitable. ¿Comprenderemos, pues, bien a fondo, la verdad de que, mientras haya división, tiene que haber conflicto? Obviamente, en este aislamiento, en esta reclusión, no hay seguridad alguna. Podemos, como nación, levantar un muro a nuestro alrededor, pero ese muro va a ser derrumbado.

Y bien, ¿cuál es la causa, la raíz de esta división? Cada ser humano en el mundo piensa, vive de acuerdo con el patrón establecido, de que él está separado de otro, con *sus* propios problemas,

sus ansiedades, *sus* neurosis, *su* particular manera de pensar. El centro de esto es la idea de que yo estoy separado de usted. ¿Es un hecho eso? ¿Es un hecho que somos individuos separados, totalmente distintos el uno del otro? Uno puede ser alto, el otro bajo, uno puede tener el pelo blanco, el otro el pelo negro, pero en lo interno, ¿somos diferentes? En lo interno pasamos todos por las mismas cosas, o por cosas semejantes. Por lo tanto, psicológicamente no hay división. Y en tanto aceptamos la idea de que estamos separados, ustedes tendrán conflicto y, en consecuencia, divisiones y confusión.

Escuchan una declaración como ésta: de que en tanto uno piense que está psicológicamente separado de otro ser humano, tiene que haber conflicto y desorden. Se trata de un hecho. Cuando escuchan eso, ¿hacen de ello una abstracción, lo convierten en una idea y después ven cómo esa idea puede ser llevada a cabo? ¿O para ustedes es un hecho? Si es un hecho, entonces pueden hacer algo al respecto. Pero si se limitan a hacer una abstracción de ese hecho convirtiéndolo en una idea, entonces estamos perdidos, porque ustedes tienen su idea y yo tengo mi idea. Pero es un hecho común a todos nosotros y del cual dependemos como seres humanos, el hecho de que, mientras siga habiendo división dentro de mí y de ustedes, tiene que haber conflicto y desorden y confusión. Pero nuestras mentes están muy condicionadas; durante miles de años nos hemos condicionado, por los dichos de otras personas, a pensar que estamos separados. Las religiones han dicho que estamos separados, que cada individuo debe salvarse a sí mismo; ese patrón de pensamiento se repite una y otra vez. Estando tan condicionados, es muy difícil aceptar algo que quizá sea verdadero. Estoy usando la palabra *quizá* porque no quiero parecer dogmático; pero eso es un hecho. Examinándolo analíticamente con ustedes, si así lo desean, argumentando, razonando intelectualmente, al final de ello llegamos al mismo hecho.

Si queremos comprender la naturaleza de la confusión y el final de la confusión –completamente, no relativamente–, ¿nos da-

mos cuenta de este hecho? Si nos damos cuenta, se suscita la pregunta: ¿Qué haré? Sé que estoy dividido; ¿cómo acabaré, entonces, con esta confusión?

El hecho de esta división, ¿es diferente del observador que observa el hecho? Lo explicaré un poco. Observo la codicia. Soy codicioso. Esa codicia que observo, ¿es diferente de mí, del observador que dice: «Soy codicioso»? ¿O la codicia es el observador? ¿Correcto? No hay división, pues, entre el observador que dice: «Soy codicioso» y actúa sobre la codicia, diciendo: «No debo ser codicioso, debo controlar eso, debo trascenderlo». Hay, pues, una división, y esa división es conflicto y, por ende, desorden. Pero el hecho es que el observador que dice: «Soy codicioso», él mismo *es* la codicia. ¿Han llegado ustedes hasta ahí? Si lo han hecho, les pregunto: esta confusión, esta división, ¿es diferente del observador que soy yo observándola? ¿O yo *soy* esta confusión, esta división? Todo mi ser es eso, ¿de acuerdo? Me pregunto si han llegado a ese punto; de lo contrario, no pueden avanzar más. ¡Vamos, por favor! Esto es de veras importante si realmente pueden comprenderlo como un hecho de una vez por todas. Si lo comprenden, ello hará que sus vidas sean por completo diferentes, porque en ello no hay conflicto. Lo explicaré.

Supongamos que estoy apegado a una persona. En ese apego y en las consecuencias de ese apego hay innumerables aflicciones, celos, ansiedad, dependencia, todo lo que se deriva del apego. En ese apego a la persona, hay inmediatamente división. Ahora bien, el apego, el sentimiento de dependencia, la acción de aferrarme a alguien, ¿es diferente de mí? ¿O yo soy eso? *Yo soy* el apego. Si nos damos cuenta de eso, se termina el conflicto. Es así. No es que yo debo librarme del conflicto, no es que yo debo ser independiente, desapegado; el desapego es apego; si trato de desapegarme, estoy apegado a ese desapego.

De modo que ahora tengo muy en claro que no hay división: Cuando digo que estoy apegado, soy el apego, soy el estado de apego. Por lo tanto, he eliminado completamente todo conflicto, ¿no es así? Yo soy eso.

Por consiguiente, el «yo» es confusión. No es que me doy cuenta de que estoy confuso, ni que me han dicho que estoy confuso; el hecho es que yo, como ser humano, *estoy* en un estado de confusión total, soy eso. Cualquier acción que emprendo trae más confusión. Y toda la lucha para superar esa confusión, para reprimirla, para desapegarse, todo eso ha desaparecido, todo movimiento de escape ha llegado completamente a su fin. Si no es así, no se muevan de ahí. Primero estén libres de todos los escapes, escapes simbólicos, verbales, y permanezcan totalmente con el hecho de que uno, como ser humano, se encuentra en un estado de confusión. ¿Qué ocurre, entonces?

Somos dos amigos que conversan sobre estas cosas; esto no es terapia ni ninguna de esas tonterías, ni es un análisis psicológico. Somos dos personas que consideran juntas esto, diciendo cómo hemos llegado a ese punto; lo hacemos de una manera lógica, racional, no emocional y, por lo tanto, cuerda. Porque ser cuerdo es algo sumamente difícil. Hemos llegado, pues, a ese punto, o sea: *yo soy eso*. ¿Qué ha ocurrido en la mente?

Antes, disipaba energía reprimiendo, intentando encontrar el modo de no estar confuso, acudiendo a cierto gurú o a alguna otra persona. Todo cuanto he hecho es una disipación de energía. Ahora bien, cuando hay comprensión acerca de que estoy confuso, ¿qué ha ocurrido? ¡Acompáñenme! Mi mente se halla, entonces, completamente atenta a la confusión, en un estado de atención total. ¿De acuerdo? Entonces, ¿qué ocurre? Cuando hay atención completa, no hay confusión. Ésta surge únicamente cuando no estoy atento. La confusión aparece cuando hay división, que es inatención.

Donde hay atención total no hay disipación de energía. Cuando digo: «¿Cómo puedo obtener esta atención total?», eso es un desperdicio de energía. Cuando uno ve que donde hay confusión, ésta se origina en la inatención, entonces esa inatención misma ya es atención.

Ahora, con esa atención, vamos a examinar el miedo, el placer, el sufrimiento. Es importante estar libres de miedo. La men-

te jamás ha estado libre de miedo. Podremos disimularlo, reprimirlo, no estar conscientes de él, o podremos estar tan hechizados por el mundo exterior, que jamás nos demos cuenta de nuestros miedos profundamente arraigados. Donde hay miedo no hay libertad, no hay amor. Para ver esto, debemos tener la capacidad de saltar –no físicamente, sino dar un salto interno–, no avanzar lentamente como un caracol.

Uno ve lo que el miedo hace en nuestra vida: introduce oscuridad en la mente. No nos referimos a un determinado miedo neurótico, sino al miedo en sí. Cuando comprendemos la raíz del miedo, desaparece el miedo con respecto a algo en particular. Si temo a la oscuridad, ése es mi miedo particular y deseo que se resuelva *ese* miedo; no me intereso en el campo total del miedo. Pero si comprendo el campo total del miedo, la otra cosa no existe. Nosotros nos interesamos aquí en el campo total miedo. ¿Puede ese campo ser disuelto completamente, de modo que el miedo físico y los complejos miedos de la psique, los miedos internos, se disuelven? Uno puede habérselas bastante simplemente con los miedos físicos, pero si sólo nos interesamos en resolver los miedos físicos, entonces estamos apegados a lo que generará división y, por lo tanto, conflicto. Si comprendemos primero los miedos psicológicos, podremos habérnoslas con los miedos físicos, no a la inversa. Primero aborden el miedo más amplio, la profundidad y naturaleza y oscuridad del miedo en sí; entonces ustedes mismos resolverán los miedos físicos particulares. No empiecen del otro modo, con el miedo físico, que es lo que todos queremos hacer.

Los miedos psicológicos son mucho más importantes; nos convierten en seres humanos muy desagradables. Cuando hay miedo, nos volvemos violentos, queremos destruir en el nombre de Dios, en el nombre de la religión, de la revolución social, etc. ¿Podemos, entonces, como seres humanos que han vivido con este miedo durante tiempos inmensurable, librarnos de él? Hemos formulado esa pregunta; ¿cómo abordan, pues, el problema del miedo? ¿Lo abordan con el deseo de resolverlo? Si es así, es-

tán otra vez separándose del hecho del miedo. ¿Lo abordan, pues, como un observador que tiene miedo y desea resolver ese miedo, o se dan cuenta de que son el miedo?

¿Han concedido su atención total a este hecho? El hecho de que uno, como ser humano, o sea, como el resto de la humanidad, está atemorizado, vive con miedo, consciente o inconscientemente, con miedos superficiales o con miedos profundos y ocultos. El miedo oculto se expone a sí mismo completamente cuando estamos atentos.

Ustedes están investigando, se están mirando a sí mismos, no aceptan lo que dice quien les habla, él no es importante. Y eso es lo que quiero decir: *él no es importante*. Lo importante es que ustedes se vayan de aquí sin un solo vestigio de miedo. Así pues, cuando se tornan conscientes del miedo, ¿escapan de él? ¿Tratan de hallar una respuesta para el miedo? ¿Tratan de superarlo? Si lo hacen, disipan energía; por lo tanto, hay división y, debido a eso, conflicto respecto del miedo y de cómo librarse de él. Aparece todo eso. Pero, si se dan cuenta de que *son* el miedo, no hay movimiento alguno que deba hacerse; uno es eso y, en consecuencia, hay atención completa; en esa atención se disuelve el miedo.

Depende de ustedes. Vean, en tanto tratemos de vencer el miedo, el vencer mismo tiene que ser vencido. Pero si decimos: «Sí, es un hecho y no me moveré de ahí», entonces la cosa se disuelve; completamente, no relativamente, no desaparece un día y al día siguiente estamos llenos de miedos. Ha desaparecido cuando le hemos prestado atención completa.

Lo mismo ocurre con respecto al placer. ¡Ahora tengan cuidado! Aquí debemos ser muy cautos.

No sé si han notado que, desde los tiempos más remotos, una cosa que ha impulsado perpetuamente al hombre es el placer. La persecución del placer y la evitación del dolor. Uno puede verlo en las imágenes, las pinturas, los escritos antiguos, los símbolos. Todo dice: persigan esto, eviten aquello. El pensamiento puede dividir la vida en miedo, placer, dolor, trabajo; pero todas esas cosas son una sola, ¿verdad? Vean lo que hemos hecho: nuestra

mente ha sido condicionada a aceptar esto, a vivir en esta norma de constante persecución del placer. Dios, si es que uno tiene esa imagen, es la esencia del placer. Podremos darle otro nombre, pero nuestro impulso es obtener ese placer máximo, sublime, a fin de que no seamos perturbados jamás, de que jamás estemos en conflicto, y así sucesivamente. Y eso tenemos que comprenderlo, no reprimirlo, no escapar de ello.

¿Por qué el placer, igual que el dolor, igual que el miedo, han adquirido tanta importancia en la vida? ¿Comprenden ustedes la palabra *dolor*, el sufrimiento del hombre, sufrimiento de siglos, guerra tras guerra, destrucción de seres humanos, destrucción de la naturaleza, destrucción de animales, ballenas... todo? El hombre no sólo sufre, sino que causa sufrimiento. Ésa es una parte de nosotros, parte de nuestra conciencia. Y tratamos de evitarlo porque no lo hemos resuelto. Pensamos que lo principal es la persecución del placer, que en eso al menos podremos tener algo preciso, que podrá ocurrir algo real. De modo que el placer se vuelve dominante, y el miedo, el dolor, la ansiedad, todo eso se encuentra en el trasfondo –no sólo los placeres sexuales, sino los recuerdos, las imágenes, y todo lo demás que transcurre en la mente.

El placer, el amor, el sufrimiento, el miedo, están todos relacionados entre sí. ¿Considerarán, pues, separadamente, uno por uno, al miedo, el placer, el dolor? ¿O tendrán la capacidad de habérselas con la totalidad de ello? Nuestras mentes están divididas, de modo que los consideramos uno por uno, esperando resolverlos uno por uno y terminar con la división, con los fragmentos. Ahora bien, ¿cómo abordarán ustedes la totalidad de ello? ¿De qué modo abordarán su desorden, su placer, su miedo, su dolor, como un movimiento total de la vida? No como cosas separadas, sino como una totalidad. ¿Pueden hacerlo? O sea, ¿pueden mirarse a sí mismos, psicológicamente, como un ser total, mirarse como si lo hicieran en un espejo? ¿O sólo pueden mirar una parte?

¿De qué modo se miran a sí mismos? ¿Pueden considerar su trabajo, a su esposa e hijos, su religión, su particular manera de

pensar, sus experiencias, sus ideas, sus intenciones, sus ambiciones, como un movimiento unitario? Ésa es la única manera de resolver la cosa total, no por medio de los fragmentos.

Ahora bien, ¿de qué modo una mente, el cerebro, las emociones, que han estado divididas durante siglos y siglos, abordan o comprenden la totalidad? ¿Abordarán ustedes la totalidad de la vida fragmentariamente, poco a poco, primero los negocios, el dinero, primero la casa, la esposa, los hijos, el sexo? ¿O puede la mente de ustedes ver la totalidad de la existencia. ¿Es capaz de hacerlo? ¿O se esfuerzan por ver esa totalidad? Si se esfuerzan por ver la totalidad, se acabó, jamás la verán, porque entonces crean una división, generan confusión, conflicto. Para ver que la vida es un movimiento único, necesitan realmente aprender. Aprender, ¡no de mí! Aprender de sí mismos observando. Aprender a observar la división y ver la inutilidad de abordar esa división, ver el hecho obvio de que no podemos, a través de un fragmento, abordar la totalidad del universo. Debemos tener una mente capaz de recibir el universo en su totalidad, y eso es posible sólo cuando la mente se halla libre de confusión, de miedo. Entonces no hay pizca de división como «yo» y «tú», mi país, tu país, mi dogma, etc. Eso significa que, cuando hay libertad completa, existe la percepción de lo total. Y, desde esa percepción, desde esa inteligencia, uno puede actuar en el mundo, hacer lo que fuere. Pero ahora nosotros abordamos la vida fragmentariamente, y estamos creando estragos en el mundo.

¿Por qué la mente vive en el tiempo? Ha evolucionado en el tiempo. La mente actual que tenemos ha evolucionado a través de miles de años. Y eso es normal y sano, evidentemente. Pero nos preguntamos por qué el tiempo se ha vuelto tan importante en lo psicológico, en lo interno. Por favor, pregúntenselo a sí mismos. ¿Es porque siempre estamos evitando *lo que es*, a fin de convertirnos en otra cosa, moviéndonos de esto a aquello? Psico-

lógicamente, soy desdichado, pero debo ser feliz. El «debo» o «quiero» o «seré» es el movimiento del tiempo. La mente se halla, pues, atrapada en el tiempo, porque está siempre alejándose de esto, de *lo que es*: «Seré buena, denme tiempo». Es como desarrollar un músculo. Mi músculo quizá no sea lo bastante fuerte, pero si persisto haciendo algo para fortalecerlo, adquirirá fuerza. Con la misma mentalidad, decimos: «Soy esto, seré aquello, así que denme tiempo». Pero *lo que es*, ¿cambiará a través del tiempo? Cuando tengo una gran ansiedad, ¿puede esa ansiedad ser cambiada a través del tiempo? Es decir, por medio del tiempo, ¿adquiriré o tendré un estado libre de ansiedad? Vean lo que he hecho. Tengo ansiedad; he proyectado un estado en el que no estoy ansioso y, para llegar a ese estado, necesito tener tiempo. Pero jamás me pregunto si esta ansiedad que tengo puede ser cambiada inmediatamente sin permitir que intervenga el tiempo. Vean lo que sucede: estoy ansioso; espero no estar ansioso. Hay un intervalo de tiempo, una demora, y en esa demora prosiguen todas las otras actividades, las otras presiones, la negligencia; por eso, la ansiedad no se resuelve jamás. Pienso que llegaré a un estado en el que no tendré ansiedad, de modo que lucho, me esfuerzo. Como un hombre que es violento. Él ha inventado la no violencia, pero durante ese intervalo de tiempo es violento. Así que jamás alcanza el estado de no violencia.

Nos preguntamos, pues: ¿Puede *lo que es* ser transformado inmediatamente, lo cual implica no permitir jamás que interfiera el tiempo? Escuchen esto, lo descubrirán, es realmente sencillo. Si aplicamos nuestra mente, podemos resolver cualquier cosa. Los hombres han estado en la Luna, han construido submarinos maravillosos, han hecho cosas increíbles. Aquí, en lo psicológico, somos muy renuentes, muy incapaces, o nos hemos incapacitado nosotros mismos. Si no admitimos el tiempo, o si jamás pensamos en términos de tiempo, el hecho de la ansiedad no existe. Pero si admitimos el tiempo, el hecho se vuelve importante. Si no interviene el tiempo, está resuelto. Supongamos que muriera en este segundo; no hay problema. Cuando admito el

tiempo, temo a la muerte. Si vivo completamente sin tiempo psicológico, eso es algo extraordinario. El tiempo implica acumulación. El tiempo implica recuerdo. Implica acumular conocimientos acerca de uno mismo. Pero cuando psicológicamente no hay tiempo en absoluto, nada de eso existe.

A causa de que hemos permitido que el tiempo intervenga como factor entre el vivir y el morir, surge el miedo. La naturaleza del morir puede ser descubierta en el vivir. Es decir, la muerte es el final, el final de mis posesiones: mi casa, mi cuenta bancaria, mi esposa, mis hijos. En ese final no hay argumento posible. No le digo a la muerte: «Por favor, espera un minuto». Entonces, donde hay un final, hay un comienzo. Lo examinaré.

Cuando hay un final para el apego –completamente, no sólo respecto de personas o ideas, sino el final de todo el proceso de apego con todas sus consecuencias–, existe un estado por completo distinto de la mente. ¿No es así? He estado apegado a mis muebles, y ese apego ha sido una carga. Con la terminación de esa carga hay libertad. De modo que la terminación es más importante que el comienzo. ¿Puedo, pues, terminar mientras vivo? Terminar con mi ansiedad, con mis miedos? No con la cuenta bancaria, no estoy hablando de eso, sino de terminar psicológicamente. Terminar con mi incertidumbre. Cuando estoy confuso, terminar con la confusión, no decir: «Tengo que averiguar por qué estoy confuso, cuál es la causa de la confusión, y librarme de la confusión». Todo eso es tiempo. Eso es negligencia, mientras que la diligencia es darse cuenta de todo el movimiento del tiempo y terminar con la ansiedad inmediatamente. Por lo tanto, no hay acumulación psicológica como conocimiento.

Ahora bien, la muerte es terminación. Terminación de todo. La muerte es un final y yo estoy viviendo. Estamos vivos, activos. ¿Podemos terminar, psicológicamente, con todo? ¿Puede uno terminar instantáneamente, de inmediato, con su apego –su ira, su codicia, su violencia, su esto y aquello– mientras está viviendo? Entonces vivir es morir. No vivir y, finalmente, morir. El vivir implica el morir, de lo contrario, no estamos vivos. Y casi

todos nosotros tenemos miedo de morir porque jamás hemos sido capaces de vivir apropiadamente, jamás hemos *vivido*. Hemos vivido en conflicto, luchando, afligidos, ansiosos, y a eso lo llamamos vivir. Nada de eso es vivir. Si podemos terminar con todo eso, entonces existe el vivir. Entonces estamos viviendo y muriendo. Ambas cosas van juntas, como una flor con el aroma; el aroma no está separado de la flor, está ahí.

Si investigamos esto muy a fondo, vemos que es la terminación real de la senilidad, que así la mente no envejece jamás –como ocurre con una máquina que siempre está gastándose a causa de la fricción–. Pero ésa no es «mi» mente, es la mente humana. La mente es el resultado de un millón de años, es la mente de los indios, de los chinos, de los rusos y de los demás seres humanos, porque todos pasan por similares aflicciones, ansiedades, dolores, placeres, infrecuentes alegrías y, alguna que otra vez, amor. De modo que nuestro cerebro, nuestra mente, es la mente de la humanidad. Si comprenden tan sólo ese hecho verdadero, vivirán sin división alguna, división que es la causa de tanto desastre en el mundo.

Debido a que sus mentes están todo el tiempo parloteando, moviéndose de una cosa a otra, manejadas por el deseo, por la búsqueda de recompensa y evitación del dolor, los seres humanos han buscado siempre alguna clase de quietud, de paz, en la que al menos durante diez minutos pudieran estar en calma. El hombre ha perseguido esto. Va a la iglesia y allí se sienta quietamente. Va a una catedral maravillosa –cuando en ella no tiene lugar un circo– y permanece en calma. Y es un hecho extraño que en todas estas iglesias jamás hay un instante de quietud, excepto cuando están vacías. Porque si uno está quieto, en calma, podría hacerse preguntas, podría empezar a dudar. Pero si se halla permanentemente ocupado, jamás tiene tiempo para mirar a su alrededor, para cuestionar, dudar, preguntar. Ése puede ser uno de los grandes trucos de la mente humana.

¿Qué es la meditación y por qué debería uno meditar? ¿Es algo natural? ¿Natural como el ver, el oír? ¿Y por qué hemos

hecho que fuera tan poco natural? Adoptar posturas, seguir sistemas de meditación budista, meditación tibetana, meditación cristiana, meditaciones tántricas, y las meditaciones indicadas por nuestro gurú predilecto. Todas esas meditaciones, ¿no son realmente anormales? ¿Por qué debo adoptar una postura determinada para meditar? ¿Por qué debo practicar, practicar, practicar? ¿Para llegar adónde? ¿Puedo seguir un sistema –veinte minutos en la mañana, veinte minutos en la tarde– a fin de tener una mente quieta? Habiendo logrado una pequeña mente quieta, puedo salir y causar algún otro daño durante todo el día.

¿Existe una manera de meditar que no sea ninguna de estas cosas? Se dice que la meditación consiste en aquietar la mente, en tener una mente capaz de observar, una mente por completo centrada, concentrada, de modo tal que no haya más que un solo pensamiento, un cuadro, una imagen, un centro sobre el cual enfocamos la mirada. ¿Correcto? No sé si han pasado por todo esto. Quien les habla, ha jugado durante media hora, diez minutos, cinco minutos con cada una de estas meditaciones, y no significan absolutamente nada.

¿Han examinado la cuestión de quién es el controlador y qué es lo controlado? Toda nuestra vida, si la observan, es controlar y no controlar: «Debo controlar mis emociones, debo controlar mis pensamientos»; y sólo puedo controlar mis pensamientos mediante la práctica constante, y para practicar necesito tener un sistema. Un sistema implica un proceso mecánico, tornar a la mente más y más mecánica. Ya es mecánica ahora, pero queremos embotarla mucho más. ¿Por qué pasamos por todo esto? Ustedes desean tener una experiencia, y saben que las drogas les hacen mal; por lo tanto, las desechan, pero esperan que practicando esto o aquello, experimentarán algo diferente.

¿Por qué necesitan experiencias los seres humanos? ¿Está la mente adormecida y la experiencia implica un reto? ¿O está la mente despierta y entonces no necesita una experiencia? Uno tiene que descubrir si su mente está adormecida, o aburrida de las

experiencias que ha tenido: sexo, drogas y demás. Ustedes desean algo mucho más allá de eso; están siempre ansiando una experiencia más deleitable, más extravagante. ¿Por qué exige experiencias la mente? Pregúnteselo a sí mismo, por favor.

Una mente muy clara está libre de todos los enredos del apego. Una mente así es luz para sí misma. Por consiguiente, no exige experiencia alguna, no hay nada que experimentar. Uno no puede experimentar la iluminación. La idea misma de experimentarla es algo estúpido; decir: «He obtenido la iluminación», es realmente deshonesto. Uno no puede experimentar la verdad, porque para experimentarla es necesario que haya un experimentador. Si no hay experimentador, no hay experiencia en absoluto. Pero nosotros estamos apegados a nuestro experimentador y, debido a eso, siempre estamos pidiendo más y más y más.

La meditación, tal como se acepta hoy en día, es la práctica de un sistema: respirar apropiadamente, sentarse en la posición correcta, desear o anhelar una experiencia mayor, o la experiencia suprema. Esto es lo que hacemos. Y todo eso es una lucha constante, inacabable. ¡Una lucha inacabable que espera acabar con todas las luchas! Vean lo que hemos hecho: Estoy luchando, luchando, luchando para terminar de luchar alguna vez en el futuro. Observen qué trucos he jugado conmigo mismo. Estoy atrapado en el tiempo. No me pregunto: «¿Por qué debo, en modo alguno, luchar?». Si puedo poner fin a esta lucha, *eso* es la iluminación: no tener ni sombra de conflicto. Pero nosotros no queremos renunciar a todos esos esfuerzos; estamos presos en el tiempo. Y estar libre del tiempo es tener libertad para la observación pura, y entonces la mente adquiere una quietud extraordinaria; uno no tiene que aquietar la mente. Si termino con el conflicto, la mente se aquieta de manera natural. Y cuando la mente esté por completo silenciosa, sin movimiento alguno del pensar, entonces tal vez serán ustedes algo, verán que quizás existe algo sagrado más allá de todas las palabras. Y esto es lo que el hombre ha buscado perpetuamente, algo más allá de toda medida, más allá del

pensamiento, algo incorruptible, innominable, eterno. Eso puede ocurrir sólo cuando la mente es una mente por completo libre y silenciosa.

Uno debe, pues, comenzar muy, muy cerca. Y cuando uno comienza muy cerca, no existe el lejos. Cuando comenzamos cerca no hay distancia y, en consecuencia, no hay tiempo. Y sólo entonces puede revelarse aquello que es lo más sagrado.

Brockwood Park, 6 y 7 de setiembre de 1980

LA TERMINACIÓN DEL DOLOR

Amigos, si ustedes se han escuchado a sí mismos, quien les habla es sólo un espejo en el que pueden verse tal como son. Si se ven tal como son, entonces pueden desechar el espejo, pueden romperlo. El espejo no es importante, carece de valor. Lo que tiene valor es que ustedes se vean a sí mismos en ese espejo tal como son realmente: la mezquindad, la estrechez, la brutalidad, las ansiedades, los temores. Cuando comienzan a comprenderse a sí mismos, entonces pueden penetrar profundamente en algo que está más allá de toda medida. Pero deben dar el primer paso. Y nadie va a ayudarles a dar ese primer paso.

Estamos pensando juntos, recorriendo juntos una senda llena de quietud y de un gran sentido de belleza. Uno se pregunta qué es la belleza. Podemos verla en cierta estatua o en cierta pintura, o en una hermosa cabeza del Buda que se encuentra en un museo, o en una casa, y decimos: «¡Qué maravilloso es eso!». Pero tras las palabras, tras la estructura de un cuadro –las sombras, las proporciones–, ¿qué es la belleza? ¿Está en la manera como miramos algo? ¿Está en la pintura? ¿En el rostro de una persona? Cuando vemos una montaña prodigiosa recortada contra el cielo azul, con la gran profundidad de un valle y los picos coronados de nieve, cuando contemplamos esa gran belleza, por un momento nos hemos olvidado de nosotros mismos. La montaña es

tan inmensa, está tan extraordinariamente iluminada por el Sol de la mañana que atrapa los más altos picos, que todo nuestro cerebro se ve conmovido por la grandeza, la inmensidad de esa visión; por un segundo, lo olvidamos todo acerca de nosotros mismos, olvidamos todas nuestras preocupaciones, nos olvidamos de nuestra esposa, de nuestro esposo, de nuestros hijos, de nuestro país. Miramos eso con todo nuestro ser y no hay sentido alguno de contradicción, de dualidad. El esplendor de aquello está ahí, y el «yo» es puesto a un lado durante un segundo por la grandiosidad de esa belleza.

Cuando uno llegó a este lugar, contempló la Luna nueva, joven, extraordinariamente simple. Y surgió un pensamiento: ¿qué sentido tiene hablar? ¿Qué sentido tiene leer libros, asistir a reuniones? ¿Qué sentido tiene toda esta existencia cuando uno no puede contemplar claramente esta cosa tan simple, contemplarla con gran amor y afecto, abordar sencillamente la vida con toda su complejidad, abordarla sin todo el conocimiento acumulado del ayer, sin las tradiciones? Tan sólo mirar este vasto movimiento de la vida, mirarlo simplemente, con un cerebro no agobiado por sus cargas psicológicas, un cerebro activo, vital, pleno de energía, claridad, sencillez.

Dicho eso, prosigamos juntos. Nosotros, los seres humanos, hemos sufrido muchísimo. Ha habido guerras incesantes. Durante los últimos cinco mil años, hemos tenido prácticamente una guerra cada año, los seres humanos se han matado unos a otros, destruyendo lo que ellos mismos han construido; grandes monumentos fueron destruidos de la noche a la mañana. Ésta ha sido la historia del hombre: perpetuo conflicto, guerra. Y a causa de las guerras, la humanidad ha sufrido enormemente. ¡Cuántas personas han debido llorar, por sus hijos, por sus maridos mutilados para toda la vida: un brazo, las dos piernas, ciegos... La humanidad ha derramado lágrimas sin cesar. Y nosotros también derramamos lágrimas, porque nuestras vidas son más bien vacías, solitarias. Y también sufrimos, todos nosotros; sufrimos no sólo observando el dolor de otros seres humanos, sino también la

aflicción, la pena, la ansiedad de nuestra propia vida, la pobreza, no sólo la pobreza de los pobres, sino la de nuestras propias mentes, de nuestros propios corazones. Y cuando empezamos a descubrir esta enorme pobreza que padecemos a pesar de nuestra vasta información y de nuestro conocimiento, eso también engendra un gran dolor.

Está el dolor de la soledad, el dolor producido por la inhumanidad del hombre hacia el hombre, el dolor de perder a nuestro amigo, a nuestro hijo, a nuestro hermano, a nuestra madre, etc. Hemos llevado con nosotros este dolor a lo largo de nuestras vidas durante siglos y siglos. Y jamás nos hemos preguntado si ese dolor puede terminar alguna vez. Nos lo preguntamos ahora, juntos, mirando este dolor del mundo y el dolor en que uno vive, en su propio corazón, en su propia mente, en su propio cerebro. Nos estamos preguntando si ese dolor puede terminar alguna vez, o si los hombres y las mujeres deben llevarlo consigo siempre, desde el pasado hasta el final del futuro. ¿Puede ese dolor llegar alguna vez a su fin?

Tal como hay un arte en amar, etc., también hay un arte en cuestionar, en dudar; dudar de nuestras propias conclusiones, de nuestras propias opiniones, preguntarnos por qué toleramos esta carga inmensa del dolor. El dolor es también autocompasión, el sentimiento de completa soledad; y está el dolor que originan los grandes fracasos, la comparación, todo el movimiento de experimentar un sentido de falta de relación con alguien. Pero jamás llegamos hasta el fin mismo del dolor. Más bien queremos escapar de él, buscar alguna forma de consuelo, alguna clase de droga que nos brinde un desahogo.

¿Podríamos, entonces, no tratar de encontrar una respuesta, no preguntar si el dolor puede ser vencido, sino estar atentos para ver todo el significado de esa palabra *dolor*? Dolor significa también, etimológicamente, pasión; no lujuria, *pasión*. Sin pasión, la vida se vuelve más bien torpe, carente de sentido. Y la terminación del dolor origina pasión. De modo que juntos vamos a considerar esta palabra, su contenido, el significado de esa cosa lla-

mada *dolor*, que el hombre ha cargado consigo a lo largo de su vida; vamos a mirarla, no a explicarla, no a encontrar su causa. El dolor tiene muchas causas: la muerte de un hijo, el fracaso de no tener éxito, de no ser capaces de realizarnos, y así sucesivamente. Pero si estamos investigando las causas del dolor, también estamos impidiéndonos mirar la palabra, la belleza, la fuerza de esa palabra.

El dolor implica aflicción, pena, ansiedad, soledad desesperada, la insensatez de esta existencia. Todo eso y más se halla contenido en esa palabra *dolor*. ¿Pueden mirarla de una manera plena, total, como si sostuvieran una joya preciosa, una pieza maravillosamente labrada? Sostenerla, permanecer con ella y no permitir, de ninguna manera, que surja el pensamiento e interfiera con esa realidad. Si pueden permanecer con ella, entonces esa palabra misma, el significado de esa palabra, llega completamente a su fin. Pero nosotros jamás permanecemos con nada. Siempre queremos terminar con el dolor, y, por eso, siempre nos estamos alejando de esa verdadera joya que podría darnos gran vitalidad, gran fuerza, gran pasión.

¿Estamos caminando juntos, o ustedes tan sólo escuchan estas palabras emocionalmente, románticamente y, por lo tanto, jamás miran esa cosa, la pena, la aflicción, la vanidad de su propio ser? Si uno puede de veras sostener completamente esa joya, es una joya magnífica, pero el hombre ha intentado hacerlo todo para poder escapar del dolor; se han escrito libros y libros al respecto. Pero los libros, las explicaciones, las palabras, no son lo real. Permanezcan en estado de atención con lo real, y entonces esa atención misma pone fin a la cosa que llamamos dolor.

Donde hay dolor no puede haber amor. El amor no está relacionado con ninguna actividad del cerebro humano. El amor es algo que nace cuando no hay miedo, cuando el dolor llega a su fin. Entonces, ese amor mismo se convierte en compasión, que es pasión total con su inmensa inteligencia.

Todos vamos a morir, pero los seres humanos ponemos eso tan lejos de nosotros como sea posible; por consiguiente, hay

dualidad: el vivir y el morir. ¿Alguna vez han considerado qué es la dualidad, y si la dualidad, el opuesto, existe siquiera? Mediante la tradición, los libros, nos han educado para pensar que hay dualidad, contradicción: hombre y mujer, enojo y no enojo, violencia y no violencia, etc. Hemos dividido pues, toda la vida en dualidad. Psicológicamente, ¿hay tal cosa como la dualidad, hay un opuesto? Desde luego, hay un opuesto entre hombre y mujer, entre la luz del día y la oscuridad de la noche, entre la salida y la puesta del Sol. Uno es más alto que otro, uno es más hermoso que otro, una persona es más instruida que otra; hay dualidad física, hay opuesto, cabello negro, cabello rubio, lo bello y lo feo.

Pero psicológicamente, intensamente, ¿existe un opuesto? Nuestra tradición sostiene que existe. Se han escrito libros diciendo que para estar libre de la dualidad hay que ser un liberado, lo cual es un completo disparate. Lo siento. Ustedes y yo podemos considerar este problema muy sencillamente, no con todas las complicaciones de los filósofos. Externamente hay dualidad, pero en lo interno, en lo psicológico, bajo la piel, hay una sola cosa, no hay tal dualidad. Digamos, por ejemplo, que hay furia; cuando digo: «No debo estar furioso», eso se vuelve una dualidad, es el ideal que el pensamiento ha proyectado, estructurado, desde la angustia que experimenta. Existe, pues, únicamente ese hecho. La violencia es un hecho, la no violencia no es un hecho. ¿Por qué asignamos, pues, tanta importancia a lo que no es un hecho, a lo irreal, que entonces se convierte en el opuesto del hecho? Estamos atrapados en este feo asunto de la dualidad, la cual implica opción, optar, escoger.

Psicológicamente, ¿hay, en modo alguno, un opuesto de algo? Hay violencia, ira, odio, desagrado. Ésos son hechos. Pero inventar un «no hecho» como la no violencia, o que debo gustar de la gente, etc., eso es simplemente irreal. Por lo tanto, sólo existe el hecho. Y un hecho no tiene opuesto. Cuando vivimos con el hecho, eso no implica conflicto alguno. ¿Han comprendido algo de esto? Pero toda nuestra condición se basa en la dualidad: soy esto, no debo ser aquello; soy un cobarde, debo ser valiente; soy un ig-

norante respecto de mí mismo, así que debo aprender eso. Estamos atrapados en esta dualidad. Y lo que decimos es que, en lo psicológico, no hay realmente opuesto alguno. El opuesto es estructurado, o producido por el pensamiento para escapar de lo real, de *lo que es*. Soy violento, eso es lo real; pero muchas personas me dicen que no debo ser violento. La no violencia es totalmente irreal, ya que soy violento. Pero si permanezco con la realidad, entonces puedo hacer algo al respecto, o no hacer nada al respecto, no aparentar. Perseguir el ideal de la no violencia es tan sólo jugar juegos conmigo mismo. Mientras persigo la no violencia, de hecho soy violento. Decimos, pues, que no hay opuesto psicológico, sólo existe *lo que es*. Y si ustedes comprenden eso, ¿existe, entonces, en modo alguno, el conflicto de la dualidad?

Con esa calidad de cerebro que ha comprendido esta cuestión de la dualidad, consideremos lo que llamamos el vivir y el morir. Estamos tratando de eliminar por completo este conflicto entre *lo que es* y «lo que debería ser». Entonces el cerebro está libre y pleno de energía para enfrentarse a las cosas tal como son. Tenemos, pues, el vivir y el morir como dos opuestos. Para comprender a ambos, el vivir y el morir, debemos abordar esto de una manera no dualística.

¿Qué es el vivir, a qué llaman ustedes vivir? ¿Concurrir a la oficina desde las nueve de la mañana a las seis de la tarde todos los días de su vida durante los sesenta años siguientes, y allí ser mandado, intimidado, e intimidar a su vez a algún otro? ¿O, si uno es un hombre de negocios, desear siempre más y más dinero, más poder, una posición mejor, y después, en el hogar, reñir con la esposa, dormir con ella, y azotarla, verbalmente o de hecho? Y eso es lo que llamamos el vivir, esta lucha constante, este constante conflicto, esta completa desesperanza. Y en lo más profundo de nuestro corazón hay miedo, desesperación, ansiedad, aflicción. Esto es un hecho, ¿verdad? Y nos atemoriza abandonar eso, porque la muerte está próxima. Uno está profundamente identificado con esto que llama el vivir, ha echado raíces en ello, y tiene miedo de que todo eso se termine.

Por eso dice que habrá una próxima vida. La próxima vida es la continuidad del mismo viejo patrón, sólo que en un entorno quizá diferente. Si uno cree en la próxima vida, entonces debe vivir rectamente ahora, de una manera moral, ética, con cierto sentido de humildad. Pero ustedes no creen realmente en la próxima vida, hablan de ella, escriben libros al respecto. Si de veras creyeran, entonces deben vivir rectamente ahora, porque su futuro será igual a lo que son ahora. Si no cambian ahora, su futuro será el mismo. Esto es lógico, es cuerdo.

Para nosotros, la muerte es el fin total, la terminación de nuestro apego, de todo lo que hemos acopiado. No podemos llevárnoslo con nosotros. A uno podrá gustarle tenerlo hasta el último instante, pero no podrá llevárselo consigo. Hemos dividido la vida en el morir y el vivir, y esta división ha originado un gran miedo. A causa de ese miedo inventamos toda clase de teorías muy consoladoras; quizá sean ilusorias, pero son muy reconfortantes. Las ilusiones son confortablemente neuróticas. Pero, ¿es posible, mientras vivimos, morir para las cosas a las que nos hemos apegado? Si me apego a mi reputación, y estoy envejeciendo, siento que la muerte se acerca y tengo miedo, porque voy a perderlo todo. ¿Puedo, pues, estar totalmente libre de la imagen, de la reputación, de lo que los demás me han dado? De ese modo, estoy muriendo mientras vivo. Así, no hay entre el vivir y el morir una división separada por millas, están el uno junto al otro. ¿Comprenden la gran belleza de cada día, de cada segundo cuando no hay acumulación, acumulación psicológica? Uno tiene que acumular en cierto modo ropas, dinero, etc., eso es un asunto distinto, pero psicológicamente no hay acumulación como conocimiento, como apego, como el decir: «Esto es mío».

¿Lo harán? ¿Harán realmente esto, de modo tal que este conflicto entre la muerte y la vida, con toda su aflicción y su miedo y su ansiedad, llegue totalmente a su fin? De modo que ustedes han encarnado –el cerebro ha encarnado–. *Entonces*, el cerebro renace, es nuevo y, debido a eso, tiene una libertad extraordinaria. Así pues, mientras viven, estén con la muerte, de manera tal

que sean huéspedes en este mundo, que no tengan raíces en ninguna parte, y que su cerebro esté asombrosamente despierto. Porque si transportan consigo todas estas cargas del ayer, el cerebro de ustedes se vuelve mecánico, se embota. Si cada día dejan atrás los recuerdos psicológicos, las heridas psicológicas, las aflicciones, esto implica que el morir y el vivir marchan juntos. En eso no hay miedo.

¿Qué le ocurre a la persona que no hace ninguna de estas cosas? Por favor, lo que sigue es dicho con gran humildad, con gran compasión y afecto. Escucho a alguien que habla acerca de una manera por completo diferente de vivir. Veo la lógica de ello, su cordura, su claridad. Lo veo intelectualmente, lo he aceptado desde el punto de vista verbal. Pero sigo con mis viejos comportamientos, los comportamientos de mi vida, a los que estoy acostumbrado. Y voy a morir y tengo miedo, como lo tiene la mayoría de la gente. Pregunto, pues, qué va a ocurrir. ¿Renaceré?

Mi conciencia acepta esta vieja forma de vida y abriga la esperanza de que en la próxima vida tal vez tendré una oportunidad mejor. Pero esa conciencia es la conciencia de la humanidad. Cada uno de nosotros comparte esta conciencia, de modo que no es «mía». Por favor, ustedes deben preguntarse si su conciencia es su conciencia individual o si es compartida por toda la humanidad. Toda la humanidad pasa por lo que uno está pasando, en diferentes entornos, en ambientes distintos. Por lo tanto, uno no es realmente un individuo. Podrá tener un cuerpo distinto al de otro, una mayor cuenta bancaria. Uno podrá ser un inválido, otro sano, pero nuestro ser interno es compartido por todo el resto de la humanidad. En consecuencia, uno *es* la humanidad. En tanto siga pensando que es un individuo, está viviendo una ilusión, porque su conciencia, su vida, son compartidas por todos los que habitan esta Tierra. Así, cuando uno muere, su conciencia, que es compartida por toda la humanidad, continuará. Y esa conciencia se manifiesta a través de alguien, y entonces esta persona dice: «Es mi conciencia», «yo soy un individuo», «*atman*», «alma», etc.

Hay, pues, una manera de vivir por completo diferente. Entonces uno ya no se interesa en el morir, sino en el vivir, vivir que contiene la muerte, que se mueve con la muerte. Les dejo esto a ustedes. Si no lo comprenden, tengan la bondad de no rechazarlo; descubran, cuestionen, duden de su propia individualidad. *Es* posible vivir una vida en la que, psicológicamente, no haya jamás un registro continuo, una vida en la que llegue a su fin el registrar. Digamos que alguien me adula, o me insulta, y eso se registra. Ahora bien, no registrar la adulación ni el insulto es tener un cerebro libre, no agobiado por un millar de registros de un millar de ayeres.

Las religiones que existen por todo el mundo, aceptan dogmas, ciertas creencias fantásticas, ciertos rituales sin sentido. Para descubrir qué es religión, uno debe dudar de todo lo aceptado, debe tener la vitalidad, la fuerza neeesaria para acabar con ello. Debe cuestionar, dudar, extirpar toda la estructura creada por el pensamiento. Cuando uno cuestiona todo esto y quiere descubrir la naturaleza de un cerebro religioso, de una mente religiosa, tiene que haber libertad para investigar. Si tenemos una hipótesis, ésta tiene que ser verificada bajo un microscopio, o bajo la claridad de nuestra propia atención. Si un ser humano, uno mismo, tiene la intención, el impulso, la energía, la pasión para descubrir si existe algo sagrado, santo, no debe haber miedo ni sentimiento alguno de ansiedad; ha de haber libertad total. Y eso es meditación.

La meditación sólo puede ser real, verdadera, honesta, cuando no hay miedo ni heridas psicológicas ni angustia ni dolor; puede tener lugar únicamente cuando no existe ningún esfuerzo consciente para meditar. Me temo que esto va contra todo aquello en que ustedes creen.

¿Cómo da uno con lo sagrado? ¿Existe, acaso, algo que sea sagrado? El hombre ha buscado a lo largo de los siglos algo más allá de esto. Lo ha buscado desde la época de los antiguos sumerios, los egipcios, los romanos. Y ha rendido culto a la luz, al Sol, al árbol, ha adorado a la madre, etc., sin encontrar jamás nada.

¿Podemos, pues, descubrir juntos, o más bien, dar juntos con aquello que es lo más sagrado?

Eso puede ocurrir sólo cuando hay silencio absoluto, cuando el cerebro está absolutamente quieto. Si ustedes están atentos, alerta, alerta a sus palabras, al significado de las palabras, sin decir jamás una cosa y hacer otra, si están alerta todo el tiempo, podrán descubrir por sí mismos que el cerebro tiene su propio ritmo natural. Pero sobre ese ritmo natural, el pensamiento ha impuesto toda clase de cosas. Para nosotros, el conocimiento es tremendamente importante. Cualquier cosa física que hagamos, *requiere* conocimiento; pero el conocimiento psicológico, el conocimiento que uno ha acumulado respecto de los agravios recibidos, respecto de su vanidad, de su arrogancia, de su ambición, etc., todo ese conocimiento *es uno mismo*. Y con ese conocimiento tratamos de descubrir si existe algo sagrado. Jamás podremos descubrirlo mediante el conocimiento, porque el conocimiento es limitado y siempre lo será, física, tecnológica y psicológicamente.

El cerebro debe estar, pues, absolutamente quieto, no por medio del control, no siguiendo algún método o sistema, no cultivando el silencio. El silencio implica espacio. ¿Han notado qué poco espacio tenemos en nuestro cerebro? Éste se halla obstruido, lleno de muchos miles de cosas; dispone de muy poco espacio. Y el silencio requiere que haya espacio, porque aquello que es inconmensurable, innominable, no puede ser percibido o visto por un cerebro pequeño y estrecho. Si ustedes emprenden un viaje dentro de sí mismos, si vacían todo el contenido que han acopiado y penetran muy, muy profundamente, entonces existe ese vasto espacio, ese vacío pleno de energía.

Y únicamente en un estado así, existe aquello que es lo más sagrado, lo más santo.

Nueva Delhi, 13 de noviembre de 1983

LA VERDAD ES LO MÁS SAGRADO

Vamos a considerar juntos la totalidad de nuestra existencia, desde el instante en que nacemos hasta que morimos. En ese período de tiempo, ya sea de cincuenta, noventa o cien años, pasamos por toda clase de problemas y dificultades. Tenemos problemas económicos, sociales y religiosos, problemas de relación personal, de realización individual, deseando echar raíces en un sitio u otro. Tenemos innumerables heridas psicológicas, miedos, placeres, sensaciones. Existe muchísimo miedo en todos los seres humanos, muchísima ansiedad, incertidumbre; y está la persecución del placer. Todos los seres humanos que viven en esta bella Tierra, sufren mucha pena, soledad. Vamos a considerar juntos todo eso, y también el lugar que ocupa la religión en la vida moderna. Asimismo, vamos a conversar sobre la cuestión de la muerte, sobre qué es una mente religiosa y qué es la meditación. ¿Hay algo que esté más allá del pensamiento, algo sagrado en la vida, o todo es materia, de modo que llevamos una vida tan sólo materialista?

Ésta es una conversación entre ustedes y quien les habla, en la cual no hay insinuación alguna de conversión o propaganda, ni hay introducción de nuevas teorías, ideas y tonterías exóticas. Eso sería muy terrible. Si tienen ustedes la bondad, vamos a conversar, como dos amigos, sobre nuestros problemas. Lo haremos

así aunque no nos conozcamos el uno al otro; vamos a hablar, a discutir, a conversar, lo cual es mucho más importante que ser instruidos por medio de conferencias, o que se les diga lo que deben hacer, en qué deben creer, en qué deben tener fe, etc. Por el contrario, vamos a observar desapasionadamente, impersonalmente, sin estar anclado en ningún problema, en ninguna teoría especial, lo que la humanidad le ha hecho al mundo y lo que nos hemos hecho unos a otros. Vamos a emprender juntos un viaje muy largo y complejo, y es tanto responsabilidad de ustedes como de quien les habla, que recorramos, investiguemos, miremos juntos el mundo que hemos creado.

La sociedad en que vivimos es producto del hombre. Cada uno de nosotros ha contribuido a ella. La vida es muy compleja. Jamás miramos nada de manera sencilla, con nuestros cerebros, con nuestros corazones, con todo nuestro ser. Hemos vivido en esta Tierra a lo largo de muchos milenios, y durante todo ese tiempo la humanidad ha sufrido la soledad, la desesperación, la incertidumbre, la confusión, múltiples opciones y, por lo tanto, múltiples complejidades. Ha habido guerras, no sólo sangrientas guerras físicas, sino también guerras psicológicas. Y la humanidad se ha preguntado si puede haber paz en la Tierra. Pero, al parecer, esto no ha sido posible. Hay cerca de cuarenta guerras desarrollándose en la actualidad, guerras ideológicas, teóricas, económicas, sociales. Durante los tiempos históricos, tal vez alrededor de cinco o seis mil años, ha habido guerras prácticamente todos los años. Ahora mismo estamos preparándonos para guerras. Dos ideologías, la comunista y la llamada democrática, están en guerra sobre la clase de implementos que debemos usar, sobre el control de los armamentos. La guerra parece ser el sino común de la humanidad. Uno observa en todo el mundo la acumulación de los armamentos, desde la más minúscula nación o tribu a la más altamente sofisticada y opulenta sociedad como la de ustedes. ¿Cómo puede haber paz en la Tierra? ¿Es eso posible de algún modo?

Se ha dicho que no hay paz en la Tierra, que sólo la hay en el cielo. Esto se repite de distintos modos, tanto en Oriente como en

Occidente. Los cristianos han matado más que nadie en la Tierra. estamos observando estos hechos, estas realidades; no tomamos partido. Luego están las diferentes religiones. En el budismo no hay dios; en el hinduismo, alguien calculó que hay cerca de trescientos mil dioses –esto es bastante divertido, uno puede elegir el dios que prefiera–. En el cristianismo y en el islamismo, que se basan en dos libros, la Biblia y el Corán, hay un solo Dios. Así es como las religiones han dividido al hombre. Tal como el nacionalismo, que es una forma glorificada del espíritu tribal, ha dividido al hombre, así lo ha hecho el fervor religioso. Los fundamentalistas, en la India, aquí y en Europa, están reviviendo sus tradiciones religiosas. Me pregunto si han considerado alguna vez la palabra *revivir*. Uno puede revivir sólo algo que está muerto o muriendo. No puede revivir una cosa viva.

El hombre siempre ha estado en conflicto. Todos en este mundo pasamos por toda clase de desdichas, toda clase de dolor, angustia, desesperada soledad; y anhelamos escapar de todo eso. Estamos observando juntos este fenómeno extraordinario: cómo, después de estos miles de años, el hombre sigue siendo un bárbaro, cruel, vulgar, lleno de ansiedad y odio. La violencia está aumentando en el mundo, de modo que uno se pregunta si puede haber paz en esta Tierra, ya que sin paz en lo interno, en lo psicológico, el cerebro no puede florecer, los seres humanos no pueden vivir de manera completa, holística.

¿Por qué después de esta larga evolución en la que hemos reunido una experiencia, un conocimiento inmensos, muchísima información, los seres humanos seguimos estando perpetuamente en conflicto? Ésa es la verdadera pregunta. Porque cuando no hay conflicto, hay naturalmente paz. Sin enojarnos ni irritarnos con lo que estamos investigando juntos, es responsabilidad de hombre y mujeres inquirir, no tan sólo intelectualmente, verbalmente, sino con sus corazones, con sus cerebros, con todo su ser, y descubrir por qué somos lo que somos.

Hemos probado diversas religiones, distintos sistemas económicos y sociales, y seguimos viviendo en conflicto. ¿Puede este

conflicto que hay en cada uno de nosotros, terminar completamente, no de manera parcial, ocasional? Es una pregunta muy seria, y requiere una respuesta seria. ¿Por qué los seres humanos, incluidos ustedes –y tal vez quien les habla– viven en perpetuo conflicto, con problemas y divisiones? ¿Por qué hemos dividido el mundo en nacionalidades, grupos religiosos, clases sociales? ¿Podemos investigar seriamente si hay posibilidad de terminar con el conflicto? Primero terminar con él psicológicamente, internamente, porque si existe cierto estado de libertad en lo interno, produciremos una sociedad libre de conflicto. Es nuestra responsabilidad como seres humanos, como así llamados individuos, dedicar seriamente nuestro cerebros, nuestra energía, nuestra pasión, a descubrir por nosotros mismos –no conforme a algún filósofo o psiquiatra, sino por nosotros mismos– si este conflicto entre los seres humanos puede llegar a su fin.

¿Qué es el conflicto? ¿Por qué hemos vivido con el conflicto? ¿Por qué tenemos problemas? Por favor, investiguen estas preguntas, háganlo con quien les habla. ¿Qué es un problema? El significado etimológico de esa palabra es «algo que le arrojan a uno», un reto, algo a lo que debemos responder. Cuando somos niños, nos envían a la escuela, donde tenemos los problemas de escritura, matemáticas, historia, ciencia, química, etc. Así que desde la infancia nos educan para tener problemas. Considérenlo cuidadosamente. Nuestro cerebro es condicionado, adiestrado, educado para tener problemas. Obsérvenlo por sí mismos. Estamos investigando juntos, examinando los problemas que tenemos. Y cuando surgen nuevos problemas, como inevitablemente ocurre, nuestros cerebros, llenos de problemas, tratan de resolverlos y, de tal modo, los aumentan; y eso es lo que está sucediendo en el mundo. Los políticos están multiplicando problema tras problema en todo el mundo. Y no han encontrado respuestas.

¿Es posible tener un cerebro libre, de modo que podamos resolver problemas, en vez de un cerebro obstruido por los problemas? ¿Es eso posible? Si dicen que lo es o que no lo es, han dejado de investigar. Lo importante en esta investigación es que

uno tenga muchas dudas, mucho escepticismo, que no acepte jamás nada por su valor aparente o conforme al placer o a la gratificación. La vida es demasiado seria.

Deberíamos investigar no sólo la naturaleza del conflicto y de los problemas, sino quizás algo que puede ser mucho más importante: en todo el mundo, dondequiera que uno vaya, los seres humanos que habitan esta Tierra pasan por toda clase de sufrimientos. Millones han derramado lágrimas, con alguna que otra risa ocasional. Cada ser humano en esta Tierra ha experimentado una gran soledad, desesperación, ansiedad, confusión, incertidumbre. Esto es un hecho, una realidad psicológica. Es algo observable, podemos verlo en todos los rostros de este mundo. Psicológicamente, cada uno de ustedes es el resto de la humanidad. Uno podrá ser alto, bajo, negro o blanco, pero en lo psicológico es la humanidad. Por favor, entiendan esto, no ideológicamente, intelectualmente o como una hipótesis, sino como una realidad, una realidad candente: en lo psicológico, cada uno de nosotros es el resto de la humanidad. Por lo tanto, psicológicamente no somos individuos. Aunque todas las religiones, excepto quizá partes del hinduismo y del budismo, han albergado, alentado, el sentido del crecimiento individual, de la salvación de las almas individuales y todo eso, en realidad la conciencia de uno no es «su» conciencia. Es la conciencia del resto de la humanidad, porque todos pasamos por la misma molienda, por el mismo conflicto inacabable. Cuando ustedes comprendan esto, no emocionalmente, no como un concepto intelectual, sino como algo concreto, real, verdadero, no matarán a otro ser humano. Jamás matarán a otro, ni físicamente, ni verbal o intelectualmente, porque entonces se están matando a sí mismos.

Pero en todo el mundo se ha fomentado la individualidad. Cada cual lucha para sí mismo, para su éxito, su realización, su logro personal, persiguiendo sus deseos y generando estragos en el mundo. Comprendan esto cuidadosamente, por favor. No estamos diciendo que cada individuo no sea importante; al contrario, si ustedes se interesan de veras en la paz –globalmente, no sólo

en su propio y pequeño corral–, tal como debe interesarse la mayoría de las personas serias, y como cada uno es el resto de la humanidad, ésa es una responsabilidad muy grande.

Debemos, pues, descubrir por nosotros mismos la razón de que los seres humanos hayan reducido el mundo a lo que es ahora. ¿Cuál es la causa de todo esto? ¿Por qué hemos hecho tal confusión de todo lo que tocamos? ¿Por qué hay conflicto en nuestras relaciones personales? ¿Por qué hay conflicto entre el dios de unos y el dios de otros? Debemos investigar juntos si es posible terminar con el conflicto. De lo contrario, jamás tendremos paz en este mundo. Mucho antes del cristianismo, la gente rendía culto a los árboles, a las piedras, a los animales, al relámpago, al Sol; no había sentido alguno de «Dios», porque consideraban que la Tierra era la madre que debía ser venerada, preservada, salvada de la destrucción, y no destruida como ahora lo estamos haciendo.

Sin concordar ni discrepar, ¿podemos todos nosotros mirar las cosas tal como son, no como ustedes creen que son, no desde la idea o el concepto acerca de *lo que es,* sino simplemente mirar? Y, si es posible, mirar no verbalmente, lo cual es mucho más difícil.

En primer lugar, éste es el mundo real en que vivimos. Ustedes no pueden escapar de él por medio de los monasterios, de las experiencias religiosas. Uno debe dudar de todas sus experiencias. El hombre ha hecho todo lo posible en la Tierra, para escapar de la realidad del vivir cotidiano con todas sus complejidades. ¿Por qué tenemos conflicto en la relación entre hombre y mujer, generado por la división sexual? En esta relación peculiar, el hombre está persiguiendo su propia ambición, y lo mismo hace la mujer. Hay, pues, dos seres ambiciosos, impulsados por el deseo, dos líneas paralelas que jamás se encuentran excepto, quizás, sexualmente. ¿Cómo puede haber relación entre dos personas, cuando cada una está persiguiendo sus propios deseos, sus ambiciones, su codicia? A causa de esta división, en esa relación no hay amor. Esa palabra *amor* ha sido estropeada, despreciada, degradada, se ha vuelto meramente la expresión de lo sensual, de

lo placentero. El amor no es placer. El amor no es un producto del pensamiento. No es algo que dependa de la sensación. ¿Cómo, pues, puede haber una relación correcta, verdadera, entre dos personas, cuando cada uno sólo toma en cuenta su propia importancia? El interés propio es el origen de la corrupción, de la destrucción, ya sea en el hombre político o en el hombre religioso. El interés propio, el egoísmo, domina el mundo y, en consecuencia, hay conflicto.

Se genera separación, como ocurre con el judío y el árabe, el cristiano que cree en cierto salvador y el hindú que no cree. Hay divisiones nacionales, divisiones religiosas, divisiones individuales. Donde hay división tiene que haber conflicto. Eso es una ley. Vivimos, pues, nuestra vida cotidiana a base de un pequeño, circunscripto y limitado «yo». El «yo» es siempre limitado y ésa es la causa del conflicto. Ése es el núcleo central de nuestra lucha, nuestra pena, nuestra ansiedad.

Uno se da cuenta de eso, como casi todos debemos notarlo naturalmente, no porque se les diga que es así o porque hayan leído algún libro de filosofía o psicología, sino porque es un hecho real. Cada cual está ocupado consigo mismo. Vive en un mundo separado, todo para él. Por lo tanto, hay división entre uno y otro, entre uno y su religión, entre uno y su dios, entre uno y sus ideologías. ¡es posible, entonces, comprender, no intelectualmente sino a fondo, que uno es el resto de la humanidad? Todo cuanto uno hace, bueno o malo, afecta al resto de la humanidad, porque uno *es* la humanidad.

Mi conciencia no es «mía». Mi conciencia está compuesta de su contenido. Sin el contenido no hay conciencia. Mi conciencia, como la del resto de la humanidad, se compone de creencias, miedos, fe, dioses, ambiciones personales. Toda nuestra conciencia se compone de esto, que es producto del pensamiento.

Uno espera que hayamos emprendido el viaje juntos, que juntos estemos recorriendo el mismo camino, no que ustedes estén escuchando una serie de ideas. No perseguimos ideas o ideologías, sino que tratamos con hechos reales, porque en la realidad y

en ir más allá de eso que es real, está la verdad. Y la verdad, cuando existe, es algo sumamente peligroso. La verdad es muy peligrosa porque origina una revolución dentro de nosotros mismos.

¿Han investigado alguna vez por qué formulamos preguntas? No es que no deban hacerlo, sino que estamos inquiriendo. Supongamos que le formulan una pregunta a quien les habla y él la responde; ustedes aceptan la respuesta o la rechazan. Si, conforme al condicionamiento o al trasfondo de ustedes, les resulta satisfactoria, dicen: «Sí, estoy enteramente de acuerdo con usted». O, si no están de acuerdo, dicen: «¡Qué disparate!». Pero si empiezan a investigar la pregunta misma, ¿está la respuesta separada de la pregunta? ¿O la respuesta se encuentra en la pregunta? El perfume de la flor es la flor. La propia flor es la esencia de ese perfume. ¡Pero nosotros dependemos tanto de otros para que nos ayuden, nos estimulen, resuelvan nuestros problemas! Por consiguiente, desde nuestra confusión creamos la autoridad, los gurúes, los sacerdotes.

Es bueno formular preguntas. Ustedes saben, hemos perdido el arte de la investigación, de la discusión esclarecedora, de mirar las cosas sin tomar partido. Esto es muy complejo.

Deberíamos preguntarnos, también, por qué desde la infancia quedamos psicológicamente lastimados. Casi todos tenemos heridas psicológicas, y desde esas heridas, sea uno consciente de ello o no, surgen muchos de nuestros problemas. Un niño es herido por una reprensión, por escuchar algo feo, brutal, violento. Cuando uno dice: «Me siento herido», *¿quién* es el que se siente herido? ¿es la imagen que uno ha formado respecto de sí mismo la que se siente herida, la psique? La psique es el «yo» y el «yo» es la imagen que he formado de mí mismo. No hay nada espiritual al respecto. Ésa es otra palabra peligrosa: *espiritual*. De modo que la imagen queda lastimada, y nosotros cargamos con esa imagen durante toda nuestra vida. Si una imagen no es agradable, nos formamos otra imagen que es agradable y la fomentamos, considerando que es valiosa, significativa y que da un sentido a nuestra vida.

¿Se puede vivir en esta Tierra sin tener una sola imagen acerca de nadie –incluyendo a Dios, si es que existe tal entidad–, ninguna imagen de nuestra esposa o nuestro marido, de nuestros hijos o de quien fuere? No tener ninguna imagen. Entonces es posible no ser lastimados jamás.

El hecho de observar simplemente, sin ninguna distorsión, es algo por completo distinto del análisis: observar cómo viste nuestro vecino, su rostro, cómo habla; sólo observar, no criticar, no evaluar ni juzgar; observar. Observar un árbol, observar la Luna y el rápido correr de las aguas. Cuando uno observa así, se pregunta: ¿Qué es la belleza?

En las revistas se habla mucho de la belleza: sobre cómo una debe ser hermosa, el cuidado de su rostro, de su cabello, de su cutis, etc. ¿Qué es la belleza? ¿Está la belleza en el cuadro, en la pintura, en la extraña escultura moderna? ¿Está en un poema? ¿Está la belleza tan sólo en el rostro y en el cuerpo físico? ¿Se han formulado alguna vez esta pregunta? Si uno es un artista o un poeta o un hombre de letras, puede describir algo muy bello, pintar algo muy hermoso, escribir un poema que conmueva realmente nuestro ser. Entonces, ¿qué es la belleza? ¿Han notado alguna vez que cuando le dan un juguete bonito, complicado, a un niño desobediente, éste queda por completo absorto en él y toda su desobediencia se acaba debido a que está absorto? ¿Consiste la belleza en estar absorto en un poema, en un rostro, en una pintura? Cuando miro una montaña maravillosa coronada por las nieves eternas, su contorno recortado contra el cielo azul, durante un segundo la inmensidad de esa montaña aleja al «yo» con todos mis problemas, todas mis ansiedades. Al ver la majestad de las grandes rocas y los hermosos valles y ríos, en ese momento, en ese segundo, el «yo» está ausente. La montaña ha alejado, pues al «yo», tal como el juguete calma al niño. Esa montaña, ese río, la profundidad de los valles azules, disipan por un segundo todos mis problemas, todas mis vanidades y ansiedades. Entonces digo: «¡Qué bello es eso!». Pero, ¿existe la belleza sin que uno sea absorbido por algo externo? Es decir, la belleza está donde no está el «yo».

Por consiguiente, hay belleza cuando no hay «yo». Eso requiere mucha meditación, mucha investigación, un sentido extraordinario de disciplina. La palabra *disciplina* quiere decir «el discípulo que está aprendiendo del maestro»; *aprendiendo*, no disciplinándose como en el amoldamiento, la imitación, el ajuste. El aprender trae consigo su propia y formidable disciplina, y la disciplina es indispensable para que haya un sentido interno de austeridad. También debemos investigar cuidadosamente si es posible estar libres de miedo. Ésta es una pregunta realmente importante de formularse. No la formulo por ustedes, sino que ustedes se lo preguntan a sí mismos: viviendo en la sociedad moderna, con toda la brutalidad, con toda la violencia tremenda que está aumentando, ¿es posible estar libres de miedo? ¿Qué es el miedo? La humanidad ha tolerado el miedo, jamás ha sido capaz de resolverlo. Jamás. Hay distintas formas de miedo. Uno puede tener su propio miedo particular: miedo a la muerte, miedo a los dioses, miedo al demonio, miedo a la propia esposa, al marido, miedo a los políticos... ¡Dios sabe cuántos miedos tiene la humanidad! ¿Qué es el miedo? No la mera experiencia del miedo en sus múltiples formas, sino la realidad, el hecho del miedo. ¿Cómo se ha originado? ¿Por qué la humanidad –que es cada uno de nosotros– aceptó el miedo como una forma de vida: violencia en la televisión, violencia en nuestra vida diaria, y la máxima violencia de la matanza organizada, a la que llamamos guerra? El miedo, ¿no está, acaso, relacionado con la violencia? Estamos explorando el miedo, la verdad factual del miedo, no la idea del miedo. La idea del miedo es diferente de la realidad del miedo.

Entonces, ¿qué es el miedo? ¿Cuál es su origen? ¿Qué relación tiene el miedo con el tiempo, con el pensamiento? Uno puede estar atemorizado del mañana, o de muchos mañanas, o tener miedo de lo que ha sucedido antes, en el pasado, o de lo que está sucediendo realmente ahora. Y el miedo a la muerte es el miedo máximo. ¿Tiene el miedo su origen en el tiempo? Alguien ha hecho algo en el pasado para lastimarse, y el pasado es tiempo. El

futuro es tiempo. El presente es tiempo. Preguntamos, pues: ¿Es el tiempo un factor central del miedo? El miedo tiene muchas, muchas ramas, muchas hojas, pero de nada sirve podar las ramas. Nos preguntamos cuál es la raíz del miedo, no las múltiples *formas* del miedo, porque el miedo es miedo. A causa del miedo hemos inventado dioses, salvadores. Si estamos absolutamente exentos de miedo en lo psicológico, hay un alivio tremendo, un gran sentido de libertad. Nos hemos desprendido de todas las cargas de la vida.

Debemos, pues, investigar muy seriamente, con minuciosidad, con cierta vacilación, esta pregunta: ¿el tiempo es un factor de miedo? Lo es, obviamente. Tengo un buen empleo hoy; puedo perderlo mañana. En consecuencia, estoy atemorizado. Cuando hay miedo, hay ansiedad, odio, violencia. De modo que el tiempo es un factor del miedo, así como lo es el pensamiento: pensar en lo que ha sucedido, en lo que podría suceder. El pensar, ¿no es, acaso, un factor en el miedo? ¿Tiene éste su origen en el pensar? Uno ve que el tiempo ha originado el miedo. El tiempo no es sólo el tiempo del reloj, sino que está el tiempo psicológico, el tiempo interno: «Seré...»; «no soy bueno, pero lo seré»; «me libraré de mi violencia», lo cual es nuevamente el futuro. Todo eso implica tiempo.

¿Están dispuestos a hacer todo esto? ¿Quieren investigarlo? En tal caso, estoy bastante sorprendido, porque a todos ustedes, sus psicólogos, sus sacerdotes, sus líderes, les han dicho lo que deben hacer; ustedes están siempre buscando ayuda y encontrando nuevos modos de que se les ayude. Así es como uno se ha convertido en esclavo de otros. Jamás está libre para investigar, para valerse completamente por sí mismo en lo psicológico.

Ahora vamos a examinar el tiempo. ¿Qué es el tiempo? Aparte del reloj, aparte de la salida y puesta del Sol, aparte de la luz y la oscuridad, ¿qué es el tiempo? Por favor, si de veras comprenden la naturaleza del tiempo interno, descubrirán por sí mismos una sensación extraordinaria de estar absolutamente libres del tiempo.

El tiempo es el pasado, el tiempo es el futuro y el tiempo es el presente. Todo el ciclo es tiempo. El pasado es nuestro trasfondo, lo que hemos pensado, las cosas que hemos vivido, nuestras experiencias, nuestro condicionamiento como cristianos, hindúes, budistas. Sin el pasado no estarían ustedes aquí; han sido programados como una computadora y repiten, repiten, repiten durante dos mil años y los hindúes durante tres o cinco mil años. Por lo tanto, el pasado es el presente; lo que somos ahora es la consecuencia del pasado. Y el mañana, o un millar de mañanas, será lo que somos ahora, de modo que el futuro es hoy. En el ahora está contenido todo el tiempo. Esto es también un hecho, una realidad, no es una teoría... Lo que soy es el producto del pasado, y lo que seré mañana es lo que soy ahora. Si soy violento ahora, mañana seré violento. El mañana está, pues, en el ahora, en el presente, a menos que yo origine en mí una mutación radical, fundamental. De lo contrario, seré lo que he sido. Hemos experimentado una larga evolución hasta ser lo que hoy somos. Y si continuamos ese juego, seremos violentos, seremos bárbaros al día siguiente. En consecuencia, como todo el tiempo está contenido en el ahora –lo cual es un hecho, una realidad–, ¿puede haber una mutación total *ahora* en toda nuestra conducta y en nuestro modo de vivir, pensar y sentir? Porque si no generamos una mutación psicológica radical, seremos exactamente lo que hemos sido en el pasado. ¿es posible, de algún modo, dar origen a esta mutación psicológica?

¿Saben?, cuando durante toda la vida han estado yendo hacia el Norte, siguiendo determinada dirección, o ninguna dirección, sólo tambaleando como hace la mayoría, y viene alguien y les dice muy seriamente que ir hacia el Norte no lleva a ninguna parte, que al final de ello no hay nada, escúchenlo con gran seriedad, no sólo con el escuchar del oído, sino profundamente. Se les dice: «Vayan al Este o al Sur» y ustedes responden: «Lo haré». En ese instante han tomado un nuevo giro y hay una mutación. Quien les habla lo está simplificando mucho, pero se trata de un problema muy complejo: comprender profundamente que hemos

continuado de esta manera durante siglos y que no hemos cambiado en absoluto. Seguimos siendo violentos, brutales, y todo lo demás. Si percibimos eso, de hecho, no intelectualmente, no verbalmente sino a fondo, entonces nos volvemos en otra dirección. En ese segundo, hay una mutación en las células mismas del cerebro.

Dijimos que el tiempo es importante porque vivimos a base del tiempo, pero no vivimos el tiempo como una totalidad, que es el presente. En el presente está contenido todo el tiempo: el futuro y el pasado. Yo soy violento hoy, seré violento mañana. Pero, ¿puedo terminar con esa violencia hoy, terminar con ella por completo, no parcialmente? Puedo. Y ¿es el pensamiento el origen del miedo? Desde luego que lo es. No acepten al respecto mi palabra, considérenlo por sí mismos. Hoy me siento seguro, pero me atemoriza lo que podría suceder mañana; podría haber una guerra, o alguna otra catástrofe. El tiempo y el pensamiento son, pues, la raíz del miedo.

Ahora bien, ¿qué es el pensar? Si el tiempo y el pensamiento son la raíz del miedo –como lo son en realidad–, ¿qué es el pensar? ¿Por qué vivimos, actuamos, lo hacemos todo basados en el pensamiento? Las maravillosas catedrales de Europa, la belleza de su estructura, de su artquitectura, han sido producidas por el pensamiento. Todas las religiones y su parafernalia, sus vestimentas medievales, son producto del pensamiento. Todos los rituales han sido inventados, planeados por el pensamiento. Y nuestras relaciones mutuas, el hombre y la mujer, etc., se basan en el pensamiento. Cuando manejamos un automóvil, eso se basa en el pensamiento. Cuando reconocemos algo, eso es un pensamiento. Debemos investigar, pues, qué es el pensar.

Probablemente, muy pocas personas se han formulado esta pregunta. Quien les habla la ha estado formulando durante sesenta años: ¿Qué es el pensamiento? Si podemos descubrir cuál es el origen, el principio del pensamiento, la razón de que el pensamiento se haya vuelto tan importante en la vida, puede ser que en esa investigación misma tenga lugar una mutación. Nos pregun-

tamos, pues, qué es el pensamiento, qué es el pensar. No esperen que yo lo responda. Mírenlo ustedes, obsérvenlo.

El pensar es la palabra, La palabra es importante, el sonido de la palabra, la calidad de la palabra, la profundidad, la belleza de una palabra. En especial el sonido. El pensar forma parte de la memoria, ¿no es así? Si no tuviéramos memoria en absoluto, ¿seríamos capaces de pensar? No podríamos hacerlo. Nuestro cerebro es el instrumento de la memoria: memoria de las cosas que han sucedido, de las experiencias, etc., todo el trasfondo de la memoria. La memoria surge del conocimiento, de la experiencia. Así pues, la experiencia, el conocimiento, la memoria y la respuesta de la memoria, constituyen el pensamiento. Todo este proceso de experimentar, recordar, retener, se convierte en nuestro conocimiento. La experiencia es siempre limitada, naturalmente. ¿Es la experiencia diferente del experimentador? ¡Dediquen su cerebro a esto, descubran! Si no hay un experimentador, ¿hay experiencia? Por supuesto que no. El experimentador y la experiencia son, pues, la misma cosa, como el observador y lo observado. El pensador no está separado de sus pensamientos. El pensador *es* el pensamiento.

De modo que la experiencia es limitada, como podemos observarlo en el mundo científico o en cualquier otro campo. Suman más y más y más cada día a sus conocimientos mediante la experiencia, experimentando sobre animales y todo ese horror que está ocurriendo. Y ese conocimiento es limitado porque puede agregársele más conocimiento. Por lo tanto, la memoria es limitada. Y el pensamiento que proviene de esa memoria es limitado. Siendo, pues, limitado, el pensamiento debe, invariablemente, generar conflicto. Sólo vean el patrón que ello implica; no se limiten a aceptar lo que dice el que les habla. Eso sería absurdo, él no es una autoridad, no es un gurú. Podemos observar este hecho juntos: que el pensamiento y el tiempo son la raíz del miedo. El tiempo y el pensamiento son la misma cosa, no son dos movimientos separados.

Vean este hecho, esta realidad: que el tiempo y el pensamiento –el tiempo-pensamiento– son la raíz del miedo. Sólo obsér-

venlo en sí mismos. No se alejen de esta realidad, de esta verdad: el miedo es causado por el tiempo y el pensamiento. Reténganla, permanezcan con esta verdad, no escapen de ella. Es así. Es como tener en la mano una joya preciosa. Uno percibe toda la belleza de esa joya. Entonces verán por sí mismos que, psicológicamente, el miedo cesa por completo. Y cuando no hay miedo, son ustedes libres,. Y cuando existe esa libertad total, uno no tiene dioses ni rituales; es un hombre libre.

Cuando uno mismo llega a ser tanto el maestro como el discípulo –siendo discípulo un hombre que está aprendiendo, aprendiendo, aprendiendo, no acumulando conocimientos–, entonces uno es un ser humano extraordinario.

Washington, D.C., 20 de abril de 1985

2

Vamos a enfrentarnos a la verdad de las cosas, no a vivir de ilusiones. Con ilusiones y engaños es muy difícil observar. Si nos engañamos a nosotros mismos y no afrontamos los hechos, se vuelve imposible vernos tal como somos. Pero nos gustan las ilusiones, todas las formas de autoengaño, porque tenemos miedo de mirarnos a nosotros mismos. Mirarnos muy claramente, con precisión, con exactitud, sólo es posible en el espejo de la relación; ése es el único espejo que tenemos. En el espejo de la relación vemos lo que somos, si es que nos permitimos ver lo que somos.

Perpetuamente deseamos placer en diferentes formas: sexual, sensorio, intelectual, el placer de la posesión, el placer de adquirir una gran destreza, el placer que obtenemos de poseer una gran información, conocimiento, y la gratificación suprema de lo que llamamos «Dios». El hombre ha perseguido incesantemente el placer, en el nombre de Dios, en el nombre de la paz, en el nombre de una ideología. Y después está el placer del poder, de tener

poder sobre los demás, poder político. ¿Han notado qué cosa desagradable es el poder, cuando uno domina de cualquier forma a otro? El poder es una de las cosas malignas que hay en la vida. Y el placer es la otra cara de la moneda del miedo. Cuando uno comprende seria y profundamente la naturaleza del miedo, entonces el placer es deleite puro; ver algo bello, ver la luz de la puesta del Sol o la luz del amanecer, los maravillosos colores, el reflejo del Sol sobre el agua... Eso es deleite puro; pero nosotros cultivamos el recuerdo de eso como placer.

¿Qué es la acción? ¡Todos estamos activos de la mañana a la noche! No sólo físicamente sino psicológicamente, con el cerebro que parlotea sin cesar, yendo interminablemente de una cosa a otra. Durante el día y durante la noche en sueños, el cerebro jamás descansa, está perpetuamente en movimiento. ¿Qué es la acción, el hacer? La palabra misma *acción* está en el presente, no es «haber hecho» o «haré». Acción significa hacer algo *ahora*, hacerlo de manera exacta, completa, holística, si puedo usar esa palabra; una acción que es completa, total, no parcial. Cuando la acción se basa en alguna ideología, no es acción, ¿verdad? Es ajuste a determinado patrón que hemos establecido; por lo tanto, es incompleta, es acción conforme a un recuerdo, a alguna conclusión. Si uno actúa de acuerdo con cierta ideología, con cierto patrón establecido, o conforme a cierta conclusión, esa acción es incompleta, en ella hay una contradicción.

La acción, ¿está relacionada con el desorden o con el orden? Vivimos en desorden, nuestra vida es desordenada, confusa, contradictoria: decimos una cosa y hacemos otra, pensamos algo y hacemos todo lo contrario. ¿Qué es el orden y qué es el desorden, y qué relación tiene la acción con el orden y el desorden?

¿Qué es el desorden? Miren el mundo, si quieren; el mundo se halla en desorden. están sucediendo cosas terribles. Muy pocos de nosotros sabemos realmente lo que ocurre en el campo científico, en el campo del arte de la guerra, todas las cosas terribles que suceden en otras naciones; la pobreza en todos los países, los ricos y los terriblemente pobres, la permanente amenaza de la

guerra, un grupo político contra otro grupo político... Existe, pues, este tremendo desorden. Eso es una realidad, no es una invención o una ilusión. Hemos generado este desorden porque nuestro vivir mismo es desordenado. Y tratamos de producir orden mediante las reformas sociales. Sin comprender el desorden y así ponerle fin, procuramos encontrar orden. Es como una mente confusa que intenta encontrar claridad. Una mente confusa es una mente confusa; jamás puede encontrar claridad. ¿Puede, pues, llegar a su fin el desorden en nuestra vida, *en nuestra vida cotidiana*? No el orden en el cielo o en otro lugar, sino en nuestra vida de todos los días. ¿Puede terminar el desorden? Cuando el desorden llega a su fin, hay naturalmente orden. Ese orden es un vivir libre de todo molde o patrón establecido.

Estamos investigando, mirándonos a nosotros mismos y aprendiendo acerca de nosotros mismos. El aprender es diferente del adquirir conocimientos. Si tienen la bondad de prestar un poquito de atención a esto, verán que el aprender es un proceso infinito, ilimitado, mientras que el conocimiento es siempre limitado. Y el aprender implica no sólo observar visualmente, ópticamente, sino también observar sin distorsión alguna, viendo las cosas exactamente como son. Eso requiere la disciplina de quien está aprendiendo, no la terrible disciplina de la ortodoxia, de la tradición, o de seguir ciertas reglas, ciertos preceptos. Es aprender mediante la clara observación, escuchar exactamente y sin distorsionarlo, lo que el otro está diciendo. Y el aprender no es acumulativo, porque uno se está moviendo. Aprendiendo qué es el desorden en nosotros mismos, el orden adviene muy naturalmente, de manera fácil, inesperada. Y cuando hay orden, el orden es virtud. No existe otra virtud excepto el orden completo; ese orden en *completa* moralidad, no alguna moralidad impuesta o prescrita.

Todos los seres humanos, ya sean ricos o pobres, intelectuales o simplemente legos comunes como nosotros, pasan por todas las formas de sufrimiento. ¿Han observado ustedes alguna vez a las personas que han llorado durante siglos, a través de miles de gue-

rras? Hay un dolor inmenso en el mundo. No es que no haya también placer, alegría, etc., pero al comprender y, quizá, terminar con el dolor, daremos con algo mucho más grande. ¿Puede el dolor terminar alguna vez, o la humanidad está predestinada a sufrir para siempre, a sufrir no sólo físicamente sino psicológicamente? En lo interno, hemos padecido sufrimientos enormes, tal vez sin decir al respecto ni una palabra, o llorando amargamente. Durante toda esta larga evolución del hombre, desde el principio de los tiempos hasta ahora, todos los seres humanos en esta Tierra han sufrido. El sufrimiento no es tan sólo la pérdida de alguien a quien creemos amar o pensamos que nos agrada, sino que también está el sufrimiento del muy pobre, del analfabeto. Si uno va a la India o a otras partes del mundo, ve a gente que camina millas y millas para concurrir a una escuela, niñas y niños pequeños. Ellos jamás serán ricos, jamás manejarán un automóvil, es probable que jamás lleguen a tener un baño caliente. Poseen un sari, y eso es todo. Y eso es dolor. Y el hombre que pasa al lado en un automóvil y mira todo, si es algo sensible, atento, sufre. Y está el dolor de la ignorancia; no la ignorancia respecto del escribir, de la literatura, etc., sino el dolor de un hombre que no se conoce a sí mismo. Hay múltiples formas de dolor.

¿Puede este dolor terminar para cada uno de nosotros? Está el dolor en uno mismo, y está el dolor del mundo. Ha habido miles de guerras, gente mutilada, una crueldad espantosa. Todas las naciones del mundo han cometido crueldades. Es algo horroroso, y nosotros seguimos perpetuando esa crueldad. La crueldad trae consigo un dolor enorme. Como seres humanos, simplemente observando, percibiendo sensiblemente todo esto, vemos que el dolor es algo terrible, y nos preguntamos si ese dolor puede terminar. Por favor, pregúntense a sí mismos si el dolor puede terminar alguna vez. Porque, tal como ocurre en el odio, cuando hay dolor no hay amor. Cuando uno sufre, cuando se interesa en su propio sufrimiento, ¿cómo puede haber amor? Debemos, pues, formularnos esta pregunta, por difícil que sea encontrar, no la respuesta, sino la terminación del dolor.

¿Qué es el dolor? ¿Es autocompasión? Por favor, investiguen. No decimos que lo sea o que no lo sea; preguntamos si el dolor es causado por la autocompasión. ¿Es ése uno de los factores? ¿La causa del dolor es soledad de quien se siente desesperadamente aislado, y en ese aislamiento no tiene relación con nada?

¿Es el dolor un asunto meramente intelectual para ser racionalizado, explicado? ¿O puede uno vivir con el dolor sin deseo alguno de consuelo? O sea, *vivir* con el dolor, no escapar de él, no racionalizarlo, no encontrar algún consuelo exclusivo, algún romántico escape religioso o ilusorio, sino vivir con algo que tiene una significación extraordinaria. El dolor no es sólo una conmoción física; cuando alguien pierde a su hijo o a su marido, a su esposa o a su novia, hay una conmoción biológica tremenda; uno queda casi paralizado con ello. ¿Podemos mirar el dolor tal como realmente es en nosotros y permanecer con él, contenerlo, no alejarnos del dolor? El dolor no es diferente de aquel que sufre. La persona que sufre quiere huir, escapar, hace toda clase de cosas. Pero si miran ustedes el dolor como miran a un hermoso niño, si permanecen con el dolor sin escapar jamás de él, entonces verán por sí mismos, si de veras miran profundamente, que hay una terminación para el dolor. Y cuando el dolor llega a su fin, hay pasión. No lujuria, no estimulación sensoria, sino pasión. Muy pocos tenemos esta pasión, y es porque estamos tan consumidos por nuestras propias aflicciones, nuestras propias penas, nuestra autocompasión y vanidad. Tenemos una energía extraordinaria, pero la disipamos a través del conflicto, del miedo, del parloteo interminable acerca de nada. Y la pasión contiene una energía tremenda. Esa pasión no depende del estímulo, no busca estímulo, está ahí, como una llama ardiente. Sólo adviene cuando hay una terminación del dolor.

Cuando ocurre en uno esta terminación del dolor, ello no es personal, ya que uno es el resto de la humanidad. Todos sufrimos; todos pasamos por el dolor de la soledad; todos los seres humanos en esta Tierra, ricos o pobres, instruidos o ignorantes, experimentan enormes ansiedades, conscientes o inconscientes.

Nuestra conciencia no es «nuestra», es la conciencia humana. En el contenido de esa conciencia están todas nuestras creencias, nuestros sufrimientos, nuestras penas, nuestras vanidades, nuestra arrogancia, nuestra búsqueda de poder, de posición, etc. Todo eso es nuestra conciencia, compartida por todos los seres humanos. De modo que no es nuestra conciencia particular. Y cuando uno comprende realmente eso –no de manera verbal, intelectual, teórica o conceptual, sino de hecho–, no matará ni lastimará a otro ser humano. Uno tendrá otra cosa, algo totalmente distinto, de una dimensión por completo diferente.

¿Qué es el amor? Nosotros usamos muy sueltamente esa palabra *amor*. Ha llegado a ser algo meramente sexual, sensorio; el amor se identifica con el placer. Y para dar con ese perfume del amor, debemos examinar lo que no es amor. A través de la negación llegamos a lo positivo, nunca a la inversa. Negando lo que no es amor, damos con aquello que es inmensamente verdadero, que es amor.

El amor no es odio, obviamente. El amor no es vanidad, arrogancia. El amor no se encuentra en manos del poder; desear el poder, ya sea sobre un niño pequeño o sobre un grupo de personas o sobre una nación, no es ciertamente amor. El amor no es placer. El amor no es deseo. El amor no es pensamiento. Cuando uno es ambicioso, agresivo –como a todos ustedes se les ha educado, para que tengan éxito, para que sean famosos, conocidos, ¡todo enteramente tan infantil!–, ¿cómo puede haber amor? El amor es, por lo tanto, algo que no puede ser invitado ni cultivado. Adviene naturalmente, fácilmente, cuando las otras cosas no están. Y, al aprender sobre nosotros mismos, damos con esto. Donde hay amor, hay compasión; y la compasión tiene su propia inteligencia. Ésa es la suprema forma de inteligencia, no la inteligencia del pensamiento, de la astucia y el engaño. Sólo cuando hay completo amor y compasión, existe esa suprema inteligencia que no es mecánica.

¿Hablaremos de la muerte? ¿Están interesados en descubrir qué es la muerte? ¿Cuál es el significado de esa palabra *muerte*,

el morir, el final? No sólo final, sino ¿qué ocurre después de la muerte? ¿Se lleva uno consigo los recuerdos de la propia vida? Todo el mundo asiático cree en la reencarnación. Es decir, yo muero; he llevado una vida desdichada, tal vez he hecho un poco de bien aquí y allá, y en la próxima vida estaré mejor, haré más bien. Eso se basa en la recompensa y el castigo, como todo lo demás en la vida. Y el cristianismo tiene la resurrección, etc.

Si por el momento descartamos todo eso, si lo descartamos de veras, no aferrándonos a una cosa u otra, ¿qué es, entonces, la muerte? ¿Qué significa morir? No sólo biológica, físicamente, sino también psicológicamente. Uno ha adquirido toda la acumulación de recuerdos, sus tendencias, habilidades, peculiaridades, las cosas que ha reunido, ya sea dinero, conocimientos, amistades; y llega la muerte y dice: «Lo siento, no puedes llevarte nada contigo?» ¿Qué significa morir? ¿Qué es la muerte? ¿Cómo la investigamos? Estoy viviendo, prosigo todos los días con una existencia rutinaria, mecánica, mezquina, feliz, infeliz... Y llega la muerte. Llega a causa de un accidente, de una enfermedad, de la vejez, de la senilidad. La muerte nos atemoriza, jamás vemos la grandeza de esta cosa extraordinaria. Nace un niño, un nuevo ser humano surge a la existencia. Ése es un acontecimiento extraordinario. Y ese niño creee, y se convierte en lo que todos ustedes se convierten, y después muere. La muerte es también algo sumamente extraordinario; tiene que serlo. Y ustedes no verán su profundidad y grandeza si tienen miedo.

La muerte significa, indudablemente, el final de todo, el final de mis relaciones, el final de todas las cosas que he reunido en mi vida, todo el conocimiento, toda la experiencia. He llevado una vida tonta, sin sentido, o he tratado de encontrarle intelectualmente un sentido a la vida; entonces viene la muerte y dice: «Eso es el final». Pero yo tengo miedo, eso no puede ser el final. Poseo tanto, he juntado tantas cosas, no sólo muebles o cuadros. Me identifico con los muebles o los cuadros o la cuenta bancaria, de modo que *soy* la cuenta bancaria, los muebles, los cuadros. Cuando uno se identifica tan completamente con algo, uno *es* eso. He

establecido raíces, he establecido muchísimas cosas en torno a mí mismo. Y llega la muerte y barre limpiamente con todo eso. Me pregunto, pues: ¿es posible vivir con la muerte todo el tiempo? No al final de noventa o cien años, no al término de mi vida, sino con toda mi energía, mi vitalidad, y con todas las cosas que ocurren, ¿Pueden vivir todo el tiempo con la muerte? No cometer suicidio, no es lo que quiero decir, ¡eso es demasiado absurdo!, sino vivir con la muerte. Eso implica, cada día, el final de todas las cosas que he acumulado. El *final.*

¿Han investigado la cuestión de lo que es la continuidad y lo que es la terminación? Aquello que continúa jamás puede renovarse, renacer. ¿Puedo, entonces, vivir con la muerte, lo cual implica que todo cuanto he hecho y acumulado llega a su fin? El fin, la terminación, es más importante que la continuidad. La terminación implica el principio de algo nuevo. Si uno tan sólo continúa, es el mismo patrón que se repite en un molde diferente. ¿Puedo, pues, vivir con la muerte? Eso significa libertad, libertad completa, total, holística. Y en esa libertad hay gran amor y compasión, y existe es inteligencia que es inmensa, infinita.

El hombre siempre ha buscado algo más allá de toda esta pena, esta ansiedad, este dolor. ¿Hay algo que sea sagrado, eterno, que esté más allá de los alcances del pensamiento? Éste ha sido un interrogante desde lo más remoto de los tiempos. ¿Qué es lo sagrado? ¿Qué es aquello que no pertenece al tiempo, que es incorruptible, innominado, que no tiene cualidad ni limitación alguna, lo imtemporal, lo eterno? ¿Existe algo así? El hombre se ha preguntado esto a lo largo de miles y miles de años. Por eso, ha rendido culto al Sol, a la tierra, a la naturaleza, a los árboles, a los pájaros; desde la antigüedad ha adorado toda cosa viviente en esta Tierra. Los Vedas y los Upanishads jamás mencionan a Dios. Dicen que lo supremo no se ha manifestado.

¿También ustedes se formulan, pues, esa pregunta? ¿Se preguntan si existe algo sagrado? ¿Existe algo que no sea producto del pensamiento, como lo son todas las religiones organizadas? ¿Qué es la religión? No sólo qué es la religión, sino qué es el ce-

rebro religioso, la mente religiosa. Para investigar eso a fondo, no superficialmente, tiene que haber libertad total. No libertad respecto *de* una cosa u otra, sino libertad como un todo, libertad *per se*.

Si hay orden en nuestra vida, orden verdadero, ¿qué es la meditación? ¿Es seguir ciertos sistemas, ciertos métodos: el método zen, la meditación budista, la meditación hindú, y los métodos de los gurúes más recientes? Si la meditación es algo determinado por uno, si consiste en seguir un método, un sistema que se practica día tras día, ¿qué le ocurre al cerebro humano? Se embota cada vez más. ¿Es la meditación algo por completo diferente de esto? Ella no tiene nada que ver con métodos, prácticas o sistemas; por lo tanto, jamás puede ser mecánica. Jamás puede ser una meditación consciente.

La meditación consciente es como un hombre que conscientemente desea el dinero y persigue el dinero; de igual manera, uno medita conscientemente, deseando lograr la paz, el silencio. El hombre que persigue el dinero, el éxito, el poder, y el que persigue la así llamada espiritualidad, son ambos la misma cosa.

¿Hay una meditación que no sea determinada, practicada? La hay, pero requiere una atención inmensa. Esa atención es una llama, no es algo a lo que uno llega más tarde; es atención *ahora*, atención a todo, a cada palabra, a cada gesto, a cada pensamiento; es prestar atención completa, no parcial. Si en este momento están ustedes escuchando parcialmente, no conceden su atención completa. Cuando están completamente atentos no hay «yo», no hay limitación.

El cerebro está hoy en día lleno de información, obstruido, no hay espacio en él; y uno debe tener espacio. Espacio implica energía. Cuando no hay espacio, nuestra energía es muy limitada. El cerebro se halla hoy tan densamente cargado de conocimientos, de teorías, de búsqueda de poder, de posición, que está perpetuamente atestado y en conflicto, de modo tal que carece de espacio. Y la libertad, la libertad completa, implica tener ese espacio ilimitado. El cerebro es extraordinariamente capaz, tiene

una capacidad infinita, pero hemos hecho de él algo pequeño e insignificante. Cuando tenemos ese espacio, ese vacío y, por lo tanto, una energía inmensa –la energía es pasión, amor, compasión e inteligencia–, existe esa verdad que es lo más santo, lo más sagrado, lo que el hombre ha buscado desde tiempos inmemoriales. Esa verdad no se encuentra en ningún templo, en ninguna mezquita, en ninguna iglesia. Y no hay sendero que conduzca a ella; sólo la propia comprensión respecto de uno mismo, el investigar, el estudiar, el aprender. Entonces existe aquello que es eterno.

Washington. D.C., 21 de abril de 1985

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS Y RECONOCIMIENTOS

Parte I

LO QUE DESEO HACER: texto de la primera plática pública en la Ciudad de México, 20 de octubre de 1935, volumen II, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 Krishnamurti Foundation of America (KFA).

¿QUÉ ESTÁN USTEDES BUSCANDO?: texto de la primera plática pública en Ojai, California, 16 de junio de 1934, volumen II, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

EL SIGNIFICADO DEL MEDIO: texto de la segunda plática pública en Ojai, California, 17 de junio de 1934, volumen II, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

UNA SOCIEDAD DINÁMICA: texto de la tercera plática pública en Ojai, California, 18 de junio de 1934, volumen II, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

VIVIR EN ÉXTASIS: texto de la décima plática pública en Ojai, California, 29 de junio de 1934, volumen II, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

UN VERDADERO SER HUMANO: texto de la undécima plática pública en Ojai, California, 30 de junio de 1934, volumen II, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

SER VULNERABLE A LA VERDAD: texto de la duodécima plática pública en Ojai, California, 1° de julio de 1934, volumen II, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

Parte II

LA LIBERTAD PRIMERA Y ÚLTIMA: introducción a *La Libertad Primera y Última*, © 1954 KFA.

LA AMBICIÓN: número 79 en *Comentarios Sobre el Vivir*, 1ª Serie, © 1956 KFA.

EL INDIVIDUO Y EL IDEAL: número 19 en *Comentarios Sobre el Vivir*, 2ª Serie, © 1958 KFA.

EL MIEDO Y LOS ESCAPES: número 75 en *Comentarios Sobre el Vivir*, 1ª Serie, © 1956 KFA.

EL TIEMPO Y LA TRANSFORMACIÓN: número 20 en *La Libertad Primera y Última*, © 1954 KFA.

EL DOLOR DE LA AUTOCOMPASIÓN: número 55 en *Comentarios Sobre el Vivir*, 3ª Serie, © 1960 KFA.

LA EDUCACIÓN Y EL SIGNIFICADO DE LA VIDA: © 1953 KFA.

EL ARTE DE VIVIR: © 1963 KFA.

LIBÉRESE DEL PASADO: © 1969 Krishnamurti Foundation Trust, Ltd. (KFTL)

DIARIO II: © 1982 KFTL.

EL ÚLTIMO DIARIO: © 1987 KFTL.

Parte III

¿QUÉ IMPLICA SER SERIO?: texto de la primera plática pública en Rajghat, Benarés, India, 9 de enero de 1955, volumen VIII, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

¿PODEMOS CREAR UNA NUEVA CULTURA?: texto de la primera plática pública en Bombay, 16 de febrero de 1955, volumen VIII, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

¿PUEDE USTED COMPRENDER EL HECHO DE LA VACUIDAD?: texto de la quinta plática pública en París, 7 de mayo de 1950, volumen VI, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

¿CUÁL ES NUESTRO PROBLEMA BÁSICO?: texto de la segunda plática pública en Bombay, 10 de febrero de 1957, volumen X, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

¿CÓMO ABORDAN USTEDES LOS PROBLEMAS DE VIVIR?: texto de la décima plática pública en Bombay, 11 de marzo de 1953, volumen VII, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

¿CUÁL ES EL NÚCLEO CENTRAL DE NUESTROS PENSAMIENTOS?: reuniones con estudiantes en la Escuela de Brockwood Park, Hampshire, Inglaterra; de *Principios del Aprender*, © 1975 KFTL.

¿CUÁL ES LA RELACIÓN ENTRE LA ENSEÑANZA DE KRISHNAMURTI Y LA VERDAD?: reuniones con los síndicos internacionales de las Fundaciones Krishnamurti, en Ojai, California, en 1977; de *La Totalidad de la Vida*, © 1979 KFTL.

Parte IV

La esencia de la enseñanza de Krishnamurti: © 1981 KFTL.

Acción total sin remordimientos; de *Pláticas en Saanen*, 1974, © 1975 KFTL.

Una relación con el mundo: de las grabaciones magnetofónicas correspondientes a las pláticas públicas en Ojai, California, 1976, © 1976/1996 KFTL.

La vida como totalidad; de las grabaciones magnetofónicas correspondientes a las pláticas públicas en Brockwood Park, 1980, © 1980/1996 KFTL.

La terminación del dolor: de las grabaciones magnetofónicas correspondientes a las pláticas públicas en Nueva Delhi, 1983, © 1983/1996 KFTL.

La verdad es lo más sagrado; *Pláticas en Washington. D.C., 1985*, © 1988 KFTL.

ÍNDICE

Parte III: *Preguntas acerca de la vida*

Parte IV: *Usted es el mundo*

J. Krishnamurti ha influido en millones de personas, y su pensamiento sigue hoy más vivo que nunea. Como dijera Henry Miller, Krishnamurti no inició ningún dogma nuevo: más bien lo puso todo en cuestión, cultivó la duda y la perseverancia, se liberó a sí mismo del orgullo, enseñó que eada eual debe ser el maestro de sí mismo.

Krishnamurti ha influido deeisivamente en personajes tan notables eomo Aldous Huxley, Jonas Salk, Alan Watts, Joseph Campbell, Ken Wilber, Deepak Chopra, David Bohm, Rupert Sheldrake, el Dalai Lama...

Libertad total es una reeopilación de lo más esencial de su pensamiento, e incluye seleceiones desde su primero hasta su último trabajo. En el libro encontraremos una valiosísima exposición sobre la naturaleza del Yo, la meditaeión, la sexualidad, los misterios de la vida y de la muerte. «La verdad es una tierra sin eamino». Krishnamurti, que no aeepta ninguna autoridad espiritual (ni siquiera la suya propia), nos ineita así a pensar eríticamente, a liberar nuestras mentes, a inventar nuestra aventura personal.

J. Krishnamurti (1895-1986), uno de los personajes más faseinantes del siglo XX, ha sido un renombrado maestro espiritual, euyas eonferencias y escritos han inspirado a miles de personas. Otras obras de esta coleceión incluyen *La libertad primera y última*, *La libertad interior*, *El arte de vivir* o *Más allá del tiempo* (en eolaboraeión eon David Bohm).

ISBN: 978-84-7245-392-0



Sabiduría perenne

Krishnamurti

LIBERTAD TOTAL

Kairós